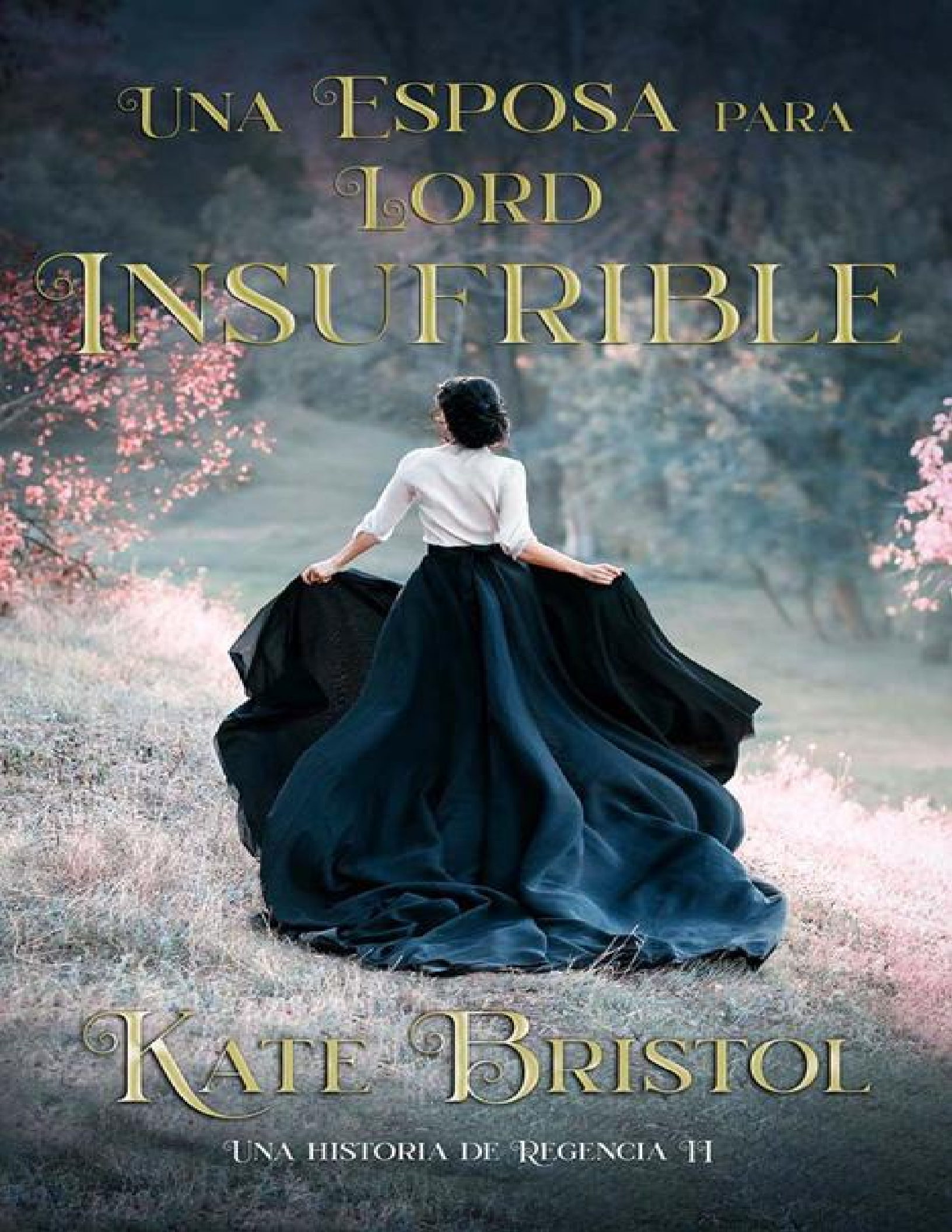
Una Esposa para Lord Insufrible



Kate Bristol

Una historia de Regencia II

Una Esposa para Lord Insufrible

Kate Bristol

Una historia de Regencia II

Primera edición en formato digital: Febrero, 2024
Título Original: Una esposa para Lord Insufrible
© **Kate Bristol**, 2024

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
EPÍLOGO

Capítulo 1

Lord insufrible.

Así es como Livia Withman había apodado a lord Robert Belford, conde de Shepton, el prometido de su hermana Belinda.

Se tragó un resoplido esa tarde otoñal mientras el corrillo de amigos avanzaba por el amplio sendero. Livia miró a Robert, tan disimuladamente como pudo. Observó con cierta fascinación la curvatura de sus anchos hombros, su nuca despejada debido a su abundante, pero no demasiado largo cabello, su cintura estrecha… en definitiva todo su porte, regio y atractivo. Tragó saliva y desvió la mirada hacia la cancela de madera que acababan de dejar atrás, todo antes de que alguien se diera cuenta de que sus mejillas se habían encendido.

No quería que su mente vagara hacia pensamientos inapropiados.

¿Y qué si tenía un pelo bonito? Seguía siendo, Lord Insufrible. Era arrogante, altivo y parecía que estuviera siempre oliendo excremento fresco de caballo. En verdad, nunca alguien le había parecido tan insufrible. De ahí que, ese apodo, le pareciera tan perfecto para aquella criatura que había nacido para despreciar a todo el mundo.

Robert miró sobre su hombro la figura anodina de Livia, su futura cuñada, pero enseguida volvió a centrarse en su prometida que, como de costumbre, no dejaba de parlotear.

Hacía un día espléndido para pasear. El embarazo de Rose, la esposa de su amigo, el coronel Lyonel Knigth, empezaba a notarse. Por eso, éste había decidido que no sometería a su mujer a un viaje tan largo solo para disfrutar de la compañía de sus amigos en Londres. Ellos los visitarían. Y por aquel motivo, ahí se encontraba Robert y el corrillo de personas que disfrutaban de la amistad y confianza de los Knigth.

Era media tarde y en verdad Robert agradecía disfrutar de la tranquilidad del campo. Sin lugar a dudas, el feliz matrimonio también disfrutaba mucho más de Somerset que de la capital londinense. Allí llevaban una vida tranquila y dichosa, y quizás por eso Robert los envidiaba tanto.

Le quedaban unos días por delante en la espléndida casa familiar, y Robert se congratulaba de poder descansar ese tiempo de su madre y sus negocios que, por primera vez desde que dejó el ejército, habían quedado en un segundo plano.

Empezaba a notarse el frío del otoño, en nada llegaría el invierno y la tan esperada Navidad. Pero mientras eso sucedía, disfrutaría de la caída de las hojas, de su cambio de color, de las galletas de jengibre de la cocinera de Rosewood House, y por supuesto de la compañía de su prometida.

Robert parpadeó, como si se hubiera olvidado de Belinda Withman, quien seguía divagando acerca de vestidos y lazos. Él se vio inclinado a asentir y mostrar un mínimo interés por lo que decía la mujer con quien iba a casarse. Asintió como si fuera la conversación más interesante del mundo, aunque por supuesto le habría gustado más hablar de caballos y de los últimos acontecimientos políticos en el continente.

—¿No le parece? —preguntó Belinda con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto. —Por supuesto que Robert no sabía de qué le estaba hablando. Había dejado de prestar atención cuando ella insistió en explicarle la diferencia entre el color limón y el amarillo pastel.

Ese día, cuya temperatura era inusitadamente alta, lo estaban disfrutando con actividades al aire libre. Una buena caminata le había parecido bien, pero no contaba con la gran variedad de colores que un vestido pudiera tener. Por fortuna llegaron pronto a la casa. Rose, la anfitriona, había organizado un picnic en la terraza trasera que daba al invernadero. Su invernadero de cristal, aquel que era su mayor orgullo, y que el coronel Knigth no dejaba de llenar de flores exóticas solo para agradar a su amada esposa.

El ambiente se animó de inmediato. Se formaron corrillos según los intereses de cada uno. Por supuesto, Belinda Withman hablaba animadamente sobre la última moda con la señora Thomson, la tía de Rose. No escatimaba en detalles sobre cada una de las telas que habían llegado importadas del continente, ni tampoco el fuerte impacto que le provocó la sombrerería del señor Deep.

—Me entusiasmé tanto que lord Belford tuvo que comprarme, no uno, si no dos de esos maravillosos sombreros. —Batió sus pestañas mirándolo con inmensa gratitud, y Robert, no muy dado a las muestras de afecto, hasta se animó a sonreírle.

Al fin y al cabo, era su prometida, no estaba mal visto que cubriera sus gastos en ropas y sombreros, aunque estas ascendían a una cifra ya ciertamente notable. Por fortuna Robert era generoso, porque si algo le sobraba, era dinero.

—Ha sido un auténtico placer —le dijo Robert. Apenas le prestó atención, pero Belinda se dispuso a ignorar ese pequeño defecto en su inminente marido. Y bueno… lo cierto es que el hecho de que le prestara la justa atención era más bien de agradecer. A Belinda le disgustaba que quien iba a convertirse en su esposo tuviera tan poco gusto por la moda. Vestía siempre de negro y su semblante era tan serio… lo atribuía a su austera vida de militar y a tener que lidiar con el agrio carácter de su madre.

Belinda se dispuso a ignorar a todo el mundo, menos a la señora Thomson, quien si tenía interés en las sedas y encajes.

—¿No te parecieron ideales las plumas de avestruz? —la señora Thomson alabó el gran surtido que el señor Deep tenía en plumas, en su tienda de Londres.

—¡Las adoro! —Belinda suspiró sonoramente—. Nada me apasiona más que la moda, aunque parece ser que soy la única con el don del buen gusto.

Livia, alzó la mirada de su libro y respiró profundamente, pero con buen tino se mordió la lengua. A Robert no pasó inadvertido que Livia se sentía incómoda con el parloteo de su hermana, pero al menos Belinda tenía conversación, en cambio su anodina hermana…. Sentada en uno de los bancos de piedra de la terraza, parecía disfrutar más de su lectura que de las conversaciones que allí se desarrollaban. Cuando Robert la miró evaluándola, ella pareció darse cuenta y aquellos grandes ojos escrutadores cayeron sobre él.

La mirada de ambos se cruzó un instante. Pero, así como la habían posado, uno en los ojos del otro, se retiraron con premura.

Se vio forzado a carraspear ante la incomodidad que siempre le provocaba su mirada. Sin duda Robert no sabría qué decirle, ni en su cabeza cabía que Livia pudiera responderle cualquier cosa, ínfimamente interesante.

Livia se guardó un gemido. Dispuesta a ignorar a todo el mundo hasta que diera comienzo la

merienda, metió la nariz entre las gastadas páginas.

Había cosas que caían por su propio peso, pensó Livia sin poder concentrarse escuchando la voz de Belinda. Belinda era tan hermosa que hasta un saco de patatas le sentaría bien, sin embargo, ella… si se pusiera uno de esos sombreros a la última moda con plumas de avestruz, sin duda solo conseguiría parecer un avestruz. Porque según Belinda, ella no tenía gusto alguno para la moda. Pero, cabe decir, que Livia no sentía ninguna lástima de sí misma. La pasión hilarante que Belinda sentía por los trapos y harapos, ella la sentía por la lectura. Unas lecturas de temática concreta. Sonrió para sí, como si disfrutara de un secreto malvado. Carraspeó serenándose de nuevo al sentir los ojos de lord insufrible, de nuevo sobre ella, pero al alzar la vista, este volvía a estar prendado de Belinda, asintiendo con cierta aprobación.

Se tragó un gemido. Nadie debería buscar la aprobación de lord Belford, para Livia, él no era ejemplo de nada.

Alzó el mentón y sus manos sin guantes sujetaron con más firmeza su lectura. Una lectura que sin duda lord insufrible reprobaría.

—Parece muy concentrada, querida amiga —una voz conocida del capitán Anthony Hilton la distrajo.

Livia parpadeó y se mostró sorprendida al encontrar la mirada del capitán, centrada en ella.

Volvió a reírse ante su desconcierto.

—¿Capitán? —preguntó para saber si se había perdido algo.

Obviamente su actitud no pasó desapercibida entre los asistentes, y mucho menos cuando Anthony se dejó caer en el banco de piedra donde ella reposaba, apartada del resto.

—¿Le hago gracia, capitán?

—Un poco.

Ella sonrió muy a su pesar.

—¿Algo en concreto?

La sonrisa risueña de Anthony lo hacían ciertamente encantador. Tenía a todas las mujeres que Livia conocía, comiendo de su mano. Bueno, a todas menos a una. Maranta no lo soportaba y aunque la consideraba una gran amiga, no había podido descubrir el motivo. Quizás fuera porque su amiga era una mujer seria y correcta, y el capitán tenía fama de libertino y hombre totalmente despreocupado en temas de moral. Y aún así, Livia no podía encontrar a un hombre que le cayera más en gracia.

—Toda usted me parece interesante.

Livia lo miró tan burlona como él la miraba a ella.

—No me diga.

Ahora que el capitán le dirigía esa encantadora sonrisa, Livia podía vislumbrar claramente el intenso poder de seducción que se le atribuía.

Chasqueó la lengua y se echó a reír. Si Livia fue consciente de la mirada intensa que Robert Belford tenía sobre ambos, no lo manifestó.

—Me he estado haciendo preguntas sobre la clase de pensamientos que danzan por la cabeza de la mayor de las hermanas Withman —dijo Anthony.

—Se decepcionaría —dijo sin más—, no son nada interesantes.

Por la mirada que Anthony le echó, este no debía pensar los mismo.

Azorada le devolvió la sonrisa, pero al poco fingió volver a leer su interesante libro sobre buenas costumbres, que era donde escondía sus panfletos feministas, cortesía de Edith Spencer, la revolucionaria amiga de la hermana de Robert, Amanda.

¡Oh! Si este supiera que su hermana había inaugurado un club de lectura de lo más entretenido. Lástima que se hubiera quedado cuidando de su madre enferma, lady Marianne. Aunque, por otra parte, también agradecía que la madre de lord Belford no les honrara con su presencia. Con el agrio carácter de su hijo, ya tenía más que suficiente.

—¿Me está ignorando deliberadamente, señorita Withman?

Livia batió las pestañas solo para fingir interés.

—No está acostumbrado ¿verdad?

La risotada de Anthony captó la atención de todos, incluso de Belinda.

—¿Qué es eso tan gracioso?

Livia se apresuró a carraspear y volver a su semblante serio, y más cuando la fija mirada de Robert Belford parecía reprobarla. Aunque ese hombre la reprobaría hasta por respirar.

Antes de que Livia pudiera responder a su hermana, o Anthony lanzara un comentario ingenioso, Rose atrajo la atención de sus invitados.

—¿Os apetece ver el invernadero? —preguntó la anfitriona levantándose de la silla donde había estado sentada más tiempo del que su trasero podía soportar.

Su marido, Lyonel, la miró preocupado.

—¿Estás segura?

—Un paseo cortito, coronel —suplicó a su esposo con cara de pena—. ¿Vienes?

—Por supuesto —se rio por lo bajo y la tomó de la mano para acto seguido, llevársela a los labios y besarla—. Donde tú vayas, yo iré.

Rose rio complacida.

—Señorita Withman, ¿dejaría su lectura para acompañarnos?

Livia alzó la mirada y asintió, al tiempo que Anthony se ponía en pie.

—Yo también deseo estirar las piernas —aseguró el capitán—, y ver por qué estás tan orgullosa de tus flores, Rose. —Casi imperceptiblemente, Anthony le tendió la mano a Livia, que parpadeó algo confusa—. Por favor, ¿nos acompañará?

—Yo… sí, sí —sonrió Livia algo sorprendida por tanta atención.

Robert Belford miró a su amigo como si le hubieran salido dos cabezas. Acto seguido, observó a la anodina mujer cuyo rostro parecía resplandecer después de que el capitán Hilton le tendiera el brazo.

No era posible que su amigo tuviera interés en su futura cuñada, ¿verdad?

Palideció.

¡Eso sería inaudito! Algo que podía calificarse como de antinatural. Desde luego Livia Withman no era la clase de mujer que atraía la atención de su amigo Anthony. Y sin embargo ahí estaban, avanzando hacia el invernadero, detrás de Lyonel y Rose.

Más impulsado por el deber de proteger a su amigo de esa mujer, que por las ganas de ver el invernadero, Rober se levantó de inmediato.

—Vamos —sin dejar de mirar a la pareja. Tendió la mano a Belinda y la miró frunciendo el ceño al ver que se hacía de rogar.

—Yo… —¡Oh! ¿Qué? —preguntó desconcertada—, ¿también vamos? Yo… estoy tan bien aquí, no quiero dejar sola a la señora Thomson.

Él frunció el ceño y dejó caer la mano.

—Como prefieras.

La señora Thomson, miró a uno y a otro e intentó mediar cuando el aire se hubo enrarecido.

—Nos quedaremos aquí, si te parece bien, milord —le dijo a Robert con amabilidad.

La tía de Rose no perdió detalle de las expresiones de los prometidos. Desde luego, ninguno de los dos se miraba como lo hacían Rose y Lyonel, al fin y al cabo, ese matrimonio había sido por amor. Este… dudaba mucho de que fuera más que una mera transacción comercial. El padre de las Withman necesitaba dinero, Robert necesita una esposa. Punto.

—Pero si lo desea podemos hacer el esfuerzo —le dijo al ver que no se movía.

Le caía bien lord Belford. Él la había aceptado en su casa una larga temporada, para que le hiciera compañía a su madre. Ahí se había dado cuenta de que Robert, no era lo que aparentaba. Su ceño fruncido, no era desdés, sino preocupación. Tenía un gran peso sobre sus hombros, que aparentemente, no compartía con nadie.

—No importa, señora Thomson —le dijo con amabilidad—, por favor sigan disfrutando de la tarde.

Se veía a años luz que a Belinda no le había parecido nada apetecible caminar por el invernadero de Rosewood House.

—Nos veremos a la hora de la cena.

—Descuida, querido —dijo Belinda, ignorándolo acto seguido para continuar hablando de fruslerías.

Robert se puso en marcha, bajó los peldaños de piedra de la terraza y no tardó en alcanzarlos.

Al entrar en el invernadero, el pequeño grupo de cuatro se convirtió en cinco cuando Robert se les unió. Siendo las únicas mujeres, Rose tomó a su amiga Livia del brazo para avanzar más rápido entre los grandes maceteros y los hombres se quedaron más rezagados. Ambas notaron sus miradas por un instante, pero enseguida los tres amigos se sumieron en una agradable conversación sobre personas y momentos vividos en el ejército.

Robert empezó hablando con Anthony sobre lo que estarían haciendo los suboficiales y los capitanes del batallón donde él había estado sirviendo años antes. Tenían amigos en común, y aunque hubiera dejado el ejército, mantenía el contacto con alguno de ellos. Pero se dio cuenta de que Anthony pronto perdió el interés y se centró de nuevo en Livia Withman.

Hizo una mueca de disgusto al ver como avanzaba, situándose al lado de ella. Al parecer su habitual encanto hizo que ninguna de las damas le reprobara que hubiera interrumpido su conversación. Robert miró el perfil de la señorita Withman. No, sin duda ella no parecía nada molesta.

La observó con disimulo, mientras Lyonel comentaba algo acerca de antiguos cadetes. Esa tarde se había dejado la sombrilla y la cara de Livia, a esas alturas, había tomado un cierto color rubicundo, agredida por los rayos del sol.

Rose se giró para hablarles de vez en cuando sobre sus nuevas adquisiciones, y la alta tolerancia que demostraba su marido, en cuanto ella se obsesionaba por una determinada flor. Cuando hubieron explorado el invernadero, pasaron a los jardines. Para cuando esto sucedió, Lyonel había vuelto a entrelazar su brazo con el de su esposa, como si no pudiera estar apartado de ella, y Robert anduvo tras las dos parejas fulminando a la que formaban Anthony y Livia con la mirada.

¿Cómo demonios estaban pasando esto delante de sus narices?

¡Era intolerable!

Robert caminaba a paso lento, con las manos entrelazadas a su espalda. Se impacientó al ver que su futura cuñada se lo estaba pasando bien con el capitán Hilton y se adelantó para ponerse a la par con Rose y su esposo. Su compañía impediría que ladrara unas cuantas palabras fuera de lugar a su amigo Anthony.

—¿Estás disfrutando del paseo? —le preguntó Rose a Robert. En la intimidad de su hogar, solían tutearse, ya que había tomado mucho afecto y confianza a los amigos de Lyonel que a la vez la trataban del mismo modo.

—Mucho, ciertamente.

Rose miró lo bien que mentía. Era consciente de que la presencia de Livia le alteraba un poco.

—Mañana podréis salir a cazar —se rio Rose, mirando a su marido situado a su otro costado —, ¿verdad?

—Así es.

Volvió a mirar a Robert, esperando que la perspectiva de una cacería lo complaciera. Al fin y al cabo, era un hombre de acción, y ese paseo sin duda había sido una actividad demasiado aburrida para él.

—No me estoy aburriendo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.

—Por supuesto. —la miró con amabilidad. La condesa nunca había sufrido la mirada reprobatoria de lord Belford, no así Livia y Amanda. Sus amigas no habían tenido tanta suerte—. Rose, déjame decirte que tienes el mejor jardín de Inglaterra.

Se sintió muy complacida por el cumplido.

—Tú sí que sabes ganarte el corazón de mi mujer —le sonrió Lyonel.

—No, eso lo has hecho tú, y en un tiempo récord.

Los tres rieron. Era verdad, porque los esposos sabían que el corazón de ambos pertenecía el uno al otro, desde mucho antes de que sus bocas hablaran para confesarlo.

La certeza de que el matrimonio que formaban los Knigth, era sólido y contraído sobre las bases del amor, era la envidia de la sociedad más romántica y los llenaba de orgullo. Los más pragmáticos también los envidiaban, porque ambos eran unos anfitriones excepcionales, e influyentes, sobre todo el las altas esferas de la cúpula militar. Por lo que su influencia era más que notoria en cualquier ámbito donde un caballero solía moverse.

Continuaron con una amena conversación. Robert rio sus bromas y junto a ellos, se sentía especialmente relajado. No en vano era el mejor amigo de Lyonel. Al igual que Anthony. Los tres formaban un gran equipo, su amistad era inquebrantable y aunque a causa de la distancia y las obligaciones de cada uno, se veían cada vez menos, el afecto que se tenían perduraba en el tiempo.

La carcajada que soltó Anthony, llamó la atención de todos, haciendo que Robert dejara una frase sin concluir.

Rose miró a su marido para ver si captaba lo mismo que ella.

¿Desaprobación… o celos?

Lyonel parpadeó confuso, esperaba que fuera lo primero. Llevaba una vida muy tranquila y lo último que quería es que sus amigos se pelearan por una mujer. Una mujer que Robert no podía desear ¿no? Era la hermana de su prometida. No, sin duda esa mirada inquisitiva, se debía a la oposición de Robert a que su amigo intimara demasiado con una mujer que apenas podía soportar. ¿No es así?

Lyonel se relajó, convencido de ello.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Robert, sin conseguir que su tono no fuera reprobatorio.

Robert también sintió algo de alivio al ver que Anthony no prestaba su brazo a la señorita Withman. Se habían unido algunos invitados más, dos parejas y lord Charty para ser más

exactos. Amigos de Lyonel que habían acudido para la cacería de mañana. Se dio cuenta de que las dos mujeres recién llegadas estaban disfrutando de las hazañas de Anthony acontecidas en España.

—¿Por qué no te acercas, Lyonel? —le preguntó Anthony alzando la voz para que pudiera escucharle, se habían rezagado varios metros—. No me creen cuando les cuento lo de la playa del Algarbe.

Lyonel se mostró solícito a su petición, como buen anfitrión que era. Robert, por su parte, puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta que el capitán Hilton había minimizado un poco la tragedia que pudo haber sido ese día en concreto.

—No sé de qué se ríe —resopló Robert ante el buen humor de su amigo—, casi se ahoga.

Ahora fue Rose quien contuvo una carcajada.

Perdido el apoyo del brazo de su marido, Robert no tardó en ofrecerle el suyo propio para que pudiera avanzar sin temor a tropezar.

—Supongo que, sin adornar un poco las anécdotas, estas perderían siempre algo de brillo.

—Demasiado brillo puede distorsionar la verdad y convertirla en una mentira —dijo con seriedad.

Rose suspiró.

—No seas siempre tan recto e inflexible, Robert. A veces debemos tomarnos la vida de forma más ligera, para poder sonreír más y ser más felices.

Forzó una sonrisa para complacerla.

—Lo tendré en cuenta —dijo sin más, y se esforzó por dedicarle una sonrisa y hacer que se sintiera mejor—. Supongo que deseas que sea menos inflexible ahora que me voy a casar.

—Supones bien.

Eso les sacó una risa a los dos.

La anfitriona se quedó caminando a su lado, con paso lento y seguro, mientras el grupo se iba partiendo de nuevo en parejas, y Anthony, Lyonel y Livia se quedaron charlando frente a ellos, a una distancia donde se escuchaban sus voces, pro ignoraban el contenido de su conversación.

Otra carcajada de Livia y Rose pudo sentir la tensión bajo la palma que reposaba sobre el brazo de Robert.

—Siempre me ha resultado un tanto curioso que seáis tan amigos.

Robert la miró con extrañeza debido al cambio brusco de conversación.

—¿Por qué lo dices?

—Sois todos tan distintos —ella puso expresión soñadora al observar a su esposo riendo con las ocurrencias de Anthony para impresionar a la señorita Livia—. Bueno, mi esposo… no seré yo quien le defina, es simplemente extraordinario.

—Algo en lo que estamos de acuerdo.

—Anthony… él es tan divertido y espontáneo. Un granuja —se burló.

—Un libertino —dijo Robert chasqueando la lengua—, pero no seré yo quien lo censure. Cada mujer sabe perfectamente a qué atenerse con él.

Rose ignoró esas últimas palabras, aunque sabía que eran una velada advertencia para la señorita Withman.

—En cambio, tú…

—¿No me digas que te parezco el diablo? —se paró en seco y su falsa expresión de desconcierto la hizo reír.

—¡No! —la risa de Rose hizo que sus ojos brillaran con más intensidad y encendieran sus

mejillas—. Pero creo que tienes un carácter un poco más difícil que los demás.

—Oh, Rose… me has herido profundamente. —Ella lo miró esperando ser perdonada—. No te preocupes, supongo que es la impresión que doy a mucha gente.

Y Rose le sonrió con amabilidad porque era cierto. La gente solía pensar que Robert era duro como el acero, y quizás no les faltara razón, pero debajo de tanta dureza, había un corazón cálido que latía. Incluso predispuesto a hacer bromas en el momento que consideraba adecuado.

—No puedo evitarlo, siempre he sido así —dijo él, reflexionando sobre la impresión que podía causar a los demás. Perdió su mirada a lo lejos mientras avanzaban por uno de los senderos rodeados de parterres—, y aunque el propio Anthony no ha parado de darme consejos para hacer amigos desde que lo conozco, mucho me temo que ha perdido el tiempo. Soy un hombre estricto con los que quiero, quizás porque me inculcaron que los excesos son inaceptables. Sobre el afecto que profeso a otras personas —la miró con cariño—, es sincero y constante, aunque muchas veces no lo parezca. Y si me muestro decepcionado a veces, es porque espero recibir lo que ofrezco.

—¿Severidad y muecas agrias?

Él chasqueó la lengua, haciéndola reír.

—Lealtad, mi señora.

Rose le apretó el brazo con afecto.

—Eres el hombre más leal que conozco, Robert —dijo ella en tono serio y sin atisbo de burla —. Todos sus amigos del ejercito lo saben y, ahora yo, como esposa de uno de ellos también lo sé. Y me siento honrada ante este privilegio de llamarle amigo.

Él asintió, conmovido por sus palabras.

—Entonces, para resumir —dijo él aclarándose la garganta—. ¿Me definirías como estricto y leal? —hizo una mueca un tanto cómica.

—Y alguien justo.

—Bien, podré vivir con ello.

Rose asintió. Sí que era estricto con su hermana Amanda, no podía decir otra cosa, pero también justo, porque entendía que se preocupaba por ella y la señorita Amanda Belford a veces no medía las consecuencias de sus actos. Una señorita no debía colgarse de los árboles, quizás Rose se lo dijera entre risas y con amabilidad, pero Robert era su hermano. Sabía que si una joven rompía las reglas del decoro estaba perdida, y él no iba a permitir que nadie se burlara de su hermana y en consecuencia de su familia.

—Nuestra querida Amanda —suspiró Rose— ¿Sigue queriéndose casar con David Chamber?

Robert soltó el aire de sus pulmones de manera abrupta, y cerró los ojos por dos segundos.

—No hablemos de eso, me irrita profundamente ese asunto.

—Entonces es un sí —intentó no parecer burlona, pero convino con él—. No hablemos más de ello.

Al ver que Rose lo miraba con cierta compasión, él chasqueó la lengua.

—No sea así, señora Knigth —dijo al ver que le tenía lástima—. No he tenido una infancia feliz. A veces me cuesta entender a las mujeres que sí lo son.

—¿Que son felices?

—Quiero decir que son felices, por el simple hecho de trepar a un árbol o ver una puesta de sol —se explicó. Y Amanda, su hermana, era una de esas personas. No quería apagar su brillo, pero sabía que un paso en falso la haría el hazmerreir de la sociedad. No iba a permitirlo. Su papel se centraba en proteger a su familia, y lo haría, aunque significara parecer un ogro

desalmado.

Rose supo que indiscutiblemente hablaba de su hermana. Sin duda la adoraba, pero era visible que sus caracteres no eran afines.

Caminaron en silencio unos minutos hasta que Rose se atrevió a cambiar de tema.

—¿Siempre quisiste ser militar?

Él negó con la cabeza. Si le sorprendió esa pregunta, no lo demostró.

—No, a diferencia de tu marido y tu cuñado Frederick, o del propio Anthony, debo reconocer que en eso somos diferentes.

—¿Cómo de diferentes?

—Bueno, ellos se alistaron por el honor y la gloria y yo… para huir de mi padre.

Rose redujo el paso y lo miró con los ojos bien abiertos.

—Lo lamento.

—Perdóname —dijo súbitamente Robert—. No he querido incomodarte o ponerte triste.

—No, no. Yo he preguntado.

—Quizás haya sido una confesión tan inesperada como inapropiada.

—Nada de eso —le animó ella—, si es lo que quería decirme.

Él asintió.

La había sorprendido porque era por todos sabido que Robert no se abría fácilmente con nadie, a no ser que fueran sus dos amigos más cercanos. Se sintió orgullosa de que la hubiera dejado entrar en ese pequeño circulo de confianza.

—Siento mucho que tu padre te hiciera infeliz.

—No lo sientas, ya está muerto —añadió entre dientes, y acto seguido la miró esperando una disculpa por sus palabras.

Rose parpadeó, conmovida por esa conversación inesperada. Sabía que debía haber algún motivo por el carácter, a veces demasiado firme de Robert, pero no esperó que este origen estuviera en su niñez. Sintió cierta lástima por él. Quizás Livia lo había juzgado muy severamente, al fin y al cabo, nadie es antipático y severo porque sí.

—Será mejor que nos adelantemos —dijo Robert—, si permito que Anthony siga contando semejantes hazañas el resto de los que estuvimos en la contienda acabaremos a la altura del betún.

Rose asintió, aceleró el paso sin dejar el agarre de su brazo. Miró como la expresión de él cambiaba al escuchar reír a Livia por otra tontería del capital Hilton.

Alzó una ceja sin saber muy bien si debía preocuparse o no.

Se puso sentimental. Robert era el mejor amigo de su esposo. Livia era una amiga tan querida… ¿No sería algo maravilloso que los dos limaran asperezas y se llevaran bien?

Los observó por un largo instante. Miró a Livia que por primera vez en mucho tiempo, se reía animadamente con sus acompañantes. Después miró a Robert, serio y pensativo. ¿Podrían tener algo en común dos almas tan diferentes?

Capítulo 2

El pequeño salón donde los Knigth habían decidido pasar la velada, era de un acogedor papel pintado con tonos dorados y ocres. La chimenea estaba encendida y daba calidez a la estancia. Alrededor de la mesa circular, algunos invitados jugaban a naipes, mientras Belinda ensayaba una melancólica pieza al piano, parándose de vez en cuando para hacer alguna observación sobre la partitura a la señora Thomson, con quien había hecho buenas migas.

Los dos solteros más cotizados de la velada, Robert y Anthony, hablaban con Lyonel, sobre los nuevos reclutas que el capitán Hilton había acogido bajo su ala. Rose, sentada junto a la ventana los escuchaba lanzarse pullas y se reía de las ocurrencias de esos tres hombres que parecían totalmente relajados, como si la docena de invitados del salón, no estuvieran. Rose participaba en la conversación, con algún que otro comentario, pero lo que más le gustaba era ver a su esposo sonreír, y a lord Belford totalmente relajado y hasta contento. Anthony siempre estaba de buen humor, así que su cambio no era tan notorio para los presentes.

En aquella habitación, cada uno tenía su corrillo, menos Livia. Se mordió el labio inferior mirando de reojo a los tres amigos. No era lo mismo ver al prometido de su hermana en un salón de baile, donde le tensaba la mera idea de bailar, a verlo allí, en ese pequeño circulo tan familiar para él. Al ser los otros invitados de Lyonel del ejército, Robert los conocía a todos y por muy extraño que pareciera, al insufrible lord Belford, parecían caerle bien.

Suspiró. De verdad que Livia Withman había intentado integrarse, sobre todo después de lo amable que habían sido Anthony y Rose con ella. Pero le resultaba desagradable que, en las únicas charlas que valía la pena estar, siempre estuviera presente Robert. Por muy relajado que él estuviera, su presencia la tensaba a ella.

La risotada de Anthony captó su atención. Hablaban de oficiales patosos y quejicas, de los cuales el capitán Hilton hacía burla, y seguramente, no sin motivo. Ante una anécdota la mar de divertida, Livia tuvo la osadía de prestar atención y reírse. Rectificó de inmediato, pero al estar sentada justo al lado de la ventana contigua en donde estaba Rose, le fue imposible disimular.

Anthony la miró con aquellos brillantes ojos azules, llenos de curiosidad, y ella mantuvo la sonrisa hasta que *lord insufrible*, abrió la boca para incomodarla.

—La señorita Withman tiene muy mala opinión de los oficiales —habló Robert y se hizo el silencio a su alrededor. Hasta Belinda, su prometida, dejó de tocar y se rio de su hermana con descaro.

Con la sonrisa intacta en su rostro, Livia parpadeó muy lentamente, mirando esa cara pétrea que de buen seguro le hubiera encantado desencajar con un comentario hiriente. Pero se mantuvo digna. Una gesta sorprendente, debido a su carácter incendiario. A Rose, la anfitriona, también le sorprendió que se dedicara a responder a su oponente con amabilidad. Fingida, pero amabilidad, al fin y al cabo.

—No, milord. No tengo mala opinión de todos los oficiales. Solo de algunos —lo que dejaba claro, a todos los presentes, quien estaba incluido en ese grupo.

Ahora fue Robert quien sonrió con toda la falsedad de la que fue capaz.

—¿De veras? —Empezó a decir él.

Rose y Lyonel se miraron, como si uno u otro tuviera la obligación de salvar la velada, pero

fue Anthony quien se adelantó para que la sangre no llegara al río.

—Espero encontrarme entre los oficiales a quien respeta —dijo Anthony.

—Alguien como usted… —dijo Livia asintiendo levemente—, puede contar con mi absoluta aprobación.

Robert resopló con desagrado, lo que le llevó a que su propio amigo, Anthony se burlara de él. ¿Acaso no veía que solo quería evitar el desastre que el propio Robert había iniciado, sin prever las consecuencias?

—Seguro que, de la boca de tan encantadora dama, no ha salido mal alguno contra los oficiales de su majestad —dijo Lyonel, buscando de inmediato otro tema con el que desviar su atención. Pero Livia fue más rápida.

—Exacto, jamás han salido de mis labios palabras no afines a nuestros soldados —miró a Anthony con una sonrisa y después a Robert—. Solo porque nunca he expresado mi sincera opinión sobre el tema.

—¡Livia! —Su hermana Belinda abrió la boca escandalizada y luego se la tapó con un gesto teatral y coqueto—. Qué descaro —susurró fingiéndose contrariada—, hablar así en un salón lleno de oficiales.

Robert ignoró a su prometida, sin embargo, su atención estaba puesta en su futura cuñada. Se sintió complacido de haberla encontrado en lo que parecía un renuncio.

—Ahora tiene la oportunidad de hacerlo.

La sonrisa de Livia flaqueó.

—¿Hacer qué?

—Expresar su opinión sobre los oficiales —contratacó Robert.

—Repito que solo de algunos no tengo buena opinión. Y creo que mi animadversión está justificada.

Ahora, ya ninguno de los dos sonreía, y los que estaban a su alrededor sentían el peso de la incomodidad en el ambiente.

Rose miró a Anthony, esperando que pudiera salvar la noche, pero fue lord Belford quien habló antes de que pudiera despegar los labios.

—Creo poder decir que los oficiales de su majestad son caballeros y en su inmensa mayoría tienen una moral intachable.

—¡Ja!

Robert enderezó su espalda y las voces de la mesa de naipes, formadas por los oficiales y sus esposas, se fueron apagando para escuchar.

—Así que piensa que los oficiales tienen una moral discutible.

Los hombres se miraron entre sí. Rose apretó la falda de su vestido aliviando la tensión que sentía. Belinda parecía la única que se divertía, era muy consciente de que Livia iba a insultarlos a todos sin remedio, lo presentía e iba a disfrutar de ello.

—Usted los conocerá mejor que yo.

—¡Desde luego!

—Y por lo que a mí respecta, no puedo afirmar ni negar nada respecto a su moral —alzó el mentón—. Solo deseo que en estos tiempos que corren, nuestros oficiales sean mejores de lo que fueron.

Sus miradas, fijas el uno en el otro, hicieron que todo el mundo contuviera la respiración. Alguna dama dio un firme codazo a la otra para que dejara de hablar y prestara aún más atención a lo que sucedía cerca de los anfitriones.

Cuando Livia fue consciente de que todas las miradas recaían en ellos, intentó morderse la lengua, pero fue la superioridad moral de la que hacía gala Robert que le imposibilitó quedarse callada. ¿Quería su opinión? Se la daría.

—No se puede negar que el buen hacer de nuestros oficiales y la moral intachable de la que usted habla, son la consecuencia de la transformación que sufrió el ejército después de los desastres de la Campaña contra los Países Bajos.

Algunas damas se escandalizaron. ¿Qué señorita hablaba de política de aquella forma tan directa? ¡Inaudito!

Robert apretó los dientes. ¡Maldita fuera! Estaba completamente de acuerdo con ella.

—Antes de aquello —se atrevió a añadir Livia—, los soldados y oficiales, carecían de disciplina en muchos aspectos.

Anthony fue el único que se mordió el interior de la mejilla para no echarse a reír. Ese tema Robert lo había sacado a coalición una y otra vez, alabando las reformas. Así que sin pretenderlo Livia había manifestado compartir exactamente la misma opinión que Robert. Por como su amigo tensaba la mandíbula, era evidente que no podía corregirla, y eso parecía molestarle mucho más que la actitud de los jóvenes oficiales antes de la mencionada campaña.

—Bueno…

Anthony alzó una ceja cuando la mirada de Robert se clavó en él.

—Y no hablemos del mal equipo que llevaban nuestros soldados —dijo Anthony.

Livia lo miró complacida, encontrando en él un aliado a regañadientes.

—Eran otros tiempos —se quejó el coronel Knigth, algo disgustado porque la encantadora velada se hubiera torcido tanto.

—1793. Usted ya había nacido, milord.

Livia supo que se había excedido cuando el silencio fue demasiado pesado y la expresión de Rose se volvió un tanto angustiada. Cerró la boca de inmediato, a pocos hombres respetaba más que al coronel, y Rose… su querida amiga no se merecía que hiciera un espectáculo desagradable en una de sus veladas.

—Lo lamento —susurró mirando a la anfitriona, que le devolvió una trémula sonrisa.

Eso sin duda fue lo que hizo que ella y los demás dieran por terminada la conversación.

—Todo quedó en el pasado —se apresuró a decir Anthony—, ahora somos fuertes y valientes.

—¡Sí! —dijo uno de los oficiales que dejó las cartas sobre la mesa para alzar su copa.

—¡Por nuestros soldados!

—¡Por los oficiales y su majestad!

El brindis fue corto pero efectivo. Anthony una vez más había salvado la situación, pero no le pasó por alto a ninguno de los presentes en el círculo de amistades de los Knigth, que las batallas verbales entre la señorita Withman, y lord Belford, eran un espectáculo que en un salón de baile londinense hubiera desatado el más fiero de los escándalos. Por suerte estaban en el campo, donde los lugareños eran mucho más permisivos.

El buen humor volvió a reinar pronto, pero Robert no podía estar más lejos de la nueva conversación.

Miraba fijamente a Livia, con total desaprobación.

—Qué descaro —dijo Belinda, quien había dejado el pianoforte y ahora estaba parada junto a su prometido, colgándose del brazo con fingido enfado—, ¿cómo se atreve a insinuar esas cosas de nuestros hombres?

La mano enguantada de la beldad rubia acarició la manga de Robert. Y, aun así, no se sintió tentado a dejar de pensar en la altanera mujer de cabellos parduzcos.

Livia. Sus enormes ojos de ciervo se clavaron en él.

Sin duda sería un quebradero de cabeza tenerla en su familia. No quería que su lengua afilada, hiciera que la gente los señalara.

¡Ellos eran los Belford!

¿De verdad debía incluir a una mujer con una lengua tan afilada entre los suyos?

Se reprimió como pudo. Apuró el contenido de su copa y respiró hondo para calmarse.

No había conocido a una mujer que expresara tan abiertamente sus opiniones propias y, sobre todo, hiciera hincapié en los defectos ajenos. No podía rebatir que lo que ella hubiera dicho fuera cierto, pero maldita sea… ¡Qué descaro! Una dama jamás debía poner en evidencia a un hombre de esa manera.

***

—¡Lord insufrible! —Livia entró como un torbellino en la habitación que compartía con su hermana en Rosewood House.

Belinda entró tras ella, pero a diferencia de lo que cualquiera pudiera pensar, lo hizo de muy buen humor. Lejos de Robert, había dejado de fingir enfado para agradarle. De hecho, la lengua viperina de su hermana siempre era de lo más entretenida, claro estaba, siempre que no fuera contra ella.

Suspiró tirando sus guantes sobre la cama. Que su prometido y su hermana se llevaran mal, le traía sin cuidado.

—¿Te ríes? —le preguntó Livia mientras se quitaba las horquillas de su pelo rebelde.

Su hermana rio más fuerte y le dijo que sí. Livia la vio caer sobre la cama de forma teatral.

—A ti no te lo parece —empezó diciendo Belinda al tumbarse bocabajo y poner su encantador rostro entre sus manos para mirarla sin disimulo—, pero ver a Robert alterado es todo un espectáculo. No ocurre a menudo.

Esas palabras le hicieron fruncir el ceño.

—¿Eso crees? —preguntó contrariada—, pero si siempre está de mal humor, y hace comentarios…

Belinda negó con la cabeza.

—Solo tú lo sacas de sus casillas.

Livia parpadeó mientras trataba de discernir si su hermana se burlaba de ella.

—¿Y tú como lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo —Ahora sí que se rio de ella—. Robert Belford es inalterable. Nunca mueve su lengua para combatir, su mirada de desdén es más que suficiente para que uno note su desprecio. Pero contigo… Al parecer, desde que te conoció, le gustan las peleas dialécticas. —De pronto Belinda se puso seria—. Algo que como debes saber, es del todo inapropiado. No se discute con un caballero.

—Yo no… —se mordió la lengua. Después le dio la espalda y fue a mirarse en el espejo mientras seguía arrancándose las horquillas de la cabeza.

Un minuto después, Livia bufó de manera que, a todas luces, a lord Belford le hubiera

parecido inapropiado.

Belinda soltó una risotada.

—¡Le sacas de quicio! —siguió burlándose su hermana— ¡Y él a ti!

—Parece que te hace mucha gracia.

Belinda se tumbó boca arriba sin perder su buen humor.

—Lo que hagáis me trae un poco sin cuidado —dijo sin más—, pero tendremos unas cenas de Navidad muy entretenidas.

—¿Navidad? —preguntó desconcertada.

—Supongo que es la única ocasión durante todo el año que mi marido consentirá tenerte en su mesa —hizo una mueca—. Lo siento, querida.

Livia miró a su hermana a través del espejo, quien empezó a quitarse los zapatos y las medias, ya no le prestaba la más mínima atención.

A veces se sorprendía deseando ser un poco más como Belinda. No por su angelical aspecto físico que nada tenía que ver con el suyo, sino más bien por su forma de ver la vida, de tomarse las cosas… Belinda era hermosa, despreocupada por todo aquello y aquellos que estaban a su alrededor. Uno podría asegurar que lo único que le interesaba era lucir bien el último vestido que le había confeccionado la modista. Sin lugar a dudas sería feliz con lord insufrible. Al fin y al cabo, Robert tenía dinero como para comprar toda la importación de seda de la India. La cubriría de perlas, joyas y oro… Cualquier cosa que ella deseara, lo tendría.

Incluso… lo tendría a él.

Livia apartó la mirada y se llevó la mano al corazón que empezó a latir desbocado en el pecho. ¿De dónde salía este desasosiego?

¿Y qué si lord Belford era de Belinda? A ella no le importaba lo más mínimo. Jamás desearía a un hombre como él. Lástima que al mirarse de nuevo en el espejo la joven que había allí, pareció vacilar.

—Te has puesto pálida —le dijo Belinda acercándose a ella para que le desatara el corpiño.

—No es nada.

No era nada, se reafirmó ayudando a su hermana a desvestirse. Cuando esta se puso el camisón corrió de nuevo hacia la cama y se tumbó en posición fetal.

Livia hizo lo propio. Su camisón, ni de lejos lucía tan hermoso como el de su hermana, pero ella no necesitaba todas aquellas florituras que por otra parte nadie vería. No había ningún pretendiente a la vista que quisiera ocupar la plaza de marido.

Se acercó a la cama y al acostarse dejó encendida la vela de su mesilla de noche, mientras Belinda hacia otro tanto con la suya. Su mirada se quedó fija en las cortinas de la habitación. Nuevas y brillantes, como todo lo de Rosewood House. Rose tenía un gusto exquisito, y el coronel no podía ser un hombre más generoso con su esposa.

Pensó en que pronto Belida sería una mujer casada.

Suspiró, apenas audiblemente. Se llevarían bien, se dijo Livia con todo el cinismo que fue capaz. Belinda se sentiría amada y venerada por un hombre que fingiría idolatrarla, cubriéndola con cualquier cosa que su fortuna y buen nombre pudieran proporcionarle. Y él… se sentiría satisfecho por haberse casado con una mujer hermosa, de la que alardear, que sabría halagarle y hacerle creer que siempre tenía la razón y que nunca se equivocaba. Le acompañaría en todas las fiestas y cenas sabiendo exactamente qué decir y cómo comportarse. Siempre atenta, siempre sumisa, siempre… sin opinión propia.

¡Al infierno Robert y los hombres como él!

Ella tenía opinión, y pensaba darla siempre que se la preguntaran o ella creyera que era su deber expresarla.

Los Robert Belford del mundo podían irse al infierno. Y prepararse, pues las mujeres pensaban por sí mismas y estaba segura de que no debían callarse por mucho más tiempo. Podían ir haciéndose a la idea, pues esas mujeres, inteligentes y aspirantes a ser totalmente independientes, habían llegado para quedarse.

—Deja de resoplar, no me dejas concentrarme en la lectura.

Livia gruñó de manera poco femenina y Belinda soltó una coqueta carcajada. Ni siquiera en privado podía disimular su encanto.

—Vamos a dormir —dijo Livia—, hoy solo quiero que se acabe el día.

Livia se incorporó sobre un codo y acercó sus labios a la vela, que apagó con un sonoro soplido.

Belinda, por su parte siguió con la vela encendida, fingiendo leer una de las novelas inocuas que su hermana encontraba tan insípidas. Pero lejos de leer cualquiera de sus capítulos, acarició una carta escondida entre sus páginas.

Sonrió con sinceridad. Una de aquellas sonrisas que apenas veían la luz, puesto que durante toda su vida Belinda se había visto obligada a fingir. Fingir para caer bien a todos, para ser la hija intachable, la hermana envidiada… Pero por fin, había encontrado algo que la ilusionaba a ella, que la haría feliz a ella.

Releyó cada palabra, acarició con la mirada cada enérgico trazo de aquella carta.

¡Qué suerte había tenido! Haría algo que le apetecía, algo que la ilusionaba y que con suerte le proporcionaría un futuro maravilloso que se mostraba brillante ante ella.

Un futuro que nada tenía que ver con Robert Belford.

—¿Apagas la luz? —le preguntó Livia intentando conciliar el sueño.

Se dio la vuelta para ver a su hermana, y esta escondió la carta de inmediato.

—¿Qué es eso?

—Nada —le dijo risueña, como si diera a entender que era una carta de amor de Robert—. No debes ser tan chismosa.

—Por supuesto —gruñó—. Apaga la luz.

Belinda, se inclinó sobre la vela y sopló de manera delicada. Iba a seguir sonriendo en la oscuridad hasta que se quedara dormida.

Livia, resopló.

No podía creer que lord Belford fuera lo suficientemente romántico como para escribir una carta de amor.

Capítulo 3

—No puedes retrasarlo por más tiempo ¡Compromételo!

Semanas después de navidades, ya de vuelta en Londres, Livia miraba sorprendida a su padre.

—¡Papá!

¿Qué le estaba diciendo su padre a Belinda?

El señor Withman ignoró a su hija mayor. Entendía por qué a Livia le horrorizaba su actitud, y no es que él estuviera muy orgulloso de sí mismo, pero si algo aborrecía aún más que la falta de moral, era sin duda, la pobreza.

—Lleváis meses con este cortejo inútil, hay que hacer que fije una fecha.

Belinda estaba sentada frente a la chimenea, el frío hacía que tener el fuego encendido fuera una bendición, y también un lujo que en casa de los Withman solo podían permitirse en el salón. Mantener encendidas todas las lumbres del hogar, costaba su buen dinero. Asimismo, como mantener al servicio.

Muy discretamente su padre había tenido que despedir a la mayoría de los criados. Prescindieron de todos ellos, menos del viejo mayordomo, demasiado mayor como para poder encontrar otro empleo, la cocinera, y una doncella que se encargaba de Belinda. Livia hacía meses que se hacía cargo de sus propios asuntos, así como de zurcir y poner presentables los vestidos viejos.

Todo aquello a Livia no le importaba. Jamás había sido vanidosa, y tenía amistades de muy diversa condición. Si la alta sociedad quería rechazarla por no tener posibles, no se lamentaría. Las amistades sinceras, jamás miran en tu cartera.

No era su padre del mismo parecer. El señor Withman se moriría si en el club supieran los apuros económicos que estaban pasando.

Livia pensó en su surtido grupo de amigas, en él no era poco frecuente que alguna tuviera algún que otro apuro económico. Su círculo de amigas iba desde la hija del panadero, hasta Maranta, una joven viuda, rica y muy bien posicionaba. Sí, ese variopinto surtido de mujeres, estaba unido por algo más elevado que el dinero o la posición social, estaba unido por unos ideales por las que todas luchaban en secreto, a través de la difusión de ideas, ya fuera a través de discursos o panfletos.

La voz cortante de su padre volvió a captar la atención de las hermanas Withman.

—Es de imperiosa necesidad que se celebre esa boda. —Su padre, ajeno a los pensamientos de su rebelde hija mayor, se paseaba frente a la chimenea, y daba media vuelta al llegar al sofá donde se sentaba su hija pequeña, la futura esposa de Lord Belford—. Cuando tu futura suegra descubra que estamos en la ruina… le faltará tiempo para presionar a su hijo y que rompa el compromiso. ¡No podemos permitirlo!

Livia hizo una mueca de disgusto cuando se mencionó a Lady Marianne.

Respiró hondo y por un instante apartó la mirada de su padre, para centrarla de nuevo en la calle. Estaba sentada junto a la ventana. Había estado mirando el encapotado cielo gris y observando pasar los carruajes, sin más entretenimiento que esperar alguna carta o bien releer alguna interesante lectura, hasta que su escritora favorita volviera a publicar algo que fuese digno de ser leído por una mujer de mente despierta como la suya. Desde luego, lo que no quería es que

su padre despotricara sobre el compromiso de su hermana, algo que últimamente hacía a diario.

—¡Livia!

—¿Sí, padre? —se volvió de inmediato hacia él, prestándole toda su atención.

Se puso en pie cuando lo vio con las manos entrelazadas a su espalda.

—Espero tu colaboración.

Livia miró a Belinda, que se mantenía callada e inexpresiva.

—Está bien, padre.

¿Qué más podía decir? Por supuesto entendía que la boda con lord insufrible, beneficiaría a su familia. Tendrían dinero, al menos el suficiente para vivir decentemente… hasta que su padre volviera a jugárselo todo a las cartas. Cerró los ojos e intentó no sonrojarse por la vergüenza. ¿Qué pensaría Robert Belford cuando descubriera que las deudas del señor Withman eran astronómicas?, si es que no lo sabía ya.

Volvió a sentarse, más alicaída que antes.

—La ayudaré en lo que pueda.

—La ayudarás a forzar el matrimonio.

¡Ni lo sueñes! Y sin embargo se limitó a decir:

—Por supuesto —mintió.

Ni en broma, haría algo tan falto de moral.

—Entonces nos entendemos —sentenció en tono severo.

Si su padre quería creer que habían caído tan bajo, allá él.

Livia miró a su hermana y respiró hondo.

—¿En verdad no hay otra forma de pagar nuestras deudas? —Su voz se fue apagando al ver la mirada de su padre. Estaba furioso, y eso que había dicho “nuestras deudas”, como si ellas tuvieran alguna culpa de su mala cabeza. Qué alivio que su madre ya no estuviera en este mundo, no sabía como habría podido soportarlo.

—No la hay. Lord Belford asumirá las deudas con un fideicomiso para tu hermana y un estipendio anual para nosotros —dijo mirando a Livia, quien estaba segura que su cara de sorpresa era de lo más ridícula.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto. Esto ya está hablado —asintió solemne.

Vaya, no sabía que lord insufrible pudiera ser tan generoso. Miró a su hermana, sus tirabuzones rubios bailaban sobre sus hombres, descolgándose desde el recogido atado a su coronilla. Quizás había juzgado mal a Robert, y estaba verdaderamente enamorado de Belinda.

—Bueno, si es así —dijo Livia—, debería hablar con él para fijar la fecha.

—¡Ya lo he intentado! —volvió a pasearse furibundo gastando aún más la deshilachada alfombra—. Cada vez que estamos de acuerdo su madre se pone enferma, y al parecer necesita su beneplácito.

Livia no pudo evitar poner los ojos en blanco. ¡Como no! Lady Marianne siempre tenía que estar metida en todo.

—Tu hermana y lord Belford deben casarse, ¡Ya! —gritó haciendo que Belinda diera un respingo.

—Por supuesto, padre —miró a Livia por encima del hombro y a esta le sorprendió que estuviera tan callada.

Es señor Withman parecía hablar solo, refunfuñando mientras apretaba los puños a ambos

lados de su cuerpo.

—¿Acaso no hace ya el papel de esposa?

Livia frunció el ceño.

—¿En qué sentido? —miró a Belinda y después a su padre con los ojos muy abiertos.

—En el sentido… —pareció atragantarse cuando no pudo hablar a la velocidad que acudían sus pensamientos—. En, en… ¿Acaso no acompaña a esa muchacha insufrible a todos lados? Para eso se casa, para que tenga un ojo sobre sus hermanos.

¡Oh! ¡Amanda!

Se esforzó por no poner los ojos en blanco. Sí, Belinda se había visto obligada a acompañarlas en algunas salidas, cuando Amanda y ella acudían a las librerías y a tomar el té en casa de alguna que otra amiga.

Amanda era una criatura encantadora. Una salvaje, eso sí, pero encantadora. Se mordió el labio inferior para no reír. Amanda era unos años más joven que ella. En parte, si lord Belford quería casarse tan rápido, era porque necesitaba a alguien que acompañara y guiara a su hermana en su inminente debut en la sociedad. Su madre tenía algunos problemas de salud que, en según que temporadas, la incapacitaban para ir a fiestas y largas veladas. Sería un suplicio para lady Belford acudir con su hija a esos eventos, y tener la paciencia suficiente como para no despotricar contra cualquier pretendiente que se acercara a Amanda.

Livia había visitado a la futura suegra de su hermana en contadas ocasiones, y ciertamente, no deseaba acercarse a ella. No después de lo que contaba la tía de Rose Knigth. Cierto que la señora Thomson era muy parlanchina, y que un carácter tan agrio como el de la señora Belford no podía serle afín, pero había algo más. Algo que la señora Thomson definió como maldad.

Sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo al pensar a qué clase de suegra tendría que enfrentarse Belinda. Por suerte, su hermana tenía armas para tratar a la gente. Era bonita y cortés. Siempre sabía qué decir para agradar a su interlocutor, fuera joven o viejo, debutante o matrona. Si alguien podía llevarse bien con esa dragona, era sin duda Belinda.

Livia suspiró mientras escuchaba los reniegos de su padre.

Si lo pensaba bien, en realidad quien hacía el papel de esposa era ella. Sonrió al pensar en el pequeño Charles, con quien se había batido en duelo en alguna que otra ocasión, durante sus vacaciones.

—¿Te estás riendo?

—No, padre —se apresuró a decir. Miró a su hermana como si quisiera que ella interviniera, pero la beldad rubia no hizo ademán de abrir la boca.

Últimamente Belinda se veía tan distraída que había pensado que quizás sufriera de algún mal provocado por los nervios. De un tiempo a esta parte se comportaba mucho más sosegada. La observó esas navidades y era como… si hubiera madurado. Eso debería alegrarle, pero… ¿y si en vez de madurez lo que estaba padeciendo era una gran tristeza por tener que casarse con ese patán?

—¿Me estás escuchando?

—Por supuesto, padre —otra mentira.

Suspiró de nuevo.

Ella, que era la mujer más transparente, obligada a mentir siempre por el mismo motivo, lord insufrible. Mentía cuando su padre la regañaba por estar pensando en él, mentía cuando le preguntaban si estaba contenta por ese infame compromiso, y le mentía a él, en la cara, cada vez que debía sonreírle en lugar de decirle todo lo que pensaba acerca de su persona.

Lord Belford… Apretó los dientes. Sí, mentía fingiéndose complacida por su altanería mal disimulada, su desprecio contra todos los que no pensarán como él, su puño de hierro a la hora de tratar a sus hermanos.

Sí, trataba a su hermana como si fuera una salvaje. Que lo era, pero… era una salvaje encantadora. Se merecía más muestras de cariño por parte de su estoico hermano.

Sonrió al recordad su melena rubia al viento, corriendo por el prado y… ¿cómo podía trepar con tanta maestría a los árboles? Livia no daba crédito.

—Acompañar a Amanda no es ningún sacrificio —murmuró para sí, pero su padre la escuchó.

—¡Me importa un rábano qué haga esa muchacha desgarbada!

—¡Papá! No seas así. Además, no ha sido presentada en sociedad y apenas sale de la finca —la defendió Livia.

Su padre la ignoró.

—Aquí lo que importa es lord Belford y tu hermana. Su compromiso debe ser un hecho. ¡Debe poner una fecha!

Livia asintió, pero sin entender por qué su padre se lo decía a ella, cuando era Belinda quien se sacrificaría por la familia.

—Padre, yo creo…

Belinda se puso en pie antes de que Livia pudiera acabar de hablar.

Ya había tenido suficiente de que los dos hablaran como si ella no tuviera vela en ese entierro, como si llegar a un firme compromiso fuera más cosa de Livia que de ella.

Su hermana se las daba de inteligente, pensó la beldad rubia, pero no sabía cuando parar. La vena del cuello de su padre se estaba hinchando por momentos. Él solo quería que Robert pusiera una fecha para la boda. Bien, pues eso haría. Pondrían una fecha, se dijo Belinda decidida.

—En la próxima fiesta en casa de los Dawson, fijaremos el día —dijo en tono calmo y con pose de muñeca de porcelana.

A su padre le cambió la expresión. Se sintió enormemente satisfecho por lo que dedujo era pura determinación por parte de Belinda. Determinación por atrapar definitivamente a un pretendiente tan ventajoso. Todo lo contrario, es lo que pensaba Livia, quien apretó los labios y se esforzó por estar callada y no contradecir al señor Withman.

Pondría una fecha para la boda, se dijo Belinda. Otra cosa muy distinta es que ese día llegara a celebrarse boda alguna.

Capítulo 4

Livia agarró la mano de su amiga Maranta y la obligó a salir a la terraza de la casa palaciega que Lord Dawson tenía en Londres. Siguió tirando de ella hasta esconderse tras una planta exótica que ni ella misma podía recordar el nombre. Seguro que Rose lo sabría, echaba tanto de menos a su amiga, pero en su estado, era imposible que estuviera cerca de la ciudad. Lyonel y ella se habían retirado de la vida pública y sabía por sus cartas que, aunque las echaba de menos, no añoraba en absoluto la vida social de Londres.

—¿Qué te ocurre, Livia?

La aludida miró el bello rostro de su amiga. Maranta era una beldad, de grandes ojos castaños y un cabello negro como la noche. Ojalá ella fuera tan hermosa. Era un deseo auténtico, aunque Livia jamás había sido vanidosa. Al menos no tanto como su hermana Belinda.

—Mi padre ha tramado algo para esta noche —dijo Livia alargando el cuello para mirar entre las anchas hojas y asegurarse de que nadie las escuchaba.

—¿Algo, como qué?

Livia negó con la cabeza mientras entrecerraba los ojos, pensativa.

—Hace una semana nos dio la charla. Se puso hecho un basilisco. Quiere que Belinda se case con lord insufrible…

—¡Livia!

—Lord Belford, perdón.

Aunque ella no sentía ninguna simpatía por el prometido de su hermana, Maranta parecía haber desarrollado una cierta admiración hacia Robert, algo que a Livia le resultaba del todo inaudito si tenía en cuenta que, consideraba a su amiga una mujer inteligente y cabal que sabe juzgar a las personas. Pero como todo tiene su excepción… el talento de Maranta para juzgar a las personas saltaba a la vista que no era infalible. No en vano, a lord insufrible lo había juzgado positivamente, mientras que al capitán Anthony Hilton… Decir que Maranta detestaba al pobre capitán, era un eufemismo.

—Pero si ya van a casarse, ¿qué te preocupa, exactamente? —Maranta la miró unos escasos segundos y después abrió los ojos como platos—. ¡No!

—¡Sí!

—No estarás insinuando que tu padre quiere que Belinda comprometa a lord Belford.

—Eso me temo.

Maranta no daba crédito.

—Pero… pero… ¡Si ya están comprometidos!

—Ssssh… —la hizo callar, agarrándola de la mano y mirando de nuevo sobre su espalda si las escuchaba alguien—. Ya lo sé. Están comprometidos, pero al parecer no es suficiente. Mi padre quiere una fecha en firme para la boda, de hecho quiere que la ceremonia sea inmediata.

—¿De ahí que hayas sacado la idea de que Belinda comprometerá a lord Belford?

—De ahí y que le dijo claramente: ¡Compromételo!

Maranta se tapó la boca, sorprendida y algo desconcertada.

—Bien… ¿y qué vas a hacer?

Livia se golpeó las faldas con los puños, de manera muy poco femenina, por fortuna nadie

podía verlas donde estaban.

—Ese… troll está alargando el cortejo más de lo necesario. —Chasqueó la lengua y Maranta agachó la cabeza para que su amiga no la viera sonreír.

Desde luego Livia era valiente, nadie que conociera había osado llamar troll a Robert Belford.

—Toda esta prisa… ¿tiene algo que ver con Belinda?

Livia negó con la cabeza.

—Más bien con las deudas de mi padre —puso cara de consternación— ¡Sí! ¡Una vergüenza! Pero no por ello menos cierto. Al parecer con el matrimonio se materializará la promesa de lord Belford de ayudarle con sus deudas de juego. Aunque ya sabes que un caballero debe pagar sus propias deudas, mi padre está convencido de que lord insuf… lord Belford, hará lo que sea por Belinda.

Maranta la escuchaba con atención, y en verdad no veía las ventajas de ese matrimonio para Robert. Respiró hondo, quizás estuviera enamorado, aunque la belleza morena tenía una particular opinión sobre por quien latía el corazón de Robert.

—Supongo que ayudar a su suegro y pagar sus deudas, sería algo honorable —Livia casi se atraganta con sus propias palabras. Tenía tan mala opinión de Robert, que le era imposible poner las palabras Robert y honor en la misma frase.

—Entiendo que esté impaciente por casar a su hija, pero forzar a Belinda a una situación comprometida con la esperanza de… —Livia asintió rápidamente con cada palabra de Maranta —. Lo que me cuentas es horrible.

—Lo es.

—¿Por eso llevas vigilando a tu hermana toda la noche? —preguntó Maranta.

Respiró hondo y asintió pensativa.

—Sí.

—Eres inteligente y perspicaz, Livia —lo dijo como un verdadero cumplido—. Si crees que esto es lo que está pasando, quizás tengas razón.

—Bien —dijo con entusiasmo. Si su amiga la creía, seguro que se le ocurría algo para ayudarla—. ¿Y qué vamos a hacer?

Maranta se rio.

—¿Hacer? —parpadeó sin dejar de sonreír— ¡Nada! Tu hermana es… una cobarde.

—¡Maranta!

La hermosa viuda agitó la mano en el aire sin darle ninguna importancia a sus palabras.

—Y por si eso no bastara para estar a salvo, lord Belford —dijo mirando a Livia con fijeza para que se diera cuenta de que hablaba muy en serio—, jamás se prestaría a ponerse en una posición comprometida, y mucho menos con una dama.

Livia puso los ojos en blanco y soltó un gemido, muy poco femenino.

—¡No me lo puedo creer! ¿Que ese patán no se prestaría…? —Se mordió la lengua al ver la expresión divertida de su amiga, fingiéndose horrorizada por su lengua viperina. Sí, Livia también se sorprendía de sentir semejante animadversión por un hombre, cuyo único pecado había sido existir—. Bueno, lo que quiero decir es que aunque no se prestaría voluntariamente, quizás lo haga involuntariamente.

Maranta puso los ojos en blanco.

—Ahora le das un crédito a tu hermana que no merece.

—¡Maranta!

—No digo que sea tonta —se defendió Maranta—, pero no creo que un hombre tan inteligente como lord Belford se deje engatusar por una debutante.

Livia tomó una bocanada de aire y la soltó intentando que esa quemazón en el pecho desapareciera. Quizás debería darle un poco de crédito a Lord Belford y no pensar que era un tonto de remate, fácilmente cegado por una sonrisa bonita y unos ojos tan azules como el mar del norte.

—Sea como sea, ayúdame a vigilarlos —le suplicó Livia.

Maranta asintió.

—Eso podemos hacerlo —sonrió divertida—, sin ningún problema.

—Ah, ¿sí?

Demasiado fácil.

—¡Claro! —dijo Maranta con entusiasmo—. Yo hablaré toda la noche con tu hermana, y tú… baila con tu futuro cuñado.

—¿Qué? —preguntó horrorizada. Se le hubieran lanzado un excremento de caballo no se hubiera sentido tan sorprendida y consternada al mismo tiempo—. No haré eso.

—Vamos, tú bailas y yo vigilo a Belinda.

—Sabía que había una trampa.

La risa de Maranta era mucho más bonita de lo que ella misma podría pensar. Lástima que no se dejara escuchar con frecuencia. De hecho, solo la veía relajada y feliz en presencia de sus amigas y miembros del club de lectura para mujeres que, llevaba meses reuniéndose en secreto, para leer lo que algunos caballeros tacharían de lecturas revolucionarias y totalmente inapropiadas para las mentes femeninas. ¡Al diablo sus opiniones!

—Vamos a ver a esa pareja —suspiró Maranta, no demasiado convencida de que todo lo que le había dicho Livia, no fueran imaginaciones suyas.

***

Belinda estaba en las nubes. Siempre le habían gustado los bailes, la charla, el ambiente… los ojos puestos en ella. Era muy consciente de su belleza y si algo le gustaba era que la miraran.

Aleteó sus pestañas mientras el señor Bawell la guiaba por la pista de baile. No podía parar de sonreír, de hecho, podría jurar que le dolería la cara a la mañana siguiente cuando se despertara de ese sueño. ¿Podría explotar un corazón henchido por la felicidad? Esperaba que no, puesto que pensaba disfrutarla con buena salud.

—Parece un ángel, señorita Withman.

Belinda le correspondió el halago con una risita tintineante.

—Es tan amable —otro aleteó de pestañas mientras arrastraba las palabras, sabiendo lo que su timbre de voz provocaba en algunos hombres, Jack Bawell no era la excepción—, pero la señorita Withman es mi hermana, yo soy la señorita Belinda. Livia es la mayor…

—Y aún así, usted se ve forzada a casarse antes.

—Es que soy la más bonita —rio coqueta.

Jack Bawell estaba encantado con su descaro.

—Sin duda lo es.

Belinda suspiró al recorrer el rostro tan agraciado de ese hombre. Era norteamericano, había

hecho fortuna con las minas de oro que tenía su familia, y había viajado a Londres para encontrar a una bella aristócrata, y en su defecto, a una dama que no lo aburriera mortalmente una vez que se hubieran casado. Belinda sabía que había visto en ella una candidata ideal. Una lástima que alguien ya se le hubiera adelantado.

Ella parpadeó lánguidamente, observando a su pareja. Objetivamente no podía decirse que Robert fuera menos atractivo que Bawell, pero es que su prometido nunca sonreía. Era un tempano de hielo, cuando se habían besado… había sido como poner sus cálidos labios sobre un tempano. No sintió nada. El cosquilleo inicial que le provocaran los halagos de Robert se había desvanecido. ¡Hasta las conversaciones con la señora Thomson le parecían mucho más entretenidas! ¿En verdad iba a pasarse toda la vida junto a un hombre que la aburría sobremanera? No, no iba a hacerlo. Y estando ahí, entre los brazos de su pretendiente más querido, cada vez lo tenía más claro.

Jack Bawell había sabido ganarse su corazón, o al menos alabar tanto su vanidad que se sentía perdida sin sus halagos. Sus cartas eran tan exquisitas e… intimas.

Sí, besar al norteamericano había sido como beber agua en el desierto después de varios días bajo un sol abrasador. Y hacerlo estando comprometida, como si fuera un pecado mortal ineludible, había sido aún más excitante. Pobre Robert, de verdad creía que podría soportar un matrimonio con él, pero… ¿por qué simplemente soportar el matrimonio cuando podías disfrutar genuinamente de él?

Suspiró mientras notaba las manos en su cintura y la arrastraba al son de la música, sorteando a otras parejas, mucho menos entusiasmadas que ellos.

De pronto los ojos de Belinda se posaron en su padre que la miraba con reprobación. Fue consciente de lo que le estaba pidiendo, cuando desvió la mirada hacia Robert. Belinda suspiró, y se dijo que Bawell solo era una fantasía y que pronto debía volver a la realidad. De hecho, esa misma noche. Su padre tenía deudas, y ella… una misión que cumplir.

***

Robert intentaba mantener su semblante tan estoico como era habitual en él, pero con su amigo Anthony a su lado, se le complicaba la acción. El capitán Hilton era de todo menos aburrido, y sabía qué temas tocar para sacarle una sonrisa. Caballos. Pero no fue de lo único que quiso hablar.

—Una fierecilla encantadora.

—Espero que sigas hablando de esa yegua y no de su amazona —le advirtió Robert con un tono fingido de desaprobación,

—Por supuesto, eso hago —Anthony mintió sin perder su buen humor.

El capitán, continuó mirando a los bailarines en la pista de baile y no pudo evitar fijarse en que a Robert le traía sin cuidado que Belinda Withman hubiera bailado toda la noche. Y concretamente que lo hubiera hecho dos veces con el mismo hombre, Jack Bawell.

—A tu prometida le encanta bailar.

—Así es —dijo en un tono neutro.

—Y es una suerte que no seas un hombre celoso.

—Prefiero que baile con otros, a que tenga que hacerlo yo.

Anthony se mordió el interior de la mejilla para no soltar una carcajada.

—Eres tan romántico, Robert —suspiró el capitán—. Qué envidia me da tu futura esposa.

—Debería dártela —le dijo tomando un sorbo de la copa de ponche que sujetaba en las manos —. Tendrá todo lo que desee, y yo solo exigiré lo que necesite.

Anthony alzó una ceja.

—¿Y eso es…?

—Un heredero.

—Oh, ya veo —cabeceó—. Le darás fortuna, joyas y todo lo que desee a cambio de que sea tu yegua de cría.

Lejos de enfadarse, Robert asintió.

—Eres un hombre inteligente. Me alegro de que lo hayas entendido a la primera, y no tener que volver a hablar de este desagradable tema.

Era cierto que Robert no era un hombre dado a expresar sus pensamientos y muchísimo menos sus emociones, pero Anthony había esperado que se mostrara algo más entusiasta con la nueva aventura que era para él el matrimonio. Pero no, no estaba entusiasmado, simplemente… satisfecho, o ni siquiera eso.

—Podría decir que estás… conforme —se aventuró Anthony.

—Muy conforme. —Asintió como si no hubiera más que decir, y no obstante añadió—. Es bonita, no del todo tonta, sabe qué decir y qué hacer en cualquier reunión, y lo más importante, sabrá dar ejemplo a Amanda y algo de cariño maternal a Charles cuando esté en casa.

Anthony se atragantó con el ponche. Había visto interactuar a Belinda con el pobre Charles, a quien había mirado por encima de la nariz, como si fuera un gatito sucio y mojado, restregándose contra sus faldas.

Antes de que pudiera hacer algún comentario al respecto, Robert añadió.

—Además a Belinda le agrada la compañía de mi madre… —respiró hondo por la nariz—, y mi madre no la odia.

—¡Eso sí que es importante! —se rio a carcajadas.

—¡Anthony!

—Lo digo muy en serio —y por su mirada franca, así parecía—. Tu madre… —se guardó lo que pensaba—, está muy bien que la futura lady Belford, que tendrá que compartir el mismo techo que tu madre, tenga una inclinación afable por su suegra.

—Gracias —dijo Robert, no sabiendo muy bien si debía sentirse ofendido. Con Anthony nunca se sabía.

—Bueno… voy a saludar a mi otra Withman favorita.

—¡Por Dios! —exclamó entre dientes como si acabaran de apuñalarle. Apartó la copa de sus labios y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué?

—¿Tu Withman favorita? Por favor Anthony, no lo dirás en serio.

El capitán se encogió de hombros sin perder la sonrisa. Era muy evidente que Robert estaba molesto por la compañía que se empecinaba a ofrecerle a Livia Withman, pero que culpa tenía él si le gustaban las mujeres inteligentes. Aunque puestos a ser sinceros, lo que Anthony quería era poner en práctica su secreta teoría.

Teoría que evidenciaría que Robert se había equivocado de hermana al hacer una propuesta de matrimonio. Sin duda su mente práctica, deseaba a Belinda, pero… ¿y su corazón? O cualquier otra parte de su cuerpo.

Carraspeó para aclararse la voz y habló con fingida inocencia.

—Me gusta la señorita Withman.

—No lo dices en serio —su mirada seguía fija en su amigo—. Belinda es una mujer con todas las cualidades que uno pueda desear en una esposa, pero… la señorita Withman.

—¿Sí? —lo animó a hablar.

Robert negó con la cabeza.

—Aléjate de ella, Anthony —dijo apartando la mirada—. No es conveniente.

Después de la risa franca del capitán, este lo miró con más seriedad y sentenció:

—No es culpa mía que confundas a un diamante con una piedra.

Robert parpadeó sorprendido por tal afirmación. Pero lejos de responderle, apretó los labios y se quedó callado. Él no había confundido nada, Belinda debía ser para él, y Livia… solo una molestia, una piedra en su zapato que no tardaría en olvidar una vez que se casara con su hermana.

—Si no hay nada más que quieras añadir… —Anthony empezó una reverencia.

—Ve, y por favor… luego no me expliques con qué conversación revolucionaria te ha deleitado.

—¿No?

—¡No! Ni me importa, ni mi hígado podría tolerarlo.

Anthony palmeó el hombro de su amigo con su habitual buen humor.

—Cuando te des cuenta de la clase de mujer que es…

—¡Anthony!

—Ya me voy —cerró la boca y giró sobre sus talones para ir a buscar una compañía más interesante con quien pasar la velada.

Robert volvió a posar la mirada en la pista, buscando a su prometida, pero… no la encontró entre los bailarines.

Capítulo 5

—¡Padre! ¡¿Ahora?!

—¡Ahora!

Withman había sacado a su hija de la pista de baile. No entendía como lord Belford podía estar tan tranquilo, en su propia casa, mientras su prometida dedicaba bailes a caballeros que no eran su persona.

—Pero padre…

—Tengo un plan —la cortó.

—¿Qué plan? —dijo ella, a desgana.

Ambos estaban solos en el corredor que llevaba a la biblioteca y el despacho de lord Dawson, aún así se acercó más a ella para que nadie pudiera escucharlos.

Era ahora o nunca, pensó Belinda.

—No sé si es el único candidato que pudiera hacerse cargo de nuestra situación —dijo ella a bocajarro.

—¿Qué?

Lo miró asintiendo como si él no entendiera nada de la vida.

—El señor Bawell ha puesto su atención en mí. Es rico…

—¡Un mujeriego! —bramó su padre—. Un advenedizo que nada tiene que ver con nosotros. No tiene nobleza, ni porte. Ni siquiera sé porque está aquí.

—Porque es el mejor amigo del duque de…

—¡Me da igual! Ni siquiera lo pienses —la mano se cerró como una tenaza sobre el brazo, apretó tanto que Belinda sintió como las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Compromete a Belford. ¿Me has entendido?

Ella asintió y dio un paso atrás, soltándose de su agarre.

No es que Belinda no quisiera obedecer a su padre, pero Jack. ¡Tenía opciones! ¿Por qué precipitarse y elegir la opción equivocada?

Quizás si conseguía alargar más su compromiso…

Pero su padre tenía otros planes. La arrastró por el corredor, con una sonrisa impostada cuando unos sirvientes pasaron por su lado. Se cuidó mucho que de nadie les siguiera, ni los viera entrar en la biblioteca un minuto después.

—Esperarás aquí.

—¿Aquí?

—Deja de hacer preguntas —le dijo exasperado a su hija—. No tienes que hacer nada, solo esperar a que tu prometido venga a buscarte.

—¿A buscarme para qué?

—Eso no importa —a pesar de la penumbra, Belinda entendió que había puesto sus ojos en blanco—. Solo vendrá a buscarte, y entonces apareceré yo…

—¿Y?

—Y le obligaré a poner fecha para vuestra boda.

—Entiendo —respondió, sin entender demasiado.

Pero tampoco es que le importara. No se casarían mañana ¿no? Quizás con un poco más de

tiempo podría seguir su intercambio de cartas con el señor Bawell, un juego inocente pero que últimamente no lo era tanto. Él la deseaba, y quería hacerla su esposa. Solo tenía que decidirse ¿ser la esposa de un respetado conde o bien la mujer de un rico aventurero norteamericano?

Se encogió de hombros.

Ya lo decidiría. Mientras tanto…

—Como desee, padre.

***

Livia y Maranta entraron en el abarrotado salón. Los hombres reían, concentrados en sus charlas políticas, las mujeres se carcajeaban aún más fuerte, seguramente haciendo pedazo a alguna que otra debutante. Y para su desgracia, ella y su amiga, no habían podido poner en marcha su plan.

Maranta y ella no habían tenido tiempo de poner en marcha su plan. Cuando habían entrado al salón, una vieja matrona arrastró a Maranta hacia su grupo de amigas, como si la joven viuda fuera la atracción más popular de una feria. Pobre, solo había tenido tiempo de mirar con lástima a Livia. Por su parte, ella había logrado localizar a su futuro cuñado, pero al poco rato se dio cuenta de que su padre y Belinda, salían con demasiada premura del salón de baile. ¿Por qué? No lo sabía, pero sin duda no podía ser nada bueno.

Por supuesto, los persiguió, quedándose a una distancia prudencial, hasta que escuchó su conversación en corredor.

—Compromete a Belford. ¿Me has entendido?

Livia había cerrado los ojos, mortificada por la verdadera naturaleza de su padre, desesperado y egoísta hasta la médula.

Cuando su padre y su hermana se encerraron en la biblioteca, Livia recorrió la distancia que la separaba de la puerta y siguió escuchando.

Apretó los dientes al ser muy consciente de su plan. Arrastrarían a Robert hasta ahí y entonces forzarían un compromiso, o mejor dicho exigirían que se casara de inmediato. Así se solucionarían las deudas de juego de su padre y podrían volver a ser una familia respetable.

No le caía bien lord insufrible, pero era una verdadera vergüenza que se le comprometiera de esa manera. Su padre no tenía escrúpulos, ni decencia.

Livia pateó el suelo y al escuchar como unos pasos se acercaban de nuevo hacia la puerta, se escondió para que su padre no la viera. Entró en una sala contigua y el señor Withman, con paso decidido, pareció volver al salón de baile, sin duda en busca de su presa.

Suspiró al verle pasar, cuando cerró la puerta de aquel coqueto salón, apoyó la espalda contra la puerta. Sintió una inmensa vergüenza que teñía su piel de un rojizo intenso. ¿Cómo era posible que él hiciera algo semejante? ¡Comprometer así a Belinda! Tenía que hacer algo.

Aunque Robert Belford, fuera el hombre más arrogante sobre la faz de la tierra, no se merecía semejante trato.

¡Oh! Ese hombre insufrible, con lo estirado y recto que era. Si lo pillaban en cualquier falta, por pequeña que fuera, Livia lo creía capaz de cualquier cosa. Montar el escándalo de la temporada o de la década.

Puede que no conociera demasiado a Robert Belford, pero si algo sabía, es que no era un

hombre con quien uno podía jugar. Por mucho que hubiera decidido casarse con Belinda, si veía que ella lo estaba manipulando… podía hacer algo terrible. ¡Dejarla en evidencia, negarse a casarse con ella… retar a duelo a su padre!

No, no podían jugar con lord insufrible.

Y ella parecía la única con dos dedos de frente para ver a la legua las consecuencias que ese acto estúpido y desesperado podía acarrear.

No, no podía permitirlo.

Su mente trazó un plan a una velocidad de vértigo. Ojalá Maranta estuviera allí para poder aconsejarla, pero no había tiempo de buscarla, pues estaba convencida de que a esas alturas su padre estaría arrastrando a lord Belford hacia la biblioteca.

Sí, si su padre atraía a Robert a la biblioteca con cualquier artimaña, estaba perdido.

—Oh —refunfuñó Livia pateando el suelo—. Y que tenga que ser yo quien lo salve.

Lord insufrible le debía una.

Pero aún encerrada en el salón, no vio que fue Belinda quien decidida salía de la biblioteca en busca de su prometido.

Capítulo 6

—¿Belinda?

Robert parpadeó sorprendido al abrir la puerta de la biblioteca y encontrarse la estancia a oscuras, a excepción de un candelabro junto a la ventana donde ardían sus tres velas.

Cuando entró, se sorprendió al ver que la atmósfera era más idónea para una sesión de espiritismo, que para una conversación urgente sobre un tema que necesita de su atención de manera imperiosa. Ignoraba de qué podía tratarse, y seguramente si no conociera a Belinda, podría haber sospechado que la intención de aquella nota, ocultaba algo del todo inapropiado. Pero tratándose de Belinda Withman, era muy probable que quisiera rogarle que le comprara prendas que encontraría indispensables para su ajuar. Que los Withman pasaban una mala situación económica, no era sabido por muchos, salvo por los acreedores, que en verdad no eran pocos.

Robert había sido generoso con su prometida, y no veía razón alguna para negarle nada a su futura esposa. Si ella era feliz, le sería mucho más llevadera la unión, puesto que había podido darse cuenta de que Belinda Withman de mal humor, era realmente algo insoportable. Si podía hacerla feliz con dinero, Robert no tenía motivos para pensar que esa felicidad no fuera permanente, pues no tenía ninguna intención de arruinarse. ¿Cómo hacerlo? Sus inversiones eran comedidas y largamente estudiadas, no especulaba, ni se arriesgaba en sus negocios, y a diferencia del señor Withman, no apostaba.

Sí, que Belinda solo lo quisiera por su fortuna, era más una bendición que otra cosa. Ella necesitaba algo de él, y él de ella. Sería un buen negocio. Había meditado sobre eso, pues Belinda además de ser bonita y saber relacionarse, lo hacía con las altas esferas de la sociedad. No tenía un gran título, pero él sí, y con sus amistades y la fortuna de él, era todo cuanto deseaba para posicionarse aún mejor, que era lo que en realidad quería… su madre.

Robert pardeó en la penumbra y entornó la puerta, quedándose justo en el umbral para evitar que las malas lenguas pudieran malpensarse de él y su prometida.

—Buenas noches, señor —la dulce voz ensayada de Belinda le llegó desde su espalda. La muchacha cerró la puerta y se alejó unos pasos de su prometido.

—¿Qué hace aquí? —la miró entrecerrando los ojos y sin moverse mientras la oscura silueta avanzaba hacia uno de los ventanales por donde entraba la luz de la luna.

—Vamos Robert, solo quiero hablar contigo.

Él juntó las manos a su espalda y dio un paso hacia ella.

—¿Estás sola?

Se quedó ahí parado, sabía que no debían estar ahí a solas. No porque no fuera un hombre que no pudiera controlar sus deseos, sino porque le preocupaba su reputación. Por muy prometidos que estuvieran, no era decente estar a solas en la biblioteca, en medio de una fiesta, sin supervisión alguna.

Si los descubrían viéndose a escondidas… sería el escándalo de la temporada.

—Yo… —Belinda se apoyó contra la pared, junto a la ventana, a la distancia exacta del cristal para que la luz de la luna le iluminara el rostro ladeado.

Era realmente hermosa, hasta con esa escasa luz su pelo dorado parecía brillar con luz propia.

Robert carraspeó y se llevó la mano al nudo de la corbata para tirar de él lo suficiente como para que se aflojara. No hacía precisamente calor en esa enorme estancia. La biblioteca era de tamaño reducido, la de dos habitaciones pequeñas, separadas por unos cuatro arcos en medio de la estancia. Las columnas de mármol italiano seguramente relucirían bajo la luz del sol que entraría por la ventana, pero a esas horas, no se apreciaba la belleza del espacio, pues la chimenea de la sala estaba apagada.

—¿Desea hablarme de algo en concreto? —insistió él, sin tener demasiada paciencia. Dio unos pasos hacia ella y entrecerró los ojos.

A pesar de la escasa luz, sí pudo ver como los hombros de Belinda se sacudían. Se paró en seco, parpadeando incrédulo.

—Robert…

—¿Estás llorando? —frunció el ceño, pero se conmovió al ver su fragilidad.

—Sí, yo…

Se acercó más a ella. No sabía qué tenía que decirle, pero lo que la hubiese puesto en ese estado, debía ser algo muy importante.

Cundo se paró frente a Belinda, alzó una mano para tocarle el hombro. Fue en ese instante que ella se arrojó a sus brazos y escondió el rostro lloroso en el fornido pecho de Robert.

—Bien… esto… no te pongas así —le dijo—. Todo tiene solución.

Incómodo, palmeó su espalda con delicadeza, un gesto mecánico y carente de sentimiento. Era más bien… práctico. A las mujeres les gustaba que le dieran consuelo y solucionaran sus problemas. Era exactamente lo que haría para quitarse de encima esa bochornosa escena.

—¿En qué puedo ayudarte? —Parpadeó confuso, no estaba muy seguro de cómo darle consuelo si no le contaba el problema, pero debería esforzarse. Si aquella mujer iba a ser su esposa, quizás se echara a llorar en más de una ocasión en el futuro.

—¡Robert!

El abrió los ojos, sorprendido, pero lo estuvo aún más cuando Belinda se agarró a su chaleco y lo miró con sus grandes ojos azules.

—¿Sí? —la sujetó por ambos hombros para apartarla un poco. Su proximidad, o más bien el llanto, le incomodaban. Pero ella no parecía dispuesta a soltarlo. Sus delicadas manos, de pronto con una fuerza que él no esperaba tiraron de su camisa hacia abajo, quizás para que él se inclinara sobre ella… o para que… ¿la besara?

—Belinda —Su tono fue autoritario, pero ella no se apartó, ni siquiera cuando dejó de sujetarla por los hombros y centró su fuerza en las muñecas, tirando de ella con suavidad, aunque firmemente, para que lo soltara.

Fue en ese momento que se dio el susto de su vida.

—¡Aah! —Los ojos de Robert se abrieron como platos al ver como las puertas acristaladas que daban al jardín se abrieron de par en par— ¿Qué demonios…?

Entre el espacio que habían dejado ambas, se coló algo parecido a ráfaga de aire venida del infierno, haciendo que las cortinas se mecieran incontrolables y asustando aún más a Belinda.

—¡Aaaah! —Belinda, cerró los ojos y se tiró a sus brazos. Empujándolo contra la pared y haciendo que trastabillara hasta golpearse la espalda.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Robert.

Pero no era Satanás quien acababa de entrar por la ventana, más bien uno de sus demonios, uno de lo más peculiar y que conocía muy bien.

—¡Señorita Withman!

Robert apretó los labios y cerró los ojos un instante mientras su corazón se tranquilizaba.

¡Esa mujer! ¿Cómo se atrevía a entrar de semejante forma en su biblioteca, como si de una ladrona se tratara! ¡Qué descaro!

—Lo… lo siento.

La fulminó con la mirada. Vio como la luz de la luna bailaba en sus ojos, grandes, abiertos en demasía… Alzó el mentón y a punto estuvo de perder la compostura y decirle exactamente que pensaba de ella. Nada agradable, desde luego. Y es que, ¡era capaz de sacar lo peor de él!

—¡¿Señorita Withman?! —gritó de nuevo, sin importar quien pudiera escucharle.

La miró de arriba abajo, con total desaprobación.

—Yo… yo, lo siento.

No parecía sentirlo en absoluto. Se la veía muy concentrada tirando de su corsé e intentando tomar aire. Robert cerró los ojos, era la mujer con menos elegancia que había tenido la desgracia de conocer. ¡¿Qué dama entraba por una ventana?!

—¿Livia? —Belinda seguía aferrada a Robert quien se la sacudió de encima y puso distancia entre ambos— ¿Qué haces aquí?

La mayor de las Withman, quien acababa de saltar del alfeizar de la ventana, sobre la cara alfombra de la biblioteca, le sonrió de oreja a oreja.

—Yo… Buenas noches —hizo una leve inclinación de cabeza.

Le hizo una reverencia, como si de una gran dama se tratara. No importaba que llevara una rama en el pelo, ni hojas en uno de sus tirabuzones que se le habían soltado de su sencillo peinado. Su vestido de un azul, tan pálido que bien podría confundirse con el blanco, estaba manchado de tierra y una rozadura de color verde. ¡Sin duda se había caído de bruces sobre la hierba!

—Estaba paseando por el jardín —dijo con respiración entrecortada—, y he decidido volver a la fiesta.

—¿Por la ventana? —A Robert iba a darle una apoplejía.

—Bueno, me daba pereza tener que dar la vuelta alrededor de la casa y volver a entrar por la puerta principal —como si buscara una explicación más razonable carraspeó para añadir—: Los carruajes están allí y los caballos habrán hecho sus necesidades. No quisiera ensuciarme los zapatos.

Para dejar claro a que se refería, Livia sacó la punta de sus zapatitos de baile, esperando encontrarlos limpios. No fue así. Hizo una mueca al ver que estaban llenos de barro, lo que exasperó aún más a Lord Belford.

—Por favor… —le dijo Robert sin atisbo de humor.

A pesar de su tono grosero, Livia no perdió la sonrisa, ni la compostura.

—Al menos no es estiércol —se quejó ella.

Pero enseguida recuperó la compostura, alisándose el vestido y dando un paso hacia su hermana que tuvo que apartarse cuando se dio cuenta de lo que Livia quería, era interponerse entre lord Belford y ella.

La sonrisa radiante de Livia era tan falsa como la serenidad que Robert intentaba transmitir sin conseguirlo.

—Bueno… qué biblioteca más encantado…

—¡No me venga con esas!

El cuerpo de Livia se encogió ante el grito en su oído. Pero aguantó estoicamente, sonriendo, como si fuera de lo más habitual que una dama, en pleno baile, entrara por una ventana,

sacudiéndose como un pajarillo.

En esos momentos la mueca de Robert no tenía precio. Entrecerró los ojos y la miró con horror.

—¡Deme una explicación razonable! ¿Qué está pasando aquí? —Miró a una y otra hermana, como si se hubiera dado cuenta de que el comportamiento extraño de Belinda también tuviera que ver con la preparación de esa escena. Pero por la cara de espanto, pronto entendió que su prometida estaba tan horrorizada como él.

—Esto no está pasando —susurró Robert sin que ninguna de las dos damas lograra comprender lo que decía.

—Disculpe la interrupción —dijo Livia cerrando tras de sí la ventana—. Hace una noche magnífica. ¿No creen?

—No hablaremos del clima —la cortó Robert.

—Como quiera —Livia se encogió de hombros—. Quizás podamos volver a la fiesta y tomar un ponche.

—No estamos aquí para tomar ponche —le dijo Belinda, pero cuando Livia, mortalmente seria clavó sus ojos pardos en ella, su hermana tuvo la decencia de ruborizarse.

—Seguro que no —El tono decía a todas luces que sabía exactamente que escena pretendía Belinda que se desarrollara en la biblioteca.

Robert estudió sus miradas y se encaró. Miró incrédulo la ventana por la que esa mujer había entrado. Luego la miró a ella, esperando una explicación.

—¿Qué ocurre aquí? —no gritó, pero no hacía falta. Su ira helada era suficiente para que ambas quisieran huir de ahí.

—Bueno, ya se lo he dicho, hace una noche…

—¿Me está queriendo decir que ha salido a dar un paseo? —la interrumpió el caballero.

Livia lo miró a los ojos, pero cuando fue a mentirle a la cara, perdió valor y desvió la mirada al dobladillo de su vestido.

¡Válgame Dios! ¡Estaba hecha unos zorros! Su corazón latió cada vez más deprisa. Una cosa era enfrentarse a lord Belford cuando estaba enfadada por su falta de tacto, sabiendo que él no tenía la razón en nada sobre lo que poder discutir. Y otra muy distinta, encontrarse en esa situación, donde Livia sabía exactamente que él era la parte inocente y que tanto su hermana, como su padre, habían querido convertirlo en la burla de la sociedad, empujándolo a una boda acelerada.

Al ver que la dama tenía la mirada perdida y no le estaba prestando atención, Robert le gritó de nuevo, algo que se estaba haciendo habitual.

—¡Señorita Withman!

—Siento interrumpir —dijo ella alzando la cabeza de golpe. Se sacudió el polvo de su vestido de noche y acto seguido, se quitó la pequeña ramita que adornaba su cabeza—. No se moleste conmigo, no ha sido mi intención…

Robert entrecerró los ojos. Ya empezaba a darse cuenta cuando Livia Withman mentía, y esa era una de esas veces.

—Una dama no entra por la ventana como si fuera un estornino —la cortó Robert.

Ya no le gritaba, hablaba con los dientes apretados y en verdad, Livia no sabía cuál de las dos cosas le parecía peor.

—Sí, eso es cierto.

—¡Qué falta de modales!

Livia respiró por la nariz y lo miró de reojo. Su sonrisa, seguía congelada en sus labios.

—¿Tan falta de modales como estar a solas con una dama en su biblioteca? —arrastró las palabras a medida que la tez de lord Belford se tornaba de un saludable tono rojizo. Uno que pudo distinguirse a la perfección, a pesar de la escasa luz. Livia pareció percatarse de eso, y se apresuró a prender las velas de dos candelabros más.

Robert abrió los ojos, sorprendido por su falta de tacto.

—¿Qué está haciendo?

Belinda seguía sin decir absolutamente nada, totalmente fuera de escena, arrinconada contra la pared. Sus ojos danzaban de un lugar a otro deseando salir de allí. ¿Se habría dado cuenta Livia de las intenciones de su padre? ¡Por supuesto! Livia era la más astuta de las criaturas. De hecho, si la miraba bien, su hermana parecía extrañamente satisfecha de haber entrado por la ventana de la biblioteca. No por el hecho de hacer algo que era del todo poco habitual en una dama, sino más bien por la satisfacción de desbaratar los planes de su padre.

Por otra parte, Belinda apreció el hecho de que cuando entró Livia en escena, ella había dejado de existir. Algo que sin duda dejaba su ego a la altura de los zapatos. Odiaba que su prometido fuera el único hombre que prestara más atención a Livia que a ella. Que esta atención se vertiera sobre Livia por su falta de decoro, por sus palabras inapropiadas, o por sus palabras totalmente fuera de lugar, no hacían que a Belinda la molestara menos.

Si no fuera del todo una idea ridícula, Belinda hubiera podido pensar que el interés del conde para con su hermana, se debía a un enamoramiento inconveniente. Pero después pensaba en la naturaleza de su prometido, la falta de gracia y virtudes de su hermana, y se le pasaba.

Parpadeó observando a la pareja frente a sus ojos. A su prometido parecía que se lo llevaban los demonios. Sin duda ver a Livia una vez más, hacer algo sumamente inapropiado, bastaba para despertar la bestia que llevaba dentro.

Suspiró, sabiendo que ya no podía hacer nada.

La treta de su padre no había funcionado, y ella decidió seguir disfrutando del espectáculo que daban aquellos dos.

—Señorita Withman —dijo molesto por lo que Livia acababa de insinuar—. Es usted…

Livia miró a Robert, aleteando las pestañas. Aparentando una coquetería que en realidad tenía la finalidad de sacar a ese hombre de sus casillas.

—¿Sí? ¿Qué soy? —preguntó, fingiendo un tono inocente.

Él se acercó dos pasos hasta quedar a escasos centímetros de su cara.

—Una loca —susurró.

El rostro de Belinda perdió todo el color mientras se separaba un poco más de ellos. El ambiente estaba tan cargado que parecía chisporrotear alrededor los hombros rígidos de ambos.

—Es de esperar que me llame loca —entrecerró los ojos y alzó el mentón, desafiándolo.

Robert aceptó el reto y lejos de apartarse, se inclinó más sobre ella, y la falsa sonrisa de sus labios parecía indicar que el loco era él.

—Es de esperar que la llamen loca si se comporta como tal.

—¿Y por qué me comporto como una loca?

Apretó los puños, furioso de tener que repetir lo evidente.

—¡Ha entrado por la maldita ventana! —gritó, haciendo aspavientos.

Belinda retrocedió un paso y luego otro, hasta llegar a la mitad de la biblioteca.

Robert ya volvía a gritar. Livia puso los ojos en blanco, un gesto que no hizo más que

alterarle más.

—¡Porque ha empezado a llover! —mintió Livia—, si hubiera dado la vuelta a la casa, me habría calado hasta los huesos.

Él frunció el ceño y miró afuera, no podía distinguir si era cierto o no, pero cada fibra de su ser le decía que esa mujer mentía.

—Ha dicho que era por la mierda de caballo.

Livia se burló de él.

—¡Ha dicho esa palabra frente a dos damas!

Él retrocedió un paso.

—No era mi intención. ¡Es usted!

—¿Yo le he obligado a decir mierda? —se llevó una mano al pecho, fingiéndose ofendida, cuando en realidad era lo mejor de la noche.

—Sabe que no me refiero a eso —la voz de Robert era apenas un susurro—. Está intentando distraerme.

—¿Distraerle de qué?

—De su mal comportamiento —volvió a acercarse hasta que sus rostros estaban a un aliento de distancia— ¿Qué hacia afuera, de noche, y sin acompañante?

Livia guardó silencio.

¡Maldición! No se había percatado de que poniendo en marcha su plan para que no los pillaran a solas, en la biblioteca, se había olvidado de que ella también se ponía en peligro.

—A usted eso no le importa.

—Ah, ¿no?

—¡No! —respondió, golpeando el suelo con el tacón de su zapato.

Robert la miró con espanto ese zapato que se había sacudido el fango, estropeando de forma horrenda la hermosa alfombra

—Mmmmm… vaya —canturreó Livia, al comprender el motivo de su enfado—, suerte que no es suya.

Vio como él cerraba los ojos, seguramente para pedir al Creador que le diera paciencia con esa mujer.

—Es usted la mujer con menos sentido común y…. —no continuó. Porque ella volvió a interrumpirle.

—Usted es el que se ha quedado a solas con mi hermana —acusó—. No pueden estar aquí dentro…

Robert alzó una mano, y la miró tan furioso que Livia apretó los labios en un fruncido de lo más inocente.

—Suficiente.

¡Vaya! Ese ogro daba miedo. Quizás debía cambiarle el nombre a lord insufrible… ¿Lord gruñón, tal vez? Oh, se rio muy a su pesar al pensar en los enanitos de ese popular cuento alemán.

—¿De qué se ríe?

—No me rio —dijo ella, de pronto enfurruñada.

—¡Claro que se ríe!

—Perdón… —Ahora quien levantó la mano para captar su atención fue Belinda.

—¿Qué? —preguntaron los dos al unísono.

—Deberíais apartaros un poco…

Ambos parpadearon confusos. Belinda estaba cerca de la puerta de la biblioteca, en algún momento se había alejado de ellos, y ahora los señalaba a ambos, quienes se miraron sorprendidos. Sí, estaban escandalosamente cerca.

Robert carraspeó y se alejó un paso, Livia se dio la vuelta llevándose las manos a sus acaloradas mejillas. ¡Que vergüenza! Se habían ido acercando y estaban dando un espectáculo de lo más incómodo.

Belida carraspeó y se tapó la boca con la mano. Seguro ocultaba una sonrisa, pero al instante la luz del pasillo iluminó la biblioteca, y Belinda se puso rígida.

Fue entonces cuando Livia miró por encima del hombro de su hermana y vio a su padre.

¡Jesús! ¡No estaba solo!

Por la reacción de Lord Belford, él también debió darse cuenta de ello. De hecho, pareció entender de inmediato a que había venido esa cita nocturna en la biblioteca de lord Dawson.

Y eso iba a tener consecuencias.

Capítulo 7

El Señor Withman dio un paso al interior de la biblioteca, en el preciso instante que Robert se daba la vuelta para encararlo. Sus ojos buscaron los de su futuro suegro y le pareció ver un brillo de triunfo en ellos.

—¡Lord Belford! ¡Qué descaro! A solas con mi hija —Se interrumpió de pronto al ver que Belinda no era la única de sus hijas que estaba ahí—. Livia.

—Papá —carraspeó la aludida.

La vergüenza entumeció su cuerpo. No podía creerse que su padre hubiera montado todo aquel espectáculo para que esas dos mujeres que lo acompañaban, las más grandes cotillas de todo Londres, usaran su lengua viperina para destrozar el honor de lord Belford, o amenazaran con hacerlo si no se llevaba a cabo con premura la ceremonia.

El cuerpo de Robert, que había ocultado a Livia a la vista de su padre, se apartó para que cayera en la biblioteca el más pesado silencio, una vez lord Withman pudo ver a Livia con claridad.

—Ya veo —se limitó a decir.

—Sí, puede ver muy bien a sus dos hijas. —Como era habitual en Robert se dedicó a manifestar una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

El señor Withman, parpadeó como si no estuviera seguro de que sus ojos no lo engañaban.

—Pero… ¿qué?

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó una de las mujeres en busca de un suculento cotilleo.

—Oh, señora Tremor —la saludó Robert con la más encantadora de sus sonrisas— ¿También ha venido a disfrutar de la actualizada biblioteca del señor Dawson?

—¿Eso hacían? —Se sintieron decepcionadas.

Las dos mujeres que iban con el recién llegado se abanicaron como si fuera un impulso nervioso, pues el ambiente era bastante fresco.

Robert miró a ambas y fue consciente de las suspicacias que despertaban él y las Withman. No en vano, la señora Tremor era una consumada alcahueta, de seguro no estaba allí por casualidad.

—No ocurre nada, señora Tremor —dijo Robert, cortés—. Mi prometida quería admirar la biblioteca y su hermana ha tenido a bien acompañarnos para hacer de carabina.

—Oh, ya veo.

Lo que Livia y Robert veían, era lo decepcionada que estaba por no tener ningún chisme al que hincarle el diente.

Robert carraspeó, sin querer aceptar esa posibilidad, pero irguiendo aún más la espalda, miró a las damas que seguían abanicándose desde la puerta.

—Por favor, ¿quieren unirse al grupo para contemplar los libros?

Las mujeres lo miraron con desgana.

—Creo que regresaremos a la fiesta.

—Así es, Florence —dijo la otra mujer a la señora Tremor—. Nunca me han gustado las bibliotecas, demasiado polvo.

Al ver que la situación tenía poco de indecorosa, hizo un pequeño gesto con la boca hacia su

amiga.

—Vamos Georgina, no hay nada que ver aquí.

Sin decir nada más, dieron media vuelta.

—Pero… —Withman se volvió hacia las matronas y no pudo disimular su desencanto, un gesto que hizo alzar una ceja a Robert. No había la menor duda de porque habían llegado hasta allí, y en ese preciso momento.

Las damas se fueron por el pasillo, no sin antes mirar con cierta desilusión al señor Withman quien no les había dado el espectáculo que había prometido.

Robert no era tonto, empezaba a ser consciente de que de haber llegado un instante después de que él lo hiciera, se habría desencadenado un escándalo. Lord Belford a solas con su prometida, en una biblioteca en penumbra, quizás demasiado juntos como para no ser algo pecaminoso.

Sin embargo, nada había ocurrido y todo gracias…

Robert se dio la vuelta y miró con asombro a Livia. Después frunció el ceño, como si no pudiera asimilar lo que su mente se esforzaba en mostrarle tan claramente.

¿La señorita Withman lo había salvado del escándalo?

El señor Withman carraspeó para llamar la atención de los presentes.

—Bueno al parecer, no hay nada que lamentar.

—Sí, padre. No debe temer nada —le dijo Livia con una fingida sonrisa en los labios—, los he estado acompañando.

—Oh, Livia… —su padre mantuvo la compostura, pero habló con los dientes apretados— muy bien hecho.

Y por su furiosa mirada, dirigida en exclusiva hacia ella, se dio cuenta que iba a tener serios problemas al volver a casa.

Robert miró a uno y a otro, al principio sus ojos recayeron en su prometida, preguntándose si esta había sido consciente de lo que había estado tramando su padre. Luego miró a Livia y la muchacha aguantó su mirada. Una mirada que le decía claramente que le debía una.

Parpadeó confuso.

Sin duda, Livia no era del agrado de Lord Belford. Era una mujer demasiado impredecible, casi excéntrica, podría decirse. Pero… y si la entrada en la gran biblioteca por la ventana, había sido un acto desesperado de… ¿salvarle?

¡Maldición! No había nacido para deber favores a esa mujer.

—No sé qué ha pasado aquí —empezó a decir Robert en un tono calmo—, pero les aseguro que no volverá a suceder.

Su mirada pasó por las Withman, para después caer con todo su peso, sobre su futuro suegro.

—Por supuesto, milord. —Withman agachó la cabeza. Robert Belford no era un hombre con quien uno pudiera jugar—. Hablaremos en casa —acabó por decir a sus hijas mientras salía de la biblioteca.

Las velas seguían encendidas, al igual que lo estaban las mejillas de Livia.

Apretó sus manos entre sí, demasiado nerviosa para hablar.

¿Lo había conseguido? Juraría que sí.

No habría escándalo que a la mañana siguiente estuviera en boca de todos, y por eso tendría que enfrentarse a la ira de su padre. Pero habría valido la pena. Por muy mal que estuviera su situación económica, no era justo empujar a lord Belford a esa clase de vergüenza. Aunque Livia se esperaba que su padre elaborara otra estratagema, quizás incluso más bochornosa que esta.

¡Dios no lo quiera! Pero, desde luego, su padre insistiría.

Lord Belford debía poner una fecha por el bien de todos, aunque a Livia la idea de ser su cuñada siguiera resultándole de lo menos atractiva.

De pronto sintió la mirada helada de Robert sobre ella.

—Volvamos a la fiesta —dijo en un tono glacial.

Belinda asintió, con su carismática sonrisa de siempre, como si nada hubiera pasado.

Robert no era imbécil. Sabía perfectamente que había pasado allí. William Withman había intentado forzarle a hacer algo, y no había nada que molestara más a Robert Belford que sentirse manipulado.

—Regresemos —se adelantó varios pasos, rebasando el cuerpo de Belinda, quien tuvo que trotar a su lado para seguirle el paso.

Al llegar a la puerta se volvió para ver a Livia sumida en sus pensamientos. La vio dar un respingo cuando le dijo en voz cavernosa.

—No se quede aquí sola. Quien sabe que pasaría si por casualidad la encuentran sola en una biblioteca con un hombre.

Livia apretó los labios en una fina línea.

El escándalo. Eso es lo que pasaría. Eso es lo que hubiera pasado si ella no hubiera entrado por la ventana, y él acababa de decirle que lo sabía.

***

—Se ha dado cuenta del ardid de papá.

—No lo dudes —le dijo Livia cuando su hermana se sentó a su lado tiempo después.

Ambas estaban a cerca de la pista de baile, cómodamente sentadas en dos sillas tapizadas de seda con motivos florales. No podía decirse que lord Dawson escatimara en gastos para las fiestas que tanto insistía su esposa en organizar.

—Estas sillas son muy cómodas —dijo Belinda—, mi futura suegra es muy amiga de lady Dawson. Es una lástima que no esté en la fiesta, pero creo que está pasando por un episodio de tremenda melancolía. Seguro que un viaje por Europa la animaría.

—Belinda —Livia la miró sorprendida—. ¿No vas a decir nada sobre lo que acaba de pasar?

—No ha pasado nada.

—Gracias a mí —le dijo furiosa—, debes tener más cuidado y no dejarte arrastrar por la ambición de papá.

—Livia, —se abanicó algo molesta—. Tampoco es que hubiera pasado nada si nos hubieran encontrado en la biblioteca.

—Pero…

—Estamos prometidos.

—¡Razón de más! —Livia miró alrededor, nerviosa por si alguien la había escuchado. No fue así.

—De todas formas, entiendo que no debiste entrar por la ventana —susurró Belinda.

—Ese era el menor de los problemas. —Las dos hermanas forzaron una sonrisa, mientras contemplaban el espectáculo que eran los bailarines—. ¿Acaso no sabes lo orgulloso de es Lord

Belford? Si os hubieran encontrado en una situación comprometida… si eso hubiera llegado a ocurrir, está claro que se hubiera puesto una fecha para la boda, pero ¿a qué coste? ¡Tu marido hubiera perdido los estribos!

—Siempre está enfadado —dijo Belinda, con desdén.

Livia la ignoró.

—También hubiera perdido la poca paciencia que suele regalarte solo a ti, por ser precisamente la mujer con quien va a casarse. —Livia maldijo no tener a mano un abanico para aliviar el ardor de sus mejillas—. Créeme, Belinda, se hubiera enfadado, y mucho.

—¿Tú crees? —le respondió al tiempo que volvía la mirada hacia las parejas. Buscó a su prometido, pero no lo halló en ninguna parte—. Bueno no puedo decir que me sorprenda —dijo pensativa—. Es un hombre un tanto severo. Es muy severo ¿no crees?

Livia desvió la mirada para no enfrentarse a la de su hermana que parecía necesitar su opinión sincera.

No iba a decirle lo que le parecía Robert. Que anulara su compromiso era lo que menos necesitaban en ese momento.

—Es una lástima que Amanda no haya sido presentada en sociedad.

—Sí, pobre —suspiró Belinda—. Languidece en la casa de campo, junto a su madre.

—Ahora están aquí en Londres, pero su madre está enferma y no se aparta de su lado. Pero la próxima temporada será su puesta de largo y deberás…

—Oh, no me lo recuerdes.

—¿No te cae bien Amanda? —le preguntó algo sorprendida Livia.

—A ti te cae mejor, sé que es de tu grupo de amigas raras.

Se tragó una carcajada, ya sabía a quien consideraba mujeres raras su hermana. Maranta estaba entre ellas. La vio bailar con un apuesto coronel y le sonrió con devoción. Desde luego Maranta estaba muy bien situada en la sociedad, especialmente bien relacionada con los militares y sus esposas que parecían adorarla.

—Maranta y yo te echaremos una mano con Amanda.

—Oh, no será necesario, seguro que su madre retrasa su puesta de largo. No he visto mujer más egoísta…

—¡Belinda!

—Lo siento, no se lo diré a nadie. Pero por mí que está un poco loca. Tan apegada a su hijo, da un poco de grima.

—Ten un poco de compasión.

Lady Belford no le era simpática, pero había perdido a un hijo, ¿cómo no iba a padecer terribles nervios? Quizás sí que mostrara una predilección algo insana para con su hijo. Y si tenía a Amanda en la casa de campo, era para protegerla del mundo. Había gente sin escrúpulos que haría cualquier cosa por dinero o poder. Su padre era muestra de ello.

—Hemos tenido suerte de que Lord Belford no haya montado en cólera en el mismo instante en que se ha dado cuenta de las intenciones de papá —acalorada por la simple idea, le arrebató el abanico a su hermana.

—¿Crees que pensará que fue idea mía por no poner fecha de la boda?

—Lo dudo. Creo que sabe muy bien quien es el artífice de todo.

—¿De veras? —preguntó con algo de malicia—, te detesta tanto que igual cree que has sido tú.

Molesta, Livia chasqueó la lengua.

—He descartado esa posibilidad al entrar a lo Robin Hood por la ventana.

Se rieron con despreocupación, mientras las parejas de baile iban pasando frente a sus ojos, una y otra vez.

Cuando Livia volvió a mirar a Belinda, su rostro tenía una arruga fija en la frente, una de preocupación que su hermana veía en muy pocas ocasiones.

¿Había sido muy dura? Livia miró a su hermana pequeña con ternura.

—No tuve opción. Padre me arrastró a la biblioteca —parecía que hablaba para sí misma.

—Lo sé… —con una tímida sonrisa tomó la mano de Belida y se la apretó con cariño, pero esta la apartó poniendo aún más recta la espalda.

—Demostraciones de afecto en público —se quejó—, eso es muy burgués.

Livia apartó la mano de la de su hermana y agachó la cabeza para que nadie la viera reírse a su costa.

Cierto que Belinda podía ser un poco ligera de cascos, pero a veces era de lo más ocurrente. La miró de reojo. No había mucho en su cabecita vacía, aparte de unos bonitos tirabuzones, y eso era una lástima, pero parecía ser feliz así.

—Tranquilízate, Belford besa el suelo por el que caminas. Nunca pensaría mal de ti.

—¿Eso crees?

Livia le cogió la mano de nuevo, o al menos lo intentó, pero la belleza rubia apartó la suya en un gesto teatral que indicaba que no estaba perdonada.

—Bel, por favor. Si algo tengo claro es que Robert Belford te adora, como te adoran todos —intentó adularla.

—Sí, ya lo sé —dijo muy segura de sí misma—. Pero… yo no sé si siento eso por él. —Ante la expresión de Livia, a medio camino entre la sorpresa y la lástima, Belinda aseguró—: Sí que lo sé, y no siento esa devoción por él. No la siento en absoluto —dijo con un mohín de disgusto en los labios.

Livia parpadeó sin saber que decir.

¿Era eso cierto? Por supuesto que Robert no era un hombre de carácter fácil, pero… pero… tenía sus cualidades, ¿no?

Es decir, a ella no le caía bien, pero había pensado que en su mayor parte era a causa de que la despreciaba sin ninguna clase de pudor. Pero con su hermana era diferente. La adulaba, quizás no en exceso tal y como Belinda quería, pero sin duda había abundantes halagos. También podría admitir que lord Belford no era tan malo una vez se le conocía, sus arrendatarios, con los que había podido hablar el alguna que otra ocasión, lo tenían en un pedestal. “Es un hombre justo y generoso cuando puede serlo”, le había dicho el cabeza de familia de los Crosby, quien llevaba en tierras de los Belford desde que nació.

Sí, en el fondo no es tan malo. Suerte que no lo dijo en voz alta, pues Livia hubiera jurado que se le habría caído la lengua. Pero era cierto, al menos en lo que parecía su actitud con sus seres queridos, no había hombre más de fiar que él. Eso también se lo había dicho Amanda.

Robert no jugaba, no bebía, no frecuentaba… mujeres. Eso que ella supiera, y no es que supiera mucho del asunto, pero… el club de lectura que habían fundado, no era solo para señoritas. Había algunas doncellas instruidas, e incluso hijas de algún tendero que solía deleitarlas con todos los cotilleos de la ciudad. Y no es que Livia hubiera preguntado, pero todas juraban que no había en Inglaterra un aristócrata menos dado a las injusticias que lord Belford. En definitiva, no sentía vicios… ni pasiones, a no ser que se hablara de sus caballos.

—No sabes lo mucho que lo aborrezco.

—¡Belinda! —Livia abrió la boca de golpe. No se esperaba esa confesión.

—Lo siento, no sé que me digo, ni porqué lo he dicho —sus ojos brillaban con intensidad, pero su postura y la forma con la que retorcía su pañuelo le daba a entender lo furiosa que estaba.

Se removió inquieta en la silla esperando que nadie hubiera escuchado el comentario despectivo de su hermana hacia su prometido. Ni se hubiera fijado en su mueca de estupefacción.

—Belinda… ¿lo dices en serio? —preguntó, más calmada.

—Muy en serio. Tú lo aborreces, ¿por qué no puedo aborrecerlo yo? —Lo dijo con convicción, mientras su mirada se paseaba por el salón.

Pues hubiera jurado que no podía decirlo porque no era cierto. Lord Belford era rico, apuesto, galante con ella… ¿qué había cambiado? ¿Por qué esa actitud? ¿O acaso le había estado engañando desde hacía mucho tiempo?

—Livia, te juro que si no fuera tan rico… —De pronto respiró muy hondo y se acarició su bonito vestido. Acto seguido, sonrió—. Es muy generoso.

Livia miró a su hermana con preocupación. No había sospechado que algo le sucedía. En realidad, ni siquiera sabía si sucedía algo. Livia podía cambiar de opinión según soplara el viento. Eran tan diferentes.

—Belinda… el dinero no lo es todo en esta vida.

—No —respondió con acritud—. También está el estatus.

—Lo que digo es que si no quieres casarte con él…

—Me casaré con él. No conozco a nadie más rico y bien situado —*A no ser que Jack Bawell se decida pronto, entonces el apuesto conde podrá irse al infierno.*

Livia se dio cuenta de que su hermana volvía a ser la muñeca de porcelana, tan perfecta y altiva como una reina.

—Gracias a él tengo un guardarropa nuevo, ¡mira que impresionante es mi vestido!, estas joyas y una perspectiva de futuro que envidian todas las mujeres solteras de este salón.

No todas, la corrigió Livia, mentalmente.

Ella desde luego agradecía al Cielo no tener que ser la esposa de lord… ¿insufrible? ¿gruñón? En ese momento, al otro lado del salón, Robert hizo acto de presencia y cuando lo vio, algo en Livia se prendió. ¡Lord Insufrible! Sí, sin duda ese era su mejor apodo. Caminaba tan erguido, solemne… hinchado como un pavo real.

—Siento que si no quieres casarte con lord Belford… deberías ser libre de casarte con quien quieras. No es justo que seas tú quien se sacrifique.

Entonces la carcajada de su hermana captó su atención.

—¿Y quién va a sacrificarse? ¿Tú? —Lo dijo con tanta sorpresa y desdén que a Livia le dolió como si le hubieran clavado un puñal muy profundo en el estómago.

—Realmente me refería a que es nuestro padre quien debería buscar una soluci…

—¡Ahí viene! —Belinda vio como Robert le sonreía mientras se acercaba a ella—. Tienes razón, no está enfadado conmigo —la miró mucho más animada—. No te preocupes, hermanita —le dijo tocándole la manga del vestido—. Solo ha sido un berrinche.

Al ver como la miraban sus ojos, con cierta alegría y malicia, la creyó.

—¿De veras?

—Por supuesto —afirmó Belinda—. Puede que Robert Belford no sea el hombre más divertido del mundo, pero su fortuna hará que no me falte nada y, por consiguiente, no tendré que pasar jamás carencias, ni vergüenza —la miró de reojo—. Al menos no la vergüenza que tú

estás pasando.

Livia parpadeó sin saber a qué se refería, pero su hermana seguía mirándola de arriba abajo.

—Has repetido este vestido —se burló—, te lo vi hace tres semanas en la fiesta de los Drew.

Livia soltó aire y ocultó una sonrisa. ¡No se avergonzaba en absoluto! Volvía a ser evidente que sus preocupaciones en la vida eran absolutamente opuestas. Si esos fueran sus mayores problemas… o los mayores problemas de sus amigas, quienes se levantaban al alba y no se acostaban hasta que era de noche…

—Yo no veo que repetir vestido sea una tragedia.

—¡No se puede repetir vestido en la misma temporada! —exclamó escandalizada, al ver que Livia no se lo tomaba en serio—. Hasta Napoleón lo sabe.

Al ver que Livia fruncía el ceño, Belinda tuvo que explicárselo.

—Napoleón prohibió repetir vestido en la corte.

—¿Sabes que me importa un bledo lo que diga Napoleón? —Se esforzó por no poner los ojos en blanco. Odiaba a Napoleón. Solo de pensar lo mucho que había sufrido su amiga Rose Knigth cuando su marido estuvo en la guerra luchando contra el antiguo emperador…— A ti tampoco debería importarte —dijo Livia finalmente—, Robert Belford fue capitán, te ruego que no saques ese tema frente a él.

Sí, de hecho, Robert había perdido a algunos amigos en la campaña de España. Y por Lyonel, sabía que otro gran amigo había resultado herido. Se sintió muy abatido al saber que uno de sus mejores amigos, un militar de renombre escocés, se veía obligado a pasar sus días en cama a causa de las heridas guerra.

—Bueno, le hablaré de ello cuando quiera hacerle rabiar.

—¡Belinda! No menciones asuntos…

—¿De política? —Belinda la miró de reojo—. Eso solo lo haces tú. Las damas no hablan de política, ¿recuerdas? Y yo sí soy una dama.

Livia apretó los dientes.

—Las mujeres tendríamos que poder hablar de todo lo que nos afecta.

—No de política, a no ser que sea para alabar a las tropas de su majestad. Y… las damas, desde luego, no repiten vestido.

Livia se mordió la lengua, mejor eso que empezar otra de sus absurdas discusiones. Pero… ¡Diantres! No sería Livia si no la corrigiera.

—Las damas pueden repetir el vestido que quieran. La estúpida norma vino dada por Napoleón. —Belinda la miró de reojo, porque todo lo que sonara a vestidos, telas y diademas le fascinaba—, ¿Sabes por qué Napoleón prohibió repetir vestidos en una misma temporada?

—No —dijo burlona—. Ilústrame.

Belinda la miró a sabiendas de que su hermana sería incapaz de abstenerse de darle una explicación con su lengua afilada, y su mente privilegiada.

—Lo prohibió para incentivar la economía textil.

—Si tú lo dices.

Livia puso los ojos en blanco. Eso era un hecho constatado.

—Así es. No hay otra justificación para esa regla estúpida. Y, añadiré…

—Por supuesto, hermanita. Di la última palabra.

—… que me siento muy orgullosa de al menos poder tener más de dos vestidos que ponerme. Mucha gente no tiene ni eso par…

Belinda la miró con horror.

—¡Yo no podría! —dijo verdaderamente horrorizada—. ¿Sólo dos vestidos? Ya me cuesta contener las lágrimas cada vez que abro tu armario.

—¿Abres mi armario?

Belinda la ignoró.

—Tienes un guardarropa tan pobre… —suspiró con la mirada perdida—. A decir verdad, no me pareció mala idea que lord Belford me cortejara, y cuando me asaltan las dudas, debo reconocer, que es ver mis sedas y encajes se me pasan —la miró muy severamente—. De momento, es un gran partido.

De momento, pensó Belinda, pero si pudiera lograr una propuesta en firme de cierto caballero…

—Entiendo —se dijo Livia. Si su padre supiera que ante la duda, solo tendría que enseñarle sus joyas y vestidos para que volviera a prendarse de lord Belford.

—Si hubiera otro candidato con su dinero —volvió a hablar, en tono confidencial—, ya te digo yo que me plantearía seriamente lo de ser su esposa.

—¡Belinda!

Miró a Robert que mientras se acercaba a ellas se había detenido para entablar conversación con un hombre de mediana edad, que alguna que otra vez había visto con su padre.

Livia respiró hondo. No quería defender nuevamente a Robert, pero ante esos ataques ¿qué podía decir? Le caía mal porque él parecía aborrecer cada cosa que ella hacía, cada palabra que salía de su boca, sus ideas modernas, la emancipación de la mujer… ¡Sí! Eso le horrorizó hasta convertir su rostro en un tomate maduro. Pero no podía más que despertar cierta lástima al ver a la clase de matrimonio al que él se enfrentaría, y, por consiguiente, también su hermana.

—Dejemos el tema… —dijo Livia dando por zanjado cualquier comentario que tuviera de referencia a Robert Belford—. Es tu prometido, alguien que te será fiel. Y como has dicho es generoso, no pasarás necesidades.

También le parecía tremendamente apuesto, pero eso Livia jamás lo reconocería, mucho menos lo diría en voz alta.

Belinda pareció pensar en ello.

—Sí, es generoso. Pero no sé si eso compensa tener que soportar un carácter tan… tan… frío.

—¿Frío? —Livia la miró sin comprender qué quería decir. A ella le parecía un hombre apasionado a la hora de imponer su opinión.

—Ya sabes —susurró acercándose a su oído y poniendo énfasis en sus siguientes palabras—. Él no parece tener interés en… nada.

—¿En nada? —frunció el ceño, Livia.

—No tiene… arrebatos.

—¿Arrebatos?

—Arrebatos apasionados —Belinda la miró como si fuera tonta—, como los que alaban los poetas.

La espalda de Livia se puso tan recta que pensó que se le partiría.

—Ah, ¿estamos hablando de…?

Volvía a tener calor. Mucho calor.

Los ojos de Livia se desplazaron hacia Robert, y lo sorprendió al verle cambiar de interlocutor. A un lado del salón, hablaba con el capitán Anthony Hilton.

—Mira, el capitán Hilton sí que parece un hombre con arrebatos apasionados.

—Belinda… —gimió sin saber como poner fin a esa conversación. Parpadeó con la mirada,

no puesta en el capitán, sino en su futuro cuñado. Como si el salón se vaciara de todos los presentes y solo quedara él, ocupando todo el espacio.

Observó su apostura, era alto, su cabello bruñido parecía suave al tacto, y… sí, era guapo. Tenía unos ojos profundos y seguro que hermosos cuando miraba a alguien con aprecio. Por supuesto, ella no había experimentado esa mirada. Cuando Robert Belford la miraba a ella, lo hacía como si dos puñales atravesaran su alma, como si buscara en sus oscuros pensamientos algún pecado que reprocharle.

Carraspeó.

—No sé de qué me hablas.

—Te lo diré —dijo Belinda muy resuelta—. No me ha besado nunca.

Livia la miró fijamente a los ojos y parpadeó con lentitud.

—¿Qué?

—Es cierto —dijo con la mirada perdida, y sin importarle demasiado que pareciera una desvergonzada—. Solo unos besos castos en la mejilla. Me coge la mano, pero lo hace como si llevara a pasear a su mastín.

—No hables así.

Belinda se volvió hacia ella y le tomó la mano para hablarle apasionadamente.

—Yo quiero un hombre que me recite poesía, que beba los vientos por mí. Que me diga lo hermosa que soy…

—Él lo hace —afirmó de inmediato—. Le he escuchado decir en muchas ocasiones que…

—¡Bah! Se lo dice a todas, en el mismo tono. No significan nada esas palabras. Creo que su tutor lo instruyó muy bien para adorar a todas las mujeres. Pero… yo quiero más.

—¡Dios nos asista!

—Es… comedido.

—No es ningún pecado.

—Frío y distante —aseguró Belinda, totalmente convencida—. Dudo que pueda consumar el matrimonio sin sentir un profundo desagrado.

—Nooo —Livia se llevó las manos a la boca cuando la mirada de Robert se posó en ella y frunció el ceño—. —Basta, ¿cómo puedes decir eso?

—Es la verdad.

Las mejillas de Livia se cubrieron de un color carmesí. Jadeó pensando en como sería lord insufrible en la intimidad. Y no quería pensar en ello. Pero… desde luego, no veía a ese hombre como lo hacía su hermana.

¿Lord insufrible desapasionado?, ¿un frío amante?

—Eres una señorita, no puedes hablar así, y menos de tu futuro marido.

Belinda la miró, y por primera vez en mucho tiempo Livia se dio cuenta de lo egoísta y superficial que había sido siempre su hermana. No porque no quisiera casarse con lord Belford, sino porque lo único bueno que veía en él era su dinero y los bienes materiales que pudiera comprarle con ellos. Por todo lo que decía, era evidente que sentía un fuerte rechazo hacia él.

Cerró los ojos y se lamentó de que, una vez más, volvía a ser dura con las de su sexo. ¿Cómo no querría Belinda seguridad económica, cuando a las mujeres les habían enseñado que no podían sobrevivir sin un hombre? Aun así…

Al abrir los ojos, la mirada de Robert recayó en ella. Livia, se humedeció los labios y tragó saliva.

No. No estaba de acuerdo con su hermana. ¡Que Dios la perdonara! Lord Belford no era un

hombre frío. Al contrario… tenía demasiado carácter, demasiado temperamento…

Demasiado fuego.

Apartó la mirada de inmediato.

—Puede que Robert sea un tanto desangelado en algunos aspectos.

—En la intimidad.

Livia chasqueó la lengua ante la francesa de Belinda.

—Pero es leal y generoso con sus amigos. —Intentó sacar algo bueno de su figura—. Y… es guapo.

¡Ya lo había dicho! ¡Maldita sea! Lo era.

—¿Guapo? —Belinda la miró como si no comprendiera lo que significaba esa palabra— ¿Cómo puede ser guapo si siempre viste de negro? Eso aún oscurece más sus ojos, y empalidece su piel… No tiene sentido del gusto en cuanto a moda se refiere. Porque sí lo tiene en cuanto a mujeres —se tocó el cabello para ver que todo estuviera en su sitio.

Livia suspiró, evidentemente hablaba de sí misma.

—Lord Belford dista mucho de ser el típico aristócrata blanco como la leche, era militar —le recordó—. Su piel es bronceada. Se pasa casi todo el día escribiendo en la biblioteca, junto a la ventana, o montando a caballo.

Belinda parpadeó.

—¿Cómo sabes eso? —y lo que era aún más extraño—. ¿Y por qué te has fijado en el tono de su piel? —la miró con incredulidad, la misma incredulidad que sentía Livia al darse cuenta de que efectivamente, sabía todas esas cosas.

—Bueno… yo…

—¿Sí?

Respiró entrecortadamente hasta que exclamó:

—¡Por Amanda! —bajó el tono de voz al percatarse de que la había alzado—. Lo sé por Amanda, ella me cuenta todas estas cosas.

—Ya veo. —La miró arqueando una ceja—.

—¿Qué ves?

Belinda vaciló.

—Yo… solo estaba pensando que quizás deberías casarte tú con él y salvarnos a todos.

Si en ese instante le hubieran pinchado con una aguja, sin duda no hubiera sangrado.

—Por favor, basta.

—Lo digo en serio —continuó Belinda—. Con sinceridad, yo pienso que puedo aspirar a algo mejor.

Livia cerró los ojos, intentando controlar su lengua. Lamentaba muchísimo que su hermana se viera obligada a casarse sin amor, pero… No, ella no podría casarse con Lord Belford ni, aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra. Primero porque él jamás se fijaría en una solterona como ella, y segundo porque eso solo los avocaría al más absoluto fracaso.

Se estremeció solo de pensarlo.

¿Ella?, ¿casada con Robert? ¿Cuánto tardaría en quemar sus libros y panfletos? ¿Cuánto tiempo tardaría ella en rehuir su compañía? ¿Y cuánto tiempo podría controlar su lengua viperina, especialmente diseñada para lanzar sus más enérgicas pullas contra ella?

Nunca se habría visto matrimonio tan infeliz en toda Inglaterra, si ellos se hubieran visto forzados a casarse.

Alzó la mirada y de nuevo… Él la observaba como un halcón. Sus ojos azules parecían tener

la capacidad de atravesar su alma. Se estremeció de la cabeza a los pies.

No, no podría. Por no mencionar que en el matrimonio se comparte tiempo juntos, en… la alcoba, en una cama. Sintió que ardía de manera súbita y espontánea.

—¡Ahí estás, Robert!

Livia alzó la mirada y lord insufrible estaba tan cerca, que le costó respirar.

—Sin duda hablaban de mí —le sonrió a Belinda—. Espero que cosas buenas.

Tú, desnudo, bajo las sábanas.… Livia cerró los ojos ante lo que parecía un inminente desmayo.

Maldito fuera lord insufrible, su espalda ancha y su cintura estrecha.

Se llevó las manos a las mejillas y supo que tenía que huir del salón y de sus pensamientos.

—Si me disculpan…

No esperó a su permiso, debía huir de él y aquella mirada que lo veía todo, cuanto antes.

Capítulo 8

Robert se dispuso a acercarse a las hermanas Withman. Tenía muy claro lo que había sucedido, pero no tanto el papel que había jugado Belinda en ello, y mucho menos el de Livia.

Esa mujer de lengua afilada tenía la mala costumbre de meterse en sus pensamientos cuando no debía. Era muy consciente de la animadversión que sentía hacia él, así que, si Livia había decidido intervenir para salvarlos de una situación deshonrosa, lo habría hecho por su hermana y no para que él no se viera obligado a actuar. De igual forma, el compromiso estaba durando demasiado. Deberían haberse leído ya las amonestaciones.

Cuando se acercó a ambas en el salón, después de un breve saludo, la mayor de las Withman se escabulló hacia otra de las salas, quizás en busca de su única amiga. Maranta Lowell, una de las pocas mujeres que consideraba paradigma del saber estar y del buen hacer.

Una vez frente a Belinda, Robert le tendió la mano.

—¿Acaso desea bailar conmigo?

Él le sonrió cortésmente.

—Estaba pensando en un paseo por la terraza.

Belinda torció el gesto, pero solo un instante, por lo que su mal humor, resultó casi imperceptible.

Una vez fuera, la luz de la luna hubiera sido más que suficiente para que los dos pudieran verse bien las caras, pero además se habían encendido antorchas en el espacioso jardín. Dawson era un hombre recto y de moral intachable, y con eso iba intrínseco ser un guardián del decoro. No quería que ningún lugar oscuro sirviera para cometer un acto impúdico que pudiera arruinar la reputación de una dama.

Robert se situó junto una de las antorchas para que todos pudieran verlos desde el salón y se dieran cuenta de que sus cuerpos estaban adecuadamente separados.

—Comprenderá que… ha sido una situación comprometida —empezó a decir.

Belinda apretó los labios. Lo último que quería era una regañina, ¡como si no hubiera tenido suficiente con su hermana! Pero por supuesto, lord Belford sería tan directo como siempre y ahora sería ella quien pagara las consecuencias de las malas ideas de su padre.

—Eso ha podido parecer —se fingió contrita para que el mal humor de Belford, si lo había, no recayera sobre ella.

—Si tu hermana no llega a aparecer…

—Lo sé —Belinda fingió una sonrisa.

¡Santa Livia al rescate! Odiaba que fuera tan… tan… perfecta. Siempre oportuna. Inteligente y capaz de expresar sus ideas y deseos. No como ella. Apartó la mirada hastiada y suspiró, dando a entender a Robert que estaba muy traumada por la situación vivida.

—Casémonos.

Belinda alzó la cabeza y sus ojos azules se abrieron por el asombro de aquella declaración.

—¿Qué?

—Creo entender por qué nos hemos visto en una situación tan deplorable.

—Ah, ¿sí? —Ella sabía bien que era a causa de las deudas de su padre, pero no sabía si él se refería a eso.

—Sí —Robert sujetó las manos a su espalda y alzó el mentón. Era el porte de un auténtico caballero, pensó Belinda. Pero no sonrió, por lo que sus palabras sonaron frías y distantes, nada apasionadas—. Hemos dilatado demasiado nuestro compromiso.

—¿Usted cree?

—Por eso hemos vivido una situación tan desagradable —habló como si no la hubiera escuchado. Y Belinda ignoró su manera de apretar la mandíbula, claramente disgustado—. Prepararé todo lo necesario y nos casaremos en tres semanas.

—¡Tres semanas! —Seguía sin dar crédito.

Él frunció el ceño.

—¿Te parece bien? —preguntó algo confuso.

Pensó que toda aquella pantomima se debía a que el cortejo había durado más de lo necesario. La miró pensando a que podía deberse su actitud. Ella misma le había pedido tiempo, pero a la vez esa noche había consentido citarse con él. Sin duda ella estaba al corriente de las intenciones de William Withman.

—¿Tú padre te obligó…?

—No, no —contestó demasiado rápido como para que fuera verdad—. Solo quería un rato a solas para conocernos algo mejor. —se rio falsamente.

—¿De veras? —No creyó ni una palabra.

—No medí las consecuencias de ser atrapados juntos, de noche a oscuras. Soy un poco tonta a veces. —Robert la miró como si no la creyera, pero ella insistió—. Me parece bien que fijemos una fecha para la boda.

—¿No necesitas más tiempo?

Sí, pero… ¿qué pasaría si su padre se enteraba de que era ella quien le había pedido tiempo al conde, retrasando así la boda? No, no podía arriesgarse.

—Pensé que en primavera todo sería más bonito, pero tampoco queda tan lejos… será igual de bello. La nieve puede serlo tanto como las flores. ¿No le parece lord Belford? —Belinda intentó mostrarse entusiasta ante la fecha, y al parecer lo consiguió.

—Robert, —le dijo él para que usara su nombre cuando estaban solos—, quedamos en tratarnos con familiaridad.

—A veces se me olvida —batió las pestañas, coqueta.

No podía reprenderla por ello, a él también se le olvidaba. A veces se le hacía difícil mostrarse cercano con ella.

—Bien… si estás de acuerdo. La boda será en tres semanas, tiempo suficiente para completar tu ajuar.

Belinda no estaba muy de acuerdo, el vestido de boda que ella quería lucir era ciertamente uno que no podía hacerse en tres semanas. Pero en aras de la felicidad, iba a tener que hacerse en mucho menos tiempo del que ella había previsto.

—Tu padre estará feliz, y no habrán más… tonterías —la miró significativamente y ella asintió, sabiendo perfectamente lo que quería decirle.

—Todo será como desees.

Robert tomó sus manos y se las llevó a la boca para darle un casto beso.

Los ojos de Robert acariciaron su piel de porcelana, ella lo miraba con coquetería, mientras sostenía su mano enguantada esperando… ¿qué? ¿Que saltara esa chispa? Pues quedó muy decepcionado.

Sí, Belinda Withman era una mujer hermosa, muy hermosa. Sus labios plenos, sería el deleite

de cualquier hombre. Su esbelta figura, sus ojos cándidos y el arte del coqueto que solía dominar tan bien. Pero… ¿sería la mujer adecuada para él?

No había puesto reparo en alargar el compromiso, esperando averiguar si Belinda se adaptaría a las exigencias de su madre, con quien parecía llevarse bien. No era un hombre ciego, sabía que se llevaban bien porque su prometida adoraba que las exigencias de lady Belford fueran sobre su guardarropa. Especialmente exigía que Belinda llevara lo mejor. Las mejores sedas, los mejores brocados, las mejores joyas… porque simplemente los Belford podían permitírselo y a su madre le gustaba alardear de ello.

No lo hubiera tenido tan fácil con Livia.

Cerró los ojos y dejó caer las manos de su prometida, quizás con menos delicadeza de la esperada. Pero es que no toleraba que Livia asaltara sus pensamientos en los momentos más inoportunos.

—Entonces tenemos un trato —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, con la intención de alejar a ese fantasma metomentodo en su mente.

Belinda parpadeó.

—¿Un trato?

—Nos casaremos en tres semanas —dijo sin pasión alguna en la voz. Lo anunció como quien comenta que va a llover.

—Ah sí, en tres semanas.

Robert la miró suspicaz mientras ella apoyaba sus manos enguantadas sobre la balaustrada de piedra.

—¿No estás de acuerdo? —frunció el ceño.

—Sí, por supuesto —dudo—, solo era que… la primavera es tan bonita. Quizás en mayo hubiera sido precioso.

—Dudo que tu padre quisiera esperar tanto.

—Lo sé.

Robert se sorprendió de que quisiera retrasarlo, pero pensó que las mujeres eran así. Preferían belleza a practicidad.

—Está bien, en marzo —Ante las palabras de Robert, Belinda parecía la mujer más feliz del mundo—. Los dos saldremos beneficiados de este trato —le sonrió al hacer hincapié en la palabra—. Yo tendré una esposa y herederos, y tú tendrás todo lo que deseas.

¿Un romance apasionado? Eso sin duda no lo tendría. Pero sí tendría sedas y joyas.

Suspiró.

Suponía que debía conformarse con ello.

—Maravilloso, pues.

Asintió, fingiendo más entusiasmo del que sentía.

No fue consciente de lo que iba a pasar, hasta que Robert le puso una mano alrededor de la cintura y la empujó hacia un lado de la terraza. Belinda miró alrededor, parpadeando confusa y sin saber dónde la llevaba, y eso era lejos de las antorchas y las velas del salón que se reflejaban en las ventanas.

—Robert…

Ya lejos de las antorchas, que lamían la piedra de la barandilla con su luz, Robert se inclinó sobre su prometida. Sus labios se acercaron tentadores. Le dio tiempo a retroceder si es que no deseaba su contacto, pero, aunque al principio se mostró algo vacilante, Belinda acabó poniéndose de puntillas y estirando el cuello para rozar esos labios que le habían parecido fríos

como un pescado.

Para su sorpresa no le repugnó su tacto, tampoco encendió la llama que los poetas aseguraban que sentían los amantes. Fue un beso, sin más. Un acto puramente mecánico, quizás destinado a que ambos supieran a que atenerse en el futuro.

Robert movió lentamente su boca sobre la de ella, pero esta permaneció cerrada y él no sería quien insistiera para obtener otro resultado.

Cuando el beso fugaz terminó, Belinda corroboró lo que pensaba: Lord Belford era un hombre frío y sin pasiones.

Parpadeó y se obligó a sonreír, mientras Robert asentía sin emoción alguna.

—Entremos, pues —la tomó de la mano y tiró de ella para que lo siguiera—. Haremos el anuncio de inmediato.

Belinda no mostró objeción alguna.

—Mi padre, no sabes lo encantado que estará.

No le respondió, pero por supuesto que podía hacerse una idea. Sobre todo, por las deudas que iba a ver saldadas en poco tiempo. Pero valdría la pena, Belinda sería perfecta para poder dar a sus hermanos un hogar. Instruiría a Amanda y la introduciría con éxito en la alta sociedad. Otro punto a favor era que su madre no mostraba rechazo alguno por ella, aunque sospechaba que eso era porque Belinda era muy manejable.

¿Sabes quién no sería maleable? Robert apretó los dientes al escuchar la voz de su conciencia.

¡Sí! Sin lugar a dudas, Livia Withman no sería una esposa fácil de manejar. Pero no iba a casarse con ella, sino con su hermana.

Miró a Belinda cuando entraron en el salón, dispuestos a anunciar su inminente unión ante todos.

Se casaría con esa beldad de cabellos dorados. Una codiciada joya.

Se casaría con una mujer… caprichosa, pero poseedora de todos los dones que la sociedad exigía en una dama.

Se casaría con Belinda Withman. Aunque no sintiera absolutamente nada por ella.

Capítulo 9

No había sido para tanto.

Una declaración pública de intenciones. Había tenido arengas más desastrosas.

Robert bebió un largo trago de whisky escocés. Era una auténtica bendición que el rey se hubiera reconciliado con los escoceses, y el buen whisky pudiera ir y venir de las Highlands sin trabas.

Se sirvió otro vaso y bebió en el silencio de su despacho, mientras su amigo Anthony hacía otro tanto.

Sentados uno frente al otro, contemplaban como las llamas lamían los troncos de la chimenea. Por fortuna la fiesta había terminado bien, hubo vítores y aplausos. Alguna que otra felicitación sincera, y solo una queja.

Marzo queda muy lejos. Le había dicho William Withman, no del todo satisfecho con que su hija se desposara mucho después de lo que él había previsto.

—Parece que poner fecha a tu matrimonio te trae más pesar que alegría —le dijo Anthony a bocajarro.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por tu ceño fruncido? —Alzó una ceja, burlón—, ¿la tensión de tu mandíbula?, ¿el taconeo de tu bota? —Anthony miró su pierna en movimiento y de pronto Robert paró.

Chasqueó la lengua con fastidio.

—Me hace ilusión como a cualquier otro.

—Entonces no te hace mucha, si yo soy cualquier otro.

Agitó su cabeza, como si la sola idea le hubiera dado un espasmo.

Robert bebió otro trago y dejó que el licor le quemara la garganta. No quería volver a pensar en como había pedido ayuda a lord Dawson para que reuniera a los invitados en el recibidor y así, de pie en lo alto de la escalera central, anunciar que se casaría dentro de cinco meses con la señorita Belinda Withman.

No olvidaría la emoción de los invitados, contrastando con algunos de sus seres queridos.

—No has aplaudido, ni vitoreado —se quejó Robert, mirando a Anthony.

—Te pido disculpas. Jamás me ha gustado ver como llevan a las reses al matadero.

—¿Ahora soy una res?

—Eres más bien un hombre desahuciado.

Robert tuvo que reírse, y de nuevo volver a llenar la copa.

—Muchas gracias por tu reflexión.

Bebió de nuevo y después de varios instantes con los ojos fijos en las llamas del hogar, parpadeó notando su sequedad.

Vítores y aplausos, suspiró. Eso había recibido, pero no de Anthony, y tampoco… aún podía ver esos ojos pardos sobre él. Estudiando su postura, evaluando su alma, sentenciándolo al comprender que no tenía corazón que ofrecerle a Belinda.

Gruñó y apretó la copa en su mano con fuerza.

Juzgado, así se sentía. Por aquella anodina e insípida mujer. ¿Cómo se atrevía?

—Vuelves a tener esa expresión.

Como si lo hubieran despertado de un sueño, Robert alzó la cabeza, para encontrarse con la mueca del capitán Hilton que no supo interpretar.

—¿Qué expresión?

—Esa vacilante antes del combate. —Sus palabras hicieron que tuviera toda la atención de Robert—. Esa justo antes de tomar una decisión trascendental.

Robert entrecerró los ojos.

—No sabía que tuviera esa expresión, ni que hiciera eso de tomar decisiones trascendentales.

—Lo hacías —dijo Anthony y, por primera vez en mucho tiempo, su rostro mostraba que hablaba muy en serio—. Sabíamos que algunas batallas se desarrollarían de cierta manera, pero las duras, aquellas que no teníamos ganadas de antemano… ponías esa expresión. Evaluando la situación, sabiendo que tu decisión podía determinar el destino de uno u otro de tus hombres.

Los ojos de Robert se cerraron, no era idiota, sabía a que se refería. Decisiones difíciles que no quería tomar. En aquellos momentos, como ahora, hubiera sido muy fácil dejarse llevar y no pensar más en las posibilidades. Pero… se trataba de su vida, y jamás había mirado hacia otro lado. No empezaría ahora.

—Tenías esa expresión justo antes de decidir dejar el ejército.

—Fue difícil —dijo sin más—, puede que en un principio no sintiera esa pasión desorbitada que posees tú por el ejercicio de mis funciones para con su majestad. El ejercito nunca me interesó demasiado…

—Hasta que viste lo útil que podías ser.

Robert soltó el aire como si se sintiera ridículo al escuchar decir a otra persona que era útil.

—Sea como fuere, antes de tomar cualquier decisión importante que te afectara a ti o a tus hombres… ahí estaba esa mirada fija, ese ceño ligeramente fruncido… Si te sirve de consuelo —continuó Anthony—, cuando por fin te habías decidido, cuando la decisión era firme e inamovible… entonces esta expresión que tienes ahora desaparecía, y era sustituida por otra.

—¿Más alegre? —se burló de sí mismo.

—Más dura, más fría —dijo Anthony, aún sin su buen humor de siempre—. Una que decía que sabías que ibas a tener que sacrificar algo que no deseabas. Pero una vez que la decisión estaba tomada, yo sabía que todo saldría bien. Que ganaríamos, porque veías con claridad el futuro. Venceríamos o moriríamos con honor, pero si pasaba lo segundo, lo harías con la conciencia tranquila.

—Porque sabía que no había otro camino más que ese.

Anthony sonrió por fin.

—Eso es, querido amigo —pegó una palmada y con entusiasmo se levantó para llenar su coma—. Y, sin embargo, aquí estamos. Tú con esa mirada perdida, el alma rota y el corazón sangrando. ¡No tienes ni por asomo esa mirada de determinación! —Lo miró de reojo—. Todavía.

Sabía por dónde iba.

Robert se revolvió inquieto en su butaca.

—Esta vez te equivocas. He tomado una decisión.

Anthony se sentó, arrastrando el sillón para estar más cerca de su rostro cuando le dijo:

—¿Sí? ¿Una decisión del todo amovible?

—Me casaré con ella.

Anthony sonrió con cierta amargura y se reclinó en su butaca. Negó con la cabeza mientras tomaba aire por la boca. Estaba cometiendo un error, y era consciente de que Robert lo sabía.

—Puedes decírtelo a ti mismo, fingiendo una convicción que no sientes, puedes decírselo a quien quieras, a tu madre, a tus hermanos… —empezó a burlarse—, a un salón lleno de gente. Pero cuando de verdad decidas casarse y estés seguro de con quien, pondrás esa expresión y yo seré el primero en felicitarte y en ponerme en pie para aplaudir.

Robert se quedó mirando a su amigo, fijamente y sintiendo en sus entrañas que todo cuanto había dicho era cierto. Lo odió por ello.

—Dejemos esta charla, me deprime. —Perdió la mirada en el fuego de la chimenea, y por un buen rato, bebieron en silencio.

Recordó el momento del anuncio. Los ojos de Livia Withman podían hacer que un hombre vislumbrara el infierno. Él se había consumido en él cuando sentía que estaba cometiendo el mayor error de su vida.

—Tienes razón —confesó sin más—, tengo dudas.

Anthony sonrió al escucharle.

—Desde luego, no pareces un hombre emocionado por su inminente boda —la voz de Anthony hizo que su atención se centrara en él—. Más bien pareces un hombre al que llevan al patíbulo.

No se movió ni un ápice, pero su mirada lo censuró.

—Eres un amigo horrible —dijo sin expresión alguna.

La carcajada resonó en el despacho privado de Robert. Estaban solos, bebiendo, como hacían desde que eran amigos. Hubo momentos en que en esa casa había más gente. Amigos fieles que lo habían acompañado en su carrera militar. Echaba de menos a Lyonel, pero suponía que cuando un hombre se casaba, y más estando enamorado, se olvidaba un poco de todo y de todos.

—Lo digo en serio. Pensé que ya te habías resignado, pero al verte esta noche…

Robert lo escuchaba mientras hacía rodar el vaso de cristal por su sien con gesto ausente.

—Te juro que yo también lo pensé —cerró los ojos para después ponerse en movimiento. No iba a compadecerse—. ¡Lo pienso!

—Pues nadie lo diría.

Se sirvió dos dedos más de whisky, y se lo llenó también a Anthony. Iba a terminar como una cuba, quizás así dejara de mortificarse.

—¿No te convence mi falsa sonrisa? —se burló Robert sonriendo con falsedad.

—No es eso. —El tono del capitán fue un poco más serio—. Lo que realmente hace que me preocupe es que estás acabando con tu reserva de whisky.

—Jamás se acabará mi reserva de whisky.

—Sabes a qué me refiero —le dijo su amigo tocando su brazo y haciendo que dejara de servirse más alcohol.

—No bebo tanto, ¿o sí?

Anthony se encogió de hombros.

—No bebes ni una décima parte de lo que bebo yo.

—Bien, estamos de acuerdo en algo.

—Pero… —su tono cambió a uno mucho más alegre y se arrellanó en el butacón orejero, estirando las piernas y cruzándolas en los tobillos—, yo bebo con alegría, y no porque no pueda enfrentar mis miedos.

—Mis miedos —resopló él, volviendo a tomar asiento—. He enfrentado mis miedos toda la vida. La carencia de ellos es lo que me preocupa. —Y era cierto—. Ya no tengo que preocuparme de que me vuelen los sesos, de morir de disentería, de fiebres… bueno, quizás de

eso si podría morir. Aunque es más probable que lo haga de aburrimiento.

Anthony negó con la cabeza.

—Oigo hablar a un amargado.

—Habla un oficial obligado a retirarse por un maldito título —dijo Robert—. Porque su hermanastro y heredero, murió primero, porque sus otros dos lo necesitan, y porque su madre está tan débil que es incapaz de negarle nada.

—Lamenté lo de tu hermano, aunque no fue una sorpresa para nadie.

El hermano de Robert, desarrolló una salud frágil en los últimos años, y aunque esta no fue quien lo mató, era probable que hubiera provocado la caía del caballo que se lo llevó del mundo demasiado pronto.

—Tu madre… —vaciló Anthony—, ¿fue muy persuasiva cuando te instó a casarte con Belinda Withman?

Hubo un profundo silencio, pero finalmente contestó.

—Sí, pero… no hacía falta —dijo Robert con tristeza—. Casarme o no, no es el problema. El problema es…

—La inacción.

No mentía. No del todo.

Su amigo lo comprendía bien. Él y seguramente todos los hombres que habían estado en el ejército. No aquellos que ocupaban un cargo en lo alto del escalafón y evitaban las batallas y mucho más cualquier cosa que conllevara un riesgo. Pero para los militares de verdad, aquellos que había nacido para esa vida… quitarse de en medio para tener una vida apacible… eso era una maldición.

—Siempre te quedarán los caballos.

Robert alzó la copa y brindó por sus sementales.

—Brindemos por ellos, sin los cuales probablemente me volaría los sesos.

La risa de Anthony siempre había sido musical, a las mujeres de cualquier edad les encantaba, y con los años, sus amigos habían descifrado que según su duración o intensidad significaba una cosa u otra. Esa en concreto, venía a decir, que no podía engañarle y que el matrimonio en sí no era un problema. Más bien el problema residía en la persona con quien contraería nupcias.

—Belinda Withman es muy hermosa.

Robert asintió. Era muchas más cosas, por supuesto, y la mayoría no le gustaban.

—Tiene lo que hay que tener para ser la esposa que necesito.

—¿Una que se lleve bien con tu madre?

Robert casi se atraganta.

—Entre otras. Pero la más importante es que… la necesito para poder educar a mis hermanos. Independientemente de su carácter frívolo, entiende a la perfección su sitio en la sociedad, sabe el lenguaje de las flores, domina el abanico…

—A tu hermano Charles le será muy útil —se burló Anthony.

—A él no, pero a Amanda sí. Necesito que se convierta en una señorita y deje de ser tan…

—¿Única?

—Iba a decir salvaje.

Por supuesto. Anthony asintió, su amigo se sacrificaría por su familia, eso no había ni que dudarlo. Robert tenía un corazón mucho más grande de lo que la gente creía. Por supuesto sus buenas acciones siempre se quedaban en secreto. ¿Cuántas obras de caridad no habría hecho? Él solo estaba manteniendo el hospicio de la región, anónimamente, por supuesto. Adoraba a sus

hermanos mucho más de lo que quería reconocer. En ese aspecto sus sentimientos no habían cambiado con los años, pero sí su forma de tratarlos.

Charles era un diablillo sabihondo, obsesionado con el estudio de la geografía y las técnicas de combate, cuando creciera sin duda seguiría los pasos de Robert en el servicio militar. Y Amanda… Anthony puso los ojos en blanco de solo pensarlo. Iba a tener que atarla en corto, o tal vez, dejarla volar, era la única posibilidad de que aquella fierecilla fuera feliz. Al fin y al cabo, no tenía que preocuparse mucho por procurarle marido, ella tenía muy claro con quien iba a casarse.

Pobre Robert, pensó el capitán Hilton, el único que no parecía tener muy claro con quien le convenía casarse, era a él.

—¿A tu hermano Charles le va bien en Eton?, ¿no era un poco joven para mandarlo allí?

Robert apartó la mirada del fuego.

—Sí, pero —respondió, suspirando—, con Amanda ya estoy sobrepasado, no puedo tener a otro salvaje dando vueltas por aquí. Al principio pensé que, mi madre sabría domarla, pero no es así. La ignora con bastante empeño y Amanda… se siente rechazada o quizás, busca estar lejos para no verla sufrir. Por su parte, Charles… no le tiene mucho apego a nuestra madre, quizás porque jamás se portó como tal.

Duras palabras, pero era muy cierto que la mujer no era un paradigma de la dulzura materna, pero… ¿lo sería Belinda Withman? Anthony entendió de inmediato que su amigo así lo creía. Si le preguntaban a él… diría que ni siquiera la consideraba una buena persona. No podía hacer otra cosa al verla continuamente burlándose de su hermana Livia cuando esta se daba la espalda. Anthony iba a guardarse lo que opinaba del instinto maternal de un maniquí como la señorita Belinda.

—Mamá… —dijo Robert—. Sí, ella estará tranquila con Belinda en casa.

No así lo estaría su amigo, pensó Anthony.

—¿Se encuentra bien?

—Acaba de salir de una de sus crisis, no sabes lo mal que trató a la pobre señora Thomson.

—¿La tía de Rose Knigth? —se sorprendió Anthony.

—Así, es. Me disculpé, pero no creo que sea suficiente como para que esa mujer pueda perdonar a mi madre.

La madre de Robert era ciertamente una mujer de carácter cambiante. A veces, era de lo más retraída y otras veces, exigía dar las mayores fiestas. Le gustaba que se hablara de ella. Otras veces era capaz de reprender en público a gente, de la que uno no podía permitirse el lujo de ser enemigo.

Era difícil convivir con alguien así. Pero Belinda Withman parecía caerle bien. Un milagro, o quizás solo era el deseo de una madre de tener nietos pronto.

—Pues me alegra que tu madre la acepte.

—Yo me alegro mucho más, créeme —dijo Robert. No soportaría tener un problema más sobre sus hombros.

—Así que… en un par de meses serás un hombre casado. Me extraña que no te hayan obligado a precipitar la boda, con las deudas de juego de tu suegro…

Robert resopló. Suponía que era de dominio público. Con gesto despreocupado, dejó el vaso vacío en el suelo y se recostó en la butaca. Cerró los ojos, reprimiendo el impulso de masajearse las sienes.

—Recibirás una invitación formal en breve.

—Te lo agradezco —dijo burlón—, pero innecesaria. De no recibirla hubiera asistido igual.

Robert negó con la cabeza, como si entendiera que su amigo no tuviera remedio.

—Te creo.

—Todo irá bien. Deberías estar más emocionado, Belinda es una mujer muy hermosa —tanteó el terreno. Indagando qué problema había con ese compromiso. Robert parecía pensativo. De hecho, demasiado pensativo— ¿Lo es? —insistió Anthony al ver que no respondía.

—¿Qué?

—Decía que debes estar impaciente, debe ser difícil esperar para tener en tus brazos a una mujer como ella. —Robert alzó la cabeza y la mirada vacía le dio escalofríos—. Robert…

—No todos tenemos tus apetitos.

A Anthony se le escapó una risa seca.

—No me juzgues —intentó quitarle hierro al asunto—. Y tú no eres ningún santo.

Robert hizo una mueca, pero sabía que no podía eludir más el tema. Pero… si no era capaz ni de pensarlo, ¿cómo iba a expresar su inquietud a otra persona?

—Es cierto que Belinda es hermosa —susurró como si fuera una verdad incómoda.

Anthony le prestó atención, sabía que tras las palabras de su amigo había una duda.

—¿Pero…?

Robert lo miró sin sonreír y estaba tardado demasiado en contestar.

—La besé, esta noche.

El capitán alzó una ceja.

—¿Y? —Lo miró confundido—. Es tu prometida desde hace un año, lo extraño sería que no la hubieras besado antes —Anthony puso cara de espanto—. No me digas que no la habías besado…

Calló al ver que Robert lo miraba significativamente.

—Eeeh… no lo entiendo —dijo finalmente con los ojos abiertos como platos— ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? No me digas que tu soldadito no se levanta y saluda.

—Eres un amigo horrible.

Pero Anthony no bromeaba, no con la virilidad de un hombre.

Se sentó, apoyando los pies en el suelo y los codos en sus rodillas. Su formidable cuerpo se inclinó hacia delante, como si quisiera decirle a su amigo, que tenía toda su atención.

—Cuéntamelo.

Robert respiró hondo para darse valor.

—Es… la primera vez que la he besado.

Raro.

Muy raro.

Anthony sabía que Robert no era de los que frecuentaba burdeles, pero desde luego en Sevilla había partido más de un corazón. Su virilidad no estaba en entredicho.

—¿Y puedo preguntar por qué?

La mirada de Robert pasó del fuego, a clavarse directamente en la de Anthony.

—Porque… no he sentido deseo alguno de hacerlo.

¡Vaya!

Anthony se echó de nuevo hacia atrás, y apoyó la espalda en el butacón.

—Bueno… ¿estamos hablando de deseo? ¿O estamos hablando de que tienes algún problema para…? —la palma de su mano se movió como si quisiera encontrar la palabra.

Robert puso los ojos en blanco.

—A mi anatomía no le pasa nada.

—¡Menos mal! —Anthony se frotó la cara con la mano derecha y respiró aliviado—. Me quitas un peso de encima. Me hace ilusión ser tío.

Robert no respondió a su sonrisa entusiasta.

—Bien —siguió tanteando Anthony— ¿Entonces es que no deseas a Belinda en concreto?

Inquieto, Robert palmeó sus rodillas y se puso en pie.

—Creo que ya hemos hablado demasiado.

—No, no, no —Anthony lo paró—. Ni se te ocurra dejarme a medias. Está claro que algo te atormenta y vas a contármelo, o mañana mismo mandaré una carta a Lyonel obligándolo a venir a una reunión urgente.

—¡Ni se te ocurra! En el estado en que se encuentra Rose, debe estar con ella.

—¡Pues habla!

—¡Oh! Cállate de una vez y deja de juzgarme.

—¡No te juzgo!

El silencio que siguió fue algo incómodo, pero finalmente habló.

—Yo… no siento atracción por ella —se puso en pie y miró por la ventana. No quería ver pena o burla en los ojos de su amigo.

—¿Solo por ella?

El silencio fue todavía más incómodo.

—Bueno, siguen gustándome las mujeres, no tengo ningún problema al excitarme pensando en… ellas. —Pero no era del todo cierto, de un tiempo a esta parte pensaba que le ocurría algo. Se excitaba, casi a diario, pero solo pensando en una. Solo una mujer le hacía recordar que tenía sangre en las venas. Sin duda le pasaba algo.

—Pero tu prometida no te atrae —pensó Anthony en voz alta— ¿Nada?

—Nada.

Anthony silbó y se llenó la copita de licor hasta el borde, luego se la bebió de un trago.

—Debes surtir mejor tu despensa si vas a matarme a disgustos.

Pero Robert no estaba de humor.

—No es que no me resulte atractiva…

—Menos mal, porque desde luego lo es —asintió Anthony—, aunque no vea las otras cualidades que la hacen tan digna de ser tu esposa.

Robert lo miró con fijeza, más sorprendido por sus palabras que por cualquier otra cosa.

—¿No le ves cualidades?

—No, pero no me cambies de tema.

—No lo hago, pero se me hace extraño hablar de…

—¿Deseo? —se rio Anthony—. Aprovéchate, soy un experto. —Luego añadió—. Todos tenemos nuestras preferencias —dijo contemplando la reacción de su amigo, que fue… impasible—. Lo que quiero decir es que para un hombre hay dos clases de mujeres en su cama. Las que los calientan con sexo y risas y las que lo hacen por obligación.

Robert cerró los ojos.

—No generalices.

—Lo hago y, sin embargo, es así para todos los hombres de nuestra clase—dijo muy serio—. Estamos obligados a casarnos para seguir con nuestro legado.

—Un comentario un tanto cínico viniendo de un hombre que no piensa casarse nunca.

—Exacto, pero lo que quiero decir es que estás obligado a casarte. Ya sea por el rey, por tu

madre, o por autoimposición. Con las mujeres sucede lo mismo. Ellas también están obligadas por la sociedad, quizás creas que Belinda se ve forzada a casarse contigo y eso te repele. Las mujeres no lo tienen fácil…

Robert se volvió hacia Anthony.

—Dios, dime que no hablas estos temas con Livia Withman.

—Oh, son nuestros temas preferidos.

Fue su mirada, ese rictus en la boca que hizo que las alarmas de Anthony saltaran por los aires. Pero lo dejó pasar, porque era evidente que Robert no estaba preparado para profundizar a bocajarro en el tema.

—Y volviendo a tu problema —dijo Anthony.

—No tengo ningún probl…

El capitán lo ignoró.

—Tú eres así —se encogió de hombros, como si esperara que después de esa charla Robert aceptara que tenía pocas opciones—. Eres incapaz de ser desleal a tus amigos. Creo que sucederá lo mismo cuando te cases. Serás incapaz de ser infiel a tu mujer. Por lo que para ti solo hay una opción posible, casarte con una mujer que además de ser una buena esposa, caliente tu cama. De no ser así, convertirás tu vida en un infierno, y el de ella también.

—¿Insinúas que…?

—No insinúo nada. Búscate una amante y cásate con ella.

Robert chasqueó la lengua con disgusto.

—No buscaré a nadie. Belinda será mi esposa, y no necesito a una amante. Ella es más que suficiente.

—¿De veras?

—Es hermosa —lo dijo sin vacilar como si todo se redujera al deseo.

—Una hermosura que tú aprecias como un cuadro, pero dudo que quieras acostarte con una pintura al óleo.

Robert hizo un aspaviento, odiando entender a la perfección cada palabra de su amigo.

—¿Aún sigues hablando?

—No la deseas —dijo, seco. Alzó una ceja esperando que lo contradijera, pero no lo hizo—. Si no la quieres en tu cama, y eres incapaz de ser infiel, te perderás parte de la vida. ¿No podrías haber elegido a otra que te calentara el estómago?

Robert cerró los ojos. No quería ni pensar en la mujer que le calentaba el estómago. ¡Maldita fuera!

—Vamos a dejarlo —susurró, derrotado.

La imagen de la mujer, su mirada escrutadora, su mentón alzado… Era, simplemente… ¡Imposible! Casarse con ella estaba fuera de toda discusión. Era inapropiada en todos los sentidos. *Esa bruja orgullosa y metomentodo.*

Además, se excusó consigo mismo, *solo fue una vez.*…

Tuvo un momento de debilidad cuando la lluvia de verano había mojado su vestido y ella corría para volver a casa. Riendo sola, como la loca que era. En ese momento, Robert se dio cuenta de que su cuerpo reaccionaba. ¡Y de que manera! No solo en sus pantalones, sino en su vientre, en el centro del pecho. Y se dio cuenta de que ese calor, o ese aguijonazo en el estómago, que llamaba su atención a gritos, era por ella. Puro y llano deseo por aquella mujer que hubiera preferido no conocer jamás.

Robert no era consciente, del escrutinio de Anthony. Pero a su lado, los ojos de su amigo se agrandaron por momentos al ver su expresión.

—¡Existe!

El grito de Anthony lo desconcertó por completo.

—¿Qué?

—Esa mirada… esa incomodidad… —dijo más para sí mismo, comprendiendo al fin lo que le estaba pasando a Robert— ¡Deseas a una mujer!

Robert se levantó de inmediato para alejarse de él.

—No sabes de qué hablas.

Pero Anthony estaba muy dispuesto a ignorarle.

—¿Quién es? ¿Alguna dama que conociste recientemente?

—No.

—Al menos dime si es una dama.

—No voy a hablar de ello —dijo Robert, tajante.

Anthony estudiaba sus gestos, se le daba tan bien leer las caras de la gente, que muchos habían confesado sentirse desnudos ante el poder del capitán Hilton.

—Sí, es una dama… —siguió mirando a su amigo—, pero… pasa algo con ella. Está casada. No, no lo está.

Robert chasqueó la lengua siendo muy consciente de que Anthony se fijaba en sus expresiones, que él ni siquiera era consciente de revelar.

—¡Déjalo!, ¿quieres? —se dio la vuelta para que no pudiera ver su rostro, pero Anthony lo siguió.

—No te escondas, esto es importante. —Anthony no tenía ni la más mínima intención de irse de allí sin respuestas—. No está casada, por lo que… ¿Es inapropiada? ¡Sí! La consideras inapropiada por otros motivos.

Se rascó el mentón mientras paseaba lentamente alrededor de su amigo y lo miraba de reojo.

—¿Sabes lo ridículo que pareces?

Anthony lo ignoró.

—Si careciera de fortuna —siguió elucubrando—, no sería un motivo suficiente para que no te casaras con ella. Porque de hecho tu prometida carece de dote, así que… es por su… ¿estatus? ¡Por sus modales! —estiró el brazo y lo señaló a la cara. Esa pequeña tirantez en la comisura del labio… ¡Había dado en el clavo!

—Bueno, basta ya.

—Estas encaprichado de una mujer que te saca de tus casillas ¡Ja! —Anthony estaba pletórico porque de nuevo la expresión de Robert se lo había confirmado—. Y entiendo que crees que carece de los suficientes atributos para ser tu esposa. ¿Por qué? —Se preguntó entrecerrando los ojos—. Conociéndote… podría afirmar que, si te casas, es porque quieres a una mujer en tu vida, que sea un ejemplo para tus hermanos, además de darte un heredero… Así pues, entiendo que no crees que fuera una buena influencia en ellos. ¿Es eso?

Miró su expresión huraña.

—Suficiente, Anthony.

—¡Es eso! —La expresión de Anthony cambió por completo, del entusiasmo a la estupefacción, al caer en algo—. Emmm… No... No.

Quizás cruzó por su mente un recuerdo fugaz, una expresión que antaño había cambiado el estoico rostro de su amigo, tiñéndolo de desconcierto.

No… no podía ser…

—¡Dios mío! ¡Es Livia Withman!

Robert apretó los puños, estirando los brazos a ambos lados de su cuerpo. Por primera vez en mucho tiempo lo miró como si quisiera arrancarle la cabeza.

—¿Quieres callarte? ¡Baja la maldita voz!

Anthony no podía dar crédito a lo que veía.

—Dios Santo, amigo. Estás metido en un buen lio.

—No lo estoy —alzó el dedo índice para ponerlo frente a la cara de Anthony como advertencia—, para nada.

El capitán tardó varios segundos en poder recuperarse del asombro.

—Si tú lo dices.

En el rostro de Robert aparecieron mil emociones, y Anthony sintió algo muy parecido a la compasión. Guardó silencio, esperando que quisiera confesarle algo más. Pero solo dijo lo que se esperaría de él.

—Me casaré con Belinda Withman, será una excelente esposa…

Anthony puso los ojos en blanco. No podía soportar más ese espíritu de sacrificio.

—Una esposa con la que no tienes nada en común —dijo muy serio—. Y mientras tú, deseando a la hermana…

—¡Anthony!

—…que es la criatura más genuina que podrás encontrar en esta sociedad corrompida. ¡Por Dios! Puede que sus ideas liberales te saquen de quicio, pero es inteligente, no como la mayoría de las mujeres que son tontas como zapatos.

—Si tu adorada señorita Withman te escuchara, te arrancaría la cabeza por hablar así de su sexo.

—Y eso me encantaría, porque demostraría que es una joven con criterio. ¿Cómo no van a ser tontas si le negamos educación más allá de tocar el piano…?

—No, tú no —Robert se llevó las manos al rostro y su amigo hizo una mueca— ¡Te ha sorbido el seso! ¿Qué será lo próximo? ¡Querrán votar!

Anthony fue consciente de que, si Robert Belford y Livia Withman contraían matrimonio, por alguna broma cruel del destino, iban a ser una pareja de lo más interesante.

—Bueno, dejemos mis opiniones, mucho más liberales que las tuyas y prosigamos con la conversación, a ver si consigo convencerte de no cometer el mayor error de tu vida. —Anthony volvió a sentarse y cruzó las piernas mientras miraba a Robert fijamente—¿Por eso no la elegiste a ella? ¿Por qué es una mujer que piensa y es…? Bueno, ciertamente no haría tu santa voluntad como un corderito, cómo la hermana. Livia es…

Se calló al ver que a Robert intentaba hacerlo arder con una mirada.

—¿La llamas por su nombre de pila? Cualquiera diría que te interesa la señorita Withman.

Anthony se encogió de hombros.

—¿Y si fuera así?

—¡Apártate de ella! —le espetó dando un paso amenazador hacia él.

Eso agrandó los ojos de su amigo Anthony, y también los de Robert al darse cuenta del error que acababa de cometer.

Celos.

¡Maldita sea!

Bien, bien… —Anthony se frotó las manos mentalmente—, *tal y como esperaba.*

Robert parecía a punto de explotar por la mera idea de que Livia fuera de otro hombre.

—Dios, Robert… No puedes casarte con Belinda.

Él lo ignoró, se dio la vuelta y puso ambas manos sobre la repisa de la chimenea, y vio arder los leños, ocultando las emociones que lo embargaban, a su amigo.

—Ya está hecho, enviaremos las amonestaciones en breve.

Anthony le dio la espalda y se dirigió a la mesita de los licores, para servirle un generoso trago y calmar sus nervios.

—Me casaré con Belinda —dijo vaciando el vaso de cristal tallado que el capitán acababa de pasarle—. No me casaré con ninguna otra, y lo que siento por esa arpía desaparecerá. —Miró a su amigo a los ojos— ¡Desaparecerá!

—¿Seguro?

—Sí, porque no volveremos a vernos.

—¿Siendo cuñados? —Anthony se llevó el dedo corazón y el pulgar al puente de la nariz, y apretó para que su dolor de cabeza no fuera en aumento—. No quiero perderme esas reuniones familiares.

Furioso, Robert se apartó de él.

—Buenas noches —dijo dirigiéndose a la puerta a grandes zancadas. Ya era bien entrada la madrugada, y aunque era muy consciente de que no podría dormir, cualquier cosa era mejor que quedarse allí, y que Anthony le recordara el enorme problema que había dejado salir a la luz.

Capítulo 10

—¡Quiero lo mejor! —dijo Lady Marianne al entrar en la tienda de la modista—. Al fin y al cabo, Belinda será una Belford.

La madre de Robert Belford miró con el mentón alzado a las hermanas Withman, dedicó un asentimiento de cabeza a su futura nuera, pero cuando le tocó el turno a Livia, lady Belford se limitó a soltar aire por la boca, dejando ver claramente su predilección. A pesar de ello, había exigido que Livia las acompañara para comprar los vestidos que usarían en la ceremonia. El tiempo pasaba rápido y la modista necesitaría todo el tiempo disponible para realizar todas las filigranas que deseaba lady Marianne.

Livia vio como su hermana se despegaba de ella para corretear tras su inminente suegra. Apartó la mirada, segura de que la vieja dragona la odiaba.

Y así era.

Desde luego, su hijo había elegido a la mejor, pensó lady Mariane. Compadecía a la anodina señorita Withman, no tenía nada que la hiciera atractiva para cualquier casamentera, por lo que mucho menos tenía valor alguno para ella.

Livia dio gracias al Cielo, Amanda estaba con ella. La tomó del brazo mientras se reían como tontas ante el entusiasmo mal disimulado de Belinda.

—Esta tela es maravillosa.

—Te quedará mejor esta —lady Belford acarició la tela con los dedos y miró a Belinda como si la evaluara.

—Cuánta razón tiene —se conformó porque era también una pieza única.

Miraron a la modista que agasajaba a una clienta, al fondo de su establecimiento. Pero nadie hacia esperar a la dragona, por lo que Madame Balmain se desocupó rápido.

—Bienvenida mi lady —recibió a su clienta habitual con una gran sonrisa. Una muy genuina.

Madame Balmain, podría vivir con las cantidades de dinero que lady Marianne se gastaba en la tienda, tanto en sus vestidos, como en los de su hija Amanda, quien se esforzaba una y otra vez en destrozarlos de las más excéntricas maneras.

—Necesitamos que nos confeccione algunos vestidos, pero no unos vestidos cualesquiera — Lady Marianne apartó la mirada de las Withman y se dispuso a relatar a la modista, todo lo que consideraba que era digno de ella.

Era bien sabido por todas las mujeres de Londres, que Madame Balmain era una artista, y por tanto la modista más cotizada de la temporada. Había escapado a duras penas de la guillotina, y establecida en Londres se había convertido en un ejemplo de buen gusto. A los ojos de lady Marianne y algunos miembros de la sociedad, solo tenía un defecto, era francesa. Y por ello, muchos le habían dado la espalda tras la campaña contra Napoleón. Sin embargo, otros la habían compadecido por lo que tuvo que sufrir en su patria. De todas formas, a pesar de su pasado y su procedencia, nadie tenía su ingenio a la hora de crear un vestido que dejara boquiabiertos a todos los miembros de la alta sociedad. Y eso era exactamente lo que quería la madre de Robert.

—No se preocupe, mi lady. El vestido de la novia será la envidia de todas las debutantes y también de las damas casadas —dijo Madame Balmain con un pronunciado acento francés—. Aquí solo tenemos lo mejor.

En su tienda, podía encontrarse todo lo que una dama necesitaba para vestir e ir a la última moda, todo a excepción de los accesorios para su cabeza y sus pies. Madame Balmain era lo suficientemente lista como para no enemistarse con el Señor Harrys, quien se encargaba de vestir, con lujosos escarpines y botines, los pies de las damas más pudientes. O para no ofender al señor Deep, el sombrerero, cuyas extravagantes creaciones hacían las delicias de las jóvenes deseosas de ir a la última moda.

—Hemos visto algunos modelos en la revista, *Ackermann's Repository*. Así que no intente engañarnos —le advirtió lady Marianne—, sé perfectamente lo que está a la última moda y lo que no.

Livia miró a su hermana, mientras su futura suegra, parecía que había ido a reprender a la modista, en lugar de a encargar vestidos. Pero Belinda pareció no notarlo, es más, su hermana juraría que le entusiasmó escuchar el nombre de la revista, donde todas sus nuevas amigas sacaban sus ideas para estar a la moda. Ella misma se había servido del *Ackermann's Repository* para hacer que sus viejos vestidos tuvieran cierto encanto. Por supuesto la idea partió de Belinda, quien ojeaba sus páginas, dispuesta a transformar sus harapos en vestidos a la moda, cambiando solamente pequeños detalles. A veces, añadiendo un volante o una cinta de un color determinado, se obraban milagros.

Pero, gracias a Dios, su hermana no necesitaba de esos remiendos. Tenía un prometido rico, y aunque Livia no era muy dada a satisfacer todos los caprichos de su hermana, era muy cierto que esta estaba de mejor humor desde que Robert se había encargado de cubrirla con las mejores telas, asumiendo el costo sin rechistar.

Robert Belford, era lo suficientemente rico para ser generoso con todo el mundo. Y si había una mujer que necesitaba constantemente que fueran generosos con ella, era sin duda Belinda.

—¿Has oído? —le preguntó Livia en voz baja y mirando con fijeza a la pobre modista, quien fingía no estar aterrorizada por lady Belford.

—Sí, un ajuar completo —dijo Amanda viendo la expresión de éxtasis de Belinda—. A mi me vendría bien un traje de amazona. Me enganche la falda y temo que la he destrozado.

Su madre la miró con reproche y la modista no pudo disimular su descontento.

—Como no, señorita Belford, ¿qué ha sido esta vez?

—Me enredé con la puerta de las caballerizas.

—Entiendo.

A pesar que para Madame Belmain veía aumentar sus ingresos con cada traje o vestido, no le gustaba que Amanda destrozara sus creaciones, que era exactamente lo que hacía cada temporada.

—¿Y vamos a bajarle pronto los dobladillos a sus vestidos?

Ahora fue lady Belford quien respondió a la modista.

—La próxima temporada, debutará después de que se la haya instruido a conciencia.

Livia notó que Amanda temblaba ligeramente, sin duda un escalofrío provocado por lo que se imaginaba que estaba por llegar.

—Clases de baile y etiqueta —susurró a Livia—, también piano… y cualquier cosa que se le ocurra a mi madre —Livia se limitó a darle unas palmaditas en el brazo para reconfortarla—. Si me disculpas voy a ver los guantes, necesito unos resistentes, los otros se me rompieron al rasparlos con la corteza del árbol que pretendía coronar.

—Amanda —Livia ocultó su diversión mientras Amanda desaparecía en el fondo de la tienda y su hermana llamaba la atención con sus gritos de entusiasmo que, contra todo pronóstico no

parecían disgustar a la dragona.

Pronto Belinda se puso a su lado. Su hermana parecía hablar como un autómata mientras sus ojos refulgían con codicia, mirando las maravillas que la rodeaban.

—Alégrate —le dio un ligero codazo, intentando animarla por su inminente boda—. Voy a casarme con un hombre rico, mi marido me comprará todo lo que quiera. Y es lo suficientemente generoso como para darte alguna que otra chuchería.

—Qué suerte la mía.

—¿Verdad que sí?

—Oh, Livia. Jamás sé cuando hablas en serio, o cuando pretendes insultar al pobre Robert. De verdad que va a comprarte unos vestidos —Asintió muy segura de ello—. No va a permitir que te presentes en la ceremonia con harapos. ¡Parecerías nuestra sirviente! ¿Te imaginas?

—Que divertido —dijo Livia sin humor ante sus carcajadas.

A pesar de su lengua mordaz, y su escaso sentido común, Livia quería a su hermana. Y se alegraba en verdad de que después de la fiesta de compromiso, su hermana pareciera inusualmente feliz, predispuesta a esa boda.

Por fortuna parecía haber aceptado el destino que su padre deseaba para ella. Y Livia se alegraba de todo corazón. No quería verla sufrir, así como tampoco quería ver a su padre en la cárcel de deudores. El compromiso en firme había aplacado a sus acreedores. Livia se temía que lord Belford hubiera tenido que desembolsar alguna cantidad escandalosa de dinero para que su padre pudiera permanecer fuera de la cárcel y aplacar un poco los ánimos.

Madame Balmain permanecía de pie, mirando a las damas con ojo experto, mientras sus ayudantes corrían de un lado al otro de la tienda, saltando ante sus palmadas y llamadas de atención. Valía la pena aguantar su mirada escrutadora, a veces tan severa como la de lady Marianne, pues sus beneficios no serían escasos.

—Ese no —dijo lady Marianne señalando la tela que Belinda estaba acariciando—. No le quedará bien a su color de piel. Demasiado pálida, querida.

Le llamó la atención a la modista, pero ella ya sabía qué colores irían bien o no a sus clientes. Era famosa por ocultar los defectos de las damas y potenciar sus atributos, por eso Madame Balmain era la preferida de todas las mujeres, fueran bajas o altas, gruesas o delgadas…

—A usted le resaltaré los ojos —dijo Balmain, mirando a Livia quien parpadeó sorprendida.

—No, yo no necesit…

Lady Marianne la miró ofendida.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó sin hacer mucho esfuerzo por ocultar su desprecio.

—Pero…

La madre de Robert la ignoró.

—Para la señorita Withman también encargaremos un par de vestidos.

Livia parpadeó al darse cuenta de como la miraba, como si al igual que la modista, intentara ver qué podría ir bien con ese cabello castaño, apagado y sin vida. Y también qué podía salvar de su cuerpo escuálido, quizás esos senos generosos al apretarse con un buen corsé.

—Sí, demasiado pecho para tan escasas caderas —el desprecio por su parte, era más que evidente—. Dos vestidos para la señorita Withman, no quisiera que nos dejara en ridículo.

—Yo no…

—¡Por supuesto que sí! —la miró con el mentón altivo, como si estuviera mirando a una mujer salida de White Chapel.

—Pero, señora. Yo no soy quien voy a casarme con su hijo —Livia intentó no perder la

sonrisa ante la cara de horror de esa mujer.

—¡Y doy gracias a Dios por ello! Pero no podemos ser vistas con usted, si lleva esos harapos.

Livia abrió la boca sin poder dar crédito por su falta de tacto. La modista solo pudo mirarla parpadeando con rapidez e intentando ignorar semejante grosería. Por supuesto, Belinda se puso a reír.

—Tiene mucha razón, lady Belford.

—Belinda… —la regañó Livia, pero su hermana se alejó para seguir echando un vistazo a las nuevas telas de importación.

Lady Marianne se acercó a Livia y antes de saber qué iba a hacer, le tomó la cintura con ambas manos, como si quisiera medírsela, luego palpó sus caderas.

—Lo que me temía. ¡Qué estrechas! No podrás parir nada bueno con esas caderas.

—¡Pero…! —se puso de color escarlata y a un latido estuvo de decirle a esa mujer lo que pensaba de ella y sus comentarios acerca de hacerla criar como una vaca.

—No me contradiga, no vamos a permitir que vaya así vestida. Será la cuñada de lord Belford, y eso, niña, significa algo.

Livia se prometió que como esa mujer no sacara el dedo índice de delante de su cara, se lo mordería con saña.

Odiaba que la llamara niña, tanto como odiaba el desprecio que destilaba su voz. E incluso cada uno de sus gestos, cada vez que se veía forzada a dirigirse a ella, le resultaban desagradables.

Gracias a todo lo que era sagrado, ella jamás tendría que vivir bajo el mismo techo que la odiosa mujer.

***

Esa misma tarde, Livia reprodujo esas palabras frente a su amiga Maranta.

—¿Eso te dijo? —preguntó Maranta, alzando las cejas bien arriba.

—¡No podrás parir nada bueno con esas caderas! ¡Ah! Y se cree una dama. Me estaba juzgando como a una yegua a la que quiere hacer parir potrillos.

Maranta inclinó la cabeza hacia delante e intentó con todas sus fuerzas aguantarse una carcajada, apenas lo consiguió.

—No te rías. La madre me odia tanto como el hijo —Livia hizo una mueca de desagrado—, algo que me trae sin cuidado ya que los dos son igual de insufribles.

—Lord y lady insufrible —dijo Maranta, sabiendo que así apodaba Livia a lord Belford. Se adelantó para dejar la taza de té sobre la mesilla de ese precioso salón que solían ocupar cuando Livia iba a visitarla. Se rio muy a su pesar.

—Estuve a punto de cambiarlo por lord gruñón, pero… —la miró con malicia—, insufrible le queda tan bien…

—¡Livia!

Maranta se hizo la sorprendida, pero le encantó el tono burlón de su amiga. Al menos parecía de buen humor.

La porcelana tintineó y el contenido de la misma se derramó parcialmente por los bordes, antes de que pudiera poner la taza a buen recaudo.

—Lo siento.

Su amiga le siguió el juego.

—Perdóname —se disculpó Maranta al ver que Livia se alimentaba de su risa para sumarse y reír a carcajadas—. Es que… es una suerte que sea tu hermana la que está prometida con él.

—¡Oh! ¡Señor! —exclamó Livia, escandalizada— ¿Te imaginas? Moriría joven, estoy convencida de que ese hombre me consumiría.

Maranta rio más fuerte.

—No te olvides de su madre. Me imagino la escena. —Se refirió a la anécdota que su amiga le había contado de visitar a la modista—. Esa mujer da mucho miedo cuando se lo propone.

—Madame Balmain, parecía una niñita asustada. Pero se le cambió la cara al ver la cantidad de vestidos que pedía para el ajuar de mi hermana, y también para Amanda y la propia lady Belford.

—Y para ti.

Livia asintió, aguantándose la risa.

—¡Y para mí! Me regocijo al imaginarme la cara de lord Belford, arrugando el ceño al ver la factura de la modista. Me encantaría que pusiera en el concepto: vestido para Livia Withman —Hizo un gesto teatral como si firmara una carta—. Sí, pagaría por ver su cara al saber que más de uno es para mí.

—Yo creo que lo sabe —dijo Maranta—, y quien sabe, quizás te lo eche en cara en cuanto pueda. Los hombres son así.

Livia golpeó a su amiga en el brazo, con delicadeza, pero al mismo tiempo que abría la boca incrédula.

—Eso ha sido un comentario muy captivo.

—Pero cierto.

—Muy cierto. —Livia no perdía el buen humor que la acompañaba siempre que estaba con su amiga—. Pero sabes que, a pesar de sus defectos, que son muchísimos —lo dijo asintiendo con énfasis—, es un caballero muy discreto. Seguro que jamás me lo comenta.

—¿Eso crees? —la miró con suspicacia— ¿por qué?

Livia se encogió de hombros.

—He sabido por Rose, e incluso alguno de sus arrendatarios que lord Belford es bastante generoso. Claro está que seguro que sus buenas acciones tienen un propósito.

—¿No ir al infierno? —se burló Maranta.

—Esa es mi teoría favorita —acabó por decir algo pensativa—. Sí, en el fondo no es tan mala persona, solo tiene ideales equivocados. Y referente a los vestidos, no me importa si me lo echa o no en cara. Pero yo sabré que lo sabe y me encantará lucir esos vestidos solo para fastidiarle.

—Eso sí que es perverso. —Se rio sin reflejar remordimiento.

—Y a ti te divierte mi maldad.

Maranta se encogió de hombros.

—Lord Belford trata mal a mi amiga, así que puedo pensar mal de él. Al fin y al cabo, es amigo de Anthony Hilton, no se juntan que no se parezcan.

—Oh, amiga —le amonestó Livia—. El antiguo coronel Lyonel Knigth, también es su amigo, y no he conocido a un hombre tan encantador en mi vida.

Maranta tuvo que asentir.

—Es la excepción.

El esposo de su amiga Rose era todo un caballero, había tenido mucha suerte, pues a pesar de

que Lyonel parecía un hombre serio y formal, era realmente encantador con Livia. Anthony Hilton también lo era, siempre la había tratado con educación y por las conversaciones que habían tenido, Livia podía asegurar que era un hombre inteligente de mente abierta. Pero jamás lo diría frente a Maranta. Ellos dos parecían tener algún asunto pendiente sobre el que aún no había osado preguntar.

—Cada vez queda menos para la boda.

Ahora fue Livia quien dejó la taza de té sobre la mesita y miró a su amiga, como si tuviera que confesarle algo. De pronto su buen humor pareció esfumarse.

—Padre tiene deudas.

Maranta estaba al tanto de ese asunto.

—Lo lamento.

Livia forzó una sonrisa. No sabía cómo, pero Maranta parecía siempre enterarse de todo.

—Si no se casan inmediatamente, mi padre terminará en la cárcel de deudores.

Maranta se esforzó por permanecer impasible, para no avergonzar a su amiga con su lástima y comprensión. Y de hecho lo consiguió.

Todo el mundo sabía que los caballeros pagaban sus deudas, si no lo hacían acababan en la cárcel. El daño no era solo que te privaran de libertad, sino que además te despojaban de tu buen nombre. Y el honor perdido, no solía recuperarse fácilmente.

—Bueno, mantengamos la esperanza en que todo se solucione

—En fin… yo, espero que eso ocurra después de la boda. —Se sintió algo avergonzada y esquivó la mirada siempre directa de Maranta—. Robert Belford habló con mi padre, y aseguró que le ayudaría con sus deudas después de la boda, pero no antes.

—Parece como si temiera que Belinda se fugara.

Livia la miró horrorizada.

—¡No bromees con eso! —le suplicó—. Aunque… Belinda al parecer, no estaba tan inclinada a casarse con lord Belford como yo creía.

Eso sí que sorprendió a Maranta.

—¿De veras?

—No puedo juzgarla —acabó diciendo Livia—, al fin y al cabo, las mujeres no tenemos mucho que decir respecto a nuestro futuro.

Hubo un incómodo silencio después de aquella confesión.

—Supongo que todas nos casamos forzadas, por un motivo u otro —estuvo de acuerdo Maranta que sabía de qué hablaba—. Hay excepciones, claro. Como Rose y su coronel, pero… lamentablemente las mujeres no podemos decidir con quien formar una familia. Los hombres deciden, nuestros padres, hermanos… y casi siempre por viles motivos e intereses, no tan ocultos.

Livia asintió, abatida.

—En este caso es por dinero. Aunque por ese mismo motivo a Belinda le ha acabado pareciendo una oferta atractiva.

—Eso será un consuelo.

Livia asintió.

—Espero que su sacrificio valga la pena. —Apretó los labios y centró la mirada en las manos que tenía recogidas sobre su regazo—. Los acreedores de padre llaman a nuestra puerta día sí y día también. Por fortuna están mucho más calmados que antes.

—¿Crees que lord Belford…?

—Diría que sí. Han firmado un contrato. No me han dejado verlo, pero pongo la mano en el fuego que va a pagar nuestras deudas y le dará una suma considerable. Si me lo preguntas, te diré que no entiendo que sea tan generoso. No parece muy enamorado de Belinda y, aun así.

—Quien sabe lo que le ronda la cabeza a ese hombre —suspiró Maranta— En fin, ya queda menos para que tú y Robert os convirtáis en cuñados.

Maranta le palmeó la mano con afecto, pero Livia hizo una mueca que no pudo pasar por alto.

Soltó una carcajada y se inclinó hacia delante.

—Lo siento —dijo con expresión divertida—, deberías verte la cara.

—Es que dices que será mi cuñado, como si fuera un plato de buen gusto.

Sin pensarlo y para hacerse perdonar, Maranta se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Lo lamento, no volveré a hacer una broma semejante.

—Gracias, en verdad que me detesta —dijo Livia—. Y eso que le salvé de una situación más que comprometida.

Su amiga ya estaba enterada de como Livia hizo que los planes de su padre se fueran al traste, entrando en la biblioteca, en el momento justo para salvar a la pareja.

—¿No hubo consecuencias con tu padre?

Livia negó con la cabeza.

—Solo una mirada glacial que me llegó al alma —suspiró.

Maranta empezaba a conocer bien a Livia. No entendía como su padre podía tener tanta influencia sobre ella, pero lo cierto era que el señor Withman había socavado tanto la fe de Livia en sí misma, que cualquier palabra de ánimo o consuelo, era recibida por la mayor de las Withman, como un auténtico trofeo. Pero la otra cara, más oscura de la moneda, era que una mirada de su progenitor bastaba para hacerla empequeñecer.

Su amiga, que siempre había tenido una lengua afilada para rebatir al señor Belford o a cualquier otro hombre, se volvía una persona incapaz de hacerle frente a su padre. William Withman conseguía doblegar la voluntad de Livia, y no sabía muy bien a qué se debía. No entendía si el motivo de desear complacerle era debido a un maltrato físico en su tierna infancia, o al hecho de desear complacer al único progenitor que le quedaba vivo. Quizás las cosas hubieran sido distintas si la madre de Livia estuviera en este mundo.

Maranta suspiró.

—En fin, todo irá bien.

—Por supuesto —aseguró Livia—. Estoy contenta de que mi padre no montara en cólera. Algo que hubiera hecho si esa misma noche lord Belford no hubiera puesto fecha para la boda y se hubiera declarado públicamente ante todos sus invitados.

—Una declaración muy fría.

—Él lo es.

Maranta rio ante la expresión de Livia.

—¿Eso te parece?

—No me imagino un hombre menos apasionado —aseguró Livia—. Desde luego, espero que mi hermana no sea tan tonta de esperar un gesto romántico por su parte.

—Es una suerte que queden tan pocas semanas para la boda. Será un alivio para todos.

—¿Incluso para Amanda? —preguntó Maranta.

Amanda era la hermana de Robert, una futura debutante tan hermosa como incorregible. A Livia siempre le había caído bien, era la única quien le provocaba ternura de esa sombría familia. Sin duda a su hermano y a la estricta lady Marianne, lo que le provocaba era un dolor de cabeza.

—Amanda no vino al último club de lectura.

Livia le quitó hierro al asunto.

—La dragona debe estar vigilándola —dijo Livia refiriéndose a lady Marianne—, pero vendrá a la próxima.

—No si su hermano se entera de que tú también estarás.

—Que se vaya acostumbrando, ahora seremos parientes.

Y aunque había sido Livia quien dijo aquellas palabras, no tuvo muy claro que su cuñado quisiera verla más que ella a él. Quizás una vez por pascua, sería más que suficiente.

—Robert ha dejado claro en más de una ocasión que se casa, en parte, porque desea que su hermana tenga un referente de distinción. —Livia alzó una ceja, mirando a su amiga.

Por supuesto no estaba de acuerdo con aquella afirmación.

—Lo que en realidad quiere es que su futura esposa la acompañe a todos los bailes, y así, él poder escaquearse y hacer… lo que hace. —Se encogió de hombros—. Algo que no sé muy bien qué es. Pero desde luego socializar no es su fuerte.

Maranta ocultó una sonrisa.

—Bueno, dejemos de hablar de lord insufrible, de tu hermana y de su futura suegra. —Livia estuvo muy de acuerdo— ¿Crees que podríamos marcharnos ya? —preguntó Maranta mirando el reloj de pared que estaba en el saloncito de té—. No quiero llegar muy pronto, pero tampoco tarde.

Livia asintió.

Las dos mujeres habían quedado para asistir a la charla por los derechos de la mujer. Normalmente, esas reuniones se celebraban en casas de la alta sociedad, con mujeres lo suficientemente independientes para que no les importaran lo que los demás dijeran de ellas. No hacía falta decir que Livia no se encontraba en ese grupo, pero desde luego Maranta, sí. Como viuda adinerada, podía permitírselo. Y para ella era un auténtico privilegio que le dejara acompañarla a esos actos.

—Vámonos.

Capítulo 11

Livia estaba emocionada, al igual que Maranta, pero su amiga, siempre tan estoica, lo disimulaba mucho mejor.

—Ojalá Rose pudiera estar aquí —Livia se acordó de ella.

Maranta, tomó su brazo, tan contenta que no dejaba de dar saltitos a causa de la emoción, le pareció que ni a Rose y a decir verdad a casi nadie, le entusiasmaría tanto estar allí como a la señorita Withman.

—¿No crees que a Rose le encantaría estar aquí? —le preguntó Livia como si le hubiera leído el pensamiento.

—Por supuesto —Maranta tenía que admitir que, de su nuevo y emocionante grupo de amigas, Rose era la más entrañable.

La esposa del coronel Knigth, era mucho más sensible a aquellos temas de lo que se hubiera imaginado. Quizás porque todo le parecía nuevo y había cosas que no acababa de comprender.

Livia suponía que todos los principios eran así, sorprendentes, revolucionarios, difíciles. Pero, aunque no participara tan activamente como ella quisiera en los debates, le encantaba sentirse rebelde. En rebeldía contra su padre y también contra la sociedad que, a sus veinticinco años recién cumplidos, ya le había puesto la etiqueta de solterona.

No es que ella no quisiera casarse, pero ¿con quién hacerlo? Todos le parecían tiranos autoritarios. A excepción del capitán Hilton, que había resultado ser una sorpresa. Era encantador, de mente abierta… y sí un bribón con las damas. Le hubiera gustado intercambiar opiniones con sus amigas, acerca de su figura, pero a Livia le pareció que no podía hablar ese tema con Maranta, pues nada le agriaba más el carácter que hablar de hombres libertinos.

—Allí hay un sitio —dijo Livia tirando de Maranta y situándolas en segunda fila.

Miraron a su alrededor. Por las grandes puertas acristaladas entraban mujeres de toda índole y algún que otro hombre despistado.

—Parece que cada vez acude más gente a nuestras charlas.

—¿Verdad? —Livia sonreía, haciendo que su rostro, a veces demasiado severo, se volviera dulce y juvenil—. Cada día son más las mujeres que quieren poner un pie fuera del camino marcado por la sociedad. —Ese camino que las dirigía a ser simples objetos decorativos, como floreros para que su belleza sirviera para disfrute de los hombres, o como mero recipiente reproductor, limitándolas a ser madres y esposas.

De pronto, ambas aplaudieron cuando una mujer, más bien menuda y de afilada mirada, empezó a hablar. Todo el mundo guardó silencio y mientras la charla avanzaba, esta hizo sonrojar a Maranta, al igual que hizo que los ojos de Livia se pusieran vidriosos de la emoción, tras hablarles de lo que había supuesto la lucha por los derechos de los ciudadanos en la revolución francesa.

—Cuando en Francia se proclamó la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, se olvidaron de nosotras. —Livia fue asintiendo a cada palabra—. Fue en ese preciso momento que las mujeres, primero las francesas y luego muchas más, nos dimos cuenta de lo insignificantes que somos. ¡O lo insignificantes que quieren que seamos! Debemos darnos cuenta de las desigualdades que padecemos.

—Es muy apasionada —susurró Maranta al oído de Livia, que asintió con entusiasmo.

—Olympe de Gouges —continuó diciendo la oradora—, ya hizo hincapié en esa desigualdad, y quiso que todo el mundo la viera cuando ella misma redactó la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana.*

Las dos amigas escucharon a la mujer, fascinadas. Livia se inclinó hacia Maranta.

—Lástima que no podamos conocerla nunca.

Maranta estuvo de acuerdo con ella.

La ponente siguió hablando revelando el porque era tan imposible.

—Olympe de Gouges, damas y caballeros. Resulta paradójico que suyas fueran las palabras: "Las mujeres tienen derecho a ser llevadas al cadalso y, del mismo modo, a subir a la tribuna". Solo por buscar la igualdad fue llevada a la guillotina en 1793.

Algunas mujeres presentes reaccionaron con horror ante aquellas palabras.

A Livia no le extrañó que muchas no supieran quien era de Gouges, ni tampoco Mary Wollstonecraft, la autora de *Vindicatio de los derechos de la mujer*. Eran los primeros pasos que las de su sexo habían dado hacia la igualdad, pero de poco había servido cuando el matrimonio no era más que un contrato que ponía a la mujer bajo el mandato de su esposo.

La conferencia apenas duró una hora, el tiempo suficiente como para que algunos hombres entraran en el lugar para burlarse de los asistentes de esa reunión.

—No me lo puedo creer —dijo Maranta alzándose de la silla—. Vámonos antes de que esto se vaya de las manos. Deberíamos haber buscado un lugar privado para la charla.

Livia resopló con disgusto.

—Si como se recomendó en el parlamento hace cuatro años, tuviéramos una policía unificada, estos atropellos no pasarían.

Maranta la miró como si fuera muy ingenua

—Serían los primeros en sacarnos del lugar, querida.

Maranta tomó la mano de su amiga y caminaron a regañadientes hacia la salida.

—Malditos sean —dijo realmente furiosa.

Livia prefería dejar el bullicio atrás, esas reuniones eran escasas y más bien de carácter privado, y aunque de vez en cuando había alguna que otra disputa, no se esperaba vivir una en primera persona.

Suspiró aliviada cuando pudieron salir a la calle sin impedimento.

—Creo que organizaré una conferencia en mi casa —dijo Maranta, muy decidida.

—¿Lo harías? —Livia estaba sorprendida por el arrojo de su amiga, que apenas unos años mayor que ella, era toda una heroína.

—Por supuesto, a ver si osan echarme de mi propia casa —dijo forzándose a respirar hondo. Se calmó lo suficiente para que su sonrisa volviera a aparecer—. Lo siento, ¿parezco muy enfadada?

—Ya lo creo —dijo Livia, fascinada—. Pensé que ibas a agarrar a ese marinero y a darle con una silla en la cabeza.

Maranta soltó una carcajada.

—No me han faltado ganas.

—¿Pegarse como una moza de taberna? —se escandalizó Livia entre risas.

—Algún día te contaré un par de cosas sobre mi juventud.

Livia parpadeó, entre confusa y con acuciante curiosidad.

—¿Cómo cuáles?

Maranta se quedó lívida al escuchar aquella voz tan familiar que desde luego no provenía de Livia, quien también se dio la vuelta para encarar al recién llegado.

—¡Capitán! —Livia saludó con entusiasmo a Anthony— ¿Qué le trae por aquí?

—He sido relevado —respondió muy cortés, Anthony—. Hay un entrenamiento especial para mis hombres en el norte, y a mí me han destinado aquí. Al parecer tengo que ocuparme de algún tipo de burocracia. Nada heroico de lo que poder alardear delante de unas bellas damas como ustedes.

Se inclinó para saludar a las damas, y miró directamente a los ojos a Maranta Farrell quien sabía que no le dirigiría la palabra desde que hacía algunos meses habían tenido un intercambio de opiniones muy acalorado.

—¿Conoces a…? —empezó a decir Livia.

—Sabes que sí, y que ojalá no fuera así —la firme respuesta de su amiga dejó claro a los presentes que las diferencias entre el capitán y Maranta, eran irreconciliables.

—Pobre Livia, no se apure —dijo Anthony como si excusara el comportamiento de Maranta —. La señora Farrell es muy selectiva con sus amigos.

—Sí, tengo la costumbre de relacionarme con buenas personas —respondió en un tono seco, dejando muy claro lo que pensaba de él.

Livia abrió la boca sorprendida.

No había visto a Maranta ser tan grosera con nadie. Incluso había dudado de que fuera capaz de hacer semejante desplante en público.

—Entiendo. —Antes de poder soltar una de sus pullas, Anthony fue interrumpido por su amigo, quien bajaba los peldaños de la tienda de su sastre—. ¡Belford! ¿No te parece una agradable sorpresa haber encontrado a tu futura cuñada?

El paso decidido de Robert, se fue volviendo cada vez más lento, y acabó bajando los dos últimos peldaños con parsimonia.

—Lady Farrell, señorita Withman —saludó con una inclinación de cabeza—, hace un bonito día.

Livia pensó que ese encuentro era demasiado incómodo para todos. Solo al capitán Hilton parecía importarle un bledo que Maranta no lo soportara.

—Así es, lord Belford —le respondió Maranta—, pero ya nos íbamos.

—¿Ha ido bien la conferencia? —preguntó Anthony, lo que le valió que hasta la propia Livia le reprobara la pregunta al darse cuenta de que era una actividad que su padre no aprobaría, y mucho menos lord Belford.

Los ojos azules de Robert se posaron sobre Livia, inquisidores. Ella siguió con la mirada clavada en Anthony. Puede que ya no le cayera tan bien, si acababa de descubrirla frente a lord insufrible.

—¿Qué conferencia? —preguntó Robert, frunciendo el ceño.

La arruga que se le formaba entre las dos cejas, era francamente molesta, pensó Livia.

—Creo… que una sobre los derechos de la mujer.

La expresión de Robert Belford ante las palabras de Anthony, la indignó.

¡Un momento!

¿Se atreve a poner los ojos en blanco?

Livia separó la boca para decir algo, pero Maranta la tomó del codo. Sabía que, con la boda de su hermana en ciernes, su amiga no podía permitirse el lujo de discutir con el novio. Pero al

parecer, lord Belford sí tenía algo que decir al respecto.

—No sabía que a una mujer tan cabal como usted —dijo, dirigiéndose a Maranta—, le interesaran esas cosas.

Ignoró deliberadamente a Livia y ella irguió la espalda y alzó el mentón. Si creía que con esas palabras iba a ofenderla, estaba muy equivocado.

—Ha sido una charla muy entretenida —defendió Maranta, con una elegante sonrisa. Era evidente que quería escapar de allí cuanto antes—. Si nos disculpan, deseamos pasar por la modista antes de…

—¡Oh, sí, ha sido muy entretenida! —lo encaró Livia, con una sonrisa que venía a decir que ella sí estaba dispuesta a dar batalla—. E interesante. Supongo que no es para todas las mentes, porque algunas están más cerradas que… que… —¡Demonios! No se le ocurría nada.

Robert y Anthony miraron a Livia, alzando las cejas, sorprendidos por su arrebato. Cada uno con un grado diferente de diversión. El capitán se estaba divirtiendo mucho, Robert en absoluto.

—¡Cómo no! —espetó lord Belford.

—¿Cómo no? —Livia pareció conmocionada— ¿Qué significa eso?

—Significa —respondió Robert sin apenas atreverse a dirigirle la mirada—, que no me sorprende en absoluto que haya acudido a esas… charlas, que no hacen más que enredar la mente de las mujeres dadas a las fantasías…

—¡Oh! ¿Fantasías? —Boqueó como un pez—. ¿Cómo se atreve?

—¿Acaso el hecho de asegurar que un hombre y una mujer somos iguales no es una fantasía?

Oh, no… Livia no iba a morderse la lengua esta vez.

—¡Lo que no es una fantasía es pensar que usted tiene el cerebro de un mosquito!

Robert se quedó tan anonadado que únicamente pudo abrir la boca, pero ni un solo sonido salió de su garganta.

Anthony y Maranta parpadeaban, abrumados.

—Pero… ¿cómo se atr…? —logró decir.

La odiosa señorita Withman aprovechó su estupefacción para interrumpirle.

—¡No! Discúlpeme, debo matizar. Pienso que un hombre y una mujer deben tener los mismos derechos y obligaciones, y por supuesto ser iguales ante la ley. Pero obviamente no somos iguales.

—Livia… —Maranta intentaba frenar su discurso acalorado sin éxito.

—Yo pienso, y usted… usted…

—Livia.

—¡Es un asno!

—¡Livia! ¡Se nos hace tarde! —reaccionó Maranta, lívida, intentando contener a los dos interlocutores.

Ni Livia, ni lord Belford le prestaban atención.

—Es usted la mujer más insufrible que he tenido la desgracia de conocer en toda mi…

—¡Insufrible! —Se carcajeó Anthony que parecía pasárselo mejor que en una timba—. Es curioso porque ese es el apodo…

—¡De verdad! —Maranta miró horrorizada a los presentes, después tomó a Livia con más fuerza tirando de ella—, tenemos que irnos.

Livia se compadeció de su amiga, que no tenía por qué aguantar su mal humor, y tampoco la presencia del capitán Hilton, ante el cual no había duda, no deseaba estar.

—Bueno —suspiró Anthony—. Parece que una sombra ha tapado el sol de esta esplendida

tarde.

Maranta lo fulminó con la mirada.

—¿Y no puede darse cuenta de cuál? —Maranta se enganchó al brazo a su amiga y se dispuso a cruzar la calle—. Señores, discúlpennos.

Livia solo se permitió dejar de apretar los dientes al sentirse a salvo en la otra acera, lejos de lord Belford y su afilada lengua. Y, aunque no había respetado las reglas del decoro, en su interior sentía que había ganado una pequeña batalla.

—No sé como Lyonel Knigth puede ser amigo de ese hombre.

—¡Ni yo tampoco! —le dio la razón a Maranta.

Maranta la miró sorprendida.

—Livia, creí que el capitán te caía bien.

—¡Oh! —exclamó Livia al darse cuenta de su error—. Sí, pero creía que estabas hablando de lord insufrible.

Ambas se miraron y de pronto se disipó la tensión. Se echaron a reír. Sin duda, ninguna de las dos elegiría esa compañía para pasar la tarde.

—Aunque tus palabras han sido —hizo una pequeña pausa durante la cual miró a su amiga con picardía— escandalosas, alabo tu valentía.

—¡Bah! Se lo merecía. Solo espero que mi lengua no me traiga consecuencias cuando mi padre se entere…

—¿De qué odias a tu cuñado?

Suspiró negando con la cabeza.

—Paseemos ¿quieres? —suplicó Livia—. El ejercicio me hará bien.

Ambas se alejaron de esos hombres y dedicaron el resto de la tarde a asuntos más importantes. Cualquier cosa menos pensar en aquellos que encendían sus mejillas y llevaban su sangre hasta el punto de ebullición.

Capítulo 12

Pasó otro mes, y como Maranta seguía en la ciudad y aún no tenía previsto ninguno de sus espontáneos viajes, pasaba muchas mañanas y algunas tardes con ella. Amanda se sumaba a ellas cuando podía, y las mujeres interesadas en el club de lectura no paraban de aumentar.

Esa tarde, después de intercambiar opiniones sobre el último libro escogido para el club, Maranta la acompañó a casa.

El carruaje se detuvo frente a la entrada de la casa.

—Como siempre un placer, lady Farrell.

Su amiga se asomó por la ventana del carruaje.

—Saluda a Belinda y a tu padre, y por favor, ven el viernes al baile de los Latimer.

—Me lo pensaré, pero sabes que dependo de Belinda.

Se despidió agitando la mano y llamando a la puerta para ser recibida por la escasa luz y la humedad que imperaba en el hogar.

Era temprano, quizás su padre no hubiera salido aún.

Livia pensó en invitar a cenar a Maranta un día de esa semana. La posición de su amiga entre la alta sociedad, era muy respetada. Por eso Livia pensó que no habría problema a la hora de invitarla a cenar. Sin duda, era una de las compañías que su padre quería que fomentara.

Pero al llegar a casa y entrar en el salón de día, encontró a su padre junto a Belinda. Muy poco dispuesto a charlas intrascendentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó, esperando que no fueran malas noticias— ¿Los acreedores?

Dejó el parasol con cuidado sobre el sofá y esperó a que alguien le contestara.

Su padre se acercó a ella y puso los ojos en blanco al tenderle una nota.

Se quitó los guantes antes de aceptarla.

—Muy desconsiderado por tu parte, recordarme ese tema —dijo el señor Withman—. Pero esos problemas los solucionaremos de inmediato. Es otra cosa.

Agitó el papel para que lo tomara y Livia obedeció. Antes de leerlo fue consciente como su padre miró a Belinda. Le sonrió con una dulzura que Livia sabía que jamás le dirigiría a ella.

—Es de lady Belford —se sorprendió.

—Quiere que vayamos a cenar este martes—dijo su padre con entusiasmo—. ¿No es maravilloso? La invitación llegó hace un par de días, pero debo admitir que pensé que era otra factura más. Solo al llegar una nota esta mañana me he apresurado a asegurar que ahí estaremos, con la puntualidad que nos caracteriza.

—Hace mucho que no nos invitaban —dejó caer Belinda como si tal cosa.

Livia se imaginó que, aunque lady Marianne adorara a su hermana, sin duda no le gustaba tener que compartir mesa con un hombre endeudado y una hija de lengua afilada. Aunque era muy probable que lady Belford, aún no supiera nada sobre las deudas de su padre. ¿Cómo sino iba a consentir ese matrimonio?

—Preparaos —ordenó su padre con entusiasmo—, todo debe salir a la perfección.

—Pero…

Livia quería arrancarse la cabellera.

Cerró los ojos abatida. Ver de nuevo a lord insufrible, hablar con él, ¡dejar que la expusiera

delante de su padre! Que horror…

—Estaremos allí, presentables y puntuales.

Dicho esto, a Livia no le dio tiempo de decir nada más. Su padre salió del salón con una mirada iluminada por su ambición. La mente del señor Withman ya estaba fantaseando con sus deudas saldadas y su nuevo estatus como uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Livia se volvió hacia su hermana, que se retorcía las manos frente a la ventana.

—¿Belinda? ¿Estás bien?

A Livia le pareció que no, pero cuando su hermana la miró, lo hizo con una sonrisa que hubiera deslumbrado a cualquiera.

—Por supuesto, estoy deseando que llegue el martes.

A pesar de su tono entusiasta, Livia entendió que no era así. Estaba sucediendo algo, y no sabía el qué.

***

El martes llegó demasiado pronto, quizá porque para Livia meterse en lo que consideraba la boca del lobo, no era nada agradable. Solo le parecía aceptable el hecho de que Amanda también estaría presente.

Livia entró en la casa de los Belford, pensando que sería una cena tediosa. Los saludos fueron fríos y cuando Robert Belford la miró, ella juró que quería fundirse con la alfombra nueva que lady Marianne se afanaba en alabar.

Sí, no tenía altas expectativas, pero jamás pensó que fuese a querer arrancarse los ojos y sacarlos de sus órbitas.

De alguna manera, había subestimado la animadversión que sentía por el que sería su futuro cuñado. Quizás fuese un mecanismo de defensa de su propia mente, el que al no tener que aguantar su presencia en su vida cotidiana, olvidaba lo insufrible que era.

¡Pero no!

Ahí estaba su mentón alzando, ese ceño fruncido, aquellos parpados caídos, que ocultaban unos ojos que serían el anhelo romántico de cualquier mujer, pero que al caer sobre ella solo lanzaban dardos de reproche y censura.

Ella lo miró también. Alta la barbilla y los dientes apretados.

Supo que jamás destacaría como lo hacía en esos momentos su hermana, Belinda. Con sus cabellos de sol y sus ojos de cielo, y un vestido rosa pálido abrazando una esbelta figura, parecía una ninfa.

Así mismo, Livia no estaba dispuesta a empequeñecerse. Sus ojos grandes y almendrados sostuvieron la mirada del conde, hasta que lo vio fruncir aún más el ceño para después relajarlo en el momento en que centró toda la atención en su prometida.

La espera antes de entrar al comedor fue escasa. La dragona había aparecido vestida de negro y la tez pálida, aquel no era un buen día, regaló un humor sombrío. No obstante, enseguida que vio a Belinda pareció animarse un poco. No porque anhelara su presencia, Livia entendió que lady Marianne quería hablar de la boda, invitados, vestidos, la tarra… en definitiva, hacer su

santa voluntad.

—Flores azules y blancas… —había sentenciado, como decoración floral.

Por suerte para ella, Belinda estaba absolutamente de acuerdo en todo, y solo asentía y sonreía, absorbiendo todos los consejos que no había pedido de su futura suegra.

—¿Y usted? ¿Flores amarillas en el pelo? No lo creo —miró a Livia con absoluta desaprobación mientras ella permanecía sentada junto a la ventana, sin molestar ni estorbar a nadie. ¡Pero ni así conseguía que la dejaran tranquila!

¿Flores amarillas en mi pelo? ¡Eso no va a ocurrir!

—Bueno, ya veremos… —Como Livia no respondió de inmediato, la mueca de disgusto en la cara de lady Marianne fue más que evidente. Pero su disgusto duró poco al ser agasajada por las aduladoras palabras de su padre y Belinda, quienes enseguida volvieron a captar su atención.

Livia se resignó a permanecer en silencio. Ella prefería los colores más discretos, y por supuesto, nada de flores en el pelo, de ningún tipo.

Para la velada, había escogido un vestido verde pálido, muy poco llamativo y un peinado igualmente sencillo. Belinda había puesto mala cara, como siempre, pero no protestó, pues en el fondo deseaba ser el centro de atención, algo que Livia agradecía.

Al alzar la mirada, ahí estaba él.

El señor en el castillo.

Lord insufrible.

Juzgándola, con esos ojos azules y profundos, que tenían la capacidad de hacer temblar a cualquier dama. Pero no a ella, se convenció.

Sí, había ido a una inocente charla y él la había juzgado, como haría cualquiera de aquellos hombres contra los que precisamente iban sus charlas. Por suerte, aquella noche no sería capaz de sacar el tema y mucho menos delante de su madre, solo para hacerla quedar en evidencia. O ese era su deseo, el de que su mezquindad no llegaba a esos niveles.

Sin mediar palabra, Robert dejó de mirar a esa señorita de ideas revolucionarias. Odiaba reconocerlo, pero el brillo apasionado en sus ojos llamaba poderosamente su atención. Lo atraía. Sus iris se habían tornado del color de la miel cuando lo había encarado aquella tarde, junto a Maranta y Anthony.

Tragó saliva y se volvió hacia su prometida, cuando el mayordomo anunció que la cena estaba servida.

Livia lo vio dedicar unas pocas palabras a Belinda antes de tenderle la mano y entrar con ella en el comedor. Lady Marianne instruía a su padre sobre como hacer que la boda de su hijo fuera un evento inolvidable. Rezagada, Livia se resignó a seguir su estela. ¿Por qué Amanda había tenido que enfermarse precisamente esa noche? Vaticinaba una noche horrible.

Después de sentarse a la mesa y terminar el primer plato, Livia pareció complacida de que todos la ignoraran. Sinceramente, aquella velada hubiera podido trascurrir de una forma mucho peor. De momento solo era aburrida como cualquier otra.

Al menos así era, hasta que la conversación de la cual no había sido participe, de desplazó a un tema incómodo.

—¿Mujeres hablando en público? ¿De política? ¡Que escándalo!

Al escuchar la altiva voz de lady Belfrod, Livia se mordió el interior de la mejilla y apretó los puños sobre su falta.

Con la cabeza gacha, sus ojos se fijaron en Robert, y por supuesto, la estaba mirando como si

la alentara a abrir la boca. Tal vez pensaba que ahora no era tan valiente, frente a su padre y la dragona. Y de hecho, tenía razón.

¡Insufrible!

—Hay mujeres que no saben cual es su lugar —dijo Robert, acusándola sin que nadie más se diera cuenta.

Sí, estaba molesto por la discusión mantenida la otra tarde y en esos momentos buscaba el provocarla.

Oh, ¿Cómo demonios se atrevía? ¿En verdad tendría que soportar ser su cuñada el resto de su vida? Cerró los ojos y suspiró, deseando que el tiempo transcurriese lo más rápido que fuera posible.

—Hay que parar los pies a esas mujeres —de nuevo, la voz de lady Marianne la molestó—. Esas ideas revolucionarias… ¿no tuvimos suficiente con el Terror que imperó en Francia?, ¿con Napoleón?

—Bien dicho, lady Belford. —Esta vez habló su padre, para a continuación hacerlo Belinda, aunque no fue lo único que dijo.

—Livia suele asistir a esas charlas —sus labios se curvaron, consciente de cometer una travesura—, y parece encontrarlas muy entretenidas. ¿No es así, hermana?

La temperatura del salón pareció descender de inmediato, como si el crudo invierno hubiera arrasado en aquella mansión. Lady Belford se llevó una mano al corazón y su padre se puso del color de la granada. Incomprensiblemente, la helada mirada de Robert pareció suavizarse mientras detenía el movimiento de sus cubiertos.

—¿Cómo has dicho? —le exigió saber su padre.

Belinda se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—Pensé era de dominio público. Livia y las mujeres de su club de lectura suelen hablar abiertamente de eso.

—¿Club de lectura?, ¿de dominio público? —Ciertamente, Lady Marianne pareció haber visto al mismísimo diablo cuando miró a la señorita Withman—. ¡Esto es intolerable!

—¡Livia! —gritó su padre, haciendo que ella cerrara los ojos y diera un respingo en la silla. A continuación, se limpió los labios con la servilleta de hilo para después estrellarla contra la mesa — ¿Es eso cierto? —El tono frío como el hielo de su padre hizo que Livia se estremeciera.

—Bueno…

Al ver que su hija no contestaba con premura y miraba a Robert, se revolvió en la silla, furioso.

—¡Exijo una explicación! —bramó.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla, para abrirla de nuevo.

—Yo… —su mirada cayó sobre Robert, y se dijo que era imposible que pudiera mentir y rechazar lo que él había presenciado—. He ido a acompañar a una amiga.

Oh, toda la valentía que había mostrado aquella tarde pareció estrellarse contra un muro de inseguridad. Miró a Robert de nuevo y vio que fruncía el ceño. ¿Había preocupación en su mirada? Oh, no, seguramente estaba disfrutando de su humillación. Esa era su venganza.

La voz de su padre hizo que centrara de nuevo la atención en él.

—¿Qué amiga es esa? —Withman intentó controlarse. A pesar de que tanto él como lady Belford, pensaban que aquello era una falta de decoro imperdonable, no podía excederse con sus duras palabras—. No hay excusa para semejante comportamiento.

—Maranta… —tragó saliva. —La señora Farrell, me suplicó que la acompañara.

Se sintió mezquina y ruin. Maranta no le había obligado a nada, de hecho, Livia disfrutaba de esas charlas tanto como su amiga.

—Veo que esa señora es una mala influencia.

Robert se vio forzado a intervenir.

—Yo también me he sorprendido al ver salir de la charla a la lady Farrell, sin duda es una mujer de una moral intachable. —La defendió Robert.

En ese momento, Livia lo miró agradecida. Pensó que quizás se había precipitado a juzgar a lord insufrible tan duramente, hasta que añadió:

—Esas charlas deberías estar prohibidas. La influencia en cualquier mujer por bienintencionada que sea, puede ser nefasta.

—¡Estoy de acuerdo! —exclamó su padre mirándola muy severamente—. Y por eso te prohíbo que vuelvas a hacer acto de presencia a un evento tan… tan…

—Tan inapropiado —dijo Robert.

—Tan indecoroso —dijo lady Belford.

Livia cerró los puños, llena de impotencia.

—Pero…

—Ni una palabra más —le dijo apretando los dientes. Su mirada, que volaba de ella a los demás comensales, venía a dejarle claro que, si abría la boca, iba a pagarlo muy caro.

—Está bien.

Cuando pensó que las aguas volverían a su cauce, Robert la miró de reojo dijo:

—Me consta que algunas damas de la alta sociedad, convocan reuniones en sus salones. Dichas charlas parecen inofensivas, y vistas de lejos, incluso puede que justas. ¿Pero a caso algunos no pensaban lo mismo de Napoleón y sus ideas?

Livia lo retó, mirándolo furiosa.

—Podemos juzgar al hombre, pero ¿a sus ideas? ¿acaso no tenemos una sociedad más justa que hace…?

—¡Livia! —Su padre tenía la tez rojiza por el enfado y eso la impulsó a cerrar la boca y agachar la cabeza.

—Una mujer hablando de política —se horrorizó lady Belford—. Espero que no nos dejes en ridículo una vez hayamos emparentado.

—No lo hará —Robert fue tajante y en verdad Livia no supo si la estaba retando o defendiendo—. Referente a la señora Farrell, reitero mi admiración por la dama y debe entender que a pesar de que no esté de acuerdo con semejantes actividades, se mueve en el entorno de las élites militares, y está muy bien posicionada en sociedad. —Por si fuera poco, añadió—: La encuentro una buena influencia, por ser una mujer de una moral intachable.

Livia no sabía muy bien qué amistadas de la élite frecuentaba Maranta, pero sí era cierto que en más de una ocasión Maranta había visitado la casa del príncipe regente. Incluso de Wellington.

—Eso es cierto, una de las mejores amigas de lady Knigth —intervino Belinda—. Aunque también lo es Livia.

—Oh, Rose… —dijo lady Belford—, una lástima que tenga una tía tan desquiciada.

—Madre… —se contuvo Robert—. Dejémoslo en que solo ha sido un error. Y corramos un tupido velo en todo este asunto.

Livia pudo ver como su padre convenía a las palabras de su futuro yerno, e incluso la dragona parecía dispuesta a cambiar de tema. Belinda la miró con toda la inocencia del mundo,

disculpándose con la mirada por haber abierto la boca.

Después de aquello no hubo más sobresaltos, ni temas incómodos. La velada transcurrió de forma apacible, y no obstante, a Livia le hubiera encantado fundirse con el papel pintado de las paredes. Lo intentó después de la cena, cuando en el pequeño salón lady Belford charlaba animadamente con su hermana. Pero no pudo evitar la sensación de sentirse observada, y en verdad… ¡Ahí estaba de nuevo! Los ojos de Robert Belford sobre ella, vigilando como un halcón. Como si pensara que fuese a meterse la cubertería de plata en el bolsillo, o estuviera a punto de sacar un ratón de su escote. Se esforzó por controlar su respiración, su corazón acelerado. A duras penas lo consiguió mientras sus propios ojos volaban una y otra vez a ese mentón altivo.

¡Insufrible!

Livia se concentró en las costuras de sus guantes y los minutos hasta que pudo huir de esa casa, que por si ella fuera, no volvería a pisar.

Capítulo 13

El coronel Lyonel Knigth miraba a su esposa de reojo y Rose, fingía no darse cuenta de lo preocupado que estaba por haber decidido ir a Londres.

—Ya hemos llegado —le dijo Rose cuando el cochero se adentró en la ancha calle, donde mantenían su residencia londinense.

—Un viaje del todo innecesario —refunfuñó Lyonel.

Ella lo miró con cariño. Pero lo contradijo.

—No lo es —dijo, en tono dulce—. Frederick está en la ciudad, y se casa tu mejor amigo en una semana. No hay forma posible de que nos perdamos tales eventos.

—¿Puedo recordarte que estás embarazada?

Ella lo miró de reojo.

—¿Puedo recordarte que estoy embarazada, no inválida?

Lyonel puso los ojos en blanco, pero cuando el carruaje se detuvo, saltó a la acera y se volvió para ayudar a su esposa. Por supuesto, ella le sonrió.

—Siempre tan galante —ya que era consciente de que el coronel podría haber dejado a los tres lacayos que custodiaban la casa, que la ayudaran a descender.

—Espero que te resulte igual de galante cuando te encierre en el dormitorio y te obligue a descansar.

Ella lo miró, agitando las pestañas.

—Si descansas conmigo… en la cama, no me importará estar encerrada.

Lyonel se apartó, escondiendo una sonrisa y las ganas de devorar la exquisita boca de su esposa.

—Entremos antes de que alguien me vea —dijo acariciando su vientre que ya era prominente.

Lyonel la tomó del brazo y la ayudó a entrar.

No era muy habitual que la casa de Londres estuviera abierta, pero el servicio parecía encantado de poder desplegar sus conocimientos. El fiel mayordomo de edad avanzada, informó velozmente a la señora de todo lo que la cocinera había preparado para la velada de mañana. Por supuesto, habían avisado a sus amistades del día de su llegada, y que esperaba su visita para cenar sin demora.

Livia había confirmado su asistencia y Maranta también.

—Estoy impaciente por ver a mis amigas —dijo Rose apoyándose en Lyonel.

—¿Han confirmado todas, su asistencia?

—Sí, mandaron la respuesta aquí, tal y como les pedí —aseguró Rose, que ya había sido informada por el mayordomo sobre cuantos comensales esperaban para mañana—. Livia vendrá con su hermana y su padre, Robert y Anthony también asistirán, aunque me da que ellos se presentarán dentro de un par de minutos, cuando haya corrido la noticia de que estamos en Londres.

Lyonel no podía discutírselo, aprovechaban cada ocasión que tenían para estar juntos.

—Frederick también estará al llegar —dijo Lyonel tan feliz como aparentaba—. Si no puede llegar para la cena de mañana, seguro que lo hará para la próxima semana.

Frederick había sido el mejor amigo de Rose, y ahora que eran cuñados, su amor por él no

podía ser más grande. Lo echaba de menos, pues después de la guerra, su Frederick había decidido tomar un cargo importante en el ejército. Uno envuelto de misterio, pocos sabían que era espía para la corona, y que, aunque Napoleón estaba muy lejos y no volvería, aún había rumores sobre partidarios y traidores a los que desenmascarar. Ese era su cometido, y el trabajo que lo mantenía alejado de la familia. Pero ahora, cerca de terminar el invierno, estaría en Londres, y tanto Lyonel, como Rose, pensaban agasajarlo hasta el agobio.

Cuando el coronel Knigth insistió para que su esposa se retirara a descansar, él se dejó convencer para acompañarla.

—Me preocupa que estés tan activa.

—¿Una mujer no puede estar activa en mi estado?

Lyonel cerró la puerta del dormitorio mientras Rose se sentaba en la gran cama con dosel. Hizo un puchero y él se rio. Ambos estaban exhaustos por el viaje, pero de buen humor.

—Con Frederick en casa, serán unas semanas maravillosas.

Lyonel asintió.

—Lo serán.

Rose alzó una pierna mientras apoyaba el peso de su cada vez más voluminoso cuerpo, sobre las palmas de sus manos cuando se reclinó hacia atrás. Lyonel se arrodilló frente a ella y empezó a quitarle los zapatos. Al rato, ronroneó satisfecha por su masaje.

Cuando hubo terminado, él mismo se quitó las botas y se tumbó al lado de su esposa, acariciándole el vientre con movimientos suaves y circulares.

—A veces lo siento moverse.

La sonrisa de su esposo fue un premio para ella.

—Yo a veces siento que mi pecho estallará de felicidad —le susurró al oído, antes de acariciarle la mejilla con la nariz.

—Siempre tan romántico coronel.

—Y usted siempre tan hermosa.

Rose soltó una risa encantadora mientras se quedaba de costado, abrazada a Lyonel que la acarició tiernamente para que se durmiera.

—Serán unas semanas maravillosas hasta que me retire definitivamente —miró su abultado vientre y suspiró.

Se quedó dormida pensando en galletas de jengibre, en los regalos bajo el árbol, en la sonrisa de su esposo abrazando a su hermano después de una larga ausencia… Todo sería perfecto.

O eso quiso creer Rose.

***

La tarde siguiente, una impaciente Livia tocó el picaporte de la casa de los Knigth. El mayordomo abrió con más parsimonia de lo que a ella le hubiera gustado, pero un grito desde el interior hizo que se apresurara a entrar.

El grito, por supuesto, procedía de una impaciente Rose, que la esperaba a los pies de la escalera, con los brazos extendidos.

—¡Livia!

—¡Rose! —se abrazó a ella para después mirarla con asombro.

—Lo sé, no lo digas. ¡Estoy enorme!

A su lado, Lyonel carraspeó, esquivando una sonrisa para poder recibir al resto de sus invitados como merecían. Livia había acudido junto a su familia.

—Señor Withman, Señorita Belinda, qué placer tenerlos esta noche en mi casa.

—Gracias coronel —dijo ceremonioso, el señor Withman—, ha sido un verdadero honor poder responder a su invitación.

Al llegar su turno, Belinda hizo una reverencia y le dedicó una sonrisa radiante. Por algún motivo, esa noche estaba especialmente entusiasmada. El pensamiento de Lyonel fue buscar ese entusiasmo en el hecho de que Robert asistiría también a la fiesta, pero esta vez sin su madre, que había excusado su ausencia.

—Lord Belford estará al llegar, y también…

—¡Yo! —el mayordomo no había cerrado la puerta cuando Anthony Hilton anunció su presencia.

—Capitán Hilton —Rose que tomaba del brazo a su amiga Livia, lo saludó al verlo entrar.

El recién llegado saludó a todos los presentes, con entusiasmo a los hombres y galantería a las mujeres. Demoró su mirada en el vientre tan bien disimulado de Rose. Sin esperar permiso y sin ninguna clase de vergüenza, se inclinó para besar las mejillas de la anfitriona.

—Habría jurado que no podría estar más hermosa, mi señora. Ya veo que me equivoqué.

—¡Anthony! —se rio Rose, complacida.

—Eso digo yo —le espetó Lyonel fingiendo enfado—. Anthony, compórtate.

—Es un engorro estar en familia y tratarnos con tanta formalidad —alegó—. Y hablando de familia ¿Y Frederick?

Lyonel suspiró.

—Pensé que nos lo dirías tú —respondió Lyonel—, no sabemos que lo retiene fuera de nuestro hogar.

—A decir verdad, yo tampoco —mintió Anthony de forma tan natural que nadie se dio cuenta —. Esperemos que, si no llega para la cena, lo haga mañana.

—Nada me gustaría más, estoy deseando que nos cuente que tal ha estado su viaje.

Rose no era ingenua, sabía que sus viajes no eran de placer, pero los Withman no tenían por qué saberlo.

Las damas no tardaron en pasar al salón y los caballeros se rezagaron hasta que Lyonel los invitó al salón de caballeros, mucho más masculino, esperando que las mujeres se pusieran al día.

En esta ocasión, Belinda había tomado el rol de su hermana, cuando Maranta se presentó, el entusiasmo de las tres hizo que Belinda frunciera el ceño y se apartara para quedarse junto a la ventana mientras las otras damas parlotearan de temas muy poco interesantes para ella.

¿Desde cuándo había tantas risas y gritos alrededor de su hermana?, se preguntó Belinda. En el fondo, no importaba, ella estaba pletórica. Su felicidad esos días era máxima. No iba a envidiar a Livia por tener algo que ella jamás había tenido, y eso era unas amigas sinceras. Al fin y al cabo, ella pronto tendría algo que Livia jamás conseguiría, un marido.

***

Los asientos de la cena estaban estratégicamente asignados. Maranta y Anthony, que no se habían dirigido la palabra, se sentaban en laterales opuestos, entre ellos dos, todos los demás comensales.

Rose, que quiso tener cerca a sus amigas, se sentó frente a Maranta y al lado de Livia, que para su desconsuelo estaba flanqueada por lord insufrible. Si Rose Knigth sabía de su animadversión hacia él, parecía haber hecho oídos sordos.

Robert miró de reojo hacia su izquierda donde se encontraba Livia. Carraspeó, intentando encontrar un tema de conversación.

No le gustaba llevarse tan mal con la hermana de su prometida. Pero era complicado. Ella despertaba algo en su interior que debía ser ignorado.

Volvió a carraspear y Livia puso los ojos en blanco, casi imperceptiblemente.

—¿Cómo ha estado estos días? —preguntó Robert. Intentó que su tono fuera amable, pero su propia voz se le antojó ronca y algo severa.

Vaya, una pregunta directa. Ineludible, pensó Livia.

Supo que no tenía más remedio que contestar. Frente a ella, su hermana Belinda le calvó la mirada, pero enseguida se puso a hablar con el capitán Hilton, que se sentaba a su derecha.

—He estado… —esta vez fue ella quien carraspeó—. Bien.

Robert esperó que, por cortesía, Livia le preguntara qué tal se encontraba, pero esa pregunta no se produjo. Entendió que era evidente que a ella le importaba más bien poco su ánimo. Suspiró, muy a su pesar. Pero no se dio por vencido.

—¿Ha…? —no terminó la pregunta hasta que ella dejó la copa sobre el níveo mantel y lo miró, forzando una sonrisa— ¿Ha ido de compras con mi madre?

—Casi cada día —*Y he odiado cada minuto*—. Ha sido muy generosa.

Tiene un serio problema con los colores.

Lady Marianne le resultaba una mujer muy dada a cambiar de opinión. Había cambiado de parecer cuatro veces, por lo que los adornos de su vestido, habían sido modificados cada una de esas veces que. Luego, a la madre de Robert, le había parecido que el rojo le hacía parecer una mujer muy vulgar.

—¿Sí?

—Sí —se vio forzada a mostrar su agradecimiento sobre los vestidos que había mandado confeccionar para ella—. Y usted también ha sido muy generoso conmigo. No era necesario, pero gracias por los vestidos nuevos que su madre encargó para mí.

Él tragó con fuerza, algo incómodo. No esperaba recibir palabras amables por parte de la señorita Withman.

—No se merecen.

Livia desvió la mirada, rezando porque la incomodidad que sentía, desapareciera si se centraba en otra conversación. Pero en su mente solo se reproducía una y otra vez la escena que ella y lady Marianne habían protagonizado en la modista.

No puedes lucir así junto a tu hermana, había dicho la dragona, *¿qué dirá la gente?*

Sinceramente, le importaba menos que nada qué dijera la gente, lo mismo que lo que lady Marianne pensara de los colores de su vestido o sus adornos. Esa mujer se las ingeniaba para insultarla de mil maneras distintas. Pero lo soportaría. Belinda se casaría, se iría a vivir al campo con su anodino marido y su insufrible suegra, y con suerte solo los vería en Navidad.

Miró a Robert sin proponérselo y notó un extraño deje en su mirada. ¿Preocupación?

¿Interés? Negó imperceptiblemente con la cabeza, descartándolo.

—Espero que, si hay algo más que pueda hacer por su familia…, me lo diga.

Livia parpadeó ante tal ofrecimiento.

—¿Cómo dice? —Se obligó a tragar con fuerza cuando la mirada de lord Belford se posó en la suya, unos segundos más de lo estrictamente necesario.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué había querido decir exactamente? ¿Acaso pensaba que ella misma le pediría dinero para saldar las deudas de su padre? Miró a su padre que, animado comentaba algunas cosas al coronel, sentado en la cabecera de la mesa, sobre el ejército y el valor de los soldados de su majestad.

Miró de nuevo a Robert.

De nuevo esa dureza en esos ojos azules o era… ¿curiosidad?, o tal vez… ¡¿Qué?! Parpadeó vivamente. ¿Era posible qué…?, ¿qué había insinuado con ese ofrecimiento?

—No sé qué más podríamos necesitar. —carraspeó—. En cualquier caso, debería hacer ese ofrecimiento a su prometida, no a mí.

No iba a humillarla por más que quisiera. Ensanchó más la sonrisa y le sostuvo la mirada.

—Solo intentaba ser cortés —dijo muy serio—, sé que han…

—No hay nada que yo quiera… y que usted pueda darme —le cortó pensando que iba a tener tan poco tacto como para hablarle de las deudas de juego de su padre.

Robert parpadeó con viveza. ¿Por qué demonios le habían parecido tan escandalosas aquellas palabras?

—No… no le estoy ofreciendo nada más que… la ayuda que le ofrecería un miembro de la familia.

Livia entrecerró los ojos al verlo tartamudear. ¿Lo habría en verdad malinterpretado? Antes de poder decir nada, Robert volvió su rostro hacia su amigo, Anthony. El capitán enarcó una ceja, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

¡Maldita sea! Ahí estaba empezando a hacer mucho calor, se dijo Robert.

¡Cielos, solo había intentado ser amable y delicado! Sabía que su madre no había escatimado en gastos, comprando a Belinda joyas lujosas para lucir en la boda. Robert había pensado que tal vez la señorita Withman hubiera gustado de adquirir algunas fruslerías para adornar su cuello y sus orejas. Ingenuo, había pensado que, si se lo ofrecía discretamente, ella le mostraría algo de gratitud.

Pero no había gratitud alguna en esa hurraca. Era idiota, desde luego debería haber sabido que no pueden tirarse perlas a los cerdos.

Si ya sabía que la señorita Withman no le tenía ninguna simpatía, no debería haberse esforzado en alagarla.

Carraspeó y se inclinó un poco más, captando la atención de su futuro suegro.

—He pensado que podrían trasladarse a nuestra casa de campo después de la boda. Quizás Belinda necesite ayuda con mis hermanos, y se adaptaría mejor. —Lo que en verdad Robert no decía era que debía vigilar de cerca a su suegro y dejarle claro que sus apellidos estaban unidos. No podía seguir jugando, y lejos de Londres, estaría un poco más lejos de la perdición.

—Oh, trasladarnos a Somerset… —respondió el señor Withman después de tragar un sorbo del mejor vino.

—¿De veras? —Rose escuchó el ofrecimiento y se mostró entusiasmada—. Sería maravilloso, Livia. Podría tenerte cerca para cuando naciera el bebé.

—Bueno… quizás una corta temporada —aclaró Livia, dejando ver lo que pensaba de esa

propuesta.

Su padre la ignoró.

—Eso sería… espléndido. —A decir verdad, no le apetecía nada quedarse bajo la tutela de su futuro yerno, pero eso significaba que no habría gastos en mantenimiento de la casa durante unos buenos meses, y podría ahorrar lo suficiente para hacerle algunos arreglos a la casa y volver a recuperar el estatus que habían perdido.

—No me parece una mala idea —le sonrió muy complacido. Sin duda, sus comidas serían tan deliciosas como aquella, y si conseguía su simpatía quizás lord Belford no sería contrario a una asignación para su suegro ya que poseía tal fortuna.

Carraspeó, intentando no parecer impaciente.

—Sería maravilloso que Belinda pudiera conocer mejor a sus hermanos. Y Livia y yo estaremos encantados de acompañarla.

Belinda puso aquella expresión, la que era completamente neutra, y que no revelaba absolutamente nada. En cambio, Livia… si su espalda se tensaba más se partiría. Pero no fueron ellas dos quienes mostraron su parecer, la risa de Anthony los pilló a todos desprevenidos, e hizo que el humor de Robert cambiara.

¡Maldito fuera! Sabía lo que estaba pensando.

Livia Withman y él bajo el mismo techo, cuando había jurado no volverse a ver más que por mera obligación.

—Me parece una idea esplendida, Robert —dijo Anthony con tono burlón.

—¿Verdad que sí? —Rose no tomó nota de lo que no decían en palabras, encantada ante la perspectiva de tener a Livia cerca—. Maranta, vente tú también, serás nuestra invitada y estaremos las tres justas para cuando nazca el bebé.

—Yo… —Maranta miró a Lyonel y este asintió—, lo pensaré. Desde luego, vendré de visita.

—Entonces puede que yo también reciba una invitación.

Cuando los ojos de Maranta se clavaron en el capitán Hilton, lo hicieron con el mismo encono habitual. Cohabitarían bajo el mismo techo, sobre su cadáver.

Cuanto Robert se echó hacia atrás en la silla, no pudo pasar por alto aquellos bellos y rebeldes ojos mirándolo como si fuera un malvado rufián orquestando un plan. Livia no comportaría el entusiasmo de Rose ante tan inesperada invitación.

—¿No le gusta Somerset? —le preguntó Robert.

¡Adoraba esa maldita casa! Livia la había visitado en una de las cacerías que había organizado lord Belford ese mismo año. Su padre quedó fascinado y desde ese momento no dejó de presionar para estrechar lazos con esa familia. A su vez, ella había quedado fascinada, no por su opulencia, sino por… ¡Sus increíbles caballos! ¿Cómo un hombre sin corazón podía tener un gusto tan exquisito, y sentir tanta empatía por aquellos bellos animales? Y no podía olvidar las vistas al lago de las que gozaba desde su habitación. ¡Ni la naturaleza! ¿Había lugar más hermoso en la tierra? No, sin lugar a dudas.

Todo era idílico y maravilloso. Solo había una cosa que no podía soportar:

Él.

Sus miradas se encontraron y sus bocas se apretaron en una fina línea.

—Amo cada baldosa. —Livia, lo dijo como si contuviera todo el veneno en su boca, y a Robert no le pasó por alto ese hecho.

Desde esos momentos ambos prefirieron concentrarse en sus platos.

No sacarían nada agradable de sus lenguas afiladas.

Durante el resto de la cena se evitaron, pero esta trascurrió con normalidad hasta llegar a los postres.

—¿Dónde está Frederick? —quién hizo la pregunta fue Lyonel, quien se inclinó ligeramente hacia el capitán Hilton—. Sé que lo sabes.

Lyonel miró a su esposa, que había estado distraída disfrutando de la conversación con sus amigas, pero de vez en cuando la había visto mirar hacia la puerta del salón, impaciente por ver a su cuñado. Anthony también se había dado cuenta de ello. Y lo lamentaba, pero no tenía una respuesta para él.

—No sé dónde está.

—¿Y eso empieza a preocuparte? —preguntó Lyonel. Anthony había abandonado su regimiento por las órdenes de un superior de permanecer en Londres, ¿por qué? No podía decirlo, pero sospechaba que tenía que ver con Frederick.

En definitiva, la presencia de Anthony en Londres, y la ausencia de Frederick en la misma ciudad, no quería decir nada bueno.

Esos pensamientos, fueron como llamar a la tormenta, pues en ese preciso instante, Arthur, el mayordomo entró en el salón y por la inquietud que se vio reflejada en su arrugado rostro, Lyonel se puso en pie.

—Coronel…

No hizo falta más. Lyonel saltó de la silla.

Sin duda había pasado algo.

Algo horrible.

Capítulo 14

Los hombres se pusieron en pie, mientras las mujeres se miraron entre sí. Solo Maranta fijó sus ojos en Anthony. Ella tenía información que las demás no. El capitán Anthony Hilton, era el superior directo de Frederick Knigth. También sabía exactamente a que se dedicaban los dos hombres. Después de una carrera prometedora como militares, los dos se habían pasado al espionaje, aunque Frederick lo había hecho adentrándose en zona enemiga, mientras el capitán Hilton recopilaba información en los salones de baile londinenses.

Cuando Anthony notó sus ojos fijos en él, la miró sin atisbo de alegría. No sabía lo que estaba pasando, pero entendía que no era nada bueno.

Rose se humedeció los labios y miró a Arthur, su mayordomo y también a su marido para preguntar.

—¿Qué ocurre?, ¿ha pasado algo?

Lyonel se apresuró a calmarla, volviéndose hacia ella.

—Seguro no es nada, voy a ver. Seguid disfrutando de la cena.

El tono de Lyonel no engañó a nadie. Rose estiró la mano hacia Maranta, que era quien tenía más cerca y Anthony se disculpó en un susurro y fue tras el anfitrión.

—Discúlpenme —Robert no tardó en seguirlos—, señor Withman, por favor quédese con las damas.

—Por supuesto —dijo algo desconcertado por la marcha de los hombres.

—No será nada —Pero por la seriedad con que Maranta miraba la puerta del comedor, no parecía muy convencida.

—Es Frederick —dijo Rose dispuesta a levantarse de la silla—. Estoy segura.

Lo había presentido durante toda la noche.

Se puso en pie, pero las piernas apenas la sostenían. Livia fue a su lado, la sostuvo y convenció para que volviera a sentarse, pero Robert al salir había dejado la puerta abierta, y desde el recibidor llegaban las voces de los hombres.

—No, no puedo quedarme sin saber que pasa —Antes de poder impedírselo, Rose salió del comedor con sus amigas a la zaga.

En el recibidor vio a su marido ahí de pie, con el rostro lívido y sus ojos puestos en la puerta de entrada, abierta de par en par. La mandíbula de Lyonel parecía palpitar. A su lado, Arthur ordenó a varios criados que se pusieron en marcha.

—¿Qué pasa?

Los lacayos empezaron a correr hacia el piso de arriba, el sonido de sus pisadas hizo que el corazón de Rose se acelerara aún más. También vio algunas doncellas recibir órdenes del ama de llaves.

—¡Por Dios, Lyonel! Respóndeme —Se precipitó hacia su esposo, pasando junto a Robert, sin que este pudiera evitarlo.

Livia y Maranta entrelazaron sus brazos.

—Es algo malo —susurró lady Farrell.

Livia la miró con desconcierto, pero sabía que tenía razón, solo hacía falta ver la cara del coronel parecía descompuesto.

Cuando Lyonel se giró hacia su esposa, la tomó con delicadeza por ambos antebrazos, sin prestar atención a las miradas inquietas de sus invitados.

—¿Es Frederick? —*Por supuesto que sí*, se dijo Rose, alejándose un paso de su esposo— ¿Está…?

Se llevó las manos a la boca a punto de romper en llanto.

—Vivo. Está vivo, mi amor —le acarició el rostro, temiendo que pudiera desmayarse a causa de la tensión.

—¿Entonces?

—Lo trasladan aquí —dijo, tan angustiado como ella.

Rose apretó los puños frente a su boca para no echarse a llorar.

Fue entonces, al ver a su amigo tan perturbado, que Robert dio un paso al frente y se dirigió a Lyonel.

—¿En qué puedo ayudar?

—En nada —respondió Lyonel, a media voz, pero agradecido por el ofrecimiento—. Frederick está de camino, el oficial David Chambers ha dejado esta nota.

Se la tendió y Robert la tomó de inmediato.

Coronel Knigth, Frederick ha sido herido, nuestro superior no cree conveniente que esté en el hospital militar. Lo trasladaremos de inmediato a su casa de Londres.

David Chambers.

—¿Chambers?, ¿es el hermano de Edward Chambers, el vizconde de Glastombury? —preguntó Robert.

—El mismo.

Edward Chambers, el vizconde de Glastonbury, era su vecino en Somerset, y además un gran amigo. Sus fincas colindaban y siempre habían tenido una muy buena relación, pero por la diferencia de edad era Amanda quien se había relacionado con el joven David, tanto era así que cuando hacía poco menos de un año había conseguido un título oficial, había estado llorando prácticamente una semana.

—Seguramente nos traerá más noticias —susurró Lyonel.

Anthony se acercó y tomó la nota para leerla.

—Probablemente quieran hacer pasar el ataque por un accidente —lo dijo en voz baja para que Rose no los escuchara—. Seguro no quieren echar por tierra su tapadera, y es probable que lo achaquen a un asalto en el camino.

—Eso quiere decir…

—Que sus atacantes están muertos —le dijo Anthony a Robert—, o de lo contrario su atacante lo habría reportado.

Robert parpadeó confuso.

—¿Reportado a quién?

Anthony suspiró, no quería hablar más de la cuenta.

—A los hombres que está espiando —se animó a decir Lyonel, dejando claro que entre los tres no hacía falta que hubiera secretos. Ellos eran amigos, hermanos de armas. Robert daría su vida por salvar la suya, no los pondría en peligro imprudentemente hablando de a qué se

dedicaba Frederick.

—¿Sabemos si está grave?

—Solo lo que dice la nota —el tono de Lyonel era sombrío. Se temía lo peor.

Se hizo un silencio pesado en el recibidor.

Lord Withman y Belinda se habían quedado solos, Maranta y Livia flanqueaban a Rose, que tenía los ojos puestos en la gran puerta de entrada. Los tres caballeros, allí presentes, no se movían, pero cada uno tenía en su semblante arrugas de preocupación.

Cuando se escuchó un carruaje detenerse en la puerta, Anthony fue mucho más rápido que Lyonel al salir. Se precipitaron escaleras abajo y salvaron los cinco peldaños que los separaban de la acera.

El capitán había sido un mentor para Frederick, el mismo Anthony le había recomendado para su actual puesto, y no podía dejar de sentir cierto peso en todo aquel asunto.

Cuando el cuerpo de Frederick descendió del carruaje, ayudado por Chambers y dos soldados más, lo hizo suspendido en una sábana.

—¡Frederick! —Rose gritó desde la puerta.

Se puso furiosa al verlo pasar ante sus ojos. Las lágrimas le quemaban en los ojos, pero no las derramó. Empezó a dar órdenes al servicio. ¿Quién le había hecho eso? ¡Malditos fueran!

—Llévenlo arriba, a su habitación —Caminó junto a él con paso decidido. Se mordió el labio para aguantar el llanto y no lo consiguió cuando Frederick tumbó la cabeza hacia un lado e intentó agarrarle la mano.

—Hola, florecilla.

Rose hizo un puchero cuando le tomó de la mano con fuerza.

—No hables, ya estás en casa.

Frederick intentaba sonreír, pero apenas podía mantener los ojos abiertos.

Lyonel ayudó a subir a Rose, tomándola por el codo y mirando a su hermano, tan furioso por su estado como ella.

—Todo saldrá bien —dijo para convencerse a sí mismo.

—Por supuesto que sí —asintió ella—. Vamos.

Los invitados se quedaron en silencio mientras los soldados trasladaban a Frederick a su habitación. Su aspecto era deplorable, quizás por el barro de sus ropas elegantes, pues no lucía el uniforme militar. En su frente lucía un aparatoso vendaje que le cubría parte de un ojo y su tez era pálida, quizás por la sangre que había perdido.

Lyonel miró las heridas de su pecho y cuello, las vendas apenas manchadas de sangre… su escuálido cuerpo. ¡Dios Santo! ¿Qué le había pasado?

Alguien lo había aseado, pero no lo suficiente como para ocultar su maltrecho cuerpo.

—Oh, Lyonel —Rose miró con desesperación a su esposo, expresando su dolor.

Tras ellos, todos los invitados, menos Anthony que se apresuró a seguir, se quedaron en el recibidor.

El silencio fue pesado, hasta que Maranta habló.

—Tengo que irme —dijo con mirada ausente—Acompáñeme.

A Livia le extrañó que se dirigiera a uno de los solados que habían llegado con Frederick. Lejos de poner alguna objeción, el soldado asintió mirándola con reconocimiento.

—Pero Maranta… —protestó Livia.

—Yo puedo acompañarla —se ofreció Robert, algo desconcertado porque se lo pidiera al militar.

—No se preocupen —ni siquiera los miró al darse la vuelta y seguir hablando—. Debo partir ya.

Livia y Robert se miraron desconcertados. En completo silencio.

Sin duda, la noche no había terminado todo lo bien que esperaban.

Capítulo 15

Los Withman regresaron de mal humor a su casa, al menos el padre y la hermana menor. Livia, por su parte, estaba preocupada por Rose. Lo que le había sucedido a Frederick era una desgracia, pero el doctor les había asegurado que estaba fuera de peligro.

—¡Qué pérdida de tiempo! —resopló Belinda nada más entrar por la puerta principal—, ni siquiera hemos llegado a los postres.

Livia la juzgó severamente por el comentario.

—¿No crees que la salud de Frederick Knigth es más importante que el pudin de café? —Se sacó el abrigo con movimientos enérgicos.

—Sí, menuda faena —dijo el padre de Livia, colgando su sombrero en el perchero del recibidor—, el hermano ha tenido que fastidiar la cena.

—¡Padre! —exclamó incrédula Livia, por su falta de tacto—. No creo que el capitán Knigth haya pretendido interrumpirnos llegando en ese estado.

El señor Withman parecía no sentirse avergonzado lo más mínimo y a punto estuvo de estallar cuando su padre y Belinda le dieron el suyo para que lo colgara.

—Por fortuna, lord Belford nos ha hecho una invitación al campo —dijo muy satisfecho el señor Withman—. Con su madre y su hermana presentes. No hay de qué preocuparnos de las habladurías. Y seguro que el coronel y su esposa vendrían, si no fuera por ese pobre desgraciado.

—¡Papá!

—Estaba medio muerto, ¿verdad? —Belinda hizo un mohín con la boca.

—¡Belinda! —Livia apretó los labios reprobadora—. Sois increíbles.

—¿Qué? Pobrecito, pero es así.

No daba crédito de su falta de humanidad. Se alejó de ellos para subir la escalera hacia su dormitorio. Mañana le enviaría una nota a Rose a primera hora, deseando una pronta recuperación.

—¿Ya te retiras? —le preguntó Belinda.

Livia la miró severa, y después puso los ojos sobre su padre que tampoco parecía arrepentido por su actitud.

—De verdad, que parece que no tenéis compasión alguna por el prójimo.

—Cada uno tiene sus problemas hija —su padre le quitó hierro al asunto—. Había pensado que esta noche Robert estaría de buen humor y podríamos zanjar de una vez por todas el asunto de las deudas.

Aún al pie de la escalera, Livia los miró negando con la cabeza. A veces sentía que pertenecía a otra familia, que a veces no tenía parentesco alguno con los habitantes de esa casa.

Sintió profunda lástima por Frederick y más aún por Rose, en su estado…

Se dio la vuelta y subió los peldaños sin demasiada prisa. Hacía demasiado frío como para estar en alguno de los salones, donde no se habían encendido las chimeneas durante toda la tarde.

—Una pena —suspiró Belinda.

—Él es soldado —añadió su padre a sus espaldas.

—¿Y qué tiene eso que ver? No le han asaltado en acto de servicio —comentó Belinda.

—Pero es un oficial. Ya sabes la fama que tienen, si lo sabré yo.

Al escuchar a su padre, Livia se tragó un juramento. Por supuesto que debía conocer a la peor clase de oficiales, esos que como él eran adictos al juego. Se mordió la lengua, si algo tenía claro es que Frederick era un hombre intachable que no se merecía lo que le había ocurrido.

—¿Crees que habrá sido por deudas? Quizás algún hombre de Napoleón.

Livia se volvió sin morderse la lengua.

—¡Se acabó Napoleón! —exclamó Livia ofendida por su falta de tacto y por la conversación ofensiva que se desarrollaba a sus espaldas El tono severo hizo que los dos volvieran sus cabezas —. Napoleón está pastando en Santa Elena.

—¿Qué sabrás tú de Santa Elena? —la miró su padre con extrañeza— ¿Desde cuándo te gusta la política?

—No me gustan esos temas —dijo Livia—, pero por lo visto algunos hombres hablan de política frente a las mujeres y en el nuevo continente, a algunas se les permite opinar de estos temas.

—¿Qué? ¡Menuda desfachatez! —exclamó su padre— ¿Es por ese club de lectura que tienes esas ideas? Y no se me olvida que nos dejaste en ridículo frente a los Belford cuando te pillaron en una de esas charlas indecentes.

Livia se mordió la lengua, de nada servía discutir.

—Déjala, papá. He oído decir que en Norteamérica algunas mujeres son más deslenguadas que nuestra Livia.

—Bueno, los norteamericanos tienen otras costumbres —dijo lord Belford.

—Sí, son criaturas fascinantes —se burló Belinda, pero a Livia no pasó por alto su expresión soñadora.

—Oh, Belinda —le dijo su padre—. Espero que no te juntes jamás con esa clase de mujeres americanas. Y los norteamericanos, ciertamente no son caballeros, por mucha fortuna que tengan.

—Sí —dijo su hija pequeña con una sonrisa, aunque ahora mucho menos convencida—. Pero al parecer, en el nuevo mundo uno puede hacer fortuna sin su título de caballero, qué cosas…

—Por suerte yo sí tengo un título, y por ello puedes casarte con otro caballero. Lord Belford debe estar impaciente por llevarte al altar.

Livia puso los ojos en blanco.

—Sí, impaciente —dijo, por lo bajo—. Por fin habéis conseguido que ponga fecha y una invitación para vivir en su reino.

—Lo dices como si te disgustara que haya puesto una fecha para la boda. —Su padre la miró extrañado.

—Lo que me disgusta es que mi hermana tenga que casarse con él, con un hombre tan altivo, y no haya podido elegir…

—¡Livia! —Se mostró molesto—. Tu hermana sabe exactamente que yo solo quiero su felicidad. Yo sé lo que le conviene, lo que os conviene a ambas —logró rectificar—, aunque a ti me ha sido imposible encontrarte un marido.

Gracias a Dios, pensó con horror. No quería ni pensar que clase de marido hubiera elegido para ella.

—Pobre Livia —dijo Belinda fingiendo compasión—, se ha quedado solterona.

—¡Belinda!

—Será mejor que te calles, Livia —rugió su padre—. Eres una niña tonta, que no ve en la que

estamos metidos.

No era tonta, y por consiguiente, por supuesto que veía donde estaban metidos. En la vergüenza y camino a la miseria por culpa de sus deudas de juego. Se llevó una mano a la cabeza cuando la sien empezó a latirle.

—Sí que sé donde estamos metidos. Lord Belford es un caballero y me esforzaré para que no sintáis que os dejo en ridículo —Serenarse y guardar silencio era lo mínimo que podía hacer. Era muy consciente de su situación, y también de quien se sacrificaba para salvarlas de esta.

Miró a Belinda con compasión, pero ella sonreía como si esa misma noche fuera a cumplir todos sus sueños.

—Respecto a los Knigth —dijo Livia conciliadora—, por favor, en el futuro sed más compasivos, Rose es mi amiga…

Su padre y Belinda se miraron entre sí.

—Si los Knigth no fueran tan bien considerados… —empezó a decir su padre.

—Está nerviosa, no la regañe —le dijo Belinda, excusando el comportamiento de Livia que había reprobado el comportamiento de su padre.

—No tiene por qué. No es ella quien se casa. —Livia cerró los ojos, ante las palabras de su padre—. Ni creo que lo haga nunca.

Después de que sus afiladas palabras se clavaran en ella como la hoja de un cuchillo, decidió seguir su camino.

—Me retiraré, con vuestro permiso.

Livia se volvió para emprender de nuevo el ascenso, pero para su sorpresa, Belinda se colgó de su brazo.

—Voy contigo.

La miró algo desconcertada, pero ante la sonrisa de Belinda, asintió.

Ambas caminaron hasta la habitación de Belinda, que siempre había sido la más confortable y la que tenía la cama más grande.

—Ayúdame con el vestido, ¿quieres? —Livia se puso a desabrocharle los botones de la espalda, y con delicadeza le fue quitando las horquillas del cabello mientras mantenían una conversación agradable mirándose a través del espejo. Minutos después se instauró el silencio entre ellas, mientras Belinda toqueteaba las escasas joyas que tenía sobre el tocador. Joyas que le había regalado lord Belford.

—¿Lo decías en serio? —preguntó de repente.

—¿El qué? —Livia la miró, curiosa.

—Eso de que ojalá me hubiera casado con cualquier otro hombre.

Livia se dio la vuelta para tomarla de la mano. De nuevo, esa expresión neutra, que le decía que algo le sucedía.

—¿No estás contenta con la boda?

—Bueno… es un hombre muy rico.

—Asquerosamente rico —asintió Livia—, tiene dos mansiones que son diez veces más grandes que nuestra antigua casa, y aunque estemos arruinados, no puedo decir que sea pequeña. También varios inmuebles en Londres y aunque se vanagloria de ser un gran terrateniente, también sé por el capitán Hilton que ha invertido en fábricas textiles y en el ferrocarril.

—Oh sí, el ferrocarril da mucho dinero —dijo Belinda, como si fuera una experta.

—¿Te has replanteado lo de casarte con él?

—Yo… ya he tomado una decisión, y es firme —dijo muy segura—. Voy a casarme.

Livia tragó saliva.

—Bien, papá estará contento, pero también me gustaría que lo estuvieras tú.

Como si esperara esas palabras la mirada de Belinda se iluminó.

—Te prometo que seré la mujer más feliz sobre la tierra —le dijo sonriendo a través del espejo.

Livia sintió que le quitaban un peso de encima, porque, aunque su hermana fuera caprichosa, nadie tendría que casarse nunca con alguien que le resultara desagradable.

—Me alegro.

—Lord Belford es muy guapo ¿verdad?

Livia no pudo evitar su sorpresa ante la pregunta, ni tampoco el rubor que cubrió sus mejillas.

—¿Me lo preguntas de verdad?

—¿A ti no te lo parece?

Reaccionó a la absurda idea que se le acababa de pasar por la cabeza.

—¡Por Dios! ¡No! —Lo dijo sin pensar, porque si algo hacía latir el corazón de Livia y arder sus entrañas, era la animadversión que sentía hacia Robert Belford—. Bueno, quiero decir…

—Es guapo —sentenció Belinda, y se burló de su hermana por resistirse a decirlo—. Sin duda me casaría con él si no fuera…

Livia la miró a los ojos, sobresaltada por aquellas palabras.

—¿No vas a casarte con él?

—Oh, sí, sí. Por supuesto, lo que quería decir, es que me casaría con él, aunque no fuera tan rico, solo porque es guapo. Tener un esposo tan apuesto puede abrirle a una, muchas puertas.

Livia aceptó la explicación, aunque no coincidía con ella en absoluto. A una mujer se le debía dar la oportunidad de valerse por sí misma, independientemente de si su marido era guapo o no.

Le soltó el vestido que se abrochaba por detrás.

Eso de estar sin sus doncellas había hecho que las hermanas compartieran el ritual de irse a la cama. Esa noche, Belinda estaba especialmente extraña, pero lo achacó a los nervios por la boda. Sin duda los preparativos con la suegra que le había tocado, debían ser un auténtico suplicio.

Belinda parloteó un rato más sobre vestidos y telas, Livia fingía escucharla. Cuando se dirigió hacia el armario para colgar el vestido de su hermana, Belinda saltó con un grito.

—¡No!

—¿Qué ocurre? —preguntó confusa al ver que se interponía entre ella y la puerta del armario.

—Es que está muy desordenado.

Livia puso los ojos en blanco.

—Pero si esta misma semana te ayudé a ordenar los vestidos.

—Sí, pero ya sabes como soy, me los volví a poner… Te prometo que mañana lo arreglaré todo.

Livia aceptó la explicación, aunque seguía sin entender su extraño comportamiento.

—Estás muy rara últimamente —le dijo Livia, escrutadora.

—Es que… te escucho hablar sobre tus ideas y… tantas cosas que no entiendo —le sonrió como si de pronto se sintiera como una niña—. Somos muy diferentes.

—No te lo discuto.

—Sí ¿verdad? —dijo Belinda agarrándose a su mano—. Pero… de ti he aprendido a que una mujer, no solo puede ser un bonito florero. Sino que puede tener opinión propia y seguir los dictados de su corazón.

Livia abrió la boca. Su sorpresa era mayúscula.

—¿A qué viene eso?

Belinda no contestó. Negó con la cabeza con los ojos vidriosos.

—Belinda, a veces no te entiendo en absoluto.

Como respuesta, su hermana se inclinó para besar su mejilla y la echó de su habitación.

—Se hace tarde. Nos vemos mañana.

Livia se quedó con las manos suspendidas en el aire al ir a tomar el pomo de la puerta.

Finalmente asintió.

—Buenas noches, Belinda.

—Adiós hermanita.

Todavía extrañada por el comportamiento de Belinda, Livia entró en su habitación. No tardó en deshacerse del vestido y ponerse un sencillo camisón. Se subió a la cama y se tapó con las mantas, esperando conciliar el sueño a pesar de los sobresaltos de la noche.

Clavó la mirada en el techo y se sintió inquieta.

Casarse con Robert Belford sería un auténtico infierno, para ella, pero por fortuna, Belinda parecía conforme, o tal vez resignada. Era cierto que a veces no entendía a su hermana, ni podía imaginar que cruzaba por su mente.

—Al menos no eres tú quien debe casarse con lord insufrible —respiró hondo y su corazón latió de forma irregular.

Casarse ella con Robert… Por la cabeza se le pasó esa posibilidad y se tensó. Oh, santo cielo, eso sería espantoso. Pero luego, al cerrar los ojos, recordó la intensa mirada de lord Belford, y se le calentó el pecho.

Suspiró y apretó los párpados para borrar esos absurdos pensamientos.

—No Livia, no sigas por ahí —se reprendió.

Con un poco de suerte se replantearía dejarla sola en Londres mientras la familia hacía su vida en el campo. Aunque le entristecía que Amanda debiera enfrentarse sola a toda su familia. Suspiró. Quizás… no fuera tan desagradable vivir bajo el mismo techo que Robert y su hermana Belinda. Quizás con el tiempo dejaran de verse, o lo hicieran en escasas ocasiones, tal vez solo en Navidad. Sí, eso sucedería, no había de qué preocuparse. Podría sobrevivir a ello.

Y con esos pensamientos dando vueltas por su cabeza, la noche avanzó y sin darse cuenta, se quedó dormida.

Nada le hizo sospechar, que aquella misma noche, una figura femenina saldría de su habitación para recorrer la casa a oscuras, despidiéndose de cada rincón para no regresar.

Belinda Withman subiría a un lujoso carruaje, con una maleta de mano y envuelta en una gruesa capa, para no regresar jamás. Pues su hermana Livia le había enseñado que una mujer podía tener pensamientos propios, perseguir sus sueños y seguir a su corazón.

Y ciertamente, ni sus sueños, ni su corazón estaban junto a Robert Belford. Por el contrario, sí estaban junto al guapo y rico norteamericano, Jack Bawell, que aquella misma noche la esperaba para marchar rumbo a Nueva York.

Capítulo 16

Cuando Livia se levantó aquella mañana, no sospechó absolutamente nada.

A diferencia de ella, a su hermana Belinda le encantaba dormir hasta tarde. En ausencia de servidumbre que le trajera el desayuno a la cama, prefería quedarse sin comer a tener que descender hasta la sala del desayuno a las siete de la mañana.

Por eso, cuando Livia terminó de desayunar y se puso a zurcir algunas prendas junto a la ventana, no le extrañó la ausencia de Belinda. Sin embargo, cuando a las nueve de esa misma mañana, el carruaje de los Belford se detuvo frente a la puerta de la casa, Livia se puso de pie de inmediato.

¿Habría quedado su hermana con lady Marianne para ir a pasear? ¿Para comprar una nueva vajilla, tal vez? ¿O un nuevo sombrero? Parpadeó confusa, y su corazón dio un vuelco, esperando que no se tratara de lord Belford, portando malas noticias sobre Frederick Knigth.

Se puso en pie de inmediato y fue a avisar a Belinda, mientras le abrían la puerta.

Livia subió deprisa los escalones hacia la planta de los dormitorios, le dijo a su fiel mayordomo que entretuviera a su invitada. Le diría a Belinda que se diera prisa, la regañaría y ella seguiría tomándose su tiempo para escoger su vestido de paseo…

No pudo hacer ninguna de aquellas cosas que tenía en mente, pues al abrir la puerta de su dormitorio, simplemente su hermana había desaparecido.

—Belinda…

Cuando descorrió las cortinas para que la luz de la mañana inundara la habitación y así cerciorarse de que realmente sus ojos no la engañaban, se encontró que la cama no había sido deshecha la noche anterior. La extrañeza y también el miedo la embargaron. ¿Cómo era posible? Ella misma la había ayudado a quitarse su atuendo y…

—No.

Un sudor frío le recorrió la espalda cuando se precipitó contra el armario y vio que estaba vacío.

—¿Qué demonios…? —De pronto, cayó en la cuenta de que Belinda no le dio las buenas noches, le dijo adiós—. Adiós

Se llevó las manos a los labios para ahogar un grito. Su mentón empezó a temblar. No era posible.

¡No! No, no, aquello no estaba pasando.

Miró de nuevo el armario vacío, con un sudor frío recorriéndole la espalda. El ajuar, los vestidos que lord Belford había mandado hacer para Belinda… todo había desaparecido. ¿Cómo era posible que hubieran sacado un arcón entero sin que ella se diera cuenta? ¿Desde cuándo estaba planeando su huida? Porque a Livia ya no le quedaba ninguna duda. Belinda había huido.

Cerró los ojos y tragó saliva.

Tuvo que apoyarse en el tocador para no caer de bruces.

¿Qué iban a hacer? ¡Y lord Belford esperando abajo! O quizás fuera lady Marianne… no sabía cual era la opción más desagradable.

—Piensa, Livia.

Eso es lo que debía hacer. Necesitaba pensar con rapidez.

—Belinda está enferma —se dijo para sí misma—, eso es. Eso diré.

Debía ganar tiempo hasta que su padre la encontrara.

Bajó las escaleras con toda la calma que pudo reunir. Al vislumbrar el recibidor, pudo cerciorarse de que quien esperaba ahí, era el lacayo de lady Marianne.

—Mi lady espera a la señorita Belinda para ir a hablar con la florista —informó, con ceremonia.

—Por supuesto —bajó el último escalón y se quedó junto al mayordomo que, gracias a Dios, permanecía con su estoica expresión. Lo miró con calma—, desgraciadamente mi hermana se encuentra muy indispuesta. —La cara del lacayo fue de preocupación.

—¿Quiere que solicite la presencia del doctor? —preguntó el lacayo con ánimo de ayudar.

—No, ya ha estado aquí a primera hora de la mañana. —Livia vio como el mayordomo de los Whitman torció ligeramente el gesto—. Es algo leve, pero puede ser contagioso. Informe a lady Belford, que la visita a la florista deberá esperar. Yo misma la informaré esta misma tarde de la evolución de la señorita Belinda.

—Por supuesto —como si no esperara que añadiera nada más, el lacayo se inclinó a modo de despedida.

Cuando cerró la puerta, ni siquiera fue capaz de alzar la mirada hacia el hombre que parecía interrogarla en silencio.

—Por favor, no pregunte. —Livia se llevó una mano a la cabeza y otro al estómago, iba a vomitar. No era posible que eso le estuviera pasando a la familia.

Se quedó mirando la puerta, temiendo que lady Belford descendiera del carruaje en cualquier momento y exigiera ver a su hermana.

—No deje entrar a nadie. Di que es algo contagioso —le dijo al mayordomo. Este asintió, sabiendo exactamente que quería decir—. ¿Se ha marchado mi padre?

Antes de que pudiera contestar la voz de lord Belford llegó desde su espalda.

—¿Qué ocurre?

Al darse la vuelta, lord Withman frenó en seco en uno de los escalones. Livia se descompuso mientras sus lágrimas caían a borbotones por su rostro.

—Es Belinda. —Respiró hondo un par de veces hasta que su padre la apremió.

—¿Vas a responder qué demonios ocurre, Livia?

Livia siguió llorando en silencio, hasta que sacó fuerzas para responderle.

—Creo que Belinda, se ha fugado.

***

Livia lloró todo el tiempo que su cuerpo lo resistió, algo mejor que lo que hizo su padre, que fue echarse a la bebida. Durante tres días, se quedaron encerrados en casa. A la chismosa cocinera, el señor Withman le prohibió salir, sin embargo, al mayordomo lo envió a hacer sus averiguaciones.

No fue durante el último de esos tres días que llegó con noticias nefastas. Jack Bawell, había zapado con su nueva esposa, a la que un viejo marinero describió a la perfección: hermosa, tirabuzones rubios, ojos azules y un pronunciado hoyuelo en la mejilla derecha cuando sonreía.

No había duda. Se trataba de Belinda.

Al cuarto día, ya no había posibilidad alguna de que el chisme no llegara a oídos de toda la alta sociedad.

El ambiente de por sí lúgubre de la casa de los Withman era ahora opresivo, irrespirable. Su padre se había instalado en su despacho y se dispuso a arrasar con todas las botellas de licor que aún quedaban en casa.

—¿Qué vamos a hacer? —su padre, desesperado, estaba demasiado borracho como para intentar buscar una solución.

—Padre… —Livia intentó consolarle, pero ambos sabían que no había consuelo posible.

—Estamos acabados —lloró William Withman—. No saldremos de esta.

Ver a su padre tan hundido la dejó sin aliento. Pero lo peor estaba por llegar.

Supieron exactamente cuando fue que la noticia se había esparcido por todo Londres, como si se tratara de las aguas de un rio caudaloso. La evidencia fue que sus acreedores se instalaron en su puerta.

La novia se había fugado, ya no habría dinero de lord Belford para saldar sus deudas.

A pesar del escándalo durante esa trágica mañana, Livia no pensó jamás que todo se precipitara, llegando la más absoluta devastación en cuestión de horas.

—Lord Whitman, debe acompañarnos —cuando fueron en su busca para llevarlo a la cárcel de deudores, su padre no se resistió.

Lo sacaron de la casa a rastras, entre cuatro hombres y lo metieron en el carro a la vista de todos los vecinos. Livia se quedó allí, en el último peldaño de la escalera, conteniendo las lágrimas y con la barbilla en alto.

Lo ocurrido era una tragedia, pero ya no le quedaban más lágrimas que derramar.

Vio la compasión y también la burla en las caras de sus vecinos, pero cuando su mirada se posó en el otro lado de la calle, ese semblante imperturbable, y aquellos ojos azules y fríos, sin compasión, fueron lo que más le dolió.

Lord Belford había ido para saber si los rumores eran ciertos. Pero… no hizo falta intercambiar palabras.

Lo eran.

Había sido traicionado y humillado públicamente. No movería ni un dedo por la familia de su antigua prometida.

Robert se mantuvo firme mientras se sometía al escrutinio de los vecinos, que no solo miraban con desaprobación a lord Withman, sino que lo miraban a él con lástima. Se vio forzado a mantenerse firme e impasible ante la escena que veían sus ojos.

Había acudido allí sin saber muy bien porqué. Ya sabía a ciencia cierta que William Withman había sido detenido por sus deudas y que la señorita Belinda estaba rumbo a Nueva York con su nuevo esposo, un nuevo rico del otro lado del Atlántico. Por lo tanto no hacía falta confirmar nada, solo disfrutar de la humillación que suponía haber sudo abandonado. Y a pesar de todo ello, nada lo humillaba más que ver a esa mujer, parada bajo el dintel de su puerta. La señorita Withman, lo miraba con toda la rabia que solo él tenía derecho a sentir, con los dientes apretados y el mentón alzado como si todo fuera culpa suya y no de ellos. ¿A caso esperaba que le tendiera la mano? Ese solo pensamiento hizo que le hirviera la sangre.

Robert Belford, golpeó el suelo con su bastón para provocar una reacción en Livia Withman que no llegó. Minutos después y tras tocarse el ala del sombrero, se dio media vuelta para no regresar nunca.

Y con la única satisfacción que era saber que jamás volvería a ver a Livia Withman.

Capítulo 17

En los siguientes días, la casa se cerró a cal y canto. Las viejas amistades de su padre, que no eran muchas, desaparecieron de la faz de la tierra. Ahora solo llamaban a la puerta acreedores furiosos, que daban voces haciendo que la calle se convirtiera en un espectáculo.

Livia se sentía perdida, pero no se animó a escribir a Rose, ni siquiera a preguntar por la salud de Frederick Knigth, suponiendo que su misiva no sería bien recibida.

Pero se equivocaba.

A poco de cumplirse el quinto día, un conocido carruaje se detuvo frente a la puerta de los Withman. Livia se asomó a la ventana y puso una mano sobre su corazón, emocionada, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

La puerta del carruaje se abrió y de él salió Maranta. Lo hizo como si la persiguiera el diablo, sin darle tiempo a su lacayo a ayudarla a bajar. Lo que no esperó Livia fue ver como su amiga se volvía para tenderle la mano a una segunda mujer.

—Oh, Rose… —se sintió emocionada y a la vez culpable de que sus amigas tuvieran que acudir a ella para saber acerca de su estado.

Rose, se movió con celeridad a pesar de que su cintura empezaba a ser voluminosa. Tanto ella como Maranta se acercaron a la puerta cogidas del brazo. Miraron la fachada antes de golpear la aldaba.

Livia anduvo sobre el suelo de madera, temerosa de que, con su amistad, pudiera perjudicar a sus amigas.

Se paró frente a la puerta de entrada. ¡Oh! ¿Qué podía decirles? Se sentía tan avergonzada… Y al mismo tiempo, agradecida por sentirse acompañada.

—Livia, abre —oyó la segura voz de Maranta.

—¡Somos nosotras! —exclamó Rose.

Livia no supo cual de las dos parecía más preocupada. Se armó de valor, y la puerta de los Withman se abrió por primera vez en varios días.

—¡Livia! —Rose, que debía estar más sentimental a causa del embarazo, fue la primera en echarse en sus brazos—. Mi pobre, Livia.

—Pasad —sonrió con tristeza, pero se dejó abrazar antes de decir—, los vecinos ya han tenido suficiente espectáculo estos días.

Una hora después, y con una gran vergüenza, las tres mujeres hablaron frente a la chimenea de la cocina, la única que permanecía encendida de toda la casa.

—He tenido que despedir a la cocinera, y nuestro viejo mayordomo se queda conmigo hasta que confisquen la propiedad. Las tierras están atadas al título, pero dudo que nos de para vivir, desde luego no para sacar a mi padre de la cárcel. —Se sintió orgullosa de sí misma al poder hablar sin romper en llanto.

Al entrar en la casa, Maranta ya se dio cuenta que los acreedores pasaron por allí. La escasez de muebles era prueba de ello. La casa estaba completamente vacía, solo había algunas sillas desparejadas y viejas, que a nadie podían interesar, y era justo donde estaban sentadas. Maranta cerró los ojos sin querer ni imaginarse si su amiga tendría un colchón sobre el que dormir. Parecía haberse vendido todo lo que se podía vender en aquella casa.

—No sabes cuanto lo siento —dijo Rose apretando sus manos frías para consolarla.

Ella asintió agradecida, pero sabía que no había nada que pudieran hacer.

—Tranquila, no estás sola —Maranta le acarició el brazo.

—He ido a visitar a mi padre a la cárcel, pero al parecer, no se ha comportado debidamente, y está aislado. El guardia me prohibió la entrada. No dejan pasar a mujeres solas, y yo… no sabía a quien acudir.

—Se lo diré a Lyonel —dijo Rose de inmediato. Maranta también asintió, y se sintió mal por no poder ofrecerle lo mismo, pero sí podía ofrecerle otra cosa.

—Vente a casa conmigo, no debes quedarte aquí sola.

—Maranta, no podría…

—Necesito compañía.

Rose las miró a ambas.

—Yo la necesito más —dijo Rose—. Frederick está mejor.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Livia con alivio—. No sabes cuanto me alegra. En verdad estaba muy preocupada, pero no quería escribirte por sí… —agachó la mirada y Rose le empujó la barbilla hacia arriba para que volviera a mirarle a la cara.

—No estás sola, nos tienes a nosotras. Nos necesitas y yo te necesito más. ¿Vendrás conmigo?

—Si es por ser útil, puedo cuidar de Frederick, tengo algunos conocimientos de enfermería…

—No te quiero como criada, sino como mi amiga —suspiró Rose—. Además, Frederick solo necesita descansar y recuperarse. Ahora que está algo mejor, nos marchamos a Rosewood House. Allí lo cuidaremos mejor, y estaré tranquila hasta que dé a luz. Pero no puedo hacerlo sola. ¡Oh! ¡Livia! Ven conmigo.

—Pero mi padre… —negó con la cabeza—. No puedo abandonarle.

—Intentaremos ayudarle, pero… debes preocuparte por ti. —Maranta la miró de arriba abajo —. Te estás consumiendo. Seguro que no has comido en días.

No quería reconocerlo, pero así era.

Rose se quedó junto al fuego, mientras Maranta se levantó decidida a preparar una sopa con lo poco que encontró en la cocina.

El silencio era pesado, pero las miradas entre Rose y Maranta, eran de complicidad, debían ayudar a su amiga, como fuera.

—No dejo de pensar en lo último que me dijo Belinda.

Rose le apretó la mano y la animó a hablar.

—¿Qué dijo? —preguntó Maranta mientras removía la comida.

—Que de mí había aprendido que las mujeres pueden tener opinión propia y seguir sus sueños. —Livia alzó la mirada y sus dos amigas se revolvieron algo incómodas. No pudo menos que notar que habían comprendido lo que Belinda quería decir—. Así es, todo es culpa mía.

—¡No digas eso! —exclamó Rose.

—Pero es verdad.

—¡Por favor! —se quejó Maranta—. ¿Nos sentiremos culpables hasta de poder decidir nuestro destino?

—Pero… —le tembló la voz de tal forma que tuvo que esperar para poder continuar hablando —. Yo y mis estúpidas ideas la empujaron a perseguir sus sueños. Y sus sueños estaban en otra parte, muy lejos de lord Belford, y mucho más cerca de…

—Jack Bawell.

Las dos se quedaron mirando a Maranta.

—¿Lo sabías? —preguntó Livia, incrédula.

—Lo sospechaba —respondió, a tiempo que cortaba una cebolla para la sopa.

Maranta era una mujer extraña, con su ropa lujosa, diestra en todo lo que hacía, incluso si esto era cualquier actividad más propia de una sirvienta.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no siempre lo que creo saber es cierto. Ya aprenderás que es mejor no lanzar acusaciones sin tener pruebas. Y la verdad, es que el hecho de que los ojos de tu hermana se iluminaran ante la riqueza y buen porte de Bawell, no era prueba suficiente.

—Entiendo.

—He estado de viaje —les dijo Maranta—, solo al volver, me enteré por un conocido del puerto que el señor Bawell había zarpado hacía pocos días con su nueva esposa. La ceremonia había sido muy íntima, y se desconocía la identidad de la chica, pero muchos aseguraron que era noble. Solo era cuestión de tiempo averiguar quién era.

—Y entonces lo supiste.

—Sumé, dos más dos —le sonrió Maranta, con cierta tristeza—. Me di cuenta en la fiesta como su hoyuelo era más pronunciado que nunca mientras bailaba con el Jack Bawell. Sonreía de verdad.

—Sí, yo también llegué a pensar que si no se casaba con lord Belford, a lo mejor a Belinda le hubiera gustado alguien como Bawell. Pero… —Livia se echó a llorar, y se odió por ser tan débil —. Pero no entiendo por qué no me lo dijo, ¿por qué casarse con Bawell tan precipitadamente? Y dejar a padre sin opciones de…

Rose y Maranta se volvieron a mirar.

—Creo… —la que habló fue su amiga, que después de echar los últimos ingredientes a la olla hirviendo, se sentó a su lado—, y tú también debes haberlo pensado, que vuestro padre era una carga demasiado pesada para ella. No quiero decir que tenga lo que se merece, porque es tu padre y a ti te quiero. Pero sacrificar a una hija por su mala cabeza, no puede parecerte bien.

Ahora a la humillación, Livia sumó remordimiento, porque lo que decía Maranta era verdad.

—Tienes razón, padre no le habría permitido romper el compromiso, demasiadas deudas.

—Tienes a tu padre en un pedestal, Livia. Pero esto se lo ha buscado él solito.

Livia apretó los labios, Maranta siempre era tan directa.

—En el fondo se que tienes razón, pero quizás podría haberle hablado a padre de Bawell, también es muy rico.

—Desde luego, pero no creo que tan generoso como Robert Belford.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rose a Maranta.

—Al parecer llegaron a un acuerdo económico. Robert pagaría todas las deudas de tu padre, e incluso le ofreció ayuda para poner en marcha de nuevo sus tierras y que estas generaran ingresos.

—Sabía que había accedido a pagar sus deudas, pero… —Quizás había juzgado demasiado mal a lord Belford.

—No todos los hombres son tan generosos. Si Belinda no se arriesgó a contarle a tu padre sobre el compromiso, era para no ponerlo sobre aviso. Era muy poco probable que Bawell no se negara a afrontar las deudas.

—Nunca lo sabremos ¿verdad?

—O quizás te escriba más adelante —dijo Rose que siempre pensaba bien de las personas.

Pero en ese momento Livia negó con la cabeza.

—No lo hará —aseguró derrotada.

Un segundo después, de su bolsillo sacó una carta arrugada, el papel se había vuelto muy fino, quizás de tanto leerla, quizás por quedar empapada de las lágrimas que Livia había derramado por Belinda y su padre.

—Tómala —le ofreció a Maranta—, no me importa que la leas.

Maranta miró a Rose y empezó a leer en voz alta.

Querida Livia,

Cuando leas esto yo ya estaré lejos de aquí. Me marcho con el señor Bawell, a estas alturas, mi marido. No temas por mí, es gentil y bueno, y tiene mucho dinero. No tanto como lord Belford, pero sin duda su buen carácter lo compensa. Ya no tendré que casarme con Robert, tal y como tú querías. Seguro que padre está decepcionado, pero ya sabrás consolarlo.

Empieza mi nueva vida lejos de Londres. Nueva York promete ser una ciudad maravillosa. Ahora podré permitirme todo lo que quiera. Ya ves que no te mentí, me caso con un hombre adinerado. ¿Te acuerdas de ese velo de encaje que tanto quería y que lady Marianne no quiso comprarme para la boda? ¡Pues ya es mío! Lo tuve el mismo día que se lo pedí a mi amor.

¡Soy tan feliz! Tan feliz que puedo ser generosa deseándote que tú seas igual de feliz, quizás en un futuro no muy lejano.

He estado pensando que tal vez puedas casarte tú con lord Belford. Os estuve observando en la cena de los Knigth. Tantos sentimientos a flor de piel, quizás quieran decir algo. Y, al fin y al cabo, tú siempre has sido feliz cuando has logrado contentar a papá. Casarte con Robert le haría feliz, y puede que a ti también con el tiempo.

Ahora me estoy riendo, porque a pesar de tus ideales sobre igualdad y sentirte una mujer incapaz de someterte a un hombre, estoy segura que si lord Belford lograra superar la animadversión que siente por ti, serías la primera en claudicar. Admite querida hermana, que en el fondo sabes lo hipócrita que eres.

Pero no te preocupes, no os guardo ningún rencor por haberme querido vender a un hombre que no amo. De hecho, por ti solo siento gratitud. Te escuchaba, no siempre, pero sí a veces. Las mujeres también tenemos derecho a decidir, a no estar de acuerdo con el cabeza de familia, a luchar por nuestra felicidad. Pues eso hago, todo gracias a ti. Seguro que estás muy orgullosa.

No creo que volvamos a vernos, pero quiero que sepáis que os perdono.

Seré muy feliz.

Tu hermana, Belinda.

Rose se llevó las manos a la cara, horrorizada por la falta de tacto de Belinda.

—¡Está loca! —Maranta soltó una risa seca, despectiva e incrédula.

—¿Os perdona? —dijo Rose, incrédula.

Livia se hundió más en la silla, y miró las llamas del hogar mientras lloraba en silencio.

—No encontré la carta hasta dos días después, se había caído bajo la cama. Y fue una suerte, porque si llego a verla el primer día, me arrojo por la ventana.

—No digas eso —dijo Rose, tomándola de la mano.

—Pues no sé qué más decir —rio entre lágrimas y llena de incredulidad—. Y dice que me perdona y espera que sea feliz —se llevó los dedos a la sien como si el dolor de cabeza empezara a ser insoportable—. Y no sé qué me perturba más, que yo le pusiera esas ideas en la cabeza, o que piense que yo podría ocupar su lugar junto a lord Belford.

Sus amigas también se miraron, esta vez haciendo una mueca que ella no advirtió.

—Se ha ido y me ha dejado sola —continuó diciendo, Livia—. Lidiando con los problemas de papá, y dejando nuestro apellido por el fango.

Maranta la vio tan abatida que preguntó:

—¿Puedo ofrecerte mi ayuda financiera?

Livia empezó a llorar de nuevo.

—Sabes que jamás la aceptaría —luego sonrió, sorbiéndose la nariz—. Además, no creo que seas tan rica.

Dejó entrever la rabia que sentía por el problema de juego que tenía su padre.

—¿Tanto debe? —preguntó Rose.

Livia soltó la cantidad y esa fortuna escandalizó a Maranta.

—No tengo tanto dinero, Livia.

—Conozco a muy poca gente que pueda prescindir de él sin despeinarse.

Por supuesto que las tres sabía a quien se refería. Robert Belford podía desembolsar esa cantidad y el triple. Pero ya no lo haría. Su hermana se había ido y su padre se pudriría en la cárcel a pesar de su título.

—Sí, ahora veo cuan ventajoso debió ser el compromiso, y la felicidad de tu padre —dijo Maranta pensativa.

—Y yo cuan presionada debió sentirse mi hermana —la excusó Livia, suspirando—. Pero también he visto la desesperación de mi padre. Temo que cometa una locura.

Maranta se guardó mucho de decir lo que pensaba. Ese hombre no le daba la menor lástima. Se levantó y sirvió la sopa en un cuenco.

—Tomate esto, y después… veremos como ayudarte.

Antes de tomar la sopa, Livia se aferró a sus amigas, agradecida por su compañía y lealtad.

Puede que, a pesar de sus buenas intenciones, no pudieran ayudarla, pero… estaban allí, y eso valía más que todo.

—Gracias.

***

Una semana después, Robert galopaba desquiciado por las vastas tierras de sus propiedades. El cielo estaba totalmente cubierto por una nube de plata y su purasangre oscuro, como en esos momentos sentía su propia alma, pateaba el suelo a cada tranco, mientras el barro salía despedido, impulsado por los poderosos cascos.

La opulenta mansión, forrada de mármol, ricos tapices y cuadros, había quedado atrás y el viento le golpeaba en el rostro que, junto a la suave llovizna, hacía que el frío le sajara la piel y lo calara hasta los huesos.

Dudaba que en todo Londres hubiera un hombre que inspirara más compasión que él en esos momentos. Pero no sentía dolor. Sólo podía sentir rabia, frustración, una tremenda ira que iba consumiéndolo.

Sí, se corrigió, al tiempo que golpeaba los flancos del negro semental, estaba dolido. Sentía… ¡La más profunda humillación!

Los Withman se habían burlado de él, cada uno de ellos. El padre que de caballero solo tenía el nombre, su prometida, egoísta e infantil que no había mesurado las consecuencias de sus actos, o…

—¡Livia!

Se inclinó hacia delante para saltar uno de los setos que delimitaban la finca y siguió cabalgando como si quisiera huir de sus propios sentimientos, aún sabiendo que era imposible.

¿Qué demonios había hecho mal? Se había desvivido en complacer a su prometida. La había agasajado con las más costosas joyas, habría cubierto de oro toda su piel, de haber podido. Los vestidos más bellos de Londres y las más fastuosas fiestas, sólo para ella. Había estado dispuesto a pagar la deuda de su padre, ¡por amor de Dios! ¿Qué más se le podía pedir?

—Eres un estúpido, el hazmerreír de todo Londres —mientras soltaba esas palabras entre dientes, sabía quien de todos sus habitantes se reiría con más fuerza. Porque sí, lord Withman estaba en la cárcel, pero a pesar de ello… Livia se había salido con la suya.

No había dudado ni por un solo momento que esa mujer había envenenado la cabeza de su hermana, azuzándola para hacer su voluntad a espaldas de lo pactado entre él y su padre. Una mujer tiene derecho a elegir su camino. Y Belinda había decidido huir con Jack Bawell, pero quien le había abierto los ojos a esa posibilidad, la causante de todo, era Livia Withman.

Por supuesto que no amaba a esa mujer, pero habría intentado hacerla feliz. A pesar de su estúpido progenitor, a pesar de que con ello tuviera que convertir a la insoportable mujer en su cuñada.

—Oh, pero no desaparecerás tan fácilmente de mi vida —sonrió, como un diablo desquiciado.

Si algo le dolía más que nada, era recordar el altivo rostro de Livia Withman. Cuando la vio, apostada frente a su casa, con estoicidad, mientras se llevaban preso a su padre, la miró con cierta incredulidad, pero a la vez con admiración por su entereza.

Se había salido con la suya, y no le daba miedo demostrar su complacencia.

Recordó esos ojos, grandes y vivos, de largas pestañas negras e iris brillantes a causa de las lágrimas derramadas. Ante él la visión era nítida. El bello rostro, orgulloso, su cuerpo tenso con puños apretados.

La rabia lo cegaba.

El semental descendió el ritmo de la carrera y empezó a resoplar. Robert supo que debía regresar a la casa de campo si no quería reventarlo. El animal no tenía por qué pagar su mal humor. Lo puso al trote, volvió grupas, e inició el camino de regreso mientras su mente no dejaba de rumiar sobre su venganza.

Porque habría una.

Una venganza que provocaría tal escándalo que cubrirían cualquier comentario sobre la huida de su prometida. Nadie volvería a mencionar ese hecho, sino querían enfrentarse a su ira. Y dudaba que hubiera en toda Inglaterra alguien tan valiente.

Vio la palaciega propiedad. Las columnas se alzaban majestuosas, la casa hubiera sido codiciada por cualquier dama y sin embargo Belinda había preferido marcharse a un nuevo mundo, incierto y lejos de todo lo conocido, acicateada por su hermana.

Uno de los mozos de cuadras se apresuró a coger las riendas del animal cuando este se detuvo frente a la entrada principal.

—Señor.

Robert no respondió. Tras desmontar, caminó hacia la puerta. Allí, el mayordomo se acercó para recoger su abrigo. Pero también tuvo el poco acierto de hablar a su señor:

—Lord Belford, su madre, lady Mariane…

—¡Ahora no, August! —bramó desquiciado, sin importarle que el barro manchara la alfombra del recibidor.

Subió las escaleras con premura y entró en su despacho. Lo último que necesitaba era oír los constantes lloriqueos de su madre.

Estaba empapado y ni el calor de la chimenea, que calentaba la estancia, lo alivió.

Se sirvió un vaso de wiski y se dejó caer en su sillón. Ulises, su viejo perro de caza que gustaba templarse junto al fuego, se acercó moviendo el rabo. Robert lo acarició sin demasiado entusiasmo, pero eso fue suficiente para el animal

—Ojalá las personas fueran tan leales como tú, Ulises.

Como si lo hubiera entendido, su húmedo hocico buscó su mano, antes de echarse de nuevo sobre la alfombra.

Afuera ya se dejaban oír los truenos y Robert agradeció que el sabueso padeciera de sordera.

Cerró los ojos mientras el líquido ambarino le quemaba la garganta. Se sentía peor que un perro callejero. Abandonado, desechado, sólo.

Se preguntó si Livia Withman se sentiría mal por humillarlo de aquella manera. Tal vez fueran más parecidos de lo que había creído.

Se enfureció de nuevo al pensar que, en lugar de estar mal por la humillación que le había causado Belinda Withman, se preocupaba por cómo se sentía su hermana. Esa mujer era peor que un demonio. Si no podía arrancársela de la cabeza quizás era hora de empezar a pensar en como devolverle el golpe y que pagara por todo lo que le había hecho.

Capítulo 18

Después de varias semanas, Livia podía decir abiertamente, que no había pareja más generosa que los Knigth. A pesar de sus reticencias a marcharse de Londres, el coronel Knigth le había prometido a Livia que su padre estaría bien cuidado, y que encontrarían una manera de ayudarle. De igual forma, su padre estaba tan avergonzado, que le había prohibido ir a visitarle a prisión, por lo que, con el paso de los días, a Livia no le había quedado otra opción que aceptar la caridad de los Knigth.

Cuando la casa fue confiscada, no tuvo a donde ir, pero al llegar a Rosewood House, se dio cuenta de que no se sentía una extraña. Rose estaba verdaderamente encantada de su compañía, y Maranta le había prometido que cuando sus compromisos se lo permitieran, iría a visitarlas.

Lo único que inquietaba a Livia, era que la casa de lord Belford estaba a solo unas pocas millas de allí. Si subía la loma cercana podía observar con total claridad la esplendorosa mansión.

Sentía un nudo en la garganta. No podía olvidar su rostro cuando se llevaron a su padre. Si había malinterpretado su expresión pétrea, lo lamentaba. Ahora veía claramente lo que debía estar sufriendo un hombre tan orgulloso como él. Al igual que ella, se había marchado de Londres con su madre y Amanda, con quien no había tenido el valor de hablar. Probablemente todos huían de lo mismo, las lenguas afiladas y las miradas burlonas.

Una mañana en la que el sol lucía tras disiparse la lluvia, Rose miró a su amiga a través de la ventana. Una sonrisa amable se dibujó en su rostro, al verla contemplar sus hermosos rosales. Miró a su marido por encima del hombro antes de hablarle.

—Cada día parece más animada, ¿no crees?

El coronel Knigth dejó de leer el periódico recién planchado y se quedó observando a su esposa, pensativo.

—No envidio su porvenir —dijo, con cierta preocupación.

Rose se volvió hacia Lyonel y fue a su encuentro.

Estaban solos en la biblioteca, así que no tuvo ningún reparo en echarse en sus brazos. A pesar de que sus movimientos cada día se volvían más limitados, por su incipiente barriga, Lyonel la abrazó con extremada delicadeza y amor.

—Pero vamos a ayudarla, ¿verdad? —lo miró con ojos suplicantes, y él no pudo negarse, aunque tampoco es que tuviera intención de ello.

El coronel asintió, sabía a lo que se refería su esposa. Habían hablado del tema largo y tendido, y él no se habría animado a planear lo que habían planeado si no tuviera la esperanza de ayudar a la señorita Withman y… a su amigo.

—La ayudaremos en lo que podamos —le besó la frente y ella apoyó la cabeza, bajo su barbilla—. Livia es encantadora, y está siendo toda una ayuda con Frederick en estos momentos. Al menos él parece estar de buen humor cuando le lee el periódico. Y para mí también es un gran apoyo, cada día estoy más limitada de movimientos, y me alegra tenerla cerca ahora que tía Margaret está de viaje en España.

—Algo que no entiendo —refunfuñó Lyonel.

—Pero si la animaste tú, hablándole del buen clima que hacía en el sur.

—No te preocupes —Lyonel la abrazó con más fuerza, sonriendo con todo el amor que sentía —, estará aquí para la llegada del bebé.

—Gracias, amor mío —respondió Rose.

—Me alegro de que Livia esté aquí para acompañarte, por mi parte no tienes que preocuparte, será bienvenida el tiempo que quiera.

No se merecía un marido tan bueno. Sonrió contra su pecho y suspiró aliviada.

—¿Y crees que nuestro plan funcionará?

Lyonel puso los ojos en blanco.

—En absoluto, pero no te quedarás tranquila hasta que lo intentes.

Ella se revolvió sobre su regazo.

—¿De verdad crees que nuestros amigos no podrán estar jamás en la misma habitación?

Lyonel hubiera jurado que no, pero un par de comentarios maliciosos de Anthony, le habían hecho dudar. Podría ser que Robert no odiara tanto a Livia como parecía.

—Quiero ayudarla. Aunque ella diga que las mujeres deberíamos valernos por nosotras mismas, lo cierto es que, en los tiempos que corren, eso no es posible.

—Entiendo que quieras buscarle estabilidad a tu amiga, pero…

—Pero no crees que esa estabilidad venga de parte de Robert.

—¡Por supuesto que no! —exclamó totalmente incrédulo por las ocurrencias de su mujer—. Robert y Livia se odian.

Rose chasqueó la lengua, escéptica.

—¡Eso dicen! Pero… he hablado con Anthony, y con Maranta. ¿Has conocido dos personas más suspicaces? Saben leer entre líneas.

—Ese es el único motivo por el que he accedido a invitar a Robert a cenar. Puede que no me tire el plato a la cara al darse cuenta de quien es nuestra invitada.

—Seguro que saldrá bien. Aunque Anthony no lo haya dicho abiertamente, creo que está seguro de que entre Robert y Livia hay algo.

—Sí, un rechazo feroz hacia sus posturas en cuanto a… ¿todo?

Rose se rio muy a su pesar, y Lyonel le dio un fugaz beso en los labios, mientras posaba su mano sobre su abultado vientre.

—Eso parece ¿no? —dijo ella pensativa—. Pero… dicen que, del odio al amor, solo hay un paso.

—En este caso es un paso de gigante. —Aseguró Lyonel—, insalvable, diría yo. ¿De verdad crees que Robert accedería a casarse con la hermana de la mujer que lo ha abandonado?, ¿quién lo ha puesto en evidencia delante de todo el mundo?

—Pero es que Livia no tiene la culpa. Es tan buena…

—A ti todo el mundo te parece bueno, Rose.

—No todo el mundo —dijo ella volviendo a cobijarse en sus brazos.

Se relajó contra el cuerpo de su esposo y él la acarició con una ternura infinita.

—Veré lo que podemos hacer para ayudarlos —dijo Lyonel besando la frente de su esposa. Ella le correspondió con una dulce sonrisa—. Pero será mejor que ocultemos que Livia ha regresado con nosotros de Londres, cuando lo invitemos a cenar.

Así lo pactaron los Knigth. Pero como se temían, poco pudieron hacer para que no sucediera una tragedia.

***

El encuentro inesperado no tardó en producirse.

Livia se levantó temprano. Aunque los Knigth eran muy amables y cariñosos con ella, su situación de desamparo la mantenía en un estado de inquietud constante. No dormía bien y apenas tenía apetito. Mantenerse ocupada era lo único que la tranquilizaba y, además, sentía que debía hacer algo por Rose. Su amiga ya no podía agacharse y, quien mejor que ella para cuidar su jardín. Los brotes que habían nacido en el invernadero necesitaban ser trasplantados. Así que se puso un vestido viejo y, tras un frugal desayuno, se puso manos a la obra. Sobra decir, que solía visitar a Frederick todos los días, pero el menor de los Knigth solía despertarse tarde, por lo que dejaba para antes de la comida el leerle algún libro de hazañas militares que parecía ser lo único que le gustaba.

Aquella mañana hacía algo de calor para la época del año en que estaban, y mientras vaciaba la tierra de los tiestos, su rostro empezó a perlarse de sudor. Era un trabajo duro, pero al menos, la distraía de sus preocupaciones.

Se secó la frente y se le manchó la cara de tierra, pero siguió removiendo la paleta y transportando las macetas de un lado a otro, encarándolas al pálido sol después de regarlas. Cuando acabó, ya era la hora del almuerzo, esperaba que Frederick le perdonara lo leerle esa mañana, lo dejaría para la tarde. No es que tuviera nada mejor que hacer.

Suspiró, puso los brazos en jarra, y observó su obra. Sonrió satisfecha y pensó que tenía el tiempo justo para asearse antes del almuerzo.

Sonreía al pensar en la cara que pondría Rose ante su obra. Lamentablemente al darse la vuelta, su sonrisa se le congeló en la cara.

—Buenos días —el tono helado de Robert Belford la dejó clavada en el sitio.

—Bue… buenos días —tragó saliva y fue incapaz de sostenerle la dura mirada.

Un relincho hizo que desviara su mirada fuera del invernadero, un hermoso semental negro parecía todo lo inquieto, que calmado estabas su dueño. Su corazón traidor empezó a palpitar y sus mejillas se encendieron. Era tanto lo que Livia sentía que no podía ponerle nombre.

Lo observó disimuladamente, pero poniendo atención. Si no hubiera sabido que era imposible, habría creído que se trataba del ángel caído. Apuesto, elegante, terrorífico, y con esa mirada azul capaz de congelar el infierno. Su cabello claro estaba pulcramente peinado, no había ni una sola cosa fuera de lugar, ya fuera su impecable traje, su pañuelo anudado al cuello con un nudo nítido, o sus relucientes botas a pesar de que el campo debía estar encharcado por las lluvias del día anterior.

Valoró la posibilidad de escabullirse, pero habría parecido un acto de cobardía.

Escuchó que lord Belford carraspeaba ante su escrutinio. Lo miró de nuevo. Altivo, vestido completamente de negro, la hizo estremecer.

—¿Qué está haciendo aquí?

El tono cortante le dejó claro a Livia que no sería una conversación amistosa.

Deseaba optar por permanecer dócil y sumisa, no le gustaba pensar en todo el sufrimiento que su familia le había causado, pero su mal carácter hacía que ponerse en su lugar fuera complicado.

No, no se dejaría intimidar. Ella no había hecho nada malo, y no demostraría ningún tipo de vergüenza, por mucho que la sintiera.

Alzó el mentón y dijo:

—Soy la invitada de los Knigth.

Robert se sintió contrariado, pero tampoco podía decir que se sorprendiera al ver a esa mujer en casa de su amigo. Ciertamente, ¿a qué otro lugar habría podido ir, aparte de a casa de Maranta Lowell? Estaba en la ruina, no tenía a dónde ir. Pobre…

Chasqueó la lengua apartando cualquier sentimiento que hiciera que aquella víbora fuera menos que la causante de sus males. Pero, aun así, sintió una fuerte presión en el pecho que se obligó a ignorar. No sentiría ni un ápice de lástima por ella, a su modo de ver, era tan culpable como su hermana Belinda.

—Así que ha aceptado la caridad de sus amigos.

Vio como ella agachó la cabeza para centrarse en sacarse los guantes de forma airada. Tenía un insulto en la punta de la lengua, pero se contuvo, quizás porque sabía lo que le convenía. Cuando volvió a mirarle, él reparó en su pelo revuelto, y la tierra que adornaba su mejilla izquierda. Y ese vestido, por amor de Dios… Era un harapo.

—Desde luego, han sido muy generosos ofreciéndome su hospitalidad.

Robert observó su orgullosa mirada y alto el mentón le daban el porte de una reina. Tal vez habría sido digna de ello, si no fuera por su odiosa familia y su terrible carácter. Y sus ideas revolucionarias que no llevaban a nada bueno.

—¿Qué le trae por aquí?

La sonrisa que dibujó lord Belford en sus labios era de absoluto desprecio.

—No creo que usted sea quien para preguntarme nada.

Livia leyó claramente el desprecio en sus ojos, pero no se amilanó. Aun así, tuvo que entrelazar los dedos para no mostrar su temblor. Tomó aire para luego expulsarlo con lentitud.

Era evidente que estaba ofendido. No podía culparle.

—Yo, lamento profundamente lo que ha sucedido con…

La risa seca la detuvo y acto seguido las duras palabras la hicieron retroceder un paso.

—¡No me haga reír! Estoy más que convencido de que se alegra —la interrumpió.

Livia parpadeó incrédula.

Estaba equivocado, por descontado. Pero… ¿y qué esperaba? No podía despedazarse el orgullo de un hombre sin consecuencias.

—No me alegro en absoluto. —Estaba siendo sincera.

—¿De veras? —dijo él acercándose más a ella.

Algunas veces había caído en la cuenta de lo alto que era Robert Belford, pero nunca estaba lo suficientemente cerca como para que esto pudiera intimidarla. Pero en esos momentos, allí, los dos solos, sin nadie alrededor… Su cercanía era algo amenazante.

Dio otro paso atrás y lo miró con enfado.

—No se acerque más.

Él se detuvo como si no hubiera caído en la cuenta de que pudiera sentirse amenazada. Pero, consciente de que era un hombre de honor y de que podía dominar sus instintos, aunque de ella se tratara.

—No tengo ninguna intención de acercarme a usted. —Y eso hizo, le dejó la distancia que necesitaba para que no lo viera como una amenaza. Pero no significaba que no sintiera verdadero rechazo hacia ella y su familia—. Y sobre lo de alegrarse o no, no me crea tan ingenuo. Sé que usted y su hermana se han burlado de mí todo lo que han podido.

—Eso no es… —Él alzó un dedo para que callara, lo que la puso hecha un basilisco y aún así

se mordió la lengua.

—Se han burlado de mí, como han querido y siempre he jugado a sus juegos.

—No es cierto.

—¿No? —rio sin ganas, ofendido hasta la médula—. Usted nunca quiso que me casara con su hermana. Y ha hecho todo lo posible para hacerla cambiar de opinión.

—¡Por el amor de Dios! ¡No es así!

—Aunque ha sido lo suficientemente astuta de huir después de que su guardarropa estuviera acabado, y del collar de esmeraldas y diamantes que le regalé.

Livia puso cara de asombro.

—¿Qué?

—¿No sabía nada de las joyas que van rumbo a América? —entrelazó ambas manos a su espalda y dio otro pequeño paso hacia ella—. Lo cierto es que me odia, señorita Withman, y verme hundido la congratula.

—¿Me cree una persona tan horrible?

—Ciertamente no la considera una buena persona.

—Se equivoca. No hice nada…

Él alzó de nuevo la mano para que no lo interrumpiera.

—Su padre, está endeudado de una manera que me avergüenza describir. Acepté todas sus condiciones, cuando es cierto que podría haber escogido cualquier otra mujer para ser mi esposa —Dio un nuevo paso hacia ella, sin darse cuenta—. Porque, aunque usted no lo crea, entre mis iguales, se me considera un buen partido.

Livia tuvo que tragarse su réplica, porque aquello era cierto. Y maldita sea, si no fuera porque habían empezado con mal pie, ella podría admitir todas sus cualidades. Pero no lo haría. No cuando esa mirada solo esperaba lo peor de ella.

—Consentí pagar sus deudas —su tono fue bajando hasta convertirse en apenas un susurro entre dientes—, cubrí de joyas y sedas a mi prometida, tal y como ella demandaba, y hasta fui lo suficientemente generoso de preguntarle a usted si necesitaba algo más que los dos vestidos que le proporcionó mi madre.

Ella frunció el ceño y después parpadeó sorprendida al darse cuenta de que así había sido. En la cena en casa de los Knigth, pero lo malinterpretó.

—Yo, lo…

—Me he dejado arrastrar por sus antojos —volvió a interrumpirla, con un siseo—, y sin embargo ¿qué he recibido a cambio? —Por supuesto era una pregunta retórica que Livia no tenía por qué contestar—. Recibí ser el hazmerreír de Londres. No hay esquina en la que no se murmure mi nombre. ¿Me lo merezco? Créame que no es plato de buen gusto.

—Lo lamento —tragó saliva, por primera vez verdaderamente compungida y dispuesta a que hubiera una tregua entre ambos.

—¡Y más que debería lamentarlo! —Apretó los dientes, furioso.

Al diablo su buen propósito de permanecer dócil.

—Yo no soy mi hermana, ni tengo la culpa de lo que ha sucedido.

—¡Yo tampoco la tengo! —Alzó la voz más de lo necesario, y Livia no pudo evitar dar un respingo.

Su actitud beligerante solo hizo que Livia recuperara su coraza y alzara el mentón.

—No tiene derecho a tratarme así —le dijo ella.

De pronto estaba demasiado cerca, puso las manos sobre el pecho del hombre y lo empujó,

pero solo sirvió para que él tomara sus muñecas y la inmovilizara.

Estaban demasiado cerca. Se miraron a los ojos, con intensidad. Livia debía reconocer que lo que él decía era cierto. Robert no tenía la culpa de haber sido engañado por su hermana. Era un hombre pedante y orgulloso, y por eso mismo sabía que donde más podían herirle era ahí, en su orgullo. ¿Qué clase de caballero no estaría resentido después de haberle puesto en evidencia públicamente?

De verdad que lo comprendía. Pero a veces su mal carácter, hacía que a Livia le resultara muy difícil sentir empatía por él.

Se inclinó más sobre ella. ¿Qué demonios le pasaba?, se reprendió Robert. Los ojos de Livia lo llamaban, como hacían siempre. De cerca podía ver pequeñas motas doradas bailando en ese iris perfecto. La mirada descendió hasta sus labios plenos, que en ese momento ella humedeció sin proponérselo. La sorpresa hizo que él entreabriera los suyos. La mirada se desplazó hasta el cuello níveo y el nacimiento de sus pechos, para volver una vez más a esa boca.

Livia estaba paralizada, sentía el calor del pecho de Robert bajo sus palmas. Un pecho duro y cálido donde latía un corazón desbocado. Su labio inferior tembló cuando su mirada voló a su firme mentón y a esos ojos que jamás le habían parecido más azules.

Jadeó confusa al notar el aliento de él en los labios.

Un poco más, solo un poco y podría sentir lo que solo se había atrevido en sus cálidos e involuntarios sueños, cuando se despertaba sobresaltada entre las sábanas.

—Usted —Robert arrastró la palabra mientras su frente se posaba sobre la de ella. Ambos con los ojos cerrados.

Livia jadeó y soltó un pequeño grito cuando él la apartó de un empujón.

—Usted es un veneno.

Ni siquiera se paró a mirarla antes de salir huyendo del invernadero. Livia se dio la vuelta para dejar de ver su ancha espalda huir de ahí, huir de ella.

Respiró con dificultad, su rostro ardía… ¡Su cuerpo ardía!

—Maldita sea…

¿Qué acababa de pasar?

Capítulo 19

El mayordomo de Lyonel anunció la llegada de lord Belford.

Rose se puso en tensión y decidió abrir la puerta de servicio y escabullirse fuera de la biblioteca. Miró a su esposo y este frunció el ceño.

—Os dejo a solas.

Con total probabilidad, se habría encontrado con Livia en el jardín, por lo que, si Robert estaba enfadado, era mejor que lo pagara con su amigo.

—Eres una cobarde —le susurró Lyonel, mientras ella le dedicaba una tímida sonrisa.

—Lo sé, pero te quiero —confesó coqueta—. Iré a ver como está Frederick y lo entretendré con mis charlas de botánica hasta la hora de la cena.

—Se sentirá fascinado —se burló Lyonel, mientras su esposa cerraba la puerta tras de sí.

La llegada de Robert no se hizo esperar. Entró sin llamar, claramente molesto. Más que molesto, se lo llevaban los demonios.

Se paró a escasos metros de Lyonel y lo fulminó con la mirada.

—Eres un miserable —dijo, fingiendo una serenidad que no sentía.

Lyonel se esforzó mucho por no soltar una carcajada, pero se compadeció de su amigo. Juntó las manos frente a su boca y las agitó pidiendo clemencia.

—Mis disculpas.

Robert resopló.

—No te perdono.

Para hacerse perdonar, Lyonel se levantó de la butaca que había estado ocupando junto a la chimenea y se acercó lo suficiente para darle un abrazo. Robert le palmeó la espalda sin demasiado entusiasmo.

—Me alegra verte.

—¿Sí? —Ahora fue Robert quien se acercó al hogar para calentarse— ¿Te alegra verme humillado?, ¿hundido en la miseria?

—Ciertamente no —le aseguró Lyonel.

—Porque es lo que me ha parecido decidir cuando he visto que has invitado a la causante de mi desgracia.

Lyonel se acercó y tomó de nuevo asiento.

—No creo que Livia Withman tenga el poder para obligar a su hermana a hacer algo que no quiera. —Robert lo miró dolido y después se centró en las llamas vivas que lamían los troncos—. Sabes que es la mejor amiga de Rose, está de visita.

—Visita de la que no he sido informado —dijo mirándolo de reojo y alzando una ceja.

—¿Hubieras venido de ser así?

Robert se quitó los guantes y tiró la fusta sobre el sofá tapizado, donde un libro escrito por una dama reposaba. Sonrió.

—Probablemente no, pero con la señorita Withman nunca se sabe lo que haré.

Lyonel lo miró interrogante.

—No sé como tomarme eso.

—Tómatelo como que bien puedo huir de ella porque no soporto su presencia, o bien puedo ir

hacia ella como un toro cabreado. En estos momentos… —pensó en lo que había estado a punto de pasar en el invernadero—. No sé que hubiera hecho.

—¿Un oporto? —preguntó Lyonel intentando quitarle hierro al asunto.

—Es demasiado pronto para beber, aunque últimamente le whisky es la bebida que mejor me sienta.

Su amigo suspiró. No le gustaba verlo tan alterado. Pero por supuesto tenía sus buenos motivos.

—¿Dónde está Rose? —le preguntó Robert, sin más— ¿Lady Knigth ha huido como un cervatillo asustadizo?

Su amigo asintió.

—No sabía de qué humor aparecerías, pero lo sospechaba. Creo que ha decidido adularte toda la comida para compensarte.

—Entonces no debo preocuparme de entablar conversación con vuestra invitada.

El coronel apretó los labios para no reír.

—¿Os habéis encontrado?

—Un encuentro desagradable, ciertamente.

—Ni siquiera yo sería tan optimista de pensar otra cosa. —Lyonel hizo una mueca, en verdad se sentía culpable, como si hubiera traicionado a su amigo. Pero no veía nada malo en intentar calmar las aguas—. Si me dejas romper una lanza en su favor…

—¿Es necesario? —preguntó Robert con una mueca hastiada.

—Un poco sí —se sentó frente a él y disfrutaron de la cálida atmósfera de la biblioteca—. Creo que eres consciente de que ella no tiene la culpa de nada.

—No apuestes por ello. Cada día me convenzo más de que sí la tiene.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lyonel, algo confuso.

—No se puede decir que la señorita Withman alentara a su hermana hacia el matrimonio.

—Si hablas sobre sus ideas de igualdad…

—¿Sus ideas revolucionarias? —se mofó—. Me preocuparía si pudieran llevarla a algún lado.

—No pensé que fueras tan cínico.

Robert chasqueó la lengua.

—No me opongo a que las mujeres estudien, pero… ¿quiere dejar a estas sin la protección de un hombre? ¿Sin su fortuna o recursos? ¡Maldita niña estúpida! —se enervó al pensar en Livia —. No sabe nada de la vida, no ha visto lo que tú y yo hemos visto. El hambre, la guerra, niños descalzos…

—Pensar que no ha visto mundo y que por lo tanto no sabe lo que le conviene y tu sí, es un poco paternalista. —Continuó cuando vio que Robert se mordía la lengua—. Muchos hombres no tienen recursos, y beben y… ciertamente, muchas mujeres estarían mejor solas que con ellos.

—Lyonel —le advirtió.

—Lo digo en serio, ¿acaso ella tiene la culpa de las deudas de su padre? Quizás si hubiera podido administrar su propio dinero, no se vería en esta situación y tú tampoco.

Robert se masajeó las sienes, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar, a pesar de que no estaba dispuesto a dejar de odiar a esa mujer.

—No he venido a discutir —finalmente Robert le sonrió, ofreciéndole una tregua—. Pero si esperas que me haga amigo de esa mujer, solo porque su padre se jugó su dote, es que estás mucho peor que ella de la cabeza.

Lyonel lo examinó con esperanza. Su actitud, su postura tensa cuando hablaban de Livia, sus

ojos desviados hacia las llamas de la chimenea como si pensara en reflexiones que no terminaban de ser de su agrado.

—¿La odias? —preguntó Lyonel a bocajarro.

—Debería.

Lyonel frunció el ceño.

—No es lo que te he preguntado.

Un pesado silencio se puso entre los dos. Robert no pudo menos que pensar en la vieja conversación que había tenido con Anthony. Era un ingenuo si pensaba que su amigo no le había comentado al coronel, algo sobre sus extraños impulsos hacia Livia.

—Estoy herido.

Y esa herida, dolía, quemaba. Desde luego, no se iba a curar fácilmente, pensó Lyonel.

Lo vio levantarse molesto e ir hacia la ventana.

—Estoy seguro de que esa burda solterona le metió sus ideas en la cabeza a Belinda.

Lyonel alzó una ceja. Livia era de todo menos una burda solterona, y Robert lo sabía, pero estaba demasiado ofuscado, así que lo dejó hablar.

—Esa estupidez del derecho de una mujer, a decidir con quien casarse o no, en contra de la voluntad de sus padres. —Se levantó y miró alrededor— ¿Dónde está ese oporto?

Lyonel se levantó y le ofreció uno.

Sin mirarle, apuró el trago y apretó los labios con fuerza para después seguir hablando desde el rencor

—Seguro que se alegra de que no tenga que casarse conmigo, pero se alegra aún más de que yo sea el hazmerreír de Londres… ¡De la maldita Gran Bretaña!

—Habla tu orgullo herido.

—Ya puedes apostar a que sí. —Se dio la vuelta y lo enfrentó—. ¿No he sacrificado suficiente? —dijo con verdadero dolor—. ¿No he renunciado yo a mis sueños, a mi carrera, a todo lo que era importante para mí?

Vio sus ojos vidriosos y Lyonel sintió una profunda lástima por él. Lo comprendía sobradamente.

—Lo lamento.

—Yo lo lamento aún más —dijo apoyando ambas manos en la repisa de la chimenea y dándole la espalda para que no viera su dolor—. Lamento que mi hermano muriera, lamento que mi madre sea tan insufrible y que solo la señorita Belinda Withman pareciera complacerla —Lyonel vio como apretaba aún más el mármol hasta que los nudillos se le volvieran blancos—. Ni siquiera con quien casarme pude elegir. ¿Y todo para qué? Mi vida se ha convertido en un absoluto desastre. Antes tenía el respeto de mis hombres, y ahora… solo vivo para complacer a los demás. ¡Y ni siquiera eso soy capaz de hacer!

—Livia no tiene la culpa, pero mucho menos la tienes tú —se apresuró a decirle Lyonel. Lo agarró del hombro y apretó con fuerza para darle consuelo—. Eres un hombre completamente válido, el mejor de los amigos, fiel y leal…

—De que me sirve esa lealtad para con los que quiero si esas personas pueden contarse con los dedos de una mano. Ya dudo de que sea un buen ejemplo para mis hermanos.

—¡Charles te adora! Eres su héroe —se quejó Lyonel—. Y Amanda, es joven, quiere volar y hacer travesuras. Madurará.

—Sí cuando se case con Chambers, o cuando él le deje claro que no piensa casarse con ella y le rompa el corazón —se sintió hundido—. No creo que los Belford hayamos nacido para

triunfar en el amor. Te envidio.

Lyonel cerró los ojos. Jamás había visto a su amigo tan hundido, y desde luego no le gustaba verlo así.

—¿Por qué no me has hablado de tus sentimientos hasta ahora?

—Porque es lo que hacen los hombres, aguantar.

—No necesariamente. Puede que no siempre os haya contado lo que pasa por mi mente o os haya abierto mi corazón, pero si os he contado lo importante. Y tú debes hacer lo mismo, no te lo guardes todo para ti. Háblame.

Respiró hondo y sopesó las palabras de su amigo. Tal vez tuviera razón y ver las cosas de otra perspectiva le daría algo de luz en esas oscuras horas.

—Lo haré, pero no será hoy.

No quería compadecerlo, pero el coronel sintió una profunda tristeza por su amigo. Él se había visto en la misma situación que Robert. Los dos habían renunciado a sus prometedoras carreras militares, porque sus prioridades habían cambiado. Lyonel tenía que ocupar de una vez por todas su título, y después de la muerte de su hermano mayor, Robert tuvo que hacer lo mismo.

Por supuesto que Lyonel lo había llevado mejor. Casarse le había dado una estabilidad y una paz que no esperaba en un principio. Rose era toda su vida, y daba gracias a Dios de que ella y su hijo que estaba a punto de nacer, no tuvieran que preguntarse si llegaría vivo a casa después de una misión. Había comprobado el sufrimiento de su esposa, al ver como Frederick se recuperaba lentamente. Por suerte su hermano siempre había sido optimista, pero el pronóstico de la pierna… no era nada halagüeño. Decidió deja de pensar en ello y se centró en su amigo.

—Hemos renunciado a mucho —reconoció Lyonel—, yo tengo el consuelo de mi esposa y mi futuro hijo. A ti te lo han arrebatado y de verdad que lo siento. Pero, cuando te duela menos el orgullo, podrás ver que todo ha sido para bien.

Robert lo miró sorprendido.

—¿En qué sentido? —De verdad, no comprendía.

—Nunca vi que Belinda fuera para ti —reveló Lyonel con total sinceridad—. Demasiado caprichosa y voluble. No nos equivocamos en ese aspecto. No era para ti. Hubierais sido muy desgraciados.

Robert frunció el ceño.

—¿No os equivocasteis? —preguntó, tanteando—. Por qué será que no creo que hables de ti y tu esposa. ¿A caso Anthony te ha dicho algo?

Lyonel apartó la mirada demasiado rápido y Robert cerró los ojos antes de estallar.

—¡Mataré a Anthony! —bramó— ¿Qué te ha contado?

—¡Nada! —Lyonel alzó los brazos, pero hubo un retazo de diversión en su mirada.

—Sois… lo peor. —Se mordió la lengua para no insultar al anfitrión en su propia casa.

—Vamos, quizás cuando se te pase la rabia por esta ofensa, podrás ver que, si bien has perdido a una prometida inconveniente, podrías encontrar a otra…

Robert abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Qué demonios estás insinuando?

—Nada, que no te cierres al matrimonio. Busca a una buena mujer, inteligente, compasiva, que te haga sentir vivo, aunque te saque de quicio de vez en cuando.

La mirada de Robert fue pasando de la sospecha a la más absoluta incredulidad.

—Estáis enfermos. —Lo siguió señalando, incrédulo—. Dime que no estás pensando que me

case con la hermana.

Lyonel no se atrevió a decir que sí, pero se encogió de hombros.

—Rose también piensa que quizás…

Cerró los ojos como si hubiera recibido un disparo.

—¿Vosotros también con esas?

Lyonel entrecerró los ojos.

—¿Yo también?

—Anthony tiene la absurda idea de que seríamos una pareja maravillosa. —Su cínica sonrisa dejaba bien claro que no estaba en absoluto de acuerdo—. Pero yo prefiero arrancarme los ojos antes de verla cada día en mi casa, llevando mi apellido.

Lyonel apretó los labios al escuchar esas palabras, consciente de que su amigo no encajaría muy bien la diversión que le provocaba ese asunto.

—Puedo entender que pienses así, pero si hay alguien experto en el amor, ese es Anthony.

—¡Válgame Dios!

—El capitán siempre ha sido muy observador. Tiene buen ojo para…

—¡Una maldita alcahueta! Eso es lo que es —lo miró de frente para que supiera que hablaba muy en serio—. ¡Jamás! ¿Me oyes? Jamás sucederá nada entre yo y la señorita Whitman.

Se paseó como un animal enjaulado, feroz, a punto de chasquear sus mandíbulas sobre su presa.

—Si tú lo dices.

—Livia Withman es la mujer más insufrible, presuntuosa, altanera…. ¡Oh! No puedes hablar en serio.

Lyonel, no se atrevió ni a respirar, pero como buen estratega que era, sabía que ya había plantado la semilla de esa idea en su cabeza. De hecho, Anthony lo había hecho antes que él. Así pues, Rose hacía bien en tener esperanza.

Si consiguieran que esos dos sobrevivieran a sus encuentros… quizás habría un futuro juntos. Uno muy prometedor, siempre y cuando Robert no dejara ver su mal genio cuando le contradecían y Livia se abstuviera de recitar sus apasionados discursos frente a él.

—Vamos al salón, las damas deben esperarnos para comer.

Robert pronunció algo ininteligible, pero que auguraba una batalla campal en el comedor.

Capítulo 20

La comida se retrasó más de la cuenta, quizás porque Lyonel entendía que Robert necesitaba hablar y desahogarse, por su parte Rose interceptó a Livia en su habitación y le pidió que por favor intentara arreglar las cosas con lord Belford. Al fin y al cabo, el agraviado era él, y suplicó algo de compasión por su parte.

Para cuando quisieron darse cuenta Lyonel pensó que sería mejor comer algo frugal en la biblioteca y salir a cabalgar con su amigo. Quizás una cena temprana sería mejor para que esos dos tuvieran un acercamiento. Sin duda, no para hacerse amigos, sino simplemente para mostrar una postura tolerante, teniendo en cuenta que sus mejores amigos eran los Knigth y tendrían que verse a menudo.

Para cuando los hombres regresaron, Robert estaba de mejor humor. Recibió el ofrecimiento de Lyonel de asearse y quedarse a pasar la noche, algo que era habitual entre los amigos, pues a pesar de ser vecinos, la casa palaciega se encontraba a más de una hora de camino y él había venido sin carruaje.

Robert se miró frente al espejo, anudándose los botones de su impoluta camisa. Más calmado, pero igualmente molesto por la presencia esa noche de la señorita Withman, pensó que había sido un alivio no haber traído a su madre a la cena. No la hubiera tolerado. Por lo que, de seguro de habérselo pedido, tampoco habría ido.

Su madre, se sentía demasiado deprimida, avergonzada por el escarnio público que Belinda Withman había hecho de él. No era de extrañar. Un hombre rico y apuesto, rechazado por una mujer que, a todas luces necesitaba de ese matrimonio, para pagar las deudas de su padre… ¡No podía haber mayor despropósito!

¿Qué habrá descubierto de Belford?

Los comentarios ofensivos que había tenido que escuchar en su club de caballeros, eran del todo malintencionados, pero daban a entender que algo malo había en él para que le hubiera asaltado semejante humillación.

¿Quizás le exigió más de lo que ella quería darle antes de la boda? Los comentarios que lo ponían en duda como caballero, fueron de lo más hirientes. *Belford siempre me ha parecido un tipo raro, demasiado serio. A saber, qué clase de perversiones les gustará realizar con su futura esposa.*

Había huido de Londres después de escuchar esas habladurías. Avergonzado, pero también lo suficientemente furioso como para no sospechar que, si se quedaba, se batiría en duelo con aquellos que no podían mantener la boca cerrada y hacían públicas sus especulaciones, por otra parte, totalmente infundadas.

¡Él jamás había tocado a Belinda de forma indecorosa! ¡Jamás!

Sabía que no tenía amigos más allá de los buenos lazos que había hecho con unos cuantos militares como los Knigth y Hilton, pero no se esperaba esa humillación, de parte de sus pares. No hubo compasión para él. Si la cándida señorita Belinda lo había rechazado, era que había un monstruo en él, que la sociedad no había terminado de ver.

No era un monstruo, pero sí un cobarde.

Lo era porque se fue a Somerset a lamer sus heridas.

Se acomodó el nudo de la corbata frente al espejo y vio su reflejo, su nariz aristócrata, un mentón demasiado robusto y unos hombros demasiado anchos para un hombre de su rango.

Cerró los ojos y dio media vuelta dejando de observar el porte austero que le caracterizaba.

Salió de la habitación que le habían asignado y sus botas de arpillera, protestaron con un leve sonido cuando bajó las escaleras que daban al recibidor. Se ajustó de nuevo el lazo de la corbata, de forma inconsciente, como hacía cuando estaba nervioso, mientras atravesaba las puertas dobles del salón.

Ahí estaban reunidos sus amigos. Y… la señorita Withman.

—Robert… —Rose se levantó, aunque él le pidió que no lo hiciera—. Qué placer verte.

Adelantó sus manos para que se las tomara, y cuando lo hizo las besó con cariño.

—Rose, siempre tan hermosa.

Como no podía ser de otra forma, lady Knigth se sonrojó, pero enseguida miró a su amiga. No hizo falta hacer ningún comentario. Cuando lord Belford la vio de nuevo, por segunda vez en ese día, asintió con la cabeza a modo de saludo. Livia, nerviosa, hizo una sutil reverencia sin mirarle a la cara.

—Lord Belford.

—Señorita Withman.

Rose y Lyonel se miraron, ambos aliviados porque la actitud de ambos fuera cortés.

—La cena está lista, mi lady.

Cuando el mayordomo los interrumpió, Robert pensó que se había salvado de un incómodo momento. Y para su absoluta sorpresa, la cena no fue un completo espanto.

A pesar de sentarse frente a ella, su lengua viperina estuvo más bien controlada. Aunque no le extrañaba, una mujer decente sentiría algo de vergüenza por lo que su familia le había hecho.

Robert la vio comer en silencio, mientras Rose hablaba de que pronto llegaría el buen tiempo, de lo hermoso que sería ese año el jardín en primavera, y de que Lyonel quería adquirir un nuevo caballo. Ni siquiera ese último comentario hizo que Robert participara activamente en la conversación.

Disimuladamente su mirada se alzaba de su plato, para posarse sobre el rostro de la señorita Withman, quien a duras penas conseguía sujetar con firmeza los cubiertos, sin que sus manos temblaran.

Robert tragó un bocado, y tomó su copa medio vacía. No se parecía en nada a su hermana, observándola sobre el borde del cristal, con la voz de Rose como melodía de fondo. Con manos delicadas, ella se llevó el tenedor a la boca. Su labio inferior era ligeramente más carnoso que el superior, el tono rosado de estos, la hacían parecer inocente. ¡Ja! Robert sabía que no había nada de inocente en esa boca que guardaba una lengua bien predispuesta a mostrarse desdeñosa con cualquiera que no tuviera sus ideas.

En ese momento, Livia alzó la mirada y de haber sabido hacia donde se dirigían sus pensamientos, le hubiera dicho a lord Belford, que ella pensaba exactamente lo mismo de él. Pero dispuesta a contenerse, miró a los anfitriones siguiendo la conversación. Pero la sonrisa se congeló en su rostro cuando los ojos de Robert atrajeron su atención.

La miraba con tal fijeza que hasta el pobre coronel Knigth tuvo que refrenar su discurso. Miró a Rose y esta carraspeó, temerosa de que se produjera el inicio de cualquier batalla entre sus invitados.

Por fortuna no fue así. La habilidad de Lyonel para cambiar de tema, a uno en concreto que pudiera gustarles a ambos, fue muy bien recibida en la mesa.

Caballos.

Lyonel había sido inteligente. Al parecer a la señorita Withman, contra todo pronóstico, le

apasionaban los caballos, quizás no tanto como a su amigo, pero por lo menos tenían eso en común.

Rose agachó la cabeza y carraspeó al tragarse una incontrolable risa al pensar que podría amansarlos hablando de tordos y purasangres.

—Mis disculpas —carraspeó Rose después de que la miraran con el ceño fruncido—. Creo que el pato está un poco picante.

Livia miró a Rose y después a su esposo.

¿De verdad pensaban que podría llevarse bien con lord insufrible? ¡Soñaban! Pero se mordió la lengua, o al menos le siguió la corriente al coronel y se dejó llevar por la conversación. Pero no podía quitarse de la cabeza, que… ¡Habían forzado ese encuentro!

¿Para qué?, frunció el ceño, ¿para que se disculpará en nombre de su hermana? ¿Para limar asperezas? ¿O para decidir quién mantendría la amistad de los Knigth? Porque empezaba a ser evidente que los dos difícilmente podrían soportar la presencia del otro bajo el mismo techo. La mirada que Robert le lanzaba, cargada de rabia, se lo dejaba claro.

Livia suspiró resignada. Pero al llegar al segundo plato, se dio cuenta de que la cena… había sido bastante amena.

Robert, por su parte, la observó durante la velada, vio como su semblante serio solo mudaba con los esfuerzos de la anfitriona por introducirla en la conversación.

—Cuando mi padre me dijo que los caballos blancos nacían de color oscuro, no me lo creí —dijo Rose, riendo.

—¿También tenías un tordo? —le preguntó Livia.

—Por supuesto, es el color más adecuado para la montura de una dama —aseguró la anfitriona— ¿Tuviste caballo propio?

Livia asintió ante la pregunta de Rose y ambos hombres la escucharon con atención.

—César fue un buen palafrén —lo recordó con cariño—. Pero al trasladarnos, tuvimos que venderlo —se ahorró la vergüenza de explicar que las deudas de su padre destruyeron su camino hacia la adultez, y que a duras penas vivió la separación de César, como una absoluta tragedia— Aún lo echo de menos. Pero he de reconocer que de niña siempre soñé con tener un corcel negro, y me prometí a mí misma conseguir uno y llamarlo Bucéfalo.

¿El caballo de Alejandro Magno? Cómo no, pensó Robert. Su exhalación fue bastante sonora, pero si Livia se dio cuenta, no hizo mención a ella.

Robert, las escuchó conversar sobre los tordos que tuvieron de pequeñas. Al parecer, sí que sabía de caballos. La vio relajada por primera vez desde que hubo empezado la cena.

Las velas danzaban proyectando sombras en la suave piel de su rostro y de su cuello. La mirada de Robert se perdió en sus ojos, aquellos que había visto cargados de enfado, ahora parecían sonreír a Lyonel y mirar con absoluta devoción a Rose.

¿Qué no daría para que lo mirara así a él?

Robert se asombró de sus inesperados pensamientos. Carraspeó, incomodo, y su mano torpe derribó el vino tinto, haciendo que el mantel de lino blanco se encharcara.

—Lo lamento —se excusó, a punto de balbucear.

Livia lo miró con sorpresa, y por unos segundos reinó el absoluto silencio.

Y la incomodidad.

Debía andarse con ojo. Parecía que sus amigos eran muy listos, y él muy torpe.

***

Hacía frío, pero la nieve se había derretido semanas atrás. La primavera asomaba, aunque las noches seguían siendo tan gélidas como cabría esperar del mes de marzo.

Robert salió al exterior a través de las grandes puertas del salón azul, aquel que daba a la amplia terraza de la casa palaciega de los Knigth.

Se ajustó el abrigo de altas solapas y se protegió del inestable clima.

El vaho salía de su boca, y después de un par de bocanadas de aire puro, sus dedos empezaron a resentirse. Se los llevó a la boca y se maldijo por no haberse puesto los guantes.

Miró alrededor y pudo ver la enorme estructura acristalada del invernadero. Sonrió al recordar como Rose sentía tanta pasión por ese lugar, como él por los caballos. Y esa misma sonrisa pareció congelarse al recordar el encuentro con la señorita Withman esa misma tarde.

Se dirigió allí con paso calmo, disfrutando de las ráfagas de suave viento golpeando su cara y despejándole las ideas. Echaba de menos sentirse así, despierto, alerta. Esa clase de tensión que solo un soldado conocía tan bien.

Él lo conocía bien.

Había pensado en la conversación mantenida con Lyonel. Sí, ambos habían renunciado a mucho, a su pasión, a sus soldados bajo su mando. Quizás hasta a sentirse útiles para la sociedad, porque, aunque ambos ahora ostentaban un título y debían cumplir con el deber de seguir con su linaje, eso a Robert le parecía banal e insuficiente. Nada se comparaba con la utilidad de servir al rey y luchar codo con codo con sus soldados por un bien mayor.

Se paró junto a la puerta de entrada, a decir verdad, eran dos puertas dobles, acristaladas, en apariencia frágiles pero que, al igual que el invernadero de Rose, habían aguantado violentas tormentas.

Agarró la manecilla y tiró después de presionarla hacia abajo. En el interior la temperatura subió varios grados. Cuando cerró tras él, las botas apenas hicieron ruido por el camino de gravilla, aquel que se alargaba serpenteante entre altas macetas, banquetas y mesas llenas de flores, hasta llegar a un centro despejado. Una zona de esparcimiento con una gran alfombra, cómodas sillas y almohadones tan grandes como una persona. Sonrió al intuir la utilidad que alguna vez les habría dado el coronel Knigth.

Cuando Robert miró con más atención se quedó paralizado en el sitio.

En un extremo de ese bonito oasis, reclinada sobre una de las extrañas tumbonas de Rose, la señorita Withman parecía absorta en el espectáculo de luces que arrojaba la luna creciente, entre los cristales del techo del invernadero y las hojas de enormes plataneros.

El semblante de Robert cambió nada más verla.

Había pensado que allí estaría tranquilo, pero para su desgracia, el haber aceptado la invitación de Lyonel de pasar la noche, para no cabalgar bajo el viento nocturno que se había levantado, no había sido una buena idea. No cuando la señorita Withman estaba allí, perturbando su paz.

Dio un paso atrás, pero en ese momento sus botas de caña alta lo delataron, el sonido de su peso aplastando la gravilla hizo que Livia se incorporara levemente. Solo cuando estuvo segura de lo que había visto se sentó con la espalda erguida.

Robert se vio obligado a emitir una falsa tos, para delatar su presencia como si no hubiera estado espiándola.

Tragó saliva al acercarse.

—Señorita Withman.

Robert apenas pudo centrar su mirada en ella. Nervioso, decidió pasearse, fingiendo interés en la flora que Rose coleccionaba.

—Lord Belford.

Finalmente, Livia se alzó del tapizado mueble. Se había alejado buscando algo de paz y tranquilidad, que últimamente le era demasiado esquiva. Solo podía pensar en lo que había hecho mal, angustiada por la lejanía de su padre, que se negaba a verla, quizás porque la consideraba culpable de todos sus males cuando no tenía culpa de nada.

Se limpió las lágrimas de los ojos antes de que Robert Belford pudiera verlas y por consiguiente, echar sobre ella alguna burla o reproche que, sin duda no merecía.

—Estaba buscando algo de soledad —dijo Robert.

—Al igual que yo —quizás su tono fue demasiado seco.

—No pensaba interrumpirla.

Se negó a hablar para que él no viera lo agitada que estaba. No tenía nada que decirle después de las palabras que le había dirigido a su llegada.

—Si quiere me marcho —dijo él, girando sus talones.

—Por mí, quédese —logró decir Livia, sin que le temblara la voz—. Es tan invitado de los Knigth como yo.

Él la miró entre las sombras del invernadero.

—Sí —dijo apenas sin pensar, buscando un tema neutro de conversación—. He sido amigo de la familia Knigth desde hace muchos años.

Después de respirar profundamente por la nariz, asintió rápidamente.

—Por supuesto, yo no llevo tantos años en sus vidas, pero creo que me aprecian y también tengo derecho a estar aquí.

Robert abrió la boca, y al poco tiempo volvió a cerrarla.

Por supuesto que, si había alguna posibilidad de que la señorita Withman lo mal interpretara, eso sería exactamente lo que haría.

—No he querido insinuar que soy más amigo de los Knigth que usted, y que por tanto, no tiene derecho a estar aquí.

Livia no tardó mucho en contestar.

—Celebro que no haya insinuado semejante cosa. Creo que puedo contarme entre las mejores amigas de Rose, o no estaría aquí.

—Ciertamente, no lo estaría.

Livia se envaró.

—¿Porque he caído en desgracia? —se aventuró a preguntar entre dientes—. Por supuesto —se respondió a sí misma sin dejar que Robert la sacara de su error—. Lamento ser la hermana de alguien tan desconsiderado que se ha marchado sin despedirse.

Robert dejó de escucharla. Aquellas palabras hirientes eran demasiado. ¡Solo había querido ser cortes! Pero tal parecía que con aquella mujer era imposible.

—¿Sólo cree que se ha marchado sin despedirse? —dio dos pasos hacia ella y aunque aún estaba lo suficientemente lejos para que no se sintiera amenazada, la vio retorcerse las manos— ¿Reduce a la vergüenza y al escarnio público al que me ha sometido su hermana, a solo eso? ¿una inexistente despedida?

—No he querido decir… —agachó la cabeza avergonzada.

—Usted no quiere decir nunca nada ¿verdad? —dio otro paso hacia ella—. Solo suelta sus palabras sin importar a quien hieran o incomoden. ¡Esa es usted!

—¡Señor Belford! —exclamó, al notar que iba a volver a morderla con sus palabras.

—Está claro que no podemos estar en la misma habitación sin… sin… ¡Ah! —Demostró su enfado con un rugido que no pudo controlar—. Me iré y no tendrá que soportarme.

Chasqueó la lengua al entender que no sería la primera, ni la última vez que tendría la desgracia de encontrarse en su presencia, y es que Livia Withman, tal y como le había tirado a la cara, era una de las mejores amigas de Rose. Un hecho, a los ojos de lord Belford, era totalmente incomprensible.

Livia estuvo igual de disgustada.

—¡Como si usted me soportara a mí!

Él parpadeó confuso ante su ataque. La miró sorprendido y finalmente dijo:

—No lo hago, ni lo haré.

El rostro de Livia se crispó ante el duro tono.

Robert decidió que no había sido educado como un cobarde. Se enfrentaría a sus dragones. Al fin y al cabo, él no había hecho nada malo. Con paso decidido se acercó a la arpía Withman hasta detenerse justo frente a ella.

—Antes de irme déjeme aclararle un par de cosas.

—¡Estoy deseando escucharlas!

Robert se acercó un último paso, tanto que ella pudo notar el calor que desprendía su cuerpo.

Allí, a solas, en la penumbra del invernadero, ese encuentro le parecía del todo inapropiado. Pero nadie se atrevería a encontrar nada indecoroso en esa cita inesperada. No eran dos amantes susurrándose palabras de amor, eran dos contrincantes, con ideas muy claras de lo que había pasado.

¡Y, sí! Livia estaría de acuerdo con eso. Lo que había pasado era una vergüenza, pero ella sabía que no tenía por qué pagar todos los platos rotos de la vajilla cuando había sido una mera observadora.

—Su hermana, actuó de mala fe —la atacó—. Dio su palabra de casarse conmigo, ante toda la alta sociedad de Londres. Palabra que no tenía intención alguna de cumplir.

Robert la miró con fijeza, desde su alta estatura y ella se prohibió retroceder, así que estiró el cuello para mirarle a los ojos.

—Yo no tengo nada que ver con…

—No iba a casarse conmigo —la interrumpió—, pues, acicateada por usted y sus estúpidas ideas, su hermana decidió que una absurda aventura amorosa, era mucho más deseable que un matrimonio con un hombre de honor. ¡Ese soy yo! —le gritó por si lo dudaba—. ¡Un lord! ¡Rico y de buena posición! Que podría haber salvado a su padre y hasta a usted de un futuro miserable.

Livia respiró con dificultad, empezaron a escocerle los ojos y su mentón se atrevió a temblar. ¿Un hombre de honor? ¡Ja!

Cruel.

Duro.

No es que Livia no lo esperara, pero cada una de aquellas palabras le laceraron el corazón… y el orgullo.

—No importa lo que yo diga, porque usted ya me ha juzgado —dijo, sin apartar la mirada de sus ojos severos—. Pero yo no empujé a Belinda a consumar una fuga para librarse de un matrimonio, que ahora veo claramente que no deseaba.

La risa cínica de Robert, no hizo más que enfurecerla.

—¿Y cree que voy a creerla?

—¡Crea lo que quiera! —Pero en su mirada vio la sombra de la duda y él lo aprovechó para atormentarla. Porque pese a lo que dijera, su hermana en su carta de despedida, sí le había dado indicios de que, sin sus palabras sobre la igualdad y el derecho de la mujer a decidir su destino, ella no habría tomado la decisión de romper el compromiso con lord Belford de una manera tan cobarde.

—Ni siquiera usted misma puede mirarme sin avergonzarse —escupió Robert—. Sabe lo que hizo. ¡La intachable señorita Withman! Empujando a su hermana a convertirse en una cualquiera a los ojos del mundo. A convertirme a mí en el hazmerreír ¿y todo para qué?, ¿por el placer de vengarse de mí?

Livia se echó ligeramente hacia atrás cuando vio que lord Belford se inclinaba un poco más sobre ella, y su tono de voz cambiaba ligeramente, volviéndose más grave y oscuro.

—Ha arrastrado mi apellido por el fango. No solo no se ha disculpado, sino que además se ha enorgullecido de ser la causante de mi humillación pública. —Alzó un dedo para hacerla callar antes de que pudiera abrir tan siquiera la boca—. No la perdonaré, igual que no perdonaré a su padre. Y pienso disfrutar de cada segundo que pase en la cárcel…

No lo vio venir, quizás porque Livia jamás pensó que sería capaz de hacerlo.

Su mano se alzó, con rapidez y descendió con fuerza contra la mejilla de lord Belford, que no se movió ni un ápice.

Ella tampoco.

El silencio se cernió sobre ellos, tan pesado que amenazó con asfixiarlos a ambos.

Robert cerró los ojos, aguantando el escozor de su rostro. Su respiración era tan entrecortada como la de ella. Rabia y dolor, eso había entre ellos. Pero cuando abrió los ojos y vio lágrimas en los de Livia, se sintió vencedor de alguna manera.

La comisura de su labio se alzó, ya no con enfadado, más bien lleno de una satisfacción, provocada por el triunfo de saber que tenía razón. La perfecta señorita Withman, quien se había ganado el afecto y el respeto de sus amigos más queridos, no había resultado muy diferente a lo que él había pensado. Era una intrigante, metiche, una solterona amargada que, sin duda, disfrutaba de que los demás tuvieran un porvenir tan aciago como el suyo.

—Si usted fuera un hombre, —le dijo tomándola del brazo, clavando sus dedos en su carne —, le juro que le haría pagar caro su osadía. Se atreve a golpearme ¿por qué? ¿Porque no soporta la verdad?

Su mejilla latía.

—Es usted un patán insensible. —Livia no apartó la mirada, y empezó a sentirse menos culpable de una bofetada que no había disfrutado al dar.

—¿Vuelve a aflorar la verdadera señorita Withman?

Ella intentó deshacerse de su agarre.

—Yo soy muy transparente, lord Belford —le espetó—. Siempre he sido muy franca, y he dejado muy claro la clase de mujer que soy. Pero no se preocupe, usted también me ha dejado muy claro la clase de hombre que es —Y desde luego no era un cumplido—. Puede que Belinda no huyera con otro hombre, sino simplemente de usted.

Robert le soltó el brazo y la miró con rabia apenas contenida.

Livia continuó.

—¡No puedo culparla! Me parece tan repugnante la idea de ser su esposa, que no me extraña

que mi pobre hermana haya preferido la deshonra a tal sacrificio.

Esas palabras hirieron en lo más profundo a Robert.

—¡Maldita sea! —gritó, a escasos centímetros de su rostro—, ¿que tan malo hay en mí?

Sus ojos se agrandaron al mirarla, quizás ella nunca supiera cuanto deseaba una explicación. Quizás nunca supiera… lo mucho que lo había herido con ese desprecio.

Livia retrocedió un paso.

Los ojos de Robert brillaban, pero lo hacían con dolor, más que con rabia y ella se percató de ello. Tragó saliva y sintió una punzada de compasión. Hasta que él habló solo con la intención de aliviar su carga y herirla.

—Una mujer de su posición y lúgubre porvenir, debía haber estado agradecida de tener la protección de mi apellido. ¿A qué más puede aspirar una solterona como usted?

Toda compasión que hubiera sentido por lord insufrible, se esfumó.

Alzó una ceja y pensó que era una estúpida, por siquiera pensar que podría tenerle lástima. Así que lejos de amedrentarse, Livia soltó una seca carcajada, apartándose de él y revoloteando a su alrededor sin dejar que su mirada lo juzgara como el patán que era.

—Es todo un caballero —se mofó, dejando claro que en realidad pensaba de él, todo lo contrario—. Llamar a alguien como yo, claramente una mujer con cada vez menos posibilidades de no vivir en la pobreza, solterona. Es ser muy poco elegante —su falsa sonrisa no engañaba a nadie, estaba furiosa.

—Es lo que es. Una solterona —su tono de voz fue más bajo, y la hirió como un estilete clavándose en su orgullo.

Livia dejó de moverse a su alrededor, pero no apartó la mirada.

—¡Y usted no es un caballero! No me casaría con usted, ni, aunque me lo suplicara de rodillas.

La risa seca de Belford tampoco la engañaba a ella.

—No se haga la melindrosa. A su edad no puede despreciar las migajas que se le tiran, y mucho menos rechazar una proposición de matrimonio, incluso si esta viene de mi persona.

—¡Eso es lo que usted cree!

Ahora Robert sonreía con maldad.

—Pero no se preocupe, no se puede rechazar nada que nunca se le ha ofrecido.

Ella apretó los labios, para después entreabrirlos y hablar, cada palabra era una dentellada.

—Pero se lo ofreció a mi hermana y me alegra que Belinda no se haya casado con usted, de no tener que volver a verle, de no aguantar su altivez, su orgullo desmedido, su…

—Cuidado, señorita Withman —avanzó un paso hacia ella, cubriendo la distancia que los separaba. Su dedo índice se alzó amenazante, como un maestro de escuela que desea imponerse a su alumno más descarado.

Se miraron con intensidad, cada uno ignorando sus respiraciones entrecortadas a causa de las emociones que hervían en su interior.

—No me provoque —dijo, apartando la mano.

—¿O qué? —lo desafió Livia— ¿Qué más daño podría hacerme? Como bien ha dicho no tengo nada… nada que perder. Mi padre está en la cárcel, no tengo familia a quien recurrir, ni recursos y… —ella iba a enumerar sus desgracias y a decirle que lo único bueno era no haber entrado en su familia. Pero él la cortó.

—Y aun así, sin esperanza de ser poco más que una carga para una amiga, demasiado bondadosa como para dejarla vivir como un parásito, ¿despreciaría un matrimonio conmigo?

Se hizo el silencio después de que Robert escupiera las palabras, sin saber muy bien de donde salía tanta rabia.

Había verdadero estupor en los ojos de Livia, cuando él acabó de decirlas.

—Diga lo que quiera —respondió—, pero esta solterona no se casaría con usted ni, aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Había demasiada energía en el ambiente, demasiados impulsos intentando ser controlados, demasiada decepción.

—¿Así que me cree tan poca cosa para usted, que en su situación desesperada, sería capaz de rechazarme?

Ella resopló.

—Jamás pensé que entre sus múltiples defectos estuviera el ser duro de entendederas.

Robert apretó los dientes, ofendido.

—¿Es su última palabra?

—Si no le gustan tengo otras —le dijo alzándose de puntillas para encararle—. Cuando el infierno se congele.

Robert no la tocó, se inclinó sobre ella y entonces hizo algo que a ella le heló la sangre: sonrió.

—Nunca había encontrado a nadie que me desafiara como usted lo ha hecho. Quizás porque no he encontrado a alguien tan valiente o condenadamente estúpido —Livia apretó los puños, pero no se apartó al notar el aliento en su cara—. Sea como sea… haré que se trague sus palabras. Me declaro su enemigo, señorita Withman. Y si cree que el destino ha sido cruel con usted, eso es porque no sabe lo que le espera.

No le dio la oportunidad de replicar. Seguro tenía unas palabras tan mordaces como crueles para echarle a la cara, pero Robert giró sobre sus talones y empezó a andar hacia la salida del invernadero. Después de salir a la fría noche, no escuchó el ruido de las puertas acristaladas, volver a abrirse. Quizás la arpía se había quedado en su sitio, pensando en sus palabras, en lo que le había querido decir.

Robert apuró el paso, su cuerpo temblaba y se llevó la mano a la boca intentando que no salieran todas y cada una de las maldiciones que tenía preparadas para aquella insufrible mujer.

Se había sentido humillado por ella, y la señorita Withman parecía tan estúpida como para subestimar su orgullo.

Cerró los ojos y se aseguró que solo sentía odio por esa familia.

Iba a vengarse, se juró.

Quizás Belinda lo hubiera abandonado, pero era Livia quien le había hundido un puñal en el corazón, quién había pisoteado lo que le quedaba de hombría.

Lo lamentaría.

Sí, esa mujer iba a suplicarle de rodillas, y disfrutaría de cada una de sus lágrimas.

Capítulo 21

Hacía dos semanas que lord Belford había dejado Rosewood House, lo había hecho la misma noche en que se encontró con la señorita Withman en el invernadero. Y aunque su rabia había menguado, cada vez que pensaba en sus palabras hirientes, dichas expresamente para atormentarle… para hacerle sentir poca cosa, su determinación se volvía más fuerte.

Sí, estaba decidido, iba a hacérselo pagar. Y no sería él quien volviera a pisar la casa de sus amigos, hasta haberlo conseguido.

Se había disculpado con Lyonel y Rose, por su repentina marcha, pero había estado al tanto de los siguientes acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Lyonel había movido sus contactos y ante la imposibilidad de que el señor Withman pagara sus deudas, lo había trasladado a la prisión de Fleet, que recibía su nombre del río donde a sus orillas estaba construida.

Ni siquiera le había hecho falta hacer averiguaciones, el propio Lyonel había confesado que era él, y no otro, quien pagaba la renta para que el padre de Livia estuviera lejos de la zona de los comunes y pudiera disfrutar de ciertos privilegios. Actualmente, en la cárcel residían trescientos presos con sus familias. En algún momento Robert había pensado que quizás fuera castigo suficiente para la señorita Withman vivir ahí con su padre, pero… no era lo que tenía en mente,

Él sabía exactamente donde la quería. Y eso era a sus pies, suplicándole perdón, restaurando el orgullo del que ella tan cruelmente se había burlado.

De todas formas, debía darse prisa, el coronel Knigth no tardaría en pagar para que el señor Withman pudiera acogerse a las Leyes de la Fleet, y vivir fuera de los muros de la prisión, en la zona Liberty. Y por mucho que apreciara a Lyonel, no iba a permitirlo. No antes de que pudiera obtener su venganza.

No lo permitiría.

Y es que el miedo de pensar que el señor Withman se quedaría en la prisión, era justo lo que necesitaba para llevar a cabo sus planes.

El cochero dio un grito deteniendo los caballos. El carruaje, con el blasón de los Belford en la puerta, se paró justo frente a la entrada de la cárcel. Ya en Fleet, Robert se apeó, alzando el rostro hacia la gran puerta.

Seguramente a la mañana siguiente, o quizás esa misma tarde, las habladurías correrían como la pólvora acerca de su presencia en aquel lugar. Pero no le importaba lo más mínimo, es más, deseaba que la altiva señorita Withman supiera de su visita a su padre.

Al parecer no era el único que pensaba visitarlo esa semana. Había sido informado que Lyonel tenía prevista su aparición junto a Livia, en cualquier momento. Bien, su plan era adelantarse y dejarle muy claro al señor Withman que debía decirle exactamente a su hija.

El día era húmedo y gris, había llovido durante toda la mañana y las botas de Robert pisaron varios charcos antes de entrar en aquel lugar. Se acercó al alto arco de piedra que daba al patio interior, no sin antes hacer oídos sordos a los presos que desde la ventana pedían limosna a los transeúntes. Uno podía vivir bien en la cárcel de Fleet, siempre que tuviera dinero con que pagar.

No fue difícil sobornar al alcaide para que lo dejara ver al preso, y a la vez para que se le olvidara que él estaba ahí. No sabía cuánto tiempo tardaría en convencer al señor Withman. Esperaba que si el viejo sabía lo que le convenía, bastante poco.

Cuando el alcaide le abrió la puerta de la celda de William Withman, prácticamente no hicieron falta presentaciones.

—Lord Belford —dijo esperando lo peor de aquella visita. Al fin y al cabo su hija lo había hecho el hazmerreír de la sociedad— ¿Qué…? ¿qué hace aquí?

El hombre se levantó de la silla donde estaba sentado. Robert se sorprendió de verlo con tan buen aspecto. Sus cabellos grises estaban algo despeinados, pero ninguna mancha sobre su pechera o su incipiente abdomen. Por supuesto llevaba su chaleco desabrochado y no había corbata alguna anudada en su cuello, pero permanecía regio, como alguien que había nacido en la nobleza y se resistía a abandonarla.

—Señor Withman, ¿Cómo le tratan en Fleet? —miró alrededor y pensó que mejor de lo que se merecía.

—Oh… —sonrió al ver que el visitante no venía a burlarse de él, ni a hacerle la vida más difícil—. Por supuesto me gustaría estar en cualquier otro sitio y bueno, me avergüenza decir por qué estoy aquí —lo miró con las manos entrelazadas y ligeramente encorvado—, pero no puedo quejarme. Sin dinero uno carece de ciertos privilegios que antes le daba la libertad, pero soy consciente de que otros no tienen la misma suerte de ser amparados por el coronel Knigth, su amigo.

Robert le sonrió, al darse cuenta de que William Withman dejaba claro que tenía amigos poderosos. Pero a él no le importaba en absoluto.

—Quédese el tiempo que necesite —dijo el alcaide mirando a Robert—, para salir solo toque dos veces la puerta y le abrirán.

Un asentimiento de cabeza, le dejó claro al hombre que lo había escuchado. Cuando se quedaron a solas, Withman le ofreció asiento, pero Robert prefirió quedarse de pie.

Se paseó por la pequeña estancia. No estaba demasiado limpia, pero parecía cómoda, mucho mejor de lo que tenían los otros presos hospedados ahí. En el fondo de la celda, una cama con sábanas y almohadas, junto a la ventana con barrotes, una mesa de madera y una silla. Sobre la superficie Robert pudo ver papel, tinta y una pluma. Había una carta a medio escribir. Se paró justo ahí.

—Veo que le llega su correspondencia.

—Oh, así es. Ahora escribía al coronel Knigth. Ha sido muy generoso.

Se sintió herido por ese trato, como si la lealtad de Lyonel hacia él, hubiera menguado para favorecer a Livia.

Robert apretó los labios y miró por la ventana que daba al patio exterior.

—Entonces… debería escribir una carta para mí. —Lo miró por encima del hombro. El hombre no tenía ni idea de lo que quería decir.

Cuando lord Belford se metió una mano dentro de su abrigo, sacó una pequeña bolsa de cuero. Cuando esta cayó sobre el escritorio, las monedas tintinearon y el rostro del señor Withman se iluminó.

—¡Oh! Por supuesto —dijo recogiendo las monedas e inclinándose en una reverencia—, le escribiré también una carta de agradecimiento.

Robert sonrió amable, aunque esa buen humor era fingido.

—No me ha entendido.

—¿Cómo dice?

Robert se acercó un poco más a Withman.

—Necesito que escriba una carta para mí.

El hombre tragó saliva, comprendiendo al fin.

—¿A quién debería escribir esa carta?

Robert asintió complacido ante su buena predisposición y pasó por alto su desconcierto.

—A su hija, por supuesto.

Sin duda hubo asombro en ese viejo rostro.

—A mí… hija —Reaccionó tragando saliva—. Sí, sí… por supuesto.

Pero no tenía ni idea de donde estaba Belinda, y aunque deseaba agradarle, dudaba mucho que hiciera caso al padre que había abandonado a su suerte.

—Si quiere salir de aquí —empezó a decir Robert—, gozar de los privilegios que da la libertad… usted deberá ser mi amigo, señor Withman.

—¿Yo? ¡por supuesto! —Por su libertad haría todo lo que le pidiera, incluso si tenía que ir al nuevo mundo a nado.

—Bien. —Iba a ser muy fácil—. Solo tiene que decirle a su hija que se case conmigo. —El hombre dejó de sonreír, como si le pidiera un imposible—. ¿No le agrada la idea?

—Me encantaría complacerle —dijo retorciéndose las manos, nervioso— Pero… no sé donde está Belinda, no puedo hacer que vuelva y…

—¿Belinda? —se fingió sorprendido porque lo hubiera malinterpretado—. Nadie está hablando de Belinda, señor Withman.

—Pero… —Parpadeó confuso, tan confuso que alargó la mano hacia el respaldo de la silla y tuvo que sentarse—. No le entiendo.

Una profunda respiración de Robert y después un chasquido de la lengua, le dejó entrever su decepción.

—Pensé que quería ser mi amigo, William.

—Nada me gustaría más que complacerle, pero… no le entiendo.

Belford se inclinó sobre él y el hombre asustado se sentó tembloroso.

—Quiero que obligue a su hija, Livia, a casarse conmigo.

—¡Oh! —Lo miró como si hubiera anunciado la llegada del Mesías— ¿Lo dice usted en serio? —Luego frunció el ceño como si le pareciera la idea más absurda del mundo—. ¿Por qué?, ¿quién querría casarse con Livia? Ella…

No hizo falta decir más. Robert supo en ese preciso momento que el señor Withman tenía una hija favorita, y no era precisamente Livia.

Su padre no veía nada especial en su hija mayor, y él… es se ofendió por ello, sin razón alguna, inesperadamente. Si hubiera tenido algo de simpatía por Livia, se hubiera sentido profundamente molesto con razón, pero… eran enemigos. Que su padre no apreciara su inteligencia, su mente despierta —aunque llena de ideas equivocadas—, y su belleza, a él debería traerle sin cuidado.

—Mi hija Livia… ella… —Por su expresión, no tuvo mucha duda de que ni siquiera le tenía cierto afecto.

Robert no pudo sentir un aguijonazo de algo que le resultó muy parecido a la lástima.

Carraspeó y volvió a pasearse por la habitación.

¡No habría lástima ni compasión para ella!

—He dado mi palabra de que iba a casarme con ella —anunció Robert tomándolo totalmente desprevenido.

Y en verdad, era cierto. Robert se había dado su palabra a sí mismo, lo había jurado.

Livia se casaría con él.

Robert Belford tenía palabra, y si el antiguo capitán de decimoctavo regimiento decía algo, se cumplía.

—¿La obligará a casarse conmigo? —preguntó con una despreocupación que no sentía—. No solo le daré dinero, sino que pagaré todas sus deudas para que pueda salir de aquí.

—A cambio…

—A cambio, solo tiene que conseguir que Livia sea mi esposa.

Lord Withman no daba crédito.

—¿Solo eso? —La expresión de William se iluminó. Incrédulo ante tan súbito golpe de suerte.

Robert lo miró con genuino desprecio. Ese hombre se había gastado todo su dinero. No solo el suyo, se corrigió, también el de las dotes de sus hijas, poniéndolas en una difícil situación. ¿Qué clase de hombre no se preocupaba por el bienestar de su familia y la llevaba a la ruina?

Apretó los puños y rehusó mirarle hasta recuperar la compostura.

—Señor Withman, será mejor que acepte mis términos antes de que me lo piense mejor —Robert lo miró desde la ventaja que estar de pie y su estatura le permitían—. He perdido a una prometida, usted me proporcionara otra.

—Sí, sí. Por supuesto.

—Y deprisa.

Withman estaba seguro de que no tenía nada que pensar. Esa propuesta solo le daba ventajas.

—Hoy mismo la mandaré llamar. Oh, que generosidad la suya… —El señor Withman intentó agarrar la mano de Robert, y besársela con agradecimiento, pero él no se lo permitió.

—Haga lo que le he dicho, escriba a su hija y que venga cuanto antes —dijo mirándolo con despreció—. Una vez aquí, haga lo imposible para que acepte mi propuesta.

Se alejó unos pasos con la esperanza de que no lo siguiera.

—Lo haré, lo haré… mi Livia es una buena chica —le escuchó decir, pero Robert sabía que jamás había tenido una palabra amable para ella—. Viene a verme casi todos los días, hablaré con ella y… sí, sí.

Mintió descaradamente. Y lo sabía porque hasta ese día Livia había estado con los Knigth. Se llevó una mano a la frente y se dijo que no hacía falta ni mencionarlo.

—Ella me obedecerá. Siempre me obedece. —Asintió con énfasis.

Por muy extraño que le pareciera, Robert le creyó. No sabía qué extraño influjo tenía un padre poco afectuoso sobre una mujer como Livia, pero así era.

—Mi Livia es muy buena, de verdad. Obedecerá.

Robert puso los ojos en blanco.

No sabía a quien pretendía engañar ese hombre, si a él, o a sí mismo.

Sabía que el carácter de Livia no era el de una dulce muchacha obediente, pero por algún motivo, siempre había cumplido la voluntad de su padre. Si alguien podía pedirle que renunciara a su libertad, y que esta aceptara, ese era el hombre que tenía delante.

Por qué el señor Withman no le había escogido marido antes, era algo que ignoraba. Seguramente porque todas sus miradas recaían en Belinda, y siempre se esforzó en buscarle un buen partido a su hija menor, olvidando por completo a Livia, que con los años y pasando desapercibida fue camino a la soltería.

—Entonces hable con ella.

—Por supuesto, milord —le interrumpió agarrándose las manos en señal de plegaria.

—Convenza a su hija para que venga a mi casa, puede traer a una dama de compañía. Sobra

decir que no planeo nada indecoroso antes de la boda. —Sabía que su hija no tenía chaperona, pero siempre iba acompañada de la señora Farrell. Robert había dejado caer esas palabras, para que el hombre viera que sus intenciones eran honorables.

No quería convertirla en su amante, ni mucho menos. La quería como esposa. Quería obligarla a cumplir con lo que ella había dicho que jamás haría.

—Solo si viene por propia voluntad, el compromiso será oficial. —Withman parpadeó sin comprender—. Quiero que se presente en mi casa y me convenza de que será una buena esposa.

Quiero que se ponga de rodillas, y suplique.

—Ella… vendrá —pero por primera vez hubo duda en la voz del hombre.

Robert no lo escuchaba. Las palabras envenenadas de la señorita Withman aún le quemaban por dentro cuando estaba a solas, pensando en sus flaquezas.

—No dude demasiado —le advirtió Robert—. La propuesta expira a las doce de la noche de este domingo. Soy un hombre de palabra, y le digo que la haré mi esposa si acude a mi casa de Londres y me suplica que me case con ella. No le daré ni un minuto más.

—Por supuesto, cuando venga a verme… saldrá por esa puerta rumbo a su casa, sin demora, milord.

A pesar de lo convencido que estaba el señor Withman, Robert no las tenía todas consigo.

—Si consigue que Livia Withman me proponga matrimonio, el lunes a primera hora será un hombre libre.

—Sí, sí —dijo asintiendo, pero entonces un atisbo de duda nubló sus ojos— ¿Ella debe proponerle matrimonio? ¿A usted?

Robert sonrió, y no hubo alegría alguna en ello.

—¿Cree que tiene suficiente poder sobre su hija como para que se trague su orgullo y me lo pida?

El señor Withman no contestó. Ahora su expresión, antes agradecida, se volvió preocupada, pero finalmente respondió.

—Mi hija hará cualquier cosa por mí —y en esas palabras no hubo duda alguna.

—Bien —Robert señaló el tintero—, escriba, señor Withman. Pronto será un hombre libre.

Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Dio dos golpes antes de que esta se abriera. Antes de salir se escuchó la voz a su espalda.

—¿Puedo preguntarle por qué desea casarse con mi hija?

La sonrisa de Robert se ensanchó.

Que Livia le pidiera en matrimonio…

—Bien… es porque es una manera de demostrar que el infierno puede congelarse —dijo antes de dejarlo solo en la celda.

William Withman, no entendió a que se refería lord Belford. Pero sí que delante de él tenía un trabajo hercúleo. Convencer a Livia que hiciera algo que no deseaba sería difícil, pero no imposible. Pues si en algo no mentía, es que Livia haría cualquier cosa por él.

Capítulo 22

Livia agradeció a Lyonel Knigth que la hubiera traído a Londres, y que por fin su padre hubiera aceptado verla.

—¿Seguro no quieres quedarte en nuestra casa? —le dijo antes de que se abriera la puerta del carruaje.

—No —respondió Livia—. Ya habéis hecho mucho por mí. Además, deseo ver a Maranta, y ella se ha ofrecido a hospedarme.

—Entiendo —la sonrisa afable de Lyonel la reconfortó.

Livia bajó del carruaje con la ayuda del lacayo, se volvió hacia Lyonel antes de cerrar la portezuela. Él visitaría su casa en Londres, iría a la prisión de Feet y a la mañana siguiente la acompañaría a ver a su padre. Livia solo tenía buenas palabras para él, había sido como un ángel de la guarda. Luego de ayudarla marcharía de nuevo a Rosewood House, junto a su hermano Frederick y su esposa, que cada día estaba más nerviosa por el inminente alumbramiento.

—Coronel —le sonrió con devoción, Livia—, muchas gracias por todo.

Lyonel le devolvió la sonrisa y se tocó el ala del sombrero.

—Mañana vendré temprano, intenta descansar.

La portezuela se cerró y Livia se dio la vuelta para subir con premura los peldaños que separaban la acera de la casa de Maranta. El recibimiento no pudo ser más efusivo.

—¡Te he echado de menos! —la abrazó su amiga.

—Y yo a ti.

—¡Harry! Que no nos molesten.

El mayordomo no tuvo tiempo de poder abrir la boca, cuando Maranta cerró la puerta del salón para que las dos se quedaran a solas. Miró a Livia y le acarició los brazos, como si quisiera comprobar con ese gesto que estaba bien.

—Sentémonos junto a la chimenea, debes estar agotada del viaje. Acaban de traerme el té, por favor siéntate y descansa. Voy a pedir que te preparen el baño mientras tanto.

—No es necesa…

—Ya lo creo que sí —dijo mirándola con pesar—. He estado… ocupada, y siento mucho no haber estado pendiente de ti como debería.

—No tienes por qué…

—Claro que sí. Somos amigas —la abrazó fugazmente.

Después Maranta se puso en pie para avisar al servicio para que prepararan un baño y acomodaran su bolsa de viaje en el dormitorio de invitados. Cuando volvió a su lado, se sentó junto a ella en el sofá.

—Estás muy pálida, lamento tanto no haber podido ir contigo a Rosewood House, yo…

Livia se echó a reír.

—Maranta, creo que la que tiene que relajarse eres tú. —Puso una mano sobre el brazo de su amiga y la miró con profundo cariño y agradecimiento.

—De verdad que tenía compromisos ineludibles —gimió, excusándose.

Livia no lo dudaba, aunque desconocía totalmente cuales eran esos compromisos.

—No te preocupes, estoy bien.

Eso de encontrarse bien, era relativo.

—¿Y cómo está Rose?

—Perdiendo la paciencia —sonrió Livia—. Cuando todo esto acabe, creo que necesitará mucha ayuda con el bebé.

—Seguro que querrá que regreses pronto.

—Yo me considero una carga —dijo Livia—. Pero al parecer, tanto Rose, como Lyonel se han puesto de acuerdo para decirme que soy indispensable.

—Créetelo —la animó Maranta.

Fue bonito volver a sentirse una persona normal. Aunque habían sido meses muy oscuros.

Después de un baño relajante, las dos mujeres se pusieron a charlar en la recámara que Maranta había preparado para Livia. Le desenredó el cabello, mientras hablaban con voz queda.

—¿No has vuelto a saber de tu hermana?

Livia negó con la cabeza.

—Ni una carta, pero tampoco la espero —dijo, con pesar—, creo que su despedida fue bastante tajante.

Maranta le puso una mano sobre el hombro y se miraron a través del espejo. Livia le sonrió con cariño.

—Ha sido un invierno muy largo.

—Ni que lo digas —respondió Maranta.

—Solo deseo que llegue la primavera, con el sol en la cara los problemas parecen más llevaderos, ¿no te parece?

Maranta le sonrió con cariño y siguió secándole el cabello.

De pronto unos golpes en la puerta las interrumpieron. Ambas mujeres miraron hacia la misma dirección cuando estos persistieron.

—¡Tía Mar!

El semblante de Maranta mudó y se convirtió en un rostro lleno de luz y cariño.

—Vaya, creo que tenemos un caballerete que intenta entrar en tu dormitorio.

Livia la miró sorprendida, pero los gritos infantiles prosiguieron hasta que el niño consiguió abrir la puerta.

—Tía Mar… —dijo cuando esta se abrió y pudo ver a Maranta que fingió poner los brazos en jarras.

El pequeño no tendría más de cuatro años, rubio y de grandes ojos azules, miraba con adoración a Maranta, que se bajó de la cama y se agachó hasta llegar a su altura para que él se tirara a sus brazos.

—¿Ya has terminado tu siesta?

—Sí —dijo muy decidido y sin perder la sonrisa.

—¿Y te has escapado de tu *nanny*?

—¡Sí! —no mudó ni un ápice su entusiasmo.

—¿Sabes que eso no se puede hacer? —Maranta fingió severidad, pero la sonrisa no se desvaneció—. Desaparecer sin avisar está mal.

—Sí —pero por lo que Livia vio, al niño le daba más bien igual haberse escapado.

Livia vio como su amiga lo cogió en brazos y lo acercó a la cama para que saludara a Livia.

—Christopher, esta es mi amiga Livia. Saluda a la señorita Withman.

El niño se bajó de los brazos de su tía y le hizo una reverencia, perdiendo el equilibrio cuando

la cabeza le pesó demasiado. Ambas mujeres sonrieron y Livia se bajó de la cama para saludarle.

—Un placer, Christopher.

—¡Señorito Christopher! ¡Señorito Christopher! —se escucharon pasos acelerados por el corredor y cuando la niñera llegó a la altura de la puerta miró dentro, llevándose una mano al corazón al ver que el niño había aparecido—. Lo siento tantísimo, señora.

Maranta simplemente asintió. Al parecer era frecuente que el joven señorito Christopher se escapara.

—Ten, ves con *nanny*, nos veremos a la hora de comer.

—Sí —volvió a asentir el niño y se despidió de las dos saludando con la manita.

Livia no pudo menos que reírse cuando la niñera cerró la puerta tras ella.

—¿De dónde ha salido ese diablillo encantador?

Maranta puso los ojos en blanco, se veía que sentía un profundo amor por él, pero su energía infantil debía de agotarla.

—Es el hijo de mi hermana, Claudia —lo dijo con adoración, pero después su semblante cambió al decir—, su madre está en Italia, volverá en unos meses.

—¿Y vas a hacerte cargo de él durante su viaje?

—Sí. Bueno… No será la primera vez, ni la última.

Livia no se acordaba la última vez que Maranta había mencionado a su hermana, lo que le hizo recordar que era un tema que no le gustaba tratar.

Claudia era viuda, como ella, pero había decidido disfrutar la vida, aunque aquello significara ver muy poco, o nada, a su hijo. Y tener una cierta reputación que sin duda a Maranta no le gustaba en absoluto.

—Sea como sea, el niño parece que te adora.

—Y yo lo adoro a él —dijo Maranta.

Livia se quedó mirando a su amiga. Nunca lo decía, pero era evidente que le hubiera gustado tener un hijo, o más de uno. Solo había hecho falta verla durante unos minutos con Christopher para ver claramente que Maranta hubiera sido una madre estupenda. Por muy horrible que hubiera sido su matrimonio, ser madre quizás lo hubiera compensado.

Quien sabe, quizás… Pero su amiga odiaba tanto el matrimonio que, a pesar de su juventud y la posibilidad de tener hijos, no se arriesgaría a unirse de nuevo a un hombre. Sir Farrell, debió se run auténtico demonio.

Pero ese era un tema que no sacaría. No le gustaba ver triste a una mujer tan fuerte como Maranta.

Capítulo 23

Tal y como el coronel Knigth había prometido, por la mañana temprano, la acompañó en su visita a Feet.

Durante todo el trayecto en carruaje, Livia no había parado de retorcer el pañuelo bordado que tenía en las manos. Miraba de vez en cuando por la ventana, viendo las sucias calles de Londres, preguntándose cuál sería su porvenir.

Sabía que había abusado de la hospitalidad de los Knigth y por supuesto lo estaba haciendo ahora con Maranta, pero ¿qué más podía hacer? Por más que buscaba una solución no la encontraba. Por primera vez en la vida, odió a Belinda por dejarla a ella y a su padre en tan terrible situación, pero acto seguido se sintió culpable por pensar así y sintió ganas de llorar.

Pero no lo haría. No podía desfallecer.

Livia siempre había sido fuerte y práctica, solo se permitía soñar a través de los libros. Pero desde que había ocurrido lo que su padre consideraba una absoluta tragedia, no encontraba esa fortaleza por ninguna parte. Su espíritu se iba apagando, y pensó que haría cualquier cosa por salvarle de la cárcel.

Sí, él prefería a Belinda, pero… ¿acaso podía culparle? Quizás si su madre no hubiera muerto, y Livia se hubiera criado con otras figuras familiares a su alrededor, no habría sentido aquel apego, aquella lealtad inquebrantable. Aquel deseo de obtener las migajas de cariño que pensaba merecer.

Lyonel bajó del carruaje y tomando del codo a Livia, a modo de protección para que no se alejara de él, la hizo pasar al patio interior de aquella prisión que, con sinceridad, agradecía que fuera de las mejores de Londres.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —preguntó Lyonel.

—Preferiría estar a solas con mi padre.

Lyonel, tan galante como siempre, respetó sus deseos.

La verdadera razón por la que no deseaba que el coronel estuviera presente, era que no sabía en qué estado lo encontraría. Quizás se desmoronara y no quería público.

Apartó la mirada cuando vio que el coronel depositaba unas monedas en la palma de la mano, de quien ella pensó sería el alguacil. El hombre pareció satisfecho y la miró para que se acercara.

—Gracias —le dijo a Lyonel, y siguió al hombre por unos oscuros pasadizos.

La piedra negra parecía húmeda, los gritos y carcajadas de los presos, la envolvieron. No eran risas felices, más bien una exposición de su locura.

—No tenga miedo, adelante —el hombre con dientes torcidos y negros le indicó el camino.

Al fondo del pasillo, tan solo iluminado por una ventana abierta en el muro y unas rejas estrechas para no incentivar el pensamiento de una posibilidad de fuga, se encontraba la celda de su padre.

El hombre encorvado abrió la puerta y la hizo pasar.

Nada más hacerlo, sintió la opresión del lugar. Livia se llevó una mano a la nariz. Olía a orines y excrementos. Tragó saliva con dificultad.

Iluminado por una antorcha, sucio e inmóvil, pudo ver en un rincón a su padre.

—Papá…

Estaba en el suelo, como si no tuviera fuerzas para moverse.

—Livia… —gimió visiblemente enfermo.

—¡Papá!

El hombre se giró, sentado en el suelo, descalzo y con la ropa tan sucia que Livia se horrorizó. ¿Cómo era aquello posible? Lyonel le había asegurado que, en aquella prisión, su padre se encontraría bien, y a salvo. Seguro que habían engañado al coronel. No era posible que supiera del estado en que se encontraba lord Withman.

—Oh, Livia —gimió William,

Tenía las manos tan sucias que cuando fue a acariciar el rostro de su hija se lo pensó mejor y las dejó suspendidas en el aire. Pero Livia las tomó sin dudar.

—¿Papá? ¿Qué te han hecho? —A su espalda el carcelero rio por lo bajo, como si le divirtiera toda aquella situación—. ¿De qué se ríe? ¿No tiene compasión de un pobre hombre? —espetó furiosa y con lágrimas en los ojos.

—Oh —se burló el hombre—. Admiración es lo que siento por este rufián.

Su padre rugió, pero el hombre se limitó a saludarles y a decirles que estaría al otro lado de la puerta.

Cuando cerró, Livia volvió a agacharse junto a su padre.

—El coronel Knigth me dijo…

—Oh, no importa lo que dijera —la interrumpió—, seguro que ha hecho todo lo posible, pero… esta prisión… están desbordados. No voy a sobrevivir mucho más tiempo si me dejas aquí.

—¡No digas eso! ¡Papá! —se abrazó a él y lloró en silencio, desesperada—, ¿qué puedo hacer yo?

Su padre se apartó para mirarla directamente a los ojos. Apretó sus manos y siguió mirándola con fijeza.

—Tú puedes salvarme.

Lo dijo con una convicción que la sorprendió.

—¿Qué? —Ella parpadeó, alejando las lágrimas.

—Belinda nos dejó en esta situación. Nos traicionó a todos, fugándose con ese hombre. Lord Belford se sintió herido y humillado.

—¿Lord Belford? —Asintió—. Sí, lo sé —Livia apartó la mirada.

Furioso era decir poco, pero no pensaba hablarle a su padre de Robert Belford, ni en cuanto los odiaba.

—Pobre hombre, perdió sus sueños de futuro por culpa de tu hermana.

Livia apretó los labios, y no dijo nada al pensar fríamente que aquello no era así. No del todo. Su padre era en realidad el culpable de que estuviera allí. Él y sus vicios. El juego lo había llevado a despojarse de todo y ahora estaban en la miseria y sin casa.

—No sé qué podría hacer yo…

—Casarte con él.

La conmoción fue tal que Livia no pudo articular palabra. Parpadeó como si no hubiera comprendido bien aquellas palabras, como si se le hubiera olvidado como hablar.

—Papá…

—Cásate con él.

—¿Con… quién? —balbuceó.

—Con lord Belford, querida.

Estaba soñando, se dijo Livia. Debía ser eso, una pesadilla.

Gimió cuando el aire se escapó de sus pulmones. En la penumbra de la celda, miró a su padre como si no lo reconociera.

—Yo… ¿qué?

—Lord Belford me visitó.

Ella parpadeó de nuevo. ¿Robert Belford se había rebajado a visitarlo en la cárcel? ¿a él? ¿al padre de la mujer que lo había traicionado?

—¿Cuándo? —Quiso saber.

—Hace unos días.

Livia asintió. Acababa de recordar su despedida en el invernadero.

“No me casaría con usted ni, aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra”.

Jadeó, llevándose una mano al corazón. ¡No era posible!

—No, no… papá. Él solo quiere… —¡Venganza!

Eso era lo único que movía a ese hombre.

—Mírame —Las manos del señor Withman apretaron con más fuerza los brazos de su hija y le hablaron con dureza— Debes casarte con él.

—Pero yo no...

—Sí, sí. ¡Tú sí! —Cada palabra era una mordida— ¿Acaso quieres que tu padre muera aquí?, ¿en medio de la inmundicia? Sin tu madre, yo te he criado, te he mantenido toda tu vida. Te he vestido y alimentado. ¡Me lo debes!

Las lágrimas resbalaron por el rostro asombrado de Livia, sin ningún permiso. Lloró en silencio y solo cuando estuvo segura de que no se ahogaría, empezó a hablar de nuevo.

—Debes haberlo entendido mal —intentó explicarse—, lord Belfort me odia. Él jamás me pediría en matrimonio.

—Y no lo hará —dijo secamente su padre.

Livia lo miró, sin comprender.

—No entiendo.

—Quiere que vayas tú misma a su casa, y le pidas que se case contigo.

Se instauró un silencio pesado.

Livia miró a su padre como si se hubiera vuelto loco, y él a su vez, como si esperara una confirmación de que una vez más, obedecería.

—¿Lo estás diciendo en serio?

Su padre asintió.

Ella notó como los dedos se hundían en su carne. Pero no era eso lo que más lástima le daba, sino verlo así, hundido. Desesperado.

Su pelo sucio, grasiento. Sus ropas, siempre elegantes, ahora convertidas en harapos. Incomprensiblemente iba descalzo.

—Oh, papá… No sabes lo que me estás pidiendo.

O quizás sí lo sabía. Aquella era la peor humillación que podría sufrir. No pensaba que en realidad Lord Belford quisiera casarse con ella, sino que esa petición ridícula estaba movida por el rencor que sentía hacia ella. Quería venganza por sus insultos y sus palabras afiladas. No se casaría con ella, pero quería verla humillada, que se arrastrara hasta su casa y… suplicara.

—No se casará conmigo —dijo, convencida—, solo quiere arrastrarnos por el fango y…

—¡Y estamos en el fango! No podemos caer más bajo. —La zarandeó para que reaccionara—

¡Mírame! ¿No sientes compasión por tu propio padre?

Sus palabras eran puñales para ella, pero al señor Withman no le importaba.

—Papá, haría lo que fuera, pero esto sería inútil. Yo…

—Tienes que sacarme de aquí, y si haces lo que él te pide, mañana mismo estaré libre, y tú… estarás cubierta de joyas y seda. ¡Como lo estaría tu hermana! Belfort es rico y poderoso.

—¡Y me odia!

—¿Le tienes miedo? —preguntó su padre, incrédulo—. ¿Dónde está tu valor? ¿Acaso no puedes usarlo para sacar a tu pobre padre de la cárcel?

—No lo entiendes.

—¡Calor que sí! Te odia, pero no tendrás que soportar más de lo que soportan algunas mujeres en su matrimonio. Si te pega de vez en cuando, jamás lo hará con semejante contundencia como para que los demás se enteren. Respeta demasiado su reputación.

Livia se apartó de su padre, horrorizada.

¿En serio le estaba diciendo aquello? ¿Que no la golpearía lo suficiente como para matarla, o dejarle marcas en la piel? Apretó los dientes, asqueada. Pero sabiendo perfectamente algo sobre Robert Belford:

—Él jamás golpearía a una mujer.

Su padre no estaba de acuerdo, pero se encogió de hombros.

—Entonces, razón de más para que aceptes y me saques de aquí.

Livia se puso en pie y empezó a retroceder lentamente.

Lo decía en serio, su padre estaba convencido de que aquella sería la solución a todos sus problemas.

—¡Dime que lo harás!

Livia estrelló la palma de su mano contra la puerta de madera. Una y otra vez, mientras mantenía la mirada perdida.

—¡Livia! ¡Tienes que hacerlo! —gimoteó su padre—. Solo nos ha dado de tiempo hasta este domingo a las doce de la noche. Ni un minuto más. ¿Me oyes?

La puerta se abrió y el carcelero no pudo evitar sonreír mientras meneaba la cabeza.

Livia salió sin responder.

—¡Ves inmediatamente a verle! ¡Sácame de aquí!

Empezó a correr por el corredor, abriendo la puerta del final del pasillo. Salió al patio, con ganas de vomitar. Lyonel la tomó por los codos, evitando que sus rodillas se doblaran y se desplomara en el suelo.

—Livia. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Ella no respondió. Ni tampoco lloró. Ya no le quedaban lágrimas. Ni fuerzas para resistirse al que parecía su destino inevitable.

***

Con la hija del reo ya fuera de su vista, el carcelero se echó a reír a mandíbula batiente cuando la puerta que daba al exterior se cerró.

—He visto muchas alimañas en mi vida —le dijo al señor Withman—, pero como usted ninguna.

—¡Cállese! —le espetó, saliendo de la mugrosa celda—. Necesito un baño y volver a mi

cuarto cuanto antes.

El carcelero asintió. Trataba bien al señor Withman porque pagaba bien, y con dinero allí uno podía conseguir todo lo que quisiera.

—¿De verdad era necesario hacerle creer que está viviendo en la mierda? Nadie vive así en esta prisión.

—Conozco a mi hija —dijo el señor Withman, avanzando hacia otro corredor, donde estaría en su celda, limpia y aireada, y a la que le llevarían agua caliente para asearse—. La muchacha es tozuda como una mula. Si quiero ganar esta partida, no puedo enseñarle mis cartas.

—Sus cartas no son demasiado buenas —el hombre hizo una mueca.

—Oh, se equivoca. Tengo un as bajo la manga —sonrió, al imaginarse libre muy pronto—. Mi hija siente devoción por mí, ese es mi triunfo. Hará lo que le pida, jamás me dejará sufrir si puede evitarlo.

—Creo que tiene una hija que no se la merece.

No podía decir que estuviera en desacuerdo con ese hombre. No se merecía a Livia, pero si su bondad era la baza para salir de ahí, la utilizaría. No lo abandonaría, ahora que ha visto que solo ella puede salvar a su pobre padre.

—Y dígame —preguntó el hombre con curiosidad— ¿Tan malo es ese tal Belford?

Mientras avanzaban por el mohoso pasillo, cuyas celdas solo utilizaban para almacén de trastos viejos, lord Withman le respondió.

—Mi hija cree que sí, pero es un caballero. Cumplirá con la palabra que me dio.

—¿Seguro?

—La palabra es lo más importante para ese hombre. Si mi hija se lo pide, la aceptará.

El carcelero asintió y llegaron a la celda de siempre.

—Le enviaré agua y jabón para asearse.

Withman asintió, pero al sentarse en la silla a esperar, solo pensaba en que no era un mal padre. Belford era rico, la trataría bien, aunque lo único que deseara fuese vengarse y él salir de ahí.

Capítulo 24

Robert se desató el nudo de la corbata y se reclinó en la silla que ocupaba detrás de su escritorio. La habitación estaba en penumbras, tan solo iluminada por una agonizante vela sobre la madera barnizada y las llamas de la chimenea.

Se sentía confuso. Pensó que la venganza contra esa mujer, le daría un poco de paz, pero nada más lejos de ese objetivo. Se sentía un auténtico fracaso, un ser despreciable que se aprovechaba de las penurias ajenas.

—Oh, Robert —se quejó de sí mismo—. ¿En qué demonios te has convertido?

Cierto que no era culpa suya que el señor Withman fuera un jugador empedernido, que llevara a la bancarrota a su familia, y que ahora, como consecuencia, él y una de sus hijas se vieran en la indigencia, y envueltos en esa vergüenza que la sociedad tira sobre ti.

Se levantó un instante para servirse otra copa. Saboreó el whisky que fue como un bálsamo. Acarició su garganta e inflamó su pecho, pero lejos de sentir que el dolor menguaba, solo lo hacía pensar en el tiempo que trascurría.

Tic. Tac.

Cerró los ojos, sintiéndose miserable. Se dio cuenta de que la estaba esperando.

Eran las once de la noche, y después de pasar esos días, seguro de que la señorita Withman iría a verlo llorosa y suplicante, había perdido ese optimismo inicial.

Sin duda había subestimado su orgullo, o sobrevalorado el amor que sentía por su padre. ¿Por qué iba a sacrificarse ella cuando el origen de todos sus males era la mala cabeza del señor Withman?

Once y media.

Se quitó la chaqueta y se sirvió la tercera copa.

Sentía vergüenza de sí mismo. Él era un caballero, por amor de Dios. ¿Qué había pretendido? ¿Obligar a una mujer a casarse con él? ¿Y después qué? Se conocía muy bien. Sí, tenía un carácter de mil demonios, pero jamás le pondría la mano encima, jamás la obligaría a hacer nada denigrante, y eso incluía meterla en su cama a la fuerza.

No. No lo haría. Por lo que podía asegurar que casi era mejor que ella no hubiera aparecido.

Once y cuarenta y cinco.

Si lo hubiera hecho, al final se habría convertido en un pelele. Un títere en las manos de esa mujer, demasiado decidida, demasiado fuerte como para doblarse a sus exigencias, que serían poco más que suplicarle que cerrara esa boca cargada de veneno. No, él era un caballero. No deseaba convertirse en un hombre indecente, que se aprovechaba de las desgracias ajenas para meter a una mujer indefensa en su cama.

Se tiró de los cabellos.

—Eres de lo peor —gimió acercándose a la repisa de la chimenea. Puso la frente contra el mármol e intentó calmar su corazón.

No había excusas, la deseaba. Puede que jamás la forzara, pero si ella hubiera venido, si se hubiera convertido en su esposa, ¿acaso podía asegurar que no compartiría su lecho? ¡Por supuesto que no se haría tal promesa!

—Porque es lo que deseabas, meterla en tu cama… has caído muy bajo, Belford —se

reprendió a sí mismo, porque no podía engañarse. Si se hubiera presentado, la habría hecho su mujer en todos los sentidos. Por muy venenosa que fuera su lengua y por muchos panfletos revolucionarios que leyera, era única, hermosa. Le hacía sentir vivo.

No le había dicho a nadie, ni siquiera a Anthony o a Lyonel, sobre el pequeño asunto que se llevaba entre manos con el señor Withman. Si lo hubiera hecho, sabía que los dos se habría opuesto a aquella locura. Así que era mejor que ella no hubiera aparecido.

—Oh, chicos. No juzguéis.

Podía ver con nitidez sus miradas de reproche, sus muecas de sorpresa y decepción. Sí, sus rostros se veían muy claros en su mente, al igual de claro podía vislumbrar el rostro de la señorita Withman. Mentón alzado, mirada directa, labio torcido.

Cerró los ojos.

Once y cincuenta.

—Ella no vendrá. —Y mejor así, hubiera quedado en ridículo al tener que confesar que se casaba con su peor enemiga.

Se tomó un largo trago, vaciando el vaso y mirando como la lluvia se lanzaba contra la ventana, haciendo que los cristales emitieran un sonido de agonía. El cielo parecía haberse abierto, y un rayo iluminó la calle desierta. Echó la cortina, dejando la tormenta fuera y sentándose frente a la chimenea.

Sí, era una suerte que la señorita Withman no hubiera sucumbido al chantaje. Que no se convirtiera en su mujer.

Derrotado, dejó el vaso en el suelo junto a la butaca y al hacerlo frunció el ceño.

Un golpe.

Su cuerpo vibró en una sacudida nerviosa.

Otro golpe.

Ese sonido, no era su vaso sobre las tablas del suelo. Lo miró para asegurarse que lo había dejado sobre la alfombra. No. Ese sonido…

—No es posible.

No. Imaginaciones suyas.

Ella no vendría.

Eso mismo es lo que se estaba repitiendo cuando volvió a escuchar el golpe, esta vez incesante. Miró el reloj de pared. Apenas un minuto para las doce de la noche, y alguien llamaba a la puerta. Bajo la tormenta.

***

Livia esperó hasta el último minuto para llamar a la puerta. Llevaba una hora bajo la lluvia. Esa misma que parecía llorar por ella, pues ya no le quedaban lágrimas por derramar.

Estaba ida. Su cuerpo no le respondía, su mirada estaba fija en aquella puerta que bien podría ser la entrada al infierno. Sólo una desoladora pregunta le martilleaba en la cabeza. ¿Hasta aquí había llegado su vida?, ¿o quizás solo era el inicio de otra vida nueva? Una vida, de seguro, peor. Más tormentosa, con más lujos y menos dignidad. Eso siempre que lord Belford quisiera mantener su oferta.

¿La rechazaría después de humillarla?

Se rio bajo la lluvia, con el cuerpo completamente entumecido. Sintió como el agua helada, la calaba hasta los huesos. Temblando como una hoja al viento, sus piernas apenas la sostenían en pie, después de subir los escasos peldaños que separaban la acera de la lujosa casa londinense.

Sería humillante que el mayordomo la viera de aquella manera, o que lo hiciera lady Mariane. ¡Oh! Esa hurraca iba a disfrutar de su humillación tanto o más que su hijo.

Oraba para que se encontrara fuera de la ciudad, aún en Somerset.

El cuerpo de Livia se meció. Se sentía mareada, ardía en fiebre y al mismo tiempo intuía que no habría forma humana de hacerla entrar en calor. Le dolían las extremidades. Las piernas, tenía un dolor inhumano en las piernas. Miró su vestido pegado a ellas.

Gimió cuando el dolor no hizo más que aumentar. Sus brazos se sentían demasiado pesados como para que tocar la aldaba no fuera una tortura. Se agarró al bronce y no la soltó. Se apoyó en la puerta. Su mejilla húmeda resbaló por la madera lacada cuando su propia mano hizo sonar la aldaba por enésima vez, repiqueteando una y otra vez.

—He venido —susurró febril—. He venido.

Apenas podía oírse ella misma con el sonido de la incesante lluvia sobre ella.

Lloró con amargura, mientras de nuevo sus palabras se mezclaban con el sonido del golpe en la puerta, y la tormenta.

—Abra, he venido. —Pero esas palabras no eran para ella, las decía para él. El ogro que se había propuesto arruinar su vida de la peor manera, sometiéndola a su voluntad por el resto de sus días.

Matrimonio. La palabra se repitió en su cabeza. Una cárcel que ella había deseado evitar, pero que al parecer, no había sido lo suficientemente astuta para hacerlo.

Volvió a tocar y escuchó un ruido tras la puerta.

Parpadeó confusa, como si no supiera qué estaba haciendo.

Retrocedió unos pocos pasos como pudo. Sus rodillas no sostuvieron su cuerpo y cayó sobre estas y las palmas de las manos.

La lluvia empapaba su rostro, sus hombros… pegando el vestido a su cuerpo. Temblaba de manera incontrolable y, no obstante, cuando alzó la mirada, pudo ver que el hombre que ocupaba el vano de la puerta no mostraba compasión alguna, en absoluto.

Lord insufrible, había salido de su castillo.

Su figura oscura, a pesar de la belleza de sus facciones y ese endiablado pelo dorado que se obstinaba en curvarse en su nuca y en un mechón rebelde de su frente, la observaba desde su altura.

—Siempre me gustó eso —susurró Livia, o más bien balbuceó tiritando—, no tu altivez, sino tu pelo. Una vez me pareciste un ángel, aunque después ya no. Y… todo lo que me gustó de ti, juré que jamás te lo diría.

Eso es lo que ella pensó haber dicho, pero en realidad Robert solo la vio mover los labios, luchando contra la inconsciencia.

—Dios Santo.

Lo miró de nuevo. El oscuro y bello dragón frunció el ceño y se cernió sobre ella, acercándose más de lo que hubiera querido. Le temía, fue consciente de ello al sentir sus manos en los brazos, rígidos como témpanos de hielo.

—Mmm… por favor —gimió, intentando suplicar que no le hiciera daño.

Tenía miedo de ese hombre, o más concretamente de lo que pudiera hacerle. No a ella, sino a

su vida.

Estaba en sus manos. Y era muy consciente de ello.

—Señorita Withman.

Livia apenas podía mantener los ojos abiertos. Apenas podía fijar la mirada en ese rostro que empezaba a ser surcado por riachuelos de agua helada. Alzó las cejas, confusa, al darse cuenta de Robert había salido bajo la lluvia, arrodillándose junto a ella.

—Se está empapando, lord Belford —le dijo en un tono amable, que no sabía muy bien de donde había salido. Asombrara de que luchara por ponerla en pie.

—Usted ya lo está —Se miraron en silencio mientras Livia notó como le envolvía los hombros con su fuerte brazo—. Vamos, está ardiendo.

Pero Livia no escuchó las palabras, solo podía pensar que estaba cansada, que tal vez si cerraba los ojos y dormía largas horas, se encontraría mejor.

Hubo gritos, lord Belford gritaba.

Sonrió. Reconocería ese tono gruñón en cualquier parte.

Siguió gritando… pedía ayuda.

—No se duerma, señorita Withman.

Un fuerte zarandeo y Livia abrió los ojos de golpe, consciente de que tenía que decirle algo muy importante. Enfocó la mirada como pudo, y buscó sus ojos de nuevo, pero solo vio la camisa almidonada del hombre. La estaba… ¿abrazando?

—Señorita Withman…

—Usted gana —dijo sin más, mientras las lágrimas se mezclaban con la lluvia—. Por favor… Cásese conmigo.

Robert abrió la boca para decir algo, pero no pudo emitir sonido alguno.

La alzó del suelo mojado y la entró en casa. No tardó en depositarla en el pequeño sofá decorativo cerca de la entrada.

Miró a Livia Withman, siempre altanera, con su lengua afilada preparada para clavarle el aguijón de sus reproches. Pero la mujer que tenía entre sus brazos no se parecía en nada a ella. Parecía mucho más joven, mucho más frágil. Una criatura que un caballero hubiera protegido, nunca humillado.

No eres un caballero.

No cuando se trata de Livia Withman.

Su cabello, habitualmente recogido en un moño alto, estaba suelto sobre sus hombros, empapando el tapizado. La había acunado contra su pecho al ver que iba a perder el conocimiento, no lo hizo del todo, pero se lo quedó mirando a través de las húmedas pestañas.

Volvió a gritar sobre su hombro, para que el mayordomo se apresurara con mantas y preparara un baño caliente.

Cuando volvió a mirarla, ella le habló de nuevo.

—¿Se casará conmigo? —preguntó apenas con fuerzas—. ¿Es lo que quería? Le suplico que se case conmigo.

—¡Basta! —exclamó Robert sin poder soportar lo que él mismo había provocado.

—Dio su palabra, y sé que la cumplirá. —Es lo último que dijo antes de perder el conocimiento.

—Señorita Withman, ¡Señorita Withman! —La sacudió, aún entre sus brazos— ¡Livia!

Pero ella no recuperó el conocimiento y por algún motivo que no comprendía, Robert Belford

no saboreó el inmenso triunfo que era doblegar a una mujer como aquella.

La victoria le dejó un regusto amargo.

Capítulo 25

Robert fue mirando a Livia de forma disimulada, mientras duró el trayecto desde Londres. Había pasado dos semanas en cama, y su aspecto no podía verse más demacrado.

Después de una noche infernal, donde él mismo tuvo que bajarle la fiebre con los consejos del médico, Livia pareció recuperarse. Al menos físicamente. Apenas hablaba y se había negado a comer, hasta que él la amenazó. Sí, a eso habían llegado, a las amenazas.

No quiso recordar como Lyonel se había presentado en su casa, para hacerle saber qué pensaba de él y su honor. Se habría dejado golpear, pero enseguida el coronel entendió que no habría podido caer más bajo. Se reusó a dejarla marchar y ella le suplicó quedarse. El pacto había quedado claro.

Ella había acudido a él.

Él se casaría con ella.

Después de dos días, por fortuna la fiebre menguó, o eso le pareció a Robert, quien no dudó en cumplir su promesa.

Sacó al padre de Livia de la cárcel, y no solo eso, pagó todas sus deudas y compró en subasta su antigua casa para que su padre pudiera vivir allí. No así, Livia.

El señor Withman había llegado a la casa para poder ver a su hija. Visiblemente entusiasmado por su libertad y la inminente boda, había tomado la mano de Livia y dándole unos golpecitos cariñosos le hizo saber que estaba orgulloso de ella.

—Iremos a Somerset y prepararemos la boda con mi madre. —Le había anunciado Robert al señor Withman delante de ella, solo para que lo escuchara y no tuviera dudas de que cumpliría su promesa—. Partiremos hoy mismo.

Livia, sentada junto a la ventana y con la mirada perdida en la bulliciosa calle, no había dicho absolutamente nada. Había permanecido en silencio durante toda la visita, a pesar de que su padre jamás se había mostrado tan cariñoso con ella.

—Por supuesto —dijo el señor Withman. —Livia, querida. Una celebración en Somerset será maravillosa. En primavera no hay nada más hermoso que una boda.

Ella no respondió.

—Ahora debo irme. He conseguido dinero para recuperar la casa. Cuando vuelvas a Londres, quizás puedas visitarme. Adiós.

Robert le habría querido partir las piernas a ese ser insensible que lo felicitó sin darse cuenta de que él solo quería sacarlo a patadas de su casa y de sus vidas.

Sin embargo, no hizo tal cosa.

—Lárguese —dispuso, dándole la espalda—, le avisaré para la boda.

Él hombre inclinó levemente la cabeza y se marchó.

No se volvió a hablar del tema.

Livia pasó varios días en cama, en la casa de los Belford. Robert tuvo la decencia de llamar a Maranta para que le hiciera compañía en su recuperación y que las malas lenguas, que ya habían empezado a circular, no destrozaran definitivamente la reputación de Livia.

Durante toda la semana, mientras Maranta cuidaba de ella diligentemente, la vieja tía de su

madre acudió en su ayuda para hacer de chaperona. No tenía la menor duda de que esta había puesto en sobre aviso a su madre. Pero poco podía hacer Robert, lo hecho, hecho estaba. ¿Qué importaba que se enterara de su compromiso por carta de su tía, o por su propia boca?

Y así pasaron los días mientras Livia se recuperaba y podían emprender el viaje a Somerset.

¡Dios Santo! Iba a casarse con Livia Withman.

Prefería comer cristal que lidiar con los remordimientos que él mismo se había ganado a pulso. Pero no había marcha atrás.

Maranta los había visto partir, y aunque no le amenazó directamente, le aseguró que estaría al pendiente de lo que Livia pudiera necesitar.

Livia dormitó todo el camino, o quizás simplemente disimuló para no tener que hablar con él. Algo que Robert hubiera podido decirle que era innecesario, puesto que no había nada más que decir.

El carruaje se sacudió por un hoyo en el camino.

Livia despertó y al encontrarse con la visión de la aguja de la catedral de Wells, muy a lo lejos, imaginó que estaban por llegar

—Thornsfield, no está lejos. —Fue apenas un susurro audible que sacó a Livia de sus lúgubres pensamientos. Pero no dijo nada cuando él añadió—: Siento que haya sido un trayecto tan largo.

Su aspecto era bastante lamentable. Estaba pálida, y había permanecido en silencio todo el trayecto. Robert aún recordaba cómo se sintió al verla en aquel estado, tan indefensa, tan humillada. *Casi la pierdes por tu estupidez.* Le gritó su conciencia.

La primera noche fue terrible, tuvo pensamientos muy oscuros, recordó pensar que si ella moría, la culpa no lo dejaría seguir viviendo.

Esa noche rezó cuanto sabía, y a parir del día siguiente, a pesar de que Maranta estuvo presente, Robert no se separó de su lado.

Al recordar esos momentos, su corazón empezó a pulsar desbocado. Aquel resfriado podría haberse complicado, y por poco que le gustara reconocerlo, él era el culpable. Sabía del orgullo exacerbado de la señorita Withman quién había esperado bajo la lluvia hasta el último momento para tomar esa difícil decisión. Había cumplido sus exigencias, se había humillado y él había obtenido su venganza.

¿Qué venganza?, maldito idiota.

No llovió después de aquella gran tormenta y, aunque los caminos embarrados dificultaron el trayecto, llegaron varios días después sin contratiempos.

Livia se sintió agotada cuando la portezuela del carruaje se abrió, y Robert le ofreció su mano para ayudarla a bajar. Lo miró y él enseguida apartó la vista de ella.

Las dos noches que pasaron en diferentes posadas, Robert la dejó sola en una habitación. Durmió muchas horas, tantas que apenas recordaba haber estado despierta.

Durante todo el viaje hacia la casa de campo de los Belford, no intercambiaron más que monosílabos. Si Robert se arrepentía de algo no lo dijo, y Livia, tuvo poco que decir. Pero ya estaban en casa… una casa que Livia no podía considerar suya, y que dudaba que alguna vez llegara a hacerlo. Lady Belford era la madre de Robert, ella solo era… No sabía qué demonios iba a ser, pero lady Belford seguro que no.

Apretó los dientes y sacó fuerzas de donde pudo. Supo que las necesitaría cuando la madre de Robert salió por la puerta principal y los lacayos agacharon la cabeza al ver su mal humor. Lord Belford aún indiferente, se plantó frente a ella.

—No han salido a recibirte, porque no anuncié tu llegada —dijo en un tono más bien bajo—. Más tarde, cuando hayas descansado te presentaré a todo el servicio.

Cuando escuchó los pasos decididos sobre la gravilla, se dio la vuelta para saludar a su madre. La cara de horror fue la evidencia que Livia necesitaba para darse cuenta de que la mujer sabía tan poco de su llegada, como de su boda.

No, sin duda Robert se había guardado para sí que en Thronsfield, la casa palaciega de estilo neogótico de los Belford, se esperaba la celebración de una boda.

—¡¿Qué hace esa mujer en mi casa?!

Lady Marianne había perdido la compostura al ver llegar a Livia en el carruaje de su hijo. Y es que el entusiasmo inicial, al ver que Robert regresaba a Somerset después de una semana de ausencia, se volvió pura rabia al reconocer quien lo acompañaba.

—Madre…

Si su prometido dijo algo más, Livia no lo escuchó. Se centró en el entusiasmo de Amanda, que corrió a abrazarla.

—¡Qué maravilloso tenerte aquí! —exclamó la joven, arrancándole a Livia una tímida, pero al mismo tiempo sincera sonrisa. La primera en semanas. Fue tanta la emoción por encontrar al fin un rostro amigo, que se echó a llorar—. Oh, no llores. Vamos a casa.

Cuando Amanda acompañó a Livia a su habitación, Robert no tardó en arrastrar a su madre a la biblioteca para tener una charla con ella. Por supuesto, ella fue la primera en hablar. Sus primeras palabras fueron dichas con enojo, sintiéndose agraviada por su propio hijo.

—¡No vas a casarte con esa mujer! —exclamó, indignada— ¡Te lo prohíbo!

Lady Marianne lo miraba con los ojos bien abiertos, su mentón temblaba de pura rabia.

—Madre, por favor —Robert se llevó los dedos al puente de la nariz y le pidió que bajara la voz, para que no los escuchara el servicio.

—Sí, bajemos la voz, porque no puedo ni llegar a imaginarme lo rápido que se correrá el chisme si el servicio se entera de lo que pretendes.

—Que lo sepa todo el mundo o no, no cambiará el hecho de que nos casamos en dos semanas.

—¡Dos semanas! —lady Marianne se llevó la mano al pecho y buscó un sillón para sentarse. Iba a desmayarse por la impresión, pero en esa ocasión Robert solo la miró con cansancio.

—Lamento no habértelo comunicado antes.

—¿Que lo lamentas? —empezó a llorar su madre.

Robert sintió que el espacio de aquella habitación era demasiado pequeño para los dos. Su autoritaria madre, lo incomodaba. Siempre, desde que él tenía uso de razón, se había hecho su santa voluntad. Su padre, que no era ningún santo, había vivido intentando complacer sus caprichos y soportando sus cambios de humor. Para su madre, el padre de Robert era un monstruo infiel y sin corazón. Y ciertamente él pensaba que tenía parte de razón. Pero ahora, con todas las responsabilidades que acarreaba el título, después de que su hermano falleciera, se sentía agobiado por la presión que ella ejercía sobre él.

Por supuesto, Robert pensaba que, como toda madre, deseaba lo mejor para su hijo, pero a veces era intransigente e inflexible. Desde las cosas más simples, como romper la vajilla de porcelana porque ya había dicho que la quería con bordes dorados, hasta las cosas importantes como, favorecer a uno u otro arrendatario, en las demandas comerciales de la casa. La mayoría de las veces, estaba de acuerdo con su madre, pero cuando no era así, se desataba el infierno. Bien lo sabía. Pero en el asunto de su matrimonio no estaba dispuesto a dar un paso atrás.

—Madre… —Empezó a decirle Robert.

—¡No! —Al ver la expresión de su hijo, lady Marianne supo que su determinación era firme, no iba a doblegarse ante ella—. No puedes hacernos esto.

Lo que no tendría que haber hecho, era poner a Livia en aquella situación tan delicada. Por Dios Santo, Londres ya ardía con los chismes de que la señorita Withman se había arrodillado ante la puerta de lord Belford. A saber qué más dirían. Desde luego era imposible que no supieran que había pasado varias noches en su casa.

—El mal ya está hecho, me casaré con ella en la capilla de la finca.

Lady Marianne lo miraba con los ojos desorbitados. Debía insistir en que todo aquello era una locura.

—¿Cómo vas a casarte con la hermana de esa zorra?

—¡Mamá!

—¿Qué? Te abandonó, te hizo el hazmerreír de todo Londres y para compensar a su familia te casas con la hermana. —Por la expresión que puso su hijo, vio que no había fallo alguno en su argumento. Debía hacerle cambiar de opinión, aunque sabía que sería casi imposible, al menos no de inmediato, y eso quería decir que tendría que llorar y suplicar para conseguir lo que quería.

—Lo siento, es lo que debo hacer —dijo sin más—. Y ahora discúlpame debo ver si se encuentra bien.

—¿Ver si está bien? —Lady Marianne se olvidó del servicio y de todos, persiguió a su hijo por la casa, horrorizada por la idea de que no pudiera hacerle cambiar de opinión—¡Échala de esta casa! —le insistió—. No le debes nada.

A Robert no le sorprendió su falta de compasión. Se volvió hacia ella, apretando los dientes mientras ponía una mano sobre la barandilla de piedra que daba al primer piso, donde estaban los dormitorios.

—¿Quieres que la eche de esta casa?

—Es exactamente lo que quiero que hagas.

No iba a hacerlo. Esta vez no satisfaría los deseos de su madre.

—No.

—¿No? —Lady Marianne lo miró como si por su boca hubiera salido una retahíla de blasfemias.

—He dado mi palabra.

Lo miró con los ojos muy abiertos. Sabía lo que valía la palabra de su hijo, por eso supo que perdía, no sólo la batalla, sino la guerra contra esa mujer indigna de llevar el apellido Belford.

—No, no puedes hacerme esto —sus manos empezaron a temblar—. Después de todo lo que he hecho para que… —Robert alzó una ceja, intentando descifrar las palabras de su madre.

—¿Después de qué, madre? —lo miró, lleno de curiosidad.

—¡Te he traído al mundo para algo más grande que esto! No quiero que te cases con una mujer que te pondrá en ridículo en cualquier momento.

—Mama…

—Sabes que tengo razón —lo interrumpió— ¡Ni tú mismo la soportas! —lo miró desde la ventaja de creer firmemente que sus palabras eran ciertas—. Recapacita.

Lady Belford no pensaba dar su brazo a torcer, pero Robert tampoco.

Se casaría con Livia.

—Dejémoslo aquí.

Se dio la vuelta para subir las escaleras.

—¿Cómo te ha embaucado esa mujer para que le propusieras matrimonio? —gritó su madre

con desprecio. Al mirarla por encima del hombro, vio aquella mirada tan familiar. Esa llena de decepción y rabia con la que había mirado en infinidad de ocasiones a su padre.

—Ella no ha hecho nada —la defendió.

Pero esa defensa, no hizo más que aumentar el enfado de lady Mariane. De veras que entendía a su madre, ni él mismo se reconocía. Pero no iba a abandonar a la señorita Withman a su suerte, después de obligarla a suplicar.

—Eres igual que tu padre —le reprochó su madre—. Movido siempre por los bajos instintos. A él también le gustaban las furcias.

—¡Basta! ——exclamó, entre furioso e incrédulo.

Pensara lo que pensara de Livia, si su reputación estaba dañada, era solo por su culpa. Sus remordimientos lo empujaban a aquel matrimonio. Le daría su apellido y la protegería, era lo mínimo que podía hacer. Y si la tenía que proteger de su propia madre, que así fuera.

—¡Es lo que es! ¡una ramera! —casi se ahogó—. Ha conseguido que le levantes la voz a tu propia madre. Y pensar que he tenido que vivir tantos años, para llegar a este momento. ¡A esta humillación!

—¡Ya está bien! Me casaré con ella y es mi última palabra.

No había funcionado, no había podido hacer valer su autoridad. Su madre empezó a llorar.

—Pero hijo…

Odiaba contrariar a su madre, sobre todo porque sabía que este hecho podría sumirla en un estado de melancolía del que sería difícil salir. Su madre siempre había sido así, inestable. Y de algún modo, Robert pensó que era culpa de su padre, por eso le dolía tanto que lo compraran con él. Al fin y al cabo, no fue la única que sufrió a manos de ese hombre. Llevaba cicatrices en su corazón del dolor que le había provocado su padre, con sus palabras y acciones. Por suerte para todos, murió al poco de nacer Amanda, y su intrépida hermana no podía recordar al monstruo que fue.

Se paró en lo alto de la escalera.

—Con sinceridad, espero que puedas llegar a aceptarla.

Antes de reanudar su marcha, su madre dejó de llorar y lo miró con una ira que jamás había dirigido contra él.

—¡Sobre mi cadáver!

Lady Marianne empezó a gritar de nuevo, pero él ya estaba demasiado molesto para escucharla.

***

Esa misma noche, Livia se sentía arder en el infierno, pero al mismo tiempo, un frío glaciar la embargaba. Las sábanas pesaban sobre ella, dispuestas a arañarle la piel. Su cabeza parecía contener miles de agujas, que se le clavaban en las sienes, una y otra vez. ¡Y los ojos! Iban a estallar.

Sabía que estaba en casa de los Belford, pero no podía recordar demasiado del trayecto hasta allí. Se había acostado nada más llegar, con la voz melodiosa de Amanda, dándole la bienvenida a Thronsfield.

En seguida había sucumbido al cansancio. Solo deseaba volver a dormirse y olvidarse de la realidad.

La acosaron sueños demasiado vívidos e inquietantes. Su padre alegre y carcajeándose de su buena fortuna, la mano de Robert asiendo su muñeca con fuerza, con demasiada como para que ella pudiera huir. Sus ojos, azules y fríos, dominando un rostro bello, pero de expresión cruel, salpicado por la lluvia.

¡Oh! Su humillación bajo la lluvia. Empezó a revolverse en la cama sin ser consciente de ello, deliraba mientras seguía atrapada en aquel sueño que la hacía revivir una y otra vez la trampa cruel del destino.

Se había humillado.

Había suplicado, ¿y para qué? Para que lord Belford aceptara atarla a él, encerrarla en aquella opulenta mansión llena de espinas y un dragón cruel que no dudaría en deshacerse de ella.

Cuando volvió a abrir los ojos, su mirada se enfocó en las ventanas de su habitación. Estaba oscuro afuera, la lluvia y el viento sacudían los cristales, y una figura negra se desplazó por uno de los lados de la cama. No la reconoció hasta que se acercó. Sus ojos agrandados por la rabia, sus labios apretados.

¿Una pesadilla?

—Jamás serás la señora de esta casa —las manos de esa mujer en su garganta, la falta de aire. Se asfixiaba—. He luchado demasiado para dárselo todo a mi hijo. Y tú no vas a quedarte nada.

Luego, de nuevo la inconsciencia.

Se despertó de nuevo, aunque no del todo.

Calor y más calor. Ardía.

Escuchó su propio gemido. Las sábanas, el empapado camisón… sentía como si miles de hormigas recorrieran su piel, para clavarle las mandíbulas. Luego, todo ardía nuevamente.

—No, Livia —Una voz suave la trajo de nuevo a la realidad—, tranquila.

Gimió, y parpadeó confusa.

A través de sus párpados entrecerrados vio a Robert, sentado junto a ella, sobre la cama.

Tenía la boca seca y él le dio de beber, para después acariciarle la frente, su rostro. Cerró los ojos y volteó la cabeza. Flotaba en un sueño extraño. Sentía la caricia del hombre que tanto la odiaba y lejos de sentir repulsión, su contacto era un bálsamo.

—Por favor —suplicó, como si él tuviera la clave para sacarla de ese infierno.

Movió las piernas adoloridas y una suave caricia la refrescó, desde los tobillos hasta las rodillas. Subió por sus muslos hasta su vientre y sus pechos.

—Shhh, no hables. Todo irá bien.

El frescor en su cuello la alivió. En su pecho, apenas cubierto por la camisola empapada en sudor, también sintió el bienestar de esas húmedas y frescas caricias. Movía las piernas sin parar. Le dolían tanto, le dolía tanto la espalda, cada músculo de su cuerpo.

Unas manos fuertes sujetaron sus muslos, para después refrescar sus piernas con otra caricia… y Dios, ella gimió de puro placer. El paño le enfrió de nuevo la nuca, la frente, las mejillas, fue en ese instante que abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó apenas sin voz.

Tenía el camisón abierto, pero sus pechos seguían bajo la nívea tela del camisón. Vio a Robert acariciar su esternón con un paño húmedo.

Los ojos azules la miraron un instante, pero sus manos no pararon de moverse por su cuerpo.

—Descansa, la fiebre ya está bajando.

Pero a ella no se lo parecía. Se sentía morir.

Escuchó el sonido del agua junto a su cabeza cuando volvió una vez más a refrescar el paño y pasarlo por su cuerpo dolorido.

Y poco a poco volvió a quedar en la inconsciencia.

—Perdóname.

Pero aquella palabra se perdió en la penumbra de la habitación sin que nadie la escuchara.

Capítulo 26

Días después, Amanda se escabulló de la casa. La mañana amaneció radiante después de la tormenta, y aunque había disfrutado de la compañía de sus hermanos durante el desayuno, disfrutaría mucho más de la de David Chambers que había regresado a casa para un largo permiso.

Amanda odiaba que David se hubiera alistado en el ejército, sabía que era peligroso y lo constató cuando Rose le informó que su cuñado estaba muy mal herido. Por fortuna se iba recuperando, ya en Rosewood House. Ella temía que algún día fuera David a quien trajeran malherido, por eso tenía que sacarle de la cabeza que intentara escalar en su carrera militar. Era mejor que se quedara con ella, en su plácida vida de campo y se ocupara… de lo que los terratenientes se ocupaban.

Deseaba tanto que estuviera a salvo, como que se casara con ella. Así no tendría que presentarse en sociedad, y podría quedarse allí, donde habían vivido siempre.

Puede que ese sueño aún estuviera algo lejano, pero de momento disfrutaría de las semanas que le quedaban por delante con él. Era una suerte que David fuera un héroe. Al parecer había salvado la vida de Frederick Knigth y se había ofrecido para estar a su lado durante su recuperación, eso era muestra evidente de su lealtad y bondad. Por eso Amanda estaba convencida de amarlo tanto. David era en todos los sentidos, perfecto.

Lo único malo de casarse con David, era que tendría que hacerlo también con su familia. Vivir en la misma casa que Edward Chambers, con sus estrictas normas, esa condescendencia, sus imposiciones…

—¡Oh! ¡Edward!

Era un buen hombre, o eso le decía su hermano Robert, y en verdad ella no tenía por qué dudarlo. Pero eso no quitaba que a ella le pareciera un hombre aburrido, dedicado a meterse en la vida de los demás, porque no tenía una propia.

Amanda se escabulló por la puerta de la cocina, y a pesar de las advertencias de la señora Piket, la cocinera cascarrabias, Amanda no paró de correr hasta la entrada de la finca. Siguió el pequeño sendero, donde los zarzales que crecían salvajes, impedían que se pudiera acceder al riachuelo que serpenteaba entre las propiedades de su hermano y la de los Chambers.

Su sonrisa se volvió más luminosa cuando pudo ver con total claridad, como las zarzas desaparecían de súbito y el terreno descendía suave, cubierto de hierba, hasta el estanque todavía propiedad de los Belford. Bajo el viejo árbol que antiguamente tuvo un columpio y donde ambos se habían hecho mil confidencias, la esperaba David.

—¡David!

—Llegas tarde —le espetó el joven, pero por su sonrisa, parecía no importarle.

Su mejor amiga trotó hasta él y se sentó a su lado, sin perder el buen humor. Como siempre que sucedían cuando se veían, Amanda empezó a contarle todo lo que había sucedido desde la última vez que se vieron, hacia tres días.

David estaba de permiso durante aquellas semanas. Al parecer debía cuidarse de informar a su superior sobre los avances de Frederick, que seguía postrado en cama, a pesar de que ya estaba de mejor humor.

Amanda le contó sobre la llegada de Robert, y que él no había venido solo. De hecho, lo había hecho con su prometida, ¡Livia! Lo que había sido toda una sorpresa.

—¿Va a casarse con la señorita Withman? —le preguntó David que no dudó en mostrar su asombro. Como amigo de los Knigth parecía ser muy consciente de su animadversión.

—Aún no puedo creerlo —le dijo la muchacha, apoyando su cabeza en el hombro de su amigo—. Y la que menos puede creerlo, es mi madre —soltó una risita malvada.

—Puedo imaginármelo.

—No la soporta —suspiró—. Pero me da igual, Livia es maravillosa.

David sabía del carácter que se gastaba Lady Marianne, y que siempre había querido la excelencia para su hijo. Que él finalmente heredara las tierras y el título de su padre, fue un triunfo para ella, a pesar de que eso había sucedido por la muerte del hermano mayor de Robert, hijo del primer matrimonio, y al que la mujer, dicho sea, solía manipular con bastante facilidad.

—Creo que le dijo a Robert que era una deshonra. Pero mi hermano se mantuvo firme. —Amanda lo dijo con orgullo. Le gustaba Livia y se alegraba del compromiso—. Robert aguantó muy bien la furia de mi madre.

David hizo una mueca. Lo cierto era que, a pesar de ser ya un hombre iniciado en la carrera militar, lady Belford podía intimidar a cualquiera. Estaba seguro de que no había sido nada fácil para Robert contradecirla.

—Quizás tu madre cambie de opinión cuando se casen.

Amanda lo miró y negó con la cabeza.

—Lo dudo.

—¿Crees que va a odiarla para siempre?

—No sabes cuanto —asintió Amanda—. Le dijo a Robert, que no podía creerse que cobijara a esa… —pareció dudar—, la palabra que empieza por…

—¿Por P? —David la miró incrédulo.

—No, por F.

—¿De Francia?

Amanda soltó una risotada muy poco digna de la hija de un lord.

—F de furcia —dijo en un susurro.

David silbó.

—Vaya, pues sí que esta tenso el ambiente en Thornsfield.

—Oh sí. Jamás vi enfrentarse así a esos dos. Luego madre rectificó y dijo al final que lo entendía. Que por algo era hijo de su padre. ¡Ahí, Robert gritó! —Amanda centró la mirada en el agua, pensativa—. Robert nunca grita a mamá. Por eso sé que todo este asunto es muy serio.

—Entiendo —dijo David, compadeciéndola un poco. Él no tenía padres, solo le quedaba su hermano Edward, pero pensaba que era mejor no tenerlos que tener que lidiar con lady Marianne.

—Y mencionar a papá… —dudó si continuar—. Madre nunca habla de papá, y cuando lo hace, no es jamás en buenos términos.

Al parecer, el padre de Amanda le había sido infiel a lady Marianne en innumerables ocasiones y aunque David no había escuchado hablar de ello a nadie, sí que era cierto que no dudaba en echárselo en cara a su hijo, tantas veces como podía.

David no tenía nada que decir. Por lo que había escuchado de su hermano Edward, sus padres tampoco tenían al fallecido lord Belford como alguien digno de admiración.

Sonrió cuando un pensamiento muy viejo cruzó por su mente. Amanda, de niña,

preguntándole lo que significaba la palabra infiel. Recordaba el bochorno de ese momento, así que se dispuso a decir que significaba ser un hereje. Pero ya conocía a su amiga y no tardó en enterarse que esa palabra tenía más de un significado.

—¿Y Robert qué respondió?

Amanda se quitó una hoja de la falda de su vestido de paseo.

—Jamás lo había visto tan furioso. No le gusta hablar de papá. No fue un hombre bueno —sentenció—. Luego mamá dijo que ojalá nuestro hermano mayor no se hubiese muerto. Y Robert le gritó que desde luego él hubiera sido más feliz. ¿Es posible que eche de menos la vida militar?

—Es posible.

—Pues no lo entiendo —dijo haciendo girar la hoja entre sus dedos.

David la miró de reojo, como si viera a la niña que siempre había sido, su mejor amiga, la persona que mejor lo comprendía.

—Lo sé —dijo más para sí que para ella. Amanda no entendía su pasión por ser oficial, y ya había perdido la esperanza de que lo entendiera alguna vez.

A Amanda se le llenaron los ojos de lágrimas y su amigo la tomó de la mano, para darle valor.

—Eh, todo saldrá bien.

—Ya —se encogió de hombros—. En el fondo no sé porque me pongo así. Si me alegra mucho que Livia esté en casa, pero no quiero ver sufrir a Robert, no se lo merece. En el fondo es un ogro bueno.

—¿Existen de esos?

—Por supuesto —se reclinó contra su pecho y respiró hondo.

En brazos de David se sentía a salvo, segura. Era terreno conocido y eso estaba bien. Era hogar, familia.

—¿Y cómo está ahora la señorita Withman?

—Livia sigue en cama —dijo Amanda, apenada por el estado de su amiga—. Arde en fiebre.

—¿En serio?

Amanda asintió, con preocupación.

—Según parece, pasó mucho tiempo bajo la lluvia cuando…

—¿Cuándo?

—Cuando fue a ver a Robert para pedirle matrimonio.

David abrió los ojos como platos y se apartó un poco de ella para mirarle a la cara.

—¿Es eso de dominio público? —preguntó sorprendido, David.

—Espero que no. Yo me enteré cuando mi hermano se lo contó a mi madre —Amanda hizo una mueca—. De verdad no entiendo la obsesión de Robert de contárselo todo, pero gracias a eso, sé lo que sucedió.

—Entiendo… así que Livia Withman le pidió matrimonio a Robert Belford.

—Extraño, ¿verdad?

David asintió y cuando Amanda abrió la boca para seguir hablando, escuchó con mucha atención.

—Creo que Robert quiso casarse con Livia. Es más, creo que le gusta.

—No puedo creerlo.

—Sí, es cierto. Me da la sensación de que le gusta, pero sabe que mamá nunca la aceptará, por eso está tan furioso. Tú no los has visto juntos.

—¿Y tú sí?

—Un par de veces —se apresuró a decir Amanda—. Y sé como la miraba, y también sé como Livia lo miraba a él y después se negaba en redondo a hablar de sus sentimientos para con mi hermano.

—Quizás porque lo odiaba y tú eres su hermana.

—O porque lo amaba y le daba vergüenza confesarlo.

—Amanda —se burló David—, eres una niña muy romántica.

—No soy una niña —lo pellizcó en el brazo, y esa fue muestra suficiente para él de que su amiga seguía siendo esa niña rebelde que trepa a los árboles, aunque le hubieran alargado el dobladillo de los vestidos.

—Bueno, aunque… —se animó a decir pensativa—, es cierto que Robert y Livia, siempre se miran mal. ¡No entenderé nunca el amor!

David soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—Continúa, cuéntame sobre esa proposición —la apremió, antes de que divagara de nuevo.

—Pues creo que el señor Withman obligó Livia a ir con mi hermano. A pedirle, ya sabes, que se casara con ella. Pero lo hizo justo durante una tormenta —se extrañó Amanda—. ¿Quién va de visita en plena noche y lloviendo a cántaros?

David empezaba a darse cuenta de porque querían apresurarse con la boda, pero al parecer, Amanda no.

—¿Eso también lo sabes por la discusión de Robert y tu madre?

—¿Por ellos? —hizo una mueca como si no entendiera de donde había sacado esa conclusión —. No, lo sé por los sirvientes.

—Por supuesto —ser rio David. Era lo más lógico.

—Jonathan y el viejo John, llegaron desde Londres, con todo el equipaje, después de que lo hicieran mi hermano y Livia. Entonces yo escuché de casualidad, cuando pasaba por la cocina…

David la miró fijamente y carraspeó.

—¿Sí?

—Bueno, escuché tras la puerta —dijo como si no se avergonzara lo más mínimo.

David rio con fuerza. Amanda escuchando chismes del servicio detrás de las puertas. Hay cosas que jamás cambiarían.

—Entiendo.

—Oí que Livia se había arrodillado para pedirle matrimonio a Robert ¿No te parece romántico?

El joven oficial suspiró. ¿Debía abrirle los ojos a esa muchacha y decirle que más que una petición romántica, era una humillación en toda regla? No, pensó que sería mejor que descubriera la crueldad del mundo, lo más tarde posible.

—¿Dijeron algo más?

Ella asintió.

—Que la pobre Livia estaba empapada cuando Robert la entró en brazos a la casa. Tuvieron que llamar al médico, pero se recompuso. Pero al parecer no demasiado, porque al llegar a aquí, hace un par de días, volvió a caer enferma.

—¿Y ahora está bien?

—No demasiado. Despertó ayer, delirando. El médico dijo que está débil como un cervatillo recién nacido, pero fuera de peligro. —Amanda cerró los ojos, abochornada— ¡Hubieras visto la cara de mi madre! Siento afecto por ella, porque es mi madre, pero a veces me da miedo.

—¿Por qué lo dices?

El semblante de la bella muchacha se ensombreció un poco.

—Pienso que se hubiera alegrado más de tener a Livia en las puertas de la muerte y deshacerse de ella, a tener que soportarla como nuera.

—No digas eso. —Es lo que dijo David, pero estaba convencido de que Amanda tenía razón —. Mejor será pensar en lo mejor. Se recuperará muy pronto, y sobre tu madre… no puede ser tan mala.

Ambos sabían que era una mentira piadosa y se quedaron en silencio, mirando al cielo.

—¿De verdad crees que la señorita Withman se casará con tu hermano? Quizás huya como su hermana si es un matrimonio impuesto.

—Sí, se casarán —dijo muy convencida.

—Entonces, quizás esa sea la parte mala de sobrevivir.

Amanda le dio un golpe en el brazo, como si no debiera de decir esas cosas.

—Acabarán por llevarse bien.

—¡Pero si se odian!

—Eso da igual, David. Con el tiempo las cosas se ponen en su lugar. Se llama destino.

—Entiendo. —Pero ciertamente, no entendía nada.

—Hablo en serio. No la compadezcas, se recuperará y se casará con mi hermano.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —dijo Amanda, y no había ni un atisbo de duda en su voz—. Livia es una de las mujeres más fuertes que conozco. Ella y Maranta. —Abrió la boca acordándose de pronto de su amiga—. ¡Maranta! Le he escrito una carta para tranquilizarla, pero no la he echado al correo. Creo que va a presentarse aquí en cualquier momento. Quiere mucho a Livia, pero Robert dijo que no pudo viajar con ellos porque su sobrino se puso enfermo. Así que quizás tarde un poco más de lo deseado. Seguro que está preocupadísima.

—Pareces conocerlas muy bien.

—Oh, tenemos un club de lectura, pero… no se lo digas a nadie, ni a mi hermano, ni a tu hermano Edward —hizo una mueca al mencionar a este último—. Ya saben lo que opinan de que las mujeres pensemos.

—Edward no es así. —David se vio obligado a defender a su hermano.

—Si tú lo dices. —Por supuesto, Amanda no se creía nada.

—¿Por qué piensas tan mal de Edward? —preguntó contrariado y aun así riendo ante la cara de pocos amigos que ella lucía—. Como si estuviera en contra de que las mujeres leyeran, si tiene la biblioteca más grande del condado.

De igual modo Amanda hizo una mueca.

—Es que es muy amigo de Robert, y siempre se chiva de todo lo que hago.

David soltó una sonora carcajada.

—Es que a veces te dejas llevar y te pones en peligro.

—Oh, perdóname usted por querer nadar en el rio, o montar a caballo sin silla.

—Lo dicho, te pones en peligro.

No le gustó nada que su amigo del alma se pusiera en su contra. ¿Qué le había pasado? Iba a ser cierto que la vida militar lo estaba cambiando. Ojalá se diera cuenta de que ese no era su sitio y que regresara a casa, cerca de ella. Lo echaba terriblemente de menos.

—No te enfades. Si quieres yo te llevaré a montar a caballo y te dejaré nadar en el río.

Ella resopló.

—No tienes que “dejarme” hacer esas cosas… las haré yo solita, sin ti, ni tu ayuda.

—¡Esta bien! —David puso los ojos en blanco y se reclinó contra el tronco del árbol, entrelazando sus manos en la nuca.

Amanda se esforzó por cambiar de conversación, y que él le contara acerca de su vida militar. Le ocultaba algo, estaba segura, pero la miraba con el cariño con que siempre la había mirado, y eso bastaba.

Se rieron un rato cuando Amanda intentó pellizcarle. Pasados unos minutos ambos estaban serenos y tranquilos, disfrutando de la quietud del estanque.

Amanda suspiró entrelazando la mano con la de él, y David se la apretó con fuerza, para después chasquear la lengua. No podía tomarse confianzas con ella, ya no. No porque la gente pudiera hablar, que era muy probable que lo hiciera, sino porque Amanda era demasiado fantasiosa, ya estaba convencida de que se casarían cuando él le había dicho mil veces que no era así. Tomarla de la mano o acariciarle el pelo, no era buena idea. Y para muestra, ella se entusiasmó con el gesto cariñoso de ambas manos entrelazadas y él se vio obligado a apartar la mano con rapidez. Pero era demasiado tarde. Amanda se enganchó a su brazo y lo miró como quien mira a un dios de oro.

—Amanda… —resopló su amigo.

—¿Qué? —Amanda no borró su sonrisa, ni dejó de mirarlo embelesada, a pesar de que él terminó el contacto.

—Nada. —Tuvo que reírse.

Amanda siempre sería tan… espontánea.

—Sigue hablándome de como están las cosas por ahí. Debo visitar a Frederick y la esposa del coronel Knigth querrá saber noticias.

Por supuesto, Rose pediría por su amiga. Lástima que con su avanzado estado no le estaba permitido salir de casa. El coronel se volvería loco, y de seguro Rose no querría lidiar con el berrinche de un hombre adulto.

—Sí, dile que el doctor le ha dado unos tónicos para la fiebre —entonces recordó algo más—. Y que mi hermano vela por ella.

—¿De veras? —Eso pareció sorprenderle— ¿En que sentido?

—Por la noche la visita.

—Oh, Dios. —Las mejillas de David se encendieron, pero al parecer Amanda no veía nada malo en que un hombre adulto visitara a solas a una mujer en su cama, quien sabe si medio desnuda.

—¿Qué sucede?

—Nada en absoluto —mintió.

—Sí, eché un vistazo por el ojo de la cerradura.

—¿Y? —David tenía los ojos abiertos como paltos y Amanda le sonrió.

—Nada, solo intentaba bajarle la fiebre.

—Oh, eso le honra —se relajó David.

—Aunque no sabía que para ello tenía que desnudarla.

David se puso en pie de inmediato.

—¿Qué?

Amanda se levantó para ponerse frente a él y mirarlo con la devoción de siempre.

—No desnuda, desnuda. Solo le abrió un poco el camisón para refrescar su piel.

—Oh, Amanda —David cerró los ojos—. En verdad eres una niña.

—¡No soy una niña! Y creo saber lo que estás pensando, pero mi hermano no se aprovecharía

de Livia, para nada. La estaba ayudando. Y de hecho al día siguiente se sintió mejor. —Chasqueó la lengua, molesta—. No es que yo sea una niña, es que tú tienes muy malos pensamientos, David Chambers.

—Como gustes. Pero no es decente quedarse a solas con una dama…

—¿Cómo nosotros ahora?

—¡Oh! ¡Amanda! —se puso con los brazos en jarras—. Pues igual tienes razón, no deberíamos volver a vernos a solas.

La expresión de la muchacha era de completo terror.

—¡No lo dices en serio!

—¡Quizás sí!

—¡David! —lo empujó y él tuvo que abrir los brazos para recuperar el equilibrio. Amanda era inquietantemente fuerte.

—¿Estás loca?

—No vuelvas a decir eso.

—¿Qué estás loca?

—¡No! Que no vamos a volver a vernos a solas.

—Sería lo decente. Las parejas llevan chaperona.

—¿Somos pareja? —Sus ojos brillaron.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Sí lo sé —Hundió los hombros—, pero ¿delante de quién quieres que nos veamos? —Antes de que su amigo pudiera responder, Amanda alzó el dedo índice y lo señaló para que callara—. No digas tu hermano.

El empezó a reír.

—Edward sería una excelente carabina —dijo mientras hacía que se escucharan sus carcajadas.

Amanda lo persiguió con el puño en alto y él no se dejó atrapar.

—Puedes hacer las bromas que quieras, pero tú y yo seremos marido y mujer algún día —dijo, muy decidida. David paró de correr y la miró con ternura.

—Amanda…

—Es así. Y me da igual lo que piense tu hermano —se enfurruñó.

—¿Y lo que piense yo?

Los ojos le brillaron por la tristeza que le provocó el rechazo.

—Te haría feliz. No digo que nos casemos ahora. Ve con tu regimiento, mientras me hago más mayor puedes jugar a ser soldado. Yo te esperaré —su tono era firme, lleno de convicción —. Y si no quieres dejar esa vida… yo podría ir contigo.

David no quería herir sus sentimientos, pero es lo que haría si no se alejaba de ella. Había razones poderosas por las que no iban a estar juntos, pero no podía hablarle de ellas, todavía no.

Se alejó unos pasos de ella.

—Tengo que irme.

—¡Pero si es muy pronto! —La desilusión se dejó ver en su rostro.

—Acabo de acordarme… que mi hermano quiere que le ayude con unas cosas.

Ella frunció el ceño.

—Edward es un aguafiestas —lo dijo arrugando la nariz. Como si todos los males del mundo fueran por culpa de su mezquindad—. Prométeme que volveremos a vernos. ¿Vendrás mañana a cenar?

—Mejor improvisemos.

—Como quieras —se encogió de hombros—. Pero nos vemos mañana.

Amanda esperó un beso en la mejilla, pero David salió corriendo después de darle un toquecito en la nariz con el dedo índice.

Ella se quedó embobada viéndolo correr por los campos, rumbo a la mansión de los Chambers. La vida sería maravillosa cuando por fin fuera su esposa.

Suspiró dando vueltas sobre si misma, y entusiasmada por el futuro que se estaba imaginando.

***

Al volver a casa, lo primero que hizo Amanda fue dirigirse hacia la habitación de Livia. El médico le había ordenado mucho reposo.

Mientras avanzaba por el lujoso recibidor, todo le pareció demasiado tranquilo. Al parecer a su madre le había dado una fuerte migraña, así que cerrar las cortinas y que solo se escuchara el sonido de la mansión respirar, era lo habitual.

Se escabulló hacia la planta de arriba, y al minuto siguiente, Amanda entró en la habitación y se acercó a la cama sin hacer ruido.

Parpadeó al ver el rostro sereno de su amiga. Le tocó la frente, ya sin calentura y suspiró aliviada mientras juntaba las manos sobre su pecho. Se quedó allí esperando que se despertara. Miró las cortinas medio echadas, y después las bonitas flores que había recogido el día anterior para ella. La joven aspiró el dulce aroma de las rosas, que estaban perfectamente colocadas en un jarrón de estilo japonés, sobre a la mesilla, junto a su cama. Acarició los blancos pétalos, y cerró los ojos para recordar el aroma del campo en primavera. Pronto volvería el buen tiempo y podría correr por el prado. Solo esperaba que David estuviera allí para poder disfrutar más de la estación de las flores.

Su regimiento en Nottingham estaba demasiado lejos como para que ella pudiera escaparse para verle. Su hermano Robert, no se lo permitiría y si lo hiciera sin permiso, jamás la perdonaría. Cuando se marchara de nuevo, tendría que conformarse con las cartas, más bien escasas, que le escribía David. Y con otras tantas que escribía para su hermano. El insoportable y altanero Edward Chambers, se apiadaba de ella y le permitía leer la correspondencia cuando David no había escrito nada personal que fuera dirigido solo para él.

Miró a Livia, quería que se despertara, que fuera su hermana al casarse con Robert y así contarle que iba a casarse con su vecino, y el amor de su vida. Sonrió con dulzura.

¿Estaba enamorada de David?

No lo sabía. ¿El amor era eso? ¿Echar de menos la diversión y los momentos de paz que otro te proporcionaba? Porque algo sí sabía, echaba de menos a David, tener a alguien con quien hablar de temas que le interesaban como los libros, las estrategias militares de Wellington o las rutas comerciales hacia la India. Rutas que desde siempre había recorrido con sus dedos infantiles, en el gran atlas que Edward Chambers, tenía en su antigua biblioteca.

¡Oh! ¡Y que biblioteca!

Solo por una biblioteca así, Amanda sabía que el gruñón de Edward podría encontrar a una mujer capaz de cometer el sacrificio de casarse con él.

Soltó una risita ante su propia ocurrencia.

Amanda dio un respingo al ver que la señorita Withman volvía en sí.

—¡Livia! ¿Cómo estás? —se sentó inclinó sobre ella y volvió a tocarle la frente con el dorso de la mano—. ¿Sigues con calentura? Yo creo que no.

—Oh, Amanda. Hola. —Le dolía hasta pestañear.

La chica se echó a reír.

—Menudo espectáculo has montado, querida. Mamá casi se desmaya cuando Robert le dijo que iba a casarse contigo.

Livia aún no se atrevió a abrir los ojos del todo. Le dolían demasiado los párpados.

—¿Cuántos días llevo aquí? —gimió.

—Apenas tres, pero estás tan pálida… —llamaré a Tess para que te traiga algo de comer.

—No, no…

—Tienes que comer —dijo Amanda, preocupada—. Mamá te da unos tónicos desde que llegaste, pero ayer te sentaron tan mal… Te pones más pálida que una muerta y echas todo lo que tragas.

Amanda miró la mesilla y vio el frasquito que su madre había preparado para esa mañana.

—No quiero que lo tomes más. Es obvio que te caen fatal. —Amanda retiró la tapa del frasquito y lo olió. Sacó la lengua, una señal inequívoca de que no tenía buen olor, y Livia sabía que aún menos buen sabor—. Definitivamente, esto no puede ser bueno.

Tiró el contenido en el florero y lo rellenó de agua que había en una jarra. Así, si su madre lo veía, no sospecharía nada. También le llenó el vaso y le dio de beber.

—Toma un poco de agua —le dijo, acercándoselo a la boca.

Livia no tuvo más remedio que obedecer, su garganta estaba completamente seca. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero la fiebre iba menguando.

Dejó el vaso en manos de Amanda, y le sonrió acurrucándose de lado de espaldas a la ventana.

—Descansa.

A Livia, le asaltaron imágenes de alguien cuidando de ella y refrescando su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó arrastrar de nuevo por el sueño.

No iba a seguir pensando en Robert Belford, y en que quizás no fuera el ogro que ella creía.

Capítulo 27

Días después, Robert estaba frente a las puertas dobles de madera del dormitorio que la señorita Withman estaba ocupando en Thornfields. A decir verdad, llevaba diez minutos ahí parado, sin decidirse a entrar. Podría ponerse infinidad de excusas a sí mismo, pero la realidad era que no quería enfrentarla. No en esos momentos.

No podía negar su preocupación.

Estaba convencido de que la señorita Withman estaba descansando, quizás Amanda la habría visitado. Dudaba mucho de que lo hiciera su madre, pero no perdía la esperanza de que ella se diera por vencida y aceptara a su prometida.

Cerró los ojos y apoyó ambas manos sobre los paneles de madera.

Su prometida… apenas podía creerlo.

Y tras las circunstancias de lo sucedido, tampoco podía negar que se sentía culpable. Cierto, Livia era intratable, y lo sucedido con Belinda, imperdonable, pero cuando decidió su venganza, jamás deseó que su salud se viese comprometida, como así había sucedido.

Había escrito a Anthony, contándole todo lo que había acontecido, pero no había obtenido respuesta. Ahora más que nunca necesitaba un amigo, y… estaba retrasando tanto como podía el encuentro con Lyonel. Estaba furioso la última vez que lo vio. El coronel había insistido en que se llevaría a Livia a casa, con Rose, para honrar el decoro. Pero Robert no se lo había permitido.

—¿Y tú dices ser un caballero?, ¿qué demonios pretendes? —le había espetado Lyonel. Pero a pesar de ver a ojos de su amigo, no transigió. Livia se quedó con él, y ni siquiera había escrito para preguntar por Livia. Aunque suponía que Amanda habría encontrado el modo de informar sobre la salud de Livia a sus vecinos.

Decidido, Robert sbrió los ojos y se puso una mano en la manilla. No podía retrasar por más tiempo la conversación con Livia, ahora que sabía que estaba más recuperada, era hora de hablar del futuro.

Llamó con los nudillos, y para su sorpresa, una voz femenina y bastante clara le animó a entrar.

—Pase.

Cuando pisó la bella alfombra del dormitorio, sus ojos quedaron fijos en la cama. No había nadie con Livia, por lo que Robert, optó por abrir la puerta del todo y carraspear algo incómodo.

—Señorita Withman. —Se adelantó un par de pasos.

El día era claro y por las cortinas descorridas entraba el sol de la tarde, cada día más reluciente, cuando el tiempo no les amenazaba con lluvia. Ya estaban en primavera.

—Espero que se encuentre mejor.

—Estoy bien, gracias. —Por el tono que empleó Livia, supo se encontraba fatigada, pero parecía que lo peor había pasado. Era un alivio. No obstante, Robert no pudo librarse de su mal humor.

Cuando se atrevió a mirarla, ella llevaba una sencilla bata blanca, sobre su camisón. Su espalda permanecía reclinada sobre grandes almohadones y en la mesilla de noche había varios libros que seguramente Amanda le habría llevado para su esparcimiento.

—Veo que disfruta de la lectura.

Fue en ese momento cuando los ojos de ambos de encontraron. Livia no apartó la mirada y él tampoco, se vio forzado a alzar la cabeza. No desafiante, pero sí en un gesto que le dejó claro que debían poner las cosas claras.

—Dudo que haya venido hasta aquí para preguntarse sobre mis hábitos de lectura —dijo Livia, tajante.

Robert, asintió,

—Tiene razón, no he venido por eso —Carraspeó aclarándose la garganta—. Quería empezar diciéndole que lamento mucho que su estado de salud se haya visto afectado por… —paró y volvió a mirarla a los ojos. Ella no dijo nada. No se lo pondría fácil—. Lo lamento, y me alegro de que esté prácticamente recuperada.

Unos segundos más de incómodo silencio y ella le respondió, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Gracias… supongo.

Había enfermado porque se había tenido que arrastrar hasta su casa, bajo la lluvia. Y luego de nuevo a casa de su padre, para ver lo orgulloso que estaba de ella, lo contento que estaba porque ella había decidido sacrificarse… Mejor no pensarlo, se le saltarían las lágrimas de impotencia. Por no mencionar que, una vez más, lord insufrible la había arrastrado a su casa de campo, hasta que su cuerpo había colapsado.

No recordaba mucho de los primeros días, solo pesadillas sin sentido. La voz amable de Amanda… y quizás alguna visita de lady Mariane, aunque estaba segura de que no habían ocurrido, al menos no fuera de sus sueños delirantes. ¿Y él?

Miró a Robert Belford y tragó saliva. No le sostuvo por más tiempo la mirada antes de que sus mejillas se sonrojaran. ¿También había soñado sus atenciones? ¿Un paño húmedo recorriéndole el cuerpo, su voz suave, calmándola?

Carraspeó incómoda y respiró hondo.

Enfurruñada, se acomodó la colcha sobre las piernas.

Robert respiró hondo por la nariz y se tranquilizó lo suficiente para ordenar sus ideas y encontrar las palabras para decir lo que quería expresar. Cuando iba a abrir la boca para contar sus planes, Livia lo interrumpió.

—¿Por qué ha hecho todo esto? —preguntó Livia con la cabeza vuelta hacia la ventana. Era lo mínimo que podía preguntar, ya que había llegado la hora de hablar con la verdad.

Él también carraspeó.

—No sé a qué se refiere.

—¿Ya no va a tutearme? —dijo furiosa, pero sin alzar la voz—. Hasta creo que me llamó por mi nombre cuando me desmayé por su crueldad.

—Yo… —empezó por decir Robert apretando los puños, pero al final guardó silencio intentando escoger las palabras.

Debería tratarla con la familiaridad con la que trataría a su esposa. Sí, ignoraría su lengua afilada hasta que se recuperara lo suficiente para imponer su voluntad, sin sentirse culpable.

Robert estaba a los pies de la cama, agarró uno de los postes de madera con una mano hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Aunque fingía estar tranquilo, lo cierto era que no lo estaba. Apartó la mirada de la ventana y volvió sus ojos hacia la puerta abierta. Dio un paso atrás, como si estuviera demasiado cerca de la cama, de ella, aunque en realidad no lo estaba.

Robert se paseó por la habitación, intentando escoger las palabras. A pesar de que hizo un gran esfuerzo por no mirarla, terminó por hacerlo. No le gustó lo que vio. No pudo dejar de apreciar lo consumida que estaba. Había adelgazado desde aquella noche bajo la lluvia. Sus

mejillas se habían hundido un poco más y no quiso recordar lo holgado que le quedaba el camisón cuando intentó que le bajara la fiebre, aplicándole compresas frías.

—¿No va a responderme? —La pregunta de Livia lo sacó de su trance. Livia sintió el latido de su corazón en sus sienes. Lo miró a los ojos por primera vez desde que se había arrodillado ante él, aquella noche lluviosa. Y Robert le devolvió la mirada— ¿Por qué fuisteis a ver a mi padre?

Robert respiró hondo antes de responder. Se tomó su tiempo, tanto que ella pensó que no lo haría.

—Para obligarla a venir a mí.

Por supuesto que no le sorprendió su respuesta. Sin duda había sido algo premeditado, uno no cruza el país para llegar a Londres y hacer una visita en la cárcel. Lord Belford viajó sabiendo exactamente cual era su objetivo: hablar con su padre para obligarla a que se humillara ante él.

—¿Tanto me odia?

Esa pregunta le laceró el corazón. Y su respuesta fue sincera.

—Yo no la odio señorita Withman.

Ella se rio dolida.

—Tiene una bonita manera de demostrarlo.

Robert apretó los dientes.

—Quizás me dejé llevar…

—¿De veras? —lo interrumpió, dolida—. No me diga.

Cuando sus miradas se volvieron a cruzar de nuevo, los ojos azules de Robert parecieron advertirla que no iba por muy buen camino si lo que quería era llevarse bien con él.

—Siempre esa boca irrefrenable.

Ante las palabras de Robert, ella intentó permanecer callada. Lo intentó.

—Nadie ha conseguido humillarme de la forma en que lo ha hecho usted. No insulte mi inteligencia diciendo que no era lo que pretendía.

Un pesado silencio cayó entre ellos. Pero más pesada fue la mirada de él, que se negó a moverse de su rostro, de sus ojos, de su cuerpo escuálido.

Se sentía culpable, pero no era eso lo que le iba a decir.

—Lamento la humillación, pero ésta, estaba encaminada a un fin.

Oh, por supuesto, los hombres como él siempre tenían que controlar el destino de las mujeres, ¿no era así? Lord Belford, en su mente, estaba absolutamente convencido de que había obrado con justicia. Puede que él pensara eso y que no pudiera hacerle cambiar de opinión, sin embargo, ella no iba a callarse la suya.

—¿Y el fin era humillarme un poco más para que me case con usted?

Robert no soportó su mirada, justificadamente llena de reproche.

Se dio la vuelta y empezó a andar por la habitación.

—¡Sí! Aunque no sé cómo casarse con un lord puede ser una humillación para una joven sin porvenir, ni más atributos que una lengua afilada y un cuerpo escuálido.

Se mordió la lengua al hablar de su cuerpo, pero ella notó su incomodidad.

—Mi cuerpo está así de escuálido por usted y sus artimañas para despojarme de toda dignidad, así que me abstendría de hacer cualquier comentario…

—¡Basta! —Robert explotó— Su cuerpo está así por las acciones de su hermana.

—¡Ella no quería casarse con usted! Y tenía todo el derecho a elegir su destino.

Robert abrió la boca, aún más ofendido de lo que creía capaz. Apretó los dientes y se acercó

al cabecero de la cama para inclinarse sobre ella.

—Belinda estaba muy predispuesta a casarse conmigo hasta que usted intervino.

—¡Yo no hice…!

—No insulte mi inteligencia.

—¡No lo hice! Pero ojalá lo hubiera hecho. En vista como me ha tratado, como es capaz de usar todo su poder para aplastar a alguien más débil, más insignificante, más pobre…

—Pare de una vez —se apartó de ella mesándose los cabellos, furioso más consigo mismo que con aquella mujer que no podía parar de decir lo que pensaba— ¿Por qué demonios lo tergiversa todo? ¿Qué quiere escuchar de mí?, ¿qué me equivoqué?, ¿que no son las formas con que un caballero toma venganza de una ofensa? Lo lamento, obré mal, pero me justifico.

¿Qué diablos estaba diciendo?, ¿Que se justificaba? Livia sintió unas ganas irrefrenables de gritarle, y no sólo eso, de lanzarle el libro que Amanda le había traído, un enorme volumen de la Iliada. Pero no se sentía con fuerzas, ni malgastaría sus energías en ello.

—No he tergiversado nada —respondió Livia, con la calma que precede a una gran tormenta —. Me he limitado a exponer los hechos. ¿Se equivocó? Sí. ¿Que no se ha comportado como un caballero? Por descontado. ¿Reconoce que obró mal? Enhorabuena, pero, ¿se justifica? Oh, no me sorprende en absoluto, lord Belford.

En efecto, esas palabras hicieron más mella en Robert que un grito. Así mismo, jamás iba a reconocerlo. ¡Jamás!

—Por supuesto —espetó, apretando los dientes y acercándose a la cama, hasta situarse a su lado para verla mejor—. Me humilló de la peor forma en que se puede ofender a un hombre como yo. ¿Que si quería venganza? ¡La quería! Pero eso no significa que esté orgulloso de como…

—¡No se atreva a decirme que le doy lástima! —El mentón de Livia temblaba y sus ojos rebosaban de lágrimas no derramadas, pero se negaba a que ese petulante insufrible se apiadara de ella.

Robert se apartó de nuevo, apretó las mandíbulas y después situándose a los pies de la cama, agarró ambos postes de madera con fuerza, inclinándose hacia delante para que le viera bien. Su rostro se endureció.

—No me da lástima.

En efecto, así era. No era lo mismo sentir lástima que sentirse culpable.

—En el fondo me lo imagino —dijo ella—. Al fin y al cabo, pensaba humillarme con esa petición extraña a mi padre.

No lo negó.

—Es lo que pretendía.

Livia se mordió la lengua y volvió a mirar por la ventana.

—Entiendo —dijo, soltando el aire que había retenido en los pulmones— ¿Y ahora qué? ¿Le dirá a mi padre que es una farsa?, ¿que nunca tuvo intención de casarse conmigo y que solo quiso arruinar mi reputación? De nuevo, he de darle mi más sincera enhorabuena, pues esto también lo ha logrado.

Hubo un largo silencio, mientras él esperaba a que ella lo mirara. Cuando lo hizo, su expresión no reflejaba sus pensamientos.

—Entiendo que crea eso. Pero si la hubiera querido solo humillada ante mí, se lo habría dicho: “Arrodíllese y pídame perdón, y yo sacaré a su padre de la cárcel” —se rio con amargura —, pero no lo hice, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —Livia parpadeó, confusa. ¿Qué quería en realidad de ella?

—No. No lo hice. Lo que le pedí a su padre fue que usted debía pedirme en matrimonio.

—Una mayor humillación.

Robert alzó la comisura de la boca, con una sonrisa extraña que ella aún no le había visto con anterioridad. Se alejó unos pasos de la cama, y se dio la vuelta para marcharse.

—Tómeselo como quiera.

Livia lo miró furiosa y golpeó el cobertor de la cama con los puños, sin desviar su atención de él.

—¿Y ya está? —le preguntó, alzando la voz, obligándolo a detenerse—. ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

Robert se quedó parado junto a la puerta. Sabía que hablar ahora sería abocarse a decir cosas que no pensaba, o que pensaba y sabía que no debía decir.

—Saca lo peor de mí, señorita Withman. Y aun así…

Seguía de espaldas. Dudó en darse la vuelta, porque si la miraba de nuevo…

—¿Se casará conmigo? —oyó su voz, cargada de rencor y de miedo, a partes iguales.

Él no respondió enseguida, pero asintió.

—Lo haré —su cuerpo seguía parado frente a la ventana. Se giró lentamente, con la cabeza baja para mirarla sin rencor—. Usted dice que quería humillarla ante todos, pero no es cierto. Solo quería humillarla ante mí. Aunque no lo crea, no soy hombre que va arruinando la reputación de una dama, por muy afilada que esta tenga su lengua. —La miró respirando hondo, ni él podía creerse las siguientes palabras—. Quizás podría haberme apiadado, sucumbido a sus suplicas de dejarla marchar. Pero…

—¿Pero?

—La vieron de noche, frente a mi puerta. Imposible que su reputación no esté corriendo de boca en boca por todas nuestras amistades de Londres.

Ahora sí que las lágrimas cayeron por el rostro de Livia, pero en silencio. Se las limpió rápidamente y con rabia. No le quedaba más remedio que ser la esposa de lord insufrible. No tenía opción.

—Lo siento.

Ella lo miró sin creerle.

—No me tenga lástima, si se casa conmigo…

—Cuando me case con usted —la corrigió él dando un portazo a esa duda—. Y le repito que no siento ninguna lástima hacia usted.

—Bien… pues dígame. ¿Cómo vamos a pasarnos los años en compañía, odiándonos, despreciando las ideas que tiene el uno del otro?

Podía decirle que él no la odiaba, que no aborrecía sus ideas, al menos no aquellas que iban acorde al buen decoro y la educación. Pero se limitó a mirarla y a asegurarle lo siguiente:

—La casa es lo suficientemente grande.

Livia abrió la boca, sorprendida y ofendida.

—Es usted… —lo vio avanzar hacia la puerta abierta.

¡Maldito fuera! No podía casarse con un hombre así.

¡Nunca!

No obstante, lo que dijo fue:

—No puede sentenciarnos a un futuro tan aciago. Nos mataremos antes de que acabe el año.

Él se volvió riéndose de ella. Una risa de lo más franca y… bonita, ciertamente. Apartó la

mirada de golpe, azorada. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Intentaremos sobrevivir, como le he dicho la casa es muy grande. Por el momento, céntrese en recuperarse. —Él se volvió con lentitud—. Cuando lo haga, llamaré a la modista.

—¿Modista?

Él alzó una ceja como si fuera él quien no la comprendiera.

—Para el vestido de novia. Veremos qué se puede hacer en pocos días. Aunque puede usar el de su hermana. Si se ha quedado a su prometido, no le importará que se quede con su vestido— Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué?, ¿su vestido?, ¿días?

—Nos casaremos, señorita Withman —aseguró, con una expresión demasiado alegre como para que ella no pensara que se había vuelto loco—. Si piensa que mi venganza era solo tenerla de rodillas una vez, está usted muy equivocada.

—¡Lord Belford! —Livia, tremendamente ofendida, apartó las mantas e intentó ponerse en pie— ¡No pue…!

Pero las piernas le fallaron, y sus ojos perdieron brillo.

¡Maldita sea! Perdió el equilibrio y sus brazos se agitaron en el aire buscando donde agarrarse.

Antes de que se estrellara contra el suelo, los brazos de Robert la ampararon.

—¿Qué hace, mujer insensata? —recriminó. Parecía realmente enfadado. De hecho, su rostro se había tornado blanco como la tela de una mortaja.

Ella lo miró con ojos vidriosos, sin fuerzas, a penas.

—Oh —Ciertamente, no esperaba encontrarse tan débil—. Yo…

—Hace días que está en la cama, ¿en serio no piensa antes de hacer algo?

Ella se enfurruñó, pero dejó que la alzara en volandas para depositarla sobre el mullido colchón. Sinceramente, su contacto era cálido, y al tenerlo tan cerca pudo sentir su olor, a especias y a tomillo. Ese hombre sería un demonio, pero olía a primavera.

—Si pensara con claridad no estaría aquí con usted —espetó, más furiosa consigo misma que con él.

Robert dio un fuerte tirón a la colcha y cubrió su cuerpo. El camisón no era ninguna prenda que pudiera hacer perder la cordura a un hombre, pero la señorita Withman… ella sí podía hacerle pensar… desear…

—¡Maldita sea! —se dio la vuelta para marcharse— ¡Quédese en cama! Llamaré a Amanda para que le haga compañía.

Pero antes de que él pudiera alejarse, Livia, con sus escasas fuerzas lo tomó de la mano y lo retuvo.

—¿Qué hace? —la miró, absolutamente anonadado.

—Lord Belford… —respiró superficialmente, parecía que iba a desmayarse.

—¿Se encuentra bien? —Se sentó a su lado y la observó, pero esta vez sin acritud. Tocó su frente y acarició sus mejillas para asegurarse que la fiebre no hubiera vuelto. Cerró los ojos, frustrado. ¡Maldición! ¡La fiebre había regresado! —Oh, Livia…

Ella torció la boca, a punto de llorar porque su nombre en esos labios… en ese tono de lástima… Y porque se sentía impotente, sin fuerzas para enfrentarle, con todas sus defensas arrastrándose por el fango.

—Lord…

—Robert —la cortó él—. Robert, Livia. Así es como llamarás a tu esposo a partir de ahora.

—No fue una orden brusca, no le habló con una autoridad que no admitiera discusión, al contrario. Lo hizo en un tono calmo, sedante. Eso la hizo ser consciente de lo enferma que estaba.

¿Lord insufrible teniéndole lástima?

Seguro estaba a las puertas de la muerte.

—Robert —dijo su nombre, como saboreándolo en sus labios. Le pareció demasiado íntimo —. No puedes hablar en serio.

—Lo hago.

Siguió a su lado. La mano cálida se ahuecó en su mejilla y la observó como quien espera que alguien desfallezca en cualquier momento. Pero ella no lo hizo. No desfalleció, pero volvió a hablar.

Livia era consciente de que, si no lo convencía de cambiar sus planes, en unos cuantos días, sería lady Belford. Por mucho que no casarse con él arrastrara su merecimiento por el estiércol, para ella era la mejor de las opciones.

—Conseguiste lo que querías, venganza. Ahora déjame ir. Mi reputación…

—Estará intacta en cuanto nos casemos. —Alzó el mentón, convencido—. Nadie hablará nunca mal de mi esposa.

Esposa. Aquella palabra se le antojó extraña, como si jamás pensara que pudiera estar asociada a ella. La esposa de lord Belford.

—Robert… —Tenía que convencerlo, pero a cada momento se sentía más mareada y se vio obligada a callar.

Él sonrió.

—Así me gusta. —Apartó su mano y se puso en pie.

—No te burles —logró decir—. Hablo en serio.

—Yo también, Livia —aseveró, poniéndose en pie.

—Pero no puedes…

—Oh, sí puedo. He pagado un alto precio por tener una esposa —dijo él, esta vez sin un atisbo de alegría—. He pagado las deudas de tu padre, le he devuelto su casa, me he peleado con mi madre para que acepte la idea de que formarás parte de esta familia. ¡Dios, Livia! Yo mismo he aceptado el hecho de tener a una revolucionaria viviendo permanentemente en esta casa, como mi esposa.

—Pero… —Livia balbuceó algo, no obstante Robert no le permitió continuar.

—De momento el único que ha perdido aquí, soy yo. Es hora de que tú empieces a pagar también. ¿No crees?

No sabía qué demonios significaban aquellas palabras, ni si podría aceptarlas.

¡No podía ser su esposa!

—Te estás equivocando —dijo, antes de que él saliera por la puerta—. Tú y yo, jamás seremos felices.

Robert rio con amargura.

—Créeme, soy muy consciente de ello.

Capítulo 28

Para final de semana, Livia se había recuperado lo suficiente como para bajar a tomar sus comidas con el resto de la familia. A diferencia de lo que se había imaginado, estas eran un bálsamo para ella. Cierto que debía soportar el frío silencio de Robert pero, por otro lado, Lady Marianne estaba siempre indispuesta, o no quería compartir las comidas con ella, por lo que lo hacía en su habitación. Y Amanda y Charles… Livia agradecía en sus plegarías que Amanda estuviera en aquella casa, su parloteo incesante de libros, plantas y trivialidades de lo más interesantes, siempre le sacaban una sonrisa. Y si ella creía que Amanda era inteligente, Charles era un auténtico prodigio. Siempre sonriente, educado y con una mente despierta que lo hacía parecer un adulto a pesar de sus siete años de edad.

Aquella mañana parecía como cualquier otra. Livia descendió hasta el salón que se utilizaba para el desayuno, orientado hacia el sol por lo que el ambiente era muy agradable.

—Buenos días —dijo al entrar y cortar la discusión acalorada sobre geografía entre Amanda y Charles.

Robert dejó el diario y se puso en pie para saludarla.

—Buenos días.

Charles se apresuró a imitar a su hermano mayor y Livia le sonrió. Abrió la boca para preguntar sobre que iba su discusión, pero no le salieron las palabras cuando Robert tomó la servilleta y la tendió sobre la falta de su vestido. Se quedó muda, como había sucedido los dos últimos días que él le había regalado ese mismo gesto.

Alzó la mirada hacia su prometido, pero este no se la devolvió.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Dudó unos segundos y entonces sí que Robert buscó sus ojos para cerciorarse de que no tenía por qué volver a llamar al doctor.

—Bien gracias.

Él asintió y cuando hubo terminado, se sentó y volvió a coger el diario.

—Nos alegramos mucho, Livia —le dijo Amanda con cariño.

Charles asintió y enseguida miró a su hermana.

—Pregúntaselo —le dijo.

—Chicos, no creo que Livia quiera entrar en vuestras batallas sobre geografía —los reprendió Robert, cariñosamente.

Charles lo miró algo desilusionado, pero al ver que su futura cuñada lo miraba con interés, le sonrió de oreja a oreja.

—Estamos discutiendo que rio es más caudaloso, el Sena o el Nilo —dijo Amanda.

—Creo… creo que el Nilo —dijo algo confusa, aún pensando en la amabilidad de Robert.

—¿Lo ves? —Charles estuvo a punto de sacarle la lengua hasta que la mirada severa de Robert por encima del periódico, lo detuvo.

Livia hubiera reído de no haberse tratado de lord insufrible. ¿Qué demonios le pasaba? Un simple gesto amable y pensaba que iba a derretirse. Carraspeó y el lacayo se apresuró a servirle algo de té, con un chorrito de leche.

—Dime Charles, ¿Cuánto tiempo tienes de permiso?

Charles le sonrió muy contento de tener su atención.

—No mucho —respondió el niño—. Me quedaré hasta la boda.

La sonrisa de Livia se congeló. Por supuesto, la boda era inminente, o eso le había dicho Robert, pero desde aquel día en su habitación no habían vuelto a tener una conversación seria.

Antes de que Livia pudiera preguntar nada más, Robert se puso en pie, y también Charles. Al parecer ese día, la dragona había decidido comer con ellos. Apareció de improviso, con un vestido grueso de color negro. Demasiado cubierto para el buen tiempo que hacía esos días.

—Buenos días, madre —saludó Robert, ceremonioso.

El pequeño Charles la saludó de igual forma, y también Amanda. Esas mismas palabras salieron de la boca de Livia, aunque se negó a mirarla, esperando que el desayuno terminara cuanto antes.

—Buenos días—. La dama dejó bien claro con la mirada que le lanzó a Livia que no eran nada buenos para ella si ella respiraba su mismo aire. No obstante, saludó a sus hijos pequeños, pero lo hizo con una frialdad impropia de una madre.

La primera parte del desayuno se desarrolló en completo silencio. Era como si lady Marianne hubiera absorbido toda la alegría del lugar, incluida la del joven Charles. Amanda lanzaba miradas a izquierda y derecha y también a Livia, como si le advirtiera que era mejor no decir nada.

No supo hasta después que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada para iniciar una reprimenda. Una que no necesitaba y que no era ninguna niña para recibir, y mucho menos de su futura suegra. ¡Futura suegra! Aún sentía escalofríos, solo de pensarlo.

Livia no apartó la mirada de su plato, y se concentró en untar el pan con la mantequilla como si esa fuera una tarea realmente importante. Cuando Robert volvió a desplegar el periódico, su madre habló.

—Deberemos hacer una fiesta de compromiso.

Livia miró a lady Mariane, y después a Robert, que seguía como ausente tras el periódico perfectamente planchado.

—¿Una fiesta?, ¿en Thornfields? —preguntó Amanda, haciendo un mohín— ¿Y tendré que ir?

—Por supuesto —aseveró su madre— Ya va siendo hora.

—Pero aún no me he presentado en sociedad.

—Será algo íntimo, y no podemos dejar a la suerte el que encuentres un buen marido.

Amanda parpadeó, confusa.

—Madre, tendré un buen marido —aseguró.

Su madre parpadeó como si no entendiera.

—David Chambers —aclaró Amanda.

Robert se atragantó con el té, y su hermana lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —le preguntó, algo disgustada—. Así será. No entiendo por qué tengo que presentarme en sociedad. David pedirá mi mano y viviremos felices aquí.

Robert tosió de nuevo y como si se diera por vencido, dobló diligentemente el periódico, ya terminaría su lectura después. Después de suspirar, miró a su hermana con expresión neutra.

—Eso no va a suceder.

—¿Por qué eres así de cruel?

Robert la miró sin comprender.

—Yo no soy cruel.

—Lo eres —sentenció— ¿Negarás a dos enamorados…?

—¡Amanda! —la amonestó su madre mientras Robert ponía los ojos en blanco.

Livia miraba la escena con preocupación por su amiga, pues sus sentimientos por David parecían del todo sinceros y a su hermano Robert, por su parte, no parecía preocuparle demasiado que su corazón se rompiera por no poder casarse con su enamorado.

—Deja de soñar. David no dejará su carrera de militar por ti.

—Es un capricho —contratacó Amanda, muy seria—, cuando se le pase volverá a casa y nos casaremos.

Estaba realmente convencida, pensó Livia.

—Amanda —su madre la llamó al orden—. Deberás escuchar a tu hermano, es el hombre de la casa.

Pero su hija no cedió tan fácilmente.

—¿No le gustaría madre, que viviera a solo media hora a caballo de aquí?

Lady Marianne la miró fijamente y en silencio.

—No me opondría a la boda Amanda —dijo Robert—, si hubiera alguna posibilidad de que esta sucediera. David es un muchacho digno, y Edward es muy buen amigo mío.

Al escuchar ese nombre, fue Amanda quien puso los ojos en blanco.

—Pues, está decidido.

—No lo está —Robert no pretendía ser cruel, simplemente hacerle ver que la posibilidad de una boda con David era más bien remota—. Puede que sus intereses estén en otro lado.

—Me da igual si quiere seguir con su carrera. Me iría con él.

—Oh, no —la cortó su madre—. Me niego a que mi única hija sea la esposa de un oficial venido a menos.

—Puede que llegue muy lejos.

—No quiero a un militar en la familia.

Amanda boqueó ofendida.

—¿Le dirías eso a Wellington?

—Bueno, dejemos la discusión para más adelante —dijo Robert.

Livia se dio cuenta de que su prometido no había perdido la paciencia ni una sola vez, y que debía estar más que entrenado a la hora de mediar entre Amanda y su madre. Charles, gracias a Dios comía sumido en sus pensamientos, como si no le interesara nada más, aunque pudo ver una mueca cuando su madre aseguro que no quería un militar en la familia. Al parecer cuando el pequeño Charles creciera, le iba a dar una sorpresa.

—Volviendo al tema inicial —Robert contuvo el aliento ante el tono de voz decidido de su madre— una pequeña recepción para amigos íntimos será más que suficiente para anunciar el compromiso. Dentro de un mes…

—La semana que viene —la cortó Robert, para sorpresa de Livia, a la que mantenían absolutamente al margen de la conversación, como si fuese únicamente un florero al que cambiaban de sitio a su antojo.

—¿Por qué tan pronto? —A lady Marianne parecían no gustarle las prisas.

—Porque nos casamos en dos semanas, ya lo tengo todo preparado.

—Ah, ¿sí? —Livia lo miró sorprendida, y cuando él le devolvió la mirada parecía como si estuviera a punto de disculparse, pero no lo hizo.

—La modista vendrá mañana.

Livia se mordió la lengua y se limitó a atacar el desayuno y llenarse la boca antes de que la

abriera para mandarlos a todos al infierno.

—Es muy pronto —se quejó lady Marianne.

Lady Marianne se pudo roja y miró a Livia como si ella tuviera la culpa de todo.

A ninguno de los presentes le pasó inadvertida las ganas de la mujer en retrasar la boda. Pero eso no iba a suceder, Robert lo tenía claro.

Livia se esforzaba por mantenerse al margen. No quería hablar de fiestas de compromiso, ni de la boda… y si la apurabas, no quería hablar de nada que asociara su nombre al de los Belford.

Necesitaba deshacerse del peso que había caído sobre sus hombros. Hacía semanas que no dormía bien y solo necesitaba una mano amiga y algo de tranquilidad mental.

—Yo… Desearía visitar a los Knigth —dijo cambiando completamente de tema.

Lady Marianne alzó la barbilla y arrugó la nariz.

—¡Qué descaro! ¿No sabe señorita que nadie se invita sola a la casa…?

—Rose me escribió —la cortó Livia, provocando que la mujer la mirara aún más furiosa por haberla interrumpido—. Ella no puede moverse como desearía por su embarazo y ya que la boda es inminente habrá que invitar a los Knigth.

—Tú no decidirás a quien se invita o no a la boda.

—Madre —le advirtió Robert.

El rostro de la dragona trasmudó. Se puso pálida al ver que la había mandado callar delante de esa mujer.

—¿Me mandas callar en mi propia casa? —los ojos se llenaron de lágrimas.

—Mamá, seguro que Robert no…

—¡Sois unos ingratos!

—Madre, no dramatice.

Sí, pensó Livia con la boca abierta, a esa mujer le gustaba el drama, y por la cara de aburrimiento de sus hijos, parecían tenerlo muy asumido.

—Pero tengo razón, ella no decide quien viene o no a la boda.

—Lyonel es mi mejor amigo, Livia sabe que va a ser invitado a la boda.

A Livia no le pareció que las palabras de Robert fueran una defensa hacia ella.

—No importa. —la miró con rabia y añadió—. No tiene permiso para ausentarse de la casa, señorita Withman.

Livia se mordió la lengua, pero solo unos segundos. Toda paciencia tenía un límite.

—No sabía que lo necesitada, lady Belford.

La mujer entreabrió los labios para atacar.

—Es la prometida de mi hijo, no puede ir y venir a su antojo como si no tuviera una reputación que mantener.

—Madre —la cortó Robert, dejando el tenedor sobre la mesa con demasiado ímpetu—, yo la acompañaré a mi prometida a ver a los Knigth.

Amanda, que hasta el momento había permanecido callada, aplaudió entusiasta en favor de Livia, hasta que vio la mirada de su madre y se encogió, pero sin dejar de sonreír.

Los ojos de Livia se quedaron fijos en el rostro de su prometido, que se abstuvo a mirarla.

—¿Me acompañaras? —preguntó, para asegurarse de que no era una broma.

Robert tardó más de lo necesario en responder.

—Iba a comentártelo. He prometido al coronel visitarle esta semana, aprovecharemos el buen tiempo. Rose ha preguntado por ti y aunque le he llevado tus cartas…

Livia parpadeó incrédula.

—¿Tú mismo le has llevado mis cartas?

No respondió antes de limpiarse la comisura de la boca con la servilleta.

—Voy a prepararme. En carruaje es una hora de camino, con baches insufribles.

—Podríamos ir a caballo —sugirió ella, esperanzada de que él no la contradijera.

—No sé si estás…

—Estoy bien —lo miró con ojos suplicantes y después de unos segundos de silencio, Robert asintió.

—Entonces está bien.

Esta vez sí que la miró, supo que le parecía una buena idea. Pero lady Marianne apretó los labios con fuerza. Se le había ido el apetito.

—Sigo pensando que no es adecuado.

Robert ignoró a su madre, dirigiéndose a Livia.

—En una hora en el establo.

Amanda miró llena de felicidad a su futura cuñada y esta le devolvió la mirada. Por supuesto, ella no pediría ir. Una hora de caballo era demasiado para sus posaderas, además había quedado con David.

—Estaré preparada —asintió Livia.

***

Una hora después, Livia puntual, esperaba a Robert en los establos. Nada más llegar se maravilló de las caballerizas de los Belford. Sabía que su prometido sentía una pasión especial por esos animales, pero nunca pensó que los trataría como a reyes. Había visto casas más sucias que esas cuadras.

Tenían unos quince ejemplares, pero en ese momento en los boxes sólo estaban los que serían sus monturas, y una yegua alazana con una gran estrella blanca en la frente, con su potrillo, de un gris oscuro. Sonrió al ver unos saludables remolinos en el lomo. El pequeño era demasiado joven para juntarlos con el resto de la manada, que habían sido sacados a pacer en el prado.

—Oh, por favor —se llevó la mano a la boca por la emoción—. Eres una belleza.

El caballo relinchó y agitó la cabeza.

Livia estaba absolutamente fascinada.

Se acercó a la radiante yegua, y del bolsillo de su chaqueta se sacó un azucarillo. Rio complacida cuando el potro, que tendría unos pocos de días de vida, acercó el morro para recibir su parte.

—Eres tan adorable —le dijo, tras darle la chuchería.

Rio más fuerte cuando su lengua acarició su palma y le hizo cosquillas. No sabía cuando tiempo había pasado desde la última vez que produjo ese sonido.

—Un tordo precioso.

Livia se dio la vuelta de forma súbita. Miró a Robert, imponente con su traje de montar, bajo la enorme puerta de madera maciza de los establos.

—Me has asustado —dijo respirando profundo. Si hubiese caminado hasta ella, lo habría escuchado entrar, pues el suelo crujía a cada paso.

—Lo lamento.

—No te preocupes.

Cuando él se acercó, se sintió algo intimidada. Se lamió los labios resecos, pero antes de que pudiera decir nada, Robert le habló de caballos.

—Tiene buena grupa, y fuertes cascos. Y será alto, como su madre.

Ella lo miró, era tan alto que tuvo que alzar ligeramente el mentón. Al ver su rostro relajado, y esa sonrisa tan bonita que pocas veces aparecía en ese rostro severo, se ruborizó y apartó la mirada, para centrarse de nuevo en la yegua.

—Es una preciosidad —La acarició.

—Estrella es una buena chica —Robert también acercó la mano a su frente. El animal estiró el cuello para sentir la caricia, y al encontrarla insuficiente, cabeceó de nuevo para frotar su frente en el hombro de su dueño, dejándole la chaqueta impoluta llena de pelos.

—Oh —Por alguna razón, Livia pensó que el se molestaría por el incidente con el animal, pero nada más lejos de su intención. Le palmeó el cuello y acercó su cabeza para darle una nueva caricia.

Parpadeó confusa. Sí que le gustaban mucho los caballos, juraría que los trataba mejor a las personas. Pero no iba a verbalizar eso, y mucho menos cuando quería pasar una mañana agradable.

Pero cuando alzó la mirada hacia Livia, su expresión varió y ella tuvo que tomar aire, preparada para una disputa.

—¿Qué?

Ella lo miró con inocencia.

—Nada. Yo… —empezó a decir—, como he llegado antes le he preguntado al mozo de cuadras si había preparado las monturas, espero que no te importe.

Robert alzó una ceja.

—Eso ya se lo he ordenado yo antes de cambiarme.

—Sí —ella vaciló—, pero no tenía la silla adecuada para mí.

Robert parpadeó confuso. Cuando vio los caballos que iban a montar, enjaezados con sillas de montar a horcajadas.

—Ya veo. No vas a montar con la de amazonas.

—No.

Robert carraspeó.

—¿Sabes que eres la prometida de un conde? No deberías montar a horcajadas.

Ella abrió la boca para decirle lo que pensaba de sus estúpidas normas del decoro, pero ya que parecía de buen humor por estar con sus caballos, Livia optó por la diplomacia.

—Aún estoy débil, y mi espalda está algo debilitada —dijo en un tono calmo y acariciando distraídamente al animal—. Me gustaría que por una vez no pusiera objeción. Ninguno de sus amigos nos acompaña y espero no causarle ningún mal con mi acción de no montar como una dama.

Con sinceridad, Robert conocía a muchas mujeres, especialmente las esposas de sus amigos militares, que montaban sin ningún rubor a horcajadas. Era mejor para su espalda, y con el vestido adecuado, no se hacía ningún atentado contra el decoro.

—Está bien.

Livia suspiró aliviada.

—¿Entonces nos vamos?

Robert asintió y Livia se mordió el labio mientras él caminaba hacia su semental.

—Por aquí.

Salieron al exterior y los mozos sacaron a los cabellos. Cuando estiró la mano para ayudarla a montar en el blanco palafrén, Livia contuvo el aire que había mantenido en su pecho. Había ganado una pequeña batalla. ¡Sería un día magnífico!

Se acercó, pero rechazó su mano, poniendo la suya sobre la cruz del tordo. Con un rápido y hábil movimiento, apoyó la punta del botín en el estribo y en lo que duró un suspiro ya estaba sobre su lomo.

Su sonrisa fue tan radiante, y tan cargada de ilusión, que Robert fue incapaz de reprenderla. Apartó la mano enguantada que le había ofrecido y apretó sus dedos, como si echara de menos un contacto que ni siquiera había sentido.

El trayecto estaba siendo ameno y tranquilo. El sol bañaba el rostro de Livia, que se sentía realmente agradecida de poder disfrutar de una buena cabalgada al aire libre.

—Hacía mucho tiempo que no montaba—dijo, tras una breve galopada por el prado. Al ver que él la miraba con detenimiento, añadió—. La última vez fue en casa de los Knigth. Lyonel también tiene unos hermosos establos.

—Lo sé —dijo animado.

—Echaba de menos montar —Al ver que Robert la miraba animándola a hablar, ella continuó —. Mi padre perdió la casa de campo demasiado pronto, y lo primero que hizo fue vender todos los caballos. Con sinceridad diré, que pocas cosas me dolieron tanto como perder a mi caballo.

—¿César, verdad? —Ella lo miró sorprendida—. No ponga esa cara, señorita Withman. Suelo escuchar cuando se habla de caballos.

—Entiendo —se le escapó una risa nerviosa.

—Pues sí, echo de menos a César. Si sigue vivo, es muy probable que sea un viejo cascarrabias.

—¿Tozudo?

Ella asintió vivamente con mucho entusiasmo.

—Mi padre decía que tenía algo de mula. Yo creo que simplemente los caballos se parecen a sus dueños.

Robert soltó una carcajada. Acababa de describirse como tozuda y él no podía estar más de acuerdo.

—Al final de ese sendero, entramos en la propiedad del coronel, pronto visualizaremos los establos.

Ella asintió, con el corazón mucho más ligero que esa mañana. Y Robert… él no lo reconocería jamás, pero sentía que se le ensanchaba el corazón con la felicidad de Livia.

La miró de reojo. Tenía las mejillas sonrosadas a causa de la galopada, y un rebelde mechón se había desatado de su sencillo tocado. Iba vestida con un traje de amazona, de color violín, ajustado en la cintura. El sol hacía brillar sus cabellos castaños, dándoles un tono aún más claro. Sus ojos miel resplandecían con un brillo que no había visto hasta el momento.

Sus ojos… casi se pone a gemir. Ya de por sí habían conseguido embrujarlo, no necesitaba que añadiera ese brillo.

—Oh, ya casi hemos llegado —exclamó, interrumpiendo la mágica visión de la cual disfrutaba su prometido—. Los establos están ahí.

Robert desvió la mirada y vio la casa señorial de los Knigth a lo lejos.

—Apresurémonos —dijo, sin más. Tras apretar los flancos de su negro corcel, este rompió al galope. Livia lo vio alejarse, pero con una amplia sonrisa reaccionó e hizo lo propio.

***

Media hora después, Livia entraba con demasiada premura en el pequeño salón azul, mientras que Robert se reunía con el coronel en su despacho.

Tras ser anunciada por el mayordomo, dio un paso adelante para entrar y…

—¡Maranta!

Su amiga se puso en pie y se acercó a ella para abrazarla. Rose extendió los brazos para que se acercara y también la saludara con efusividad.

—¿Y a mí no me has echado de menos?

—A las dos, Rose. Sabes que sí.

—Por favor, siéntate. ¿Te apetece un té? Oh, mírate —la observó de arriba abajo, pues aún llevaba puesto el traje de amazona—. Luces… distinta.

—He venido a caballo con Robert.

—Robert…

Rose y Maranta se miraron, sin saber como tomarse que su amiga llamara a lord Belford por su nombre. Aunque pensándolo bien era algo que se esperaba. Al fin y al cabo, era su prometido.

—Bueno… lord Belford.

Las mejillas de Livia se sonrosaron, pero se negó a hablar de él.

Livia tomó asiento junto a Rose y entrelazaron sus brazos, Maranta también tomó asiento en el sofá contiguo.

—Oh, qué agradable sorpresa verte aquí. Las tres juntas de nuevo —se animó Rose—. Me alegra que hayas estado lo suficientemente recuperada para venir. Amanda le informó a David.

—¿David Chambers?

—Así es —Rose respondió a Maranta—. Es al parecer el mejor amigo de Frederick en el ejército, y vino a visitarnos. Nos daba información sobre tu estado —Rose apretó la mano de Livia con fuerza—. Me hubiera gustado venir…

—Ni lo menciones —su amiga miró su barriga prominente—. No debes hacer viajes innecesarios.

—A mí también me hubiera gustado venir —dijo Maranta—, aunque no sabía si sería bien recibida.

Por supuesto lo decía por Robert. Habían discutido, si algo era Maranta, era una mujer protectora con sus amigas. Y sin duda Robert Belford, a sus ojos, había obrado mal y con gusto le hubiera dado un buen mazazo en la cabeza.

—¿Y cómo te han tratado en esa casa? —exigió saber Maranta.

Rose también la miró fijamente, esperando saber si tenían que preocuparse de más por ella.

—Lo cierto es que mejor de lo esperado.

—No te esperabas mucho —se quejó Maranta—, así que no me consuela.

—Maranta, déjala hablar —le pidió Rose.

Livia se encogió de hombros.

—Bueno, me ha dejado venir con él a veros, ahora que estoy más recuperada. —Su rostro se iluminó cuando se acordó de algo—. Y lo he hecho a horcajadas. —Soltó una risita—. Ya casi me había olvidado como hacerlo.

Maranta sonrió también.

—Estupendo —dijo—, un pequeño tranco para ganar la más grande de las carreras.

—Me sorprende que Robert no haya entrado en cólera por montar de forma tan indecorosa —dijo Rose.

—Pues lo cierto es que no lo ha hecho. Parece bastante… relajado cuando el tema se relaciona con sus caballos —respondió Livia.

—Sí, Lyonel dice que los trata como a sus hijos.

Las tres mujeres se rieron.

La conversación se vio interrumpida por la doncella que entró con una bandeja con el té y algunas pastas de mantequilla. Después de servirlo, las tres amigas continuaron con su conversación.

—Así que finalmente os habéis comprometido —dijo Rose, tomando la mano de Livia—. ¿Cómo estás?

—¿Con sinceridad? Demasiado cansada como para pensar en ello.

—Todo irá bien —respondió su amiga, acariciándole el dorso de la mano.

Livia miró a Maranta, y se dio cuenta de que algo le sucedía. Había estado con la mirada perdida en la ventana durante toda la conversación y ni tan siquiera había probado el té.

—Maranta, ¿sucede algo? —preguntó.

Ella la miró, parpadeó y asintió.

—¿Cómo dices?

Livia suspiró, no había ni escuchado su pregunta.

—Oh, disculpa —respondió Maranta, al fin—. Asuntos familiares. Mi hermana… —Sacudió la mano ante su cara—. Olvídalo, no va a margarme la vida.

—Sabes que puedes contar con nosotras verdad?

—Lo sé —le respondió a Livia.

—Igual que tú también puedes hacerlo.

Las tres mujeres asintieron.

Rose miró a su amiga con preocupación. Sabía qué estaba pasando por su cabeza, pero si no estaba dispuesta a hablar del asunto, no sería ella quien sacara el tema. Maranta estaba furiosa con Claudia, su hermana. Era una madre ausente la mayor parte del año, y ella era quien se ocupaba del pequeño, pero esta vez se lo había llevado y Maranta no podía estar más furiosa y preocupada.

—Y ahora —se animó Rose—, hablemos de la boda y de como podemos hacer que la infame lady Marianne, no sea una plaga de infortunios.

Maranta se rio con ganas y Livia también lo hizo, pero al menos intentó contenerse sin mucho éxito.

Puede que ese tema no le hiciera ninguna gracia, pero con el apoyo de sus amigas, al menos ya no parecía una tragedia.

Capítulo 29

Iniciaron el regreso a Tornfields dos horas después del almuerzo. Lyonel parecía haber aceptado de buen grado las disculpas de Robert invitándolos a comer.

—Hace una tarde magnífica —dijo Livia, aparentemente ajena a las nubes que asomaban desde el norte.

Robert miró el cielo con preocupación. En su opinión, debían apresurarse.

—Va a llover —dijo, escueto.

Livia cabalgaba a paso ligero varios trancos más adelantada. Lo miró por encima del hombro y después de nuevo al cielo.

Se encontraban a medio camino, y ya habían sobreasado las lindes de la propiedad de los Knigth.

Robert la observó de cerca. Estaba espléndida. Visitar a Rose le había sentado bien. Sus mejillas habían recuperado el color, y de su rostro no se había borrado la sonrisa que se asomaba desde que salieron.

Por fortuna, Robert había podido observar que en el almuerzo, Livia había gozado de un buen apetito. Gracias al cielo, estaba totalmente recuperada. Solo Dios sabía lo preocupado que había estado. Llevaba días observándola comer durante el desayuno, como un pajarito, preocupándose por lo que comía y por si se sentía débil. Esa pequeña excursión lo había tranquilizado, se la veía sana y más fuerte de lo esperado.

No había dejado de observarla sin que ella se diera cuenta durante todo el trayecto. En esos momentos se comportaba de forma distinta a la mujer impertinente que había mostrado ser hasta el momento. Parecía que el aire libre y la naturaleza que los rodeaba, despertara en ella su buen humor. Tenía un brillo especial en los ojos, un aura encantadora y positiva que no había visto con anterioridad.

—¿Qué está pensando con esa mirada tan fija, lord Belford?

Robert puso los ojos en blanco y se revolvió en la silla, consciente de que Livia lo había pillado mirándola. Por supuesto, su auténtico carácter no tardó en surgir a flote. Aprovechó el momento para burlarse de él. aunque sin borrar esa sonrisa que… la hacía tan femenina.

—Llámeme Robert —respondió, algo huraño— ¿Y acaso no ha mirado el cielo, Livia?

Ella alzó la vista hacia las nubes y se encogió de hombros.

—Puede que tenga razón, en ese caso, deberíamos darnos prisa, ¿no crees?

Robert dibujó una sonrisa sarcástica.

—¿Cree que podría seguir el ritmo de mi semental?

Ella cerró los ojos con lentitud y cuando los abrió, ya había volteado el rostro hacia él.

—¿Acaso duda que soy mejor amazona que usted, lord Belford?

Él soltó una carcajada. Nadie en su sano juicio desafiaría a un jinete tan bien entrenado como él. Pero con sinceridad diría, que Livia jamás le pareció sensata.

—No voy ni a responder a eso.

Livia agarró las riendas con fuerza.

—Oh, lord Belford. No me deja otra opción que demostrárselo.

Dicho esto, ella apretó los flancos de su montura e inició el galope. Robert la miró anonadado

por un segundo.

—¡Livia!

Maldijo cuando la tierra que impulsaron los cascos del palafrén de Livia le salpicó, haciendo también que su semental reculara. Lo puso en vereda y la siguió hasta ponerse a su altura.

Cabalgando a la par, la miró sorprendido. Era más que evidente la habilidad de Livia para con la equitación. Su postura era perfecta, las puntas de sus botines apuntando hacia adentro y sin moverse de los estribos. Espalda recta, las caderas moviéndose a la perfección, acompasadas con el balanceo del galope… Miró al frente y sintió que le faltaba el aire.

¿Cómo demonios podía admirar su postura y sentir algo erótico, en lugar de regañarla por su impulso de salir disparada?

No llevaba espuelas, por lo que tendría que ejercer bastante presión con las piernas para que tan tranquilo animal galopara de semejante forma. No obstante, en opinión de Robert, las riendas estaban demasiado sueltas, se arqueaban junto al cuello del animal.

—Debería desacelerar.

—Oh, lord Belford. Yo creo que debería hacer todo lo contrario —dijo haciendo que el caballo galopaba prácticamente sin freno alguno.

A Robert se le secó la boca.

¿No se daba cuenta de que era una temeridad?

No podía permitirlo.

—¡Deténgase, se lo ordeno!

Livia giró el rostro hacia él y le dedicó una mirada que lo dejó anonadado. El brillo de la locura y podía verse en sus ojos de color tierra y sus labios se curvaban hacia arriba en una mueca de altanería. ¿Cómo diablos se atrevía a ser tan descarada?

—¡Le he dicho que pare!

—¿Acaso no puede seguirme el ritmo?

Livia no sólo desobedeció, sino que apretó más los flancos del animal, que aumentó el ritmo. Robert no lo podía creer. ¡Estaba prácticamente al galope tendido! El cuerpo de ese caballo se extendía por completo a cada tranco y su amazona parecía estar unida a él, cual centauro. ¿Desde cuándo ese palafrén era tan rápido? ¿Y cómo podía estar esa mujer tan loca como para cometer semejante temeridad? ¡No daba crédito!

Pero por todos los santos que su semental no se quedaría atrás. Lo azuzó y pronto se colocaron a la par de nuevo.

—¡Livia! ¡Detente! —gritó, justo a su lado.

Ella amplió la sonrisa.

—¿No tenía tanta prisa por regresar? Únicamente me limito a cumplir su voluntad, Lord Belford.

—¡Será osada!

—Entre otras muchas cosas —gritó sobre el viento—, eso es exactamente lo que soy.

Robert puso los ojos en blanco. Oh, cielos, por supuesto que esa endemoniada mujer no iba a entrar en razón.

Pero su enfado duró poco. Pues dio paso al miedo. Porque a varios metros del camino pudo observar unos enormes setos, que bordeaban una valla, por fortuna abierta. Pero, cuando la miró. Lo supo. Aquella mujer no se le ocurrió otra cosa que…

—¡Detente! —gritó, al tiempo que veía como Livia no sólo no se detenía sino que, con una carcajada más propia de una bruja que de una dama decente, acicateaba el caballo para ir más

rápido—. ¡Por amor de Dios, Livia!

—¡Salta, caballito!

El caballo de Livia se preparó para saltar cuando faltaban sólo tres trancos. ¡Era una temeridad! El cuerpo de la dama se inclinó hacia delante, su entrecejo se frunció mientras sus ojos se centraron en el salto. Reunió los codos, pegándolos contra el torso y colocó el rostro casi rozando el cuello del animal. Tanto, que la crin le golpeó en las mejillas. Estiró las piernas, alzó el trasero y el interior de sus rodillas se pegaron a la silla. El caballo estaba a punto de estirarse, Robert galopaba a su lado. Estaba a punto de atravesar la barrera abierta y pudo verlo todo con detalle.

De súbito, un trueno golpeó sus oídos, seguido de un fuerte chasquido, lo que provocó que unos patos que habían permanecido ocultos en los matorrales del camino se espantaran, alzando el vuelo.

Y aconteció la desgracia.

El caballo de Livia rehusó. Justo cuando estaba a punto de impulsarse, clavó los cascos traseros en el suelo y el animal apoyó las manos, provocando que la inercia y la fuerza de gravedad hicieran su trabajo.

El cuerpo de Livia salió propulsado hacia delante, dio un giro de cincuenta grados en el aire y cayó de pie sobre el seto, hundiéndose en el, completamente.

—¡Ah! —Robert la escuchó gritar en ese justo instante.

Con el corazón en la boca, él no tuvo tiempo de detener a su semental. Saltó de su lomo al galope y cayó también al suelo, pero tras dar un hábil giro se incorporó y corrió hacia ella.

—¡Livia!

La dama había desaparecido en el interior de esos setos. Como si la hojarasca verde se la hubiese tragado.

—¡Por amor de Dios, responde! —Empezó a apartar las hojas, desquiciado, hasta que dio con el sombrero de paseo de la señorita Withman. Tiró de él y se oyó un grito.

—¡Auuu! ¿Qué hace? —chilló Livia, dando unos manotazos que agitaron el seto.

Robert se quedó con el sombrero en la mano, que anteriormente había estado atado con unas horquillas a su peinado, y pudo comprobar que le había arrancado varios cabellos. Apretó los dientes y puso los ojos en blanco al escucharla protestar.

—¡Casi me arranca la cabeza! —Exclamó ella mostrando su rostro de entre las hojas.

Robert la miró fijamente y sus labios formaron una suave línea.

—¿La cabellera? La cabeza debería arrancarle por ser tan… tan…

—¿Tan? —se arrastró hasta salir de entre los arbustos.

—¡Maldita sea, mujer! ¡No se burle! Por poco se me detiene el corazón.

Ella lo miró sin perder el buen humor, aunque le dolía todo el cuerpo.

—¿Eso quiere decir que se preocupa por mí?

Cuando los ojos de Robert se alzaron hacia los de ella, Livia dejó de sonreír. No estaba de buen humor y por lo que decía su mirada, si lo provocaba un poco más, ese hombre era capaz de ponerla sobre sus rodillas y darle unos buenos azotes.

Livia se puso finalmente en pie y empezó a apartar hojas y más hojas de su pelo.

Robert sintió como se le subía la sangre a la cabeza y la bilis amenazaba con asediar sus venas.

—No me mire así —dijo compungida y apartando la mirada—, no ha sido para tanto, no exagere.

—¡¿Cómo ha podido ser tan imprudente?! —Bramó Robert. Estaba fuera de sí—. ¿Acaso no se da cuenta de que en menos de un mes ha estado a punto de morir dos veces? ¡¿Es que no comprende lo temeraria e irresponsable que es?! ¡Santo cielo! —miró hacia arriba y alzó las manos en un gran aspaviento—. ¡Dios bendito! ¿Qué más puede suceder?

Y al regresar su mirada hacia Livia, la respuesta pareció caerle encima.

El cielo se abrió y empezó a caer tal cortina de agua sobre ellos que no pudo hacer otra cosa más que gritar.

Livia miraba a Robert totalmente anonadada mientras sus pulmones descargaban un grito que habría podido competir con los truenos. Habría querido decirle que estaba bien, que no se había sufrido daño alguno pues el seto había amortiguado por completo el golpe y el aparatoso vestido de amazona, había impedido que se hiciese cualquier rasguño. Ciertamente, el único mal que había sufrido había sido el tirón de pelo que el mismo Robert le había dado, sin querer.

—Rob…

—¡Cállese! —Bramó.

Livia cerró la boca en el acto. Por una parte, porque al caballero no le faltaba razón y por la otra…

Santo cielo, tuvo que callar porque la lluvia caía sobre él, acariciando la piel de su rostro. Sus cabellos estaban empapados y lucía tal expresión que habría detenido el aguacero de haber sido posible. Su cuerpo, grande y mojado, era aterrador. Lo vio acercarse, la agarró del brazo. Ella abrió la boca para protestar, pero su rostro estaba tan cerca que le quitó el aliento.

—No vuelva a desobedecerme —arrastró las palabras sin dejar de mirarla a los ojos—. Nunca.

Ella asintió y entreabrió los labios para pronunciar una disculpa que nunca llego. Cuando la mirada de Robert se posó sobre ellos, no había vuelta atrás.

Atrapó su boca. Los labios de Robert se aplastaron contra los suyos mientras la envolvía entre sus brazos.

No había planeado nada de aquello, pero fue de algún modo inevitable. Livia se quedó quieta. A pesar del frío que provocaba la gélida lluvia cayendo contra su piel, ella no tembló por ello, sino por los labios de Robert, moviéndose posesivos sobre los de ella.

Alguien gimió. Y no estuvo segura de si había sido ella hasta que el brazo de Robert le rodeó la cintura y la atrajo más contra su pecho. De pronto no tenía frío, ardía en llamas.

Su boca reaccionó a la suave lengua de Robert y se abrió para darle acceso. Se colgó de su cuello y volvió a gemir, dándole a entender a su prometido que era bienvenido.

Sintió las fuertes manos de él recorriendo su espalda, apretándola contra su cuerpo, buscando su calor, su boca, su sabor…

—Livia —gimió su nombre y a ella se le doblaron las rodillas. Jamás lo había pronunciado así, como una promesa.

—Robert —bebió de nuevo de sus labios y cuando él se separó de súbito mirándola con los ojos cómicamente abiertos, supo que jamás hubo tenido la intención de llegar tan lejos.

La soltó como si quemara.

—Maldita sea.

Livia se abrazó a sí misma para recuperar el calor que había perdido cuando él retrocedió. Se llevó una mano a la mejilla, completamente avergonzada, no por el beso, sino por su súbito rechazo.

—Vámonos —la agarró del antebrazo y tiró de ella, con tan mala suerte que el tobillo de

Livia se dobló al dar un primer paso.

—Ah —Tropezó, y justo en el instante en que estaba a punto de caer de bruces, el fornido cuerpo de Robert la sostuvo.

Con el movimiento, los labios de ambos quedaron de nuevo a escasos centímetros de distancia. Ella abrió mucho los ojos, luego parpadeó cuando las gotas de lluvia de sus cabellos cayeron sobre sus párpados. Cerró los ojos y fue perfectamente consciente de su propio rubor.

Y también de las ganas de volver a besarle.

Oh, Señor. No lo permitas, ya ha sido suficiente humillación por hoy. Pero… olía tan bien, y su cuerpo emanaba tal calor…

No le dio tiempo a abrir los ojos cuando él la alzó del suelo en un rápido movimiento, poniéndola sobre el semental.

Miró alrededor y contuvo un grito de sorpresa, cuando él montó tras ella.

—¿Pero…? —Iba a preguntarle por su palafrén, pero él la cortó furioso.

—Sabe el camino —y dicho esto, lo hizo avanzar.

Durante el resto del camino hasta Thornfields ninguno de los dos habló. Livia miró a Robert en contadas ocasiones y supo que lo había enfadado como nunca antes. Él tenía la mirada fija en dirección a la casa, y supo que no iba a decirle nada más. Tampoco hacia falta. Livia no quería hablar. No quería que él mencionara lo que acababa de pasar, y mucho menos ella quería hablar del tema.

¿Qué podría decir?, ¿lo mucho que le había gustado?, ¿que jamás pensó que besar a un hombre fuera así?

Oh, un beso de lord Belford, el hombre que había jurado odiar, había derribado todas sus barreras, y le había hecho perder el mundo de vista.

Su corazón palpitaba alocadamente.

No era posible que ella… que ambos…

—Robert… —gimió desconcertada.

Necesitaba saber si él había sentido lo mismo, si era normal que su corazón latiera así.

—Silencio. Ya hemos llegado.

Efectivamente estaban frente al establo, pero lejos de ayudarla a bajar, él desmontó primero, y furioso empezó a andar hacia la casa a grandes zancadas. Dejando que el mozo de cuadras la ayudara a bajar y se ocupara del caballo.

No, pensó Livia. Definitivamente a él no le había gustado besarla.

¿Y qué esperabas?

Capítulo 30

Durante toda la semana, fue muy evidente para Livia que Robert la rehuía. Se veían durante las comidas, pero después se encerraba en su despacho y la ignoraba por completo. Quizás tuviera motivos para hacerlo, después de todo la escena íntima había sido algo inesperado y… vergonzoso. Había besado a la hermana de su antigua prometida, una mujer que raramente toleraba, y con quien había decidido casarse solo por venganza.

Pero esa noche no podría ignorarla.

Su futura suegra se había esmerado mucho en organizar esa cena para anunciar el matrimonio entre su hijo, y la señorita Withman. De solo pensarlo le entraban ganas de gritar. Se había inventado una historia de lo más romántica. Que la señorita Belinda, al ver lo enamorada que estaba su hermana del conde, había decidido poner tierra de por medio y ofrecerle la oportunidad a lord Belford, de casarse con quien realmente amaba.

Rodó los ojos solo de pensar en esa farsa.

Livia dio un paso hacia el salón de baile, y no pudo menos que apreciar lo espléndido que estaba. Jamás había visto tanta variedad de flores en un mismo lugar, a no ser que fuera el invernadero de Rose.

—¡Livia!

Esta se sobresaltó al escuchar la voz de Amanda a su espalda.

—Me has asustado —empezó a reírse ella.

Su futura cuñada estaba de muy buen humor.

—¿No es una suerte que ya estés bien? —dijo Amanda, abrazándola por detrás. La meció y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Compórtate.

—¿Por qué? —susurró—, mamá no está a la vista. Ni mi hermano el gruñón.

—No hables así de él.

—Eso es lo que es —se quejó—. Esta semana ha estado insoportable. Me ha negado ver a David, he tenido que escaparme por la ventana.

—Por favor Amanda, debes dejar de ser tan impetuosa o acabará por mandarte a una escuela de señoritas.

—¿Ahora que va a ser mi presentación? —se burló—. Ya es un poco tarde para eso. Además, no importa, hoy no me he escapado, David ha dicho que vendría a la fiesta. Por supuesto vendrá con su hermano, el perfectísimo Edward Chambers, vizconde de Glastombury —resopló.

—Tampoco hagas eso, Amanda —la regañó con una sonrisa—. Y dudo que el vizconde sea alguien tan desagradable.

—No es desagradable, es… tan perfecto que dan ganas de echarme a gritar.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé, siempre parece mirarte por encima del hombro, alzando la nariz así —hizo un gesto muy cómico—. Todo lo hace bien, todos lo adoran. Ayuda a sus arrendatarios y siempre tiene una sonrisa amable para las ancianas y un dulce para los niños.

Amanda la tomó de la mano y la arrastró hacia la ventana cercana.

—Pero dejemos de hablar de él, solo lo tolero porque su presencia viene acompañada de la de David.

En verdad parecía tan enamorada, que rezó para que Robert no tuviera razón, y David sí quisiera casarse con ella.

Amanda la miró de reojo y sonrió al ver que no cojeaba. Cuando Livia se dio cuenta de que la observaba, la tranquilizó.

—Solo me torcí el tobillo, pero tu hermano…

—Es un exagerado —Amanda estuvo de acuerdo con ella.

El primer día después del incidente Robert le había ordenado reposo absoluto.

—Y hablando de él ¿dónde está? Debería estar aquí contigo —le dijo Amanda mientras estiraba el cuello para ver si aparecía alguien a parte del servicio cargando bandejas y adornos florales—. Al fin y al cabo, eres su prometida, y esta noche es tu pedida de mano. Oh bueno… lo que sea esto.

No pudo dar luz sobre el asunto. Robert había decidido que se casarían el sábado siguiente, por lo tanto, toda esa parafernalia era totalmente innecesaria.

Livia se había sorprendido de que, llegado el momento, lady Marianne no hubiera desaparecido para evitarse la vergüenza de estar junto a su padre. El señor Withman había llegado un día antes, y parecía de muy buen humor. Era más que evidente que estaba contento con ese enlace, lo sabía por como trató a Robert la noche anterior en la cena. Parecía distinto, pero Livia no pudo decir en qué. Quizás verse libre de deudas, hiciera que cualquier hombre recuperara las ganas de vivir.

Antes de poder darse cuenta su futura suegra entró en el salón, acompañada de su hijo quien se dirigió de inmediato a ella.

—Pronto llegarán los invitados.

—Lo sabemos, hermano —le habló Amanda.

—¿Sabes el gran honor que es que te dejemos estar con los mayores? Compórtate —Robert alzó una ceja y Amanda le sonrió.

Todo un logro si como suponía, lo único que quería hacer Amanda era sacarle la lengua.

—Estas hermosa esta noche —le dijo Robert carraspeando ante el total asombro de su prometida por sus palabras.

—Oh, sí… yo… tú también estás muy elegante.

Livia se acaloró y sacó su abanico.

Habría jurado que lord Belford se sonrojó, pero antes de poder decir nada más, empezaron a llegar los invitados.

Como era una cena informal con amigos, no hubo largas presentaciones en la puerta, y para cuando quiso darse cuenta Robert la había vuelto abandonar en manos de Amanda.

Lo observó de lejos, reunirse con amigos que no conocía, pero que de seguro le presentaría. Le llamó la atención un hombre alto, de largo y abundante cabello negro, que parecía aún más terrible que su esposo. Otro hombre de igual estatura, pero de cabellos castaños y mirada amable se unió al grupo.

—Oh, ahí está Edward —dijo Amanda.

—¿El que habla con tu hermano?

—Sí, y el otro de Daemon, el hijo del conde Sinclair, él al ser el primogénito tiene el título de vizconde. Su padre se lo cedió para hacer las paces, pero se dice que no hay hombre más rencoroso que Daemon Sinclair.

—Es apuesto —lo observó, completamente vestido de negro y con lustrosas botas de caña alta.

—Sí, tan apuesto como malvado. Al parecer tuvo una trágica historia de amor. Su padre lo separó de su amada y desde ese entonces solo lo visita una vez al año, para saber que sigue respirando.

—¡Amanda!

—Tiene un hermano de casi la misma edad, y todo lo que él tiene de malvado, Andrew lo tiene de bueno.

—¿Por qué sabes tanto de todos?

—Porque mamá se cree que soy una niña y cuando habla mal de la gente frente a mí, cree que no la escucho.

Livia agachó la cabeza procurando no reírse.

Amanda hizo una mueca.

—Daemon no tiene muchos amigos, así que es probable que lo tengas que soportar en muy pocas ocasiones. Rara vez sale de su cueva.

—Eso ha sido cruelmente innecesario.

—Lo cruel es que David no haya venido a verme y Edward ya esté rondando por aquí.

Livia miró hacia donde Amanda puso sus ojos. Casi rubio, quizás un poco más que Robert, con quien se había detenido a hablar, los ojos de Edward Chambers eran de un azul tan intenso que hasta su color podía apreciarse desde donde estaban, varios metros más allá. Su tez era pálida, pero no lo suficiente para hacerle parecer enfermizo, más bien Edward Chambers podía ser ejemplo de la buena salud. Sus hombros eran un poco más anchos que los de Robert, algo que llamaba la atención, pues su prometido no era ningún enclenque. De la misma estatura, de largas piernas, iba vestido con botas de caña alta, sobrio, con colores negros y pardos. Todo un terrateniente.

Si Livia se fijaba bien en sus invitados, podía decirse que los amigos de Robert se parecían mucho a él en cuanto a su apariencia severa, destacando por su sencillez en el vestir, y por sus gestos enérgicos y semblantes serios. Al menos hasta que empezaron a hablar entre ellos. Al parecer era posible verlos sonreír complacidos por la compañía, los unos de los otros.

Tragó saliva y carraspeó al darse cuenta de que había estado observando a su prometido por demasiado tiempo. Era imposible no fijarse en él, en sus anchos brazos que llenaban por entero su chaqueta. Sí, era fuerte. Pensar como la había sostenido entre sus brazos... Se abanicó con más entusiasmo.

Su corazón se aceleraba, aparentemente sin motivo cuando pensaba en él. ¿Cómo era posible que un hombre que solo le había provocado repulsi… Movió la cabeza de un lado a otro, mientras se abanicaba ¿A quién pretendía engañar? No le había parecido nunca repulsivo. A pesar de su arrogancia y su carácter frío y distante, Robert Belford era un hombre apuesto, responsable de su familia a quienes quizás protegía con demasiado celo, pero eso tampoco era algo que pudiera reprocharle severamente.

Todo habría sido más fácil en la vida de Livia, si su propio padre se hubiera preocupado tanto por ella y su hermana como lo hacía Robert con los suyos.

—Son como hermanos —dijo Amanda captando de nuevo su atención hacia los invitados—, me refiero especialmente a Edward. Quizás por eso Robert no tenga en cuenta la proposición de matrimonio de David, porque lo ve como un hermano pequeño.

—¿Te ha propuesto matrimonio? —preguntó Livia, sorprendida.

—¡No! —La tranquilizó—, pero yo le he dicho que voy a casarme con él.

—¿Sabes que no deberías decir eso?

—Pero es verdad —hizo una mueca—. No seas como mamá. Ella tampoco quiere que lo diga. Pero ya veréis. David volverá lleno de medallas y me pedirá la mano en cuanto haya visto suficiente mundo.

Eso era lo que creía Amanda a pies juntillas, y por supuesto ella mientras tanto, tenía una misión. Resistir sin casarse hasta que David regresara definitivamente a Devonshire.

Y resistiría.

Estaba convencida.

—Pues sus amigos parecen divertirse mucho con él.

Amanda puso los ojos en blanco sin ningún pudor.

—Créeme, es muy aburrido. Solo le interesa la administración de sus fincas, que no son pocas. Aunque también se ha interesado por los cultivos.

—¿Cultivos? —se interesó Livia.

—¿No te parece del todo aburrido? —pero Livia se limitó a sonreírle sin dar su opinión—. Cree que puede hacerlos más eficientes —hizo un gesto con la mano—. No me importa la verdad. David es mucho más interesante.

Cuando los señaló, Livia procuró no reír a carcajadas inducida por su espontaneidad. Le bajó la mano, que pretendía señalar a los recién llegados, con un golpecito de su abanico.

—¡Ahí está! Qué guapo, ¿no te parece? —Se puso de puntillas para verle mejor.

Amanda tenía razón, los Chambers eran hombres muy apuestos, pero su futura cuñada solo tenía ojos para David, el más joven de los dos. Llevaba su uniforme de gala que le hacía parecer mayor, aunque pasaba de poco los veinte.

—Es Alférez, pero después de salvarle la vida a Frederick Knigth, lo ascenderán. —dijo entusiasmada—. No me desagrada tener un marido militar. Pero no quisiera vivir lejos de aquí. Sería todo perfecto si su hermano no fuera el mayor, y David pudiera heredar la propiedad.

—Amanda…

—¿Qué? —dijo, con inocencia—. No creas que me interesa su fortuna. Lo único que me importa es que, en la mansión de los Chambers o aquí, sería mucho más feliz que en cualquier otro sitio.

Livia la miró con afecto. No había conocido un corazón más puro que el de Amanda. Ahora entendía por qué Robert quería casarse y ofrecerle una visión femenina de la vida a su hermana. Suponía que ella debía ser la encargada de decirle que sus fantasías infantiles tenían que acabarse, que David jamás dejaría la carrera militar, y que ella tendría que casarse y formar su propia familia, lejos de Thornfields y de Somerset.

—Parece que la cena está servida.

Como si un destello de luz se tratara, supo exactamente cuando Robert les regaló su presencia, colocándose a su lado.

—Querida. —Le tendió la mano que Livia se quedó mirando por una fracción de segundo, algo azorada por su amabilidad.

En la cena había medio centenar de invitados, según lady Mariane, nada ostentoso por ser el compromiso de su hijo. En opinión de Livia, sobraban cuarenta y cinco comensales.

—Gracias —Tomó su mano y fijó la mirada en las puertas dobles que se habían abierto para que fueran pasando al comedor.

***

Después de que los anfitriones abrieran la marcha, se sentaron en sus respectivos asientos, aquellos que lady Marianne había dispuesto a su placer y conveniencia. Por supuesto, como marcaba el protocolo, Robert se sentó en la cabecera de la mesa, y en el otro extremo lady Marianne. Livia se sintió malévolamente feliz de estar lejos de ella y sentada a la derecha de su prometido.

Livia estuvo feliz de que Lyonel hubiera aparecido junto a Maranta, que se quedaba con ellos en la finca. Su presencia calmó sus nervios y cuando todos brindaron por su felicidad, hasta se permitió sonreír.

Robert a su lado la miró con cierta intensidad, se ruborizó ante aquella mirada que no supo muy bien descifrar.

No hablaron demasiado durante la cena pues la conversación la dirigió en todo momento lady Mariane, que no dudó en lanzarle a Livia miradas airadas cada vez que surgía el asunto de los cambios que se iban a producir. Ni siquiera había pensado en que ella sería ahora la señora de la casa. Eso si la viuda Belford lo permitía, claro está.

Tras los postres, lord Belford se puso en pie y golpeó con una cucharilla de plata una copa vacía. En ese momento, todos los asistentes guardaron un respetuoso silencio, a la espera de que el anfitrión dijese las palabras de rigor. Livia tragó saliva, pues su corazón empezó a latir desbocado y tuvo que apartar la mirada de su prometido, o su pecho estallaría de un momento a otro. Un paso más hacia el cadalso, se dijo.

Aunque, como por arte de magia, la idea de casarse con lord insufrible… no le parecía una sentencia de muerte.

Miró a Maranta, quien le sonrió con cariño. Desde el otro extremo de la mesa, se encontró con la mirada del capitan Hilton quien había llegado tarde a la cena, pero que la miraba con satisfacción. De algún modo, parecía como si supiera desde el principio que ese compromiso iba a ocurrir.

—Queridos amigos —empezó a decir Robert—, gracias por estar aquí en un momento tan… —hizo una breve pausa—, significativo.

Livia tomó aire. Quizás importante o trascendental hubiera sido la palabra más acertada. Pues, era un punto y aparte en su vida, dejaría atrás todo lo conocido y se adentraría en el mundo del matrimonio.

Aguantó la falsa sonrisa al ser perfectamente consciente de que no había dicho que era un momento de dicha y felicidad para ellos, ni nada que se le pareciera.

El caballero prosiguió sin dedicarle una sola mirada más.

—Esta noche celebramos mi compromiso con la señorita Livia Withman, que como todos saben se convertirá en mi esposa dentro de una semana. Por supuesto los presentes estáis invitados a la boda. Ahora, espero de su parte solo buenos deseos y que disfruten de la velada.

Hubo palabras amables de parte de los comensales, y aplausos, el que más aplaudió fue su padre. No así de lady Marianne, que en ese momento lució cara de vinagre. Procuró ignorarla.

Livia esperó que Robert la mirara, algunas palabras amables, de ánimo… pero se limitó a conversar con un viejo coronel con quien había servido en España. No se quejó, no se preocupó por nada más que por contar los minutos que faltaban en poder desaparecer de allí y refugiarse

sola en su cama.

Y así se había anunciado su compromiso. Lo cierto era que ella podría haber sonreído un poco más, pero ignoraba que la gente la trataría con tanta amabilidad. Al parecer los invitados eran amigos íntimos de la familia. Asintió ante los cumplidos de cada uno de ellos durante el posterior acto, en el salón de gala.

No pudo decir que no se divirtiera, después de todo. Quedó impresionada por la elegancia de Edward Chambers y la simpatía de David, entendía por qué Amanda lo adoraba. Sobre el austero Daemon Sinclair, vizconde de Ashton, solo tenía buenas palabras, había resultado ser un cínico, con un humor tan ácido que le sacó varias carcajadas hasta que Robert se acercó para averiguar qué le hacía tanta gracia. Daemon capeó el temporal mintiendo descaradamente, diciéndole que hablaban de caballos, cuando más bien lo hacían sobre el matrimonio y lo difíciles que eran las relaciones de cualquier tipo.

De entre los invitados, Livia echó de menos a Rose, pero Maranta se paró a su lado, hasta que un coronel reclamó su atención para que hablara con su esposa. Seguía sorprendida de las buenas relaciones de su amiga con la cúpula militar. Se llevaba bien con todos, menos con el capitán Hilton a quien pilló en varias ocasiones mirando a su amiga con disgusto evidente. Aunque con ella fue de lo más amable, como siempre.

—No he visto flor más hermosa que usted, esta noche brilla con luz propia —Ella dio un respingo cuando escuchó la acaramelada voz de Anthony Hilton.

—Capitán —se llevó una mano al corazón mientras se reía por su travesura.

No supo muy bien de donde salió, pero Robert se materializó a su lado y miró severamente a su amigo Anthony.

—Oh, mis felicitaciones al novio —su sonrisa burlona, no pareció divertir a su prometido, y Livia no supo muy bien por qué.

Los dos hombres se miraron con cierta intensidad.

—¿Ha… ocurrido algo? —preguntó ella, inocente.

—Oh, no —respondió Anthony—. Solo es que creo que el infierno se ha congelado.

Robert apretó la mandíbula. Livia no había sido la única en pronunciar esas palabras, él también lo había dicho, concretamente cuando Anthony manifestó que no sería nada descabellado que los dos terminaran juntos.

—Hilton, siempre tan prolijo en palabras.

—Y usted tan parco en su demostración de júbilo. Alégrese, es un hombre prácticamente casado. Si me disculpan.

Anthony fue rápido en alejarse, cuando vio que Maranta se acercaba a ellos, quizás para robarse a la novia a un aparte. Pero antes de que Maranta pudiera abrir la boca, lady Marianne se colocó a su lado.

—Bien, es hora de poner la guinda a esta desfachatez de compromiso —dijo, airada, captando toda la atención de los asistentes.

Livia parpadeó por el exceso de ira de la mujer y miró a Robert, quien la reprendió.

—Madre…

—¿Qué? —al parecer lady Marianne estaba dispuesta dar una escena frente a todos los presentes—. ¿Vas a decirme que hay motivos de celebración? Te has llevado lo peor de la casa Withman. Al menos su hermana era bonita, y sabía mantener la boca cerrada. Pero ella —miró con desprecio a Livia, quien apretó la mandíbula y miró al frente, aguantando las lágrimas a causa de sus palabras hirientes y sin sentido—. ¡Mírala! He visto gallinas más elegantes.

—Suficiente —le advirtió Robert con los dientes apretados.

Ya no podían disimular que la escena que se reproducía a un lado del salón, era bastante deplorable.

—Es fea y desgarbada, tu tordo luciría mejor un sombrero. No tiene gracia, ni modales…

—Si cree que voy a quedarme aquí para que me insulte…

—Harás lo que se te ordene —le habló muy cerca de su rostro para que solo ella la escuchara —. Por algo hemos pagado por ti.

Livia la miró con horror y después a Robert, que parpadeó confuso al mirarla, porque no había escuchado las palabras de su madre.

—Madre, no diga una palabra más —La voz de Robert se hizo escuchar en el salón.

Los músicos dejaron de tocar y Livia sintió que era de lejos, el peor momento de su vida. Ni siquiera haberse arrodillado frente a Belford podía llevarse el primer puesto. Al menos eso lo hizo en privado y no en un salón lleno de gente que la miraba y la juzgaba, y en el mejor de los casos, la compadecía por tan horrendas palabras.

—Livia —Maranta le apretó la mano, pero ella se puso en movimiento.

No iba a quedarse allí para que la humillaran, ni un segundo más.

Livia abandonó el salón por las puertas abiertas del jardín trasero. La gente se apartó para dejarle paso y cuando llegó bajo el cobijo de un árbol, cuya frondosidad la ocultarían de las miradas compasivas o burlonas, se derrumbó.

Lloró con amargura, con las manos sobre sus labios para tapar sus sollozos. Negó con la cabeza. ¿Iba a ser siempre así? ¿Iban a humillarla cada día por el resto de su vida? Ella no había pedido nada de todo aquello.

Livia no se lo merecía.

Los pasos rápidos sobre la hierba y después sobre la grava, advirtieron a Livia que no estaba sola.

Levantó la vista de sus zapatos, que probablemente estarían manchados de barro. Se pegó al grueso tronco para pasar más desapercibida, pero el recién llegado sabía exactamente donde estaba y la tomó de la muñeca antes de que ella pudiera alejarse de allí.

—¿Adónde vas?

No hacía falta volverse para saber de quien procedían esas palabras.

—Lejos de ti y de la afilada lengua de tu madre.

Capítulo 31

Ella lo miró por encima del hombro. La noche no era tan oscura como para no poder ver su cara. Supo, sin atisbo de duda, que no se esperaba que hablara así de su santa madre. Su sorpresa la enfureció aún más e hizo que pusiera los ojos en blanco, mientras daba un tirón para liberarse.

—Livia, no…

—No, ¿qué? ¿Debo permitir que me insulten? Si vienes a arrastrarme para que le pida perdón, ya puedes irte por donde has venido. Porque no lo siento en absoluto.

¡No iba a disculparse! No lo haría. Esa bruja sacaba lo peor de sí. No había merecido ser tratada con semejante desprecio.

Al ver que él no respondía, se soltó de su agarre y empezó a alejarse. Pero no fue muy lejos.

—¡Livia! Detente.

De nuevo esa voz autoritaria, tras de sí.

—¡No! —sollozó.

Robert aceleró el paso.

—¡Compórtate! —exclamó, tras colocarse frente a ella.

Pudo ver su rostro, severo, implacable. Era tan cruel como su madre.

—¿Yo? —se señaló el pecho y lo miró atónita— ¿Yo debo comportarme? ¡No he abierto la boca! Ha sido tu madre quien ha dejado claro delante de todo el mundo lo que piensa de tu futura esposa, y… ¡Y no has hecho nada! —Tomó aire y sintió un profundo pesar, sin saber muy bien por qué—. No sé porque me sorprendo, siempre he sabido lo que piensas de mí…

Su silencio y aquellos ojos fijos en sus lágrimas, la hizo callar.

Era una idiota, ¿por qué se sentía tan traicionada? Robert pensaba esas cosas de ella, incluso de peores.

Respiró hondo y aunque cerró los ojos para calmarse, apretó los puños aun furiosa.

—Livia… —Se sorprendió por el tono cálido de su voz, y porque le hablara con tanta familiaridad. Le tomó la mano y ella se quedó mirando sus largos dedos estrechando los suyos.

La mirada de Livia subió hacia los ojos de Robert. Puede que hubiera detectado calidez en su voz, pero seguía tan inexpresivo como siempre.

Retiró la mano de un tirón y alzó el mentón, un gesto que le hizo reaccionar.

—¡Livia! —parecía enojado, pero ella lo estaba más.

Se acabó el momento romántico.

—Si tu madre está en contra de este matrimonio, y tú claramente me detestas. ¡No te cases conmigo!

Robert apretó los labios.

—¡Baja la voz! —dijo él al mismo tiempo, gritando.

—¿Por qué? Las personas que están ahí dentro tienen muy claro lo que está pasando. —Respiró hondo para calmarse. Y lo consiguió al menos lo suficiente para no arráncale la cabeza a su prometido—. Es usted irritante y horrible…

—¡Oh! ¿Volvemos a las formalidades?

—¡Es que no quiero que haya ninguna familiaridad entre nosotros! Cada vez que creo que puedes ser más…

Los labios de Robert se convirtieron en una fina línea. No estaba precisamente feliz por sus palabras.

—Más, ¿qué? ¿Permisivo?, ¿tolerante?

—¿Permisivo? No tienes que permitirme nada, soy una mujer que toma sus propias decisiones. Y tolerante… —se rio secamente—. No tienes porque tolerar nada, si no te gusta rompe el maldito compromiso antes de que acabemos atrapados en un matrimonio infernal.

—Eso no va a pasar.

Livia se cubrió la cara con ambas manos, y respiró hondo hasta tranquilizarse un poco.

—Oh, te juro que pensé por un momento que… —empezó a decir ella.

—¿Qué?

—¡Que podrías ser una persona agradable! —se inclinó hacia delante para estar más cerca de su rostro y que la mirara bien.

—Yo no dije nunca que lo fuera.

—No, la culpa es mía. Porque cada vez que pienso que puedes serlo… Me decepcionas.

Robert caminó en el mismo sitio, tirándose de los cabellos y pensando en que esa bochornosa escena no era más que el principio.

—No creo que pueda decepcionarte —le rebatió, girándose para encararla—. Jamás has tenido altas expectativas sobre mí.

La animó a negarlo y ella simplemente volteó la cara para no seguir mirándole.

—Cualquier hombre hubiera defendido a su prometida…

—Solo defiendo a quien se lo merece —Se arrepintió nada más haber dicho eso, porque no era cierto. Había salido en su busca para cerciorarse de que se encontraba bien. Su madre no debió hablarles así frente a sus invitados, ni siquiera en privado.

Aquellas palabras, provocaron un fuerte dolor a Livia. Abrió la boca como si no se esperara esa puñalada, al fin y al cabo, un hombre justo habría visto lo horrible que había sido lady Belford con ella. No era sólo decepción, era… de nuevo, otra humillación absolutamente gratuita.

—Y aun pensando que no me merezco tu protección, piensas casarse conmigo. —dijo como si hablara de algo ten insignificante como el tiempo— ¿En qué punto nos deja eso?

Lo dijo con tristeza, pero lo vio apretar los dientes.

—En el punto en que esto no es un matrimonio por amor, ni uno bien avenido. Te casas conmigo…

—¡Por tu estúpida venganza! —Ella se envalentonó, movida por la ira ciega que le provocaba lo que ella consideraba desprecio por parte de Robert—. Herí tu orgullo, que al parecer es lo único que importa. Crees tener la verdad absoluta, y te encanta saber que puedes infligir el castigo que desees y hacer justicia. ¡Tú justicia! —Livia dio un paso hacia él, hasta clavarle el dedo índice en el pecho—. Eres mezquino y cruel.

—¿Tú hablas de crueldad? ¿La mujer que, en vez de compadecerse de mí porque su familia me ridiculizó, se dedicó a mofarse?

No podía creerlo. ¿Cuándo se había mofado ella de él? ¡Todo lo contrario! ¡Había sentido lo sucedido!

—Yo no…

—Oh, sí… —la interrumpió, impidiendo que pudiera explicarse y repitió sus palabras—. *No me casaría contigo ni, aunque fueras el último hombre de la tierra*.

Ella abrió la boca, no podía rebatir sus palabras porque sí, las había dicho. Pero eso nada tenía

que ver con mofarse del abandono de Belinda.

—Pero no quise…

No pudo hablar más, porque sintió miedo. Estaba más que furioso, sus ojos brillaban a pesar de la escasa luz. Eso solo hizo que Livia se diera cuenta de lo cerca que estaba de él.

—Fuiste cruel, humillaste a un hombre hundido —tragó saliva como si necesitara un momento para recuperarse—. Me odias, ¿y vienes a exigirme que te defienda ante mi madre? ¡Defiéndete tú, Livia!

—Yo…

¡Culpable! Livia se sintió culpable.

Quizás se merecía cada una de aquellas palabras, pero… Cuando Robert siguió hablando, Livia puso los ojos en blanco y volvió a recordar por qué lo llamaba, *lord insufrible*. Porque, a decir verdad, la única persona que estaba sufriendo las consecuencias de Belinda era ella. Robert podría haberse casado con cualquier otra mujer. Más rica, más bella, mejor posicionada, pero la había escogido a ella para saciar su maldito ego, únicamente para humillarla, no por otro motivo, por lo que no tenía por qué sentirse responsable de su tiranía.

—Puedo ser todo lo irritante y horrible que quieras —acabó por decir Robert—, pero te casarás conmigo, es un hecho.

Ahí estaba, su mano de hierro, su arrogancia desmedida.

—El señor manda y ordena y todos debemos obedecer.

—No todos —Robert se inclinó sobre ella y le susurró entre dientes—. Pero tú, sí.

—Por supuesto —dijo Livia, más furiosa a cada momento. Lo evidenciaban sus uñas clavadas en las palmas de sus manos—. Yo no puedo elegir, soy una mujer ¿recuerdas?

—¿Recuerdas tú qué gran honor es casarse conmigo? ¿El dinero que he invertido en este compromiso?

Ella abrió la boca tan sorprendida como escandalizada. La mención de las deudas de su padre la hizo enrojecer hasta las orejas.

—Es… ¡grosero! —Lo que le faltaba por escuchar.

—Me han dicho cosas peores.

—No creo que las suficientes.

Robert se hubiera reído a carcajadas si no fuera por lo mucho que le enfurecía esa actitud en ella. Ni un ápice de gratitud. ¡Era inaudito!

La miró con los dientes apretados y tan cerca de ella que pudo notar el calor que desprendía su pecho. Dio un paso, y luego otro, hasta que la acorraló contra el grueso tronco del árbol.

Se quedaron mirando a los ojos, con altivez, como si cada uno de ellos poseyera la verdad absoluta.

—Casarse conmigo es un gran honor. —Su tono era bajo, como si le estuviera haciendo una confidencia.

—Eso crees.

—Los es.

Livia no supo si prefería tenerlo furioso y gritándole, o calmado como ahora, con su lengua destilando veneno a un aliento de distancia.

—¿Usted se oye? Es… es… —tomó aire y sin medir sus movimientos alzó el mentón, rozando la barbilla de él que la miraba con fijeza—. Es usted, el hombre más insufrible que he tenido la desgracia de conocer. Casarse con usted no es ningún honor, es un suplicio.

Su voz era tan suave que bien podría estarle hablando de la belleza de sus ojos.

—¿Yo, insufrible? —a Robert le dolió la mandíbula de tanto apretar los dientes.

—¡Sí! —Los ojos de ella se fijaron en sus iris, resplandecientes, furiosos. Tan fríos y al a vez tan… hermosos, como lo serían los del mismo Lucifer—. Es egocéntrico, orgulloso, y se cree superior a cualquier criatura viviente.

Él parpadeó con lentitud. Su respiración estaba cada vez más agitada, como también lo estaba la de Livia. Pero ninguno de los dos se apartó.

—Deja de hablar —le advirtió Robert, en un susurro—, antes de que puedas decir algo….

—Váyase al infierno —lo interrumpió.

Las manos de Robert volaron a su rostro, lo retuvo entre las manos sin apartarse ni un ápice. Los dos pulgares acariciaron sus mejillas.

—Livia.

Ella no se amedrentó.

—No vas a controlar lo que digo o dejo de…

—Cállate.

Livia apenas escuchó el susurro. Abrió la boca para tomar aire y solo se escuchó su respiración entrecortada. Estaba tan cerca…

—O, ¿qué?

—Te lo he advertido.

Antes de que ella pudiera saber de qué estaba hablando, Robert le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Livia cerró los ojos sabiendo exactamente lo que deseaba hacer.

La boca de Robert se cernió sobre ella con todo el anhelo que había sentido por esos labios desde que la conoció. Era una locura, pero… Livia salió a su encuentro y él podría jurar que no sabía quien había besado primero a quien.

Se besaron.

No fue del todo inesperado.

La abrazó, apretándola contra su pecho. El gemido de placer que escapó de entre los labios de su prometida, fue la señal para que sus manos recorrieran su espalda, abrazándola con más fuerza para que no se apartara. Algo del todo innecesario, pues ella no tenía intención de apartarse.

Los brazos de Livia rodearon su cuello, y se puso de puntillas para que su boca siguiera sobre la suya, para que esa lengua que ahora acariciaba sus labios tuviera un mejor acceso.

¡Oh! ¡Señor! Ese hombre sabía besar.

Sus pies apenas tocaron el suelo cuando Robert se inclinó sobre el tronco y soltó un gemido gutural. Como respuesta, Livia también dejó escapar un gemido de placer.

—Livia…. —Era tan… exquisita. ¿Cómo había podido pensar que sería de otra manera?

Por miedo a que él se apartara, Livia enterró sus dedos en el suave cabello de Robert. Podría engañarse, diciéndose que solo quería sentir su tacto, pero lo cierto era que lo hacía para que no parara.

Robert la besó sin tregua. Zambulléndose en su boca, saboreando cada rincón con la lengua. Y ¡Jesús! ¡Todo cuanto tenía por un beso de ella!

Había perdido la cabeza. Por completo.

Fue consciente de su entrega, de como le permitió abrazarla, besarla… Y es que Livia, después de sentir el contacto de Robert en su boca, su lengua, su cintura… No quería que parara.

Su delicada mano buceaba entre sus cabellos de seda, mientras la otra descendió por su nuca hasta acariciar el cuello y finalmente posarse sobre su pecho. Notó el latido de su corazón, tan desbocado como el suyo.

Apenas podía respirar. No podía hacer absolutamente nada más que sentir. Sentir ese fuego que se había iniciado en su vientre y amenazaba con consumir todo su cuerpo y reducirlo a cenizas.

Robert no pudo quedarse quieto. Le acarició la espalda, y la cintura, para después subir por su vientre, hasta quedarse peligrosamente cerca de su escote. Notó sus dedos, acariciando el nacimiento de sus senos, sin sobrepasar la barrera de su piel con el encaje.

¡Al diablo con todo!

La boca de Robert se deslizó hacia su barbilla, besándola apasionadamente hasta encontrar la zona sensible de su cuello y hacerla gemir, extasiada con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el árbol.

Su mano agarró uno de sus pechos por encima del vestido, y ella empezó a temblar. Lo hizo aún más cuando lo apretó con suavidad. Pero lo que le hizo pronunciar su nombre, fue cuando la otra mano se coló bajo su falda, recorriendo su pantorrilla envuelta en seda, para que la pierna rodeara su cintura y sintiera el todo el deseo que le provocaba.

—Robert.

Volvió a su boca y las caderas de ambos se mecieron, sin dejar de besarse y jadear buscando algo que ella aún no acababa de comprender.

Pero Robert, sí.

Paró en el mismo instante que fue consciente que iba a tomarla bajo aquel árbol, bajo la luz de la luna, con sus amigos y familia esperando en el salón.

—No —La soltó retrocediendo unos pasos, a suficiente distancia como para observarla, en su conjunto.

Vio sus labios hinchados, su boca entreabierta, sus ojos vidriosos.

—Maldita sea, no —cerró los ojos y ella se sintió traicionada.

Quiso llorar. La estaba mirando como si todo fuera culpa suya ¿no? Pero nada estaba más lejos de eso. Robert la deseaba, por un instante había perdido la cabeza por completo. Un minuto más y le habría arrebatado la honra como un animal, así era su deseo por ella.

Abrió la boca para hablar, pero Robert se dio cuenta de que no estaban solos. O al menos no lo estarían en poco tiempo. Escuchó unos pasos acelerados en su dirección.

Ella también volteó la cabeza.

—¡Oh! —se oyó una exclamación.

—¡Señorita Withman! ¡Lord Belford!

Otros pasos acelerados dieron paso a una voz amiga.

—Señoras, por favor… —Maranta, a todas luces había intentado disuadir a la señora Bronson y la viuda Harper, para que no pasearan por los jardines, tan lejos de la casa. Cuando sabían perfectamente que los prometidos necesitaban un momento para aclarar sus asuntos. Pero Maranta suponía que era especialmente escuchar esos asuntos, lo que las dos mujeres querían.

Evidentemente había sido inútil persuadirlas a regresar, y se había visto obligada a ir con ellas.

—Lo siento mucho, Livia —miró a su amiga con la disculpa impresa en el rostro.

Al ver su vestido arrugado y sus labios hinchados, se puso entre ella y las dos matronas para que no pudieran hacer conjeturas sobre su estado. Al fin y al cabo, eran mujeres mayores que quizás no hubieran reparado en esos detalles, y en el carraspeó incesante de lord Belford, que solo intentaba controlar su respiración acelerada.

Robert miró a Livia, y esta le devolvió la mirada.

—Bien, esto… ¡es del todo inesperado! —exclamó la viuda Harper, abanicándose vigorosamente.

Inesperado, ¡un cuerno! Livia se obligó a no poner los ojos en blanco. Ya sabían lo que estaban buscando esas dos cuando salieron al jardín. Lo más vergonzoso es que Livia no era tan ingenua como para no saber que estaría deshonrada sin remedio si esa misma noche no fuera la de su compromiso.

—No lo magnifiquemos —intervino Maranta, forzando una sonrisa—, son dos jóvenes recién comprometidos, al fin y al cabo.

Jóvenes, como si ella no fuera más joven que Robert y solo unos años mayor que Livia.

—Yo… —Livia intentó recuperar la compostura, pero fue incapaz de salir de detrás de Maranta. Se sentía mortalmente avergonzada.

Por descontado, el caballero asumió su responsabilidad frente a las damas.

—Señoras, disculpen mi impetuosa actitud —dijo Robert, haciendo una inclinación de cabeza.

No supo por qué, pero esas dos mujeres suspiraron, encandiladas por lord Belford.

—Por favor —susurró indignada por lo fáciles que eran de engañar.

—El amor de juventud —lo disculpó una de ellas. La otra simplemente se limitó a suspirar.

Livia buscó a Maranta con la mirada, suplicando ayuda.

—Creo que deberíamos volver a la fiesta —se adelantó, sacándola del atolladero—, me quedaré con Livia para dar un paseo.

Las dos matronas no las tenían todas consigo, pero evidentemente estaban deseosas de volver al salón para esparcir el suculento chisme.

—Disfruten de la noche.

Los tres vieron a las mujeres alejándose.

—Lo lamento —Maranta se volvió hacia ambos y los miró con curiosidad y sorpresa—. De veras no pensaba… bueno, ya saben —se dirigió a Robert—, encontrarles…

—Sí, no pensemos más en eso —tragó saliva lord Belford.

Al mirar a Livia, la encontró totalmente desorientada.

—Creo que deberíamos volver, Livia —dijo Maranta.

Livia abrió la boca, pero al ver la mirada de Robert la volvió a cerrar. Maranta, quiso dejarles algo de espacio, pero no estaba dispuesta a marcharse.

Dio algunos pasos adelante para salir de debajo de la copa del árbol y esperó. Fingió contemplar la luna mientras esperaba que su amiga y Robert, se dedicaran unas palabras.

El corazón de Livia aún seguía desbocado.

Se hizo el silencio, un silencio pesado que se prolongó.

Ninguno de los dos se miraba. Hasta que Livia carraspeó. Se armó de valor y alzó la vista de sus zapatos. ¿Cómo era posible que no se hubiera despeinado? Ni un maldito cabello estaba fuera de lugar en esa cabeza arrogante.

—Yo me iré, dentro. Aunque mejor por la puerta de servicio y… —dijo ella poniéndose en movimiento.

Intentó pasar por su lado, pero Robert la detuvo. Apenas le rozó la muñeca para después alzar la mano y tomar una de sus ondas color chocolate.

—No puedes irte aún.

—¿Qué? —lo miró interrogante.

Ahora quien carraspeó fue él.

—Tu pelo…

Ella abrió la boca sin comprender y se llevó una mano al recogido de donde se habían escapado varios mechones.

¡Qué calamidad!

—Lady Farrell —la llamó Robert. Maranta volvió sobre sus pasos y tomó la mano de Livia —. Creo que debería… Si es tan amable…

—Por supuesto.

Robert abrió la boca para decir algo, indeciso volvió a cerrarla. No dijo una última palabra, empezó a caminar con rapidez hacia la terraza bien iluminada.

—Marant…

Su amiga le sacudió el brazo e hizo callar a Livia mientras la arrastraba hasta los árboles frutales, mucho más apartados. Cuando encontró un lugar donde nadie las pudiera escuchar, la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué demonios, Livia? —susurró entre dientes.

—¡Lo sé! —se cubrió la boca, tan sorprendida como su amiga.

¿Cómo había sucedido aquello?

Había besado a Robert Belford, sin reparo, con total entrega. Y…

—No pensé que…

—¡Yo tampoco! —Las piernas de Livia se movieron temblorosas de un lado a otro, como si intentaran escapar, pero volvieron al mismo lugar, una y otra vez—. No sé que pasó. Él… o yo…

—¿Te ha gustado?

Livia trotó hasta llegar junto al banco de piedra y se sentó con la cabeza entre las manos.

—Livia…

—No sé qué voy a hacer —gimió, con la inseguridad, como si hubiera hecho algo horrible.

Maranta le sonrió con afecto. Alzó una ceja mientras se sentaba a su lado.

—Casarte con él —sentenció—. Eso es lo que vas a hacer.

—Sabía que tendría que hacerlo, pero no esperaba… —no le salieron las palabras.

—¿Desearle? —dijo Maranta, comprensiva.

—Oh, que vergüenza. Él… ¿se habrá dado cuenta?

Maranta se tapó la boca con una mano e intentó no reirse.

—Querida, creo que sí.

—Oh, que vergüenza.

—Si te sirve de consuelo, él también te desea… y mucho. Esas dos mujeres insufribles tendrán un suculento chisme que contar, te lo aseguro.

—Oh —sus hombros se hundieron aún más—. No puedo creer que haya sucedido.

Maranta le peinó el cabello con sus largos dedos, y cuando vio lágrimas en los ojos de Livia, su amiga sonrió.

—Todo saldrá bien. Ahora puede parecer que no, pero ten confianza.

Y en verdad, Maranta lo creía. Si lo que había presenciado era el inicio de un matrimonio, simplemente iría mucho mejor que el que ella tuvo. Y eso a Livia la alivió más de lo que su amiga pensaba.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

Y lo creía de verdad. Y es que su amiga sabía algo, y es que no besas así a alguien que odias.

Capítulo 32

Livia abrió los ojos. La casa ya había despertado, la chimenea estaba encendida y la bandeja de desayuno junto al tocador, como lo había estado esa última semana que había optado por no bajar a desayunar para no ver la cara de su futura suegra.

Pero a pesar de que la mañana avanzaba, ella se resistía a abandonar la cama para asearse y prepararse para la boda.

—La boda —gimió como un alma en pena.

Se tapó el rostro con la almohada y gritó para aligerar su corazón. No sirvió de mucho. Su suerte estaba echada.

Había llegado el maldito día en el que Livia Withman perdería su libertad. Sus sueños estaban a punto de morir. Todo su mundo, sus ideas, sus ilusiones, su felicidad, se diluirían como la acuarela en el agua como si jamás hubiesen existido.

Y a pesar de todo ello, era incapaz de olvidar el excitante beso que compartió con Robert, en el jardín de Thornfields. Miró hacia el techo de su cama, con la almohada apretada con fuerza contra su pecho. ¿Cómo demonios había podido ocurrir aquello? ¡Y por segunda vez!

Giró sobre sí misma y quedó boca abajo, viendo como la mañana avanzaba a través de las cortinas entreabiertas. Pensó en las miradas que se habían regalado durante toda la semana. No hablaron de ello, apenas intercambiaron palabras. Pero Livia agradeció que lady Marianne hubiera permanecido en silencio. Su corazón, traidor, quería que fuera porque Robert la había defendido, obligando a su madre a guardar silencio, pero lo dudaba.

Una hora después, se escucharon unos golpes en la puerta.

Livia, pensó que sería una de las doncellas para retirar la bandeja del desayuno. Apenas había probado bocado, dado su estado de inquietud. Miró los huevos revueltos y las salchichas… sintió que se le revolvía el estómago. Pero… debía reponerse. Al fin y al cabo, era el día de su boda. Y aunque se sintiese derrotada, no podía rendirse.

—Livia, querida… —la voz de Maranta la animó y corrió hacia la puerta.

Cuando la abrió, se encontró a su amiga. Llevaba un recatado y elegante vestido y su postura con las manos entrelazadas era la de una auténtica dama.

—¡Maranta! —se echó a sus brazos y después la arrastró al interior de la habitación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en tono calmo, aunque sabía perfectamente que la respuesta sería que no—. Pensé que necesitarías ayuda para ponerte el vestido.

Cuando Livia dejó de abrazarla, la miró con los ojos llenos de agradecimiento.

—Hoy necesito hasta que me ayudes a respirar —su amiga rio, pero a ella no le hacía ninguna gracia. La tomó de la mano y la arrastró hacia la cama para que se sentaran—. Más que una doncella, necesito una amiga.

Maranta la entendía bien. Se acordaba perfectamente de los nervios del día de su boda. Con una sonrisa cómplice, asintió.

—¿En qué puedo ayudarte?

Livia la miró con ojos vidriosos, pero Maranta alargó los brazos y la agarró de las manos.

—Vamos, vamos… no es el fin del mundo.

Pero a Livia sí se lo parecía.

Se inclinó hacia Maranta y reposó la cabeza en su regazo, dejándose abrazar. Era un consuelo tener a alguien conocido que hubiera pasado por la misma situación. Echaba de menos a Rose, pero su avanzado estado de embarazo no le permitía acudir a la boda. ¡Pero Maranta estaba allí, gracias a Dios! Ella la entendería. Al fin y al cabo, no se había casado con alguien que amaba, más bien todo lo contrario. Y cualquier cosa que le dijera, podría consolarla… o hundirla para siempre.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó, antes de separase un poco y mirarla a la cara—. Bueno, veo que sí. No te preocupes, todo saldrá bien. Eres fuerte y Robert… bueno, él comprenderá por lo que estás pasando.

Escuchar a Maranta defender a su verdugo la molestó. Se sentó dándole la espalda, mirando hacia la ventana.

—¿Qué él comprenderá…? ¡Ja!

Maranta se tapó la boca para no reír.

—Livia…

—Lo digo en serio. Por su culpa estamos en esta situación.

Livia se dio la vuelta para enfrentarse a su amiga.

—Estás muy hermosa.

Livia chasqueó la lengua.

—No estoy para bromas y mentiras piadosas.

—¡Lo digo en serio!

Livia tenía un exquisito rubor en las mejillas, su larga cabellera oscura caía sobre sus pechos hasta casi alcanzar la cintura, la bata recatada cubría su cuerpo, que había perdido algo de volumen por su falta de apetito.

—También te digo en serio que Robert sabrá comportarse.

Livia negó con la cabeza.

—Ese ser cruel y egoísta no comprende nada.

—Entiendo, pero… lo hecho, hecho está.

—Quizás eso es lo que no le perdone, que esté hecho solo por su imposición —intentó explicarse Livia—. Si no hubiera ido a ver a mi padre, si no le hubiera exigido que me ordenara casarme con él.

Maranta torció la cabeza y la miró fijamente, como si ella sacara sus propias conclusiones.

—¿Acaso no te hubieras sacrificado igual por tu padre de haber pensado tu en esta solución?

Enfurruñada, Livia se cruzó de brazos.

—No es eso de lo que estaba hablando.

—Te entiendo —intentó consolarla—. Pero un hombre tan orgulloso como Belford…

—¿Debía vengarse?, ¿es eso?

Maranta suspiró.

—Sacó a tu padre de la cárcel.

Livia alzó el mentón.

—¿Pero a qué precio?

—Livia…

—¡Al precio de mi libertad! ¿Cómo puedes justificarlo? —Se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación—. Debes ayudarme a escapar.

—¡Ni lo sueñes! —la tomó de las manos y se las apretó con fuerza.

—Eres cruel, Maranta. Piensa en mí.

—Lo hago —le sonrió—. Además, no lo dices en serio. Tú jamás harías eso.

Tenía razón, pero no por ello estaba menos furiosa.

—¿Sabes lo que será estar casada con él? ¿Tener a su madre pendiente de cada palabra y cada gesto? —Maranta alzó una ceja. Eso sí era digno de compasión—. ¡Dios!

—¿Qué?

—¡Tendré que leer a escondidas! —Maranta agachó la cabeza para que su amiga no la viera reírse de ella—. Oh, será horrible tener que estar encerrada en casa para que nadie vea la imperfecta mujer que se ha conseguido como esposa.

—¿No crees que estás exagerando un poquito? No sabes…

—Oh, sí que lo sé —abrió los ojos como platos—. Me dejó bien claro que me sometería, por qué crees que alguien como él, que siempre ha odiado a las mujeres con ideas propias, quiere casarse conmigo.

Maranta cerró la boca. No pensaba decir nada más, sería perder el tiempo. Livia ya había sacado sus propias conclusiones, y ella rezaba para que fueran erróneas, pero con los hombres nunca se sabía.

—Bueno, yo… solo he venido a estar a tu lado.

Livia se acercó con lágrimas en los ojos y volvió a abrazarla con fuerza.

—Y yo te lo agradezco, Maranta. Disculpa mi estallido, pero los nervios me arrasan por dentro.

—Lo sé. Pero confía en mí. Todo va a salir bien. —Con un gesto amable la ayudó a peinarse, después de que se sentara frente al tocador.

Mientras Maranta le cepillaba el cabello, hablaron de cualquier cosa que la distrajera, aunque las dos sabían que ese era un día demasiado importante como para no hablar de lo que realmente importaba. La boda y, sobre todo, de la noche de bodas.

—Esta noche… —empezó a hablar Maranta con tono amable—, ¿sabes lo que pa…?

Antes de que la conversación se iniciara, alguien llamó a la puerta.

Dos doncellas del servicio entraron dando los buenos días. Una recogió la bandeja del desayuno, todavía intacta. La otra dejó un par de cajas sobre la cama. Blancas y rectangulares, con un bonito lazo rosa.

Livia las miró como si contuvieran serpientes.

—Son mis regalos —la tranquilizó Maranta, tapándose la boca para no reír.

—Oh —Livia se llevó una mano al corazón—. Por un momento pensé que era un regalo de mi suegra. Algo nuevo con lo que torturarme.

Maranta no pudo contener una risa por más tiempo y se dobló en dos mientras se le saltaban las lágrimas.

—Es mala, ¿verdad? —logró preguntar, tras calmarse.

—Una gorgona.

Esta vez las dos rieron. Pero enseguida Livia se puso de rodillas sobre la cama y juntó las manos, intentando adivinar qué le habría regalado su amiga.

Maranta tomó la caja con delicadeza y se la pasó a Livia. Al abrirla, se dio cuenta de que era un maravilloso chal bordado a mano.

—De España, ahí se hacen maravillas.

A Maranta le emocionó ver los ojos fascinados de Livia. Acarició el hermoso bordado de flores, los flecos suaves y vistosos se deslizaban por sus dedos.

—Qué suave es… —Livia se lo llevó al rostro para acariciarlo con las mejillas—. Muchas

gracias Maranta, no me merezco todo lo que has hecho por mí.

—Claro que te lo mereces —se quejó esta—. A las buenas personas, deberían pasarle cosas buenas.

La novia asintió antes de echarse hacia delante y abrazar a su amiga en silencio. No las tenía todas consigo. Si lo que había dicho Maranta fuera cierto, ella no debería de preocuparse por su futuro. No recordaba haber hecho nada tan malo en la vida, como para que Dios la castigara con Robert Belford.

Pero, ahí estaba, en uno de los perores días de su vida. Obligada a casarse, a entregar su libertad a un hombre que la odiaba.

—Hay más —le dijo, apartándola con delicadeza y tendiéndole la segunda caja, que era un poco más grande.

Se llevó una mano al corazón al ver el exquisito tejido.

—Maranta… ¡Esta bata es una maravilla! —pero al decirlo, Livia se dio cuenta que probablemente debería utilizarla esa noche—. ¿Es para mi noche de bodas?

La vio tan preocupada que Maranta se inclinó hacia ella y le agarró la mano.

—No hay de que preocuparse. Ya lo verás.

Livia asintió.

Si Maranta lo decía, confiaba en que fuera cierto. Al fin y al cabo, todas las mujeres tenían que pasar por ese trance, pero… no sabía si estaba preparada.

—Es una bata muy bonita, los bordados son exquisitos —dijo Livia con voz queda, como si no supiera muy bien como asaltar el tema.

Guardaron silencio un largo instante.

—¿Quieres que escojamos los pendientes y te cepille de nuevo el cabello? —le preguntó Maranta, intentando encontrar algo que la distrajera de la vorágine de pensamientos que, sin duda, la ponían cada vez más nerviosa.

—Por favor, me tranquiliza cuando lo haces.

La hizo sentarse frente al tocador. Ambas mujeres se miraron a través del espejo. Maranta no asaltó el tema de la noche de bodas, o al menos no lo hizo de inmediato. Empezaron a hablar de cosas triviales, de su última lectura, de los caballos que estaba criando Lyonel, de lo buena madre que sería Rose… pasaron una hora agradable, pero las dos sabían que iba siendo hora de vestirse para bajar rumbo a la iglesia.

Livia empezó a temblar, pero Maranta la tomó fuerte por los hombros y le sonrió con ternura mientras miraba su reflejo en el espejo.

—Pronto vendrá la doncella para hacerte un bonito peinado, si quieres preguntarme algo, este es el momento.

Livia sabía a qué se refería y sus mejillas se tiñeron de rojo. Intentó una sonrisa, pero no funcionó. Los nervios eran tales, que a duras penas era capaz de controlar su propio cuerpo.

—Querida, no temas —continuó Maranta—, estoy segura de que Robert será considerado.

Livia asintió, como si quisiera creerla.

—¿Fue tu esposo considerado contigo? —preguntó, temiendo la respuesta.

Por la sombra que vio asomarse por sus ojos, supo que la respuesta era no.

—Robert no es como mi esposo. —La mirada de Maranta se oscureció, y Livia sintió que no debería haber dicho nada acerca de su difunto marido—. Robert es un caballero y… aunque todos los hombres… bueno, digamos que son bastante egoístas en cuanto al placer de la mujer se refiere, seguro que os llevaréis bien en ese aspecto.

—¿Cómo lo…? —No terminó la frase. Su piel se puso roja al recordar que la propia Maranta los había visto besarse bajo el nogal.

Sí, puede que fuera bien. Lo sucedido la noche de su compromiso, era una prueba de ello. La misma Maranta había sido testigo de su apasionado beso, de como había respondido Livia a ese contacto.

Livia, se volvió hacia atrás para mirarla directamente.

—¿De verdad no debo preocuparme?

Maranta se rio sin poder evitarlo. Le dio un beso en la frente y la abrazó.

—¿Deseas que te cuente lo que va a pasar?

—Mejor tú que mi suegra.

—¡No lo dudes!

Las risas disiparon un poco la tensión, hasta que ambas volvieron a quedarse en silencio.

—Yo… realmente me hago una idea, pero… Mi madre murió cuando yo era una niña, y nadie me ha explicado nada.

Ciertamente, Livia jamás mostró interés alguno en averiguar esas cosas, cierto que había algunos libros de anatomía, y había visitado el campo en alguna ocasión, y allí, entre los animales… pasaban cosas.

—Querida niña, lo que quieres decir es que nadie te ha explicado lo que se espera de ti en la noche de bodas ¿no es así? —A pesar de que solo tenía unos pocos años más que Livia, Maranta se había casado y enviudado después del tiempo justo para saber lo que se esperaba del matrimonio—. Recuerdo la primera noche con mi esposo. Estaba tan nerviosa como tú, o tal vez más. Mi madre me explicó sin tapujos… quizás de una forma bastante cruel, lo que iba a suceder.

Livia escuchó con atención mientras Maranta le explicaba como era un hombre desnudo y lo que se hacía de manera mecánica durante la noche.

—Bueno, no nos distinguimos mucho de los caballos.

Maranta se tomó el comentario con humor.

—No mucho, pero la postura es un poco distinta… bueno —no siempre, pero no necesitaba saberlo aún—. Lo del dolor, me temo que es cierto. Y por otras damas sé que, por mucho que ames a esa persona, como mínimo será una molestia bastante inevitable, al menos la primera vez. Aunque cada mujer es distinta, siente cosas distintas, algunas hasta bonitas.

—¿Sí? —preguntó Livia, abriendo los ojos de par en par— ¿Tú…? ¿Sentiste esas cosas alguna vez?

—No. Yo jamás —dijo Maranta, de una forma bastante taxativa, como si no quisiera hablar del tema—. Pero Robert, creo que será gentil. Quizás podáis llevaros mejor en el lecho que fuera de él. —Suspiró con fuerza— ¡Ojalá Rose estuviera aquí!

Livia estuvo completamente de acuerdo.

—Sí.

—Ella te explicaría lo bonito que puede llegar a ser el acto con un esposo. Sin duda, Rose ha experimentado todas esas cosas con Lyonel.

—¿Rose…? —no sabía como decirlo, pero se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Sí, Rose ama a Lyonel —Maranta se inclinó cómplice hacia ella y bajó la voz—. Al parecer, el coronel es un amante experto.

—¡¿Habéis estado hablando sobre estas cosas sin mí?!

—Lo siento, pero no estabas en el club de las casadas, para hablar de según qué temas.

Livia buscó pellizcarla, pero de manera muy hábil Maranta le apartó la mano.

—No te quejes, pronto te lo contará todo con pelos y señales.

Por supuesto, pensó Livia. Maranta y Rose debían haber hablado de esas cosas, al fin y al cabo, eran mujeres que habían pasado por el altar.

—Bueno… esperemos que no suceda ninguna tragedia.

—No, no sucederá —pero al mirar a Livia, se dio cuenta de que la novia no estaba tan segura —. ¿Qué te preocupa?

Livia la miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Robert… él tampoco quiere casarse conmigo —Por alguna extraña razón que no comprendía lo dijo con pesar—. Estaba prometido a Belinda, es lógico pensar que se haya visto estafado por el cambio.

—¡Por el amor de Dios! —Maranta no daba crédito—. ¡Livia Withman! ¡No puedo creer que pienses eso! ¿Te comparas con tu hermana?

La miró con cara de sorpresa y se puso en pie. Al parecer su amiga temía más no agradar a Robert, que el acto en sí.

—No es solo eso… Belinda, era… ¡Ya sabes como era! ¿Crees que un hombre podría estar agradecido por el cambio?

—¡Sí! —dijo rotundamente—. ¿Entre tú y Belinda? Dios, querida. Sí, te elegiría mil veces a ti.

—Eso lo dices porque no eres un hombre —bufó—. ¿Y sí se enfada porque no le gusta lo que ve?, ¿y sí…?

—No me creo que te preocupe no agradarle.

—Me preocupa que se enfurezca por no obtener lo que pidió en un principio y sea cruel conmigo.

Maranta se puso muy seria.

—En el fondo de tu corazón, sabes que no será así. Él jamás golpearía a una mujer. Y sobre lo de gustarle… Después de veros bajo el árbol… —Maranta no lo dudó—. Créeme querida, no hay ni la más mínima posibilidad de que ese hombre no desee tu cuerpo.

Por las lágrimas contenidas de su amiga, Maranta sintió que su miedo era real. La abrazó de nuevo y le besó la mejilla. El miedo de Livia, era que su futuro esposo pensara que ella era un burdo premio de consolación, que la comparara una y otra vez con su hermana, que fuera cruel por no ser la esposa que él creía perfecta para ser una Belford.

—Livia, todo saldrá bien.

Por supuesto que Livia intentó creerla, pero ella siempre saldría perdiendo con la comparación. Y sin duda Robert no podría evitar hacerlo. Belinda era hermosa, educada, recatada… aunque por otra parte caprichosa y voluble.

Livia cerró los ojos, dejándose consolar.

—Te tratará bien —dijo de improviso—. Sé que Rose ha obligado a Lyonel a hablar con él.

Livia se llevó una mano a la boca y la miró horrorizada.

—¿Con quién? ¿Con Robert? ¡Qué vergüenza!

—Si hace algo indebido, el coronel le dará una paliza. Rose me lo ha asegurado.

Livia juntó las manos en el regazo y pensó en lo amable que había sido el coronel Knigth con su padre y con ella.

—Y por lo que a mí respecta, será considerado y gentil o me encargaré de que cojee el resto de su vida.

—¿Qué? —entre lágrimas, Livia se echó a reír—. No dudo de que seas capaz de darle una paliza.

—Oh, un día os sorprenderéis de mis habilidades —dijo, tan divertida como enigmática.

Capítulo 33

En un ambiente más relajado, se escucharon unos nuevos golpes en la puerta. Ni Livia, ni Maranta tuvieron tiempo de responder. La recién llegada no esperó a que le dieran permiso para pasar. Como señora de la casa, porque aún su hijo no se había casado, lady Marianne pensó que tenía todo el derecho de hacerlo.

—Buenos días —los ojos inquisidores se pusieron sobre Livia, que pudo ver como su futura suegra arrugaba la nariz con desagrado— ¿Aún sin vestir?

—Hemos estado charlando —dijo Maranta en un tono neutro, mirando a la viuda.

—Ya… me imagino. —Apretó los labios, molesta.

Ambas jóvenes se miraron, suponiendo que la vieja bruja hubiera preferido darle la charla ella, quizás para atormentarla, más que para tranquilizarla.

—Maranta me ha traído un par de regalos.

Lady Marianne se acercó a la cama y vio el chal y también la bata, la que acarició como si se tratara de una babosa.

—¿Esta bata?

—Así es —Livia alzó el mentón, no iba a permitir que menospreciara el regalo de su amiga —. Un regalo de lady Farrell. Hermoso y práctico.

La gorgona miró a Maranta, que le sostuvo la mirada con una inclinación de cabeza. Puede que Livia sintiera cierto reparo en decirle a la cara a lady Marianne todo lo que pensaba de ella, pero estaba más que convencida de que ese no era el caso de Maranta.

—Dudo que a mi hijo le guste —volvió a arrugar la nariz—, él es un hombre de gustos finos, pero nada ostentosos. Esto —señaló la bata—, es demasiado.

Maranta no se mordió la lengua.

—Pues, es una suerte que la haya comprado para Livia y no para su hijo.

Livia agachó la cabeza y se mordió el interior de las mejillas para no soltar una carcajada que dejara en evidencia a lady Mariane.

Insultada, vio a su suegra ponerse del color de un tomate en verano.

—Bien, es hora de asearte y prepararte. Los invitados no tardarán en llegar.

Maranta se inclinó para besar a su amiga.

—Si me disculpan —dijo Maranta, mirando a Livia para saber si estaría bien.

Ella asintió.

—Nos vemos en breve ¿verdad? —dijo Livia, esperanzada.

—Por supuesto —le aseguró Maranta, saliendo de la habitación sin más preámbulos.

La puerta se cerró tras ella con elegancia, pero antes la mirada que le echó, animó a Livia, que se quedó a solas con su suegra.

—¡Una mujer insufrible! —exclamó lady Marianne. —Insufrible.

Como su hijo, pensó Livia. Pero se negó a decirlo en voz alta. No obstante, sí dijo:

—Creo que es rica y viuda, se puede permitir ser lo que quiera… como usted.

Una hora después, era momento de ponerse en marcha para salir hacia la capilla familiar.

Todavía en su habitación, que esa misma noche dejaría de ser suya para seguramente

trasladarse al dormitorio de lord Belford, Livia se miró al espejo. Casi no se reconocía. Tras ella Amanda chilló encantada.

—Estás preciosa, Livia.

Sonrió, no demasiado convencida. Con manos temblorosas, se acarició la falda del hermoso vestido que luciría en el altar. Se veía bonita y en verdad pensaba que esa prenda de seda y encaje realzaba su figura, aunque la imagen que proyectaba ese espejo no era absolutamente dispar a cómo se sentía.

—No sé… cuando vino la modista, el vestido de novia te quedaba mejor —se quejó lady Mariane—. El amarillo, sin duda no es tu color. No te favorece en absoluto —la miró con desdén —. Estás tan pálida, pareces una muerta.

—¡Mamá! —se horrorizó Amanda.

—¿Qué? —se quejó lady Marianne—. Solo digo la verdad.

Amanda se acercó a su futura cuñada y la abrazó por detrás, meciéndola con cariño.

—No le hagas caso, estás preciosa —le susurró al oído.

Ambas se miraban a través del espejo y Livia la besó en la mejilla.

—Eres un encanto.

—Deberíamos haber elegido el rosa o el azul —Lady Marianne siguió parloteando, al parecer ajena a la complicidad y el cariño de las dos mujeres—. No el rojo, ya ha pasado de moda. Aunque yo me casé de rojo y era un vestido espectacular. Lo usé en más de una ocasión. —Se volvió hacia Livia para mirarla de nuevo con ojo crítico—. Por supuesto, tú también podrás usarlo, en algún baile, y luego… quizás puedas ponértelo para trabajar en el jardín.

Livia se sintió horrorizada, usar algo tan bonito para cortar flores. Sin embargo, se mordió la lengua y asintió a su futura suegra.

—Es un vestido precioso.

—Sí, muy bonito —convino la madre de Robert—, lo que defrauda es la percha, querida.

—Aunque quizás podría haber ido de blanco, como quería —dijo Livia para sí.

Amanda le apretó los hombros mientras duraba su abrazo.

Lo que lady Marianne no había querido decir, era que encontraba el blanco un color demasiado a la moda, pulcro y virginal, y odiaba que esa muchacha, que iba a ser su nuera, pudiera vincularse a cualquiera de esas virtudes.

Ante la mirada retadora de su madre, Amanda siguió abrazando a Livia.

—No le hagas caso.

Pero su futura suegra no estaba dispuesta a dejarlo ahí.

—Se salva el velo —continuó lady Marianne—. Por supuesto, es un desperdicio poner ese encaje hecho a mano sobre tu cabecita, niña. Ese pelo tan… vulgar. Es de un color de lo más mundano. Si al menos tuvieras unos bonitos tirabuzones… Tu hermana sí tenía un cabello hermoso.

—¡Mamá! —la distrajo Amanda— ¿No crees que deberías ir a ver cómo está Robert? Sin duda el novio debe estar tan nervioso como la novia.

—Sí… —dudó lady Marianne—. Será mejor que baje. Pero antes… —su mirada se tornó severa—. Amanda, déjanos solas.

—No, no —murmuró Livia, agarrando la falda del vestido de Amanda. Entonces sí sintió pánico.

—¿Por qué? —preguntó Amanda a su madre, desconcertada.

—Porque debo hablar con Livia. No tiene madre —aseveró, como si eso fuera culpa de Livia

—. Debo informarla de cosas, que una inocente como tú, no puede escuchar.

—Yo… no es necesario —Livia se puso del color de la grana.

—Por supuesto que lo es. ¿Cómo si no…? ¡No me digas…!

—¡No por Dios! —Livia entró en pánico porque su suegra pensara mal de ella.

—¿Qué? —Amanda miró a una y otra—. ¿Qué pasa?

—Lady Farrell —dijo Livia sin más, haciéndola entender que ya había mantenido esa conversación—. Ella me ha contado lo que debo saber.

Por supuesto que Maranta le había contado lo básico, aunque Livia había entendido que su amiga simplificó el acto bastante, para que supiera lo qué pasaría, a grandes rasgos, y no le diera miedo enfrentarse a ello.

Pobre Maranta, para ella había sido un momento difícil, pero su amiga le dijo que, aunque doloroso, gracias a Dios era muy breve.

Como era de esperar, lady Marianne le gustó el hecho de no poder darle la charla ella misma.

—No es decoroso que hables con amigas de esto. ¡Que escándalo! —exclamó con indignación—. Nunca entenderé la decisión de mi hijo de traerte a esta casa con la intención de hacerte su esposa.

Si debía ser sincera, Livia tampoco.

—De acuerdo ¡Bajad detrás de mí! —ordenó lady Marianne—. No hagas esperar a mi hijo.

Livia no sabía qué era lo que más le hacía arder las tripas, si el desprecio de su futura suegra, o la total indiferencia de su futuro marido el día de su boda.

***

Ya en la sacristía de la capilla donde se celebraría la boda, Robert tenía la mirada perdida por la hermosa vidriera de colores. Como si fuera presagio de algo, el sol había decidido salir para iluminar la entrada de la novia.

Livia. Cerró los ojos y se llevó una mano al corazón. No podía olvidar sus caricias tímidas, y al mismo tiempo sus apasionados besos. Su olor exquisito, y el sabor de sus labios… Dioses, desde entonces, se había vuelto loco por momentos.

Estaba solo, así que se podía permitir ser sincero consigo mismo y decir que sí, estaba nervioso. No había pegado ojo en toda la semana, recordando el beso bajo el árbol. Sentía como si desde que hubieran llegado a Thornsfield, ella se hubiera apoderado de su mente, primero en aquel paseo a caballo hasta Rosewood House, y después el día de la fiesta de compromiso. En común tenían esos dos besos que se dieron, quizás sin ser demasiado conscientes de todo lo que les harían sentir.

La pasión que Livia despertó en él, y que sintió en ella, correspondiéndole… Cerró los ojos por un instante. Revivía aquellas caricias y se moría por volver a besarla, a estrecharla entre sus brazos. Pero también era muy consciente de que su matrimonio no sería fácil. Quizás unas semanas lejos de aquella casa y de su suegra, animaran a Livia.

Además, sabía por Lyonel que su futura esposa siempre se había sentido fascinada por Escocia, que mejor forma de empezar su vida juntos, que llevándola de viaje ahí.

Algo más ansioso de lo que podía controlar, se retocó el nudo de la corbata, mientras esperaba la llegada de los asistentes de la boda. A decir verdad, la ceremonia no era lo que más le

preocupaba, al contrario, lo difícil vendría después. La noche de bodas.

Respiró hondo. ¿Lo recibiría, dispuesta?, ¿lo rechazaría? Se masajeó las sientes para tranquilizarse. A esas preguntas se añadían otras menos inocentes: ¿Cómo sabría su piel?, ¿le agradaría lo que pensaba hacerle?, ¿al menos lo suficiente para llevarla al orgasmo? Se imaginó su rostro azorado, sus ojos vidriosos, sus labios entreabiertos.

Gruñó al darse cuenta de lo inapropiado de su erección e intentó pensar en cualquier otra cosa. Resopló, frustrado consigo mismo y por enésima vez se sacó el reloj de su bolsillo y contó los minutos restantes. El tiempo transcurría lentamente, lo que acrecentaba su inquietud.

—¡Oh, maldición! —exclamó para sí, casi son sólo un movimiento de labios, cuando llamaron a la puerta.

Se dio la vuelta observando como esta se abría y Anthony y Lyonel y su cuerpo se destensó. Había pensado que se trataría de su madre, y agradecía sinceramente que no fuera así.

—Y aquí tenemos al futuro novio —dijo el coronel, entrando en la estancia.

—Te veo bien, Robert —apuntó Anthony, mirándolo con cierto descaro.

—Bien, ¿cómo te sientes? —preguntó Lyonel.

Robert alzó una ceja, pero no respondió.

—¿Cómo va a sentirse? —rio Anthony—, se lleva al altar a una mujer extremadamente inteligente y de las más bellas que he conocido. —Al ver la mirada que le lanzó Robert, no pudo hacer otra cosa que soltar una carcajada y retroceder, por si quería lanzarle un puñetazo.

—¿Me he perdido algo? —apuntó Lyonel, al notar el celo en los ojos del futuro novio.

—Me temo que nuestro querido Robert será de los esposos celosos.

Lyonel parpadeó confuso.

—Sigue burlándote Anthony, y puede que no llegues al pastel de bodas.

—Venga Robert —Anthony le sonrió—. Solo soy un hombre con ojos y buen gusto. Admiro a tu esposa, no hay nada malo en ello. Y al parecer tú también.

Lyonel los miraba sin comprender muy bien que juego se traían.

—¿Algo que queráis comentarme?

—Nuestro amigo se siente atraído por su futura esposa.

—Cállate Anthony —le advirtió.

Pero el capitán Hilton, hizo oídos sordos.

—No lo niegues más. Estás loco porque llegue la noche.

—¡Estamos en una iglesia! Por el amor de Dios.

—Me da igual, pero me siento molesto contigo —continuó Anthony.

—¿Y eso por qué, si puede saberse? —Robert lo miró sin comprender.

—¿Crees que no sabemos lo que sucedió en los jardines en tu fiesta de compromiso? —dijo, y Lyonel lo miró, severo y después negó con la cabeza.

—No he sido yo.

—Por supuesto que no. Hay dos dragonas que esparcieron el rumor por toda Inglaterra, y gracias a eso pude enterarme, pero no por ti.

—Que el infierno me trague si vuelvo a contarte ninguna de mis intimidades —dijo Robert fingiendo reproche, pero lo cierto es que con su presencia estaba de mucho mejor humor.

—¿Un wiski? —Anthony alzó la botella que había traído consigo.

—¿En la sacristía? —Poco le faltó a Robert para poner los ojos en blanco.

—¿Por qué no? —Se animó a buscar un par de vasos que el párroco tenía en una vitrina—. Los católicos beben vino durante su trabajo y nadie les dice nada.

—Creo que eso suena a blasfemia —se rio Lyonel.

Los tres amigos se reunieron de pie en el centro de la estancia austera. Anthony llenó dos dedos sus vasos y les hizo brindar.

—Por que el fin de tu libertad sea compensada por una mujer hermosa y un matrimonio dichoso —dijo Anthony sin atisbo de burla.

—Brindo por eso —convino Lyonel.

Robert dudó, pero no pudo menos que sonreír.

—No creo que sea del todo fácil, pero, brindemos para que tus palabras se hagan realidad.

Y en verdad deseaba que se hicieran realidad.

Capítulo 34

—Estás hermosa, hija.

Su padre la esperaba al final de la escalera, mientras ella descendía hecha un mar de nervios.

—Papá —le ofreció la mejilla, y lord Withman se la besó.

—¿Estás preparada? —le preguntó su padre.

Livia asintió. Lo miró especialmente sorprendida. No había rastro del hombre deshecho que había visitado en la cárcel. Hasta su tono de piel parecía mucho más saludable.

Había hecho bien, se dijo. Su padre no hubiera podido sobrevivir en la cárcel y a fin de cuentas, había destinos peores que estar casada con lord Belford.

—Estoy Preparada —convino.

Notó como le apretaba el codo, como si no quisiera que se escapara corriendo. Tampoco es que pudiera culparle de ello. Belinda, a su modo, lo había traicionado una vez, era probable que no quisiera correr la misma suerte con su otra hija.

Salieron al exterior cogidos del brazo. Lady Marianne y Amanda se habían adelantado hacia varios minutos. Ella y su padre estaban solos.

El camino de gravilla, que separaba la casa de la capilla donde se celebraría la ceremonia, era largo. Pero no irían hasta allí andando. El coche, tirado por cuatro caballos blancos como la luna, se detuvo frente a la escalinata de la casa. Livia subió ayudada por su padre.

Todos los invitados debían estar esperándola. Lamentaba que Rose no estuviera ahí, pero Maranta sí que estaría, y Amanda, y el pequeño Charles… y por supuesto, el novio.

El traqueteo del coche de caballos los sacudió varias veces, pero el trayecto se hizo demasiado corto. Cuando bajaron, la entrada de la pequeña iglesia estaba prácticamente vacía y todos se apresuraron a entrar y ocupar sus asientos en los bancos.

—Hija mía —le dijo su padre después de que descendiera del carruaje y estuviera de pie, parada a su lado—. Estoy muy orgulloso de ti.

Livia se quedó sin saber qué decir. Lo miró con sus grandes y expresivos ojos oscuros y sintió un nudo en la garganta.

—Nunca me habías dicho algo así —dijo, emocionada.

—Bueno… —pareció vacilar su padre—, nunca habías hecho algo tan notable.

¿Algo notable? Por supuesto. Casarse con alguien rico que pagara sus deudas, era lo único notable que había hecho, en opinión de su padre. Al parecer, lo único que importaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas y esperó que su padre supusiera que eran de emoción, de todas formas, se apresuró a cubrirse con el velo.

—Avancemos, tu prometido ya ha esperado bastante.

Ella se puso en marcha, con la mano enguantada apoyada sobre el antebrazo de su padre.

Tuvo que parpadear varias veces cuando entró en la pequeña iglesia de bancos oscuros y paredes blancas. El sol de la mañana hizo difícil adaptar su visión una vez en el interior. Sintió como si abandonase la para sumirse en la más absoluta oscuridad. Apenas distinguió las cabezas que, curiosas, se giraban para verla avanzar. Sus manos temblaron tanto que tuvo que tomar el ramo con más fuerza de la necesaria.

Los asistentes a la ceremonia se habían girado para verla entrar, algunas le parecieron poco

amistosas y amenazantes. Aunque posiblemente eran imaginaciones suyas, pues no todas eran así. Lyonel le sonrió, alentándola, al igual que Maranta que estaba a su lado.

¡Oh! Maranta… casi se le saltan las lágrimas al ver su expresión que irradiaba tanta confianza.

Todo irá bien, le decía siempre.

Tomó aire y Livia fijó la mirada en su prometido, de pie en el altar, con las manos entrelazadas en la espalda. Tan serio, tan… guapo. Tropezó con sus propios pies, y se hubiera caído de bruces si su padre no la llega a sujetar. Para cuando alzó la mirada, Robert había descendido los peldaños del altar, quizás para ir a su encuentro.

—Vamos —le ordenó su padre en un tono cortante.

Hubo murmullos y su suegra se removió en el viejo banco, haciéndolo crujir.

Livia ni siquiera se había dado cuenta que se había detenido, vacilando a los pies del altar. Quizás por eso Robert había ido en su busca, no preocupado por su tropiezo, sino alerta por si intentaba huir.

Respiró hondo.

No tenía intención de huir, ni siquiera se había dado cuenta de que sus piernas se habían negado a avanzar mientras Robert la escudriñaba con su fría mirada azul.

No dejó de mirarla hasta que su padre se paró frente a él, entregándola.

Sintió como su corazón se desbocaba, iba a ser tan desgraciada. Él buscaba la perfección y ella distaba mucho de ser perfecta. Era lo opuesto de lo que su esposo esperaría de una dama.

Robert se apresuró a tomar su mano, como si temiera que cambiara de opinión en el último momento. Pero eso no iba a ocurrir.

Sintió un leve tirón, Robert la hizo subir los peldaños de piedra, hasta quedar frente al párroco, por un lado, y frente a todos sus amigos y conocidos, por el otro.

Una vez ahí, pudo ver como Anthony hacía de padrino, detrás del novio. Le sonrió con afecto y solo apartó la mirada de él cuando su futuro esposo se inclinó hacia ella para susurrarle algunas palabras. Supuso que sería una advertencia, una objeción o una orden. Pero lo que salió de sus labios hizo que se le parara el corazón.

—Estás tan hermosa, Livia.

Estás tan hermosa.

¿En verdad le había dicho eso?

Era una suerte que el velo cubriera su cara, puesto que así no tenía que preocuparse porque él viera su expresión de total desconcierto.

—Yo… —gimió, pero no pudo continuar antes de que el párroco empezara con su discurso.

Apenas escuchó lo que se dijo, su corazón latía desbocado y aunque ya no podía sentir la mano de Robert entrelazada a la suya, si que estaba lo suficientemente cerca para apreciar su calor.

Cerró los ojos y al abrirlos, pensó que el hombre de Dios ya había hablado durante demasiado tiempo, pero ella seguía escuchando solo esas tres palabras. *Estás tan hermosa.*

Sonrió como una tonta.

De improviso, la mano de Robert colocó un anillo en su dedo, y la animó a hacer lo mismo. Deslizó el anillo de oro y después miró a Robert.

—Por el poder que Dios me ha otorgado, os declaro marido y mujer.

Livia parpadeó cuando Robert, con delicadeza, le apartó el velo del rostro. Sin esa capa protectora, podía ver con nitidez sus ojos, unos intensos ojos azules que la miraban de una forma distinta. Tal vez de la misma forma en que lo hizo cuando…

No pudo pensar más, pues las manos cálidas y suaves de Robert se posaron en su rostro. Con los pulgares le acarició los pómulos, e inconscientemente ella elevó el rostro para recibir su beso. Fue un contacto suave, al principio. Pero desde luego, distinta a cómo la había besado la noche de su compromiso.

Esta vez lo con delicadeza, con suavidad y una dulzura que Livia jamás habría creído en él.

Cuando los labios se separaron, ella lo miró sin pestañear. Entonces, pudo ver una leve sonrisa, casi imperceptible, que hizo que miles de mariposas asaltaran su pecho.

Quizás aún había esperanza después de todo.

***

La fiesta de sus nupcias se celebró en el jardín. Había grandes mesas llenas de comida, finos vinos de Francia y pasteles que la madre de Robert había hecho a elaborar a un famoso chef que se había trasladado de Wells especialmente para la ocasión.

Se instalaron grandes carpas que protegieron a los invitados del radiante sol primaveral. La decoración no podía ser más exquisita, la propia Rose se había encargado de enviarlas desde su jardín e invernadero.

Los novios recibieron las felicitaciones de sus invitados. Mientras lo hacían, Livia no pudo dejar de mirar a Robert, asintiendo, con porte regio y leve sonrisa perpetua. Ella estaba demasiado nerviosa como para parecer feliz. Pero, ahora que estaba hecho… no se sentía distinta. Era lady Belford, se estremeció de la cabeza a los pies, pensando en que jamás se acostumbraría a ese título.

Ensimismada, miró el delicioso pastel de bodas, que minutos antes había cortado junto a Robert, con una brillante espada que había pertenecido al condado desde tiempos de los Estuardo. Un simple y extravagante gesto que había despertado los vítores de algunos invitados. Eso, seguramente habría agradado a su hermana, Belinda. Si hubiese sido ella la novia, en esos momentos luciría radiante, sonriendo a todo el mundo, disfrutando de ser el de atención. Recibiendo con orgullo y vanidad todos los halagos de los invitados.

Pero ella no era su hermana y por el contrario, Livia no tenía apenas apetito.

—¿Estás bien?

Su espalda se puso recta y miró al que ya era su marido para asentir vivamente.

—Sí, lo estoy.

—Bien —dijo sin más—, prueba la tarta.

La mirada despreocupada cayó sobre ella, y se dio cuenta de que tenía la cucharita con un trozo de tarta suspendida en el aire.

A Livia se le cortó la respiración, pero se obligó a tomarla en la boca. Miró a su esposo mientras deslizaba sus labios por la plata y después le sonrió, contenta del buen sabor del postre.

Algo se oscureció en la mirada de Robert cuando sus ojos quedaron fijos en su boca, viéndola comer.

Tiempo después, Livia se perdió con Maranta y Amanda entre los invitados. Ignoró por

completo a su suegra quien se quejaba que hacía demasiado calor para ser primavera y que una boda en la catedral de Wells habría sido más digna de un conde. Pero hubo momentos buenos, Charles la interceptó abrazándola de forma afectuosa y dándole la bienvenida a la familia.

Todo estaba bien, hasta que sintió la calidez de una mano sobre la suya.

—Livia —Ella miró a Robert mientras entrelazaban sus dedos—. Es hora de irnos.

No hubo discusión posible. Ni ella lo pretendía.

Tiró de ella con suavidad y se alejaron del jardín entrando en la casa.

Como era costumbre, los invitados se reunieron en la puerta de entrada para despedir a los recién casados. Su esposo, la animó a que cogiera su capa y lo indispensable para poder marcharse.

Nada más verla bajar las escaleras del vestíbulo, con su traje de viaje, preparada para la luna de miel, se adelantó y la tomó de la mano. Tiró delicadamente de ella y la hizo avanzar hacia la entrada de la casa.

—Vamos, despídete.

Livia asintió. Miró a los invitados y contestó con una amable sonrisa a sus felicitaciones. En la puerta, su padre la esperaba para decirle algunas palabras.

—Hija, buen viaje —La tomó con calidez por los hombros y depositó un beso en su mejilla.

Livia no recordó cuando fue la última vez que su padre la besó, o correspondió a su afecto con un abrazo. Suponía que el haberse convertido en la esposa de Robert Belford, había obrado el milagro. Una honda tristeza la invadió y, aun así, intentó mantener la forzada sonrisa.

—Gracias, padre.

Después, el señor Withman miró a Robert a quien dedicó un gesto de asentimiento. Esa mirada parecía estar cargada de algo que Livia no comprendía.

—Me temo que cuando vuelvas no estaré aquí. —William Withman volvió a mirarla cuando lo dijo. Pero por lo que escuchó a continuación, supo que no se refería a que no estaría en Thornfields—. Tu esposo me envía a Dublín, para tratar unos asuntos en su nombre.

—¿Qué? —parpadeó, confusa. Paseó la mirada entre ambos hombres.

—Puede que tarde un poco en volver.

Livia parpadeó, incrédula.

—¿Dublín? —Miró después a Robert para que se lo confirmara, pero no lo hizo, simplemente se dedicó a apartar los ojos de ella. Pero no la soltó en ningún momento, aún podía notar la calidez de sus dedos entorno a su muñeca.

—Despídete —le ordenó su esposo, sin mirarla.

Ella abrió la boca para protestar, pero enseguida notó las manos de su padre sobre sus hombros. La atrajo hacia él y le dio dos besos en las mejillas.

—Cuídate hija.

Fue en ese instante que Robert volvió a tirar de ella. Volteó la cara hacia el exterior y el sol le dio en la cara. Hacía un día tan hermoso... cálido. Pero ella se sentía tan vacía y fría. ¿Por qué no le había dicho nada?, ¿por qué mandaba a su padre lejos? Ni siquiera le había dicho donde se dirigían. Había supuesto que quizás a alguna de sus otras posesiones, pero el baúl con sus ropas que le había preparado el servicio, era demasiado grande como para solo estar un par de días.

Una vez fuera, los invitados empezaron a vitorear con más entusiasmo mientras la pareja avanzaba, veloz por el pasillo que habían abierto para ellos. La gente aplaudía y ella… solo quería aguantar sus lágrimas.

—¿Adónde iremos? —preguntó, más para sí misma, al llegar junto al carruaje. Pero su esposo

la había escuchado.

—Esta noche la pasaremos a medio camino de la casa de mi amigo, el coronel…

Livia lo interrumpió, sorprendida.

—¿Pasaremos la luna de miel en casa de unos amigos?

Lo vio tensarse sin motivo aparente.

—¿Prefieres pasarla con mi madre? —respondió, parándose frente a la puerta abierta del carruaje— ¿O quizás prefieras no tener luna de miel? Dios sabe que tengo mucho trabajo.

Livia abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No supo decir cual de las dos ideas era más horrenda.

Robert apretó los labios, como si no le gustara que le contradijeran, pero en realidad estaba molesto por que ella no apreciaba el esfuerzo que él hacía para llevarla de viaje, o todo lo que había hecho por su padre, enviándolo en su nombre para que recuperara la confianza en sí mismo, se sintiera útil y se alejara de sus vicios.

Su mal humor aumentó el de Livia, quien apartó la mano. Fue entonces cuando se dio cuenta de que a su espalda lady Marianne esperaba su turno para despedirse.

Robert se inclinó para besar a su madre. Livia intentó controlar su respiración.

Alzó la vista y le mantuvo la mirada en silencio a lady Marianne, esprando que fuera ella quien hablara.

Su suegra la miró de arriba abajo, como si no aprobara su sencillo vestido de viaje. Su cara de amargor contrastaba con la alegría apenas contenida de Amanda, que se abalanzó sobre ella para abrazarla.

—Amanda… —le dijo, con cariño.

—Te echaré de menos. ¡Vuelve pronto! —Le besó la mejilla, lo que hizo que Livia sintiera un calor agradable en el pecho. Al menos alguien la apreciaba en aquella casa—. Oh, qué alegría que ya pueda llamarte hermana.

—Y no sabes cuanto me alegra a mí también —respondió Livia, con sinceridad.

La risa de Maranta la hizo darse cuenta de que ella también estaba a su lado.

La abrazó, despidiéndose.

—Pasaré unas semanas con Rose —le dijo su amiga—, escríbenos. Estaremos deseosas de tener noticias.

Livia sospechó de la clase de noticias que querrían tener, esas que solo las mujeres casadas pueden recibir.

—A mí también escríbeme —dijo Amanda, recuperando su atención y abrazándola de nuevo. Su entusiasmo la hizo reír y cuando el pequeño de la familia se abrazó a su falda, Livia no pudo más que conmoverse.

—Que tengas buen viaje —le dijo Charles, con la boca aún manchada de tarta.

—Gracias.

—Cuando vuelvas ya no estaré, pero te escribiré y volveré en verano.

—Te estaremos esperando —Livia se había puesto a su altura y lo besó con cariño.

Robert se quedó mirando a su hermano pequeño que, por lo general, no solía buscar la compañía y el contacto con nadie. Le revolvió el pelo, un gesto que el pequeño no agradeció, porque según le había dicho infinidad de veces, él ya no era un niño.

—Nos vamos ya.

—Robert… —lady Marianne juntó las manos frente a ella, un gesto de súplica que no le pasó desapercibido a nadie—. Vuelve pronto, tienes responsabilidades.

Robert volvió a besar su mejilla.

—Volveremos según lo previsto, madre —Eso no pareció calmar el ánimo de la mujer, que lo miraba con adoración y los ojos llenos de lágrimas.

Entre vítores, y después de las despedidas, Robert la ayudó a subir al carruaje. La portezuela se cerró y su esposo dio la orden de partir.

Mientras salían de la propiedad, reinó el silencio en el interior del carruaje. Livia, nerviosa, miró por la ventana.

—¿Dónde…? —Se mordió el labio y guardo silencio, interrumpiendo la pregunta que había estado a punto de hacer. Pues en realidad, ¿qué importaba a dónde tenía pensado Robert celebrar la luna de miel? Sería un lugar distinto al que acababan de dejar, pero el problema residía en la compañía, no en donde estuvieran.

Robert la miró como si esperara que continuara hablando.

No lo hizo.

Ni él tampoco.

Capítulo 35

Dos horas de incómodo silencio fueron más que suficiente para terminar con los nervios de Livia. Ya no había trozo de tela de su vestido para retorcer, cuando se atrevió a preguntarle a su esposo.

—¿Llegaremos pronto?

Robert no cambió de postura. Se había sentado en una esquina del carruaje, con la espalda recta y las piernas separadas. Apoyaba ambas manos en un bastón con empuñadura de plata, mientras su mirada permanecía fija en el paisaje.

Podía contar las ocasiones en que lo había sorprendido mirándola. Al parecer, estaba más decepcionado con su nueva esposa, de lo que Livia había esperado.

Tardó en responder a su pregunta, tanto tiempo que pensó que iba a ignorarla una vez más. Livia apretó los labios, dolida por sentirse ignorada. Siguió mirándolo, pero se negó a repetir la pregunta.

—¿Vas a seguir sin dirigirme la palabra? —Estalló Livia, haciendo que él dejara de observar el paisaje y volteara el rostro hacia ella.

¡Oh! ¡Insufrible! Es tan arrogante. Todo en él la irritaba, no tenía empatía, ni compasión…

—Pensé que era lo que querías, esposa.

Por un momento, Livia se quedó sin habla. La cálida sensación que invadió su estómago al escucharle decir, esposa, fue del todo inesperada y… placentera. Tragó saliva, incómoda.

—¿Ahora res tú quien no va a responderme?

Lo miró furiosa.

—¿Que mi esposo me ignore? —se ofendió ella—. ¿Que ni siquiera tenga la deferencia de decirme adónde vamos, qué haremos…? No, milord, no es lo que quiero.

Robert miró a Livia, con una gran frustración.

¡Maldición! Amanda le había asegurado que a ella le gustaban las sorpresas. Él, como un idiota, había mantenido el secreto del destino de su luna de miel. No pensó que fura otro punto para pelear, pero por supuesto, se había equivocado del todo. No había forma de complacerla.

—Pensé en… —*darte una sorpresa*. Pero se calló a tiempo—. Da igual.

Volvió a mirar por la ventana y ella hizo lo mismo, girando su cabeza hacia el otro lado. Ignorándole de igual modo.

Robert parecía incómodo, tanto como ella. Estaba enfadada por su falta de tacto y pensó en no volver a dirigirle la palabra hasta que no fuera estrictamente necesario. Pero tal parecía imposible. Tampoco resistió a ese propósito.

—¿Es lo que quieres? —Robert la miró esta vez como si no supiera de qué estaba hablando. Alzó una ceja, esperando que se lo aclarara— ¿Quieres que me mantenga callada y no te dé problemas?

Él resopló, solo le faltaba poner los ojos en blanco.

—Ojalá pudieras hacer eso —confesó, entre dientes. Desvió de nuevo su atención hacia el exterior.

—¿El qué?, ¿callarme o no darte problemas? —preguntó, para molestarle.

No se dignó a mirarla cuando respondió:

—Cualquiera de las dos cosas me haría feliz.

Livia sonrió falsamente sin ignorar su tono ácido.

—Por eso no te he dirigido la palabra, para hacerte feliz.

—¿De veras? —esta vez sí la miró.

—Eso y porque has sido muy desconsiderado. —Lo vio tomar aire y apretar los párpados, como si pidiera paciencia al Altísimo.

—Podría vivir mil vidas y no comprendería como funciona tu maquiavélica mente.

Livia abrió la boca, ofendida.

—¿Yo? ¿Maquiavélica? —Se revolvió en el asiento, su cuerpo apuntó hacia él y sus puños se apretaron contra su falda, dispuesta a decirle todo lo que pensaba—. Eres tú quien, el día de nuestra boda me ha arrastrado lejos de todo lo que conozco…

—Se llama luna de miel, querida.

¿Querida? Su cuerpo se tensó, como si en lugar de una palabra cariñosa, no fuera más que un insulto.

—Querido… —le espetó—, un marido considerado hubiera informado a su esposa sobre el lugar y duración de la luna de miel. O como mínimo donde pasarían su noche de bodas.

Cuando la palabra noche de bodas se escuchó dentro del carruaje, sus miradas se entrelazaron. Robert alzó el mentón y tragó saliva, pero después se centró en cualquier cosa menos en ella, en su cuerpo tenso y en esa condenada boca.

—Pues en un lugar agradable —dijo al fin—, y no más de tres semanas.

—¡Espléndido! —exclamó Livia, ardida—. Solo me falta saber qué entiendes tú por un lugar agradable.

Él la miró con desdén.

¿Iba a ser así?, se preguntó de pronto. ¿Todo ese veneno que había intuido en ella, explotaría en su cara a diario, ahora que estaban casados?

Por supuesto sabía que se había portado como un miserable y que Livia se había casado bajo coacción para salvar a su padre, aunque ese hombre no se mereciera ser salvado. Él había pagado sus deudas, tal y como le prometió. Pero haría algo más que pagar sus deudas, también se prometió enmendarlo, para que lo que hiciera el señor Withman en un futuro, no salpicara a Livia, ni ensuciara su buen nombre.

Había sido un buen acto cristiano enviarlo a Dublín. En verdad tenía asuntos, nada delicados, pero sí lo suficientemente importantes como para que su suegro se centrara en la tarea y se distrajera para no pensar en sus problemas de juego. Aunque el señor Withman no lo supiera, en Irlanda iba a estar vigilado en todo momento por sus hombres, no habría más juego, ni ninguna otra actividad que pudiera poner el nombre de la familia en entredicho.

La vida que había llevado ese hombre irresponsable, había hecho infeliz a Livia, y el se ocuparía de que eso no volviera a ocurrir.

Ahora solo la haces infeliz tú, le dijo su conciencia. Apretó los dientes por culpa de esa verdad amarga, pero se mantuvo en silencio.

Por algún motivo, le enfurecía que su padre fuera el objeto de tal devoción, pues había entendido que ella le adoraba, que hubiera hecho cualquier cosa por él. No entendía como una mujer como ella, que distinguía perfectamente el bien del mal, que sabía cuan corrupto era su padre, lo adoraba con total entrega.

Miró a su esposa de reojo. En cambio, a él… ¿no le perdonaría nunca?

La observó disimuladamente. Estaba preciosa ese día, tanto en la ceremonia, como ahora que solo llevaba un modesto vestido de viaje. Uno que ni su hermana Belinda, no se habría puesto ni, aunque la alternativa fuera andar desnuda. ¡Eran tan diferentes! Odiaba que Anthony tuviera razón.

Parpadeó confuso por los sentimientos que afloraban.

Sí, Livia tenía una lengua afilada, pero había podido comprobar lo bien amueblada que tenía la cabeza en cuanto a cuestiones prácticas, con temas relacionados con la organización, el servicio, su hermana Amanda… ¡Hasta su hermano Charles la adoraba! Y ese demonio con cara de ángel no adoraba a nadie.

Se humedeció los labios, dispuesto a calmar los ánimos. Sin duda, estaba enfadada. ¿Quién no lo estaría cuando a uno le obligan a casarse con alguien que desprecia? *Sí, me desprecia*, se dijo, llevándose una mano al pecho como si ese mero pensamiento intrusivo le causara dolor.

Carraspeó.

Ojalá las circunstancias fueran otras.

—Escocia —dijo, al fin.

Livia volvió el rostro hacia Robert.

—¿Qué? —jadeó.

—Escocia. Ese es el lugar agradable a dónde vamos.

Abrió la boca anonadada.

—¡Escocia! —Los ojos de Livia se iluminaron de tal forma que a Robert le pareció que tenía frente a sí, a una persona totalmente distinta.

—¿Te gusta la idea? —casi balbuceó sorprendido, al ver semejante cambio de humor.

—Mucho —parpadeó, incrédula, y con una incipiente sonrisa en esos preciosos labios—. Pensé que tenías mucho trabajo… Es un viaje muy largo.

Él carraspeó ante el cambio de actitud de ella, mucho más entusiasta.

—Es cierto, pero pensé que no te importaría si con ello conseguías visitar…

—¿Edimburgo? ¿Iremos allí? —vio como el cuerpo de su esposa se adelantaba en el asiento, queriendo escuchar bien su respuesta— ¿Qué visitaremos?

Robert siguió parpadeando, y una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Primero, nos detendremos en Nottingham, allí vive mi prima y su esposo. El general James es también un buen amigo mío. —Como si eso la animara a confiar en él, añadió—: También es amigo de Lyonel, sirvieron bajo las órdenes de Wellington en España.

—Oh, entiendo —dijo ella, miró hacía un lado como si su mente se moviera con una rapidez vertiginosa— ¿Os conocéis del ejercito?

—¿El marido de mi prima y yo? —Livia asintió—. Sí, desde hace mucho.

Pero fue lo único que dijo. Livia intuyó que no le gustaba hablar de su antigua vida en el ejército.

—Estaremos dos días allí y después partiremos hacia Edimburgo. ¿Te gustaría visitar algún lugar en especial?

Ella se echó hacia atrás.

—Yo… no lo sé.

Pero sí lo sabía, y él también porque le había preguntado a Maranta.

—¿Crees que podríamos visitar algún castillo en ruinas?

Él asintió.

—Y alguno no tan en ruinas —le dijo, tanteándola.

—Eso es un sí —dijo ella, con expresión soñadora que lo dejó deslumbrado— ¿Visitaremos algún castillo en ruinas? —volvió a preguntar ella, y él frunció el ceño.

—Ssssí —dudó—, pero también nos han invitado a visitar el castillo de Cowdor y quedarnos unos días. Aunque creo que te gustaría más recorrer las tierras altas que quedarte en un mismo lugar.

—¡Castillos en ruinas! ¿Hay algunas abadías también, en el itinerario?

Al ver su entusiasmo juvenil, a Robert casi se le escapa una carcajada, pero se controló a tiempo, no quería que su esposa lo malinterpretara.

—¿Por qué tanta insistencia en que los castillos estén en ruinas? Desde luego yo prefiero no dormir al raso —le sonrió.

—Ya… no sé, hay algo, romántico —se arrepintió de haberlo dicho nada más ver a Robert alzar una ceja. Pero se tranquilizó cuando le aseguró:

—Habrá ruinas, si lo deseas, Livia.

Ella respiró hondo y se esforzó por no sonreír tan abiertamente, pero le fue imposible. Estaba entusiasmada.

Se retorció las manos y su mente empezó a pensar en todos los lugares mágicos sobre los que había leído. No quería empezar a divagar, ni atosigar a Robert con preguntas que quizás no quisiera responder.

Lo miró de pronto, sin apenas parpadear.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se puso seria de súbito.

Él tragó saliva y le costó devolverle la mirada.

—Maranta dijo que te gustaban las sorpresas —carraspeó, incómodo.

Ella abrió la boca, pero no pudo articular palabra. *¿Maranta?* Así que su silencio no había sido un castigo, más bien todo lo contrario. Solo quería… ¿sorprenderla?

Se sintió algo culpable, quizás debería empezar a no pensar siempre lo peor de las personas, especialmente de su esposo, con quien tendría que compartir el resto de su vida.

Al ver que estaba tan pensativa, Robert buscó algo que decir.

—Visitaremos los castillos que quieras —Livia ya no sonreía, pero su expresión le decía que podía complacerla en eso y lo haría.

—Yo… —*¿Debería disculparse*? Solo pudo añadir—: gracias.

Su esposo seguía mirándola fijamente.

—No hay por qué darlas. No soy un ogro, Livia.

¿Fue dolor lo que vio en su mirada?

—Robert…

Fuera lo que fuera, desapareció en cuanto se volvió hacia la ventanilla del carruaje, para ignorarla de nuevo.

Livia se reclinó contra el asiento, pero se negó a dejarlo estar. Se humedeció los labios y después soltó un leve carraspeo.

—A mí… —empezó a decir, vacilante—, siempre me han gustado los castillos. Me parecen vestigios decadentes y románticos de épocas pasadas, que ya no volverán.

La sonrisa que se dibujó en el semblante de su esposo, la hizo fruncir el ceño.

—¿Qué? —preguntó, a la defensiva —¿He dicho algo malo?

—No —se apresuró a responder—. Simplemente pensé que una mujer como tú, tan apasionada de la emancipación de la mujer, no perdería el tiempo en romanticismos y cuentos

tontos de amor.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eres sorprendentemente… frío.

Robert frunció el ceño ante tal afirmación.

—Si tú lo dices.

—¿De verdad no hay nada que te apasione, Robert?

Él pareció pensarlo.

—¿Cómo castillos y viejos cuentos de amor? —Negó burlón—. Quizás me apasiona hacer bien mi trabajo, ser un hombre fiable, amigo de mis amigos.

—¿Y esposo de tu esposa?

Se miraron por varios segundos y el silencio fue pesado, como si los dos se evaluaran, como si cada uno pusiera su atención en las intenciones del otro.

—Seré todo lo buen esposo que pueda.

No era garantía de nada, se dijo Livia. Pues sabía que a veces, Robert simplemente creía que privándola de sus inclinaciones más reaccionarias, cumplía con su deber.

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

Sería difícil, ser una buena esposa. Tanto como él, ser un buen esposo con ella.

—Has vuelto a apagarte.

Ella lo miró sorprendida.

—No sabía que fuera una vela.

—No lo eres, pero tus pensamientos no parecen agradables.

—Solo… pensaba en lo distinto que somos, y que quizás ser un buen esposo, no signifique lo mismo para ti, que para mí.

—Eso no lo dudes —dijo él despejándole la duda—. Es mejor ser un marido estricto, que dejar que tu mujer tome un mal rumbo, espoleada por ideas tontas y equivocadas.

Bien, la tregua había terminado.

Lo miró con fijeza, y entreabrió los labios pasándose la lengua por el interior de la mejilla.

—Si no tienes nada agradable que decir —le dijo ella dispuesta a arrancarle la cabeza—, sí que será mejor que nos mantengamos en silencio.

Robert se encogió de hombros, dispuesto a satisfacerla. Porque… eso era lo que ella también quería, ¿no?

Capítulo 36

Livia se mantuvo en silencio mientras el carruaje avanzaba.

Ojalá pudiera no volver a hablarle, ni a mirarle, pensó Livia.

Ojalá hubiera sido una mujer egoísta y lo suficientemente fuerte como para abandonar a su padre jugador y refugiarse en el cobijo que le brindaba Maranta. Pero ella no era así. Ella había sido incapaz de abandonar a su egoísta padre a su suerte. No era como Belinda. Y a pesar de eso, no podía culpar a su hermana por lo que había hecho. Obligada a casarse sin amor, cuando aquel que sí amaba le había ofrecido la luna.

Cerró los ojos y pensó en centrarse en solo lo bueno. Iba a Escocia, sería un viaje hermoso, a pesar de la compañía.

Apoyó la mejilla contra la pared tapizada del carruaje.

—¿Estás bien? —preguntó Robert, al poco rato al ver que se tocaba la frente— ¿Te duele la cabeza?

—¿Te importaría si no fuera así? —Abrió un ojo y lo miró molesta.

Él suspiró. Claro que le importaba, si ella supiera lo preocupado que había estado cuando enfermó… Y aún así dijo:

—No demasiado.

Aunque a Livia le dolieron sus palabras, se le respondió con una falsa sonrisa.

—Tranquilo milord, procuraré no ensuciarle la tapicería, seguro que cree que es más valiosa que yo.

La rigidez de su mandíbula, le dio a entender que la paciencia de él tenía un límite.

—¿Siempre tendrás la lengua tan larga? —le preguntó, algo molesto.

Livia intentó no mostrar sus sentimientos, así que lo miró sin expresión alguna, como si no mereciera la pena contestar. Pero finalmente lo hizo.

—No puedo prometer cambiar mi carácter. En primer lugar, porque no veo nada malo en él.

—Por supuesto que no —se envaró Robert.

Ignoró la grosería.

—Y, en segundo lugar, ya sabías como era antes de obligarme a casarme contigo. No puedes fingir sorpresa.

Ahora sí que había captado toda su atención. El cuerpo de Robert se desplazó por su asiento para acercarse al lado opuesto, donde ella estaba frente a él. Las rodillas rozaron su vestido. Livia parpadeó confusa ante su mirada fija y su actitud que, aunque no era amenazante, sí que la intimidaba de alguna manera. Lo vio inclinarse hacia delante, poniendo los codos sobre las rodillas.

—¿Qué? —dijo echándose hacia atrás, algo insegura.

La mirada de Robert la recorrió de arriba abajo, como si la viera por primera vez y quisiera evaluarla, saber de memoria cada una de las imperfecciones de su piel y sus curvas.

Livia tragó salvia, incómoda por el escrutinio. Sin duda, esperaba que apareciera una mueca de desprecio en su rostro, como aquellas que solía dedicarle lady Mariane, pero para su sorpresa, no fue así.

—Livia —empezó con un tono calmo que no hizo más que acrecentar su sorpresa—. Yo no te

obligué a nada, querida. —la sonrisa se amplió—. Tú me lo pediste.

—¡Ja! —¡Maldito fuera! — ¿Así calmas tu conciencia?

Al ver la sonrisa de triunfo dibujada en el rostro de su marido, la ira la invadió. Furiosa porque tergiversara las cosas, miró por la ventanilla del carruaje, dispuesto a ignorarle el resto del trayecto.

La luz del atardecer arrancaba algún reflejo dorado al paisaje, pero tal como llegaron, se fueron. Livia apretó los dientes y los labios para no hablarle. Esa actitud en Robert, solo quería decir que estaba dispuesto a tener razón, y solo la conseguiría peleándose con ella y haciendo que admitiera su derrota. ¡Jamás!

Se concentró en las lomas verdes y los campos repletos de ovejas e intentó que su presencia no la afectara. Pero… estaba demasiado cerca. Su cuerpo parecía desprender calor suficiente como para caldear el ambiente. Cerró los ojos y cruzó los brazos sobre su pecho, con firmeza.

—¿Vas a admitirlo? —Al parecer, a su esposo no le gustaba sentirse ignorado.

No lo miró al responder.

—¿Te refieres a que no me forzaste a casarme contigo? ¿Es eso lo que quieres que admita?

—Sí. —Él asintió con una sonrisa perversa, congratulado por su triunfo, o así lo percibió ella.

¿Cómo podía tener tanta desfachatez?

—Fuiste a ver a mi padre —empezó diciendo ella, incapaz de aceptar que él pensara que no se vio forzada a esa situación.

—Sí, lo hice.

—Y le dijiste lo que yo tenía que hacer, para que él pudiera salir de allí.

—Así es —Robert se aguantaba la cabeza con un puño, mientras el codo reposaba contra el saliente de la ventanilla. La miraba fijamente sin perder detalle de su hermoso rostro crispado—. Lo has descrito muy bien. Yo no te obligué a venir a mi casa, de noche, y arrodillarte ante mí para suplicar que me casara contigo.

Ella apretó los dientes y ahora fue ella quien se inclinó hacia delante.

—Tú…

Robert alzó una ceja, ganando un poco más de terreno. Sus rostros estaban muy cerca, sus ojos fijos esperaban que sus bocas hablaran.

—Eres…

—Cuidado, señora —la interrumpió al deducir el veneno que iba a salir de su boca—. No tolero cierto lenguaje en mi presencia. Y mucho menos de mi esposa.

Ella le sostuvo la mirada, pero finalmente la apartó, volviendo a reclinarse y mirar por la ventana.

No iba a volver a dirigirle la palabra en la vida.

Dos minutos después, Robert la miraba insistentemente, pero no hacía nada más para captar su atención. Ella fingía no darse cuenta, pero… su mirada fija, la ponía nerviosa. Siempre había tenido ese don.

Mientras se acercaban a su destino, Livia pensaba en los verdaderos motivos de su esposo. ¿Qué sacaba de esa unión? Absolutamente nada.

—No vas a admitirlo, ¿verdad?

—¿Sigues esperando? —lo miró sorprendida—. Porque vas a cansarte, esposo.

—Bien, no lo admitirás, pero… ¿Vas a seguir ignorándome?

Ella abrió la boca para decir que sí.

—¡Por supuesto! —estalló—. El único motivo por el que quieres que admita que no me

obligaste a casarme contigo, es porque así crees que tendrás poder sobre mí. Pero no lo tienes.

Él no perdió la compostura.

—Eres mi esposa. Tengo todo el poder que quiera sobre ti.

—Soy tu esposa —le dijo ella asintiendo—. No uno de tus caballos.

—Desde luego que no. A ellos los adoro.

—¿Qué? —Livia boqueó como un pez—. Eres… —Se golpeó las piernas con los puños—. ¿Sabes? No veo por qué no podemos ignorarnos el resto de nuestras vidas. ¡Qué más da si acepté por voluntad propia, o me obligaste! ¡Este matrimonio es una farsa! Y ahora me veo obligada a convivir contigo durante tres semanas.

—Un mes como mínimo.

Respiró superficialmente mientras por su mente cruzaba el hecho que un mes en Escocia, en primavera, hubiera sido como un sueño en cualquier otra circunstancia.

—Un mes… ¿y cómo vamos a hacerlo si no podemos estar ni tres minutos en el mismo carruaje, sin discutir? —Paró de hablar ofendida— ¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Hace unos minutos estabas entusiasmada con la idea de llegar a Escocia.

—Lo estaría más, si fuera sin ti.

Robert paró de reír, pero su sonrisa se quedó.

—Lo lamento, es lo que tienen las lunas de miel, son en pareja.

—Ya veo.

—Todo el mundo hace un viaje de bodas, después de la ceremonia.

—Nosotros, no somos como todo el mundo —espetó ella.

—¿No? —preguntó Robert, curioso—. Lo seremos.

—No, no lo seremos —dijo muy seria.

—¿En qué crees que nos diferenciaremos? —preguntó Robert, y no parecía hacerlo por el placer de molestarla. Realmente le gustaría saber qué los hacía tan diferentes a cualquier otro matrimonio que conocieran.

—El nuestro no es un matrimonio…

—¿Por amor? —terminó la frase por ella, bulándose—. Dios sabe que muy pocos matrimonios se hacen por amor entre los de nuestra clase.

La gente no se casaba por amor, Livia no podía ser tan ingenua como para pensar que sí. No obstante, tenía muchas ganas de contradecirlo.

—Rose y Lyonel…

—¡Por favor! —exclamó—. Son un milagro hecho carne. No nos compares.

No podía decir que no estuviera de acuerdo con su marido.

—No es la falta de amor lo que me duele —dijo ella—. Es que…

Eso le sorprendió.

—¿Y bien? —la animó a continuar.

—Ni siquiera hay respeto.

Las palabras cayeron sobre ambos como un balde de agua fría. Durante un minuto se hizo un incómodo silencio entre ambos, porque quizás en eso sí podía darle la razón. Era un hecho que al conde no le gustaba. Debían trabajar en ello, respetarse.

—Lamento… —la voz de Robert sonó tan suave como el terciopelo. Livia volvió la cabeza hacia él con rapidez, sorprendida de que su ánimo hubiera cambiado tanto—. Lamento si alguna vez te he tratado de forma cruel y autoritaria. Soy militar, aunque ahora mis deberes estén en otra parte. Mi código es… rígido. El honor y la moral… para mí son importantes.

Vio en sus palabras un aliciente para que ella también pudiera hablar con calma. En el fondo estaba más dolida que enfadada por lo que ella creía una velada insinuación.

—Yo tengo honor, Robert. —dijo como si le entristeciera que él dijera lo contrario—. Y mi moral no puede ponerse en duda solo porque tú no consideres apropiadas mis ideas. ¿Estoy loca por querer vivir en un mundo más justo?, ¿mejor? Hay demasiadas injusticias para que le dé la espalda a aquellas que puedo cambiar.

Estaba pensando en lo que le decía, cuando movió la cabeza con negación.

—Pero no puedes cambiarlas.

—Sola no —dijo muy segura—. Pero hay gente que piensa como yo. ¿Por qué ahora que hemos salido de la guerra, que nuestra industria florece, no podemos repartir la riqueza que esta nos da? Los ricos son más ricos, Robert. Y los pobres más pobres. Ya no estoy hablando de hombres y mujeres, ¿qué hay del señor y sus arrendatarios?

—Yo trato bien a mis arrendatarios —se ofendió porque era verdad, se desvelaba por ellos.

—No hablo de ti, hablo…

—De luchas de clases. ¡No lo hagas! —se llevó una mano a la cabeza como si no pudiera entenderla—. Eres mi esposa, ¿sabes qué pasará si la gente te escucha decir esas cosas?

—¿Qué quizás se hable de ello?, ¿Qué algunos de tus amigos me den la razón o se den cuenta de que se puede tratar mejor a los que no han tenido tanta suerte de nacer en una casa con varias chimeneas?

—Basta, Livia —no gritó, simplemente sus palabras podían traer consecuencias. La podían apartar de la sociedad, y él no necesitaba que hicieran eso con su esposa.

—Hablar de ello no me convierte en indecente. Ser mujer no me convierte en un ser inferior. Y tener ideas propias no significa ser amoral.

Se miraron largamente a los ojos. Robert no dijo nada, hasta asegurarse de que había terminado. Si bien era cierto que la pasión en los ojos de Livia le resultaba sensual y apasionada cuando hablaba de ideales, él sabía que esas ideas podían traerles más inconvenientes que ventajas. No, no podía darle la razón.

—El mundo es como es, podemos intentar cambiar pequeñas cosas, pero seguirá habiendo injusticias. Luchar contra los de nuestra propia clase, solo nos hará unos parias. Ahora tienes un apellido y debes respetarlo, Livia.

Ella resopló. ¿Cómo podía ser más importante un apellido que las injusticias del mundo?

—¡Te estoy hablando en serio! —se ofuscó Robert—. Todo lo que hagas repercutirá sobre mí, sobre mi madre, y mis hermanos. Si no te importo yo, acuérdate de Amanda y Charles cuando quieras hacer una estupidez.

—¿Crees que todo lo que hago es una estupidez?

—Meterte en lugares peligrosos, donde puede haber altercados… ¡Es una estupidez! —le gritó.

Y de nuevo estaban en el punto de partida, los dos furiosos, creyendo tener razón.

Iba a ser terriblemente duro adaptarse el uno al otro.

—¿Así va a ser a partir de ahora? —preguntó ella, dolida—. ¿Yo, huyendo?, ¿tú, vigilándome…? ¿Yo, escondiendo lo que pienso y tú haciendo tu voluntad? ¿Sin consultarme nada?

—No tengo por qué consultarte nada —respondió, tajante.

El mentón de Livia se endureció. Lo ignoró deliberadamente. Ya no tenía más que decirle.

¡Necio cabezota!

Robert sentía como sus tripas ardían. Y pensar que él había deseado limar asperezas en ese viaje. Conocerse mejor, encontrar puntos en común. Quizás hablar de caballos, llevarla a ver las ruinas que tanto parecían fascinarle. Había decidido ir hacia el norte, porque sabía que a Livia le fascinaban las historias de escoceses. Pensaba llevarla a Edimburgo, donde su amigo James tenía una casa hermosa de piedra oscura, cuyas impresionantes vistas del castillo, podían verse cada mañana desde la ventana. Quizás visitar Stirling y pasear por sus prados. A ella le encantaba caminar, y ya casi era verano. Haría buen tiempo… ¡Maldita sea! ¿Por qué lo complicaba todo? ¿Sería en todos los aspectos tan difícil de complacer?

La miró de reojo, recorriendo su cuerpo y sintió un tirón en la ingle. Resopló audiblemente y se acomodó como pudo. No podía estar pasando. No podía desearla a todas horas. Livia le exasperaba, le caía mal ¿por qué demonios tenía que anhelarla tanto? Era por ese maldito beso. Supo, cuando la besó la primera vez, que estaba perdido para siempre.

La deseaba. Era lo sufriente hombre como para admitirlo. Deseaba a esa mujer, y en el fondo… sabía que la había obligado a casarse con él por ese mismo motivo. Por anhelar tenerla cerca. ¡Al infierno su orgullo! Sí, lo había insultado, lo había despreciado, pero eso solo fue un pequeño empujón para llevarlo al borde del precipicio, a empujarlo a saltar y encontrar la forma de hacerla suya. *¡Oh! Ella tiene razón en algunas cosas, Robert. Eres un miserable.* Su moral no le permitía pedirle que fuera su amante, pero… ¡Ah! ¿Su esposa? ¡Por supuesto!

Y eso había hecho.

Ahora era suya, y tendría que vivir con una mujer que parecía despreciar cualquier palabra que saliera de su boca.

Ciertamente no era tan bonita como Belinda, y la beldad rubia que había escogido para casarse con él ni siquiera lo entibiaba, pero Livia… ¡Maldito fuera su carácter desafiante! Lo volvía loco, en más de un aspecto.

—¿Qué? —quiso saber ella entrecerrando los ojos—. ¿Por qué me miras así?

Respiró hondo y ahora fue él quien se llevó los dedos a la sien, intentando que la migraña no fuera en aumento.

—¿Y cómo te miro? —habló sin ganas.

—Como si fuera la más extraña de las criaturas.

—Ciertamente, lo eres —dijo él, volviendo a clavar la vista en el paisaje.

—Vas a ser un ogro como marido, ¿verdad? —le dijo Livia, sin reparos.

Sentía curiosidad por cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento, y era mejor aclararlo cuanto antes.

—¿Qué es ser un ogro para ti? —lo preguntó con sincera curiosidad.

—¿Vas a prohibirme cualquier cosa que me haga feliz? —Realmente le interesaba la respuesta—. Si por ti fuera, seguro que me negabas el placer de respirar…

—Soy un caballero, Livia. —La cortó con un rugido. Se inclinó de nuevo hacia ella y Livia se obligó a no echarse hacia atrás.

—Entonces me portaré como una dama —respondió, sin amedrentarse—. Seamos civilizados.

La ceja alzada de Robert le dejó claro que él no pensaba que ella pudiera ser civilizada.

—¿Ves? —lo acusó—. Vuelves a hacerlo, a mirarme por encima del hombro, a juzgarme, a ridiculizarme sin palabras.

Él se sintió verdaderamente sorprendido. Volvió a alejarse. ¿Por qué tenía esa mujer que

malinterpretar cada uno de sus gestos? Era tan frustrante…

—¿Eso hago? No supiera que tuviera tanto poder sobre ti.

—No lo tendrás —respondió, tajante—. No te lo permitiré. Lo que tú pienses o dejes de pensar de mí, me trae sin cuidado.

Eso no le gustó y se lo hizo saber.

—Si eso fuera cierto, no escupirías ese veneno por la boca —dijo ofendido. Que ella lo despreciara tan abiertamente lo enfureció—. Verás Livia…

Robert cambió de postura para que ella lo mirara al hablar, se inclinó hacia delante. Y fue más allá al poner ambas manos sobre el asiento de su esposa, a ambos lados de sus caderas. Eso hizo que ella contuviera el aliento. ¿Qué estaba haciendo?

—¿Qué…?

—Te guste o no, eres mi esposa —la cortó él.

El cuerpo fornido de Robert pareció aumentar de tamaño. Ella tragó saliva, y le costó controlar la respiración. Se agitó cuando una corriente eléctrica pareció recorrerla de arriba abajo.

—Te diré lo que opino —habló a su ya esposa en un tono suave, pero no por ello menos aterrador—. Opino que, por el bien de los dos, vamos a llevarnos como cualquier pareja civilizada. Este no será un matrimonio falso, como tanto te gusta insinuar. Será de verdad, como tantos matrimonios pactados. Conviviremos y nos respetaremos. Incluso, puede que con el tiempo, sintamos algo de cariño el uno por el otro.

Livia parpadeó, intentando entender lo que le estaba diciendo.

—Yo…

No la dejó hablar y continuó.

—No, voy a terminar con lo que quiero que escuches. Tú y yo no somos distintos a cualquier otro matrimonio concertado. Porque eso es lo que hicimos, un pacto. Yo salvaba a tu padre y me casaba contigo. Di mi palabra, y la he cumplido. Tú… —pareció trabarse con su propia saliva. Alzó una mano y para sorpresa de Livia, tomó uno de sus tirabuzones y lo observó dejando de respirar.

El corazón de Livia empezó a latir desbocado y sus labios se movieron como si quisieran balbucear.

Robert tiró con suavidad de su bucle oscuro, para alisarlo y hacerlo crecer frente a sus ojos. Parpadeó confuso, saliendo de un trance.

—Tú cumplirás la palabra dada al párroco, serás una buena esposa, y me serás fiel. Estaremos juntos, en lo bueno y en lo malo.

Livia tragó saliva.

Eso es lo que había prometido, sin duda, pero… ¿acaso no era solo un ritual, palabras vacías?

—Yo…

—Nuestro matrimonio no será una mentira —repitió, para dejárselo claro. Y por si tenía alguna duda de lo que quería decir, añadió—: Serás mi esposa en todos los sentidos.

La respiración de Livia se aceleró, mucho más nerviosa de lo que quería aparentar. Los dedos soltaron su cabello y la mano agarró su nuca, tirando de ella hacia delante.

La boca de Robert tomó posesión de la de su esposa.

Deliciosa. Excitante.

Gruñó cuando los labios de él se separaron y su lengua la acarició. ¡Livia estaba perdida! Suspiró contra su boca. ¿Qué era lo que lo fascinaba tanto de los besos de ese hombre? ¿Su

tacto? ¿Su sabor? Oh, sí, su aroma… La había besado dos veces, y en las dos ocasiones había perdido la cabeza por completo.

Por su parte, Robert gimió en respuesta de los sonidos entrecortados de ella.

Adoró la reacción de su esposa cuando lo atrajo contra ella, asiéndolo de la solapa de la chaqueta. Las manos de ella, delicadas, inexpertas, pero que demostraban toda el ansia y el deseo que ella sentía, acariciaron su torso haciéndolo jadear.

Completamente ido, las manos agarraron sus caderas y su cintura, haciendo que se deslizaran sobre el vestido de verano, que no dejaba demasiado a la imaginación.

—Robert… —jadeó, suplicante, cuando sintió su tacto, demasiado cercano a su piel.

Siguió besándola mientras caía de rodillas hasta el suelo del carruaje. Ella abrió las piernas por instinto, cobijándolo mientras seguía con sus besos, acariciándola entre gemidos roncos.

El carruaje dio una fuerte sacudida y sus bocas se separaron.

La miró unos instantes. Sus deliciosos labios hinchados, sus mejillas sonrosadas y su pecho acelerado por una respiración superficial.

Apoyó ambas manos en el asiento y volvió a sentarse, con movimientos controlados, sin dejar de mirarla. El olor de su piel, embriagadora hizo que no pudiera apartar la mirada de ella. Era tan… cálida. Toda una tentación de la que debía guardarse. Por el momento.

Livia azorada, apartó la mirada.

—No. —Robert se inclinó hacia delante y la agarró del mentón. No le hizo daño, pero la sujetó para que lo mirara a los ojos—. No apartes la mirada —De pronto el tono de voz pareció cambiar, volviéndose algo más suave, menos autoritario—. Livia, entiendo que será difícil, pero… ¿sabes? Tengo cualidades que yo mismo valoraría en una esposa.

Ella parpadeó, guardando silencio porque quería saber lo que vendría a continuación.

Robert estaba demasiado cerca, y su aliento le calentaba la mejilla. A la luz del anochecer parecía tan fiero como bajo la luz del astro rey, pero había algo en su mirada, una calidez en la que quizás nunca se había fijado.

—¿Cuáles son esas cualidades? —Preguntó, al ver que él mismo se había perdido en los ojos de ella.

—Yo… soy fiel y leal. —Como para aclarar lo que quería decir, añadió—: No frecuentaré a otras mujeres. Por lo que, sí —asintió, observando por su reacción como iba comprendiendo—, compartiremos el lecho con frecuencia, hasta que me des un heredero.

Su sonrojo no pasó desapercibido para ninguno de los dos, Robert vio su piel tiñéndose de rojo y ella notó el calor en su pecho y mejillas.

Livia no comprendía como él podía hablar tan tranquilo de esos temas, aunque supuso que sería lo normal entre marido y mujer.

Reprimió el impulso de abanicarse y siguió mirándole a los ojos.

—Yo… no deseo tu compañía, ni fuera, ni dentro del lecho.

Robert sonrió abiertamente y volvió a retirarse.

Intentó demostrar que esas palabras no lo habían herido en lo más profundo. Y lo logró. Su espalda se apoyó en el asiento y miró a Livia desde una distancia prudencial.

—Querida Livia, con las deudas que he tenido que pagar, esta misma semana, de tu padre… tus deseos en este momento me importan un bledo.

Apretó los dientes, humillada. Dolida.

Claro, sólo era una posesión. No podía elegir. Se haría su santa voluntad, como siempre había esperado de ese matrimonio. ¿Y qué había esperado? Ese era el precio a pagar.

Pero lo que no haría jamás, sería no expresar sus pensamientos. Su opinión era lo único que poseía. Podría tener su cuerpo, pero jamás tendría su mente.

Alzó el mentón y lo miró con el orgullo de una reina derrocada, pero que jamás perdería su altivez.

—Has dicho que eras un caballero, pero no veo que sean palabras honorables.

—Mi querida esposa, la mayoría de las veces, la verdad no es honorable.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio.

Capítulo 37

Realmente, Livia agradeció que Robert la dejara sola en aquella habitación de posada. Sí, era su noche de bodas, pero no se veía capaz de soportar esa lengua venenosa, junto con su actitud grosera.

Se quitó los guantes y el sombrero mientras miraba la espaciosa habitación. Ciertamente, era del todo adecuada para un hombre como Robert, no destacaba en lujos, pero era correcta y limpia. A pesar de ser verano, una doncella había encendido la chimenea hacía menos de media hora, pues por la noche solía refrescar. Lo que más le gustaba era el alto ventanal, orientado al oeste, donde en esos momentos podían verse los últimos rayos de un sol anaranjado que, media hora antes había besado la fina línea del horizonte.

Se acercó y acarició el cristal, mientras suspiraba. Su cuerpo temblaba como una hoja que se sabe azotada por un cruel temporal. Los nervios se la comían, como si en su interior contuviera un gran hormiguero. De haber podido, habría saltado por esa ventana para correr por los páramos y gritar hasta quedarse sin voz. De haber sido un animal salvaje, habría nacido libre y muerto de la misma forma. Pero no lo era y tendría que compartir con ese hombre el resto de su vida.

Miró hacia la enorme cama con dosel, cubierta por una preciosa colcha bordada y cómodos almohadones, y sin querer se llevó los dedos a los labios. Al recordar el beso en el carruaje, se sonrojó.

—Oh, cielos… —gimió, dejando caer su frente contra el cristal, para refrescarse.

¿Cómo sería el acto? Sólo debía quedarse quieta y esperar a que él acabase, ¿no?

Llevaba dos horas sola en aquella habitación y durante ese tiempo los nervios no la abandonaron. Había tenido tiempo de quitarse el vestido, ayudada por una doncella de la posada, y ponerse el camisón. Y sobre éste la preciosa bata que le había regalado su amiga Maranta. Inquieta, se apartó de la ventana y caminó hasta el tocador. Intentando olvidar lo sucedido en el carruaje y no pensar en lo que sucedería esa misma noche, empezó a cepillarse el cabello.

En esos momentos la puerta se abrió y se dio la vuelta, ligeramente alterada.

Ajeno a lo que a Livia le había estado pasando por la cabeza momentos antes, Robert hizo acto de presencia.

—La cocinera es bastante buena, te he traído un poco de estofado —dijo, cerrando la puerta de la habitación con el pie—. Está delicioso.

Dejó la bandeja que portaba en las manos, sobre la mesa, junto a la chimenea.

Livia lo miró con cierto reproche cuando él apartó una silla para que dejara lo que estaba haciendo y se sentara.

—¿Qué? —Robert vio su mirada y la malinterpretó— ¿Preferirías algo más exquisito?

Ella negó con la cabeza.

—Pensé que cenaríamos juntos.

Él parpadeó, sin entenderlo muy bien.

Esa misma tarde había dicho que no estaba interesada en que él le impusiera su presencia. Al parecer, cualquier cosa que intentaba hacer para complacerla, le salía mal.

—Lo siento, pensé que preferirías descansar y prepararte par…

Sus miradas se cruzaron.

—¿Prepararme para lo que me espera?

Robert soltó el aire, entre ofendido y molesto por su actitud, aunque no esperaba que ella se lo pusiera fácil. No después de todo lo que había ocurrido entre ambos.

—Por favor, come algo —miró nervioso alrededor después de empujar un dedo la bandeja en la mesa—. Yo puedo volver más tarde.

—No es necesario, no tengo hambre.

La vio de pie frente al tocador, en ese momento se dio cuenta que apenas estaba vestida con un ligero camisón de verano y una bata ceñida a la cintura. Se había estado cepillando el pelo y este le caía mucho más allá de los hombros. Parpadeó al ver lo largo que tenía el cabello… lo hermosa que era.

Se maldijo cuando su cuerpo reaccionó al verla así.

Se dio la vuelta, como si buscara algo sobre la cama.

Ella se apresuró a acercarse a él.

—He sacado tu ropa y la he colgado en el armario.

Quiso pasar a su lado para enseñarle donde lo había dispuesto todo, pero él se volvió con rapidez y sus cuerpos se rozaron. Una corriente eléctrica los sacudió a ambos.

—Yo…

—Lo siento…

Livia retrocedió nerviosa, hasta que el bajo de su espalda chocó contra el tocador. Se puso un mechón rebelde tras la oreja, y evitó la mirada de su esposo.

—No hace falta que te comportes así —dijo, algo molesto por su miedo.

Ella parpadeó y lo observó. Estaba frente a ella, mirándola como si hubiera hecho algo malo.

—No me comporto de ninguna manera —se quejó.

—Claro que sí, como si fuera a abalanzarme sobre ti y hacerte daño.

Livia apretó los puños, tan furiosa como dolida.

—Es exactamente lo que vas a hacer —dijo, sin pensar—. Me lo has confirmado en el carruaje. Mis deseos te importan un bledo, me obligarás a cumplir con mis deberes en la cama y…

—¡No dije eso!

—Lo hiciste.

—Pero no… así —gesticuló, abriendo las manos y golpeándose los muslos—. No voy a…

—¿No? ¿Entonces te marcharás a otra habitación? —preguntó, sosteniéndole la mirada.

Entonces supo que había ido demasiado lejos.

—¿Intentas manipularme?

Ella parpadeó, no pensaba en manipularlo, ni siquiera en librarse del acto conyugal que estaba obligada a realizar, solo quería algo de respeto y comprensión.

—No intento manipularte.

—Bien, porque no te va a funcionar.

Con dos pasos cubrió la distancia que había entre ellos. El cuerpo de Robert se cernió sobre Livia y la hizo inclinarse hacia atrás, mientras su boca tomaba posesión de la de ella.

Fue un beso ejecutado para dominar, para que ella supiera que no tenía escapatoria, que él era su esposo y debía obedecer. Pero se había olvidado que Livia no era la mujer sumisa y obediente que él hubiera elegido como esposa.

Livia respondió al beso con la misma violencia. Le mordió el labio inferior para que él parara

de castigarla, por lo que fuera que la estaba castigando. Apretó su carnoso labio entre sus dientes y lo escuchó gemir. Ese sonido prendió algo dentro de ella.

A pesar del dolor que sintió, Robert no se apartó, no dejó de rozar los labios de su esposa. Ella dejó de ejercer presión y en un momento dado le enmarcó el rostro con ambas manos. Sintió que separaba los dientes y entreabría sus propios labios, para succionar levemente la carne que había maltratado con los dientes.

Ese roce era mucho más placentero de lo que hubiera podido imaginarse. Y para su desgracia, se había imaginado muchas veces besando a esa mujer.

Gimió, apoyando ambas manos sobre el tocador, y se dio cuenta de que el trasero de su esposa estaba sobre la superficie de madera y que en algún momento él había conseguido alzarla y meterse entre sus piernas. Su sexo palpitaba y lo hizo aún más cuando escuchó un nuevo gemido, pero esta vez no provenía de él, sino de Livia.

Se apartó ligeramente, apenas un suspiro y ambos se miraron a los ojos.

Sorprendidos, los dos. Livia, porque acababa de entender lo que era el deseo y Robert, porque jamás pensó que fuera posible entre ambos.

Robert no se apartó, intentó separar los labios para hablar, pero los dedos de Livia lo silenciaron para que no estropeara el momento.

—No, por favor.

Obediente, guardó silencio cuando ella dejó caer su mano. Un parpadeo después, sus labios volvieron a juntarse con una inesperada dulzura.

Exploraron las bocas con sus lenguas, mientras su pulso latía acelerado.

Cuando él finalmente se apartó, ambos tenían la respiración entrecortada.

Apoyó la frente contra la de su esposa, incrédulo por la pasión que ambos habían sentido. Le acarició la mejilla con ternura, un gesto que sorprendió a ambos.

—Livia… —el pulgar de Robert rozó el labio inferior, ya ligeramente hinchado por sus besos —. No creo que sepas lo extraordinario que es esto. —Ella parpadeó, sin comprender—. Lo inusual que es el deseo en un matrimonio como el nuestro.

—Me hago… una idea —dijo en un susurro y sin dejar de mirar sus profundos ojos oscuros.

Seguía respirando con dificultad, Robert estaba demasiado cerca y le era imposible calmar los latidos de su corazón, que parecía querer escapar de su pecho.

Se estremeció aún más al notar como la mano de Robert rodeaba su cintura, acariciando la tela de la bata de seda. El contacto la quemó. Intentó tomar aire y soltó un gemido involuntario, revolviéndose inquieta contra él, un gesto que también hizo jadear a Robert.

Sentada sobre el tocador, con su esposo entre las piernas, se sentía inmoral. Pero a su marido no parecía importarle tal descaro. Eso le dio cierta satisfacción. Tal parecía que Robert ya no deseaba a una dama recatada y sin más deseo que el de ser sumisa y obediente.

Se lamió los labios captando la atención de Robert quien, en un acto reflejo, hizo lo mismo, para después clavar sus ojos en los de ella, como si quisiera saber si realmente había sido un acto voluntario para seducirlo, o simple e inocente casualidad.

No preguntó. Se inclinó contra ella y capturó su boca de nuevo. La besó, esta vez sin prisa, con una devoción que Livia no hubiera esperado jamás. Se sumó al beso, rodeando el cuello de él con los brazos y apretándose contra su torso hasta que ambos, excitados gimieron al unísono.

—Livia… —jadeó acariciando su cintura, para después subir sus fuertes manos por la espalda —. Yo… desearía que… —tragó saliva. Le costaba respirar y ella lo animó con una sonrisa.

—Dime —introdujo la mano entre los rizos de su pelo, hipnotizada por su mirada.

—Desearía que nuestro dormitorio fuera nuestro santuario.

Al principio ella no lo entendió, hasta que después de unos suaves besos en la mejilla y su hombro, tomó fuerzas para hablar de nuevo.

—Prometamos que dejaremos nuestras diferencias fuera de la alcoba, de nuestra cama.

Ella buscó su mirada sin acabar de comprender.

—Dejemos nuestras discusiones fuera de nuestra alcoba —aclaró, para después apretarla más contra su pecho, hasta que ya no hubo espacio entre ambos—. No discutamos aquí.

Esa perspectiva hizo que ella asintiera prácticamente sin pensar. Poder disfrutar de aquellos besos en un lugar seguro, donde los dos prometieran no hacerse daño con sus lenguas afiladas… sería casi un milagro.

—Sí, no discutamos.

Robert suspiró aliviado y apretó los labios en una fina línea. Apenas podía contener el deseo de devorarla.

—Jamás seré cruel contigo —prosiguió Robert—, al menos aquí en la vulnerabilidad que da estar desnudos. Eso te lo puedo prometer.

Ella nerviosa, asintió.

—¿Y fuera de ella?

Él alzó una ceja como si ambos supieran la respuesta.

—Discutiremos —A Livia se le escapó una risa suave que enseguida controló, quizás solo a causa de los nervios. Pero al mirar de nuevo a Robert él también sonreía imperceptiblemente.

—Sí, creo que lo haremos a todas horas.

Ella asintió y entre sus brazos, jugó con el cuello de su camisa. Era imposible fingir que no estaba nerviosa.

—No haré nada que no desees —le prometió al tiempo que se desanudaba la corbata.

Ella sintió latir su corazón entre las piernas, fascinada por los movimientos felinos de Robert, que se quitó la chaqueta y terminó por desabrocharse parcialmente la camisa.

—Yo… —Livia tragó saliva—, creo que lo deseo.

Ese reconocimiento, esa sinceridad, calentó el corazón de Robert.

Las manos de Robert acariciaron su vientre, al poco de desanudarle la bata. Sonrió satisfecho por cada reacción que notaba bajo sus manos.

La piel de Livia ardía, su cuerpo temblaba ligeramente nervioso. Seguía abierta para él, con los muslos apretando sus caderas. Si ella supiera cuanto deseo contenido había sentido… y lo que estaba sintiendo en ese mismo instante…

—Livia, hay tantas cosas que quiero enseñarte —susurró contra su oído, antes de besarle la parte sensible del cuello.

La escuchó jadear, al tiempo que se arqueaba contra él.

Como si ella también estuviera impaciente, buscó su mirada, y después sus labios. Lo besó, fundiéndose nuevamente en un tórrido abrazo.

La alzó como si no pesara más que una pluma. Un pequeño grito de sorpresa se escapó de entre los labios de Livia cuando él la llevó abrazada a su cuerpo, hacia la cama.

Mantuvo las piernas enroscadas en la cintura de su marido y notó la dureza de sus músculos. Parecía tan duro al tacto, y a la vez tan suave. Lo miró a los ojos mientras se inclinaba a los pies de la cama.

La dejó caer con suavidad, y ella se apoyó en sus antebrazos mientras, fascinada, lo vio quitarse la camisa. Las rodillas de su esposo estaban sobre la cama, entre las piernas abiertas de

ella.

Se mordió el labio, indecisa y se arrastró hasta que su espalda tocó el cabecero de la cama. Allí se quedó, viendo como su esposo se quitaba las botas y las medias. Al terminar con todo lo demás, las manos fueron a los botones de su pantalón y la miró a los ojos.

Livia tuvo que apartar loa mirada de esa protuberancia bajo la tela, para clavarla en los ojos azules que, en esos momentos, eran de un tono más oscuro. Un deje peligroso de deseo, de dulce pecado, lucía en sus negras pupilas. A Livia se le secó la boca entreabierta y alzó una ceja interrogante al ver que Robert se detenía.

—¿Cuánto sabes de lo que va a suceder? —le preguntó él, con una voz ronca y cargada de excitación.

Ella dudó, y no respondió de inmediato.

Pasó la mirada por su musculoso torso, mucho más bronceado de lo que esperaba. También era más ancho y las crestas de su vientre la hicieron jadear. Los dedos le hormiguearon por el deseo de tocarlo.

—Yo… —se calló al ver que Robert se desabrochaba un botón.

—¿Sí? —se detuvo con una sonrisa en los labios, esperando que ella continuara. Pero no lo hizo.

Livia estaba fascinada por ese cuerpo, tan fuerte, tan grande y… tan distinto al suyo. Miró sus anchos hombros y movió los labios para decir algo, pero su voz la había abandonado.

—¿Y bien? —Soltó otro botón.

Ella pareció reaccionar.

—Me han dicho que… debo quedarme quieta y dejar que hagas todo el trabajo.

La expresión de Robert fue casi cómica. Alzó una ceja, pero su sonrisa solo mostraba que se estaba divirtiendo.

Se subió a la cama sin acabar de desnudarse, y se puso de rodillas frente a ella.

—¿Y lo harás?

Ella no comprendió enseguida lo que le estaba preguntando. Estaba demasiado fascinada por aquella sonrisa tan poco habitual. ¿Sería posible que la promesa de ambos se cumpliera? ¿Que dejaran a un lado sus diferencias y discusiones mientras estaban en la alcoba? Tal parecía que sí.

—¿Y bien? ¿Te quedarás quieta y me dejarás hacer todo el trabajo?

Ella parpadeó.

—¿Es lo que quieres?

Negó con la cabeza, muy lentamente.

—No, no deseo que te quedes quieta.

—¿Te burlas de mí?

Él negó con la cabeza, sin perder la sonrisa.

—No, aquí nunca.

Livia sintió como la respiración volvía a acelerarse cuando él se cernió sobre ella. Puso ambas manos a cada lado de sus caderas y se inclinó sobre su tibio cuerpo. No se había dado cuenta de que estaba frunciendo el ceño, hasta que los labios de Robert volaron hacia ese punto exacto en medio de su frente.

—No te enfades —le susurró.

Ya más serio, besó su mejilla y después sus labios, haciendo que ella se arqueara contra él, pero aún sin rozar su cuerpo.

—Desearía que esto fuera un placer para los dos, Livia.

La miró a los ojos, y ella sintió como se quedaba sin aire.

Deseaba a ese hombre como no había deseado nada antes.

—Creo que lo será.

Ella asintió, mirándolo expectante.

La mano de Robert se alzó y tomó un extremo del lazo que mantenía el escote de su camisón cerrado. Tiró con suavidad y las piernas de Livia se movieron inquietas entre las suyas.

Jadeó cuando le abrió el escote y sus dedos rozaron su ardiente piel. Tragó saliva, esperando que el próximo movimiento de su esposo fuera acariciarla más intensamente, pero retrocedió mientras ella soltaba un quejido de protesta.

Cuando llegó a los pies de la cama, lo vio sonreír, pero ella no lo hacía. Temblaba de impaciencia, también de expectación. Su piel ardía de puro deseo y al mismo tiempo sentía que su corazón iba a salirse de su pecho.

Robert deslizó las palmas de las manos sobre la colcha bordada y agarró los tobillos de su esposa. Con un movimiento súbito, tiró de ella haciendo que su cuerpo se desplazara sobre el colchón. Ella jadeó sorprendida y se quedó completamente inmóvil sobre la cama, mirando al techo, esperando que sucediera algo de lo que le habían contado: malestar, un dolor súbito entre las piernas, un acto desagradable… pero nada de eso ocurrió. Alzó la cabeza y vio a Robert de rodillas, a sus pies.

El camisón se le había enroscado en los muslos, dejando las piernas expuestas. No tardó en doblar las rodillas. Abrir las piernas fue casi un acto reflejo. Una mezcla de miedo y deseo la recorrió cuando lo vio avanzar sobre su cuerpo, situándose entre ellas.

Jadeó al notar su peso.

—Si algo no te gusta —dijo, besándole la frente y los párpados—. Dímelo.

La miró con intensidad hasta que ella asintió.

—La primera vez, no suele ser la mejor.

El pulso de Livia latía desbocado ante los besos de su esposo. Sus labios bajaron por la garganta hasta la sensible piel entre sus pechos.

—Robert… —pronunció su nombre, aunque no quería decirle nada en concreto.

Se sorprendió sintiendo que confiaba en él, confiaba en su esposo, en que no la lastimaría adrede.

—Relájate —dijo, clavando su mirada en ella mientras volvía a deslizarse hacia abajo, entre sus piernas—. Debo… prepararte. Será más fácil si…

Ella se arqueó cuando la boca de Robert llegó a sus muslos. Sintió la calidez de su aliento en la parte interior y se retorció bajo su toque. Temblaba de manera incontrolable y las manos de su esposo la acariciaron de arriba abajo, manteniéndola contra el colchón.

—Solo respira.

Y eso intentaba, pero cada vez que tomaba aire, un jadeo involuntario salía de su garganta. Se retorció una y otra vez contra su boca. Sentía las manos ascender por su vientre, por sus pechos, sobre la tela de su camisón. Se mordió el labio para no gritar cuando estas volvieron a hacer el mismo recorrido, pero esta vez por debajo de la prenda. Sentir las yemas de sus dedos en su sensible piel…

—Robert… por favor.

No sabía por qué suplicaba, pero lo hacía.

La boca de él besó sus piernas, las rodillas y finalmente vio su cabeza entre sus muslos. Incontrolablemente su mano fue a enroscarse entre sus rizos oscuros cuando sintió ese beso ahí.

Era algo prohibido, ¿cómo era posible que le estuviera haciendo eso?

—No puedo creerlo.

Habría jurado que él soltó una risa apagada, pero no pudo cerciorarse, porque el mundo dejó de existir. Se arqueó contra él cuando un latigazo de placer la recorrió.

Robert puso una mano sobre su vientre, destinada a anclarla en la cama, a impedir que se moviera, pero apenas lo consiguió. La cabeza de Livia cayó hacia atrás y su espalda se arqueó con cada roce de su lengua. La otra mano de Robert separaba sus húmedos pliegues hasta que introdujo un dedo en el camino que debía ensancharse para darle cabida.

Ella gimió ante la invasión, pero no le pidió que se detuviera, así que siguió dándole placer con la boca, con el roce del pulgar en ese punto tan sensible.

Livia no sabía qué sucedía, pero su cuerpo no le obedeció. Quería que se quedara quieto, pero se sacudía una y otra vez, impidiéndole respirar.

Un grito escapó de su garganta cuando sintió que se tensaba como el arco de un violín.

—Robert —dijo asustada, pero él la miró profundizando más la invasión y succionando con fuerza esa parte que latía sin parar.

Abrió la boca, pero incomprensiblemente no salió ningún grito de ella. Estaba paralizada, el placer fue tan intenso que cada músculo de su cuerpo se rebeló contra ella.

—¡Oh! ¡Dios mío!

Pasaron varios segundos hasta que pudo volver a respirar, lo hizo aún con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y sus manos tirando del cabello de su esposo.

Jadeó con más fuerza, necesitaba aire. ¿Dios, qué le había pasado?

—Yo… ah ¡Ah! —gritó al sentir como, cuando ya pensó que todo había terminado, Robert aceleraba el movimiento de su dedo, entrando y saliendo de su interior hasta que, con suavidad, introdujo un segundo—. Por favor.... ¡Au!

Hubo dolor.

—Lo siento —la miró contrito.

Robert notó su tensión cuando ella intentó cerrar las piernas y gimió, intentando incorporarse.

Se apartó de ella, o más bien se incorporó también, se desabrochó por completo el pantalón y se desnudó. Los ojos de Livia cayeron sobre su miembro. Boqueó como un pez, ante la sorpresa de ver un hombre desnudo. Él no se atrevió a preguntar qué opinaba de su esposo, desnudo entre sus piernas. Ella tampoco dijo nada.

Reptando sobre el cuerpo de Livia, se dejó caer con suavidad, apoyando su peso sobre sus antebrazos para no aplastarla.

Los ojos de Livia estaban vidriosos, y él la besó, despertando la pasión que había sentido antes.

—¿Ya está?

Él negó.

—No, pero no tengas miedo —escuchó que le decía, y Livia le correspondió asintiendo—. ¿Has sentido placer?

Aún sin poder hablar, ella se mordió el labio inferior y asintió.

—Bien, eso es maravilloso.

Ella se sorprendió que no hubiera burla alguna por su parte, pero se sintió inmensamente agradecida por ello. Le acarició ambas mejillas y lo atrajo hacia su boca, besándolo con ternura al principio, y avidez al final.

Notó las manos de Robert sobre sus pechos, acariciándolos sobre la tela del camisón. Los

apretó con demasiada fuerza y se arqueó, extrañada por el placer que sentía ante esa falta de delicadeza.

—Livia, lo siento.

Ella negó sin abrir apenas los ojos.

—No. Me gusta.

Robert se apoderó de sus labios y volvió a acariciarle los pechos, tensos e increíblemente suaves.

—Dios, respira hondo —le pidió.

Ella lo hizo, aunque sin saber muy bien por qué.

Entonces lo notó. El miembro de él buscó la humedad entre sus piernas. La miró a los ojos mientras se adentraba en su interior, y Livia apretó los párpados ante la súbita invasión.

—Sube las piernas —gimió él mientras sus caderas volvían a lanzarse hacia delante—. Oh, Livia…

Hubo dolor, pero no tanto como esperaba. El horrible acto nunca llegó a suceder. Eso era… lo que estaban haciendo era…

—¡Robert! ¡Oh!

Lo notó de lleno. Él se quedó quieto.

—¿Estás bien?

Livia no pudo responder, tan solo movió la cabeza, asintiendo.

Robert se retiró, y volvió a invadirla, lentamente, hasta que notó como ella se relajaba. ¡Perfecto! Todo era perfecto.

—Oh, Livia…

Él aumentó el ritmo al sentir que el cuerpo de su esposa reaccionaba a sus caricias. Se movía contra él, y sus uñas se clavaban en la piel de su espalda, dejándole marcas en forma de medialuna. Robert apretó los dientes para no dejarse ir, aún no, pero sería egoísta alargar el dolor de su esposa.

Apoyó todo el peso de su cuerpo en las manos y se adentró de nuevo en su interior. Su esposa era una visión, con el pelo suelto sobre la almohada, su cuerpo aún cubierto apenas por el camisón arrugado, abierto de tal forma que dejaba ver sus pechos plenos y níveos moverse en un vaivén erótico, cada vez que pujaba.

—Eres tan hermosa…

Pero ella no escuchaba, tenía la cabeza vuelta hacia un lado, los ojos cerrados y su boca entreabierta soltando un jadeó acompasado y erótico con cada penetración.

La próxima vez la tendría desnuda por completo, bajo su cuerpo… o sobre él. Pero esta vez… tenía que parar. Ya la había asustado bastante.

Aceleró el ritmo y ella empezó a gritar de nuevo, abrió los ojos y lo miró. Por esa mirada se perdió acabando con todo. Su cuerpo tembló con una fuerte sacudida mientras embestía por última vez.

Se desplomó sobre ella, jadeando contra su cuello.

—Dioses…

Tardó en recuperarse, como si hubiera perdido la conciencia ante el placer inesperado de estar con Livia. ¡Dios! Dios, era sabio. Quizás durante el día, ella disfrutara sacándolo de sus casillas, pero había sido un regalo del cielo compartir esa intimidad con ella.

Notó la caricia de Livia en su cabeza. Le estaba acariciando el pelo y sintió que volvía a excitarse.

Se apartó rápidamente, tendiéndose boca arriba, antes de que el deseo le hiciera querer perderse de nuevo entre sus muslos.

Se quedó mirando el techo, sin hablar, solo intentando recuperar el aliento. Notó la mirada de ella sobre su cuerpo desnudo, y se obligó a no reaccionar, a cerrar los ojos.

—Lamento que te haya dolido —le dijo, levantándose de la cama.

Ella miró su espalda cuando se sentó en la cama. Apenas podía dejar de tomar aire de forma acelerada. Cuando pensó que ya estaba, que quizás todo ya había terminado, se bajó el camisón, cubriendo su cuerpo y sintiéndose abandonada cuando lo vio vestirse.

—¿Ya está? —dijo en un susurro.

La mirada que su esposo le dedicó mientras aún sentado, se ponía las botas, no le aclaró nada.

—Regreso, enseguida —la miró un momento más para después dirigirse hacia la puerta cerrada de su habitación. Después de salir, la volvió a cerrar a su espalda.

A Livia le entraron ganas de llorar.

No iba a volver esa noche, estaba convencida. Lo había decepcionado, seguro. Se llevó una mano a su sexo, algo dolorido y se acurrucó cubriéndose con la sábana.

Un hombre como él, seguro que había tenido mucha experiencia en esas lindes. No sabía por qué le importaba, ni por qué se sentía tan triste. Al fin y al cabo, ella jamás había querido complacer a ningún hombre, y mucho menos a Robert Belford.

A pesar de eso, las lágrimas aún mojaban sus mejillas cuando se quedó dormida, minutos después.

Robert regresó poco después con agua caliente, y unos paños limpios. Cerró la puerta con el pie, y se acercó a la cama con cuidado.

—Livia —Se sentó sobre el colchón, a su lado.

Le apartó el pelo de la cara, y vio lágrimas en sus mejillas.

De pronto, sintió como el peso del mundo caía sobre sus hombros. Le había hecho daño, era consciente de ello, y se sintió un miserable por ello.

—No era mi intención, te lo prometo —le susurró besando su mejilla aún mojada.

Pero ella no se despertó.

Había disfrutado como nunca lo había hecho antes con una mujer, quizás porque Livia era… su mujer. Y lamentaba que para ella no hubiera sido lo mismo.

Acarició su sien y la descubrió. Observó sus largas piernas y le subió el camisón hasta los muslos. Sumergió el paño limpio en agua caliente, y se ocupó de ella.

La escuchó gemir y protestar al limpiarle la sangre y su esencia de los muslos, pero pronto soltó el aire y volvió a su respiración profunda. Al terminar los gestos mecánicos, Robert volvió a cubrirla y retiró los enseres, dejándolos cerca de la puerta para que los recogiera una doncella al día siguiente.

Cuando en penumbra, solo iluminado por una única vela, se desvistió, no pudo dejar de observar a la que ya era su esposa.

Se acurrucó a su lado y aspiró su aroma antes de quedarse profundamente dormido.

Capítulo 38

Si a alguno de los dos se le pasó por la cabeza que podrían tener un matrimonio feliz y sin discusiones, esa ilusión se esfumó rápidamente a la mañana siguiente.

Cuando Livia se despertó, estaba sola en la habitación. Se incorporó mirando alrededor y se dio cuenta que unos suaves golpes en la puerta la habían despertado.

—Adelante.

Una doncella trajo agua caliente y unos paños de lino limpios, para su aseo. Entró con una sonrisa en los labios. No parecía tener muchos más años que ella.

—Buenos días, señora —dijo con tono alegre—. Su esposo está abajo, la espera para desayunar y emprender el viaje.

Livia titubeó, pero finalmente se puso en pie. Hizo un gesto de fastidio al notar cierto dolor en sus zonas íntimas. La risita de la chica le hizo entender que claramente sabía de qué se reía. Su mal humor porque Robert fuera tan desconsiderado de haberla dejado sola, no ayudó a ponerle buena cara a nadie.

Se aseó con rapidez y la muchacha la ayudó a vestirse. Se miró en el espejo y parpadeó. No había cambiado nada en ella. Ya era una mujer casada, el matrimonio se había consumado, pero todo seguía igual. No es que pensara que después de lo que había sucedido anoche… en fin, no esperaba que su aspecto cambiara, pero si no fuera por un cierto escozor en su zona íntima, ella no se notaría distinta.

Cuando la muchacha acabó de trenzarle el cabello, Livia bajó los peldaños de madera, hasta la planta baja. Su esposo, ciertamente la esperaba, con el desayuno sobre la mesa. Se alzó de la silla nada más verla llegar.

—Buenos días —dijo, observándola de arriba abajo. Llevaba un bonito vestido azul, ligero y fresco para volver a emprender el viaje—. No sabía qué te apetecería desayunar, así que he pedido un poco de todo.

Podría haberla despertado y preguntado, bajar juntos, hablar… Se tragó el reproche, y se dio cuenta de que, en verdad, no estaba enfadada con él, sino más bien consigo misma, por estar nerviosa, y no saber como actuar ante su marido.

—Gracias —le dijo, cuando él le apartó la silla y se sentó.

Tomaron su té en silencio y ella probó un bocado de cada platillo expuesto. Robert la observó con disimulo, intentando averiguar de qué humor estaría después de lo que había sucedido entre los dos. Se habían prometido no discutir en la alcoba, ojalá pudieran cumplirlo, pero fuera… ella ¿seguiría siendo tan ingobernable como siempre?

—¿Has podido descansar?

Ella asintió.

—He dormido bien, gracias.

Robert juraría que se le habían sonrojado las mejillas. Pero no hizo comentario alguno sobre ello.

Tomó otro sorbo de su té, mientras ella comía a pequeños bocados. Pasaron la mayor parte del desayuno en silencio, pero se miraban con demasiada intensidad como para sentirse cómodos. Al terminar de desayunar, Robert se puso en pie e hizo un gesto al posadero para que

uno de sus trabajadores cargara el escaso equipaje de mano que habían utilizado para pasar la noche en la posada.

—¿Vamos? —le dijo a Livia y ella se puso en pie, tomando su mano.

Momentos después, la ayudó a subir al coche de caballos, y cuando este se puso en marcha, Livia colocó las manos sobre su regazo y lo miró, esperando respuestas.

—¿Puedo preguntar cuál es nuestra siguiente parada?

Robert parpadeó, y se dio cuenta de que había sido muy desconsiderado al no hablarle de ello. Pensó hacerlo el día anterior, pero una vez más habían vuelto a discutir y le había sido imposible encauzar la conversación hacia temas más agradables. Intentaría que no sucediera lo mismo esta vez.

—James nos acogerá dos días en su casa de Nottingham. Es un buen amigo —vaciló, como si le ocultara algo. Pero enseguida continuó—. Su mujer es mi prima Violet, por parte de padre. Te gustará.

Lo dijo como si hubiera algo en ella que le recordara a Livia.

—¿Eso crees?

De pronto Robert sonrió.

—Eso creo. Las dos… parecéis mujeres prácticas, pero en el fondo…

—¿Están enamoradas del folklore escocés? —se burló Livia.

Ambos sonrieron, llevándose algo de tensión.

—Entre otras cosas —Robert le siguió la broma—. También le cuesta aceptar como es el mundo… —Livia alzó una ceja y Robert se puso serio de golpe—. Empiezo a pensar que no ha sido demasiado buena idea traerte al norte.

—Oh, presentarme a una mujer que piensa por sí misma. ¡Qué horror!

Robert chasqueó la lengua, pero en el fondo le divirtió el tono desenfadado de su esposa.

—Iba a decir que no me refería a eso, pero…

Livia suspiró.

—Las mujeres como yo que creen poder pensar por sí mismas, no tenemos por qué no tener una visión romántica de la vida.

—Creí que era incompatible —lo dijo con sinceridad.

—Pues te equivocas —respondió ella, tajante—. Los hombres no son el enemigo, solo lo son aquellos que se creen muy superiores a una mujer, solo por el hecho de ser hombres.

—Entonces, yo no soy el enemigo —dijo con ese tono de burla que la sacaba de quicio.

—Ah, ¿no?

—No —aseguró, haciendo un gesto con la mano como si desechara la idea—. No me siento muy superior a las mujeres, solo superior a los demás, independientemente de que sean hombres o mujeres. Sin más.

Ella entrecerró los ojos. ¿Se estaba burlando de ella?

Sí, lo hacía. Lo supo por la sonrisa que intentó ocultar.

—Eres insufrible. —La indignación hizo que sus mejillas cogieran un color muy intenso.

Robert no dijo nada más. Consciente de haber ganado la batalla, se dispuso a disfrutar del paisaje, y Livia de su lectura. No volvieron a hablar en un largo tiempo. Pararon a comer en otra posada cuya comida era celestial. Con el estómago lleno, ella parecía haber recuperado algo de su buen humor perdido, pero siguieron en silencio, cada uno en sus pensamientos mientras avanzaban hacia el norte. Cuando llegaron a la casa de los amigos de Robert, Livia se quedó maravillada por su grandiosidad.

—No me lo puedo creer.

—¿No? —Robert miró por la ventana para ver lo mismo que ella—. Es una bonita casa.

—Es impresionante —dijo sin apartar la mirada de aquella maravilla.

—No es más grande que la mía —dijo Robert algo confuso.

—Bueno… —Livia cerró la boca después de mirarle unos segundos. No iba a decirle que su casa también era impresionante y que la primera vez que la vio sintió vértigo, y que solo pensar en ser la dueña de Thornfield sentía que le faltaba el aire—. La tuya también, es una casa excelente —carraspeó y Robert la miró como si hacer un cumplido a su posesión, fuese como hacérselo a él. Difícil.

El carruaje se detuvo y el cochero descendió de su pescante, mientras los sirvientes que esperaban su llegada se apresuraron a abrir la puerta. Robert se apeó primero, y alzó su mano para que Livia pudiera bajarse cómodamente con la ayuda del cajón que habían instalado a sus pies, y el agarre firme de la mano de su esposo.

Ninguno de los dos tenía puestos los guantes, y el cálido contacto hizo que sus ojos se clavaran en los de ella. No apartó la mano, pero entreabrió los labios, como si su contacto la hubiera sorprendido, o más bien evocado la noche anterior.

Apartó la mirada del rostro de su esposo, sin saber si se habría dado cuenta del rubor de sus mejillas.

—Bienvenido, milord —saludó ceremonioso, un recto sirviente—. Los señores le esperan en la entrada.

Las palabras del sirviente hicieron desaparecer el hechizo y ambos miraron nuevamente hacia la casa.

Robert carraspeó. Ahora no solo era Livia quien tenía las mejillas encendidas.

***

La casa del Mayor James Phillips, era una auténtica preciosidad en medio de un paraje sin igual. Sus paredes en el exterior, eran de un suave color tierra, la entrada principal de la casa se encontraba en el piso superior, y cuando Robert ayudó a descender a Livia del carruaje, pudo ver a sus anfitriones en ese lugar, observándolos desde arriba. Cuando subieron los escalones que les separaban, vio a la bella pareja. Livia entendió de inmediato por qué el Mayor no había bajado a recibirles. Cuando dio un paso hacia ella, su cojera fue más que evidente, pero se abstuvo de que se notara la impresión que le produjo, ya fuera en su expresión, como en sus palabras.

—Robert —saludó a su esposo—, me alegra mucho volver a verte.

Los dos hombres se abrazaron con afecto. Livia se sorprendió de la amplia sonrisa de su esposo. No había duda de que eran buenos amigos.

—Robert, bienvenido —La beldad morena dio un paso hacia ellos, y Robert se inclinó para besarle la mejilla.

—Prima, cada día estás más hermosa. —Ella rio por el tono adulador, pero enseguida fijó su mirada en Livia—. Permitidme que os presente a mi esposa, Livia Belford.

—Hola, Livia —dijo con cariño la mujer—. Me alegra conocerte, al fin.

El mayor la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Es una sorpresa que Robert haya conseguido a alguien tan encantador que lo soporte tanto

como para que aceptara casarse con él.

Robert aceptó la broma, pero Violet miró a Livia, como si se diera cuenta que detrás de esa unión había una larga historia.

—Estaréis muy cansados, ¿por qué no subís a refrescaros un poco?

—Se lo agradecería —dijo Livia.

—Sin embargo, yo —intervino James—, seré más egoísta y me llevaré a Robert inmediatamente a la biblioteca.

Livia vio como a su esposo no le desagradaba la propuesta del mayor Phillips.

—Deseando probar tu vieja remesa.

—Mi bodega ha crecido desde que no estás, y aún me quedan puros de la tabacalera sevillana.

—Ahora sí que no tengo objeción alguna.

Las mujeres se quedaron rezagadas en la entrada, viendo como sus maridos se adentraban en la mansión. James con paso renqueante, apoyado en su bastón con empuñadura de plata, y Robert con las manos entrelazadas a la espalda. Eran realmente dos hombres muy apuestos, incluso el Mayor era verdaderamente atractivo, y su cojera no le afeaba en absoluto.

—Waterloo —dijo Violet.

—Oh, no estaba… —se sonrojó.

—No te preocupes, es algo relativamente reciente. Tiene días buenos en que apenas se le nota al andar y días malos en que quiere arrancársela a causa del dolor —Livia escuchó en silencio—. Y ahora que te he contado lo único malo que hay que contar, te prometo que seré una buena anfitriona.

Rio y esa risa le iluminó la cara.

—Querida Livia, ¿puedo llamarte así? Aquí no respetamos demasiado las formalidades, ya te darás cuenta.

—Por supuesto —Livia le sonrió con afecto. Ya le caía bien, le recordaba a Maranta—. Llámeme Livia.

—Y tú a mí, Violet. Yo… —empezó a decir Violet—, tengo un hermoso saloncito privado donde quizás quieras tomar el té conmigo.

—Oh, eso me encantaría.

—Ahora te enseñaré tu habitación. Baja cuando estés preparada.

Livia quiso preguntar si con su habitación, también se refería a la de Robert, pero no lo hizo.

Después de asearse un poco, Livia acompañó a Violet a la hora del té. No le hizo falta mucho más de cinco minutos para saber que se llevarían bien. En muchos aspectos le siguió recordando a Maranta. Era una mujer decidida, de mirada franca y a Livia le dio la impresión que siempre conseguía lo que quería. Pero también había mucho de la dulzura de Rose en ella.

—Dime, ¿Qué tal tu vida de casada? —Le preguntó Violet mientras sostenía la taza y el platillo de porcelana.

—Bueno, la ceremonia fue ayer, y… no puedo decir que haya notado mucho cambio, aún.

—Entiendo.

Le sonrió comprensiva, y Livia se dio cuenta de que no quería ser indiscreta cuando le preguntó por su vida de casada. Hacía apenas pocas horas de la noche de bodas, así que el tema parecía pender sobre sus cabezas.

—Yo —dijo finalmente Violet—, os he puesto en habitaciones separadas. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Se comunican por una puerta, pero… una nunca sabe si…. —se le fue apagando la voz y tomó un sorbo de café.

Al parecer Violet se sentía tan incomoda como ella al hablar de esos temas.

—Está bien, gracias —Livia se esforzó por hablar. Cambió de tema a uno mucho menos peliagudo—. Mi marido me ha informado que nos dirigimos a Escocia.

Violet asintió con entusiasmo.

—Sí —se inclinó y le tocó la rodilla un segundo para poner énfasis en sus palabras de entusiasmo—. Edimburgo es una ciudad maravillosa, es gris y deprimente, y llueve… —suspiró como si fuera lo más hermoso del mundo—, y entonces cuando sale el sol, la piedra gris se ilumina cubriéndolo todo de un manto dorado…

Livia la miró incrédula, sin poder parar de sonreír.

—Lo he vuelto a hacer, ¿verdad? —preguntó Violet. Cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¿El qué?

—Ensimismarme —confesó—. Lo hago a menudo, es que echo de menos mi hogar. Soy de allí, ¿sabes? Creo que puedo decir que sus parajes son de una belleza incomparable.

—¿Es así? —ahora la de los ojos soñadores fue Livia—. Siempre he querido ir.

—Cuando Robert nos escribió para contarnos que estabas enamorada de Escocia, supe que nos llevaríamos bien.

Livia parpadeó.

—¿Robert… os escribió?

—Oh, sí —asintió, muy contenta—. Me dijo que te encantaba la obra de Robert Burns, aunque entre nosotras, no creo que a Robert le haga mucha ilusión.

—Ninguna —se sorprendió Livia soltando una risa llena de incredulidad. ¿Su marido sabía de sus gustos y los había comentado con otra persona? ¿Por qué?

Robert odiaba a Burns, desde que leyó alguno de sus poemas donde claramente hablaba de la sexualidad, y los roles del hombre y la mujer. No, sin duda no era el poeta favorito de su marido.

—¿No le gusta el folklore escocés, Livia? —le preguntó Violet como si supiera la respuesta —. A mí me encanta. Suelo guardarme mis opiniones, porque estando casada con un alto cargo del ejército británico… —hizo una mueca como si eso explicara los problemas que había tenido con su marido. Ciertamente tenía ante sí a una mujer que no le importaría que los escoceses volvieran a gozar de independencia absoluta.

—A veces es difícil ¿no? —Suspiró Livia—. Digo lo de pensar de forma tan diferente de la de tu marido.

Violet la comprendió al instante.

—Sí que lo es.

Continuaron largo rato hablando, hasta prácticamente la hora de la cena, mientras sus esposos se ponían al día.

***

—Por favor —le rogó James en un tono burlón—. Te suplico que me cuentes como ha sido posible que te casaras con la señorita Withman, a la que… quizás no te acuerdes, pero solías mencionar de pasada en tus cartas, como la insoportable señorita Withman.

Mientras bebía un trago de whisky, Robert lo miró directamente, preguntándose cuanto

sabría.

—¿Has hablado con Anthony? —alzó una ceja.

James entrecerró los ojos.

—¿Acaso él sabe algo que no has querido contarme?

Ese bellaco lo sabía todo. Anthony tenía un don para el espionaje, para sonsacar información casi sin proponérselo. Incluso Robert podía asegurar que supo que deseaba a Livia antes que él mismo.

—Su hermana me abandonó a una semana de la boda.

James silbó.

—¿Estabas enamorado?

—No. —Lo miró como si esa idea fuera absurda.

—Entonces no es una tragedia —dijo James—. Creo que has ganado con el cambio. Me cuesta creer que haya una mujer más hermosa que tu actual esposa.

—Quizás la tuya —lo miró burlón.

A lo que James respondió con un chasquido de su lengua.

—Lo cierto es que no me lo pensé demasiado. Yo necesitaba una esposa para que educara a mis ingobernables hermanos, y eso hice. Cogí la que estaba más a mano. —Otro tragó de whisky mientras las cejas de James se alzaban con incredulidad.

—¿Así de fácil?

—Tú estás casado, ya debes saber lo fácil que es esto. Un día crees que vestirás el uniforme para siempre, y al poco tiempo, pestañeas y estás frente al altar con una mujer que jamás hubieras querido como esposa.

Se hizo un pesado silencio.

Eso era exactamente lo que le había pasado a James, casado desde hacía años con una mujer que jamás hubiera escogido como esposa, y que por más que quisiera ignorar, ahí estaba, cuidando de él, como si fuera su deber, a pesar de los desplantes a los que él la había sometido.

—Sí, —dijo James—, supongo que pensaste que vestiríamos el uniforme para siempre, pero tu hermano nos dejó demasiado pronto y yo… bueno, soy un tullido que no sirve para… precisamente eso, servir a su majestad.

Robert lo miró evadirse de la realidad y lo volvió a llamar a ella, con una pregunta hecha con poco tacto.

—¿Qué tal la pierna? ¿Vas a vocear siempre así?

James gruñó.

—El médico dice que debo mostrarme feliz y agradecido. Las posibilidades de recuperarme eran más bien escasas. Es un milagro que la conserve.

James estiró la pierna y la contempló, como quien mira a un enemigo caído.

—¿Y Violet...? —empezó a preguntar Robert.

James no pudo evitar soltar una amarga carcajada.

—Vino rauda y veloz para cuidar de este pobre tullido. Puede que me odie y me desprecie, pero… tiene más honor en su dedo meñique que tú y yo juntos.

—Eso es mucho honor —dijo Robert.

Robert asintió ante las palabras de su amigo. No podía decir que no fuera cierto, Violet era una mujer extraordinaria. Con ideas extrañas, quizás mucho más voluntariosa que Livia… sin duda esas dos mujeres se llevarían bien.

—¿Te duele? —preguntó Robert.

—Sí, casi todo el tiempo —se quejó James—. Eso me hace tener un carácter de mierda.

—¿Todavía peor que el que ya tenías? —Bromeó.

—Mucho peor —le sonrió—. Quizás ahora comprendas por qué mi esposa es una santa. Hay que tener algo de beata para poder aguantarme en este estado.

—Me sorprende que no haya querido regresar a Escocia.

James guardó silencio. Era posible que ese fuera un asunto del que no estaba dispuesto a hablar. Al fin y al cabo, cuando se trataba de asuntos matrimoniales, Robert empezaba a darse cuenta de que no quería compartirlos con nadie, ni siquiera comentarlos con sus amigos.

—¿Sabes quién ha ingresado en el ejército? —cambió súbitamente de tema.

—¿Quién? —preguntó James, intrigado.

—El pequeño de los Chambers.

Robert tomó otro trago de wiski esperando la reacción de James, que no se hizo esperar.

—¡Oh! Edward debe estar que se sube por las paredes. Siempre ha sido muy protector con su hermano menor. —El Mayor conocía al vizconde de Glastonbury desde hacía años. Antes de casarse con Violet, su familia y la de los Belford eran inseparables. Por lo que se sus padres se movieron siempre en los mismos círculos de amistades.

—Al igual que lo fue Lyonel.

—Pero al menos a Edward no se le ha ocurrido comprarse un título de capitán para seguir a David.

Robert dejó el vaso sobre la mesa.

—No, dudo que lo haga, por más protector que sea con su hermano. Edward es un gran terrateniente, he aprendido mucho de él, la verdad.

De pronto, James se acordó de algo.

—Dime… ¿tu hermana aún insiste en que se casará con David Chambers?

Robert se llevó una mano a la cara y se acarició los parpados con el dedo índice y el pulgar.

—Dios… si le ocurre algo, Amanda se mure.

—¿Sigue enamorada?

—Se le pasará.

La carcajada de James fue genuina. Conocía a Amanda prácticamente desde que nació, y jamás la había visto dar su brazo a torcer. Se dio cuenta de que ese extraño sonido era el de su risa. Un extraño sonido que hacía tiempo que no producía.

—¿Le ha propuesto matrimonio? —tuvo curiosidad el Mayor Phillips.

—David Chambers a Amanda, no —luego hizo una mueca— ¿Amanda a David? Creo que en más de una ocasión.

—¡Por Dios! —Una nueva carcajada de James hizo que la atmosfera fuera más animada.

—No sé qué haré con ella. Amanda es… te juro que no sé a quién ha salido. Mi padre era impetuoso, pero ella tiene un carácter… No ve maldad en la gente, no ve peligro en nada de lo que hace o dice. Te juro que a veces pienso que me volverá loco.

James siguió burlándose de él.

—Amanda siempre me ha parecido una niña encantadora.

—El problema —siguió diciendo Robert—, es que ya no es una niña. Es una muchacha casadera que esta temporada entrará en sociedad.

—¿No lo hizo ya? —Se sorprendió James.

Robert lo había retrasado todo lo posible, con esa lengua tan larga, le preocupaba que pudiera provocar un escándalo.

—No, y no quiere hacerlo. Dice que no le interesan los bailes, pero yo sé que es porque quiere casarse con el pequeño de los Chambers. Pero él está centrado en su carrera militar. No creo que se case pronto. Y Amanda no debe esperarle una década.

James lo miró sin saber qué decir, Amanda siempre había sido muy decidida, si ella había dicho que se casaría con David, dudaba que nada de lo que hiciera o dijera su hermano cambiara sus inclinaciones.

—David es un buen tipo. Y Edward es tu amigo y vecino ¿tienes algún problema con él?

—Al contrario, estaría feliz, pero… David ya le ha dicho a Amanda que no se casará con ella. Incluso se lo ha dicho a Edward para que me lo deje claro. —Robert suspiró—. Si insiste en escaparse y colarse en casa de los Chambers, tendré que encerrarla bajo llave.

—Pobre Amanda —rio James, sabiendo que Robert no haría tal cosa.

—¡Compadécete de mí! —le reclamó, molesto—. Amanda es la culpable de mis enfados. —Suspiró pensando en cómo manejar ese asunto—. Chambers es ahora alférez y con su empeño y entusiasmo llegará lejos.

—Sí, Anthony me escribió para contármelo. Al parecer lo tiene bajo su ala, al igual que a Frederick Knigth. Se le augura un futuro prometedor cuando se recupere de sus heridas.

—Espero que Anthony logre mantener a Chambers y a Frederick, fuera de peligro. —Ambos hombres se quedaron en silencio por unos instantes, hasta que Robert lo rompió—. Menudos relevos tenemos.

James lo miró y una sonrisa bailaba en la comisura de sus labios.

—¿No te agradan?

—Todo lo contrario —esbozó una sonrisa—. Serán oficiales de pura vocación. Van a dejar nuestros logros a la altura del betún.

—Habla por ti, que te retiraste antes —se quejó James—. Yo he derrotado al mismísimo Napoleón en Waterloo.

Robert asintió y alzó la pequeña copa para beberse lo que quedaba de un trago.

—Brindo por eso —dijo—, y porque puedas sentirte feliz con tu retiro.

—No creo que pueda, hay algunos que hemos nacido para luchar, puede que tú hayas podido olvidar el ejército y hacer de terrateniente, como Lyonel —parecía molesto, como si sus nuevas vidas fueran una traición—. Está feliz ¿verdad?

Robert asintió.

—Me alegro por ellos.

—Y yo —Se quedaron largo rato en silencio.

Robert no solía expresar sus emociones, mucho menos hablar de cómo se sentía, ni siquiera con sus mejores amigos. Pero abandonar el ejército y hacerse cargo de todo tras la inesperada muerte de su hermano mayor, había sido un duro golpe para él. Siempre había pensado que gozaría de la vida castrense, de la libertad que suponía para él dormir bajo las estrellas únicamente con una manta entre el suelo y el cielo, en lugares lejanos. El honor, la disciplina, el fragor de la batalla, lo hacían sentirse vivo.

Pero la responsabilidad había llamado a su puerta. No podía abandonar a su familia por sus propios deseos. Livia estaba equivocada, no sólo las mujeres tenían deberes que cumplir.

—Me dan envidia —dijo, como para sí, con la mirada perdida en el líquido ambarino.

James no dijo nada más. No había mucho más que decir.

—Creo que están a punto de llamarnos a la mesa —dijo Robert—. Con tu permiso, voy a cambiarme.

Todo se quedó en silencio, como si un viejo fantasma hubiese entrado en la habitación.

Capítulo 39

Tal y como le había explicado Violet, sin lugar a dudas, la alcoba de su esposo y la de ella misma, estaban comunicadas por una puerta. Pudo escuchar la voz de Robert dando instrucciones al ayuda de cámara que le habían asignado. Ella había hecho lo mismo con una de las doncellas y su equipaje ya estaba perfectamente acomodado en el armario.

La ayudaron a vestirse para la cena, y cuando salió al corredor, la puerta del dormitorio de Robert también se abrió.

—Buenas noches, querida —dijo, sin más.

El buen humor y, sobre todo, el tono burlón con el que se había divertido a su costa, había desaparecido. Como si la larga conversación con el Mayor Phillips hubiera ensombrecido su ánimo. Quizás fueran las viejas anécdotas de la guerra, se dijo Livia. Era más que probable que esos temas dolorosos sobre combates y muerte, le hubiera dejado un mal sabor de boca.

—¿Todo está correcto en tu habitación? —preguntó, cortés.

—Perfecto. —Ella asintió—. Es muy bonita. ¿Y en la tuya?

—También. —Le ofreció el brazo para bajar juntos la escalera, y se alegró de que su mujer no lo rechazara—. Violet es muy eficiente, y como comprobarás, James solo tiene lo mejor.

—Me he dado cuenta de ello.

Livia se refería a como estaba vestida la casa, con cortinajes costosos, nuevas alfombras, muebles caros… cada detalle rezumaba riqueza. Sin duda el Mayor Phillips, era un hombre enormemente rico. No obstante, creía que a Violet le gustaban las cosas sencillas, apenas llevaba joyas y sus vestidos, aunque de un corte impecable y elegantes, no daban a entender que quisiera mostrar toda la riqueza que poseía.

—Sin duda nuestras posesiones necesitan un buen lavado de cara. —El comentario que hizo Robert, apenas sin mirarla, estaba destinado a un propósito. Sabía que su esposo no diría nada sin un objetivo.

—¿Y eso… qué quiere decir?

Él la miró con una sonrisa ladeada.

—Bueno, dispondrás de dinero para ponerlo todo a tu gusto.

—¿A mi gusto? —preguntó ella sorprendida. Al ver que Robert la miraba extrañado, se apresuró a aclarar—. No creo que lady Marianne quiera darme las riendas…

—Me he casado contigo, esencialmente por eso —interrumpió—. Quiero que te encargues de la presentación de Amanda en sociedad, de que veles porque a Charles no le falte de nada, y que las posesiones de los Belford, tanto tiempo olvidadas, vuelvan a tener su esplendor. Si debemos casar a Amanda, habrá fiestas y bailes. No muchos —miró al techo y suspiró—, Dios sabe que no lo soportaría, pero debe hacerse.

—Así que bailes y cenas para casar a Amanda.

Robert se detuvo de nuevo en un escalón.

—No digas que ya está comprometida, porque no lo está.

Ella soltó una risita.

—Creo que ella no lo sabe.

—Pero se lo haremos saber. Si David quisiera casarse con ella…

—¿Te opondrías?

—No —dijo sincero y eso sorprendió a Livia. Aunque no supo muy bien por qué. ¿Había pensado acaso que Robert heriría el corazón de su hermana a sabiendas?

—Él no la ama, ¿verdad?

Robert negó con la cabeza.

—Pero se le pasará, conocerá a otro, rezo para que sea adecuado y tú me ayudarás a que todo termine bien con esa muchacha.

—Oh, ya veo —dijo ella, mirándolo de reojo y descendiendo la escalera central—. Y yo que creía que te habías casado conmigo por mi encanto.

Él la miró sorprendido, quizás algo impactado por sus palabras o más bien por su buen humor.

—¿Te burlas de mí?

—Jamás osaría, milord.

—No sé yo si eso me parece muy cierto.

Ambos rieron y así los encontró James que bajaba cojeando por las escaleras.

—¿Ya estamos todos? —preguntó al tiempo que se abría la puerta del saloncito y Violet salía al recibidor.

—Podemos esperar en el saloncito, hasta que nos avisen —dijo la esposa del Mayor.

No tuvieron que esperar demasiado, en diez minutos entraban en el comedor, y se sentaban a la mesa, dispuestos a disfrutar de una cena de diez platillos.

Como siempre, James no reparó en gastos, y la velada fue placentera para los presentes, en todos los sentidos. Hasta el Mayor pudo olvidarse del palpitante dolor de la pierna por un rato. Violet se dio cuenta de ello, su buen humor era evidente, y le complació que, con una simple visita de un amigo, las cosas mejoraran hasta ese nivel. Pero claro, solo era el primer día. Esperaba que James dejara atrás su agrio carácter, para con todos los sirvientes, y especialmente con ella y disfrutara de las actividades que había preparado. De lo contrario, no habría esperanza para ellos, y se vería en la inclinación de marcharse de nuevo a Escocia.

Al llegar los postres, Livia y Violet se animaron a hablar sobre caballos. Un tema sobre el cual compartían fascinación.

—Las razas escocesas son muy fuertes y bellas —empezó a decir Livia—, pero he de reconocer que mi favorita es el clysdale.

Robert alzó una ceja, pero no dijo nada. Si esa fuera la idea más excéntrica de su esposa, se daría por satisfecho. Además, ver ese brillo de ilusión en sus bellos ojos cuando hablaba de caballos, lo dejó fascinado.

Sin embargo, James sí mostró su extrañeza.

—Es un simple caballo de tiro —alegó con cierto desdén, aunque sin mala intención por lo que se corrigió—. Simplemente he querido decir que no es un caballo que sea considerado por gozar de una exquisita línea de belleza, así como podría ser un purasangre.

Livia comprendió la explicación, pero se dio cuenta de cierta disconformidad en los ojos de Violet.

—Oh, es cierto que es un animal robusto, cuya función es el trabajo de tiro. Pero, recuerdo que, a los doce años, mi padre adquirió un clydesdale y yo lo monté varias veces, a escondidas, por supuesto.

Violet soltó una carcajada musical y Robert y James miraron a las damas con cierto deje de escándalo en la mirada.

—No es un caballo propio de una dama —alegó James, algo extrañado.

—Puede que no lo sea —intervino Violet—, pero aparte de robustos y poderosos, son nobles y dóciles de corazón, mucho más de lo que pueda ser un Pura Sangre Inglés. Lo considero perfectamente apto y seguro para una niña de doce años.

Dicho esto, todos guardaron silencio. Livia se sonrojó, pues había sido su intención que una conversación inocente sobre caballos, pudiera haber creado malestar en sus anfitriones. Miró a Robert convencida en que se encontraría con una mirada de reproche, pero no fue así. De inmediato, su esposo cambió hábilmente de tema, distrayendo a James de las palabras de su esposa. Y las aguas regresaron a su cauce.

La cena terminó bien, incluso después hubo risas mientras jugaron una partida de cartas, pero empezó a ser evidente que la pierna de James le palpitaba, y decidieron retirarse a sus respectivas alcobas.

—Vamos, ¿querida? —Robert salió con ella, despidiéndose antes de los anfitriones.

Livia empezó una conversación inocua que ninguno de los dos disfrutó, pero lo bastante ligera para que no se sumieran en un silencio incómodo mientras subían las escaleras hacia su habitación. Ella pudo sentir la mano de su esposo, caliente bajo la suya, mientras la ayudaba a subir los peldaños. Tras llegar al corredor, ambos se quedaron frente a la tercera puerta, la de la alcoba de Livia.

Ella intentó darle las buenas noches, mientras esquivaba su mirada, pero Robert la sorprendió con una pregunta, reteniendo su mano.

—¿Estás dolorida? —a Livia se le tiñeron las mejillas. Jamás habría esperado esa pregunta.

—Yo… —Decidió ser sincera con su esposo—. Algo.

Robert la miró y se dio cuenta de que su incomodidad se debía a las cosas que habían hecho la noche anterior. ¿Había sido un animal? ¿Se había comportado de manera brusca? Quizás lo correcto fuera preguntárselo para no repetir sus errores.

Tomó aire para hablar, pero ella pareció… deseosa de quedarse a solas, sin su compañía.

—Yo… te dejaré descansar. —Robert se maldijo por su poco tacto, porque había pensado que lo estaba haciendo bien. Que había sido gentil y…—En fin, me retiro.

Livia abrió la boca para decir algo, pero enseguida la volvió a cerrar.

—Como desees —asintió y le dio las buenas noches mientras veía como Robert caminaba hacia la siguiente puerta y entraba en su alcoba.

Ella se recostó contra la puerta, una vez la hubo cerrado.

¡Niña tonta! ¿Qué había estado a punto de decir? ¿que estaba dolorida y que le importaba un bledo? Porque esa era la verdad. Si la pequeña incomodidad era el precio a pagar por el placer que había experimentado la noche anterior… era algo que pagaría gustosa. Pero no podía decirle eso a Robert. Era demasiado… suspiró. Seguro que no veía con buenos ojos que las mujeres sintieran deseo, aunque anoche no pareció disgustarle que ella…

—No seas estúpida, Livia.

Se dejó caer sobre la cama, y perdió la vista en el precioso dosel con motivos florales que la cubría, mientras su mente no paraba de pensar, y pensar.

Llegó a la conclusión de que necesitaba a alguien con quien hablar de esas cosas. Si Rose estuviera allí, podría preguntarle. Ahora que estaba casada, podía entender mejor esas largas miradas de pestañas caídas que su amiga le dedicaba a su esposo, Lyonel. También podía entender las risas ahogadas, esas miradas intensas, que nada tenían que ver con un reproche y sí mucho con el deseo. ¡Qué ingenua había sido!

Puede que la mayoría de matrimonios de conveniencia se evitaran, pero sin duda Rose y su coronel, no eran uno de ellos. Respiró hondo, Maranta… ella seguro que nunca habría mirado a su difunto esposo, así como Rose miraba a Lyonel. No debía preguntarle nada a ella, a cerca de las intimidades entre marido y mujer.

Sonrió, deseando volver a encontrarse con su amiga Rose y preguntarle, como… ¿cómo se le dice a un esposo que deseas compartir el lecho con él?

Le ardieron las mejillas con solo pensarlo. La noche se avecinaba realmente larga para Livia. Se desvistió con la ayuda de la doncella que Violet le había asignado. Ya en camisón y con las velas apagadas, se dispuso a mirar por la ventana, la luna estaba espléndida, abrió la ventana y se quedó largo rato mirándola en el cielo, hasta que se ocultó bajo unas nubes que volvieron negra la noche. El primer trueno la sorprendió y el segundo fue como el pistoletazo de salida para que la lluvia empezara a caer. Cerró la ventana, o al menos lo intentó.

—¿Qué te pasa? —murmuró frustrada al ver que no tenía fuerza suficiente para bajar la hoja.

No fue consciente de que hablaba sola hasta que gritó cuando el agua arreció, empapándola durante sus intentos frustrados de cerrar.

—Maldita sea.

***

Robert se había quitado las botas sin ayuda, como en el ejército prefería desvestirse solo y que nadie lo atendiera. Se quitó la chaqueta y la corbata, pero se tiró descalzo en la cama y se quedó mirando al techo.

La deseaba, deseaba a su esposa y no había dejado de pensar en ella ni un solo instante. Viajar a su lado en el carruaje había sido una auténtica tortura, pero aún lo era más, saber que tras esa puerta, ella estaba en la cama, sola, y él no había sido invitado.

Cerró los ojos e intentó relajarse, pero tal parecía, que ni siquiera el tiempo estaba de su lado.

El trueno que inició la tormenta, le hizo abrir los ojos. Pensó en ir a ver cómo se encontraba Livia, pero descartó la idea al pensar que ella no era una mujer débil que se asustase con una simple tormenta.

Hasta que escuchó su voz, maldiciendo con unos gemidos que no supo muy bien a qué se debían. Se incorporó de la cama y se quedó con la mirada fija en la puerta que separaba ambas habitaciones.

Otra exclamación furiosa.

—Livia… —Salió de la cama y tomó el pomo de la puerta, cerrada ante él. No se atrevió a abrir sin llamar— ¡Livia! —habló lo suficientemente alto como para hacerse oír, pero sin gritar, no quería despertar a toda la casa, aunque posiblemente la tormenta ya lo hubiese hecho.

Al no obtener una respuesta inmediata, giró el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Livia, abre la puerta! —Estaba preocupado. Los segundos que transcurrieron desde que dio la orden hasta que escuchó su voz amortiguada le parecieron eternos.

—Voy.

Escuchó el sonido de pasos acelerados, seguidos de una fuerte caída y un grito.

—¡Livia!

No se detuvo a pensar en ello y se apartó lo suficiente como para que su pie desnudo golpeara el centro de las puertas dobles y esta se abriera sin esfuerzo.

Robert sintió que se le paralizaría el corazón de un momento a otro al verla tirada en el suelo. Dio un par de pasos hacia ella y la sujetó por los hombros al verla arrodillada en el suelo, después de caerse.

—¿Estás bien?

Ella lo miró con la tez blanca y el pelo revuelto y húmedo. La escasa luz que se filtraba por las puertas dobles de su habitación, donde tenía varias velas abiertas, era suficiente para ver su expresión.

—Me es imposible cerrar la ventana —dijo poniéndose en pie con su ayuda.

—Oh, pero si estás empapada. ¿Qué ha sucedido? —le preguntó, asiéndola por los hombros y tirando de ella.

Ella apretó los labios y tragó saliva.

¡Maldición, pensó, está asustada! Miró hacia la ventana y vio que estaba abierta. Golpeteaba insistentemente y las pesadas cortinas se movían sin control a causa del viento. El agua lo empapó al acercarse y la rama de un rosal de enredadera le arañó el brazo.

—Maldita sea.

Al segundo intento, la hoja bajó con un ruido seco. La tormenta se quedó fuera de la habitación mientras él tenía la camisa empapada. La habitación se quedó en silencio, salvo por su respiración agitada y… el castañear de los dientes de Livia.

Él la miró frunciendo el ceño y fue cuando se dio cuenta que estaba de pie, cerca de la cama y lo miraba intentando apartarse el pelo mojado de la cara.

—Estás, empapada —le dijo tomando la manta a cuadros de los pies de la cama. Al acercarse para ofrecérsela, vio que efectivamente estaba tan mojada como él. El camisón blanco se pegaba a su cuerpo. Robert se quedó con el puño cerrado, apretando la manda y viendo como sus pechos se veían con suma claridad a través de la tela. Sus pezones erectos le hicieron jadear, hasta que ella cruzó los brazos sobre sus pechos y él reaccionó abrazándola con la manta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, solo miraba por la ventana —dijo dejándose arrastrar por su esposo que la sentó en la cama.

—¿Con la ventana abierta? —inquirió, demasiado molesto con la situación como para medir el tono de sus palabras.

—Sí. Empezó la tormenta y cuando quise cerrarla, no pude.

Ella le hablaba, cuando él volvió a su habitación y trajo una palmatoria en una mano, y una toalla en la otra. Cerró las puertas, que de milagro no habían saltado de los marcos y se acercó a ella.

Dejó la vela sobre sobre la mesilla de noche. Con su resplandor, iluminó la habitación, lo suficiente para verse. Antes de que ella dijera nada, le secó el pelo mojado con la toalla.

—Deberías quitarte el camisón, o cojeras una pulmonía.

Ella lo observó y tragó saliva.

—Tú también deberías desnudarte.

No supo si fue por esas palabras, pero la respiración de Robert se entrecortó y tuvo que desviar la mirada.

—Quizás tengas razón.

Livia escondió las manos bajo la manta y empezó a quitarse el camisón, deslizando la prenda mojada por sus hombros, hasta que se levantó y esta cayó al suelo. Robert estaba a un metro de ella, con la mirada baja, pero ni siquiera se había movido.

Livia lo observó con detenimiento antes de moverse para buscar otro camisón más seco. Su marido, llevaba el pecho casi al descubierto, su camisa estaba empapada y abierta hasta el abdomen. No se había quitado los pantalones, pero sí las calzas. Sus ojos de cervatillo lo lamieron de arriba abajo. Era un hombre impresionante. Se mordió el labio pensando estúpidamente que había personas, como él, que les favorecía ir desnudos.

Él carraspeó al sentirse en pleno escrutinio.

—Livia.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada antes de que se le secara la boca.

—Yo… lo siento —gimió al darse cuenta de como lo había estado mirando.

Tenía el pelo revuelto y algo mojado por las salpicaduras de la lluvia. Su pecho, subía y bajaba, con cada potente respiración, y sus músculos estaban tensos. Se humedeció los labios y se llevó las manos al pecho. Pero de pronto, otro fuerte estruendo hizo temblar toda la casa, o eso le pareció a Livia, que soltó un grito y apretó los párpados. Los temblores llegaron, pero esta vez sintió la calidez, envolviéndola.

Robert había salvado la distancia que los separaba, para rodearla con sus fuertes brazos. Y sólo entonces, Livia dejó de sentir desamparo.

—Sssh, es sólo una tormenta—. La besó en la coronilla, y la abrazó aún más fuerte, hasta que se dio cuenta de lo mojado que estaba—. Lo siento.

Pero ella se apartó lo suficiente para mirarle a la cara.

—Quítate la ropa —le susurró, Livia.

Él no puso objeción, pero cuando se sacó las faldas de la camisa de los pantalones, fueron las manos de Livia quienes tiraron de ella para sacársela por la cabeza.

—Ahora los pantalones —le apremió.

Él miró sus labios, anhelando besarla, pero no lo hizo. Se llevó las manos a los botones y los desabrochó uno por uno, hasta dejarlos caer al suelo.

Livia no se atrevió a mirarle, pero sus manos tomaron los extremos de la manta y la abrió para cobijarlo en ella. La tela suave envolvió ambos cuerpos desnudos.

—Estás temblando —le susurró a su esposa.

—Hace frío —fue su única respuesta mientras el aliento de ella le golpeaba el pecho.

Livia quería tocarle, pero era consciente de que, si lo hacía, la manta se deslizaría hasta el suelo, y no quería que ese momento íntimo terminara. No quería que él volviera a su habitación.

—Sigues temblando —le dijo Robert en voz queda.

No sabía si su esposa temblaba de miedo o de frío, y la abrazo, recorriendo con sus manos la espalda de ella.

—¿Crees que podrías quedarte conmigo esta noche, y darme calor?

Robert cerró los ojos y gimió. Su esposa no sabía lo que le estaba haciendo con esa invitación.

Cuando Livia sintió que la apretaba contra él, sus manos soltaron la manta y lo abrazó, cobijada por el calor de su cuerpo.

Estuvieron un tiempo sumidos en el cálido abrazo, hasta que Robert desvió la mirada hacia el lecho. Cerró los ojos y apretó los dientes. Maldición, ella le había dicho que estaba dolorida y él… su cuerpo era incapaz de no reaccionar al tenerla entre sus brazos.

Decidió ser un caballero y no forzar la situación.

—Deberías meterte en la cama y descansar… estás dolorida.

—No tanto —los ojos de Livia buscaron los suyos con rapidez—. Podrías quedarte.

Un nuero rayo iluminó la habitación y poco después el sonido hico que lo abrazara aún más.

—Oh, Livia. No sabes lo que me estás pidiendo.

—Creo que, desde anoche, lo sé.

Él le alzó la barbilla con el dedo índice y miró sus labios con fijeza.

—¿Segura?

No se atrevió a hablar, pero sí a ponerse de puntillas y buscar su boca.

—Dioses… —gruñó él, lanzándose contra sus labios.

La manta cayó al suelo, revelando sus cuerpos desnudos. Robert la abrazó sintiendo el contacto de su piel desnuda, al principio fría, después cálida cuando la temperatura de ambos subió.

La tormenta rugía fuera, pero dentro había otra que se desataba imparable.

Robert la hizo tumbarse en la cama y se colocó sobre ella.

—¿Estás segura?

Como respuesta, ella enroscó las piernas en su cintura y hondeó las caderas para sentirlo más cera. Él siseó, sintiendo como su miembro se inflamaba aún más, algo que no creía posible.

—Estoy muy segura.

—No quiero hacerte daño —repartió su peso sobre sus codos, que descansaron a ambos lados del cuerpo de Livia.

—No lo harás.

Las manos de ella recorrieron su torso desnudo, acariciándolo mientras lo miraba con fijeza, muy consciente de las reacciones que le provocaba.

—¿Te gusta?

Robert abrió los ojos y fue lo suficientemente sincero como para asentir.

—Adoro que me toques —dijo con la respiración entrecortada.

Ella sonrió cuando la mano llegó a su miembro y lo acarició viendo como él se sacudía.

—¿Así?

Asintió con los ojos cerrados hasta que gruñó. Se dejó caer con suavidad sobre ella, y las manos de Robert empezaron a trabajar, para acariciar cada rincón. Agarró sus pechos con ambas manos, mientras sus frentes estaban unidas, respirando el mismo aire. Apretó con suavidad y Livia se abrió aún más para él. Su miembro se deslizó entre sus muslos y rozó la humedad que él mismo había provocado.

—Oh, Dios… —la besó con hambre y ella correspondió, retorciéndose contra él—. No quiero hacerte daño. Iré despacio.

Ella no lo escuchó, se arqueó para sentir aún más el contacto de aquellas manos grandes en sus pechos, y su miembro deslizándose, poco a poco en su interior.

Fue delicado y aun así…

—Eres tan grande.

Pujó hasta entrar del todo en ella. La miró a la cara, pero ella solo respiraba profundamente para contener el dolor.

—¿Paro?

Como si la idea la aterrara, abrió los ojos y sus manos apretaron el trasero de su esposo.

—No. Solo empieza a… a moverte.

—¿Así?

—¡Ah! Así… sí.

Robert la besó hasta que ella perdió el mundo de vista. Gemía cada vez que acariciaba sus

hermosos montículos rosados, cuando desplazaba su boca por su cuello hasta chupar esos botones fruncidos.

—Ah, sí… eso me gusta —gimió ella.

—¿Qué más te gusta? —gimió como si le doliera contenerse. Mientras, iba sacudiendo sus caderas, entrando en ella una y otra vez mientras la sentía retorcerse contra su cuerpo—. Eres una delicia.

Livia agarró la cabeza de Robert entre sus manos y la sostuvo sobre su pecho, notó su lengua, sus dientes, y esa succión que cada vez se fue haciendo más violenta, como el ritmo de sus estocadas.

—Sí. Sí… ¡Robert!

Se apoderó de su boca, tragándose sus propios gritos y empujó más rápido, más fuerte hasta que las uñas de su esposa le dejaron marcas en forma de media luna en su espalda.

Se sintió triunfante cuando notó como se contraía alrededor de su miembro. Echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar, vaciándose en su interior, desplomándose contra su cuerpo suave y cálido.

Apoyó la cabeza sobre sus pechos y la acarició mientras el mundo volvía a posarse a su alrededor. Fue consciente de la lluvia contra el cristal, el trueno y la respiración entrecortada. Cuando se dio la vuelta para tumbarse bocarriba la arrastró con él.

Escuchó el suspiro satisfecho de Livia, y también fue consciente de cuando se quedó dormida. Pero él continuó despierto. No tenía suficiente de esa mujer, jamás tendría suficiente. Y eso era muy peligroso.

Capítulo 40

En los dos días que pasaron allí, Livia se dio cuenta de que el matrimonio del Mayor y su esposa, era un matrimonio difícil de catalogar. Cuando a la mañana siguiente Robert y ella habían bajado juntos a desayunar, los gritos que salían del comedor los hicieron pararse en la escalera central. Se miraron en silencio mientras las voces y el sonido de cristales rotos se escuchaban resonar en el salón del desayuno.

—Yo… —Livia no supo qué decir, hasta que vio salir al mayordomo con una bandeja con media vajilla rota.

—Milord… milady —dijo, como quien anuncia que va a llover.

—Creo que tomaremos el desayuno en la biblioteca, Stephens ¿Sería posible? —preguntó Robert.

—Por supuesto, allí no hay tormenta —dijo el mayordomo, imperturbable.

Livia se mordió el labio inferior para no reír, y agachó la cabeza. Miró de reojo a Robert y este parecía tan frío e impertérrito como el mayordomo. ¿Cómo podían fingir que tras esa puerta no se estaba produciendo una batalla campal?

—Yo…

—Vamos —Robert le ofreció el brazo y la arrastró a la biblioteca. En pocos minutos se escuchó un fuerte portazo y los gritos cesaron.

Si en algún momento Violet Phillips le pareció una mujer sumisa, en ese día esa percepción quedó aniquilada por completo. Violeta era una mujer justa, pero de fuerte carácter y convicciones. Las mismas convicciones que Livia, de que una esposa podía decirle exactamente a su esposo lo que quería, y sobre todo lo que no quería. Y Violet no quería ser tratada como una enfermera molesta por su marido. Algo que Livia, por el afecto que empezaba a tenerle, le pareció una gran victoria.

Robert miró de reojo hacia la puerta, pero nadie entró a molestarles.

—Y yo que pensé que nosotros teníamos problemas.

Robert alzó la mirada de su plato de huevos revueltos con riñones y lo clavó en su esposa. Si le sorprendieron aquellas palabras, no lo dijo. Volvió a agachar la cabeza y comió con los exquisitos modales de un aristócrata.

Aquella mañana salieron a cabalgar. Por supuesto Robert no se sorprendió que su mujer reclinara, una vez más, la montura de amazona. En cambio, a Livia sí le sorprendió que no hubiera protestado por su falta de decoro.

Robert empezaba a darse cuenta de que había batallas que podía, y otras que no podía ganar. Y algunas… que ni siquiera valía la pena intentarlo.

Debido al ofrecimiento de James, y a lo bien que se llevaban Violet y Livia, decidieron alargar su estancia dos días más. Durante estos, las comidas y las cenas, trascurrieron con relativa normalidad, a pesar de que las miradas que se lanzaban Violeta y su esposo, podrían haber herido de muerte a alguien.

Esa misma tarde, cuando Robert se encerró con el Mayor Phillips en su despacho, Livia y Violet, tomaron el té en la terraza, aprovechando el buen día de verano que estaba haciendo.

—Seguro te sorprendió… nuestra acalorada discusión de esta mañana.

Livia le sonrió, al tiempo que puso una de sus manos en el brazo de la que ya consideraba su amiga.

—No te preocupes, supongo que todos los matrimonios discuten.

—No creo que haya ninguno que discuta tanto como nosotros —en un instante la sonrisa forzada de Violet se esfumó y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Violet…

—A veces pienso que… un día, James se levantará y habrá decidido que regrese a Escocia. Que me diga que mi presencia se le hace intolerable. —Livia no sabía de qué forma consolarla. Dejarla hablar, desahogarse, sería lo mejor—. Es la verdad… —se encogió de hombros y miró el bello jardín que se extendía por la parte trasera de la mansión—. No es que yo sea una mujer muy cariñosa. Si no fuera por su pierna, seguro que ya habría corrido en brazos de otra mujer, como siempre hizo antes de… —chasqueó la lengua, molesta—. Lo siento, de veras. Estás en tu luna de miel y yo contándote lo duro que puede ser un matrimonio.

—No te preocupes, no diré nada a nadie.

—Es que no tengo con quien hablar. Y… —se mortificó—. Las discusiones con James, me turban. Sé que no me ama, nunca lo hizo. Nos casamos obligados por nuestros padres, ¿sabes? —Un matrimonio de conveniencia, si alguien podía entenderla, esa era Livia—. Y aunque a veces pienso que podremos superar eso, otras… otras dudo que algún día me perdone la ofensa de haber osado aceptar su propuesta de matrimonio.

Livia consoló lo mejor que pudo a Violet. No era quien para hablar sobre el matrimonio de nadie, pero por otra parte, no estaba muy convencida de que lo que decía Violet fuera cierto. Había visto a James mirar a con intensidad a su esposa, y no con odio, precisamente. La miraba de forma apasionada. No solo había deseo, sino algo más. Livia hubiera jurado que su marido estaba enamorado de ella en secreto. Pero no dijo nada.

—El matrimonio no es fácil —dijo Livia con una sonrisa triste—, y eso te lo digo yo que solo llevo dos días casada.

Violet se rio, animada por sus palabras que no había dicho del todo en broma.

—Se os ve bien.

—Bueno… nos casamos, también por obligación. No entraré en detalles, pero a veces…

—A veces, es fácil y otras… no ves la salida.

—Exacto —asintió, sorprendida—. Es exactamente lo que quería decir.

Dejando aquel tema que a ambas entristecía, las damas hablaron de otros asuntos más interesantes.

—No puedo creer que leas a Wolltonecraft.

—Créetelo —se rio Livia—. Por supuesto a escondidas de mi marido, pero me temo que es demasiado buen detective para no darse cuenta de que le oculto algo. —Chasqueó la lengua ante la risa de Violet—. Creo que lo sabe, por eso está de ese humor de perros cuando me pilla leyendo en la biblioteca. Luego se da la vuelta y se marcha. No aprueba nada de lo que hago, lo que me lleva a sospechar que su enfado será eterno. Aunque creo que pronto se dará cuenta de que con quien realmente está enfadado, es consigo mismo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Violet, curiosa.

—Robert se casó porque quería que su esposa cumpliera con determinadas funciones.

—¿Llevar la casa?

—No, eso lo hace la dragona.

—¿Qué? —preguntó Violet sorprendida.

Las manos de Livia volaron hacia sus labios.

—Perdón, soy horrible —intentó no reírse, pero las carcajadas de Violet no la ayudaban en nada—. No sé cómo he podido decir algo así.

—Está claro que ha sido porque tu suegra no te trata con especial cariño. Tía Marianne siempre ha sido de trato difícil.

Livia volvió a jadear, mortificada.

—Se me había olvidado que tú y Robert sois primos.

Violet soltó otra carcajada que la hizo empequeñecer, pero en el rostro de su anfitriona, se reflejaba que no le guardaba ningún rencor.

—No te preocupes, yo sé que no está en su naturaleza ser amable, más bien, lo está ser estricta y exigente.

—Sí —asintió—. Creo que, aunque quisiera llevar la casa, no se me permitiría hacerlo.

—A algunas mujeres les cuesta soltar el poder. Aunque en el caso de tía Marianne… ella es una mujer que desea que las cosas se hagan a su manera, y es difícil cuando cambia tanto de opinión.

—¿También te has fijado?

Violet asintió.

—Mi padre me dijo que mi abuelo no estaba nada feliz porque, su hermano que era el padre de Robert, se casara de nuevo con alguien así.

—¿Así?

—Sin instinto maternal, dura y voluble.

—Entiendo.

—No, creo que no. —Violet cerró los ojos y suspiró—. No debería hablar de ello, es algo que pasó hace mucho, pero tía Marianne, estuvo a punto de ser encerrada en Beldam.

Livia la miró horrorizada.

—¿En el manicomio? ¿Por qué?

—Dicen que en uno de sus ataques de melancolía, se volvió loca. Cuando el padre de Robert dudo en seguir con su compromiso, lo amenazó con matarse. —Violet suspiró—. Sinceramente, no creo que fuera ese el motivo para que siguieran con la boda, si me preguntas, mi corazón romántico cree que lord Belford en verdad amaba a tía Marianne. Pero como descubrirás, en los matrimonios a veces nada es lo que parece.

Livia asintió y su mente se quedó un instante asimilando todo lo que le había dicho Violet.

—Sobre este y otros asuntos, ya sabes que si necesitas hablar…

Livia miró a Violet y asintió.

—En verdad no me preocupa en absoluto que lady Marianne quiera seguir con las funciones de anfitriona. Lo que sí me preocupa, son los otros deberes.

—¿Conyugales? —Preguntó Violet bajando la voz y dibujando una sonrisa fingidamente perversa.

Livia soltó una risa divertida y enrojeció.

—No, eso… tampoco me preocupa. —dijo muy segura.

—Ya veo que habéis estado practicando.

—¡Violet! —le golpeó la mano para que parara de hacerla sonrojar—. Me refiero a que Robert desea que acompañe en cada paso a Amanda, en su presentación. Y también que cuide de Charles, y bueno… sí también que le dé un heredero.

—Entiendo —dijo Violet—. Charles está en el colegio y no tienes que preocuparte, y

Amanda, me consta que te quiere, no te dará problemas. Sobre lo del heredero… ¿Ya os habéis puesto a ello?

Livia suspiró consciente de que a Violet no le importaba hablar de esos temas, y que ella no tenía a sus amigas cerca.

—¿Puedo hablarte en confianza? —preguntó Livia.

—Por supuesto.

La sinceridad en la mirada de Violet, la animó a abrirse.

—Como mujer casada que eres, tal vez podrías ayudarme. Es que tengo dudas y preguntas. Y Rose está tan lejos. No sé a quién preguntar.

—Pregúntame lo que quieras.

Livia asintió, pero mientras miraba alrededor para asegurarse de que estuvieran solas, su determinación pareció vacilar.

—Yo… es que, no sé…

—Todo lo que me digas, quedará entre nosotras —le aseguró Violet—. No tengo a quien contárselo, y no se lo diré a James.

—¡Espero que no! —se ruborizó Livia—. La relación que tengo con Robert… es complicada.

Violet se lo imaginaba, su primo de por sí ya era complicado, pero esperó a que se animara a continuar antes de hacer cualquier juicio sobre el tema.

—A veces se muestra extrañamente… cercano, y otras… me mira como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra.

Violet se mordió el labio inferior para no reír.

—Lo siento —dijo, soltando una carcajada—. Acabas de describir mi relación con James. Y como no he podido resolver mis problemas, dudo que sepa como resolver los tuyos, aunque… sí puedo escuchar.

—Pues escucha —dijo, decidida—. No sé como actuar. La primera noche que pasamos aquí, me acompañó a mi habitación y me preguntó si estaba…

—¿Dispuesta? —se aventuró a decir Violet.

—Dolorida.

—Entiendo.

—¡Pues yo no! Le dije que sí, porque sentía molestias.

—La primera vez suele ser incómoda —Violet no quería recordar la suya.

—Entonces él me dio las buenas noches y me cerró la puerta en las narices. Si luego regresó, fue a causa de la tormenta.

—Hubo una buena tormenta —Violet se inclinó un poco más, totalmente intrigada— ¿Y qué pasó?

—Bueno, la ventana se atrancó y quedamos empapados, y como ya estábamos… ya sabes.

—No sé.

—¡Desnudos!, Violet.

—Oh.

—Pues, le besé, él me besó…

—¿Y ya no estabas dolorida? —intentó no reírse Violet.

—No me estás ayudando.

—Lo siento —Violet se tragó la risa—, continua.

—Lo que quiero decir es que no estaba tan dolorida como para no… hacer esas cosas con él.

Violet asintió, pero al ver que no continuaba, le preguntó

—¿Y qué deseas saber en realidad?

—Saber cuando es decoroso pedirle al marido sus atenciones, o si puedo ir a buscarle yo… No quiero que me rechace por ser demasiado atrevida, si decido, ya sabes.

La anfitriona, lejos de burlarse de ella la comprendió perfectamente.

—Creo que la primera noche se marchó porque solo pretendía ser considerado.

—Oh —Livia pareció pensarlo como si esa idea no se le hubiera pasado por la cabeza.

—¿Mi esposo, considerado? Pareció meditarlo, no sin cierta sorpresa—. Es probable.

Violet se quedó mirando a Livia. Estaba convencida de que el problema que su amiga tenía, no era referente a que su esposo fuera o no gentil con ella.

—Pero ese no es el problema, ¿verdad?

—El problema soy yo, que no sé nada de nada. Es decir —se acercó un poco más a Violet y empezó a susurrar—. ¿Cuántas veces visitará mi cama? ¿Y yo… puedo visitar la suya? Porque no sé, si me apetece… ¿Qué? Ayer no vino, o si lo hizo me quedé dormida, y al despertarme… pues quise pasar a su habitación, pero… No. No debo hacerlo ¿verdad?

Por la expresión de Violet, que tuvo que taparse la boca para no reírse a carcajadas, supo que algo de lo que había dicho estaba mal.

—Livia.

—¿Qué? Es que no debe apetecerme, ¿es eso? Ellos nos buscan, pero nosotras…

—Oh, créeme, nosotras podemos dejar claro cuando nos apetece.

—¿En serio?

Violet asintió.

—Basta una sola mirada, y si lo ves tragar saliva, incómodo, sabes que él lo ha entendido y vendrá.

Livia parpadeó.

—¿Eso haces con el Mayor?

Violet se tocó la frente, pero no pudo evitar sonreír.

—Bueno, oficialmente somos un matrimonio muy mal avenido, pero ha habido momentos… cortas temporadas en que, ninguno podía quitar las manos de encima al otro.

—¿Sí?

—Sí —aseguró, tomando su mano y apretándola con afecto—. Livia, si sientes deseo en el matrimonio, es lo mejor que te puede pasar. El lecho conyugal, puede ser un sitio muy desagradable para algunas personas. En especial, para las mujeres.

Livia asintió e inmediatamente pensó en Maranta y en como a veces se le escapaban cosas de su primer matrimonio.

—Lo sé y lo entiendo.

—Y, por otra parte, la vida ya te da de por sí amarguras. Si algo te da placer, y nadie puede censurarte por ello, no te prives.

—¿Entonces lo miro? ¿o puedo ir a su alcoba?

Violet se encogió de hombros.

—Eso tendrás que decidirlo tú. Si deseas ir a su alcoba, ve. Y si deseas que él venga a la tuya, déjale claro que será bien recibido.

Livia suspiró.

No estaba muy segura de sí había avanzado algo, pero pensaría en las palabras de Violet con detenimiento.

Capítulo 41

A la mañana siguiente, Livia despertó sintiéndose una cobarde. Tras la conversación con Violet, no se atrevió a seguir sus consejos, y Robert tampoco acudió a su alcoba esa noche. Quizás porque después de la cena, desapareció con el Mayor y terminaron su charla muy tarde. De todas formas, Livia no quiso pensar demasiado en ello y se dispuso a levantarse de la cama. Cuando la doncella la ayudó a vestirse, perdió la mirada en el paisaje. Hacía muy buen día, ideal para un largo paseo o para salir a cabalgar.

Bajó los escalones pensando en que a la mañana siguiente se marcharían rumbo a Edimburgo. Y no es que en la casa de los Phillips no se sintiera acogida, pero deseaba poder visitar la ciudad, e ir más allá, perderse en sus prados salpicados de brezo. Sabía que Escocia en verano era una auténtica maravilla, había leído demasiado sobre el tema para no saberlo.

Pero como último día en la casa, Livia esperaba aprovecharlo.

Tras el desayuno, donde no encontró a Robert, se dirigió a los establos, a cada punto más envalentonada por la conversación que había tenido con Violet el día anterior. Al parecer, sus caballos eran famosos y ella tenía permiso para montar el que quisiera.

Era temprano y la verdad que no se imaginó que no estaría sola a esas horas. Nada más entrar en las caballerizas parpadeó incrédula. Las risas se esparcían por el establo de techos altos. Los casetones de madera oscura estaban limpios y bien cuidados. Todos los caballos estaban en su sitio, pero en el largo pasillo, una voz familiar hablaba con el jefe de las caballerizas.

—Milord jura y perjura, que todo lo que sabe de caballos lo aprendió de él.

—Ya le gustaría —se burló Robert.

Livia no lo había visto reír jamás de una forma tan despreocupada, tan alegre, era como si hubiera vuelto a su niñez.

Parpadeó conmovida, pero optó por carraspear y hacer notar su presencia.

—Lady Belford… —saludó el jefe de cuadras.

—Creo que… esa soy yo —dijo divertida y avanzando con las manos entrelazadas, como una niña que ha sido pillada en falta.

Para su desgracia, la sonrisa de Robert vaciló y la saludó con todo el respeto que merecía, pero de una forma demasiado distante para su gusto. No esperaba que fuera efusivo en sus afectos, pero después de la noche de bodas… y de la noche de la tormenta, entre sus brazos…

Sus mejillas se encendieron como un farolillo.

—¿Has venido a montar? —Se acercó Robert para saludarla.

—Sí.

—Bien —la miró demasiado fijamente, de hecho, habló al encargado sin apartar su mirada de ella—. Señor Thomas, por favor, ensille un caballo dulce para mi esposa.

—De inmediato, señor.

—¿Dulce? —preguntó ella, con una sonrisa que su esposo, sorprendentemente, correspondió.

—Y dócil. —Robert la miró de arriba abajo, con el orgullo impreso en el rostro—. Estás muy hermosa

—Gracias —Sorprendida por sus amables palabras, a Livia se le calentaron las mejillas.

Lucía un bonito traje de amazona, de terciopelo granate oscuro, y en la cabeza un sombrero

con una pequeña redecilla que le cubría el recogido. En las manos unos guantes de cuero, resistentes y femeninos.

Su esposo le tendió la mano y ella la aceptó.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó al ver que la arrastraba al último cubículo.

Allí acababan de ensillarle un hermoso ejemplar.

—Déjame que os presente. —La acercó al enorme caballo blanco, y Livia contuvo la respiración—. Ella es Dulce, y es el regalo de bodas de James, para ti.

Livia abrió mucho los ojos.

—Santo cielo, ¿de verdad? —la miró como si no hubiera visto una yegua más hermosa en su vida— ¡Es preciosa!

La yegua cabeceó, y Livia se entusiasmó aún más.

¿Dócil? Ya lo veremos, se dijo. Esa belleza tenía fuego en su interior. Se imaginó montándola a galope tendido por los prados escoceses.

—Qué hermosura.

Livia acercó la mano al ancho cuello, cubierto por una larguísima y rizada crin. La yegua empezó a golpear el suelo con la mano derecha, y eso provocó una risa nerviosa en la joven. Robert rio a su vez.

—No te asustes, sólo te está saludando. Y pidiendo un azucarillo.

—No me asusto —le dijo, haciéndole saber que no era una auténtica inepta en cuanto a caballos se trataba—. Pero me temo que no he traído nada para esta señorita tan exigente.

Él se sacó un terrón de azúcar del bolsillo, y se lo dio a su esposa.

—Dáselo, y te la ganarás.

Livia miró a su esposo. Si ganarse la amistad y cariño de alguien fuera tan fácil… Le tendió la mano enguantada a la yegua, y esta tomó lo que le ofrecía. A pesar de que llevaba guantes, los labios de la yegua le hicieron cosquillas, y soltó una carcajada musical.

—¡Es maravillosa!

Pronto se animó, al ver esos ojos de noble expresión, mirándola con curiosidad. Luego la acarició y Dulce se quedó muy quieta.

—Es muy buena.

—Lo es.

—¿Y estarás igual de tranquila cuando te monte, dulce chica? —le preguntó a la yegua, mientras dejaba que el animal le hiciera cosquillas con el hocico.

—Es pura raza española. Suelen ser briosos, pero también muy nobles y con un carácter espléndido —le dijo Robert—. Carecen de maldad y son muy cómodos para el paseo. El perfecto palafrén para una dama. ¿Vamos?

Livia aguantó la respiración por unos instantes y también se aguantó las ganas de decirle que conocía muy bien el carácter de esa raza, pero ciertamente, el ánimo alegre con que Robert se lo había dicho, le agradó más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Miró sobre su hombro para comprobar que estaban solos en los establos.

Los dos solos, en un agradable paseo.

Robert se acercó un poco más a ella, y la tomó de la cintura. Estaban tan cerca que podían notar el calor que desprendían sus cuerpos.

—¿Te ayudo a montar? —dijo contra su oreja.

—Por favor —aceptó ella.

Robert la levantó como si no pesara más que una pluma. Y por muy extraño que pareciera,

echó de menos el calor de su cuerpo en aquella mañana.

Veinte minutos después, avanzaban al paso por las extensas propiedades del Mayor Phillips.

Fue un paseo tranquilo, a Livia le agradó la inocua conversación con su esposo, sobre las diferentes razas que deseaba criar en su propiedad, y también le gustó la suave cadencia del avance de Dulce, que la relajó. Robert montaba un precioso alazán, algo más nervioso que Dulce, pero la yegua no se dejó contagiar por ello y parecía cuidar cada paso que daba para que Livia se sintiera a gusto con ella. Pero no tardó en aburrirse de esa calma.

—¿Una carrera? —preguntó Livia.

Robert agrandó los ojos.

—Recuerdo nuestras carreras. ¡Ni hablar! —le espetó. No parecía molesto, más bien sorprendido de que su esposa se lo propusiera.

—¿Qué? ¿Tienes miedo a perder?

Él la miró con un silencioso reproche.

—No perdería. Ni perderé, porque no haremos ninguna carrera.

Livia asintió.

—Ya —dijo, suspirando—, pero si la hiciéramos me darías tres segundos de ventaja ¿no?

Robert la miró de reojo. Qué especial era su esposa.

—Tres segundos de ventaja.

—¿Lo harías?

—Por supuesto, hipotéticamente —le recalcó—. Y aun así no ganarías.

—De no haber sido por ese seto, la última vez que salimos a cabalgar, te habría vencido.

—La última vez que salimos a cabalgar, hiciste que el corazón se me saliera por la boca. No lo hagas.

—¿Sabes, esposo? —dijo—. No veo setos por aquí.

Robert debió de haber sospechado algo cuando los labios de Livia se estiraron formando una pletórica sonrisa.

—Uno… —soltó riendas, apretó los flancos y puso a la yegua a galope.

—¡Livia!

—¡Tres! ¡Ya puedes seguirme! —gritó tomándole ventaja y riendo a carcajadas.

Se lanzaron a la carrera, Robert francamente molesto por el arrebato de ella, pero no por eso dejó acelerar el ritmo para alcanzarla.

—El primero que llegue al lago… ¡Gana! —gritó Livia por encima del hombro.

No pudo evitar reírse. Por primera vez desde que Belinda se había marchado, todo parecía ponerse en su sitio. Cierto que no había deseado ese matrimonio, ni que su padre la dejara para marcharse a Irlanda, ni tampoco verse juzgada a cada paso por su suegra… pero, podría funcionar. Con un poco de esfuerzo… y una buena galopada, podría funcionar.

Se apartó del camino y desaceleró a Dulce. Aún sonreía cuando Robert la alcanzó.

—¡Eso ha sido trampa! —se quejó, aunque no estaba enfadado, todo lo contrario.

Y es que un buen galope tenía el don de producir risas. Y la de Livia le calentó el estómago.

Robert hizo trotar al alazán hacia ella, lo colocó en su flanco derecho. Se acercó todo lo que pudo.

—Está claro que tres segundos de ventaja eran demasiado —se burló Livia.

—La próxima vez no tendrás tanta suerte —dijo. Luego se quitó la chaqueta, acalorado por la

carrera, y la guardó en una de las alforjas.

Livia miró su esbelto torso y se sonrojó. A él no le pasó desapercibido el deseo que sus ojos mostraron.

Se miraron a los ojos, en silencio. Cada uno con una sonrisa genuina en los labios. Había algo de paz entre ellos, por fin.

Robert dejó de sonreír primero y antes de que Livia pudiera preguntarse qué había pasado, él se inclinó despacio.

Iba a besarla.

El corazón de ella latió desbocado, igual que cuando iba sobre Dulce, acelerando para proclamar su victoria. No se apartó. No deseaba hacerlo. Conocía esos labios, la sensación de ser besada por ese hombre. Y no solo le agradaba, sino que lo deseaba.

—Robert… —susurró cerrando los ojos.

Pero antes de que el esperado encuentro de sus labios se produjera…

—¡Aaaah!

Dulce se inclinó hacia delante para beber agua. Por supuesto que hubiera predicho ese movimiento si hubiera estado atenta, si Robert no la hubiera distraído con la promesa de un beso.

—¡Livia!

Empezó a agitar los brazos como si fuera un molino, y poco a poco se fue deslizando por el cuello de Dulce hasta que cayó de lleno en el agua, ante la atónita mirada de su esposo y la sorprendida yegua, que parecía estar pensando en lo torpe que era su amazona.

Antes de que ella pudiera responder, Robert había saltado de su alazán. E inmediatamente después se metió en el agua, en busca de Livia.

Ella intentó ponerse de pie, pero el vestido era demasiado pesado cuando empezó a absorber agua. Su sombrerito se esfumó de su cabeza y los mechones chorreantes le caían por delante de la cara.

Con el corazón acelerado, Robert se adentró en el lago para alcanzarla.

—¡Deja de chapotear! —exclamó, preocupado— ¡Ponte en pie!

—¡Lo intento! —le respondió.

Y en verdad lo intentaba, pero el peso del traje la hundía.

—¡Livia! —bramó, viendo como en el lugar donde antes había estado su esposa, ahora salían burbujas—. Pero si el agua ni siquiera te llega al pecho.

Al ver que no se ponía en pie y que el vestido la mantenía sentada bajo el agua, Robert se hundió también para tomarla en brazos. Ambos desaparecieron. La superficie del lago estaba en calma, a pesar de las pequeñas burbujas que ascendían.

Unos segundos después, Robert la sacó a flote.

—¡No puedo creer que casi te ahogues en un lugar que el agua no cubre!

—El traje, pesa demasiado —dijo ella sin aliento.

Ambos boqueaban, intentando tomar aire.

El agua les llegaba por debajo del pecho.

—¿Estás bien? —preguntó él al ver que Livia seguía tosiendo.

—Solo he tragado un poco de agua —por su sonrisa, ella no estaba nada preocupada.

Miró la preocupación de Robert, pero después… empezó a ver algo más.

La fina camisa se transparentaba, dejando ver sus perfectos músculos. Tenía unos hombros tan…

—¡Oh! —Ver a su esposo desnudo durante la noche, bajo la luz de una vela, era una cosa.

Pero verle a plena luz del día…

Suspiró.

—Livia —la reprendió con humor cuando vio claramente en qué estaba pensando.

La sola imagen de ese hombre la acababa de dejar sin habla. Abrió mucho los ojos, y volvió a toser.

Robert llevaba la camisa entreabierta, y las gotas de agua perlaban la piel de su pecho, que subía y bajaba a cada respiración, haciéndole recordar la noche de bodas. Su cabello lucía mojado y se le pegaba a la fuerte mandíbula.

Dios bendito, era tan apuesto que era como si acabase de ver a una divinidad. Como si el mismísimo Neptuno hubiese resurgido de las aguas para rescatarla de morir ahogada.

¡Oh! Se quejó Livia en silencio. Estaba siendo demasiado romántica y fantasiosa.

Pero nada le importaba ya.

Robert le apartó el pelo de la cara.

—¿Te estás riendo?

Efectivamente, ella empezó a reír.

—Lo lamento —logró decir tras varios segundos—, es que ha sido una caída tan ridícula, que hasta Dulce se ha sorprendido. Estoy segura de que se está riendo de nosotros en el idioma de los caballos.

Ambos miraron a la yegua junto a la orilla, y en efecto, había dejado de beber y los miraba con las orejas alzadas, sorprendida. Incluso habrían jurado los dos que en los labios de la yegua había dibujada una sonrisa. Eso hizo reír a Robert y Livia volvió a sonrojarse, esta vez porque la carcajada auténtica de su esposo le pareció embriagadora.

—Definitivamente, se burla de nosotros.

Ella asintió.

—Y todo por un beso —le dijo Livia.

Se quedaron mirando, y él la tomó de la cintura. Debían salir del agua, pero no antes de besarla como había deseado hacer durante toda la mañana.

Livia gimió cuando la lengua de su esposo bailó con la suya. Era cálida y suave, y aunque el agua estaba fría, sólo podía sentir el fuego de su fuerte cuerpo, que temblaba contra el suyo. Cuando Robert separó los labios, la observó varios segundos antes de apartar la mirada.

—Vámonos —jadeó, con un tono más ronco de lo habitual. Avanzó con ella en brazos hasta la orilla y la depositó en el suelo cuando estuvieron en tierra seca—. No deberías resfriarte.

Livia lo siguió a pie, una tarea algo difícil teniendo en cuenta cómo estaba su vestido, totalmente empapado.

—Aprisa —insistió él, y ella frunció el ceño.

—Si te vieras obligado a vestirte así, no me hablarías en ese tono.

Él se dio la vuelta y comprendió que sus ropas pesarían el doble, estando empapadas. Le costaba caminar, era evidente. Robert ocultó una sonrisa, pero siguió caminando, con ella detrás, siguiéndolo como pudo.

—¿Volvemos a casa?

—No.

—¿No?

Escuchó su risa antes de ver como los anchos hombros de Robert se sacudían.

—Pero estoy empapada —protestó ella. Aun así, siguió caminando, agarrando las riendas de Dulce. El alazán de Robert las seguía en libertad, sin ningún problema.

Caminaron unos diez metros, y tras atravesar unos arbustos, la mirada de Livia se iluminó al completo. Al verla, Robert sonrió, iluminando también su rostro.

—Sabía que te gustaría. Ahora podrás quitarte esa ropa mojada —le dijo atando el caballo en una rama baja.

Livia no podía cerrar la boca por el asombro. El templo de Apolo que tenían frente a ellos, era realmente impresionante.

—Es… —Livia miró las columnas jónicas alzarse hacia el cielo. Se acercó y acarició una—. Este lugar es una maravilla.

Tal vez lo fuera, pero ella lograba eclipsarlo.

Robert se quedó a los pies de la escalera, sacó de las alforjas una manta, que habían traído con la idea de hacer un pic-nic. Y de la otra, otra manta, esta con la intención de dársela a ella.

Mirándola de arriba abajo, le dio la chaqueta seca que había sacado

—Quítate esa ropa mojada —el tono grave que utilizó hizo que temblara, pero no precisamente de frío—. Entra, James lo ha mandado abrir para nosotros.

Livia se dio la vuelta y como una niña exploradora empujó las altas puertas de metal. Se abrieron sin dificultad, dejándola entrar en un templo circular, donde cuatro estatuas le dieron la bienvenida. Se deslizó hacia el centro y alzó la cabeza. En lo alto la luz del sol entraba por el agujero redondo cubierto de cristales de colores. El juego de luces era una maravilla.

—¡Esto es tan hermoso! —gritó para que, desde fuera, Robert la escuchara.

Mientras no paraba de observar todo lo que había a su alrededor, disfrutó de la soledad mágica que le brindaba el templo.

Intentó quitarse la ropa mojada, pero fue consciente de que con los dedos entumecidos no lo conseguiría sin ayuda.

—Quítate ese vestido —ordenó, sin demasiada delicadeza.

Sorprendida, se dio la vuelta y lo encontró mirándola con una expresión totalmente nueva. Alto y hierático, con las piernas entreabiertas y bien asentadas en el suelo, él esperó que obedeciera.

—¿Me ayudas? —preguntó ella con timidez.

Vio como un chasquido en la mandíbula de su marido, pero con los ojos fijos en ella, empezó a acercarse.

Un rayo de sol lamía el cabello mojado de su esposa, haciendo que sus reflejos caoba brillasen. Sus ojos oscuros miraban con fascinación todo cuanto la rodeaba y sus labios dibujaban una espléndida sonrisa. Recordó que la esposa del emperador Augusto se llamaba como ella. Una mujer inteligente y hermosa que gobernó junto al primer emperador de Roma, siendo su mayor consejera, por muchos años.

Una vez frente a ella, se deshizo de la pesada tela, ayudada por su esposo. Le desató los lazos con manos firmes, mientras las de ella temblaban. La liberó del corsé y de su ropa interior, hasta dejarla solo con una camisola mojada, pegada al cuerpo. Livia se dio la vuelta entre sus brazos y sintió como su cuerpo se calentaba bajo la mirada de su esposo.

La cercanía de Robert la alteraba. Le calentaba el estómago y la hacía sonrojar hasta el límite.

A sus pies estaba la manta seca con la que ella había tenido intención de cubrirse, y sobre esta, la chaqueta de Robert.

Robert tragó saliva. La imagen de Livia hacía que perdiese por completo el sentido. Su ropa interior seguía mojada, y sus cabellos, aún recogidos, estaban empapados.

—Quítate también la camisola —le susurró sin dejar de mirarla.

Ella obedeció, quedándose completamente desnuda frente a él. Robert la abrazó, recorriendo su cuerpo húmedo con las manos, secando la humedad de su piel con la camisa que llevaba puesta.

—Tu ropa ya está seca —dijo ella, sorprendida.

Él rio.

—Siempre llevo una muda en las alforjas. Es… digamos que una costumbre que adquirí en España.

Livia se acurrucó contra su pecho, absorbiendo su calor.

Robert le acarició los brazos y la apartó.

Oh, no, ¿se marchaba? A pesar de la vergüenza que sentía, no quería quedarse allí sola. Estiró el brazo y lo cogió de la mano.

—Quédate. Por favor.

Los ojos de Robert se posaron de nuevo en los suyos. Luego volvió a apartar la vista y recogió su chaqueta del suelo para ofrecérsela. Se la abrochó y le dio la manta de cuadros escocesa que sin duda debía pertenecer a Violet.

—Sal fuera, y comamos algo.

No sin sentirse algo decepcionada, Livia asintió. Se quitó el exceso de agua de las piernas con la manta, más bien impermeable, y se la puso sobre los hombros.

Al salir al exterior se encontró a Robert, tendido sobre la manta del pic-nic, disfrutando del calor del sol.

Al escuchar sus pasos descalzos la miró y no estaba preparado para tanta belleza.

Se incorporó ligeramente, estirando su brazo y ofreciéndole la mano para ayudarla a sentarse a su lado.

—¿Estás bien?

Ella asintió y unas gotitas de agua lo salpicaron.

Robert tomó un paño y con delicadeza y en silencio, empezó a destrenzarle el cabello.

Mientras ella miraba la comida desplegada sobre la manta, sonrió como una niña. Tomó una uva y se la llevó a la boca. Robert pensó que era una imagen tan maravillosa, que supo que la guardaría en sus retinas hasta el día de su muerte.

Su esposa era digna de ser retratada por el más diestro de los artistas. Tragó saliva al desear verla desnuda justo a los pies del templo de Apolo, un dios al que otrora se le construyeron grandes tempos, de los cuales solo quedaban algunos vestigios, con residuos de su antiguo esplendor. El padre de James había mandado construir ese templo para su esposa, y no escatimó en gastos para hacerlo al más puro estilo clásico.

—Date la vuelta —escuchó que le decía Robert, y ella obedeció.

Livia se colocó de espaldas a él, y las manos masculinas, empezaron a deshacer su peinado.

Pudo sentir sus manos que, aunque fuertes, se mostraron delicadas en esos momentos. Cuando sus cabellos quedaron liberados, notó como le acariciaba el cuello.

—Eres tan bella, que harías sonrojar de envidia a la mismísima Afrodita —le susurró al oído, y ella se maravilló de lo hermosas que fueron esas palabras.

—Robert…

Tras decir eso, él puso los labios en el nacimiento de su cuello y Livia gimió ante el cálido contacto. Giró ligeramente el rostro y pronto sus bocas se encontraron.

Robert gruñó cuando la lengua de su esposa, tímida, se abrió paso entre sus labios. Sin demasiada delicadeza, la cogió por los hombros y la instó a colocarse de rodillas, sobre la manta.

Sin dejar de besarla, se alzó sobre ella y la aprisionó con su cuerpo, abrazándola.

Livia gimió cuando las manos de su esposo la acariciaron por encima de su propia chaqueta. La miró a los ojos, como pidiéndole permiso, al desabrocharla y contemplar sus pechos desnudos. Acarició la sensual curva con el dorso de la mano y eso la hizo gemir. Rozó sus generosos senos y le acarició los pezones con el pulgar.

—Robert… —Ella se arqueó y gimió aún más fuerte.

—Sí —dijo él hundiendo el rostro en la curvatura de su cuello—, eres una delicia.

Las manos de Livia se posaron en su fuerte y cálido pecho. Pudo notar su entrecortada respiración, mientras él le quitaba la chaqueta, desnudándola por completo. La larga cabellera húmeda cayó como una cascada sobre su espalda, hasta rozarle las caderas.

La tumbó con delicadeza sobre la manda y empezó a besar sus senos, blancos como piel de luna. Livia cerró los ojos, pero cuando sintió sus labios sobre su pezón izquierdo, los abrió y jadeó. Le llegó el turno al otro pecho, y se revolvió bajo su toque. Apenas podía respirar.

—No te detengas —pidió, al tiempo que se sonrojaba por semejante exigencia.

A él no le importó, al contrario, se sintió honrado. Continuó besando su blanca piel hasta llegar a su ombligo. La sintió temblar, pero si era de frío él le iba a dar todo el calor que quisiera.

Livia gimió cuando la lengua de su esposo la acarició sobre su cadera. Se abrió para él como una flor, y su boca descendió hasta ese punto que la hizo arquearse.

¿Cómo era posible? Sintió que se deshacía por completo bajo el toque de esa lengua, cuyo néctar disfrutó hasta que la hizo gritar de éxtasis.

—¡Ah! ¡Robert! —Tembló incontrolablemente, cerrando las piernas por instinto alrededor de su cabeza. Él le sujetó los muslos hasta que el orgasmo pasó de largo.

Desanduvo el sendero de su piel, hasta llegar de nuevo a su boca, que tomó con ansia. Robert estaba desatado, sentir su palpitante flor bajo su lengua había hecho que su ingle se tensara hasta límites que ni él conocía.

Se desabrochó los pantalones y la miró a los ojos mientras buscaba abrirse paso entre sus muslos. Con movimientos decididos guio su miembro hasta su cálida apertura y, despacio, empezó a abrir su carne.

Ella le rodeó la cintura con las piernas y, sin dejar de mirarlo, se dejó invadir, arqueándose contra él, buscando lo que sabía que su esposo podía darle.

—Livia —le dijo, cuando separó los labios de los suyos, introduciéndose por completo en su interior—, ¿te hago daño?

Ella movió la cabeza de un lado a otro, pues ningún sonido habría podido salir de su garganta en esos momentos.

—¿Eso es un no?

—¡No! Por favor, no pares —logró responder ella, entre jadeos.

La besó de nuevo, gimiendo contra su boca. Las manos de su esposa lo acariciaban, su cálida piel era una delicia y sus caderas lo invitaban a adentrarse en ella, en un sensual baile seductor, tan antiguo como la creación del mundo.

Livia gimió y se retorció bajo su poderoso cuerpo. Posó sus delicadas manos en el nacimiento de su espalda y lo apretó hacia ella. Robert se lo tomó como una invitación, y continuó entrando en su interior, con un ritmo cada vez más fuerte.

—Oh, sí… ¡Sí!

Livia se sintió llena al sentir la dureza de su esposo. Él retrocedió, y ella soltó un gemido de

protesta, pero cuando volvió a invadirla, apretó sus nalgas y le clavó las uñas.

Eso fue demasiado para Robert. La penetró, esta vez con fuerza. Retrocedió y volvió a abrir su carne, cálida y húmeda. Ella alzó las rodillas y se apretó contra su cuerpo, de forma inconsciente, buscando su propio placer.

—Más… ¡Más rápido! —exigió. Ansiaba su dureza.

Él obedeció.

La invadió, una y otra vez, adentrándose en su suave y estrecha cueva, hasta el fondo. Livia gemía con cada acometida, su cuerpo vibraba como la cuerda de un arpa, y sus gemidos eran para Robert como la más bella de las melodías.

La sentía a cada punto más estrecha, podía ver en sus ojos que el deseo y el placer iban en aumento. Cuando ella alcanzó el cielo, Robert acalló su grito con un beso rudo y exigente. Él había estado conteniéndose, pero ya no podía hacerlo más. Ahora que ella había alcanzado su placer, se abandonaría al suyo.

Aumentó el ritmo, hasta que su esencia se derramó en la calidez del vientre de su esposa.

La besó, esta vez con calma. Acarició su rostro, besó sus mejillas, su cuello y su barbilla. Cuando la miró a los ojos, se perdió en sus iris, que en esos momentos lucían una tonalidad más clara.

—¿Bien? —preguntó Robert, aun jadeando.

—Bien —le sonrió ella, sintiendo como él todavía estaba en su interior.

Nunca pensó que aquello pudiera ser tan bueno. Solo había algo en lo que no quería pensar, y eso era… cuanto tiempo durarían sin acordarse de lo diferentes que eran.

Capítulo 42

Nadie les preguntó por lo sucedido durante su salida a caballo cuando, sonrientes y con las ropas húmedas, arribaron a la mansión del Mayor James.

Violet se percató de que algo había cambiado entre los recién casados. Las miradas cómplices que se dedicaron, la sonrisa siempre presente en Livia y el buen humor de Robert durante la cena, así lo evidenciaron.

A la mañana siguiente, la intención era salir temprano hacia el norte. El desayuno tuvo gusto de despedida, pero todo parecía estar bien y tranquilo, hasta que llegó correo para Robert.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Livia.

—Carta de mi madre —dijo con humor sombrío.

Violet y ella se miraron, pero como Robert no volvió a sacar el tema después de leer la misiva, se centraron en otras cosas. Para cuando terminaron de desayunar, sus cosas ya estaban en el carruaje.

James y Violet acudieron a despedirles.

Livia abrazó a su nueva amiga antes de subir al carruaje.

—Querida, ha sido un auténtico placer conocerte —dijo Violet, tomando sus manos, para después mirar a su primo—. Prométenos que cuando regreséis de vuestra luna de miel, volveréis a pasar unos días con nosotros.

—Así será —respondió Robert, tras darle un beso en la mejilla—. James, guarda para entonces una botella del mejor brandy.

Estrechó su mano con fuerza y se miraron como lo harían dos viejos amigos con muchos secretos y grandes gestas que contar.

—Robert, ha sido un honor —dijo el Mayor, para después dirigirse a Livia—. Lady Belfort, no olvide recordarle a su esposo que deben regresar de camino a Somerset para llevarse a Dulce.

—Por supuesto —respondió, después de que el caballero le besase el dorso de la mano—. Es el regalo de bodas más bonito que he recibido, mi más sincero agradecimiento, Mayor.

Sin más partieron.

Las carreteras de Escocia eran peores que las de Inglaterra, y eso era decir mucho. Robert se había dedicado a intercambiar algunas impresiones y a contarle acerca de su visita al norte, algunos lugares que hacía años que no visitaba y que estaba seguro que ella adoraría. Ciertamente, había sido muy considerado. Y su humor se había agriado bastante con la carta de su madre, ella no quiso preguntar el motivo de tal cambio.

Livia se sintió por primera vez feliz. Estar en brazos de su esposo era algo que jamás pensó que la cautivaría tanto. Tuvo que buscar una distracción para no ruborizarse cada vez que él la miraba con los ojos del deseo. Leyó uno de sus panfletos escondidos, mientras al cabo de una hora, su esposo dormitaba con la cabeza apoyada en un costado del carruaje tapizado. La luz del sol iluminaba sus mejillas y su cabello dorado parecía aún más claro.

Era digno de admirar.

Livia suspiró, pero volvió a centrar su atención en el libro que tenía entre manos. No engañaría a nadie con ese anodino ejemplar de William Withering, sobre botánica y las plantas de Gran Bretaña. No, definitivamente lo que le fascinaba era el extenso folleto que una de sus

amigas del club de lectura le había prestado hacía semanas, y que ocultaba entre las páginas del grueso tomo. Las palabras de Mary Ann Raccliffe le llegaron muy hondo. La dependencia económica a la que se sometía a las de su género, evidenciaba como estas estaban obligadas a contraer matrimonio para sobrevivir.

¿Podría ella argumentar algo en contra? Por supuesto que no, se dijo con tristeza y cierto enfado.

Se removió inquieta en su lado del carruaje. Se centró en aquellas letras impresas, cada palabra ligada a un pensamiento, una idea en la cual Livia creía. Mary Ann Radcliffe tenía razón en su argumentación, y esta debería avergonzar a media humanidad. Las mujeres dependían de los hombres para todo. Su libertad económica era apenas una utopía que empezaba querer abrirse paso por la cruda realidad de aquel siglo nuevo y que tantas luces había derramado, sobre la oscuridad del absolutismo.

—¿Qué estás haciendo?

Dio un respingo cuando la voz de su esposo la sacó de la lectura.

—¡Nada!

No debió haber gritado, ni sorprenderse tanto cuando Robert llamó su atención. Pues por ello, la sonrisa de él se congeló, como si la hubiera pillado haciendo algo malo.

Livia fue consciente de la forma en que sus ojos descendieron hacia el libro que ella se apresuró a cerrar.

—Livia… —fue una advertencia envuelta en un susurro.

—¿Qué? —preguntó, inocente.

Antes de poder darse cuenta, él le arrebató el libro y leyó el título. La miró sin levantar la cabeza y la incomodidad la hizo tragar saliva.

—¿Botánica? —preguntó, sorprendido.

—Me gusta leer… —alzó el mentón, descontenta.

—¿Botánica?

Por supuesto, no iba a creerla. Y apretó los puños al ver que abría el libro por donde lo había dejado, encontrándose el panfleto de Mary Ann Radcliffe.

Robert alzó una ceja.

—¿La novelista gótica?

—Ssssí —vaciló Livia.

Radcliffe era novelista, por lo que decirle que ese era uno de sus relatos, no parecería mentira. Lástima que su marido se aseguró de lo que era, antes de que las aletas de su nariz de le dilataran por el creciente enfado.

—Livia… —le dijo entre dientes— ¿qué demonios? —la miró, como lo haría un inquisidor a una bruja.

—No es nada…

Robert dejó de mirarla y dispuesto a que se tragara sus palabras, empezó a leer:

—*Los hombres que trabajan en negocios de damas, como el oficio de sombrerero, les quitan el trabajo a las mujeres y las fuerzan a prostituirse.* —Regresó la mirada a su esposa y cerró el libro con un golpe de páginas—. ¡Livia!

—¡Es solo su opinión!

—¡Habla de prostitución!

Ella se envaró.

—¿Crees que, porque tu mujer no sea prostituta, significa que no sabe de su existencia?

Él boqueó como un pez, totalmente desconcertado y… avergonzado por aquellas palabras que acababan de salir de la boca de una dama.

—Yo… yo… —movió la cabeza de un lado a otro y ella aprovechó su confusión para defender sus argumentos.

—Mary Ann Radcliffe solo quiere hacernos ver las pocas oportunidades que tiene una mujer para mantenerse sola.

—¿Mantenerse…? —parpadeó— ¡Basta!

Ahora fue Livia la que parpadeó, sorprendida.

—¿Basta de qué?

—¡De esto! Ya te he advertido.

—¡Ja! —de labios de su esposa se escapó una risa sin humor.

Empezaba a impacientarse.

De nuevo, su marido se volvía el hombre insufrible que había sido al principio. Ni rastro del hombre dulce y apasionado que había podido ver durante los últimos días.

—No dejaré de leer porque me lo ordenes, como tampoco dejarán de existir las desigualdades del mundo, solo porque tú no quieras hablar de ellas, ni tampoco consideres que tu esposa deba hacerlo.

La tez de Robert era demasiado rojiza como para saber que no estaba llegando al límite.

—Creo haberte dejado clara mi opinión —advirtió, en un tono sorprendentemente calmo.

Livia abrió la boca para razonar con él, cuando Robert tomó el folleto entre las manos después de soltar el libro sobre el asiento. El ruido del papel al rasgarse, solo hizo que los ojos de Livia se agrandaran, más y más.

—¡Ro… Robert! —balbuceó y se quedó mirando el estropicio que él tenía en sus manos. Luego tiró los pedazos por la ventana. Hizo verdaderos esfuerzos para no llorar ante él—. Eres… eres…

—¡Me da igual! —exclamó, inclinándose hacia ella—. No me importa cuanto me odies. No consentiré que te expongas…

—Sí, en eso tienes razón, ¡te odio! —lo interrumpió, furiosa y dolida. Apretó los puños sobre su falda y lo miró a los ojos—. Eres un absolutista que no ve más allá de sus narices.

—Será mejor que no sigas hablando.

Livia se cruzó de brazos.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —respondió, apartando la vista de él para mirar por la ventanilla del carruaje—. No voy a hablarte y tampoco lo hagas tú. Lo que digas o dejes de decir, me importa tan poco como a ti te importa estar casado con una mujer con cerebro que piensa por sí misma.

Robert volvió a respirar con fuerza y se reclinó en el asiento.

Ambos estuvieron dispuestos a ignorarse durante el resto del trayecto. Incluso más allá.

***

Llegaron a Edimburgo a la hora de la cena, lo suficientemente cansados como para no discutir o simplemente dirigirse la palabra. No obstante, al detenerse el carruaje frente a la propiedad de

Violet, que había heredado de su abuela, a Livia se le empañaron los ojos.

Sin duda era una ciudad gris, y cada piedra debía contar una historia. Descendió del carruaje, ignorando la mano que le tendió Robert. El castillo de Edimburgo se recortaba en el cielo cuando ella miró sobre su hombro. Lucía una claridad casi diurna, eso la emocionó. La estampa era hermosa, pues la luna estaba en su plenitud y le daba a la piedra volcánica una tonalidad argéntea. Habría sido maravilloso ese viaje, si su esposo no fuera tan… Lo miró y contuvo el aliento. Insufrible.

A Robert no le pasó desapercibido el detalle encantador de que su esposa, de buen grado, le habría arrancado la cabeza. En su opinión, Livia tenía dos rostros, el que descubrió hace tanto tiempo, el testarudo e intransigente, y el de los últimos días, el que lograba que su corazón se ensanchase y hacía que sus labios dibujaran sonrisas inesperadas.

No quería discutir con ella, pero tal cosa parecía inevitable.

Robert pensó que, ya que tenían que pasar tiempo juntos, lo adecuado sería poner algo de su parte, pero ella no estaba dispuesta a ponérselo nada fácil.

Cuando el servicio escuchó su llegada, salieron a recibirles. La casa permanecía cerrada desde que Violet había decidido volver para atender a su marido. Pero siempre había un servicio mínimo que vivían allí de manera permanente.

Les dieron la bienvenida de forma muy afectuosa. Les enseñaron la casa, y comentaron con Livia el menú de la semana.

Durante la sabrosa cena, el humor de su esposa no pareció mejorar, aunque Robert pudo ver que su apetito sí era satisfactorio. Se deleitó viendo como sus labios, gruesos y teñidos de rojo por las frambuesas del postre, se humedecían por la punta de su lengua.

—Exquisito —murmuró Livia, solo para sí.

Cuando Livia, inconscientemente posó los ojos en él, de inmediato los desvió, enfurruñada.

Seguía enfadada, era más que evidente, pero si había pensado por un momento que con semejante chantaje cambiaría en algo su punto de vista, estaba muy equivocada. Livia no comprendía lo peligrosas que podían ser esas ideas para alguien de su posición. Y él únicamente quería protegerla de sí misma y de las mujeres que él consideraba exaltadas. Ese era su deber, velar por ella, le gustara o no.

—¿Vas a seguir enfadada el resto de nuestra luna de miel? —Su pregunta no obtuvo respuesta, a parte de una mirada de párpados caídos.

Se metió otra frambuesa en la boca.

—Puede.

Él resopló y cerró los ojos.

Dispuesto a intentarlo de nuevo, se levantó para servirse una copa de brandy y darse fuerzas.

—¿Ha sido la cena de tu agrado, esposa? —le preguntó, cuando el lacayo que los servía hubo retirado los platos.

Ella asintió como respuesta y se dirigió al sirviente en lugar de a Robert.

—Por favor, felicite a la cocinera —dijo, con una sonrisa amable—. El consomé estaba exquisito, y ha sido una cena digna de un rey, teniendo en cuenta lo tarde que hemos llegado.

—Así se lo haré saber, señora.

El hombre hizo una sutil reverencia con la cabeza y se retiró.

La casa de Violet, no era pequeña, contaba con seis habitaciones y dos plantas. Solo había tres sirvientes en aquellos momentos, ese lacayo, la cocinera y el mayordomo, este último había salido a recibirles a su llegada y después fue a controlar la cocina y a subir el equipaje de los

señores. Según comentó Violet antes de que marcharan hacia Edimburgo, el ama de llaves se había visto obligada a acudir a casa de su hermana, que vivía en una aldea en las Midlands, pues había caído enferma.

Antes de que Robert pudiera decir nada más, Livia se levantó y salió del comedor. Por supuesto él la siguió, solo para darse cuenta que subía las escaleras, dispuesta a retirarse a su alcoba.

Fue tras ella. Subió hasta el primer piso, donde estaban los dormitorios y la alcanzó antes de que abriera la puerta.

Livia y Robert aguardaron en silencio, ella mirando su puerta y él mirándola a ella.

—Livia yo… —empezó a decir Robert, pero altiva, Livia lo interrumpió.

—Preferiría descansar esta noche, si no te parece mal —lo cortó—. El viaje ha sido agotador.

Él entrelazó las manos a su espalda.

—Está bien, pero… —no lo dejó terminar.

—Bien, gracias —dicho esto, Livia entró en su habitación y cerró de un portazo.

Robert se quedó anonadado varios segundos, luego frunció el ceño y se metió en su alcoba, cerrando también del mismo modo.

Livia dio un respingo al oír el portazo y acto seguido los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Oh, ¡niña estúpida! —se reprendió, entre gemidos. Pero ignoró el llanto y empezó a desvestirse.

Cuando se hubo puesto el camisón y destrenzado el cabello, se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla.

Cerró los ojos y se obligó a no seguir pensando en Robert, pero fue incapaz de olvidar sus caricias, sus besos… esos ojos azules cargados de pasión. Su maldita sonrisa era tan hermosa que quitaba el hipo, pero se daba en escasas ocasiones. Ese hombre no sólo era insoportable, también debía ser un brujo, porque era capaz de provocarle un nudo en el estómago con una sola mirada.

Pero, ¿cómo podía una mujer en su sano juicio tolerar a un esposo que no la valoraba, ni tampoco la respetaba?

La trataba como si fuera una niña, había destrozado algo que era suyo, de su propiedad, que tenía en gran estima. ¿Acaso era incapaz de entender el motivo de su enfado?

Estaba claro que era un intransigente y Livia no podía perdonarlo, así como así.

Pero volvió a gemir al recordar sus manos, cálidas, acariciando su cuerpo y su bonita risa, contagiosa.

—¡Maldición! —Pateó las sábanas hasta que le cubrieron las pantorrillas.

Al contrario de lo que había hecho Livia, Robert no se metió en la cama. Nada más entrar en su alcoba, caminó con brío hasta el mueble bar, sorprendiéndose de que hubiera uno en la habitación. Quien sabe si aquella fue ocupada por James en alguna ocasión. Eso explicaría los tonos ocres, el mobiliario austero, y por supuesto, el whisky.

Se sentó en el sillón, junto a la ventana, con una copa en la mano y miró la luna que parecía jugar al escondite con las nubes. Oh, esa dama que reinaba orgullosa en el firmamento parecía reírse de él. De seguro que estaba de parte de su mujer.

Siguió dándole vueltas. ¿Tan mal esposo era, por dejar claro lo que no quería en su matrimonio? Él se esforzaba en hacer todo lo posible para agradarla. ¿Por qué no hacía Livia lo mismo? Se quedó pensativo, y se dio cuenta de que no lo hacía únicamente por agradarla, sino

más bien porque le resultaba encantadora cuando sonreía, y eso le hacía a Robert… ¿feliz?

—En menudo idiota te has convertido —susurró para sí.

Suspiró, llevándose las manos a la cabeza, hasta apartarse el pelo de la cara. En verdad, estaba cansado de tantas discusiones y sí, estaba dispuesto a que ese matrimonio funcionara, pero… ¡Pero su esposa era una terca!

Se puso en pie y, decidido, salió de su alcoba para ir al encuentro de Livia.

Hablaría con ella, pondrían los puntos sobre las íes y…

Y al llegar frente a su puerta que separaba ambos dormitorios, se quedó frente ella con las manos apoyadas en el marco.

Respiró un par de veces, indeciso. ¿En verdad tenía que sentirse así, con el corazón desbocado, después de soportar sus infantiles pataletas?

¡Maldita sea! ¡Era su mujer!

Pasados unos minutos, durante los cuales se quedó ahí quieto, como un bobo mirando la madera pintada de blanco, agarró la manecilla de latón y después de unos segundos que se le hicieron eternos, tiró hacia abajo y empujó la puerta.

—Pero, ¿qué demonios…?

La puerta no se abrió.

Volvió a intentarlo y al ver que era imposible, resopló.

¡¿Se había encerrado?! Esa mujer, era… exasperante y cabezota.

—¡Está bien! —gritó— ¿No quieres estar conmigo? ¡No seré yo quien te obligue a ello! Pero te estas comportando…

Por supuesto, no pensaba en obtener respuesta alguna. Se equivocó.

—Está atrancada —se escuchó un murmullo tras la madera.

Robert cerró la boca y se tensó.

Vio como la madera vibraba, una, dos veces… Antes de dar un paso atrás y volver a su solitaria cama, la puerta se abrió de golpe, como si alguien hubiera tirado de ella desde el otro lado con todas sus fuerzas.

La silueta de Livia se dibujó a la perfección a menos de un metro de él. Iba en camisón, sin bata y llevaba el pelo revuelto, lo que indicaba de que no dormía con gorro. Su esbelta silueta se recortaba sobre la claridad que entraba por el amplio ventanal. Oh, quién fuera luz de luna, para poder acariciarla a placer…

—Livia —Tragó saliva al ver sus pies descalzos y las curvas de su cuerpo definirse bajo la tela, en sus caderas y sus pechos…

—Estaba atrancada —la escuchó decir, en un susurro.

Robert parpadeó varias veces.

—Siento… haberte despertado.

¿Siento haberte despertado? ¡Por los Dioses, esa había sido su intención! ¡Despertara para hacerla suya de nuevo!

—No dormía —la oyó decir, interrumpiendo sus pensamientos.

Se miraron unos segundos que se alargaron en el tiempo.

—¿Deseas…? —Ella no supo como terminar la frase. Y él, a continuación, le hizo una pregunta que tenía una respuesta más que obvia, pues se lo había dejado claro tras darle un portazo en las narices.

—¿Estás muy cansada del viaje?

Ella asintió.

—Sí.

Él vaciló.

—Descansa —le dijo, provocando en Livia una expresión de decepción—. Mañana te despertaré temprano para ver la ciudad.

Cuando él le dio la espalda, lo único que a Livia le quedó por hacer, fue cerrar esa maldita puerta de nuevo.

Livia se quedó en pie, en mitad de la habitación, con los ojos cerrados y los puños apretados. Oh, maldito fuera Robert, ¿por qué tenía que hacerla sentir así? ¿Por qué deseaba que ese hombre tan… intolerante, abusivo, fanático e intransigente, la acariciara y cubriera de besos? Su piel ardía, deseando sus caricias. ¡Oh! ¿¡Por qué tenía que desearlo!? ¡Era una traidora a sí misma y a todas las mujeres que compartían ideales de libertad!

La puerta se abrió de nuevo y Livia se dio la vuelta con rapidez.

—Ro… Robert. —Se llevó la mano al pecho y casi se quedó sin aliento a causa del sobresalto.

Su marido estaba ahí, plantado. Con la camisa a medio abrochar y el pelo alborotado, bajo el marco de la puerta. Y de nuevo, la miraba con esos ojos que parecían brillar como si fueran esculpidos en plata.

Livia no tuvo tiempo de pensar en cómo reaccionar, pues él fue hacia ella como un huracán, la asió por la cintura y capturó sus labios en un beso exigente. En ese momento, Livia sí que se olvidó de respirar.

La boca de esa mujer era venenosa, pensó Robert, pero su veneno era dulce y adictivo. Bebería de él hasta morir en los más crueles estertores. Pero la deseaba, no podía soportar estar en la habitación contigua, sabiendo que su cálida piel, su húmeda boca y sus apasionados gemidos aguardaban para recibirle, como estaba sucediendo en esos momentos.

Oh, Dioses, ¿era una bruja? ¡Sí, lo era! Una arpía, un áspid deletéreo, que lo envolvía y apretaba entre sus brillantes escamas para asfixiarlo de deseo. Esa fruta prohibida que ansiaba degustar a cada instante y que se le atragantaba durante el día, pero por la noche…

—Por la noche eres mía —expresó sus pensamientos en voz alta, al separarse por un momento para tomar aliento.

—Y tú eres mío —gimió ella contra su boca. Buscando desnudarle, sus dedos tiraron y desabrocharon los pantalones.

—No vas a hacer lo que quieras, ¿entiendes?

—Cállate —le dijo antes de atrapar su labio inferior entre los dientes—. No se discute en el dormitorio.

Luego ella misma profundizó más el beso, aplastándose contra su cuerpo y buscando todo lo que él pudiera darle.

—Te deseo… —fue su única respuesta—, ardientemente.

Livia habría respondido si no fuera porque estaba demasiado ocupada bebiendo de su boca. Pero lo que sí pudo hacer fue morderle el labio de nuevo y empujar sus caderas contra las de él. Algo que arrancó en su esposo un gruñido y lo excitó hasta límites insospechados.

—¡Eres mía! —le dijo, cuando ella se deshizo de su camisa, que cayó a los pies de ambos.

—No más que tú mío —respondió ella, acariciando su fuerte torso, arañando la sensible piel con las uñas.

Robert la acalló con otro beso, después alzó en volandas y caminó hasta el lecho. Livia lo miró con una mezcla de pasión y al mismo tiempo, retándolo. Puede que fuera suya, pero él

también le pertenecía. En eso no había discusión alguna.

La lanzó sobre el colchón sin demasiado cuidado.

Livia sintió la añoranza de su calor por unos instantes, pero al verlo frente a ella, con sus ojos azules brillando con un deseo incontenible, sólo pudo ansiar que la tomase.

—Date prisa —lo apremió ella al ver que se desnudaba mirándola a los ojos—. No quiero esperar.

Se mordió el labio al observar su pecho, subiendo y bajando a causa de su respiración agitada. Tragó saliva. Lo vio quitarse los pantalones y desnudarse por completo frente a ella.

Se le secó la boca. Se sonrojó. Sabía que no se estaba comportando como una dama, pero estaba demasiado excitada y… también enfadada. ¿Cómo era eso posible? Ese deseo que le hacía perder la cabeza. Era una locura, ¡él la volvía loca!

Siguió esperando. Livia, no apartó la mirada, ni ocultó su deseo. Empezaba a comprender que a pesar de que estuviera furiosa, el deseo por él seguiría siempre ahí. ¿Era posible que él le hubiera pedido que se tratasen con respeto en el dormitorio por eso?

Lo miró expectante cuando se acercó a la cama y se inclinó sobre ella. Livia no apartó los ojos de esa parte de su anatomía, hasta que reptó sobre ella, y la mirada de Robert la atrapó por completo. La cubrió con su cuerpo. Ella abrió más las piernas y se arqueó para recibirle.

El peso del cuerpo masculino, era una delicia. La hizo jadear mientras se restregaba contra ella. Las fuertes manos de su esposo la abrasaron con su tacto. Le acarició los muslos y le subió la camisola, recorriendo al mismo tiempo su piel con la boca, besando cada pulgada, provocándole escalofríos. Finalmente, la prenda tocó sus pechos, su rostro y, ella misma, impaciente, alzó los brazos para facilitarle el trabajo hasta que se la sacó por la cabeza.

Cuando estuvo completamente expuesta, pudo ver como la miraba, hambriento, como un lobo que hace semanas que no caza. La acarició con los ojos, luego con las manos y continuó haciéndolo con los labios.

Livia abrió más las piernas, doblando las rodillas y subiéndolas para que no la torturara más, pero él la castigo quedándose muy quieto. Mientras se apoyaba en un codo junto a su cabeza, la otra mano reptó por su vientre haciéndola gemir.

—¿Me deseas? —preguntó Robert.

Ella lo miró a los ojos, pero se negó a responder.

¿Cómo podía hacerle esa pregunta? ¿Acaso no sabía la respuesta? Por supuesto que sí. Lo deseaba, como nunca había deseado nada.

—Robert…

Él inclinó la cabeza y lamió su ombligo, completamente ajeno a sus protestas. Al tiempo que capturaba un pecho con la mano izquierda, sus labios se ensañaron con el pezón derecho, haciendo que ella se arqueara. Livia soltó un grito cuando él lo mordió, suavemente y tiró de la punta.

—Por favor…

Continuó lamiendo su piel, ascendiendo por la clavícula, besando su cuello, hasta de nuevo capturar sus labios.

Livia se retorcía bajo su cuerpo pétreo, y en esos momentos se olvidó de todo, sólo podía pensar en las sensaciones que ese insufrible hombre provocaba en su cuerpo.

No aguantaba más, Livia intentó incorporarse, pero él era demasiado fuerte. Le acarició los hombros, después le arañó la espalda, hasta que sus manos se posaron sobre su trasero. Ella impulsó las caderas hacia delante y lo instó a adentrarse. Lo deseaba demasiado como para

esperar, necesitaba sentir toda su plenitud, llenándola, invadiéndola. Febril, gimió, y exigente, le clavó las uñas con más fuerza.

—No seas así —se quejó ella— ¿Quieres que suplique?

Robert sentía que estaba perdiendo el juicio, ¿debía contenerse, o rendirse al deseo insistente de su esposa? ¿Y si la dañaba? Podía tener la lengua muy larga, pero jamás le haría daño. ¡Jamás! La miró a los ojos durante unos escasos segundos en los que pudo leer en sus negras pupilas el reclamo salvaje.

—Te deseo tanto —le dijo sincero—. Si te tomo ahora es probable que no sea delicado…

—No quiero que lo seas.

—… no quiero hacerte daño.

Y cuando sintió la humedad de su flor, abierta para él, preparada para la invasión... Livia lo abrazó y lo hizo rodar hasta quedar tendido con ella a horcajadas sobre él.

—Livia.

Sin dejar de mirarle, ella llevó su mano para acariciar su miembro duro y grueso. Su entrada lo recibió gustosa y cuando él no pudo contenerse por más tiempo, empujó sus caderas hacia arriba.

En una rápida estocada, conquistó su tibia carne, abriéndola en una dulce tortura. En ese momento Livia gritó.

—Móntame —le suplicó.

Ella empezó a moverse, con las manos sobre su vientre, acariciando su pecho. Al principio fue torpe, hasta que encontró su ritmo. Ella tenía el control y él no paraba de retorcerse bajo su cuerpo, agarrándola con fuerza por las caderas mientras era ella quien marcaba el ritmo.

Cuando las manos de él la acariciaron hasta llegar a sus pechos, ella echó la cabeza hacia atrás. Sus cabellos se mecían, azotando su espalda y cayendo sobre los muslos de él. Los envolvían los sonidos eróticos que cada uno de ellos hacían.

—Ya… —gimió ella—, ya casi…

Sintió esa oleada que la lamió por entero. Esa presión en el vientre, ese estallido de algo que la dejaba sin poder pensar, como transportada a otro mundo. Gritó y puso ambas manos sobre el pecho de Robert para no dejarse caer.

Él seguía bombeando dentro de ella. Se incorporó para abrazarla, mientras se movía en su interior, una y otra vez. Más oleadas de placer, pensó ella. Hasta que su esposo tomó el control de nuevo. La hizo girar, hasta tenerla a su merced. Si Livia iba a decir algo, no pudo porque él la hizo callar con un beso rudo y avasallador. La agarró con fuerza por las muñecas y elevó sus brazos hasta tenerlos prisioneros sobre su cabeza.

Sí, pensó ella, Robert también podía ser un déspota en el lecho, pero… era excitante…

No fue delicado, ni gentil. La gozó una y otra vez, sin medir su fuerza. A cada embestida sentía que moría de deseo y ambición. Los ojos de Livia lo miraban, vehementes, pidiendo más intensidad, exigiendo toda su fuerza. Volvía de nuevo esa sensación de apremio, de querer llegar a alguna parte.

—¡Robert! ¡Más! —Gemía bajo sus acometidas y se quejaba en la retirada, para Robert esas afonías era pura música.

A Livia le hubiera encantado utilizar sus manos, que seguían bien sujetas, para acariciar y clavar sus uñas en su espalda. Pero como él no se lo permitía, subió más sus rodillas, se abrió aún más para él.

Mientras pulsaba con más fuerza, los gemidos de Livia se transformaron en gritos.

Cuando le sobrevino de nuevo el éxtasis, Robert pudo verlo en sus ojos, en el calor de su piel, en sus hondos sollozos. Sintió su abrazo, cálido y húmedo, apretándolo, estrangulándolo, empapándolo, haciéndolo suyo y de ninguna otra mujer. Era ella a quien pertenecía.

—Oh, Livia… —Ella era la dueña de sus deseos. Así, convencido, se derramó en su interior, marcándola con su esencia, entregándose completamente.

Se desplomó sobre ella, y Livia lo acunó entre sus brazos.

Aún unidos en la carne y completamente exhaustos, se miraron con fijeza. No valía la pena decir nada. Ninguna palabra podría expresar lo que sentían. O quizás… solo una.

Pero no podían decirla.

Era demasiado pronto.

No obstante, podían seguir amándose en silencio. Llegaron nuevos besos y caricias. Hasta que el embrujo de la luna dio paso al amanecer.

Capítulo 43

El desayuno fue muy distinto a la cena de la noche anterior. No hubo miradas de reproche y, aunque sí hubo silencio, no fue causado por el mal humor de ninguno de los dos. Livia no era capaz de apartar la mirada del platillo, donde el mayordomo acababa de servir un jugoso pastel de manzana.

Robert había extendido el periódico, pero no perdía de vista a su esposa, sin que ella se diera cuenta, a través de las hojas planchadas. Incapaz de concentrarse en la lectura, observaba cómo se llevaba la cucharilla a los labios, cómo se lamía las comisuras, de forma disimulada y cómo se daba pequeños toquecitos con la servilleta tras beber un sorbo de té. Mientras, él no podía dejar de cambiar de posición en su asiento. Estaba demasiado alterado. Excitado, de nuevo.

Tienes que controlarte, se reprochó. Pero si antes del compromiso había hecho lo imposible por no pensar en ella, después de este y de la boda… era prácticamente un milagro que pudiera hilvanar dos pensamientos seguidos, sin que ella fuera el centro de todo. Pero se hacía difícil. Esa mañana, había despertado con ella, desnuda entre sus brazos. Su cálida piel lo encendió, pero veló su sueño. Tras la noche, su esposa debía estar agotada. Fue un momento maravilloso poder sentir su cálido aliento sobre el pecho, y su pausada respiración.

¡Oh, maldición! Debía apartar esos pensamientos de su cabeza, o el día se haría demasiado largo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Livia sin segundas intenciones.

—No había estado mejor en mi vida, querida.

Él se esforzó por no mirarla, pero Livia le clavó la mirada, sin intención de dejarlo ir. Era tan guapo, algo que hacía tiempo en lo que se había fijado, pero ahora que sabía lo que había debajo de la ropa… *Eres una lasciva, Livia With… No, lady Belford*. Sonrió al escuchar ese título en la cabeza. Y debía reconocer que no le desagradaba pertenecerle, al menos en según qué ocasiones.

Carraspeó, para cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—¿Qué haremos, hoy?

Cerró el periódico de forma brusca, haciendo que Livia lo mirara con más atención.

—¿Te apetece visitar el castillo?

El rostro de ella se iluminó, pero después vaciló sorprendida.

—Pero… está en uso militar.

—Entonces es una suerte que te casaras con un antiguo capitán del ejercito de su majestad, y que tenga muy buenos amigos aquí.

Ella le sonrió feliz.

Ese día Livia se dio cuenta de que su marido, no solo conocía gente en todas partes, sino que estaba muy bien considerado. Al parecer había recibido diversas medallas y condecoraciones. Era un héroe por su campaña en España y su nombre abría más puertas de lo que ella hubiera imaginado jamás.

El castillo se alzaba majestuoso sobre una piedra oscura. Alrededor, un frondoso bosque parecía abrazarlo, como si su interior contuviera un gran misterio. Livia estaba segura de que así era. Cuatro de sus lados se hallaban protegidos por acantilados abruptos y sólo se podía acceder a

la fortaleza por un camino de pronunciada pendiente, desde el lado oriental. Y en esos momentos, estaban ascendiendo por dicha pendiente.

—Como seguramente ya sabrás —empezó a decir Robert, sin mostrar un ápice de lasitud en su aliento—, fue construido durante el reinado de David I, y siguió siendo residencia real hasta mil seiscientos treinta y tres. —Livia le sonrió dejándole mostrar todo lo que sabía—. Aquí se guardan los Honores de Escocia —dijo Robert bajando la voz—. Desprovisto de todo valor simbólico, la corona y el cetro se guardan en una caja bajo llave.

—¿Y sería mucho pedir, verlas?

—Me temo que solo el rey Jorge podría concederte ese permiso, pero dudo que tenga intención de visitar Escocia, cuando ningún antecesor lo ha hecho después de la batalla de Culloden.

—Me parece un poco injusto que siendo tan británicos como nosotros, no se conserven sus tradiciones.

Robert la miró en silencio, hasta que por fin dijo.

—Por favor, dime que no abogas por la causa escocesa para su independencia.

Ella hizo una mueca.

—Eso sería lo que te faltaba —intentó no burlarse demasiado—. No obstante, me parece una pena que no puedan lucir sus faldas, eso sí es una tragedia.

Robert contuvo su sonrisa para no alentarla.

—Quizás algún día.

—Estarías muy guapo con ella.

Ese fue un comentario que Robert prefirió ignorar.

Después de visitar al Mayor Hoppkins en el castillo de Edimburgo, este les hizo un pequeño tour por el que Lidia sintió un especial interés.

—David I convirtió a Edimburgo en la capital real. Entre 1139 y 1159, reunió a nobles y a clérigos, a través de reformas administrativas —dijo el Mayor, contándole parte de su historia.

Robert también escuchaba, pero sin duda, más que las reformas o el gran patio, a él lo que le fascinaba era el hermoso rostro de su mujer, atenta a todo.

Livia miró a su marido por encima de su hombro. Aunque ella ya conocía la historia de Escocia, escucharla de parte del Mayor, fue de lo más interesante. Hasta Robert parecía encantado por la visita. Era evidente que disfrutaba de la historia tanto como ella. Era agradable tener algo en común. Pero a Livia le fascinaba también el misterio que guardaban los monumentos, y así se lo hizo saber.

—Mayor… —Livia miró a Robert con malicia y a este se le abrieron un poco los ojos al pensar qué diablura estaba tramando—. ¿Conoce la leyenda de Lone Piper?

—¿Lone Piper?

—Sí, se supone que es uno de los fantasmas del castillo —dijo Livia sorprendiendo a su esposo, que la miró, parpadeando.

—Por supuesto señora —el Mayor rio y miró a Robert— ¿Usted no?

—No hemos sido presentados —bromeo Robert.

—Pues este fantasma habita en el castillo, y cuenta la leyenda que, siglos atrás, al descubrir que bajo la roca volcánica existían unos túneles subterráneos para conectarlo con otras partes de la ciudad, útiles durante los asedios, enviaron al joven gaitero a explorarlos... —Robert miró a su esposa, que sonreía abiertamente al Mayor, quien adornaba la historia con detalles que estaba seguro, se iba inventando sobre la marcha. Livia era lo suficientemente inteligente para darse

cuenta de ello, y lo suficientemente encantadora como para no decirle nada y acabar con la magia —. Necesitaban escuchar el sonido de la gaita, mientras caminaba por los largos túneles, para saber dónde se encontraba desde la superficie, y así descubrir el trayecto de los pasadizos.

—Sin embargo— Livia hizo una pausa teatral, interviniendo la historia del Mayor—. La música cesó abruptamente. La dulce melodía de la gaita desapareció y…

Robert alzó la ceja.

—¿Y?

—Ya nadie volvió a ver al gaitero.

El Mayor Hoppkins se rio con ganas y aplaudió. Robert meneó la cabeza como si lo hubieran pillado haciendo una travesura infantil.

—¿Qué?

Robert hizo una mueca.

—Conozco la leyenda, pero en mi opinión, son pamplinas.

Livia no se dejó intimidar por el escepticismo de su esposo, y mientras miraba en derredor, siguió narrando la historia que había leído en una de sus novelas góticas.

—Pamplinas o no, desde entonces hay quien asegura oír el sonido de la gaita, como un lamento, aflorando desde lo más profundo de las entrañas del oscuro castillo. Donde el gaitero solitario quedó atrapado… ¡Para siempre!

—Maravillosa conclusión —se rio el Mayor.

—¿Puedo contarle otra?, para entretener a sus invitados.

—Por supuesto —el Mayor estaba encantado con Livia—. En Escocia nunca está de más tener un nuevo fantasma del que hablar.

Ella asintió y empezó con otro cuento de fantasmas. El Mayor estaba entusiasmado con ella, y Robert la miraba como si la viera por primera vez. Nunca la había visto tan relajada, con la mirada tan clara y la sonrisa infantil. Cuando hubo terminado el Mayor aplaudió, y Robert le hizo el cumplido que se merecía.

—Eres una gran narradora, Livia —le dijo su marido y ella hizo una pequeña reverencia. Y era verdad. Su suave cadencia en la voz, conteniendo el misterio de la narración, y su expresión, lo encandilaron.

Cuando terminaron la visita, su paseo se alargó hasta el atardecer.

—Amo esta ciudad —dijo Livia distraída mirando todo lo que veía a su alrededor—, pero me gustaría viajar hacia el norte.

—Hay tiempo —le aseguró Robert—. Podemos llegar a Inverness, Glencoe y Fort Augustus. Un viaje lleno de naturaleza y ruinas, tal como me han dicho que te gusta.

Livia se entusiasmó como una cría, y lo abrazó agradecida.

Robert solo deseaba que aquella intimidad que había hecho crecer su compañerismo, no se desvaneciera una vez regresaran a casa.

***

El viaje por las Highlands se alargó más de la cuenta, casi había trascurrido un mes, desde su boda y ambos no podían estar más contentos de todo lo que Escocia les ofrecía. Naturaleza, buena comida, y mejor whisky. Hasta Livia le había tomado gusto a esa bebida con sabor a

madera.

Casi desde que llegaron a Edimburgo, se había establecido una especie de tregua no hablada. Se trataban con cordialidad, hasta se podría decir que, con afecto. Como si no hiciera falta fingir delante de los demás que lo que había entre ellos era un matrimonio de conveniencia.

Livia en verdad disfrutaba la compañía de su esposo. Ya no se enervaba al tenerlo cerca, después de un intercambio de opiniones. Ahora todo era más… pacífico. A veces, cuando bebía un sorbo de té y estaba distraída, o cuando comía algún bocado a media tarde, alzaba la vista y se encontraba a Robert mirándola con fijeza. Al darse cuenta de que había sido descubierto, apartaba la vista y no volvía a posarla en ella hasta mucho después.

En su inseguridad, Livia pensaba que tal vez la estaba evaluando como esposa. Quizás se había dado cuenta de que no era la mujer adecuada para presentar a su hermana en sociedad. Tampoco para cuidar de su hermano, o de su casa. No verbalizó sus preocupaciones. Y es que le dolía el corazón al pensar eso.

No es que no supiera que siempre sería una decepción para su esposo, pero… una mujer podía soñar en ser aceptada y querida. Y ella a veces, le daba por soñar que era aceptada, querida… incluso amada por su esposo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Robert, durante la cena.

—En nada en particular —suspendió los cubiertos sobre el plato y lo miró sin hacer ruido.

Él alzó una ceja.

—¿Sí?

—Mañana regresamos a casa.

Él asintió, como si no quisiera pensar en ello.

—Supongo que un mes de ausencia, ya es suficiente para una luna de miel.

Para una luna de miel, de una pareja que no está enamorada, ni sentía deseo alguno de casarse, sí. Ese pensamiento la entristeció bastante y obviamente, Livia no dijo eso.

Robert vio que una sombra había apagado los ojos de su esposa. Se sintió algo dolido pues, ciertamente, él estaba pensando en lo agradable que había sido todo desde que llegaron a Edimburgo, quizás un poco antes. Pero al ver su extraña expresión, fue evidente para él, que Livia no sentía lo mismo.

—Pernoctaremos en casa de James —dijo intentando mejorar su ánimo, cambiando de tema —, y podrás despedirte de Violet.

Ella asintió con una sonrisa que de pronto iluminó su rostro, hasta entonces apagado.

—No digo que después del viaje en barco y visitar Blackness, sea lo mejor de nuestro viaje. Pero sin duda creo que Violet y yo, seremos grandes amigas.

Robert así lo deseaba, pero se guardó de decirlo.

***

Despedirse de Escocia fue triste para Livia. Realmente había disfrutado el viaje. Habían visitado lugares maravillosos, recorrido bosques, paseos a caballo, incluso visitaron un círculo de piedras que contenía una magia ancestral, o eso decían los lugareños de aquel pueblecito cercano a la ciudad.

Su esposo había sido muy atento con ella durante el día, a pesar de las miradas que ella

interpretó a veces como un escrutinio. Incluso le regaló una flor que, sin decírselo, guardó en uno de sus libros. No obstante, las noches fueron totalmente distintas. Robert se comportaba de forma diferente al caer el sol. Visitaba su alcoba a medianoche, y ella lo recibía gustosa. Sus besos y sus caricias distaban mucho de la frialdad y el formalismo que solía mostrar en público. Entre las sábanas, Robert era un buen amante que se afanaba en complacer todos y cada uno de sus deseos. No es que ella exigiera nada, mucho menos se habría atrevido a pedirlo, pero él parecía saber exactamente lo que quería y necesitaba, especialmente, lo que deseaba. Su esposo podía ser muy apasionado y al mismo tiempo dulce y delicado. Livia aguardaba cada noche su llegada, como un sediento anhela un oasis en mitad del desierto.

Sin embargo, al salir el sol… aunque correctos, sus gestos carecían de pasión alguna. Se mantenía alejado de ella. No hubo un roce de manos, ni una caricia en el rostro. Como si encontrara impropias las demostraciones de afecto a plena luz del día.

Ya de camino al sur, con la mirada perdida en los verdes páramos, Livia no se dio cuenta de que su esposo se había percatado de su rubor. Hasta que lo oyó carraspear.

—¿Te sientes cómoda? —le preguntó, pues en esos momentos el carruaje pasaba por unos baches.

Livia parpadeó, sorprendida ante la pregunta. Luego se llevó las manos a las mejillas de forma inconsciente y se dio cuenta de que sin duda debía reflejarse su calor.

—Oh, sí, disculpa.

—Pronto pasarán los baches. De igual forma, ¿necesitas hacer una breve parada? —insistió —, el camino es largo y hace algo de calor.

Livia negó con la cabeza.

—No te preocupes, estoy bien.

Robert frunció el ceño y miró por la ventana. Su esposa se había sonrojado, pero también había lucido en el ceño unas arrugas que indicaban que algo le inquietaba.

—¿Te ha gustado el viaje?

—Ha sido maravilloso —dijo apresuradamente, como si no quisiera que él pensara otra cosa —. De veras.

Robert le sonrió.

—¿Y la compañía?

Sorprendida por la pregunta, ella alzó la mirara, clavándola en sus ojos azules. ¿Qué debía responder? O mejor dicho, ¿qué estaba preguntando concretamente?

—Yo…

Él se aclaró la garganta y miró por la ventana.

—No te preocupes, era solo curiosidad.

Robert estaba convencido de que ella no había respondido porque a pesar de lo mucho que había disfrutado el viaje, seguramente, odiaba estar casada con él. Y aunque no podía culparla, le hubiera gustado que las cosas fueran distintas. Lo deseaba cada vez más. ¿Por qué no podían seguir con esa tregua, indefinidamente?

Esperaba que el regalo que les esperaba al llegar a casa, la animara, le hiciera ver que también en Thornfield House podía ser también feliz.

Con la mirada perdida, Robert siguió haciéndose preguntas. ¿Estaría su esposa satisfecha? ¿Lograrían ser felices en su matrimonio? ¿Dejaría de guardarle rencor? Todas esas preguntas volaban en círculos constantemente, sobre su cabeza, como buitres en busca de carnaza.

Si bien era cierto que, por el momento, no habían vuelto a discutir y eso, para Robert, ya era

un logro.

Capítulo 44

La pareja llegó a Nottingham antes de lo previsto, y para cuando el coche de caballos entró en la casa de campo del Mayor James y su esposa Violet, era ya entrada la tarde y el sol estaba a punto de besar la línea del horizonte.

Como no podía ser de otra forma, fueron recibidos con afecto. Cenaron mientras los recién casados les contaban las anécdotas del viaje. Por como hablaba Livia, había sido maravilloso, y Robert parecía de lo más satisfecho porque así fuera. La agradable charla se alargó hasta que Violet sugirió retirase para que los hombres fumaran y ellas pudieran tener unos minutos de privacidad para contarse sus cosas. Robert y James no pusieron objeción alguna puesto que ellos estaban deseando hacer lo mismo. Quien sabía cuando volverían a verse.

Livia y Violet se sentaron junto al fuego con una copita de brandy en la mano. La primera reía por las cosas que aún le quedaban por contar del viaje, pero su humor cambió súbitamente cuando el tema de conversación se centró en el matrimonio.

—¿Ha habido algún acercamiento? —preguntó Violet.

Livia dudó en responder. No sabía exactamente a que se refería.

—Si hablas de… intimidad. No hay queja alguna por mi parte.

Violet sonrió con cariño.

—Ese es un gran paso.

—¿Tú crees? —preguntó Livia esperanzada—. Es que… tal parece que a la luz del día…

—¿Todo es más complicado?

—Mucho más complicado.

—Es normal. Pero si al menos ese aspecto funciona, podáis hacer funcionar lo demás. —De pronto el rostro de Violet se ensombreció, Livia le apretó la mano—. No me hagas caso, es solo que… en mi caso no es suficiente. —Livia guardó silencio, dejándola hablar—. A veces creo que ni siquiera soporta mi presencia. No me ama, Livia. Y yo… he cometido el error de permanecer enamorada de él.

Livia no podía creer lo que acababa de escuchar de labios de su amiga, Violet.

—Violet… ¿es eso posible? ¿Él no te ama? —preguntó, acercándose más a su amiga. Al ver la tristeza en los ojos de la escocesa, se dio cuenta de lo inapropiada que había sido su pregunta.

—Oh, lo lamento —se disculpó, muy arrepentida por no haber podido contenerse ante la sorprendente revelación. Y es que, por como la miraba el Mayor, a pesar de su carácter, habría asegurado que sí.

—No te preocupes, tú no tienes por qué lamentar nada —le dijo Violet, con una sonrisa—. Y respondiendo a tu pregunta…

Los ojos de Violet miraron el fuego, sus mejillas se habían calentado en exceso. La noche era inusualmente fría, pero no tanto como para estar tan cerca de la lumbre.

—James y yo… nos vimos obligados a casarnos —confesó, con una triste sonrisa. Aunque era algo que ya le había dicho quince días atrás.

Livia no quiso interrumpirla, porque sentía que Violet necesitaba hablar de ello. Era evidente

que se encontraba muy sola. Juntó las manos sobre el regazo y esperó a que su amiga continuara. Era una mujer fuerte y de gran corazón. Pensó en que ojalá pudiera hacer algo para colaborar en su felicidad.

—¿Fue un matrimonio concertado? —la instó, al ver que ella continuaba en silencio.

La mirada de tristeza seguía ahí. Violet se revolvió en la silla, pero de pronto sonrió. Aunque seguía siendo una sonrisa triste.

—No fue exactamente un matrimonio concertado —aclaró—. He dicho que nos obligaron a casarnos.

Livia parpadeó hasta que finalmente entendió qué quería decir.

La sorpresa se reflejó en sus ojos, y esta vez sí que la anfitriona soltó una risa aguda.

—Sí, nos sorprendieron en una escena un tanto… comprometedora.

—Oh.

—Sí, ¡Oh! —se burló de sí misma—. Un hecho que él no me perdonó.

—No lo entiendo, ¿acaso…?

—No le tendí ninguna trampa —aclaró Violet adelantándose a sus especulaciones.

—No he insinuado lo contrario. —Livia se encontró de súbito avergonzada por haber dado pie a esa malinterpretación. No había sido esa su intención.

—Te lo agradezco —dijo Violet de corazón—. Lo que quiero decir, es que él cree que sí.

Eso ofendió a Livia. Y se lo hizo saber no sólo con lo que dijo a continuación, sino con una expresión de protesta en el rostro.

—Si te conociera no lo pensaría.

—Muchas gracias por tu apoyo —le sonrió con afecto.

Livia no entendía como, si ella, que acababa de conocerla veía claramente que tipo de mujer era Violet, ¿cómo era posible que su esposo pensara que había sido capaz de embaucarle para que se casaran?

—Le pedí muchas veces el divorcio, pero no me lo concedió —dijo Violet, algo que a su amiga le costó procesar. El divorcio… eran palabras mayores. Abocaba a la mujer a ser una paria social—. Pasamos años separados. Pero cuando volvió de Waterloo, herido… me di cuenta de lo mucho que le amo. He intentado que él también se enamorara de mí. Pero al parecer hay cosas que no son posibles.

Hundió la cabeza entre sus hombros y dejó de mirar el fuego, para ver sus manos entrelazadas con demasiada fuerza.

—Violet… —Livia en verdad lo sentía. Su amiga era encantadora, comprensiva, una gran mujer que no sólo llevaba su casa con diligencia. Era evidente el cariño que demostraba hacia su esposo. Le parecía injusta su situación.

—No puedo más que rezar para que él me ame algún día, aunque… no me quedan prácticamente esperanzas, ni fuerzas para luchar por ello.

Livia no supo de qué forma consolarla cuando las mejillas de su amiga se bañaron en lágrimas. Entonces, se dio cuenta de lo amargo que podía ser un amor no correspondido.

—Puede que te ame, pero que no se haya dado cuenta todavía.

Violet se rio entre lágrimas.

—¿Te imaginas?, ojalá solo se haya despistado y un día caiga en la cuenta de que no puede vivir sin mí. —A pesar de la burla, era exactamente lo que deseaba que ocurriera.

—Búrlate cuanto quieras, pero quizás no sepa como expresarlo. A veces, ni nosotros mismos queremos aceptar nuestros propios sentimientos.

Violet recibió las palabras de Livia, pero se inclinó a su vez para tomar sus manos.

—Eso es muy cierto, querida.

Por la forma en que la miró, Livia se sintió algo incómoda.

—No sé qué quieres decir.

—Que quizás tú tampoco quieras aceptar que amas a Robert. —La acalló, apretando su mano antes de que lo negara—. Al igual que él aún está procesando lo mucho que te ama.

No, eso no era posible. Robert… Ella… ¿cómo podría amar a alguien que…? Negó con la cabeza.

—¡Te equivocas!

Violet rio por lo bajo y volvió a reclinarse en su butaca.

—¿Tú crees?

—Por… por supuesto.

Robert no la amaba, él no amaba a nadie, más que al orden y al deber.

Al ver que Livia permanecía callada, Violet se atrevió a tomar su mano de nuevo, para sacarla de sus oscuros pensamientos. Se inclinó y le acarició el brazo, como si quisiera consolarla de alguna manera.

—La primera vez que viniste aquí, me dijiste que Robert desprecia todo lo que dices o haces, pero lo que veo en sus ojos cuando te mira… nada tiene que ver con eso.

A Livia se le entrecortó la respiración.

—Bueno, —dudó Livia—, quizás las cosas hayan cambiado un poco, pero no hasta ese punto. Solo es cuestión de tiempo que haga algo que le parezca incorrecto para volver a dónde estábamos.

—Creo que el vínculo que vais forjando es poderosos —Violet no mentía, en verdad estaba convencida de ello—. Solo tenéis que mantenerlo fuerte.

—Mantenerlo fuerte… —Pero nadie más que ella misma sabía que eso era un imposible.

—Sí, —asintió Violet—. Y el día menos pensado, el botarate de mi primo se abrirá a ti y te dirá lo mucho que te ama.

Livia se sonrojó y la miró directamente para que dejara de soñar.

—Te equivocas —dirimió.

Sí, Violet tenía que estar equivocada. Sería más fácil que apareciera otro sol en el cielo, o que naciera un nuevo planeta en el sistema solar, que el hecho de que Robert Belford la amara.

Sin embargo, la semilla de esa afirmación sembró la duda en su rebelde cabecita, que no dejó de mover sus engranajes lo que restaba de tarde.

***

En la biblioteca, la conversación entre James y Robert no había sido tan distinta a la de las mujeres. Quizás no hubo lágrimas, ni consuelo, pero el Mayor tenía claro los sentimientos de su amigo por Livia. Al igual que Robert siempre había sabido que después de conocerla mejor, Violet se había convertido en el amor de la vida de James. Por mucho que él se negara a reconocerlo.

Mientras hablaban veladamente de ello y se hacían insinuaciones, James le tendió el fajo de cartas que su madre había escrito para Robert.

—No las mandé a Edimburgo porque pensé que los dramáticos pensamientos de tu madre, no tenían porque fastidiarte la luna de miel.

—¡James!

El aludido se encogió de hombros, como si no le importara ofenderle.

Se sentó sin parsimonia y alargó la pierna que volvía a dolerle.

—¿Acaso se ha muerto alguien? —le preguntó James señalando con la barbilla las cartas que fue abriendo.

—No, creo que tienes razón. Ninguna muerte prematura, incendio o catástrofe en Somerset.

James asintió.

—¿Tengo que decirlo? —lo miró con una mueca extraña.

—¿Que mi madre es muy melodramática? No, no hace falta que me lo digas.

De pronto James cerró los ojos y se masajeó las sienes.

—Pobre Livia, será luchar contra Goliat. No la envidio, y espero sepas protegerla…

—Hablas como si mi madre fuera peor que Napoleón.

—Peor que sus dragones —dijo James muy serio—, así que si quieres un consejo para no acabar siendo tan desgraciado como yo, será mejor que empieces a escuchar más a tu esposa, y menos a los demás.

Robert se detuvo de leer las cartas y las ató con un lazo. No quiso preguntar como le iban las cosas con Violet, pero por lo mucho que bebía, las cosas con su pierna iban francamente mal.

—¿Has consultado a un médico?

James asintió.

—No hay nada que hacer —jamás lo había visto tan triste—, lo más que puedo hacer, es intentar no amargar a la gente que me rodea con mi carácter. Como ves, no funciona. Y ahora, distráeme —le ordenó mirándole con fijeza—. ¿Qué dice tu madre?

Robert miró las doce cartas de su madre. ¿Por qué se sorprendía?

—¿Alguna mala noticia? —insistió James, al ver el ceño fruncido de su amigo.

Robert miró a James y después volvió a bajar la mirada hacia el papel.

—No, puedes tranquilizarte.

—¿Por qué iba a estar intranquilo? —Se mofó James.

Robert tenía muy claro que aquellas cartas habían llegado el mismo día o justo después de su partida. Un amigo preocupado hubiera enviado un mensajero. Se las hubiera hecho llegar de cualquier forma… siempre que ese amigo no conociera a su madre.

Y James conocía muy bien a lady Marianne.

—De todas formas, deberías habérmelas enviado. Podría haberse muerto alguien, James.

—Solo se ha muerto el control que tu madre quiere ejercer sobre ti.

—Muy bonito —resopló Robert.

—Lo digo en serio —habló el Mayor—. Me extraña que te haya permitido hacer una luna de miel…

—No soy un niño.

—No, solo su hijo preferido. El hijo que la ha traicionado, casándose con una mujer “inapropiada” —dijo James poniendo énfasis en la última palabra—, y que además lo ha apartado de su lado.

—No podía llevármela a mi luna de miel.

—¿Te imaginas? —se mofó—. Ya hubiera sido el colmo.

Robert se sentó frente a James y le tendió las cartas de su madre para que las leyera. El Mayor

puso cara de espanto, al tiempo que leía:

Vuelve pronto. Creo que estoy enferma de muerte. No sabes cuanto sufre mi corazón porque me hayas abandonado. Creo que ayer me dio un ataque al corazón.

James alzó una ceja tras leer todas aquellas calamidades.

—¡Esta es mi favorita! —empezó a reírse sin poder detenerse—. *Creo que tu mujer intentará matarte en este viaje, debes tener cuidado. Especialmente en las comidas.*

Robert puso los ojos en blanco.

—Así que se adoran —dijo James—. Pobre Livia.

—Eso parece —Robert hizo una mueca y chaqueó la lengua.

Pensó que su madre se opondría a la boda, pero una vez consumada… había tenido esperanzas de que le diera una oportunidad a Livia. Pero era evidente que esa oportunidad no iba a producirse.

—Será un inferno para tu esposa vivir con tu madre —dijo James, con tono precavido—. ¿Has pensado en un traslado?

Robert se masajeó las sienes. Era evidente que surgirían diferencias entre ambas durante la convivencia y no podía decir que no se le hubiera pasado por la cabeza lo que le acababa de decir James. Pero su conciencia no le permitía actuar de semejante forma.

—No puedo hacerle eso a mi madre. Es la única persona que se ha preocupado por mí. No puedo apartarla sin más.

—Lo lamento, pero si tu madre tuviera dos dedos de frente cuando se trata de ti, vería que una nueva pareja necesita su espacio. Debería haberse trasladado a Londres, quizás no para siempre, pero sí una temporada. Facilitarle las cosas a Livia. Deberías decírselo.

—Mi madre no se merece que la aparte.

James suspiró.

—Robert, no volveré a hablar del tema. Pero dudo que tu madre suelte el poder que tiene en esa casa, y vivirás más de una situación desagradable por culpa de tu ambigüedad.

—¿Ambigüedad?

James rio maliciosamente.

—Deberás elegir bando, y si te soy sincero… no me gustaría nada estar en tu pellejo ahora mismo.

Robert no dijo nada, pero se quedó pensativo un largo instante.

—Sean exageraciones o no, lo que dice en sus cartas… creo que estará más tranquila si regreso ya a casa. Intacto.

Eso le arrancó una carcajada al Mayor.

—Sí, quizás se sienta mejor al ver que Livia no te ha matado.

—No bromees —resopló Robert todavía riendo.

—Has empezado tú —se quejó James.

—Lo cierto es que a veces no me parece una idea tan descabellada.

James lo miró, con sorpresa.

—¿Pensar que tu mujer puede matarte? —Vio como Robert se encogía de hombros—. Juraría que existía pasión en tu matrimonio, pero tanta como para apuñalarte.

—O envenenarme, como insinúa mi madre.

—¿Problemas en el paraíso?

Robert lo miró fijamente.

—¿Quieres que hablemos de problemas conyugales? —El semblante divertido de James desapareció, justo antes de que el anfitrión tomara de un trago el resto de la copa—. Ya… me lo temía.

Podrían hablar de muchas cosas. Pero al parecer, a partir de ese día, sus esposas no serían una de ellas.

Capítulo 45

—Oh, que visita más corta —se quejó Violet abrazando a su nueva amiga, cuando llegó la hora de verlos partir.

Sí, lo cierto es que había sido muy corta para ambas. Livia no sabía cuando volverían a coincidir, pero se dieron palabra de que se escribirían semanalmente.

—Prometemos volver pronto. —Eso parecía una promesa y Livia miró a Robert, como si se hubiera extralimitado. Pero su esposo se limitó a asentir.

Violet se apresuró a tomar a Livia del brazo y se acercaron al carruaje, dejando a los hombres atrás.

—De verdad que te echaré de menos —dijo Violet—, has sido un bálsamo para mí.

—Para mí también lo has sido —Y era cierto. Había encontrado allí una amiga, tan importante como lo eran Rose o Maranta. Sin duda, la prima de Robert sabía escuchar, era amable, aunque con carácter para decir y hacer lo que le parecía justo.

—¿Has cogido algunos libros de la biblioteca? —le susurró.

—Por supuesto —Livia miró por encima de su hombro y vio a Robert despedirse de James a escasos pasos—. Me llevo este para el camino. —Señaló el que tenía entre las manos, y había otros que llenaban en una bolsa dentro de su baúl. Ante el ofrecimiento de su amiga y al ver lo surtida que estaba la biblioteca de la casa, no pudo resistirse. ¡Tenía títulos de lo más escandalosos!

—Espero que los disfrutes —dijo sonriendo, como si de una broma entre las dos se tratara.

—Los disfrutaré mientras Robert no los vea —le sonrió, aunque hablaba muy en serio—. No te extrañe que tenga que decirle a Robert que son tuyos, para que no los tire por la ventana.

Violet contuvo la risa.

—No lo hará, sabe que son míos.

—No creo que eso lo detenga.

Ambas llegaron a la puerta del carruaje.

—Cuando vaya a de visita —dijo Violet—, te llevaré algunos más.

—Eso sería estupendo.

Por supuesto que traería libros, y podrían hablar durante horas sobre temas que a Robert le harían hervir la sangre. Sonrió solo de pensarlo. Ahora que sabía lo surtida que estaba la biblioteca de su amiga, no iba a dejarse amedrentar por él. Seguiría con su vida. Y si tenía que leer a escondidas, eso haría. Al fin y al cabo, si tan malos le parecían a Robert esos libros, ¿por qué él mismo los había incluido en la biblioteca de Thornfield?

Los hombres se acercaron al carruaje, y ahí James tomó la mano de Livia para besarla con afecto.

—Buen viaje, lady Belford.

—Gracias Mayor.

—Querida, prima —se despidió Robert de Violet—. No olvides prima que mi casa está abierta para ti.

—Gracias, sabes que te haré una visita en cuanto pueda.

James miró a su esposa, pero no dijo nada. Sabía en el fondo que no podía retenerla mucho

más tiempo.

Como si la hubiera llamado con su mente, Violet se posicionó junto a la imponente figura que era su marido.

Se quedaron los dos de pie, mientras el lacayo cerraba la portezuela y Robert daba un golpe al techo para que se pusieran en marcha.

Livia miró a ambos por la ventana, mientras se alejaban por el camino. El Mayor James se apoyaba en su bastón, y Violet, una cabeza más baja parecía ridículamente frágil a su lado. No en vano, él era un auténtico hombre de armas. Alto y robusto, pero de una elegancia exquisita. Livia no había podido entablar conversación con él, pero se veía que sufría, y no solo físicamente. Su leve cojera no engañaba a nadie, padecía unos dolores terribles, lo que agriaba su carácter. Y mucho se temía Livia que tanto él como Violet pagaban las consecuencias. Sintió un hondo pesar por ambos, pero se reclinó en el asiento, mirando al frente y descubriendo a su marido con la mirada fija en ella.

—¿Sí?

—Parece que has disfrutado.

Ella le sonrió amable.

—Ha sido un viaje maravilloso —pero lo dijo con tristeza y Robert temió que la alegría de aquellas semanas, desapareciera.

Antes de que el carruaje se perdiera de vista. Violet dejó de sonreír, y se dio cuenta que James hacía tiempo que ya no lo hacía.

Ambos permanecieron ahí, en silencio, viéndolos partir.

De alguna manera perdían algo. Quizás la excusa de portarse bien el uno con el otro, la excusa para no discutir a todas horas, de tratarse como personas civilizadas…

—Ha sido muy agradable tener visita.

No escuchó respuesta de su marido, solo el sonido de los talones de James sobre la grava, alejándose de ella.

—Me marcharé —dijo Violet.

Las pisadas de James se detuvieron. No lo miró, pero ella sabía que la estaba observando fijamente.

—¿De vuelta a Escocia?

—Quizás a Thornsfield, una temporada. —Ahora sí se volvió para enfrentarle—. Podrías venir con…

—Jamás —la cortó con desprecio—. Haz lo que te plazca.

Apretó los puños con rabia. Ella no se merecía eso.

—¡Quizás me plazca verte sufrir! Dejar a un marido que no me trata bien y que no deja de compadecerse.

James giró sobre sus talones y se acercó a ella con su cojera. Hoy era un mal día. Había empezado a entenderlo por el vaivén de su cuerpo, por como apoyaba el bastón…

—Pobre señora Phillips. ¿Crees que no sufro? ¡Sufro!

—No quería…

—¿Sabes que no quería yo? ¡Casarme contigo! —estaba tan cerca que pudo ver sus lágrimas formarse en sus ojos—. No tienes que aguantarme, he sobrevivido, estoy intacto… dos piernas, dos brazos —los levantó para que lo viera.

—…Y aún sin corazón —lloró Violet.

Varios segundos de silencio y ella lo agarró de la camisa para que no se apartara cuando le habló.

—Ven conmigo.

—¿Y para qué?

—Para que tengas que fingir que somos un matrimonio normal. ¿Para qué debes buscar palabras amables cuando solo te ofrezco un té, o te pregunto que tal el día?

—¿Quieres que finja? —parecía que su mal humor cedía a la tristeza.

—Quiero un marido que no me trate como si su dolor fuera culpa mía.

—Violet.

—Ven conmigo —lo soltó furiosa—. Cuando acabe el verano me iré a Londres. Quiero estar con Amanda, y…

Se giró para alejarse de ella. La idea de que lo abandonara lo partía en dos.

—¡Pues lárgate a Londres! Ni siquiera deberías estar aquí. Pasamos años de nuestro matrimonio separados. ¡Podré volver a vivir sin ti! ¡Sin ningún problema!

Mientras James se alejaba, gritando y haciendo ruido, Violet sentía las mejillas húmedas por la pena. Se quedó allí un rato más, bañada por el sol y viendo como el carruaje se había desvanecido en el horizonte.

Quizás… una visita a Thornfield, no sería una idea descabellada después de todo.

***

En el interior del carruaje reinaba un silencio sepulcral.

Robert deslizó su mirada por el rostro de su esposa. Miraba el paisaje que iba pasando ante ellos a cierta velocidad. En algún momento la vio sonreír con tristeza y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que su esposo la miraba.

Parpadeó confusa, pero al instante, Robert desvió la vista hacia otra parte, hacia cualquier sitio que no fueran sus ojos. Lo perturbaba demasiado. Había probado lo que era ser mirado por ellos de una forma que le era ajena, sin reproche alguno, con ternura…

Se revolvió incómodo. No quería volver a ser los que eran antes de iniciar ese viaje. Recordó como se había enfadado por un estúpido panfleto.

Miró instintivamente el libro que ahora tenía entre las manos y su esposa congeló la agradable sonrisa que le regalaba su rostro. Se tensó y él reaccionó ante ese gesto.

—¿Quieres verlo? —le tendió el libro—. No voy a esconder lo que leo —dijo con cierto tono de rencor en la voz.

—No —respondió él, secamente, desviando los ojos al exterior.

—Es una novela de Mary Ann Radcliffe.

Robert la fulminó con la mirada al reconocer el nombre.

—Livia —resopló.

—¿Qué? —espetó— ¿Estás también en contra de sus novelas? Pensé que solo estabas en contra de todo lo que defina a una mujer como una persona libre y de pensamiento independiente.

Robert la miró con frustración.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Me estás provocando apropósito?

—Puede ser —se encogió de hombros, Livia—. Al fin y al cabo, la luna de miel ha terminado.

Esas palabras le dolieron, era como si ella le dijera que nunca volverían a compartir esa complicidad de la que habían disfrutado, como si para ella no significara nada.

Cuando Livia se dispuso a ignorarle, Robert le arrebató el libro de las manos.

—¡Robert!

The Castles of Athlin and Dunbayne. *Leyó en la portada de cuero, con letras grabadas de color dorado.*

—¿También lo desapruebas?

Él hizo una mueca, sin alzar la mirada del libro, mientras iba pasando las páginas con indiferencia.

—Castillos en ruinas, espectros grotescos, templos…

—No creo que tengas nada en contra de los templos. —Por la forma en que se lo dijo, Robert recordó perfectamente lo que habían estado haciendo en aquel templete, en las propiedades del Mayor James y Violet.

Maldita sea.

—No, no tengo nada en contra de de todo eso… —dijo, más sereno—. Ni tampoco en contra de ti.

Livia lo miró sorprendida y él carraspeó con fuerza. Se revolvió en el asiento antes de tenderle el libro de nuevo. Cuando lo tomó, sonrió por instinto, como si hubiera ganado una batalla.

Ella acarició la tapa, reverente.

—¿Qué novelas te gustan a ti? —preguntó en un tono suave.

Robert no supo qué responderle. Ciertamente, leía cualquier cosa que lo ayudara a evadirse de la realidad. Al principio, para escapar de una infancia no del todo feliz, después, una vez en el ejército, para poder desconectar del campo de batalla.

—Cualquier cosa.

A Livia le decepcionó la respuesta, pero hizo bien en ocultarlo.

—Tú prefieres las historias de amor, a pesar de todo —volvió a hablar él.

Livia no sabía qué significaba ese “a pesar de todo”.

—Así es —no mintió. Quizás tenía esa vena romántica que solo los grandes cínicos aprecian con una pasión e intensidad, tan inaudita como poco transparente—. Mi última lectura fue una bonita historia de amor.

—¿Con final feliz? —preguntó él con curiosidad.

—No del todo —respondió Livia—. Quizás la historia estuviera empañada porque él es un cabezota que no reconoce sus errores.

—Muchas lo están de esa manera. —Robert refunfuñó por lo bajo, pero se abstuvo de añadir cualquier comentario al respecto.

Siguieron en silencio un par de minutos, hasta que el carruaje salió de la finca. Supo que dejaban atrás las posesiones del Mayor Phillips al pasar por debajo de un arco de entrada que delimitaba la finca. Algo suntuoso y antiguo, pero que le llamó la atención por su belleza.

—Es una finca preciosa. Me ha gustado mucho estar aquí. Y conocer a Violet… y al Mayor, aunque él…

Su tono de voz y sobre todo su mirada, captaron su atención.

—¿Sí?

—Es muy reservado y no siempre entiende que Violet hace lo mejor para él.

—Tiene sus motivos para ser reservado. En cuanto a Violet, también tiene su carácter.

—Eso no justifica que la trate mal.

En ese instante Livia supo que Robert estaba a favor de su amigo, y no del de su prima. ¿Por qué le extrañaba?

—Debería ser mucho más considerado, hace lo que puede para ayudarle. Incluso luchar contra su carácter para complacerle y cuidarle.

—¿Seguimos hablando de Violet?

—Por supuesto. Ella le ama —afirmó Livia sin poder refrenarse.

—Él también —añadió mirándola a los ojos.

No se esperaba aquella confesión, no obstante, no le sorprendió en absoluto que así fuera.

—Pero no se lo dirán jamás, ¿verdad?

Robert la miró como si no estuvieran hablando de sus amigos.

—Jamás.

Fue como si toda esperanza muriera con esa palabra.

***

Después de varios días de viaje, los que llevó regresar a casa, Thornfield apareció a la vista bajo la luz de un atardecer nubloso, alzándose con magnificencia hacia el cielo anaranjado, como si fuera un gigante de piedra que pretende arañar las nubes hasta hacerlas sangrar.

El ánimo de Livia decayó. Se dio cuenta después de que no era la casa lo que le parecía sombría y gris, era más bien como la hacía sentir quedarse en ella. ¿Por qué? Tenía fácil explicación. Pero no podía decirle a Robert que en esa casa se comportaban como dos extraños, cuando ella quería que fueran los amantes que ya quedaban tan lejos, en su luna de miel en Escocia.

Livia suspiró, y entrelazó los dedos nerviosa, dando gracias a Dios porque el traqueteo del carruaje disimulaba un súbito temblor.

—Se acabó la luna de miel.

Robert la observó sin saber qué decir.

—Por fin en casa —dijo finalmente.

Ella parpadeó y hundió los hombros.

—No sabía que tuvieras prisa por volver.

—No la tengo —alzó la mirada para ver que ella se había tomado mal el comentario—. En verdad he disfrutado del viaje a Escocia.

Con dudas, y diciéndose que no debía afectarle que él deseara estar de nuevo allí, asintió.

—Veamos qué novedades hay.

Robert no lo dijo, pero la principal novedad era ella. Ahora era la esposa de lord Belford y por lo tanto la señora de la casa. Por supuesto que su madre la ayudaría en lo que pudiera, estaba convencido de ello, pero Livia debía asumir sus responsabilidades, y esperaba que estuviera a la altura.

Al detenerse el carruaje, la preocupación de Livia se esfumó. Esta se transformó en alegría al

ver a Amanda salir de la casa para recibirles con entusiasmo. La muchacha se arremangó las faldas y bajó los escalones que la separaban de la grava, y casi se precipitó sobre el coche de caballos, lo que le valió una mirada de reproche de su hermano, Robert.

—Por Dios, Amanda… —Su esposo frunció el ceño y acto seguido miró a Livia, haciéndola sentirse culpable de semejante comportamiento y como si fuera responsabilidad suya corregirlo.

No fue así. Livia descendió, con una amplia sonrisa, para recibir a su cuñada, a quien había echado de menos.

—Amanda —dijo—, qué alegría verte.

La muchacha se abrazó a su cuñada, para después separarse de ella y mirarla con admiración.

—Luces bellísima, Livia. ¡Bienvenida!

Robert carraspeó, y su hermana centró su atención en él.

—Bienvenido a ti también, hermano.

Él la besó en la mejilla, y ella aceptó el gesto, aunque a regañadientes.

—¿Cómo han estado las cosas por aquí?

Amanda resopló.

—Por aquí echándote de menos, unos más que otros.

No hacía falta explicar por quien lo decía. Amanda se colgó del brazo de Livia y avanzaron hacia la casa. No habían entrado aún, cuando lady Marianne apareció, con un rostro pálido y unas ojeras preocupantes.

—¡Robert! —sollozó, al tiempo que se llevaba una mano al corazón—. Santo cielo, ¡estás vivo!

Livia se paró en seco antes de que pudiera subir los escalones. Miró a aquella mujer demacrada y a punto estuvo de retroceder al ver la ira que había en sus ojos. Ira dedicada a ella.

—Madre —saludó Robert.

Al mirar de nuevo a su hijo, alzó los brazos y caminó hacia él para que la abrazara. La ira había desaparecido, convirtiéndose en puro amor.

—¿Qué quiere decir eso de que está vivo? —preguntó Livia.

Amanda se encogió de hombros.

—Mejor no preguntes.

Y no quería hacerlo. Sabía que la respuesta no le gustaría y aun así… ¿Vivo?

Miró de nuevo a Amanda. La joven parecía acostumbrada a semejantes obras teatrales de género dramático, pero Livia estaba anonadada.

—La verdad… —Amanda tiró de ella para pasar al interior antes de que su madre se desenganchara de Robert—. Ha sido un suplicio soportarla durante vuestra ausencia.

—Podría llegar a imaginármelo, aunque ya sabes que no deberías hablar así de tu madre —la regañó Livia, cariñosa.

Pero cuando miró por encima de su hombro y vio como su suegra sollozaba de forma estridente, alzó una ceja.

—Oh, Robert —se separó ligeramente de él para acariciarle el rostro con manos temblorosas —, no vuelvas a dejarme sola, ¿me oyes? —luego posó sus ojos de serpiente en Livia.

Si las miradas matasen, ella habría caído fulminada en ese mismo instante.

—Mamá, tranquilízate.

—Sabes que no soporto que te veas en la obligación de … estar junto a esa… mujer —la última palabra la pronunció como si hubiese querido decir que Livia era una ramera.

Suspiró agotada, pero no se molestó por ello, más bien se sintió dolida porque Robert no dijo

ni una palabra para defenderla.

—Mejor vamos a tomar un refrigerio en el jardín —le dijo a Amanda—. Pero déjame asearme primero. Ha sido un largo viaje.

—Perfecto —la muchacha corrió hacia la parte trasera de la casa, mientras Livia subía la escalera hacia su habitación. Quería marcharse de allí lo antes posible. Lejos de su suegra y de la actitud distante de aquel Robert que nada tenía que ver con el esposo que dejó en Escocia.

Robert vio como su esposa se alejaba. Había ignorado de forma deliberada a su madre, y frunció el ceño hasta que le dolió la frente.

—¿Lo ves? —le dijo lady Marianne, con inquina, pero con tono lastimero—, es una mujerzuela sin educación ni saber estar. ¿Y en sus manos piensas depositar la educación de Amanda y la responsabilidad de tu casa y tu título?

—Madre…

No sabía si iba a poder soportar la actitud de las dos sin intervenir, tal y como se había propuesto.

Capítulo 46

En verdad había sido un viaje largo. Livia se quedó dormida justo después de la cena. Su intención era permanecer despierta hasta que llegara Robert, pero no pudo. Sus párpados pesaron demasiado y se quedó dormida.

Al despertarse aquella mañana, se sintió algo deprimida porque no notó el cuerpo cálido a su espalda. ¿Sería que ahora que habían vuelto a casa, Robert preferiría dormir en su antigua habitación? Sí, la dejaría de nuevo sol…

Sus ojos se abrieron un poco más de lo habitual y su sonrisa se ensanchó al ver que el otro lado de la cama tenía las sábanas revueltas.

Alguien había dormido allí, aunque se hubiera marchado antes de que se despertara.

De mucho mejor humor, y sobre todo, más descansada. Livia se vistió con ayuda de su doncella y bajó las escaleras para tomar el desayuno.

En verdad se desilusionó un poco al no ver a Robert, aunque por fortuna, tampoco estaba lady Marianne.

No le extrañó la ausencia de su suegra. Muchas veces, antes de su partida se encontraba indispuesta y no aparecía hasta el mediodía.

—¿Sabe dónde está mi marido? —le preguntó al mayordomo.

El hombre le puso cara amable.

—Tenía unos asuntos que atender en la finca, pero estará aquí antes del mediodía.

Aceptó de buena gana sus palabras. Al fin y al cabo, le gustaba que su esposo se preocupara por sus arrendatarios, quizás ella podía empezar a llevar las cuestiones de la casa, y aprender lo necesario para desenvolverse en su nuevo papel de condesa.

Desayunó sola de un huevo pasado por agua, algo de pan con mantequilla y un té con leche. Cuando acabó, el mayordomo se acercó a atenderla, después de que un lacayo retirara los platos.

—¿Ha sido de su agrado, señora? —preguntó, con ceremonia.

—Sí, un desayuno magnífico. Gracias.

—A usted, lady Belford. Si no gusta nada más…

—Aguarde, por favor —pidió, haciendo que el hombre se detuviese—. ¿Sabe si lady Marianne se ha levantado ya? Y de no ser así, cuando lo haga, ¿le dirá que me gustaría reunirme con ella?

El hombre pareció dudar unos segundos, hasta que su rostro regresó a una neutra expresión.

—Se encuentra en el invernadero desde primera hora de la mañana, milady.

—¡Oh! —exclamó, Livia, poniéndose en pie—. Entonces, le haré una visita.

El hombre pareció algo incómodo y Livia notó que, de algún modo, temía a lady Marianne. No era de extrañar, por cómo trataba la bruja a todo el servicio.

—¿Sucede algo? —preguntó, al ver que no respondía.

—A la condesa viuda le disgusta sobremanera que la molesten cuando está en el invernadero, milady.

Esta vez fue Livia quien frunció el ceño. Pero no podía reprender a ese hombre, por preocuparse por ella. Por otra parte, desconocía que la madre de Robert fuese aficionada a la botánica, al igual que Rose.

—Gracias, igualmente debo ir a su encuentro.

Si quería cumplir bien con sus funciones, lo primero sería buscar ayuda. Sabía que su suegra no soltaría con agrado las riendas de la casa, pero tenía el apoyo de Robert, y él mismo la había animado a buscar ayuda en su madre. ¿Qué podía salir mal?

Livia suspiró y sus pasos la llevaron a la terraza exterior, donde en un corto paseo llegaría al invernadero. No era, desde luego, tan magnífico como el de Rose, pero sí de considerable tamaño. Y sus plantas y hierbas eran dignas del invernadero de un rey.

Las altas paredes de hierro pintado de blanco y recubiertas de fino vidrio se alzaban formando una gran bóveda circular. Livia lo rodeó, pues la puerta principal estaba cerrada. No así, una de las laterales.

Entró, y miró en derredor. En verdad, lady Marianne tenía buena mano con las plantas. Ella no era una experta, pero pudo apreciar que no se trataba de especies muy comunes. Y no parecía cultivar flores, como sí hacía Rose. A su izquierda vio una planta con unas hojas en forma de flecha, las tocó y notó que eran algo aceitosas. Sus flores eran hermosas, aunque sencillas y de un color rosado claro. Se la acercó a la nariz para aspirar su aroma, pero el olor le resultó algo extraño. Ácido…

—Adelfas —oyó la voz de su suegra tras de sí, y dio un respingo—. Es bonita, pero no huele tan bien como luce su flor.

La mujer la miró de arriba abajo, intentando contener su desprecio, y Livia supo que esa mujer no se había referido a la planta, sino a ella.

—Lady Marianne —la saludó—. He venido porque, después de regresar de nuestra luna de miel…

—Sí, entiendo que estás deseosa por quitarme mi puesto…

—¡Yo no he dicho eso! —la miró incómoda.

—No te preocupes, hablé con mi hijo, al parecer él también cree que podrás cumplir a la perfección el papel de condesa —apretó los labios dando a entender su disgusto—. Pero tanto tú, como yo, sabemos que eso no pasará. Eres una inepta en muchos sentidos. Lo mejor es que siga encargándome de todo hasta que estés preparada.

Livia puso su espalda tan recta como un palo y la miró serena.

—Intentaré aprender lo más rápido posible.

—Podrías aprender las normas del decoro y tus obligaciones durante dos vidas y aún así, no serás ni la mitad de buena que lo hubiese sido tu hermana.

—Lady Mar… —se mordió la lengua ofendida.

—Era una zorra —espetó—, pero al menos sabía como comportarse. Pero tú…

Livia se dio la vuelta.

—No he venido para que me insulte.

—Te rindes pronto, como supuse que harías.

—¡No me rindo! —la encaró—. Simplemente no quiero discutir con usted.

—No lo hagas —fue tajante—. Cumple con tus obligaciones de esposa, dale un heredero a mi hijo y ya harás más de lo que hubiera esperado de alguien tan inútil.

Livia iba a decirle lo que pensaba, hasta que tu suegra continuó.

—Porque no estarás embarazada ¿verdad?

—Yo, no.

—¿No? Después de un mes, ¿has sangrado? —hizo una mueca muy molesta—, espero que no haya nada malo en ti que te incapacite para ser madre, es lo que nos faltaba.

—Lady Marianne —dijo muy seca—. Estaré en la biblioteca, revisando la correspondencia. Buenos días.

Sin más recogió sus faldas y se marchaba todo lo rápido que le permitió su indumentaria, hasta que escuchó que le hablaban.

—¡Una última cosa, chiquilla! —La condesa viuda apretó los labios, evidentemente disgustada—. Este es mi lugar de esparcimiento. No quiero que estés aquí. Nunca. Nadie entra sin mi permiso, ¿está claro?

Livia, que se había detenido, la miró por encima del hombro y asintió.

—Entendido. Esperaré que tenga bien a enseñarme…

La condesa se quitó los guantes llenos de tierra y se rio de manera ronca.

—Con sinceridad, Livia. No voy a enseñarte cómo llevar esta casa, pues de eso me ocuparé yo hasta que Dios me lo permita. No estoy dispuesta a dejar en manos de una cualquiera las responsabilidades que todo esto conlleva —la miró a los ojos, con crueldad.

—No creo que a Robert le agrade…

—Oh, creo que he sobrevalorado el criterio de mi hijo. Que te eligiera como esposa me deja claro que incluso él tiene mucho que aprender para ser un buen conde.

Livia la encaró. ¿Estaba dispuesta a hablar mal de su hijo?, ¿todo porque no soportaba perder el control sobre esa casa y dejar de ser lady Belford?

—Oh, no te sorprendas, querida. Sabes de sobra que no eres bien recibida, ni por mí, ni por el servicio.

Por ella seguro, pensó Livia. Pero por el servicio, no lo tenía tan claro.

—Señora…

—No oses interrumpirme —dijo, severa—. Lo único que puedes hacer es observar de mí cómo se hacen las cosas, para que cuando yo abandone este mundo, Dios quiera que sea tarde, al menos lo haga con la conciencia tranquila sabiendo que he hecho todo lo posible intentando transmitir mis conocimientos a alguien tan inadecuado como tú. —Se rio de una gracia que solo veía ella— Quién sabe, tal vez se obre el milagro. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas importantes que hacer aquí. Así que márchate.

Livia no quiso parpadear, pues si lo hubiera hecho, las lágrimas resbalando por sus mejillas, habrían delatado que se sentía herida en lo más profundo.

—Buenos días —fue lo único que pudo responder, pero lo hizo con la barbilla en alto.

***

Ese mediodía, mientras la comida era servida en el luminoso comedor, solo Robert y Amanda estaban presentes. Lady Marianne había excusado su presencia.

—Mamá vuelve a tener migraña —anunció Amanda. Pero al parecer la joven rubia, no la echaba de menos y siguió hablando de todo lo que había ocurrido en la propiedad esas semanas que ellos habían estado ausentes. Había habido una boda, la joven señorita Thomas, con el carnicero, mucho mayor que ella, pero del que la muchacha se había prendado hacía años. Defunciones, dos—. El señor Harris no superó la neumonía.

—Lamento oír eso —dijo Robert, después miró a Livia—. Quizás puedas visitar a su viuda si no estás muy ocupada.

—Por supuesto —Robert acercó la mano por encima del mantel y Livia se la cogió con

afecto. A Amanda no le pasó desapercibido ese gesto y se congratuló por ello.

—Y la viuda de Nathaniel, también ha muerto.

Robert miró a su hermana.

—¿Cuántos años tenía?

—Ciento dos —se rio su hermana al ver la cara de espanto.

—En verdad me había olvidado por completo de ella —de nuevo miró a su esposa—. Ahora que eres la condesa, podrías hacer algunas visitas a los arrendatarios, si… lo deseas.

—Por supuesto —asintió gustosa. La verdad es que se moría de ganas por, digámoslo de alguna manera, echar raíces allí.

Siguieron hablando de los arrendatarios de las propiedades de los Belford y Livia se escandalizó por la fortuna de su marido. ¿Cómo era posible que siendo tan ricos e influyentes se hablara tan poco de ellos en los círculos? Quizás porque Robert quería llevar una vida de ermitaño después de dejar el ejército, y lo había conseguido.

—Milord —el mayordomo carraspeó interrumpiendo la sobremesa.

—¿Sí?

—Tal como pidió, le aviso que ha llegado… —titubeó un instante al mirar a Livia—, su regalo.

—¿Un regalo? —preguntó Amanda curiosa.

Robert asintió.

—Que lo saquen, enseguida vamos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Livia levantándose de la silla cuando su marido le tendió la mano.

—Sal fuera a averiguarlo.

—Yo también vengo —Amanda no necesitó invitación para salir tras ellos.

Cuando salieron al exterior, el sol estaba en lo alto, hacía un día magnífico y Livia tuvo que ajustarse el sombrero para que los rayos no la cegaran.

—¿Dónde vamos?

Robert se limitó a sonreírle y a cruzar la distancia que lo separaba de las caballerizas. No entraron, no hizo falta. Frente a estas, se encontraba “el regalo”. El conde fue muy consciente del momento en que su esposa reconoció el animal. Se quedó clavada en el lugar, mientras Amanda pasaba por su lado.

—¿Qué ocurre?, ¿no vienes? —Miró al caballo que les esperaba a unos diez metros— ¿Ese es su regalo? Es un caballito hermoso, aunque muy viejo —dijo Amanda examinando al animal con ojo crítico—. Podrías haberle comprado algo mejor.

Los ojos de Livia estaban llenos de lágrimas y se puso en marcha, tomando sus faldas y echando a correr.

Cuando llegó hasta el animal, se secó las lágrimas y extendió la mano. Estaba algo delgado, lo normal para su edad. Tenía ya veintisiete años, y era blanco como la luna, pero estaba sano.

Se abrazó a su cuello y el equino cabeceó.

Amanda vio su emoción y Robert se lo explicó.

—Es César, su viejo caballo. Pensé que le agradaría.

Amanda le sonrió con afecto.

—Has hecho bien —le acarició el brazo y se alejó, haciéndole señal al mozo para que dejara solo a los recién casados.

—¿Te gusta? —dijo Robert, una vez se colocó al lado de su esposa.

—Robert… —lo miró con emoción—. Es el mejor regalo que pudieras darme, ¿cómo has…?

—Le pregunté a tu padre a quien se lo vendió. No ha sido difícil, esperaba que estuviera aquí para cuando regresáramos de la luna de miel.

—¿Pensabas regalármelo antes de que nos casáramos?

El carraspeó.

—No te acuerdas, pero yo estaba cuando le hablaste de él a Lyonel, y a Maranta, y luego otra vez a Rose, y finalmente…

—A Violet.

—Adoras este caballo, ¿verdad?

Ella asintió, acariciando su pelaje.

—Es que… representa todo lo que tuve y se desvaneció. No sé como explicarlo.

Robert se acercó otro paso y le alzó la barbilla con el dedo índice.

—Ahora podrás tener cuento desees —le susurró.

Livia se lanzó a sus brazos y él la levantó riendo por primera vez en mucho tiempo.

—Gracias, gracias… —lo besó repetidas veces en la mejilla, hasta que sus labios se juntaron, en un beso dulce y prolongado—. Gracias, milord.

—¿Ya no soy un ogro? —preguntó burlón.

Ella le guiñó un ojo.

—Por supuesto que sí, pero eres mi ogro y empiezo a tenerte cierto cariño.

Para castigarla le hizo cosquillas y la abrazó de nuevo para alzarla y hacerla girar. Hubo risas y besos suaves y otros más prolongados.

Estaba naciendo algo entre los dos, algo muy especial. Desde la ventana de su dormitorio, lady Marianne fue muy consciente de ello. Clavó las uñas en las cortinas, y los miró sabiendo que ella misma tendría que poner remedio a tanta desfachatez. Un conde enamorado y satisfaciendo los caprichos de una furcia… sus ojos no iban a ver eso.

Capítulo 47

Robert en verdad que esperó que su esposa pudiera llevarse bien con su madre, y al revés. Pero no parecía ser el caso.

Después de varios días, y especialmente durante esa última cena, ya había perdido la cuenta de los comentarios hirientes y de las veces que se habían insultado. Eso no podía seguir así.

—Si me disculpan —Livia tiró la servilleta junto al plato y lady Marianne la miró como si acabara de demostrar la poca clase que tenía.

—No te marches, Livia —le suplicó Amanda, mirando a su hermano. Pero una vez más el conde optó por no intervenir.

Terminaron de cenar, pero Robert apenas tomó el postre.

—Me retiro ya.

—Pero hijo, toma una copita de licor conmigo —dijo lady Marianne, haciendo que el mayordomo le sirviera.

Robert miró la copa, pero no le apetecía. Según su madre era un brebaje de hierbas que ella misma le había preparado para que se recuperara de la fatiga y tomara fuerzas. Pero al contrario de lo que pretendía, Robert se sentía cada vez más cansado e incapaz de seguir despierto para pasar tiempo con su mujer. Esa semana apenas la había tocado, y empezaba a sospechar que la falta de deseo solo podía ser obra de ese brebaje sedante.

—No volveré a tomar eso.

—Pero, hijo…

—Disculpadme.

Se puso en movimiento, después de apartar la copa y subió a hablar con su mujer.

—¿A qué ha venido eso? —pidió explicaciones, tras abrir la puerta de su dormitorio.

Su esposa se estaba peinando el cabello frente al tocador, y dio un respingo al verlo entrar. Luego lo miró a través del espejo, pero no hizo ademán de darse la vuelta.

—Ya lo sabes, me ha entrado jaqueca de repente.

—Mientes.

Ella alzó una ceja, y entonces se dio la vuelta para encararlo, pero sin levantarse de la silla acolchada.

—No te miento. Tu madre me odia. Y eso me produce jaqueca.

Robert cerró los ojos y suspiró. Intentó ser constructivo, pero no lo consiguió.

—Por favor, Livia, deja de ser tan dramática. Mi madre no te odia, es que… simplemente, si te comportaras como es debido, no tendría que llamarte la atención.

Livia lo miró, dolida, a la vez que sorprendida.

—¿En serio he hecho algo tan grave? Tú me dijiste que podía visitar a los arrendatarios.

—Pero no sola y montada a horcajadas como…

—¿Cómo?

Resopló molesto.

—¿Vamos a volver a discutir? —le preguntó con cansancio.

—Sabes que no tendrías que discutir con nadie si te hubieras casado con alguien más aceptable, ¿verdad? —Le dio la espalda de nuevo, para volver a peinarse el cabello.

Estaba frustrada y dolida. Y por la mirada de su esposo, que vio a través del espejo, se dio cuenta de que él empezaba a estar harto de todo aquello.

—Me casé contigo. Y te juro que cumplirás con tu papel.

Ahora sí que lo miró sorprendida.

—¿No lo hago ya? ¿Qué quieres decirme exactamente?

Lo vio apretar los labios y alejarse de ella.

—¡Nada! —dijo dejándola sola y cerrando de un portazo.

Livia tiró el cepillo con fuerza sobre la alfombra. Cada día que pasaba la situación se volvía más insostenible. Echaba de menos al marido del que había disfrutado en Escocia, ahora solo tenía a un esposo que llegaba tarde y cansado a su cama y que parecía haber perdido el deseo por ella.

Se echó las manos a la cabeza y lloró en silencio un largo rato.

***

Livia no había apagado las velas cuando escuchó un pequeño golpe en la puerta que conectaba su alcoba con la de Robert.

—¿Livia? —la voz masculina sonó apagada tras la madera, pero antes de que ella pudiera responder, giró el pomo con suavidad— ¿Estás despierta?

Ella se incorporó sobre su codo, dejó de inmediato el libro sobre la mesilla de noche y lo observó entrar.

—Sí.

Era tan guapo, tan… tan… No sabía como expresarlo, pero cuando acudía a su cama, toda la arrogancia de lord insufrible desaparecía. Había tenido razón aquella primera vez. Dejaban los problemas fuera del dormitorio, al menos lo habían intentado con todas sus fuerzas. Y a pesar de que aquellos días había estado demasiado cansado para disfrutar de sus atenciones, nunca había abandonado la práctica de dormir en su lecho.

Lo vio entrar envuelto en una bata de seda y juraría que descalzo. Al ver sus pantorrillas descubiertas se mordió el labio inferior. No le costaba nada imaginarse que Robert estaba desnudo bajo aquella prenda.

Su pulso se aceleró y se humedeció los labios al ver que se acercaba a los pies de la cama.

—¿Estás cansada? —preguntó, como si no le importara la respuesta.

Ella alzó una ceja.

—¿Lo estás tú?

—Hoy estoy… bastante despierto —carraspeó—. Sobre lo de antes…

—No vamos a discutir —dijo muy seria.

—Solo quería disculparme. Te he tenido un poco desatendida. Quizás debería haber ido contigo a hacer las visitas y no esperar que mi madre te acompañara. O… no lo sé. Estar casado también es nuevo para mí. Ser conde es para mí una incógnita todavía.

Ella le sonrió con ternura.

—Lo estás haciendo muy bien, nunca vi a alguien de tu clase trabajar tanto.

Robert suspiró y sus hombros se relajaron.

—Referente a tu madre…

Se esforzó por no poner los ojos en blanco.

—No hablaremos aquí de mi madre.

—Pero hablaremos en algún momento —dijo ella molesta, algo que también lo enfadó a él.

—Ya veremos.

—Por supuesto que lo veremos.

Se quedaron en silencio, mirándose sin saber qué decir o hacer. Si alguien hablaba más de la cuenta, las cosas podrían acabar mal.

Robert carraspeó, de nuevo.

—Entonces… ¿estás cansada?

Livia lo miró alzando el mentón. Esta vez no sería tan tonta. Sabía que, si le decía que sí, su marido lo tomaría como una invitación a marcharse. Y por nada del mundo lo iba a permitir.

Al ver que ella no respondía de inmediato, él frunció el ceño y se tensó. Su fuerte pecho se dejaba ver entre la bata entreabierta, inflándose con cada respiración.

Y a Livia se le secó la boca.

—No estoy cansada —dijo, apretando los puños sobre la sábana.

Su dura expresión se esfumó, como si le aliviara la respuesta, pero permaneció serio y su mirada azul relampagueó como si fuera la de un lobo hambriento.

—Creo que deberíamos empezar a tomarnos en serio lo de concebir un heredero. —Lo dijo de tal forma, y con la tan voz enronquecida, que Livia tragó saliva—. ¿No estás de acuerdo? —le preguntó, al ver que ella no respondía.

—Sí. Estoy de acuerdo. No creo haberme negado nunca a ello.

—No he dicho tal cosa.

—Has sido tú quien esta semana…

—No tengo intención de que eso vuelva a suceder.

—Oh.

—Bien.

Robert se quitó la bata sin pudor alguno y Livia abrió mucho los ojos, ¿Cuándo iba a acostumbrarse a su cuerpo desnudo? Era un dios, esculpido en mármol. Realmente extraordinario, como extraordinario era lo que la hacía sentir.

Lo miró con hambre. Sus músculos brillaban con la luz de la vela. Se mordió el labio inferior cuando lo acarició con los ojos, hasta que llegó a esa parte de su anatomía en la que… Livia gimió inconscientemente, y sus mejillas se tornaron del color de la grana.

Él captó su rubor y sonrió como un diablo, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

Sin mediar palabra, Robert alzó las sábanas y las apartó. Ella se estiró en la cama esperando que él fuera a su encuentro. No tardó demasiado, la cubrió con su cuerpo desnudo sin que ella soltara sonido alguno de protesta.

Livia sintió palpitar su punto de placer entre los muslos al sentir su calor, y los apretó. Gimió, cuando él capturó su boca. Fue un beso posesivo, exigente, como una invitación a la locura.

Mientras introducía su suave lengua, las fuertes manos de Robert hicieron su trabajo. Sin demasiada delicadeza le subió el camisón.

—Abre las piernas —gimió contra su boca. Necesitaba acomodarse, sentirla por completo bajo su cuerpo.

Ella jadeó contra su boca ante la exigencia, pero obedeció de inmediato. Lo necesitaba tanto como él.

Livia alzó los brazos para facilitarle el trabajo de deshacerse de la prenda. Tiró de ella y la arrojó al suelo, solo entonces sus manos se enterraron en su pelo, acariciando sus suaves hondas y exigiendo que la besara.

Con pasión, pero sin dañarla, los labios de Robert se apoderaron de su boca largo tiempo, para después recorrer su cuello e ir bajando para adorar su piel, marcándola con su tacto.

—Por favor… —Livia se arqueó cuando capturó un pecho con la mano y lo apretó con fuerza, notando su suavidad.

La boca de Robert se detuvo en el lóbulo de su oreja. Con voz trémula empezó a decirle todo lo que deseaba hacerle, cuanto la necesitaba.

—Quiero estar dentro de ti. Cuando te tengo cerca solo puedo pensar en tenerte desnuda bajo mis manos y mi boca.

Movió las caderas para que ella notara su deseo. Livia echó la cabeza hacia atrás, el ronroneo le recordó al de una gata y le mordió el cuello, excitado y hambriento como estaba.

Livia abrió más las piernas y volvió a gemir mientras se impulsaba con los talones para tener esa parte de su cuerpo más cerca al deseo palpitante de Robert.

—Di que me deseas —le exigió él.

—Te… deseo. ¡Ah! —gritó cuando la mano de él agarró el otro pecho el tiempo suficiente para pellizcar un pezón.

—Me he dado cuenta —empezó a decirle—, lo mucho que te gusta esto.

Apretó con fuerza el pezón y tiró de él hasta soltarlo. El cuerpo de Livia vibró, temblando descontrolado.

—Robert… —jadeó—, por favor.

—Y esto —Abrió la boca contra uno de sus pechos y succionó con fuerza, con más fuerza hasta que ella se arqueó y gritó de placer—. Un día… —dijo completamente excitado—, te los mojaré de vino y beberé de ellos, hasta saciarme.

La imagen erótica de ella desnuda, ofreciéndole sus pechos desnudos con sabor a vino, hizo que estuviera al borde del orgasmo.

Cuando sus dientes tiraron del pezón por última vez y su boca abandonó sus pechos, ella soltó un gritito de protesta, pero al notar su mano viajando por su piel, dejando un reguero de calor por el camino, hasta acabar acariciando su húmeda cavidad, su ansia se intensificó y empezó a mecerse contra esa mano.

—No pares —suplicó Livia.

Él obedeció mientras la miraba a los ojos. Montando su mano, agarrada a su cuello para no dejarlo marchar.

Robert intentaba contenerse, quería darle el máximo placer a su esposa, pero estaba demasiado tenso, demasiado excitado y no podría aguantar por mucho tiempo. La deseaba como nunca había anhelado a otra mujer. Sus gemidos, la forma que tenía de retorcerse bajo su toque, su olor y su humedad. El brillo de sus ojos, cargados de pasión, de anhelo, eran dignos de contemplar.

La acarició con exigencia y ella se abrió aún más para él. Mientras el pulgar trabajaba en aquel punto mágico, introdujo dos dedos en su interior. Las caderas de Livia se movieron a un ritmo vertiginoso, y cuando Robert volvió a besar sus pechos, ella simplemente estalló. Gritando y retorciéndose contra él.

Livia lo miró antes de exigir su boca.

Era gratificante saber que lo deseaba tanto como él a ella. Puede que fuera del lecho tuvieran

sus opiniones opuestas, sus posturas insalvables, pero en la intimidad de la alcoba… estaban hechos el uno para el otro.

Encajaban a la perfección.

—Nunca pensé… —gimió Livia contra su boca—, que pudiera sentir esto. Amo todo lo que me haces. Yo…

Él la besó con intensidad y se colocó entre sus piernas, guiando su miembro hacia la húmeda cavidad.

—Hay tanto que enseñarte. Hay cosas que quiero hacerte y que me hagas —gimió frotando la punta contra su lúbrica entrada.

—Oh, sí —gimió ella agarrándose a su cuerpo—, lo que desees. Por favor —suplicó sabiendo el placer que aún estaba por llegar.

Cuando notó pulsar el sexo de su esposa contra la punta, la introdujo despacio y sintió como las paredes de su dulce cueva se contraían. Ese era el momento. Capturó su boca de nuevo y en una rápida estocada la conquistó, adentrándose hasta la empuñadura.

Livia gritó contra sus labios.

—¡Robert!

Lo deseaba tanto, que sus manos no sabían dónde acariciar. Todo el cuerpo de su esposo estaba tenso, su piel suave la excitaba hasta el punto de hacerla sentir una mujer dichosa y plena. Robert era como un pianista que sabía exactamente qué teclas pulsar para crear la melodía más bella y sensual.

Tras clavarle las uñas en la espalda, él se retiró para volver a acometer con fuerza. Sus manos descendieron por su espalda hasta colocarse en su trasero. Lo apretó, haciéndole saber que necesitaba más de él. Y Robert entendió qué era lo que quería, y empezó a bombear con ímpetu.

A cada acometida, Livia gritaba, gemía, suspiraba. Él separó los labios de la boca de ella. Necesitaba tomar aire, pero también ver su rostro, sonrosado, con los labios hinchados y los ojos oscuros mirándolo con una mezcla de codicia y adoración. El cuerpo femenino, de sensuales curvas, se retorcía bajo el suyo, buscando el roce más placentero. Bajo sus envites, sus suaves y perfectos senos se agitaban. Oh, dioses, era demasiado para su autocontrol.

Empujó con fuerza desmedida, una y otra vez, absolutamente enajenado. Esta vez las uñas de su esposa se clavaron en sus glúteos. A cada punto la sentía más estrecha, más húmeda. Se detuvo unos segundos para contemplarla, y para no vaciarse tan rápido, pero ella, exigente, empezó a mover las caderas, buscando el clímax.

—¡Oh, Robert! —jadeó— ¡No te detengas!

Fue una orden, su esposa exigía más de él. Y estaba dispuesto a obedecer.

Reanudó las acometidas y ella alzó las rodillas para sentirlo más adentro.

Cielos, era una maravilla complacerla, saber que gozaba tanto como él.

—Voy a…

—¡Más rápido! —lo interrumpió, entre jadeos.

Obedeció de nuevo. ¿Cómo no hacerlo? En esos momentos, ella era su dueña. Haría todo lo que le pidiera. Puso ambas manos a cada lado de su cabeza y la penetró marcando un ritmo vertiginoso que los hizo temblar a ambos.

Sus caderas chocaban, carne contra carne. Ese sonido erótico y hasta que llegó él, desconocido, la hizo gritar de placer.

Robert, vio como los ojos se empañaban y como su sexo pulsaba, más y más. Sintió como enredaba los tobillos en la parte baja de su espalda y se apretaba más contra él, danzando al

unísono, como si no hubiera límites entre ambos.

No solo su grito ahogado le reveló que acababa de tocar el cielo con las puntas de los dedos, también su expresión. Completamente ida, echó la cabeza hacia atrás y jadeó. Su cuerpo tembló como una hoja azotada por el temporal y su humedad se desbordó, como las aguas de una cascada rompen contra las serenas aguas de un lago de aguas cristalinas.

Sólo entonces, Robert se dejó ir, descargando su esencia, con violentos espasmos. Vaciándose por completo mientras observaba la belleza de esa piel rosada y esa expresión de deseo bajo su cuerpo.

Ambos gritaron, sin dejar de mirarse a los ojos.

Pero cuando el auge se diluyó, apareció un nuevo deseo.

—Te ha gustado —le dijo Robert, feliz de que así fuera.

—¿Lo has notado en mis gritos, o cuando he estado al borde del desmayo? —le sonrió tomándolo de la cabeza y bebiendo de sus labios.

Robert se dejó guiar, hasta que poco después acarició el rostro de su esposa, aún sin salir de su interior. Ciertamente, seguía duro y ella aún más húmeda y más caliente. Casi quemaba.

Esta vez fue Livia quien tomó la iniciativa. Empezó a moverse despacio cuando notó que el deseo de su marido volvía a ser evidente. Buscó su contacto, su roce.

—Me has tenido muy abandonada.

Él asintió, reprimió un jadeo y contestó.

—No volverá a pasar —le aseguró, moviendo sus caderas de nuevo.

Su esposo no se había retirado de su interior, y su cuerpo continuaba pétreo, caliente, sudoroso. Gemía, al tiempo que movía las caderas, y Robert sintió que volvería a derramarse si seguía haciendo eso.

La besó, pero esta vez con calma, acariciando sus labios con la lengua, moviéndose al mismo ritmo que lo hacía su boca. Podía sentir la vibración de sus gemidos en su piel y notó como ella, atrevida, le mordía los labios y lo abrazaba con las piernas, para atraerlo aún más. En un momento dado, de forma totalmente inesperada, se dieron la vuelta en un abrazo y ella quedó sobre él.

En ese momento, tanto Livia como Robert se miraron el uno a la otra, sorprendidos. De pronto, ella sintió algo de pudor al ver que su cabello seguía trenzado y sus pechos expuestos sobre el rostro de él.

—Quédate así. —Quiso que sonara como una orden, pero más bien fue una súplica. La asió con fuerza por las caderas, temiendo que su rubor la apartara de él.

Livia no pensó más, su anhelo la cegó. La virilidad de Robert la colmaba por completo, apretando su vientre y pulsando en su interior. Inconscientemente, empezó a mover las caderas al ritmo que él marcaba con sus manos.

—Oh, sí… —gimió. Recordaba ese poder, esa sensación de cabalgar sobre él.

Estaba descubriendo que así, de esa forma, una mujer podía controlar su propio placer.

—¡Santo cielo! —exclamó, al sentir el roce pétreo de su esposo en lugares jamás sospechados —. Estás tan dentro.

—Sigue moviéndote —le dijo él—. Oh, sí… Así… —apretó los dientes para no derramarse. Al separar los labios le dijo—. Hay otras… posturas en donde puedo llenarte aún más. Quiero…

—Todas —lo miró a los ojos—. Quiero que me las enseñes todas, Ro… ¡Robert! ¡Ah!

Livia colocó las manos sobre el pecho de él para mantener el equilibrio y movió las caderas más y más rápido. Oh, Dios, ella tenía ahora el mando de la situación. ¡Era tan excitante!

Robert abandonó su cintura para ascender hasta sus pechos. Los capturó y pellizcó sus pezones. En ese momento, Livia abrió la boca y ahogó un grito.

—Sigue, no pares. Oh, eres tan hermosa…

Ella siguió danzando frenética sobre él, ondeando las caderas. Cada vez más y más rápido.

—¡Aaaaah! —gritó, cuando un nuevo apogeo la poseyó.

Pareció como si una luz estallara tras sus ojos, cegándola, dejando que su cuerpo flotara por un instante, para luego dejarla caer. Se tensó y relajó, se sintió tan… plena.

Cayó sobre él, rendida y exhausta.

Pero Robert no había terminado.

La rodeó con los brazos y besó su cuello y, aún sin salir de ella, dio media vuelta sobre el colchón y para acabar cubriéndola de nuevo con su inmenso cuerpo.

—Date la vuelta —gimió contra su cuello.

—¿Qué? —ella lo miró sorprendida cuando él mismo la hizo girar y quedar aplastada contra el colchón.

—Sube tu trasero —el la tocó con movimientos precisos, le separó más las piernas, la tomó de la cintura y la alzó hasta que Livia hizo presión sobre el colchón con sus rodillas.

—Ah, Robert… —gimió cuando sus dedos la acariciaron la suave entrada y se puso tras ella.

—Eres una delicia —susurró, antes de guiar su miembro y deslizarlo con brusquedad en su interior.

—¡Robert!

Se detuvo para que se adaptara a la invasión.

—He llegado más profundo, y no es suficiente —gimió contra su nuca.

Ella tembló sin poder controlar su propio deseo.

Robert se movió de nuevo contra ella, esta vez despacio, haciendo el roce más placentero. Livia volvió a retorcerse, pegando su rostro contra la almohada y clavando sus rodillas con fuerza contra el colchón. Él tenía razón. No era suficiente. Empezó a exigir más.

—¡Más rápido! —ordenó.

Robert obedeció. La penetró fuerte, con precisión. Cada vez que lo hacía, ella gemía.

—¡Más fuerte! Oh… ¡Sí!

La tomó de la nuca para que no se lanzara hacia delante y se quedara pegada a su cuerpo. Tras cuatro o cinco estocadas más, Robert la acompañó en un nuevo orgasmo que duró más tiempo de lo esperado.

—¡Oh! ¡Dios! —Robert cedió y ambos cuerpos cayeron sobre las sábanas.

Exhaustos se rieron al tiempo que se buscaban la mirada. Sus bocas se juntaron dulces y satisfechas, una vez aplacado el deseo.

Ambos con la piel brillante y enrojecida, se miraron a los ojos. No tardaron en besarse de nuevo. En darse placer el uno al otro. Hasta que el sol conquistó de nuevo el cielo y lo llenó todo con su resplandor.

Capítulo 48

Livia se despertó al amanecer entre los brazos de su esposo.

Antes siquiera de abrir los ojos, sonrió.

Sonrió como una idiota, porque se sintió más que feliz. No sabía de donde había salido ese sentimiento de pertenencia, esa emoción que nacía en el fondo de su alma y que pensó que jamás experimentaría. ¿Acaso estaba empezando a enamorarse de su marido? ¿Lo estaba ya?

Respiró hondo y finalmente abrió los ojos. Acarició con las palmas, aquellos brazos de la envolvían con ternura.

Livia suspiró, viendo como el pecho de Robert subía y bajaba pausadamente. No pudo borrar su sonrisa al verlo dormir tan tranquilo. Sintió la tentación de acariciarle, todo el cuerpo, pero no lo hizo. Verlo dormir con esa expresión de paz en el rostro la emocionó hasta el punto de que le dolió el pecho al respirar. No era algo frecuente de ver.

Parpadeó pensativa. ¿Sería la única mujer del mundo que observaba dormir a su marido? Por el simple placer de… admirarlo.

Había tantas cosas que desconocía del matrimonio. Como todo lo que hicieron la noche anterior.

Se sonrojó de la cabeza a los pies, solo de pensarlo.

Robert era un hombre guapo, muy guapo. Empezaba a pensar que no lo conocía en absoluto. Era estricto, pero se había dado cuenta de como trataba a sus arrendatarios, con amabilidad y no con la fría superioridad que ella creía.

Suspiró y se molestó por tener que abandonar la calidez de sus brazos. Pero no podía ser perezosa. Su suegra la vigilaba, pero ella estaba dispuesta a demostrarle que podía llevar aquella casa y ser una perfecta anfitriona. Se levantaría e iría a buscarla para dejarle claro que no pensaba renunciar, ni al manejo de Thornsfield, ni a la vida que le esperaba junto a su esposo.

Se levantó y puso el camisón que la noche anterior había volado por los aires. Se sorprendió mirando a Robert, aún con los parpadeos cerrados, deseando que se sintiera orgullosa de ella. Finalmente, se atrevió a acariciarle la frente, para apartar un suave mechón. Parecía un niño cuando dormía, un ser inocente. Aunque Livia sabía muy bien que no era eso. ¿Un ser inocente? ¡Por Dios! Después de todo lo que le habían hecho en esa cama, era más cercano al mismo diablo que a un hombre que aún conservara algo de ingenuidad en su interior.

Se alejó con sigilo, pero…

—¡Oh, Señor!

Abrió la boca sorprendida cuando dio un paso tambaleante, y luego otro. Seguramente se hubiera caído de bruces si no llega a alcanzar el poste de la cama.

Alertado por el jadeó de su esposa, Robert se incorporó sobre los codos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con preocupación.

Miró a su esposa, salió de la cama, y con suma rapidez se puso la bata para atenderla.

—Oh —jadeó ella—. No es nada.

—Livia. —Se acercó, tomándola del brazo con la esperanza de que no cayera al suelo. La miró esperando una explicación— ¿te sientes mal?

Llevaba puesto el camisón y se acababa de poner la mano sobre su bajo vientre.

Ella intentó forzar una sonrisa, pero se sentía avergonzada.

—Esto… —se humedeció de nuevo los labios, vacilante—, me duele.

—¿Qué? —Él parpadeó, como si no comprendiera.

—Siento molestias —se avergonzó de confesárselo.

—¿El periodo?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que más bien fue la actividad de anoche.

Mientras las mejillas de Livia se encendieron por la confesión, las de Robert se pusieron blancas al entender la situación.

—Yo… lo siento mucho, Livia —su rostro mostraba tal arrepentimiento que ella se puso a reír—. Vamos… —se quejó—. No hagas esto. ¿Te ríes de mí?

—Un poco —dijo soltando de nuevo una carcajada.

—No era mi intención hacerte daño, yo… —ella siguió riendo y él chasqueó la lengua—. Eres horrible.

—No puedo evitarlo —le acarició el rostro para aliviar su preocupación—, es tan inesperado… te juro que anoche no me dolió en absoluto.

Robert la abrazó, viendo como su rostro brillaba y su pecho rebotaba contra el suyo a causa de sus carcajadas.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —dijo él menos serio y mortificado.

Pero, así como vino la alegría, se fue.

Livia lo miró a los ojos, como si no hubiera entendido bien.

—¿Qué quieres decir? No… ¿volverá a ocurrir? —preguntó, horrorizada.

—¿Qué? —Robert parpadeó y cuando entendió su pregunta rio más fuerte esta vez— ¡No! No… Me has mal interpretado.

—Entonces… ¿volverás? —preguntó, mirando hacia la cama.

—Oh, sí. volveremos a… ya sabes.

Ella asintió, esta vez sin una arruga de preocupación en la frente.

—Lo seguiremos haciendo —la abrazó con ternura. Bajó la voz para deslizar sus palabras cariñosamente en su oído—. Pero no te exigiré… eso. Tantas veces.

Bueno, Livia no sabía muy bien si su esposo recordaba lo que había pasado la noche anterior, pero estaba bastante segura de que había sido ella quien le había exigido demasiado a él.

—De acuerdo —le sonrió Livia.

Debía estar satisfecha con eso, al menos no le había dicho que no volvería a tocarla jamás.

—Podríamos establecer… unos términos y condiciones. —propuso Robert—. No quiero que te sientas obligada.

—¿Qué?

—Quizás no desees mis atenciones tan frecuentemente —aclaró, ante la mirada de confusión.

Pero Livia parpadeó más confusa que antes. ¿Tan frecuentemente? ¿Acaso los matrimonios no consumaban el acto con esa frecuencia? ¿Qué era lo decentemente establecido? ¡Maldita sea! Parecía tan despierta para algunas cosas, pero tan tonta para otras. ¿Por qué no se les enseñaba a las mujeres qué debían esperar del matrimonio?

Permaneció callada. Quizás las madres se lo contaban a sus hijas, y… quizás Maranta no creyó importante hablarle de visitas y duración.

—Livia.

—¿Sí? —parpadeó, saliendo de sus cavilaciones.

—¿Qué tal dos veces por semana?

—¿Qué? ¿Tan poco? —preguntó, anonadada.

Él parpadeó sin saber qué decir.

—Bu… bueno, ¿Entonces te parecen bien tres?

Ella se mordió el labio inferior. ¿Debía contestarle? ¿Qué sabía ella de esas cosas? Si esperaba una respuesta, ella no podía dársela.

—Pensé que deseabas un heredero. ¿Será suficiente? ¿Tres visitas por semana?

Él respiró hondo, miró a Livia como si intentara averiguar qué estaba pasando. Si es que estaba pasando algo.

—Tres veces… es razonable —dijo, finalmente.

Dios, nunca tendría suficiente de su esposa. Empezó a acalorarse y carraspeó.

—Ya…

—Tal vez. Yo… —Robert carraspeó a su vez algo incómodo—, deseo un heredero, pero no a costa de obligarte a…

—¡No me obligas! —exclamó, horrorizada de que él lo pensara siquiera.

Su esposo era honorable, si por un momento pensara que a ella le resultaba desagradable, interrumpiría sus visitas, y… no estaba dispuesta a perderse la única diversión que le había proporcionado ese matrimonio.

Entonces pensó en qué ocurriría si fuera al revés.

—Tú me deseas, ¿verdad? —le preguntó a su marido, realmente preocupada por la respuesta. Maranta le había dicho que los hombres no necesitaban estar enamorados, ni sentir afecto o predilección por una mujer, para poder disfrutar del acto. Simplemente con que ella fuera eso, una mujer, tenían más que suficiente.

—Sí.

¿Sí? ¿Ya está? ¿Nada más?

Livia se sintió algo decepcionada.

Se quedó mirando el rostro inexpresivo de su marido. Después, simplemente carraspeó y se dio la vuelta para marcharse.

—Entonces, así queda establecido —suspiró ella.

Robert la hizo detenerse.

—No te vayas. Ordenaré que te traigan lo necesario para un baño. Descansa.

—Oh, no puedo, debo ir con tu madre…

Robert se paró en seco a medio camino de la puerta de su dormitorio.

—¿Mi madre…?

—Bueno si debo empezar a tomar responsabilidades, creo que ella deberá explicarme que se espera de mí.

Robert parpadeó, confuso. Su madre preferiría que una plaga de polillas arrasara con la mansión antes que cederle el poder a su esposa, pero él sabía que eso era lo que se esperaba.

—Está bien. —No había más que decir. Era consciente de que sería difícil. Cambiar cualquier estúpida norma establecida por su madre, desataría el caos más absoluto—. Debería desearte suerte.

Livia rio sin poder contenerse.

—Reza por mí.

Vio como su esposo asentía y abría con un suave tirón la puerta que separaba ambos dormitorios. Pero después no avanzó. Se quedó cavilando. La miró sobre su hombro, hasta

girarse de nuevo y apoyarse en el marco de la puerta. ¿Podía ser un hombre más tentador? Lo dudaba, a ella jamás le había tentado ningún hombre que no fuera lord insufrible.

—Sobre la… frecuencia —dijo conteniendo la respiración—, lo dejo a tu criterio.

Ella alzó una ceja, pero finalmente asintió.

—De acuerdo.

Robert parecía de buen humor cuando por fin se marchó dejándola sola. Pero ella… ¿De acuerdo? ¿Era lo único que se le había ocurrido responder? ¿Qué demonios haría ahora? ¿Debía decidir ella con qué frecuencia se acostarían? ¡No podía ser! ¿Qué sabía ella de nada?

Necesitaba ayuda.

Una amiga con quien hablar. Pero allí no había nadie, solo su suegra y jamás pensaría hablar de eso con ella. Y por supuesto Amanda tampoco era una opción. Su cuerpo se sacudió por el rechazo de esa simple idea.

Pero… podía preguntar a sus amigas, ¿por qué no se lo preguntó a Rose después de volver de su luna de miel? Pues porque en verdad no sabía que hubiera horarios que encajar para… hacer un bebé.

Pero ahora que lo sabía… ¡Escribiría a Rose!

Sí, le escribiría de inmediato.

Estaba segura de que su amiga disfrutaba mucho más de lo que había gozado Maranta de su matrimonio. Sí, por eso Rose sería una confidente perfecta.

Debía buscar papel y tinta y enviar la misiva esa misma mañana.

Suspiró y se dejó caer en la cama.

Estar casada era mucho más complicado de lo que ella había podido llegar a imaginarse.

Capítulo 49

Los pasos de Livia, a pesar de que se sentía dolorida, eran largos y vigorosos. ¿Que no sabía llevar una casa? Menuda bruja estaba hecha esa odiosa mujer. Avanzó por los jardines buscándola, con el ceño fruncido, maldiciendo para sus adentros lo mucho que detestaba vivir bajo el mismo techo que unas personas que no tenían nada agradable que decir de ella. Todas, menos…

—¡Amanda!

Livia parpadeó al ver a su cuñada, o más bien, ver su trasero colgado por una ventana de la planta inferior.

—Ho… hola —saludó, aún si poder verle la cara.

Amanda se deslizó por el alfeizar de la ventana y cayó sobre sus botines negros. Alzó ambos brazos para mantener el equilibrio y sonrió. Después hizo chocar las manos entre sí, para quitarse el polvo.

Cuando se volvió, su cuñada la miraba, anonadada.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—He salido a dar una vuelta.

—¿Por la ventana?

—Mamá está en el saloncito rosa, y seguro que les ha dicho a los sirvientes que me espíen.

—¿Qué te espíen?

Livia parpadeó, aunque pronto supo que cualquier cosa viniendo de lady Marianne, era posible.

—Oh, siempre lo hace. Seguro que también vigila tus movimientos.

—¿Estás hablando en serio?

—Oh, por supuesto que sí. Bueno, debo irme —Amanda empezó a caminar dándole la espalda e ignorándola por completo.

Livia frunció el ceño.

—¡Amanda! ¿No quieres que te acompañe?

Se dio la vuelta en redondo y miró a la esposa de su hermano. Una expresión de verdadera súplica hizo palidecer el rostro de la muchacha.

—Es que… —Deslizó los ojos hacia la izquierda y entrelazó las manos en su espalda. Un gesto que le recordó a Robert. Finalmente se balanceó, cambiando el peso de una pierna a otra—. He quedado con alguien.

Livia la miró de hito en hito.

—Amanda… —la expresión de Livia se volvió severa.

—¡Con David!

—Sigue siendo un hombre.

—¡Bah! Es David —dijo, como quien habla de un florero. Dio un pasito hacia atrás sin dejar de mirarla, y luego otro y otro—. Lo siento, pero es que como se le ha metido en la cabeza esa idea de ser militar, podemos pasar muy poco tiempo juntos, y lo echo de menos.

Livia no sabía que decir.

—¿Lo sabe tu hermano?

—¿Que me escapo para ver a David? —ella se encogió de hombros—. ¡Claro! Lo hago siempre. Además, no estaremos solos.

—¿Su madre estará en casa?

—¡No! ¡Que va! Vive en Gales. Al parecer está loca.

—¡Amanda!

—Pero es una loca divertida, te caería bien.

—Entonces estaréis solos. No puedes ir.

—¡Pero Livia! Eso no es cierto —dijo muy segura—. No estaremos solos. Lo intentaré para poder hacerle ver que la solución a nuestros problemas es el matrimonio. —Livia la miró como si hubiera perdido el juicio, pero antes de poder decir nada Amanda siguió hablando—. Pero, no. No estaremos solos porque es seguro que su hermano Edward nos interrumpa. ¡Como siempre!

—Quizás es el que más sentido común tenga.

—No lo hace por eso —Amanda pateó el suelo con el pie—. Es porque está celoso.

—¿Celoso?

—Siempre lo ha estado —dijo con convicción—. Celoso de que le quite tiempo a su hermano para estar con él, pero que se fastidie.

—¡Amanda!

—Es que es un hombre tan serio y aburrido. —la hermosa rubia puso los ojos en blanco—. Ya lo conocerás, Livia. Pero te prometo que David no es así. Él es amable y divertido, nada que ver con Edward.

—Entiendo… —pero no llegaba a entenderlo del todo, siendo sincera.

—Estaré en el estanque.

—¡No irás a nadar! ¿Verdad?

—No —dijo Amanda, pero por su cara no parecía que nadar tuviera nada de malo—. Está demasiado fría, pero tiraremos piedras al estanque.

—Oh, Señor… ¿Y David nadará?

—No, si yo estoy delante —hizo una mueca como si no comprendiera ese hecho—. Sabe que soy una dama, y me prohibió bañarnos juntos.

—Gracias a Dios —susurró Livia. *Alguien con sentido común*.

—No se lo digas a mi hermano —juntó las manos en señal de súplica.

—¿Robert no lo sabe? Me acabas de decir que sabes que te escapas… ¡Amanda!

Su cuñada empezó a alejarse con paso ligero.

—Sí, pero… —pensó con rapidez para salir del paso—, no se lo recuerdo, para que él no se acuerde de prohibírmelo. —Al ver la cara de Livia, añadió—: ¡Por eso me escapo por la ventana! —extendió los brazos con énfasis, como si su cuñada no fuera la lumbreras que ella creía que era.

—Amanda…

Livia la persiguió con paso firme.

—Es que no me deja hacer nada. Dice que soy un desastre. Y mamá… Mejor no hablamos de mamá. Ella no está bien —Amanda hizo un gesto con el dedo índice, trazando círculos alrededor de la sien, que hasta a su cuñada le pareció escandaloso.

Livia asintió cerrando los ojos.

No, era mejor no hablar de su suegra.

Livia entendió por qué Robert quería casarse tan pronto, necesitaba ayuda con Amanda, que

alguien le dijera lo que está bien y lo que está mal. Y al parecer, lady Marianne no lo hacía, a pesar de, según decía Amanda, la espiase.

—Debo irme —le dijo, dándose la vuelta, pero Livia la llamó y Amanda frenó en seco.

—Voy a dejarte ir, porque sé que David no va a estar mucho tiempo en Somerset, pero cuando vuelvas… hablaremos de cosas.

—¿Qué cosas? —la miró extrañada, Amanda.

—Las cosas que puede y no puede hacer una dama.

Su rostro mostraba su decepción absoluta.

—Livia… pensé que serías diferente.

—Y lo soy, yo sé lo que la sociedad espera de las damas como nosotras, pero también sé qué esperar de ellos. —Amanda no lo comprendió—. Hablaremos más tarde. Ahora ve, y no hagas nada indebido.

—¡De acuerdo!

El rostro de la muchacha se iluminó y empezó a trotar por el prado en dirección a las tierras colindantes con los Chambers.

Livia la vio partir, pero no estaba muy convencida de si podría hacerle entender a Amanda, que David no se casaría con ella. Los hombres no se casan con sus mejores amigas y a veces, como en el caso de Rose y Lyonel, era lo mejor. ¿Qué habría pasado si Rose se hubiera casado con Frederick, su mejor amigo? ¿Qué habría sido de la rosa y su coronel?

***

Pasaron dos semanas antes de que Rose recibiera una carta de su amiga Livia. Esta había decidido escribirle de inmediato, pero entonces se arrepentía de contar sus intimidades con Robert y reculaba. Hasta que no pudo ignorar que había cosas que necesitaba saber.

Esa mañana soleada, los ojos de Rose se iban agrandando a medida que leía la carta de su amiga, Livia.

—Oh, Señor… —se llevó la mano a la boca para no reírse a carcajadas.

En su hermosa caligrafía, la ahora condesa de Belford, había empezado preocupándose por la salud de Frederick y después por la suya, deseando la pronta llegada del bebé. Para seguidamente continuar con una efusiva narración sobre las maravillas visitadas en Escocia. Luego, el tono de la misiva había cambiado. Mencionaba a Robert para luego meterse de lleno en como había cambiado la relación entre ambos.

—No doy crédito —se dijo Rose mientras, sentada en la pequeña mesa de caoba que utilizaba para escribir sus cartas, estaba leyendo la que Livia le había mandado.

…

No sé muy bien a quien acudir si no es a ti.

Querida Rose, ¿crees que podrías ayudarme? Tengo muchas preguntas que no tienen respuesta. Son de índole más bien privada, algo delicadas. Como por ejemplo… ¿Con cuanta frecuencia se considera correcto que una dama acepte la visita de su esposo en su alcoba? No me hagas decirte para qué, ya sabes a qué me refiero.

Rose se tapó la boca y sus hombros empezaron a sacudirse. Sus ojos apenas permanecieron secos unos segundos mientras la risa se convertía en carcajadas. No obstante, siguió leyendo.

A Robert le sigue disgustando cualquiera de mis lecturas, en eso no ha cambiado nada. Pero decidimos mantener una tregua dentro del dormitorio. Quiere un heredero y… yo también empiezo a desear un hijo.

Rose se llevó una mano al corazón y se emocionó por la noticia. Sabía que Livia tenía instinto maternal, aunque siempre se había mantenido en contra de la idea del matrimonio. No podía creer que estuviera tan ligada a Robert como para desear un lazo tan fuerte como un hijo.

Siguió leyendo, esperanzada en que lo que había visto entre ambos, floreciera y los hiciera inmensamente felices.

Rose, me es totalmente ajeno el protocolo entre marido y mujer. Pero necesitaría saber algunas cosas. Soy incapaz de sentirme cómoda, cuando Robert sabe tanto y yo tan poco de… absolutamente nada.

No te estoy diciendo que me expliques de donde vienen los niños. Soy muy consciente de ello, gracias. Y deja de reírte, algo que seguramente estás haciendo a mi costa.

En efecto, su amiga la conocía bien.

Sobre el tema del posible heredero Belford, Robert ha intentado establecer unas visitas.

Los ojos de Rose se agrandaron. ¿En serio? Robert era mucho más cuadriculado de lo que Rose hubiera imaginado.

No sé de estas cosas, y por supuesto no pienso preguntárselo a mi suegra. Y creo que Maranta me respondería, pero ya sabes que no deseo ponerla en una situación incómoda. Así que eres mi primera opción. Al ser una mujer casada, algo debes saber de protocolos.

—¿Protocolos? —Rose frunció el ceño y continuó con la lectura de la misiva.

¿Con cuanta frecuencia debería recibir a mi marido?

—Oh, Livia…

¿Puedo ir yo a su alcoba? Lo que me lleva a otra pregunta, ¿solo puede realizarse el acto de noche y en el lecho? Porque escuché a una doncella que cierto cochero… Te contaré la historia

en otra ocasión, pero no creo que sea muy apropiada para una dama.

Sobre la duración…

—No, no… —Rose se reclinó en la silla. Desde luego no quería saber la duración de Robert en la cama.

Robert me propuso consumar el acto una vez a la semana.

—Por Dios… qué decepción —resopló Rose.

Pero al ver mi cara de desilusión, pactamos tres veces por semana.

—Bueno, mucho mejor querida —se dijo Rose volviendo a tener esperanza de que aquellos dos congeniaran de una vez.

¡Tres veces! Me parece insuficiente, a lo que me lleva a preguntarte: ¿Es normal desear a tu marido? No quiero preguntarte tu frecuencia con el coronel, pero… ¿Tres? Me parecen tan pocas. Del domingo por la noche, al miércoles, se me hizo intolerablemente larga la espera.

¿Soy una casquivana? No pensaba en… eso antes de casarme. Casi nunca. Pero… Robert hace que anhele sus atenciones. El deseo me ha llevado a hacer cosas que pensé que nunca haría. Hasta me cuelo en la biblioteca para observarlo a escondidas, mientras finjo leer un libro.

He perdido el juicio y la razón.

Espero no haberte ofendido ante la franqueza de mis palabras.

Yo… creo que me gusta estar casada con lord insufrible.

Rose se puso a reír como una tonta.

—Esto es maravilloso.

—¿Qué es maravilloso? —le preguntó Lyonel entrando en el saloncito privado de su esposa.

Se acercó a ella y le besó la coronilla, para luego inclinarse un poco más y abrazarla con ternura.

—Livia y Robert.

Él frunció el ceño.

—¿Ellos son maravillosos?

Rose le comentó por encima que parecía que ambos estaban trabajando para darle un heredero a Thornfield.

—Oh.

—¿Oh? ¿Es lo único que se te ocurre? —preguntó Rose.

—Bueno, nunca fueron especialmente afines.

—Yo creo que siempre han sido muy afines, y ahora lo son en más de un aspecto.

Lyonel se sentó en el sofá tapizado de seda china y extendió los brazos para que Rose se acercara a él y le hiciera compañía.

Ella se acurrucó contra él, dejándose cobijar en su abrazo.

—Me ha preguntado cosas.

Él alzó una ceja, al tiempo que sus labios se iban curvando hacia arriba.

—¿Qué cosas?

—Sobre el matrimonio —su risita le dejó claro al coronel que se estaba divirtiendo.

—No sé si quiero saberlo.

Su risa se hizo más fuerte.

—Livia me pregunta si planeamos nuestros encuentros amorosos.

Él alzó la otra ceja, interrogante.

—¿Eso te ha preguntado? —entonces cerró los ojos y se llevó el dedo índice y el pulgar al puente de la nariz—. No me digas que ese idiota quiere planear los coitos mensuales con su mujer.

Rose volvió a estallar en risotadas y le besó fugazmente en los labios.

—¿Mensuales? —lo miró, coqueta.

—¿Semanales? —él se inclinó sobre ella para volver a probar su boca—. Ya sabes que por mí podrían ser diarios.

—¿Quién se lo impide, mi coronel?

Él gruñó al acariciar su abultado vientre.

—No me tientes.

Rose se alzó un instante para volver a chocar sus labios contra los de su esposo.

—Te quiero.

—Y yo más —le dijo Lyonel acariciando su abultado vientre—. Y ahora explícame qué se le ha ocurrido al botarate de mi amigo.

—Te lo advierto, ¡No le digas nada a Robert!

—Por supuesto que no —la miró como si se hubiera vuelto loca, luego le guiñó un ojo—. Escribiré a Anthony. No sabes cuanto nos reiremos a su costa.

—Eres muy cruel —dijo medio en serio, medio en broma—, no quiero traicionar la confianza de Livia.

—No lo harás, diré que te he robado las cartas. —Sintió el irrefrenable impulso de besarla de nuevo al decir—. Se me da muy bien robarte cartas y leerlas.

Ella ocultó su sonrisa, pero no pudo hacer lo mismo con el rubor de sus mejillas.

—Pare, coronel Knigth.

Lyonel suspiró.

—Está bien. Volvamos al metódico de Robert. Si lo piensas bien, como antiguo capitán…

Rose lo interrumpió.

—Como capitán, debía ser…

—Organizado y meticuloso hasta la exasperación —asintió Lyonel.

Rose lo miró a los ojos, invitándole a confiar en ella. Le acarició sus fuertes brazos sobre la chaqueta y esperó a que continuara hablando.

—Bueno, creo que quiere programar sus encuentros amorosos para ser más efectivos a la hora de concebir un bebé.

Lyonel puso los ojos en blanco.

—Es un idiota.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Rose.

—Porque lo mejor de concebir un bebé con la mujer que amas, es practicar.

La risa de Rose se intensificó cuando él la arrastró hacia su pecho. La besó como si fuera la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra, o así la hizo sentir.

—Visto así… —dijo ella—, no me importaría planificar algunos encuentros con mi coronel… Ya sabes…

—Nada de… *ya sabes* —chasqueó la lengua y miró su abultado vientre—. Podrías ponerte de parto.

Ella hizo una mueca. Rose no veía el problema, estaba hecha una vaca. Según sus cuentas, ya era hora que el heredero se dignara a salir.

—El médico dijo que podemos.

—No me fio demasiado del médico.

—¡Lyonel! —hizo una mueca—. Es que te hecho tanto de menos.

—Y yo a ti.

Lyonel la besó con dulzura, pero el beso tomó otro sendero. Sus corazones latieron acelerados cuando las manos de ambos se perdieron sobre el cuerpo del otro.

—Paremos —se rio el coronel contra su boca.

—Me temo que no, milord. —Deslizó su cuerpo sobre el suyo, hasta quedar de rodillas entre las piernas de Lyonel—. Creo que tengo una idea que no me pondrá de parto.

A Lyonel se le secó la boca.

—No… no. Yo… estábamos hablando de Robert…

—Créeme —le dijo Rose, mirándolo a los ojos—. Te aseguro que no vas a pensar en él, hasta es probable que no recuerdes ni tu nombre en los próximos minutos.

Lyonel tragó saliva, pero como siempre, su esposa tenía razón. Se olvidó de todo, menos de lo mucho que la amaba y cuanto la había echado de menos.

Capítulo 50

Habían pasado los meses, Livia estaba preocupada por la inminente llegada del bebé de Rose, de hecho se estaba retrasando más de lo debido, lo que hacía que su primeriza amiga se estuviera volviendo loca.

Livia se pasaba más tiempo pensando en su amiga que escuchando los insoportables consejos de su suegra. Esa mañana le había rogado a Robert que la acompañara a ver a los Knigth, algo que él hizo encantado puesto que deseaba ver a su amigo.

La visita fue de lo más provechosa, puesto que como Maranta seguía cuidando de su sobrino en Londres, no había podido viajar a la Rosewood House, y Rose necesitaba a una amiga con urgencia. Por suerte su tía había regresado de su viaje, pero la esposa del coronel decía que no podía distraerla como lo haría Livia con su charla.

Por la tarde, regresaron a casa. No se esperaron ese chaparrón hasta que fue demasiado tarde. Ella y Robert acabaron calándose hasta los huesos.

Nada más entrar en la casa, su esposo, preocupado, ordenó que le prepararan un baño a su esposa. No pensó que él mismo la atendiera y ahora que se había marchado, tan satisfecho como ella, Livia no podía borrar la sonrisa en sus labios. Se pasó la esponja por el hombro mientras su doncella desplegaba la toalla.

La doncella que le había asignado lady Mariane, se llamaba Allison. Estaba convencida de que su suegra lo había hecho para molestarla, ya que la muchacha carecía de experiencia. Pero se equivocaba, Livia no estaba para nada molesta. Allison había resultado ser una muchacha de lo más trabajadora.

Livia no tardó en darse cuenta de lo entregada que estaba a su trabajo y, además, siempre lucía una sonrisa en el rostro, y eso para la nueva lady Belford valía oro. Se convenció de que sería leal, y una buena compañía que era lo que necesitaba en aquella casa.

Suspiró y se sumergió de nuevo en el agua templada que ya empezaba a estar fría. No debería haber retozado tanto con Robert, pero juraba que ese hombre le hacía perder la noción del tiempo.

—¿Quiere este bonito vestido, señora? —le preguntó la muchacha pelirroja des pues de arroparla con la toalla—. Es tan bonito.

—Por supuesto, Allison.

La chica era muy alegre y habladora, con unas graciosas pecas bailando en el puente de su nariz. Extendió el vestido sobre la cama y la ayudó con la ropa interior.

—Me contó mi tía, que en paz descanse —continuó diciendo Allison—, que la vieja ama de llaves de la antigua lady Belford, también gustaba de baños calientes y que los necesitó en más de una ocasión tras una acalorada cabalgada.

Rose no pudo evitar mirarla con los ojos muy abiertos.

—¿Hablas de la primera esposa del padre de mi marido?

De pronto, sus mejillas se sonrojaron. Ella también había necesitado un baño después de la cabalgada que dio con su marido.

Tal vez Allison había sido impertinente al hacerle ese comentario, y cualquier otra dama la habría reprendido, pero ambas terminaron riendo. Por supuesto que se refería a la forma en

que… un hombre y una mujer pueden cabalgar… sin un caballo.

Allison la ayudó a ponerse su larga bata encima de la ropa interior antes de que Livia se sentara para secarse el cabello. Miró a Allison a través del espejo. No la regañó, ni tan siquiera se le pasó por la cabeza hacerlo. Le gustaba que la tratasen de forma tan natural, y prefería tener cómplices en el servicio que buenos enemigos.

—Robert habla muy poco de su padre.

—Al parecer no se llevaban bien, señora. —La miró como si hubiera hablado de más, pero Livia la animó a continuar—. Se dice que no se llevaban especialmente bien. Le cambió el carácter después de la muerte de su esposa. Estaban muy enamorados.

—Ya veo.

—Se volvió solitario y cruel, pero como necesitaba una esposa para cuidar a su primogénito. Qué tragedia lo del hermano de milord —dijo con pesar y Livia se sintió molesta condigo misma por no haber hablado con él de ello.

Suponía que para Robert no habría sido fácil abandonar el ejército y hacerse cargo de todo.

—¿Se llevaban bien, mi esposo y su hermanastro?

—No eran muy cercanos, pero sí correctos. Al parecer en los últimos años de vida del antiguo lord Belford, este había caído enfermo y lady Marianne se hizo cargo de todo.

—Entiendo.

¿Habría juzgado muy duramente a su suegra? Al fin y al cabo, había cuidado de su hijastro como si fuera suyo, su perdida no debió ser fácil. Y hacerse cargo de todo, tampoco.

—Qué lástima no haber conocido a su familia.

—Mi tía, tenía a los abuelos de milord en alta estima. Al parecer, eran amables con el servicio y siempre ayudaban a todos los que lo necesitaban en el pueblo.

Livia sonrió, al parecer los abuelos de Robert, no solo se habían amado, sino que expresaban ese amor a quienes los rodeaban. Que lástima que no le hubieran podido transmitir algo a su hijo y a su nuera. Estaba claro que lady Marianne estaba muy lejos de tener ese carácter amable y despreocupado de sus suegros.

—Si quiere puedo acompañarla a ver la galería de los retratos, podría ponerles caras a los familiares del señor.

Livia asintió animada.

—Sí, supongo que me alegrará ver que no todos se parecen a lady Marianne.

Allison se mordió el labio, pero no pudo evitar reír.

—Lo siento señora. No debería hablar así.

—No te preocupes. Será nuestro secreto.

—Es curioso, Allison. Siempre pensé que la abuela de Robert había sido una experta en cuestiones de etiqueta… Su esposo, un estricto caballero.

—¡Oh, no señora! Los antiguos señores amaban la vida en el campo. Por supuesto bailaban, y bailaban, y bailaban. —Livia miró a Allison, lucía en el rostro una expresión ensoñadora y su voz cantarina la hizo ampliar la sonrisa—. Adoraban bailar, pero cuando nadie los veía. Es más, la madre de lord Belford, amaba tanto bailar que incluso lo hacían en el invernadero —esta vez Allison bajó la voz, como si lo que estuviese contando fuese no sólo un cotilleo, sino algo inapropiado que otros oídos no debían escuchar—. Incluso algunas noches cenaban allí a la luz de las velas. ¿No le parece a usted romántico?

—¿De veras? —preguntó Livia, sorprendida.

—Mi tía no me habría mentido jamás, era una mujer muy estricta en ese sentido.

Y muy chismosa, pensó Livia, sonriendo, pero se alegraba de poderle sacar cualquier información a la parlanchina de Allison y sobre todo, hacerla su cómplice. Livia estaba dispuesta en esforzarse en ser una buena condesa, pero también necesitaba buenos aliados para ello.

De pronto, se lo ocurrió algo.

—Allison…

—¿Sí, mi señora?

—Me preguntaba si estarías dispuesta a ayudarme a preparar una de esas cenas en el invernadero. Por supuesto, sin que se entere lady Marianne…

El rostro de la joven pelirroja se iluminó, y casi aplaudió.

—Cuente con ello, milady.

***

A la mañana siguiente Livia se despertó de buen humor.

Su marido no estaba en la cama con ella, pero sobre la almohada encontró una rosa roja. El jardín estaba espléndido y ella había comentado la tarde anterior lo mucho que le gustaban las flores, pues le recordaban a su amiga, Rose.

Se vistió para el desayuno. Lamentablemente Robert había partido para atender unos asuntos en el pueblo. Eso significaba que Livia se quedaba a solas con lady Marianne y Amanda.

El desayuno transcurrió con normalidad, aunque Amanda estaba un poco más alicaída que de costumbre.

—Acaban de llegar los vestidos que encargamos en la modista —dijo Livia—, ¿te los has probado?

—Todavía no —le respondió Amanda—, te prometo que será lo primero que haga.

Hacía unas semanas, Livia y Amanda, había ido solas a la modista, para que acabara de retocar los vestidos que se podría para su primera temporada. Lady Marianne había estado enferma y también sería una sorpresa para ella ver esos vestidos.

—Espero que hayáis tenido dos dedos de frente, y tengáis muy claro lo importante que es el vestido de una debutante —dijo, con mirada severa—. Sigo pensando que cuando lleguemos a Londres, la modista de allí debe revisarlos.

—Como usted diga. Aunque sé que compró media docena de vestidos cuando estuvo en Londres —dijo Livia—, le prometo que no difieren muchos de los que le encargó a Amanda.

—Eso espero —pero por la mirada que le echó, parecía no tenerlas todas consigo.

No hacía falta ser un genio, para ver que lady Marianne estaba de muy mal humor.

—Me han dicho que estás indispuesta —dijo Lady Marianne.

Livia se sonrojó visiblemente sin apartar la mirada del plato de pastas.

—¿No has estado bien? —preguntó Amanda, con inocencia.

—Bueno, es algo natural —dijo, refiriéndose a que esa misma mañana le había llegado el período.

Amanda miró a su madre y luego a su cuñada.

—Esta mañana ha sangrado. Otro fracaso.

—¡Madre…! —Amanda frunció el ceño. ¿Por qué le decía esas cosas?

—Tu cuñada debe acostumbrarse a sus deberes —dijo con malicia—. Al fin y al cabo, tu hermano se casó con ella para engendrar un heredero.

A Livia, la pasta de té que tenía en la boca, se le antojó ceniza.

—¿Va a culparme de que aún no haya nietos correteando por la casa?

La mujer se envaró, molesta.

—¡Esa lengua! —exclamó—. Mantén tu descaro a raya cuando hables conmigo.

—Pero madre —intervino Amanda que le parecía del todo injusto esa actitud.

—Y tú fuera de aquí —le dijo a su hija—. Cuando necesitemos tu opinión, te la pediremos.

Amanda estaba reacia a irse, no quería dejar sola a Livia con su madre, pero su cuñada puso una mano sobre la suya y la animó a levantarse. No quería que ella también fuera el blanco de su ira.

—Tu educación ha sido ciertamente descuidada —dijo lady Marianne de manera poco formal cuando su hija salió por la puerta—, quizás deba instruirte… no solo como llevar una casa —se mofó—, porque está claro que tú aún tienes mucho que aprender.

Livia se mordió la lengua, siendo muy consciente de que todo lo que hacía, lo hacía mal a ojos de su suegra.

—Ha quedado muy claro que no tiene la más mínima idea de como ordenar los menús, cuidar el jardín… —continuó la arpía.

—Yo no soy jardinera.

—¡No me repliques!

Livia guardó silencio. Lady Marianne perdía los papeles por nimiedades. Solo ahora era consciente de los pequeños comentarios de la señora Thomson, la tía de Rose Knigth. Ya le había advertido que lady Marianne era una mujer de carácter enérgico, pero que su temperamento giraba como una veleta. Se sentía pletórica y satisfecha, como al instante siguiente, todo era una decepción absoluta.

—¿Quién les dirá a los jardineros qué deben plantar? Los jardines cambian con los gustos de sus dueños…

—A mí, me parece bien como están.

—¿Vas a seguir interrumpiendo, niña descarada?

—No, señora.

—Entonces ocúpate de las flores.

—¿Las del invernadero…?

El rostro de lady Marianne pareció mudar hacia una expresión siniestra.

—¡No toques nada del invernadero! —exclamó, roja de repente— ¡Ese lugar es mío, y de nadie más!

Tomó aire y mantuvo la boca cerrada.

—No ha ordenado a los criados que limpien la plata ni una sola vez.

¡Al infierno con la plata! ¿Qué demonios le sucedía a esa mujer?

—Tiene razón —consintió, agachando la cabeza, nuevamente.

—Y luego está el asunto del bebé.

—¿Qué bebé? —preguntó Livia, confusa.

—¡El que no llega!

Lady Marianne, dio un manotazo sobre la mesa y miró a su nuera.

—Pero…

—Sin peros —le advirtió la mujer—. No darás de que hablar a los vecinos. A mi hijo no le pasa absolutamente nada, podría engendrar un bebé sin problemas. Sin duda aquí quien falla eres tú.

—No llevamos ni cuatro meses casados.

—Tiempo suficiente. Ya han pasado cuatro ciclos enteros.

Livia no daba crédito. Tenía las mejillas sonrosadas a causa de aquel tema, que para nada había planeado hablar con su suegra. ¿De verdad le pasaba algo malo? No hacía tanto tiempo que estaban casados. Algunas mujeres tardaban meses, incluso años en quedar en cinta.

Tragó saliva y escondió sus manos sobre la falda, cerrándolas como un puño a causa de la impotencia que sentía.

—No soy tu enemiga —le dijo lady Mariane, haciendo que Livia levantara la mirada ante su súbito tono de voz, mucho más suave—. Voy a ayudarte.

—¿Cómo?

—Empezarás a tomar un tónico cada noche antes de acostarte. Procura que mi hijo no te vea —le dijo, de inmediato—. Estos temas siempre incomodan a los hombres y no tenemos por qué hacerlo.

Livia asintió.

—Está bien.

Lady Marianne sonrió, demasiado satisfecha por tan insignificante triunfo.

—Bien. Lo dejaré en tu dormitorio, dos cucharadas con agua, y ya verás como pronto tendremos a nuestro heredero corretear por la casa.

Sí, eso esperaba Livia, porque no podría soportar ese desprecio mucho más tiempo.

Capítulo 51

Robert llegó a la mansión, después de solucionar algunos problemas vecinales con una cerca y aquella mula demasiado estúpida como para darse cuenta de que no debía destrozar la propiedad ajena. Se aseó rápidamente y fue a la biblioteca, donde estaba convencido de que encontraría a su esposa.

Últimamente buscaba su compañía y, aunque en un primer momento había sentido que Livia invadía su espacio, ahora la buscaba en el banquito junto a la ventana, leyendo una de sus novelas, o en la pequeña mesa, escribiendo cartas a Maranta o a Rose.

Era hora de que volvieran a hacerle una visita a los Knigth. Livia solía ir con asiduidad, pero la última vez, se había dado cuenta de que quien más corría el riesgo de perder la cabeza era el coronel, que no pensaba en nada más que en la salud de su esposa y su hijo no nato.

Sí, sería una buena idea visitar a los Knigth. Cuando volvían de Rosewood House, su esposa parecía tener un brillo especial, y luego, una vez en Thornfield, se iba apagando poco a poco. Robert había empezado a pensar que quizás estar allí la deprimía. No se llevaba bien con su madre, eso era evidente. Pero no iba a dejar que la salud de su esposa se viera afectada por ello. Pronto se vería obligado a tomar cartas en el asunto.

Entró en la biblioteca, y detrás de una cortina, unos pies enfundados en sedosos escarpines llamaron su atención.

—¿Livia?

Una delicada mano apartó un poco la cortina y asomó la cabeza de su esposa.

Sonreía, y a él se le calentó el corazón.

—¿Robert?

—¿Qué haces?

Ella pareció dudar si decir o no la verdad.

—Esconderme de tu madre.

Él puso los ojos en blanco, pero se acercó para abrazarla. Livia le correspondió el gesto. Le dio un beso en la frente, y le dedicó una sonrisa tan bonita que ella se contagió.

—He pensado que quizás quieras ir a visitar a los Knigth.

La expresión de su rostro hizo reír a Robert.

—¿Cuándo?, ¿hoy? Rose debe aburrirse mucho. Podría ir un par de días. Estará tan sola…

Él parpadeó confuso.

—Tiene a su marido.

Robert aún abrazaba la cintura de Livia y su ceño se había fruncido un poco cuando mencionó lo de marcharse unos días.

—Haremos una visita mañana. Pero solo será eso. Una visita.

Livia intentó ocultar su desilusión.

—Sí, por supuesto.

Le besó en medio del ceño fruncido para que se animara. Livia sonrió cuando los labios de su esposo recorrieron el camino, desde su mejilla hasta la zona sensible de su cuello.

—Sabes que no sabía que podían hacerse estas cosas a la luz del día —ronroneó agarrándose

a los codos de él para no tambalearse.

La risa suave de Robert le calentó el estómago.

—¿De veras?

—Tuve que preguntárselo a Rose —se rio.

—Livia —escondió el rostro en su cuello—. Podemos hacer todo lo que tú quieras. Incluso junto a las ruinas de la antigua abadía. —Al ver su sonrisa cómplice, él también rio. Luego la acunó entre sus brazos, para después mirarla fijamente con cierta preocupación—. ¿Estás mejor?

Ella se revolvió algo inquieta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sé que has tenido jaquecas y malestar los últimos días.

—¿Te lo ha dicho tu madre? —preguntó, temerosa.

¿Cómo era posible? Ella se había cuidado mucho de decirle nada, o mostrarse indispuesta frente a la dragona.

—Fue Amanda

—Oh.

—¿Pensabas ocultármelo?

—No es nada, solo que me siento algo débil, pero lo solucionaré.

Lo había solucionado dejando de tomar el tónico que le había dado su suegra. Ahora se sentía mejor, y no pensaba sentirse pesimista por no quedar embarazada.

—¿Me lo dirás si te sientes peor? —se quejó Robert, con un tono de reproche. Ella simplemente se encogió de hombros—. Se acabó. Llamaré al médico.

—¡Es totalmente innecesario! —se agarró a su brazo.

Robert dudó unos instantes y luego asintió ante el tono decidido de Livia, que no admitía discusión.

—De acuerdo —claudicó.

Ella se sintió complacida al ver que no insistía.

—¿Así que mañana visitaremos a los Knigth?

Robert asintió de nuevo.

—Por la mañana —dijo estrechándola un poco más entre sus brazos—. Pero esta noche… ¿qué tal si cenamos en nuestra habitación…?

Livia alzó una ceja.

—Es una proposición… —sus labios empezaron a dibujar una sonrisa— que será muy bien recibida por mi parte, milord.

—No esperaba menos.

Los labios de Robert volvieron a rozar los de su mujer, y acabó por perderse en el deseo que ella siempre despertaba en él.

Un momento después, Livia intentaba recuperar el aliento.

—No me imaginaba que esto pudiera ser así.

Significara, lo que significara eso, a Robert le agradó escucharlo.

—Puede ser como queramos —le susurró aún contra los labios—. Imagina que soy el hombre que tiene todas las virtudes que deseas.

Ella se revolvió, apretándose más contra él, y mirándolo a los ojos.

—¿Un hombre paciente? —intentó no reírse.

Pero fue él quien se rio.

—Yo también intentaré pensar en lo mismo. Una mujer virtuosa, cuyo objetivo no sea

chinchar a su marido.

La risa de Livia lo acompañó mientras él la arrastraba lentamente hacia la pared, donde no tardó en encerrarla entre sus brazos. La miró a los ojos y suspiró, como si viera todo lo que deseara.

—Me pregunto qué virtudes desearás en una mujer. ¿Alguien que sea silenciosa y mortalmente aburrida?

—No tengo queja de tus escasos silencios —le acarició la espalda hasta llegar a su trasero y ella abrió la boca escandalizada.

—¡Señor Belford!

—¿Ves? Ese grito me ha gustado.

Rio mientras una de las piernas de su esposo se encajaba entre las de ella.

Livia se mordió el labio, intentando contenerse. Los ojos de Robert la hacían arden en el lugar donde se posaban. ¿Cómo era posible que hubieran llegado a ese nivel de intimidad? ¿Que ella lo buscara? ¿Que él la deseara?

—Eres tan hermosa, Livia —lo dijo apasionadamente, sin sonreír, mirando su rostro y acariciando la línea de sus cejas—. Muy hermosa.

—No dijiste eso cuando… —se calló, porque eso aún dolía.

—¿Cuándo? —frunció el ceño.

—Hace tiempo —aseguró Livia—, dijiste que solo mis ojos eran aceptables.

Robert se sorprendió.

Echó la cabeza hacia atrás con la expresión de estar buscando entre los recuerdos de algo tan cruel. No lo encontró. Ella era hermosa. Siempre lo había pensado, aunque era cierto que no siempre lo había querido admitir.

—No solo tus ojos son aceptables.

—Ah, ¿no?

—Si lo dije, mentí —confesó.

Ella sonrió complacida, como si esa confesión fuera un nuevo avance en su relación.

—¿Por qué mentiste?

—Estaba enfadado.

—Para variar —se burló ella y como castigo, Robert la besó apasionadamente.

—Toda tú eres hermosa —dijo casi sin aliento al apartarse.

Ella suspiró, pero sonrió sin poder ocultar lo complacida que se sentía.

Cuando los labios de Robert rozaron los de ella, se olvidó de todo lo malo.

Pronto, la lengua masculina se abrió paso, abriendo la boca de Livia. Adoraba su sabor, la humedad de sus besos, el atrevimiento de sus caricias, y la forma en que su esposa tenía de sonrojarse en la intimidad. A pesar del rubor, siempre lo recibía dispuesta, disfrutando con sus caricias. Se sorprendió pensando que no había sido un error escogerla a ella y agradeció que su hermana Belinda les hubiese facilitado el camino. Robert, en esos momentos, habría sufrido cualquier escándalo por uno sólo de sus besos.

Livia gimió, mientras sus manos, ávidas de la piel de su esposo, se abrían paso por debajo de su camisa. Él gruñó contra su boca al sentir sus delicados dedos, jugueteando con el vello de su pecho.

—¿Aquí? —gimió ella contra su boca— ¿A plena luz del día?

—Ya te he dicho que podemos hacer lo que queramos.

—¿En la biblioteca? —rio contra su boca. Eso era escandaloso—. Me encanta.

Sí, era atrevida, tan atrevida como exquisita. La miró, y vio su rubor. Sonrió, y volvió a besarla con ímpetu.

Animada, ella empezó a desabotonarle la camisa, lentamente. Pronto, el torso de su esposo quedó al descubierto y Livia se separó para devorarlo con la mirada. Fascinada, pasó por su pecho las manos y pudo ver el contraste de su blanca piel con el bronceado de Robert. No era de extrañar, pues en ocasiones, si sus arrendatarios tenían un problema, él se arremangaba como uno más. Eso la enorgullecía.

Acarició un pezón y sintió como el abdomen de Robert se tensaba. Lo miró, ruborizada, y se le ocurrió algo… audaz.

Se mordió el labio, hasta que se decidió. Acercó los labios a su piel, y besó su pezón, de la forma que adoraba que se lo besara a ella.

Robert sintió la lengua suave y húmeda de su esposa, acariciarle. Sus labios cálidos, besando su pecho, regando su piel con suaves y sensuales toquecitos. Animada por las reacciones de Robert, por la intensidad de sus gemidos, continuó besándolo hasta que, sin pensarlo, se tuvo que arrodillar para llegar a la parte donde nacían sus abdominales.

Sacó la lengua y se la pasó por el labio superior cuando vio el pantalón que separaba su boca de…

¡Santo cielo! ¿Era correcto? Se preguntó, mordiéndose el labio inferior.

Al fin y al cabo, era su esposo, ¿no? Y Rose había insinuado que todo estaba permitido.

Decidida, aunque muerta de vergüenza, empezó a desabrochar su cinturón. Lo miró a los ojos mientras lo hacía y pensó que él estaba abriendo la boca para protestar, pero no fue lo que hizo. La tomó de la nuca y siguió mirándola con fijeza, expectante.

Desabrochó sus pantalones y…

—Livia…

—Podemos hacer lo que queramos —jugó con sus propias palabras y lo vio recostarse contra la pared y cerrar los ojos para gruñir.

—No es necesario…

—Yo… quiero…

Su respiración se entrecortó cuando su mano exploradora acarició su miembro y lo sacó fuera del pantalón.

—No creo que pueda… —Él intentó cogerla de las axilas, pero ella se zafó con agilidad y esta vez sí alzó la mirada hacia él.

—Yo creo que podrás —dijo decidida.

—Livia.

—Quiero verte. Tocarte… complacerte.

Robert echó la cabeza hacia atrás, dudoso. Y en ese momento, Livia lo tomó con más fuerza entre las manos. Robert cerró los ojos y apretó la mandíbula. Quería darle placer a su marido, así como él le daba placer a ella.

Cuando tuvo ante ella, se acordó de que la boca de su marido la había besado ahí, mal de una vez y el placer… Dios, había sido intenso. ¿Y si ella…?

Besó la punta sin esperar. El gemido ronco que se escapó de la garganta de Robert la hizo valiente.

—Livia… —tenía la boca pastosa, pero ella no le respondió.

Su miembro duro, empezó a palpitar en su mano. Lo apretó aún más y lo acarició de la base a la punta.

—Dime como…

Él jadeó.

—Métetelo en la boca —fue lo más parecido a una orden que ella disfrutó en obedecer— Y ahora… ¡Oh! ¡Sí!

Ella chupó con fuerza, consciente de que cuando él lamía o chupaba cualquier parte de su cuerpo la enloquecía. ¿Por qué él no iba a poder sentir lo mismo?

Robert jadeó cuando los labios de su esposa lo rodearon con su humedad. Dioses, su boca era cálida y su lengua lo acariciaba. Empezó a gemir sin control, y sus caderas empezaron a moverse, lentamente.

Livia estaba fascinada. Descubrir, tocar, conquistar a su esposo de esa forma, era algo que jamás habría pensado que pudiera suceder. Robert era impresionante, su torso desnudo estaba completamente tenso, sus manos le acariciaban el pelo y su miembro, jamás le había parecido tan duro como en esos momentos. Livia arrastró las palmas de sus manos hacia arriba, acariciando su vientre, sus pectorales, arañando la sensible piel mientras lo tomaba por completo en la boca.

Era tan fuerte, tan apuesto, tan poderoso, y en esos momentos ese hombre hercúleo estaba a su merced.

La succionó con lentitud, y después se la sacó de la boca para lamerla. Volvió a empezar de nuevo. Cuando se la sacaba, succionaba y esos movimientos parecían volver loco a su esposo.

En un momento dado, él la cogió por la barbilla y la obligó a detenerse.

—Livia, no…

Ella lo miró, confusa.

—¿No te gusta? —parpadeó, incrédula.

—Oh, sí, pero…

No dijo más. La instó a ponerse en pie y conquistó su boca. Mientras tanto, la puso en pie y la arrinconó contra la pared. La alzó y se metió entre sus piernas. Livia llevaba un sencillo vestido de mañana que Robert desgarró por el dobladillo para cuando intentó subírsela hasta la cintura. Acarició sus piernas desnudas y encontró la humedad que tanto lo enloquecía.

—Ahora me toca a mí —dijo, con expresión endiablada, mientras se arrodillaba frente a ella.

—Robert —gimió.

—Voy a darte tu merecido.

Livia sabía con qué la amenazaba su esposo. Y lo recibió gustosa.

Robert le subió aún más la falda del bonito vestido de color amarillo, y quedó enredada a la altura de su cintura. Acarició el interior de sus rodillas, trazando círculos con los pulgares en la sensible piel de sus muslos, hasta abrirla por completo contra su boca.

Livia gimió, intentando asirse a algo y se abrió como una flor empapada de rocío. Él la saboreó, la acarició con la lengua, disfrutó de su dulce néctar, hasta embriagarse. Su esposa gemía y se retorcía, podía notar en su ávida lengua la húmeda cueva de su pasión, que rebosaba por momentos, como una montaña se desprende de la nieve al llegar la primavera.

Livia gritó, como rugiría un alud cubriendo todo un valle y Robert no pudo aguardar más.

Tiró de ella hasta terminar en el suelo. La colocó bajo su cuerpo y totalmente abierta a él, la empaló con fuerza en una rápida y potente estocada.

—¡Ah! —La escuchó gritar con los ojos cerrados y la boca abierta.

Sin dejar de mirarla, la poseyó con estocadas firmes y acompasadas, una y otra vez.

La mirada empañada de Livia, sus mejillas sonrojadas, sus cabellos despeinados, ese salvajismo en cada uno de sus gemidos, lo volvían loco.

—Oh, Livia —apretó la mandíbula, hasta que le rechinaron los dientes—Córrete otra vez para mí.

Ella movía las caderas bajo él, como una experta bailarina buscando de nuevo la liberación, pero no fue hasta que Robert rasgó la tela de su vestido liberando sus pechos, para tomarlos con la boca, que no empezó a convulsionar alrededor de su miembro.

Tembló y se mordió el labio para no gritar.

Él la observó como el tesoro preciado que era. La viva imagen del deseo, la sensualidad personificada, como si la mismísima afrodita lo hubiera embrujado.

Tras dos o tres acometidas más, vació su simiente en su interior.

Su cuerpo cayó sobre el de su esposa, que soportó gustosa su peso mientras reía sorprendida por tal arrebato a plena luz del día.

—Nunca dejará de sorprenderme, milord.

Lo abrazó, y hundió el rostro en su pecho, deseando que ese momento durase hasta la eternidad.

Lo besó con dulzura y al mirarlo a los ojos lo supo. Te amo. Dijo en silencio, e iba a hacer lo que hiciera falta para que fueran felices.

Robert le acarició el rostro, inundado por esa calidez de alguien que se sabe en casa, seguro.

Te amo, Livia. Oh, te amo tanto…

Esas palabras, que nacieron en su pecho, no pudieron llegar a sus labios, pues ella lo besó, una vez más.

Capítulo 52

Robert miraba el rostro de su esposa, mientras viajaban en el carruaje que los llevaría a la casa de campo de su amigo Lyonel. Era tan bella cuando sonreía... Sus ojos oscuros se tornaban del color de la miel cuando los bañaba el sol y sus mejillas cobraban color. Su bonito y esbelto cuerpo descansaba en el asiento y sus delicadas manos reposaban sobre un libro que no había abierto en todo el viaje.

—¿Estás contenta? —le preguntó.

Ella sonrió, sin apartar la vista de los verdes campos. Estaba impaciente por llegar.

—Tengo tantas ganas de ver a Rose, que siento que me va a estallar el corazón.

Robert frunció ligeramente el ceño, no por preocupación, más bien porque a él le sucedía algo parecido cuando se reencontraba con su esposa cada noche, tras pasar un largo día sin su compañía. Pero también le sucedía en ese mismo instante.

Suspiró.

Jamás se lo se lo diría. No sabría cómo hacerlo. Pero sí la cogió de la mano y se la besó.

—Me alegra mucho que te sientas así.

La preciosa mansión del coronel no tardó en aparecer ante sus ojos, alzándose majestuosa entre la suave niebla que ya empezaba a disiparse al salir el sol. Cuando el carruaje entró en el camino de grava, el cuerpo de Livia se inclinó ligeramente hacia delante, separando la espalda del respaldo. Su pie derecho empezó a golpetear el suelo.

—No seas tan impaciente —le dijo Robert, riendo.

Ella no hizo caso, y cuando el carruaje se detuvo, ni siquiera aguardó a que su esposo bajara antes para ofrecerle su mano para ayudarla a bajar. Descendió los peldaños con rapidez, se alzó la falda del vestido y presta, se dirigió a la entrada.

Robert fue incapaz de detenerla, y sonrió al verla entrar, al tiempo que llamaba a su amiga del alma.

—¡Oh, Rose! —exclamó, nada más entrar en el saloncito azul, donde su amiga estaba totalmente ociosa con la mirada fija en el techo.

—¡Livia!

Su amiga intentó ponerse en pie, pero Livia se lo impidió. Se sentó a su lado y la tomó de las manos, besándoselas repetidas veces.

—Rose, no sabes cuánto te he echado de menos —Miró su abultado vientre, y sonrió ampliamente—. ¡Estás a punto de caramelo!

Rose soltó una carcajada musical ante el entusiasmo de Livia y la señora Thomson también se rio.

—¡Santo cielo! —se tapó la boca con la mano enguantada—. Discúlpeme, señora, estaba tan emocionada por reencontrarme con Rose, que he sido una maleducada al no saludarla a usted primero.

—Querida, si ni siquiera te has dado cuenta de que estaba en este mismo salón —rio la mujer, haciendo que Livia se sonrojase aún más, pero mirándola con gran afecto.

—Oh… ¿Cómo está, señora Thompson?

La dama hizo un gesto con la mano, para restarle importancia.

—En la flor de la vida ¿No lo ves? —dijo con su habitual buen humor.

Livia suspiró.

—Me da envidia su buen carácter, señora Thomson. En Thormfield las cosas son tan… diferentes.

La señora Thompson cambió el rictus de repente.

—No me extraña, con esa arpía que te ha tocado por suegra.

—¡Tía! —se escandalizó, Rose.

—No estoy diciendo nada que no sepáis ninguna de las dos —aseveró, revolviéndose en su asiento—. Esa mujer es el demonio en persona… Creedme cuando os digo que no está bien de la cabeza y me temo que no mejoraría ni con una lobotomía.

—¡Tia Margaret! —exclamó Rose, horrorizada, mientras Livia soltaba una carcajada.

Rose miraba a su tía con cierto reproche, pero no pudo contradecirla. Sabía que tenía razón cuando decía que en esa mujer había algo que no iba bien. Livia, a su vez, tampoco lo hizo, más bien asintió todo el tiempo, mientras la señora Thompson no dejaba de parlotear acerca de lo desquiciado del comportamiento de la viuda Belford.

—Pero no perdamos más el tiempo hablando de lady Marianne —terminó diciendo Margaret —, es mejor que disfrutemos del buen día, en especial vosotras que seguro que tenéis mucho que contar —miró con picardía a Livia, que se tapó la sonrisa con la mano.

Cuando la señora Thompson se hubo marchado, Rose apretó las manos de su amiga.

—Livia, querida, te veo con mejor color y no sabes cuanto me alegra.

—Gracias. Lo cierto es que… —chasqueó la lengua.

—¿Qué? —Rose se preocupó.

—No es nada, pero me tomaba unos tónicos horribles que me dejaban por el suelo.

—¿Qué tónicos?

Livia la miró con tristeza.

—Unos para quedarme embarazada.

—Oh, Livia —le apretó la mano con fuerza—. Pero si es muy pronto, no debes meterte ideas malas en la cabeza.

—Lo sé, pero ahora somos tan felices, solo falta… un heredero —dijo con tristeza—. Creo que a Robert lo haría muy feliz.

—¿Y a ti? —preguntó para asegurarse que no lo hacía solo para complacerlo a él.

—Yo… —se emocionó—, creo que sería la mujer más feliz del mundo.

Ambas amigas se abrazaron y Livia miró ese vientre abultado con envidia. Quizás por muy mal que le sentaran los tónicos, debería volver a tomarlos. Al fin y al cabo, su suegra quería un heredero y estaba convencida de que utilizaría cualquier método para tener un nieto. Si ella se los había dado, sin duda debían funcionar.

—¿Cómo está Amanda? —Rose la sacó de sus lúgubres pensamientos.

—Algo triste, y no sé por qué.

—Tal vez sean los nervios de su futuro debut —dijo, a lo que Livia asintió—. Por cierto, recibí una carta de Maranta en la que decía que las chicas del club de lectura nos echan mucho de menos, especialmente a ti.

—Oh, y yo también las añoro —dijo, con nostalgia—, pero me es… imposible pensar en ello la mayor parte del tiempo. Lady Mariane… y Robert…

—No le gustaría que regresaras algún día a esas charlas, ¿verdad? —preguntó Rose.

—Supongo que no, aunque con sinceridad, no hemos vuelto a hablar del asunto. Últimamente

nos llevamos mejor y… —Livia calló, y Rose sonrió con complicidad.

—Ambos estáis haciendo un esfuerzo para llevaros bien, ¿no es así? —Livia miró a su amiga, esta vez con la travesura bailando en sus ojos. Rose abrió mucho la boca y la "o" que formaron sus labios fue poco a poco transformándose en una bonita media luna—. No me digas que…

—¡Oh, Rose! —Se tapó la cara, se había vuelto a sonrojar.

—¿Qué? —rio, aunque ya sabía la respuesta.

—Robert es… —puso ojos soñadores—. Tan… ¡Tan…!

—¿Distinto a lo que pensaste que sería en un principio?

Ella estaba convencida de que, aunque sus caracteres fueran más bien opuestos, había una atracción que no podía ocultarse.

—Lo reconozco, así es. Pero es que además…

—¿Disfrutas de sus visitas en la intimidad de la alcoba?

Livia se puso aún más colorada.

—Verás… —empezó a decir—. No sólo en la alcoba.

—Entiendo.

—Es extraño, pues es tan serio y formal… Pero después es tan apasionado… Hemos hecho locuras —dijo, en cono cómplice.

—¿Locuras? —Rose soltó una carcajada musical antes de añadir—. ¿Qué clase de locuras?

Livia miró en derredor, para asegurarse de que no había oídos indiscretos, algo totalmente innecesario, pues estaban totalmente solas.

—Traviesas locuras.

La risa de Rose se hizo más intensa, tanto que hasta se tuvo que llevar las manos al vientre. Cuando se calmó, miró a su amiga.

—Oh, Livia, ¿sabes qué sucede en realidad?

—¿Qué?

—Que estas irremediablemente enamorada de tu esposo.

Livia parpadeó, y luego se sonrojó aún más.

No lo negó.

No asintió.

Pero ambas amigas sabían que eso era muy cierto.

***

La conversación de los caballeros no fue muy distinta a la de las damas. Algo que no fue del todo del agrado de Robert.

—Podrías haber dicho que Anthony estaba aquí —refunfuñó Robert.

—Como si no me echaras de menos —se burló el capitán Hilton.

Anthony había estado varias semanas ocupándose de una misión, se le veía algo cansado, pero sus amigos sabían que no podían preguntar sobre ello.

—He venido a ver a Frederick.

—Y yo le he dicho que ni en broma se irá antes de estar recuperado —lo amenazó Lyonel con la mirada y Anthony tuvo que asentir.

—Ha hecho mucho por su país, que descanse.

Poco a poco el buen humor volvió a reinar en el despacho.

Cuando Lyonel le ofreció un nuevo wiski, no pudo evitar preguntarle a Robert, si había traído algunos barriles de casa de James.

—Nos envió unos cuantos que compartiré cuando nazca tu hijo.

—Espero que eso sea inminente —se quejó Lyonel—, puede que Rose pueda esperar, pero yo juro que no.

—Nuestras mujeres son más fuertes de lo que pensábamos en un principio.

Anthony alzó las cejas ante el comentario de Robert, y las miradas soñadoras de ambos mientras pensaban en sus mujeres.

—Por favor… —puso finalmente los ojos en blanco— Y dime, ¿qué tal está Livia?

Tanto Anthony como Lyonel se dieron cuenta del cambio en la expresión de lord Belford. En otras circunstancias el capitán Hilton habría hecho algunos comentarios inapropiados para poner celoso al conde, pero visto su semblante preocupado, se lo pensó mejor.

—Se os veía felices la última vez —dijo Lyonel.

—Y… lo estamos.

—Al menos tú, no lo pareces —le dijo Anthony.

—No quiero hablar de mi esposa con vosotros.

—Oh, no, no puedes ser tan escueto y frío, más tratándose de una mujer como Livia.

—Anthony —aseveró Lyonel, intentando ocultar su sonrisa—. No lo provoques.

Robert, haciendo caso omiso del comentario, se acercó a la ventana, pensativo. Por supuesto que había sido escueto. No sería digno de un caballero ofrecer detalles de su vida conyugal a personas ajenas a su matrimonio, aunque esas personas fueran de su más entera confianza.

Sabía por dónde iban los tiros. Querían saber si estaba enamorado de su esposa. Pero ni él mismo lo sabía, ciertamente… ¿o sí?

—¿Y bien? —insistió Lyonel, con cierto tono de precaución.

Robert se dio la vuelta y los miró a ambos.

—Puedo decir que empiezo a sentir algo profundo por mi esposa. Pero no os diré más.

—Por supuesto —rio Lyonel.

—Qué lástima, me habría encantado que confesaras que estás absolutamente prendado por ella, y no te culpo, Livia es una belleza. Ya era bien hora de que te dieras cuenta.

Al ver la mirada de advertencia de Robert, ambos estallaron en carcajadas.

—Por vuestro propio bien, será mejor que borréis esas sonrisas.

—De acuerdo —dijo Lyonel—, y ahora ¿por qué no nos deleitas con algunas de tus hazañas, Anthony? Así me distraerás de mi inminente paternidad. ¿Hay alguna novedad?

Los dos condes no esperaban novedad alguna, pero el capitán Hilton los sorprendió de nuevo.

Anthony los miró a ambos a los ojos, estudiando uno detrás de otro, sus semblantes.

—Probablemente deje el ejército.

Tanto Robert como Lyonel, miraron a su amigo con una gran sorpresa.

No podían creer lo que estaban oyendo.

—Por favor.

—No puedes lanzarnos esta bomba así, de improviso.

—Esta vez, ¿puedes explicarnos el motivo con todo lujo de detalles?

Anthony apuró el whisky, pero una vez más se encogió de hombros.

—No, no puedo. Solo puedo decir que… he estado pensando en el matrimonio.

Robert juró que si él o Lyonel, hubiera sido de corazón delicado, yacerían muertos sobre la alfombra de ese despacho.

***

El día transcurrió demasiado rápido para Livia. A media mañana, ella y Rose pasearon por el jardín junto con la señora Thompson, y antes del té, visitaron las preciosas rosas del invernadero, que ya habían florecido.

Después del almuerzo, cuando llegó la hora de la partida, ya en el carruaje, Robert no pudo obviar la expresión de desasosiego de su esposa. Livia miraba el atardecer por la ventanilla, mientras en la mano derecha sostenía una rosa, obsequio de su amiga.

Robert tomó aire y cogió su otra mano, con delicadeza.

—Te prometo que regresaremos —le dijo, en tono dulce.

Livia lo miró, pero le dedicó una triste sonrisa. Luego se pusieron en marcha rumbo a la triste Throrm field.

Rose y su esposo, Lyonel, los vieron partir desde la ventana del saloncito azul.

Rose agitó la mano, a modo de despedida. La joven embarazada sonrió cuando el coronel la abrazó por la espalda.

—¿Te cuento un secreto? —dijo, divertida.

—Claro.

—Livia está enamorada de Robert.

Lyonel la abrazó aún más fuerte, y la besó en el cuello para después mirarla a los ojos con una sonrisa.

—Es una suerte —le dijo, guiñándole un ojo—. Pues Robert lo está de Livia.

Capítulo 53

—Imposible —dijo Livia.

—Lo es querida —su suegra se paró frente a ella y la miró con desdén nada fingido—. Un baile de máscaras en dos semanas. Los vestidos de Amanda están listos. Esta pequeña charada, será un ensayo para su debut en sociedad.

—No me lo puedo creer —Livia se llevó la mano a la frente— ¿Lo sabe Robert?

—Se lo he comentado esta mañana —dijo muy animada—, y como todo lo que yo le propongo, le parece una maravilla.

—Por supuesto.

Suspiró audiblemente, lo que le valió una mirada llena de desprecio de su suegra.

—Voy a ir con Amanda para que acabe de probarse los vestidos nuevos.

—Ve, ve… —hizo un movimiento con la mano como si la echara del lugar.

Mientras Livia iba a buscar a Amanda, la cual era muy probable que no encontrara por estar acechando al joven de los Chambers, lady Marianne aprovechó para hablar de nuevo con Robert.

Había pensado que a esas alturas su hijo ya la habría repudiado, pero nada más lejos de ese objetivo.

Entro en la biblioteca, donde le gustaba estar y habló seriamente con él sobre el papel de su esposa y su clara opinión de que no podría desempeñarlo bien.

—Solo es un baile.

—Su primer baile como condesa, hijo. ¿En verdad crees que tu esposa no nos dejará en ridículo?

Robert dejó la pluma sobre la superficie de la mesa.

—Creo que la idea del baile ha sido suya, madre. Si cree que no está preparada, ¿por qué no la ayuda?

—Porque debe aprender.

—Entonces no se queje.

—¡Hijo! ¿Desde cuando hablas así a tu madre?

Robert respiró profundo y la miró intentando no parecer insensible.

—Discúlpeme. —Se levanto y fue a su encuentro—. Pero debe entender que Livia aprenderá su papel. Espero que la ayude, pero si no es así, solo espero que no le ponga impedimentos.

La mujer se apartó enojada y miró por la ventana intentando controlar su arrebato.

—Me has decepcionado —dijo, con los dientes apretado.

Robert suspiró.

—Lamento que el hecho de que yo crea que mi esposa será una buena anfitriona, la decepcione.

Lady Marianne se dio la vuelta para encararlo. Boqueó como un pez. ¿La estaba desafiando?

—¿Te pones de su parte?

—No veo que aquí haya partes —dijo Robert después de regresar a su escritorio—. Solo está usted pensando en que Livia no será capaz y yo, pensando que es muy capaz de realizar lo que se proponga. Y por favor, no quiero seguir discutiendo de temas intrascendentes.

—Un baile de máscaras, no es un tema intrascendente para la familia Belford, y mucho

menos el debut de tu hermana.

—Por favor, madre.

—Y ahora me replicas —se llevó una mano al corazón y se dispuso a salir de la biblioteca para llorar el hecho de que ya no era la primera mujer en el corazón de su hijo.

***

—Mamá estaba muy enfadada contigo, Robert —dijo Amanta—, no es habitual. Por lo general solo lo está conmigo. Charles no cuenta, no está aquí.

Livia ocultó su sonrisa tras la servilleta ante el desparpajo de Amanda.

Al parecer lady Marianne había discutido con Robert, por supuesto ella sabía que el tema a discutir debía ser ella. Pero no le importaba, hacía tiempo que se había dado cuenta de que hiciera lo que hiciera estaba mal.

Robert bebió un sorbo de vino y miró a Amanda como si no tuviera remedio.

—No debe de ser fácil ponerte de parte de Livia frente a mamá —siguió Amanda.

—Livia es mi esposa, es fácil —pero lo dijo como si odiara no poder escapar de esa situación.

—Mamá cada día está más insufrible.

—Amanda —la regañó Livia con cariño.

—No añadiré que es verdad, sino que asentiré delicadamente como haría una dama —ante el comentario, Livia se echó a reír—, y me retiraré.

—Mañana es la prueba definitiva de los vestidos —dijo Livia antes de desearle buenas noches.

—Unos vestidos preciosos —Amanda apoyó la mano en el hombro de su cuñada para darle las gracias por haberse preocupado por ella todas esas semanas.

—Sé que los odias, pero no pasa nada. —Se inclinó hacia ella para hacerle una confidencia—, yo también odio los míos.

—Pero no se lo digamos a mamá.

—Ni a tu hermano, que es quien paga.

Robert intentó ocultar una sonrisa. Las había escuchado de sobras, como para saber que al menos tenía la alegría de ver como ambas se llevaban estupendamente. Había verdadero afecto entre ellas, y si al menos su matrimonio había servido para eso, bendito fuera. Solo lamentaba que su madre hubiera empujado a su hermano pequeño hacia el internado tan pronto.

Cuando Amanda hubo abandonado el comedor, Robert miró a su esposa con cierta preocupación. Desde hacía algunos días ella volvía a estar decaída. Tal vez fuera por la tensión que reinaba entre ella y su madre, o porque volvía a estar delicada de salud, aunque esto le extrañaba sobremanera, pues su esposa era una mujer fuerte.

Livia se dio cuenta de la mirada de su esposo, y le dedicó una sonrisa amable.

—Gracias, Robert.

Él alzó una ceja.

—¿Por qué?

—Bueno, por creer en mí, a pesar de la falta de confianza de lady Mariane.

Robert dedicó una sutil mirada al mayordomo, quien entendió que el señor deseaba estar a solas con su esposa, e hizo retirar a los cuatro lacayos que los servían.

Cuando el servicio se hubo marchado, volvió a mirar a su esposa.

—Sé que mi madre no es una persona fácil, pero debes tener paciencia.

Livia frunció el ceño, mostrando desazón y cierta tristeza, algo que preocupó a Robert. Se levantó de la silla, frente a ella, y se acercó. Livia alzó la mirada hacia su marido. No le respondió, no tenía apenas fuerzas para hablar de lady Marianne.

—Livia, ¿te encuentras bien? —la tomó de la mano, y se sentó junto a ella.

Su piel estaba fría y casi de un color cenizo.

—Sí, por supuesto. Solo algo cansada.

Vio como se llevaba la mano al vientre, y se preocupó aún más.

—¿Crees que…?

—Oh, no. —dijo ella forzando una sonrisa— Ojalá. Pero me temo que el heredero Belford tarda en llegar.

—No te preocupes por eso —en verdad cada vez estaba más preocupado—. No has comido nada, Livia, ¿ni siquiera tienes apetito?

Ella negó con la cabeza y posó la mirada sobre su regazo.

Robert tomó su rostro con ambas manos y la instó a mirarle. Los ojos oscuros de su esposa brillaron y en ese momento, el deseo de Robert se hizo latente. La besó con ternura y ella le devolvió el beso, pero cuando se tornó más insistente, ella se apartó.

—Yo, lo siento.

Él solo la miró aún con más preocupación.

—Livia, estoy preocupado, ¿de veras estás bien?

Ella asintió y le sonrió. No quería ser un dolor de cabeza para su esposo.

—Estoy perfectamente —mintió—, sólo es cansancio.

Robert no sabía si debía creerla, pero decidió no insistir. La besó en la frente y en la punta de la nariz.

—Pues hoy descansa. Mañana todo irá mejor.

Pero no fue así.

Los días siguientes no fueron mucho mejores. Y menos cuando Robert vio los vestidos de Amanda. Su desagrado, no fue más que otra losa sobre el pecho de Livia que sintió que de nuevo había fracasado.

Robert parpadeó incrédulo cuando Amanda entró en el salón, acompañada de su esposa. Ambas lucían sonrisas en sus rostros, pero la de él se congeló en el acto al ver a su hermana pasearse frente a él.

—¿Qué te parece? —le preguntó la muchacha mientras hacía una reverencia con su vestido nuevo.

Robert quedó sin habla. Aquella no podía ser su hermana. ¿Dónde estaba la niña que ayer cenaba con ellos?

La severidad de su mirada cayó en su esposa, que se vio venir el problema antes de que él abriera la boca.

—¡No pagaré ese vestido! —bramó.

Por fortuna, Amanda se tomó con bastante filosofía el enfado de su hermano.

—A mí tampoco me gustan —le dijo en confianza y sonriendo de oreja a oreja—, pero mamá lo ha aprobado. De hecho, creo que la he visto sonreír.

Las cejas de Robert subieron aún más.

—¿Cómo es eso posible? ¡Pero si vas prácticamente desnuda!

—No, no —Amanda hizo una mueca—, es estilo imperial, muy poco patriótico, pero es el

que quería mamá.

—¡Me da igual! —Como si no tuviera vela en ese entierro, su hermano la ignoró y ella dio media vuelta sobre sus talones.

—Entonces ya puedo quitármelo, gracias a Dios —dijo, huyendo de la tormenta que iba a desatarse en el salón.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Livia miró a Robert sin comprender.

—¿Qué tienen de malo? Es una debutante, el vestido es blanco y…

—¡El color me importa un rábano!

Ella ignoró su mal humor.

—Es para que se presente en sociedad —dijo, con cansancio.

—¿Con eso? —preguntó escandalizado— ¡Vas a devolverlos!

—¿Todos? —objetó, poniéndose de mal humor—. Pero si ni siquiera se los has visto puestos.

—¡Ni falta que me hace! —Robert caminaba de un sitio a otro intentando no mirar a su esposa.

Tenía los labios apretados, era evidente que estaba dispuesto a tragarse las palabras amargas que se agolpaban en su boca.

—Robert, por favor.

—Con ese escote… —su cara de desagrado fue la gota que colmó el vaso.

—¡Dios Santo! —murmuró Livia incrédula. Se llevó una mano a la sien, como si estar en la misma habitación que su esposo le diera dolor de cabeza—. Es el mismo que llevo yo.

—Eso no es cierto —alzó el dedo y miró sus pechos, entonces desvió la mirada porque no quería pensar en ciertas cosas mientras estaban discutiendo—. No son aptos para una debutante.

Livia apretó los puños dejando caer sus brazos a ambos lados del cuerpo.

—La mismísima Virgen María podría vestir con ellos.

—¡Oh! No blasfemes.

—¡No lo hago! —se envaró.

Pero por su cara de desaprobación, estaba claro que él no lo consideraba así.

—Qué… descaro —volvió a pasearse por el saloncito.

—¡Por favor! Ya no es una niña.

—No, pero sí que es una mujer decente.

—¡Ese vestido es decente!

Robert la miró sin dar crédito.

—¿Eso crees?

Vaya, pensó Livia, otra cosa más por la que no era adecuada para ese matrimonio. Seguro que su esposo estaba pensando que corrompería a su cuñada.

—Ese vestido es decente —dijo con los dientes ligeramente apretados—. Solo es un tercio de pulgada más bajo que el que llevaría una monja…

—¡Livia! Me casé contigo para que me libraras de estos dolores de cabeza, no para que añadieras más presión a mi vida.

—Oh, discúlpeme señor —se apartó de él gesticulando—, por no saber elegir los vestidos para un sepelio real.

Robert la miró incrédulo.

—¿Te estás burlando de mí?

—No hace falta, tú mismo ya eres bastante ridículo.

Pero… ¡¿qué demonios?!

—¡Livia!

—¡Hasta tu madre los ha aprobado!

—No se encuentra bien, tú debes velar por el buen nombre de la familia mientras ella se encuentre indispuesta.

Los ojos de Livia se pusieron en blanco.

—¿Sabes? Yo también voy a sentirme indispuesta. Que tengas un buen día, querido.

Robert se quedó con la boca abierta, viendo como su esposa se alejaba de él, sin más nada que decirle.

—Pero… pero… ¿Adónde vas?

—A cualquier otra parte —le espetó ella tomando el pomo de la puerta. Lo miró por encima del hombro como si lo evaluara y lo suspendiera—. Nadie quisiera que se perpetuara un asesinato en vísperas de la presentación de una debutante.

—¿Qué… qué…? ¡Livia!

Pero ella cerró la puerta.

Ya no le quedaba más paciencia para lidiar con los Belford.

Capítulo 54

Amanda se escabulló de la casa, pero con los nuevos vestidos que ahora estaba obligada a usar por las amenazas de su madre, no podía ir a casa de los Chambers a pie, y mucho menos montada a caballo cuando aún no tenía sus vestidos de amazona terminados. Sobornó a su doncella, Tina para que la acompañara en el carruaje biplaza que ella misma se esmeró en conducir.

—Señorita, no sé si es buena idea que corra tanto —dijo la muchacha, sin poder disimular su miedo.

—Cuanto antes lleguemos, antes nos marcharemos, Tina —se rio mientras soltaba un poco más las riendas—. La casa del conde está muy cerca.

—Lo sé, pero ese no es el verdadero problema. No debería visitarle sin una acompañante adecuada, y desde luego, no… sin ser invitada.

—Oh, —Amanda chasqueó la lengua, mientras apartaba la mirada del camino, entonces su doncella gritó al tomar un bache muy pronunciado—. Tranquilízate, ya llegamos —dijo al divisar el camino que llevaba a la gran casa— No necesito invitación para ir a ver a los Chambers, y tú estás conmigo.

—Pero no soy una compañía demasiado adecuada, yo…

—Eres perfecta —le dijo Amanda a Tina.

Lo que había dicho no era del todo mentira. Ella jamás había necesitado una invitación formal para ir a casa de los Chambers, y más si en la casa se encontraba David. Y ella sabía que así era. Sabía que se había incorporado al servicio, marchándose a Londres unas semanas. Pero ya había vuelto, pues el capitán Hilton le había ordenado que fuera su ayudante, mientras se hospedaba en la casa de los Knigth, vigilando a Frederick.

No quiso enviar una tarjeta, pues temía que quizás David rechazara su visita. Así que, si lo pillaba por sorpresa, quizás no tendría más remedio que tomar el té con ella y… quien sabe si aceptar su propuesta de matrimonio.

Se había jurado no dejarlo marchar hasta que dijera que sí, pero David había resultado ser más escurridizo de lo que era antaño. Pero subestimaba su tozudez.

Conseguiría un sí.

Costase lo que costase.

Cuando el mayordomo la vio, nada más abrir la puerta, su semblante siempre serio se transmudó. Solo fueron dos segundos, pero lo suficiente como para que Amanda se sintiera satisfecha. Saltó del carruaje dejando boquiabierta a su doncella y corrió hacia el hombre a quien le sonrió con amabilidad. El hombre inclinó su barbilla para saludarla.

—Buenos días, señorita Belford.

—¡Buenos días! ¿Qué te parece, Harry? —le preguntó al mayordomo— ¿Ya soy toda una señorita?

El señor Harry Felps, había sido el mayordomo de aquella casa los últimos treinta años, y la había visto crecer.

—Señorita Belford —Su tono seco como de costumbre, no engañó a nadie. Amanda sabía que había impresionado al viejo cascarrabias con su vestido nuevo, tanto como quería

impresionar a David.

—¿Se lleva a Tina a la cocina? Yo ha sé el camino.

—Señorita Belford… —el tono fue más huraño, pero eso no desanimó a la muchacha.

—Vengo a ver a David.

Pasó al interior de la casa, tan decidida que el señor Felps tuvo que apartarse para no ser arrollado.

Para absoluto espanto, tanto del señor Felps, como el de Tina, la señorita Belford se apresuró a recorrer el pasillo que conducía a la biblioteca.

—¡Ya me sé el camino!

El viejo Felps intentó correr tras ella, pero fue incapaz de seguirle el paso cuando ella se alzó las faldas y corrió sobre la alfombra carmesí. Al llegar frente a las puertas dobles, llamó con fuerza. Sus nudillos golpearon la madera y la risa de niña captó la atención de lord Chambers, mucho más que los golpes.

—Amanda —resopló cerrando los ojos con fastidio.

—Oh —Amanda entró y fue evidente que la decepción era mutua—. Edward… ¿qué haces aquí?

La ceja oscura de Edward Chambers, el hermano mayor de David y heredero del título de vizconde de Glastonbury, se alzó para después acabar por fruncir el ceño.

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

—Qué desilusión —dijo Amanda, dejando caer sus hombros.

—Muchas… gracias —dijo dubitativo, lord Chambers.

Ella resopló más fuerte.

—No he venido a verte a ti —le dijo sin atisbo de compasión, mientras entraba en la biblioteca, donde sabía que David solía pasar las mañanas que estaba en esa casa.

—Me lo imaginaba.

Edward estaba tras el escritorio. Lejos de levantarse, como habría hecho ante la presencia de cualquier otra dama, se reclinó en su sólida silla, tras el escritorio, donde estaba contestando su correspondencia.

Como siempre, Edward iba impecablemente vestido, aunque su corbata estaba floja alrededor del cuello, nunca le había gustado lucir un intrincado nudo, sospechaba que le haría parecer un hombre mucho más preocupado por su aspecto, que por los problemas de sus arrendatarios. El vizconde de Glastonbury, era un joven apuesto de treinta años. Soltero y que, por su actitud, parecía estar dispuesto a que su situación continuara siendo la misma.

—¿Vienes a ver a David?

Una pregunta absurda, se dijo viendo como Amanda se sentaba delante de él, sin que este le hubiera ofrecido un asiento.

De nuevo esa actitud rebelde, más propia de una niña malcriada que de una dama, le hizo poner los ojos en blanco.

—Así es —respondió Amanda— ¿Dónde está?

Edward sonrió.

Esa sonrisa ladeada que a ella le sacaba de quicio, simplemente porque venía a decirle: *Soy mucho más listo que tú.* No lo era, se dijo Amanda, solo era más rico, y más…. Hombre. Sí, era un hombre y por eso poseía ventajas con las que Amanda ni siquiera podía soñar.

—Mi hermano está en el ejército.

Ella abrió la boca como si fuera a decir algo completamente trascendental, pero no pudo

continuar hablando mientras sus ojos se llenaban de desilusión.

—¡Señor! —Felps resollaba, y tras él la tímida acompañante de Amanda la miraba como si se hubiera vuelto completamente loca—. Lamento…

Edward hizo un gesto con la mano. Le restó importancia que Amanda hubiera asaltado la casa.

—Dale algo caliente a la señorita en las cocinas, mientras yo hablo con la señorita Belford.

—Sí señor.

Felps hizo una reverencia.

—Y deje la puerta abierta, señor Felps.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Oh, ni que fuera a saltarte al cuello.

—Oh, Amanda —resopló frustrado.

Esa muchacha era insoportable.

—Como usted ordene, señor.

Amanda miró hacia las puertas dobles de la biblioteca, y soltó el aire que había estado conteniendo cuando vio una de ellas, quedarse abierta.

—Es ridículo.

Edward no lo creía así.

—Estoy protegiendo tu reputación.

Ella resopló más aún.

—¿Mi reputación? —preguntó con cierto cansancio—. Como si pudieras ponerla en peligro.

Edward puso su espalda recta y la miró por largos segundos.

—Ni siquiera voy a preguntarte qué has querido decir.

La mirada azul del vizconde se posó en ella, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que se ponía colorada. Miró hacia donde apuntaban sus ojos, que hicieron un barrido por el vestido nuevo de Amanda.

—¿Te gusta? —le preguntó burlona.

Edward cerró los ojos y se tomó dos segundos para responder.

—Esa pregunta es impertinente.

—Y tú muy poco caballeroso —se enojó ella.

Se puso en pie y se alisó la falda del vestido de mañana, azul celeste, con un escote cuadrado y unas mangas adornadas con un hermoso bordado.

—Podrías haberme dicho que estoy hermosa. Mi madre me ha comprado los vestidos para presentarme esta tempo…

—No me importa, Amanda. —Negó con la cabeza y la miró como si su presencia la aburriera, más que molestarla—. Tengo trabajo.

Otro resoplido.

—Grosero.

Edward entrecerró los ojos.

—¿Más o menos grosero que asaltar una casa sin invitación?

Amanda hizo un mohín con los labios.

—Doblemente grosero.

—Amanda… tengo trabajo —le repitió.

—¡Bah! Los dos sabemos que finges trabajar, así que atiéndeme y dime donde está tu hermano.

Edward la miró enfadándose por momentos.

—¿Que finjo trabajar? —Ignoró su exigencia.

—Ya sé lo asquerosamente rico que eres, más que mi hermano, que ya es decir. Y…

—¡Dios Santo! —Edward se llevó las manos a la cabeza—. No me digas que hablarás así en tu debut.

Amanda sonrió, dispuesta a hacerle creer que así sería, pero… no iba a engañar a nadie y menos a Edward Chambers, que la conocía desde que llevaba pañales.

—No hablaré así, solo lo hago con los vizcondes que me caen mal —dijo en un tono dulce, indudablemente fingido, y con un aleteo de pestañas.

Cuando hizo una pequeña genuflexión, Edward abrió los ojos como platos.

—En serio, Amanda. ¿Qué vamos hacer contigo?

—Nada —se rio con gracia acercándose al escritorio—, y ahora se buen amigo y dime donde se esconde David.

—¿Tú y yo, amigos?

Ella hizo un gesto con la mano.

—¿Amigos? ¿Enemigos? ¿Qué más da? —dijo mirando alrededor—. Eres el hermano de mi prometido.

Amanda se giró para ver la larga biblioteca, tan bien iluminada, con unas estanterías repletas de tomos, tan antiguos y nuevos como uno deseara. Hasta era probable que hubiera algún incunable. Desde luego no era tan impresionante como la de la finca de los Chambers en Devonshire, pero sí mucho más que la mayoría.

Vio moverse una cortina al fondo de la biblioteca y parpadeó estirando el cuello.

—¡Amanda! —la potente voz de Edward la devolvió a la realidad.

—¿Sí?

Ella parpadeó al verlo de pie tras el escritorio. No dijo nada mientras Edward se acercó hasta ella. Su actitud le recordó a la de su hermano cuando quería darle una buena reprimenda. El vizconde se apoyó en la robusta mesa de madera, y cruzó sus brazos sobre el pecho. Amanda entreabrió los labios sin darse cuenta.

—Esa postura no es correcta frente a una dama.

—¿Tú me hablarás de corrección? —se mofó sonriendo de lado.

Amanda debía admitir que cuando Edward se reía así, parecía mucho más joven, menos estirado y más… humano.

Lo miró desde un metro de distancia. Llevaba una chaqueta azul marino, con un chaleco a juego, su impoluta camisa blanca contrastaba con el tono bronceado de su piel, algo por lo que había sido criticado en los salones de Londres. Pero es que Edward Chambers se pasaba la mayor parte del tiempo con sus arrendatarios, solucionando problemas de vacas, ovejas y cercas. ¡Qué aburrido!

Amanda parpadeó fijándose en sus piernas enfundadas en unos suaves pantalones de color beige. Las botas de caña alta estaban impolutas, y se dio cuenta de que jamás lo había visto usar zapatos y medias de seda en su presencia.

—No usas medias —dijo en un susurro.

—¿Perdón? —Fuese lo que fuese que iba a reprocharle a Amanda, Edward no pudo hacerlo. Parpadeó como si ella fuera la única mujer en el mundo capaz de hacer que se olvidara de lo que iba a decir.

Rio sin poder evitarlo, aún sin descruzar los brazos.

—¿Qué? —preguntó ella curiosa por su actitud.

—Eres increíble.

—Mm… ¿gracias?

—No es un cumplido.

Amanda dejó caer los hombros.

—Viniendo de ti, ya me lo podría haber imaginado.

Edward chasqueó la lengua.

—Por favor, ¿podemos hablar de lo que te ha traído aquí, para que así puedas irte cuanto antes a casa?

—David —dijo, seca y llanamente.

—¿David? Y ese ficticio compromiso, supongo.

—No es ficticio —dijo sin convicción, pero ante la mirada severa de lord Chambers tuvo que confesar—. Aún no es auténtico, pero hay posibilidades de que…

—Ninguna —dijo Edward secamente—. No hay la más mínima posibilidad de que mi hermano se case contigo.

Furiosa, Amanda se acercó para incrustarle el dedo índice en el pecho, pero por fortuna, se lo pensó mejor.

—¡No seas grosero! —se apartó sin dejar de mirarle con encono.

—¿Por qué soy grosero, exactamente? —preguntó Edward viendo como ella estaba de pie frente a él, con los puños apretados y los ojos echando chispas— ¿Por no alimentar tus fantasías absurdas? ¿O por decirte la verdad?

—¿Qué verdad?

—Que David jamás se casará contigo.

—¡Edward! —pateó el suelo, furiosa—. Tú no sabes nada. ¡Yo le amo!

—Creo que crees estar enamorada de él, pero ya te darás cuenta de que es un mero capricho. —Y antes de que pudiera replicar, añadió—. Debes entender que él no te ama a ti.

—Sí, lo hace.

—Como a una hermana.

—Como lo que sea —estalló ella—. Nos casaremos, seremos felices y… solo empañará nuestra felicidad el hecho de que tú seas mi cuñado.

Edward no pudo aguantar la risa, se llevó una mano al corazón.

—Eso es horrible. Pero de casarte con mi hermano, seríamos familia.

—Lamentablemente —espetó ella.

—Pero… —arrastró la palabra—, no voy a compadecerte, porque no te casarás con él y no emparentaremos.

—¡Eres insoportable!

—Soy sincero.

—¡Guárdate tu sinceridad! —Amanda se alejó de él.

El vestido nuevo era tan largo que tropezó y si no fuera porque el cuerpo de Edward amortiguó el golpe, se habría hecho mucho daño.

Las fuertes manos de lord Chambers la tomaron por los brazos, sujetándola justo en frente de él. La había alzado ligeramente, tanto que solo las puntas de sus escarpines tocaban el suelo. Abrió la boca sorprendida, por su proximidad, pero más aún por su inesperada fuerza.

Oh, el vizconde no era un pusilánime. Lo miró a los ojos, esas dos joyas azules que brillaban con diversión.

Siempre le había caído bien Amanda, y lo había hecho porque era divertido ver a una chiquilla revelarse contra el mundo, siendo tan sincera y espontánea como su condición le permitía. Ahora ya era una mujer.

Una mujer que quería casarse con su hermano.

Edward carraspeó, y la alejó estirando los brazos que aún la sujetaban y dejando que se parara sola sobre sus pies.

—Yo… —balbuceó Amanda—, gracias.

—Aman… Señorita Belford.

—¡Oh! No —dijo ella enfadándose de nuevo—. No vas a decirme, señorita Belford —pronunció ese nombre como si fuera el de una niña tonta y sin personalidad, en lugar del suyo.

—Es tu nombre, tu rango… así te llamará la gente en tu debut.

—Tú no eres gente —dijo enfurruñada.

Edward apretó los labios intentando ocultar su sonrisa.

—¿No soy gente?

—¡No! Eres… Edward.

—El vizconde de Glastonbury.

—¡No te llamaré así! —hizo una mueca y un gesto con la mano, como si alejara esa idea.

—Es que soy vizconde.

—¿Y qué? ¿Desde cuando eres tan petulante?

Él negó con la cabeza dándose por vencido.

—¿Sabes? —la tomó del codo—. Me da igual —La fue arrastrando hacia la salida de la biblioteca—. De verdad, llámame como quieras Amanda, pero en privado. En público sería preferible que no me dirijas la palabra.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres cruel Edward.

—Lo soy, pero es por tu bien —le sonrió falsamente y cuando la dejó en el pasillo empezó a cerrar la puerta— Y… ¿Amanda?

—¿Sí?

—No vuelvas jamás sin invitación.

Una invitación que no pensaba darle.

Cuando Amanda vio que aquella puerta se cerraba en sus narices, tuvo el impulso de abrirla de nuevo y decirle todo lo que pensaba de él. Pero no lo hizo. Al fin y al cabo, ella no quería hablar con Edward… el aburrido vizconde de Glastonbury. Ella solo quería a David. Su David. Su amigo que se casaría con ella, porque era lo único que le proporcionaría un matrimonio feliz en el lugar que amaba, Somerset.

***

—Puede que Amanda no me caiga bien —dijo Edward después de haberle cerrado la puerta en las narices y acercándose al escritorio con paso lento.

Tomó una de sus cartas y observó que ya se había secado. Al dejarla, miró fijamente al fondo de la biblioteca.

—Pero no me gusta mentirle.

—Lo siento, y te lo agradezco, hermano —dijo David saliendo de detrás de la cortina y

acercándose a él a paso ligero.

La mirada de Edward era reprobatoria.

—Si no quieres casarse con ella, no le des alas.

David se golpeó los muslos con las manos.

—Es Amanda, ya la conoces.

Sí, pensó Edward, la conocía muy bien.

—Sí, solo ella se habría atrevido a presentarse aquí sin invitación.

—Deben haberle dicho que he vuelto con el capitán Hilton.

Edward asintió.

—Sería mejor que me quedara en el cuartel, pero me es imposible, Anthony me quiere a su lado. Tenemos una misión importante.

Edward alzó una ceja.

—No sé de qué se trata, ni me importa —se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos haciendo que la camisa se estirara sobre sus abultados pectorales—. Arregla lo que tengas con Amanda.

—Lo haré, lo haré…

—¿Acaso quieres que tu prometida se entere de que la señorita Belford va a tu casa a buscarte?

David se sentó en la silla, poniendo la cabeza entre sus manos.

—Si Amanda no fuera tan testaruda…

—Si tú tuvieras valor —lo cortó molesto—, podrías decirle que estás enamorado de otra.

David miró con dolor a su hermano.

—Me lo merezco, supongo.

—Pronto debutará, David. Sería buen momento para decírselo a Amanda y anunciar tu compromiso con la hija del general Swanson.

—Es muy pronto, su padre quiere que esperemos a que mi nombramiento de Capitán sea un hecho antes de comprometerme oficialmente con su hija. Georgina…

—Si Georgina te ama, no le importará un noviazgo largo —le aseguró Edward a su hermano —. Es más, podría acortarlo asegurándole al general, que tienes mi beneplácito y respaldo financiero.

—Edward…

El vizconde sonrió.

—Vamos, hermanito. Eres el héroe de la familia, no me hagas pensar que has perdido el valor por una mujer.

David se levantó de la silla, y lejos de enfadarse dio unos pasos hacia su hermano y lo abrazó con fuerza. La mano del vizconde palmeó su espalda.

—Te mereces una mujer que te ame y te haga feliz. Si amas a Georgina… hagamos que sea un hecho.

La felicidad de David brillaba en sus ojos, pero esta vaciló al pensar en Amanda.

—Amanda…

—Lo superará. Es joven —dijo Edward completamente convencido—. Cuando quede deslumbrada de todo lo que Londres puede ofrecer a una debutante, dejará de pensar en ti, y escogerá a uno de la larga cola de pretendientes.

David sonrió.

—Pensé que dijiste que moriría soltera y rodeada de perros y gatos.

Edward alzó el mentón.

—Puede que eso lo dijera antes de ver su vestido nuevo. Es una belleza —las palabras fueron dichas para que David dejara de preocuparse por su amiga de la infancia y mirara hacia el futuro, pero lo cierto es que en verdad que Amanda estaba hermosa. Se había transformado, no en vano cumpliría los dieciocho años en la próxima temporada, y dudaba de que estuviera soltera cuando esta finalizara.

—Entonces… creo que no tengo mucho más que pensar —dijo David sintiendo un enorme orgullo por tener a su hermano de su lado—. Gracias.

Capítulo 55

Por fortuna, pensó Livia, los invitados no pasaban de siete docenas.

Era un baile de máscaras, donde lord Belford ponía a su hermana a la vista, para que todos ellos evaluaran y aprobaran a la debutante.

Pero a decir verdad, Amanda estaba mucho más emocionada de lo que quería admitir. Había recibido la confirmación de que David, y también su hermano Edward, asistirían a la fiesta. Al parecer habría un surtido número de militares, pues la camarilla del capitán Hilton llegaría al completo, con Anthony a la cabeza. Por supuesto Lyonel y Rose, habían declinado la invitación, esperando el inminente nacimiento de su hijo.

Su madre, lady Marianne sería la encargada de presentarla en sociedad, y mientras esto ocurría, Robert permanecía junto a Livia, aún enfurruñado por los ostentosos y nada recatados vestidos de su hermana. De nada servía que las demás mujeres lucieran de igual modo o de forma más escandalosa. Livia comprendió que, para Robert, Amanda siempre sería una niña.

—¿Crees que podrías sonreír un poco más? —le preguntó Livia a su marido mientras recibían a sus invitados.

—Podría, y lo haré cuando todo el mundo abandone mi casa —dijo sin apenas desviar la mirada hacia ella.

Esta vez fue Livia la que escondió una sonrisa tras su abanico. Robert había estado de muy mal humor, pero esperaba que el debut de Amanda fuera quien pusiera punto y final a su actitud, y que no fuera un punto de partida para ladrar a cualquier pretendiente.

Livia suspiró. Su cuñada estaba tan hermosa que era muy probable que un ejército de petimetres invadiera la casa de los Belford en breve. Robert montaría en cólera, y Livia sabía que tendría que vigilar a su esposo para que no casara a Amanda, solo para ahorrarse las visitas indeseadas.

—Espero que todo esto termine pronto.

Livia lo miró sin poder ocultar su buen humor.

—Lo siento, querido —le dijo intentando permanecer seria—, pero esto no ha hecho más que empezar.

Amanda se mordió el labio mientras estiraba el cuello.

—Por favor, no des motivos a tu madre para regañarte —se rio Edith.

La señorita Edith Spencer estaba pletórica por no tener que pasar sola la próxima temporada social. Como debutante, al igual que su mejor amiga, Amanda, su madre la obligaría a pasearse por los salones en busca de un buen marido. De momento, esa fiesta, mucho más íntima, les serviría de ensayo. Llevaba un precioso vestido de color rosa tan claro que parecía blanco, con un escote algo más recatado que el de Amanda.

—Mi madre me regañará por cualquier cosa, sobre todo cuando me vea con David.

Edith puso los ojos en blanco.

—Sin duda, por estirar el cuello de esta manera —dijo al ver que seguía buscando al joven de los Chambers.

—Nuestras madres siempre encontrarán la excusa perfecta para ponernos en nuestro sitio.

Edith rio tras su abanico, del mismo color que el vestido.

—No estires así el cuello, Amanda.

—Pon la espalda recta, Edith —se burló su amiga imitando a su estricta madre—. No entables conversación con el mozo de cuadras —dejó de burlarse y la miró, cómplice— ¿Entablaste conversación con el mozo de cuadras?

Edith asintió.

—Intentaba saber cuando montaba mi hermano a Luna, para robársela y salir a cabalgar, pero no hubo suerte. Está enamorado de esa yegua —rio Edith—, me pregunto si ese es el motivo por el que no se casa.

Amanda y ella empezaron a reír, hasta que las miradas de desaprobación de lady Spencer y lady Marianne se posaron sobre ellas.

—Retirada —susurró Edith que salió por las puertas dobles del salón, en busca de ponche.

Amanda la siguió sin dejar de observar a su alrededor. Hizo todo lo posible para no arrugar el carnet de baile que llevaba atado a su muñeca. Estaba lleno de nombres que apenas conocía, a muchos de los cuales, no les ponía rostro.

—¿Crees que David aún no ha llegado?

—Hay tanta gente, que es imposible saberlo. No pudo creer que haya llegado el ejército, esto está lleno de oficiales. No sé si podría distinguir al Alférez Chambers, ni al capitán Hilton —le respondió Edith—. Oh, tu hermano conoce a tanta gente. Debe adorarte si ha montado todo esto por ti.

—Sí y no. Creo que ha consentido que mi madre no reparara en gastos para mi debut. Ojalá fuera todo más íntimo.

—Así podrías escaquearte con David.

Amanda sonrió. La conocía muy bien.

Edith era su mejor amiga desde siempre. Aunque muy divertida y amante de la lectura, era cierto que no tenía su predilección por subirse a los árboles. Pero sí la tenía por los purasangres, la aventura y… las armas. Era una tiradora formidable. Lástima que no pudiera hacer gala de ello. Si su padre se enterara de sus habilidades de tiro, y sobre todo de su habilidad de montar a horcajadas, era probable que jamás le permitiera volver a hacerlo.

El señor Fitzgerald Spencer, era un buen padre, pero estricto. Los Spencer eran una familia muy bien considerada entre la alta sociedad.

Por todos era bien sabido que lord Spencer había hecho un buen matrimonio, casándose con Linda Smith, heredera de un magnate, poseedor de unas prosperas minas de carbón que le daban anualmente, múltiples beneficios económicos. A todo ello debían sumarle el título de barón. En definitiva, Edith era un trofeo codiciado, aunque ya había elaborado una lista de mil y una enfermedades para no tener que bailar con esos aburridos petimetres, al igual que inventaba historias atroces para que su padre viera con malos ojos, a aquellos pretendientes, que se acercaban demasiado con una proposición de matrimonio.

Edith no era hija única, también su hermana Cordelia había debutado hacía tres años, pero sus andares renqueantes y la boca torcida, hacían que fuera muy poco valorada por los caballeros. Sea como fuere, Linda Spencer estaba deseosa de casar bien a sus hijas con un joven de alta alcurnia, aunque Amanda era de la opinión que le resultaría más difícil a Cornelia, pues no era una muchacha demasiado agraciada. Pero sí era una joven dulce y bien educada, y eso era suficiente para encontrar un buen partido. Si eso era lo que Cornelia quería, ¿no?

—¡Oh! ¡Ahí está!

Amanda dio un ligero codazo a Edith que casi tiró el ponche al suelo, y la hizo avanzar hacia David.

—Amanda… todos nos miran.

—Vamos, David está ahí. Voy a pedirle un baile.

—¿Sabes que debería ser él quien te lo pidiera?

—Los convencionalismos no van con nosotros, a no ser… —su entusiasmo se esfumó, y su paso se volvió más pausado mientras se dirigía hacia David.

—¿Qué?

—Su hermano —dijo Amanda con fastidio.

—El vizconde de Glastonbury, es especialmente apuesto.

—¿Apuesto? —Amanda frunció la nariz al observarlo de nuevo mientras avanzaban—. Bueno… yo no diría tanto.

Pero su voz se fue apagando mientras miraba sus formidables piernas enfundadas en unos pantalones de ante negro, su impecable levita, contrastaba con la camisa blanca inmaculada. Sus botas estaban tan limpias que podría verse reflejado en ellas.

—Es muy guapo —sentenció Edith.

—Es un gruñón, me regaña más que Robert.

—Quizás porque te lo merezcas —se rio su amiga.

Al llegar junto a los caballeros, Amanda congeló la sonrisa en su rostro. Había estado tan centrada en David, que no vio a su hermano Robert.

—Amanda —la saludó este.

Ella rio nerviosa.

—Robert… venía a verte —Al escuchar a Amanda, Edith se rio por la mentira.

—Me lo imagino. —Por supuesto sabía perfectamente por qué se había acercado su hermana, y Livia que estaba a su lado, la miró cómplice.

—¿Qué tal ese carnet de baile? —preguntó Livia haciendo que Amanda se sonrojara—. Seguro que algún amable caballero no ha tenido aún el placer de bailar con ella.

Amanda miró a David con esperanza, pero él le sonrió con cortesía tras su máscara de león.

—Lo lamento, no podré bailar esta noche, una lesión inesperada en mi rodilla.

Edward quiso matar a su hermano en ese mismo instante.

—¿De veras? —la voz de Amanda se apagó y su desilusión fue tan tierna e inocente, como si un gatito mojado le estuviera suplicando ayuda.

Carraspeó sin saber muy bien por qué.

—Quizás podría hacer el honor de concederme el próximo baile.

Amanda miró los ojos de Edward. Su rostro estaba escondido tras una máscara de zorro y sus ojos brillaban como soles. Ella parpadeó y abrió la boca sin dejar de mirar sus pupilas, como si en ellas estuviera la respuesta para semejante catástrofe. ¿Un baile? ¿Con Edward?

¿Qué demonios estaba pasando?

—Por supuesto.

¡Maldita sea!

Al parecer las lecciones de su madre y Livia habían dado sus frutos. ¿Cómo era posible que hubiera aceptado algo semejante?

***

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Livia a su esposo. El susurro apenas fue audible para él, pero era evidente que querría saber el motivo del comportamiento de David.

Robert no era tonto. Había entendido que sucedía algo desde el momento en que los dos hermanos Chambers se habían acercado a él para hacerles unas confidencias. Dejando claro que un compromiso por parte de David era inminente. El general Swanson había acudido al baile como amigo suyo, y confirmó su asistencia con su esposa y su hija, Georgina.

—Se ha hablado de una dama, más que de otra —dijo escueto.

Livia lo miró perpleja.

—¿En qué sentido?

—David se va a casar.

Livia se quedó petrificada. No supo qué decir o hacer.

—¿Con Amanda?

Él negó mientras miraba a sus invitados tras una máscara de lobo. Su mirada se deslizó por la pista de baile donde Amanda y Edward Chambers bailaban una cuadrilla.

La anfitriona sintió un nudo en el estómago cuando vio a David al otro lado, el muy ladino se había zafado del baile con Amanda y ahora estaba con el general Swanson, y por supuesto con su hija Georgina. Una belleza rubia y pequeña. Y ahí todo parecido con Amanda desaparecía. Pues sí una era enérgica y decidida, la otra parecía tímida y remilgada. Pero cuando sus ojos miraban a David Chambers lo hacían con devoción, y en los de él había un profundo amor que, desde luego, no había visto con su amiga.

—¿Lo sabe Amanda? —preguntó, sin apartar la mirada de la bella muchacha.

Sus tirabuzones se agitaban al lado de un bello rostro juvenil. David la hacía reír con el beneplácito de su padre, que estaba entre ellos. No había duda de que ahí había algo.

—¿Están comprometidos?

—Esta noche —fue lo único que dijo Robert.

—No, no, no —susurró escandalizada—. No puedes permitirlo. Amanda…

—Quizás sea lo mejor, y deje atrás sus ilusiones infantiles.

—Por Dios, Robert… —Livia palideció al poder adivinar como se sentiría Amanda—. No puedes consentirlo. No puedes…

—Me han pedido permiso para anunciarlo después del próximo vals.

—No en el debut de Amanda.

—En verdad no es el debut de Amanda, solo un ensayo.

Livia sintió un dolor casi físico cuando miró en los ojos de Robert.

—Por favor.

—Livia. ¿Cómo sino va a darse cuenta de que es un amor imposible?

Su esposa parpadeó. Así que Robert lo había consentido a propósito.

—Es cruel.

—Si no hay dolor, Amanda insistirá una y otra vez, hasta que se ponga en peligro, quizás en ridículo. —Entrelazó las manos a su espalda, una postura que Livia conocía bien, aquella que le indicaba que había tomado una decisión—. Hoy Amanda dejará de ser una niña, Livia. Debe aprender que uno no consigue todo lo que se propone en la vida.

La mano de Livia, que tocaba el hombro de su esposo, cayó a un lado. Fue como si esas

palabras nada tuvieran que ver con su hermana, sino más bien con ellos. Él no la había elegido como esposa, sin duda Robert sabía lo que dolía no conseguir lo que uno había deseado durante tanto tiempo, y conformarse… con menos.

—Por favor, discúlpame.

Livia se dio la vuelta y huyó de allí antes de descomponerse.

Se apartó de la fiesta y fue al tocador de señoras. No había nadie dentro, más que dos jovencitas haciéndose confidencias y que salieron nada más entrar ella. Pero al cabo de un minuto, como si hubiera llamado al mal tiempo, su suegra invadió el espacio.

—Querida…

Livia se dio la vuelta. Sabía que de querida no tenía nada.

—Al parecer el baile no va tan mal como era de esperar.

¿Eso era un cumplido?

Su suegra parecía verdaderamente un dragón acechándola para ver como cometía el más mínimo error, para después echárselo en cara. Livia, realmente quería cumplir con sus obligaciones, que todo saliera perfecto, especialmente por Amanda y para demostrarle a su esposo que era capaz de ser una buena señora y honrar su apellido. Pero aquella odiosa mujer no se lo ponía nada fácil.

—Me han dicho que se va a anunciar el compromiso de David Chambers —lady Marianne sonrió con maldad.

—¿Usted lo sabía? —dijo perpleja.

—Hay pocas cosas que yo no sepa.

—Debió advertirme, yo hubiera hablado con Amanda. Esto es innecesariamente cruel.

—No me digas que debo o no debo hacer —se acercó a ella y le golpeó el hombro con el abanico—. Yo cumplo con mis obligaciones. ¿Lo haces tú?

Livia empalideció.

—¿Yo?

La mirada de su suegra era tan fría… Se paseó hasta ella con las manos a la espalda y la miró con desprecio, observando su cuerpo de arriba abajo.

Para Livia fue claro lo que estaba buscando, algún cambio en su vientre que le dijera que estaba en cinta. Pero no lo estaba.

—¡Tú! —la señaló con la mirada—. No tienes más obligación que la de darle un heredero a mi hijo, y ni eso eres capaz de hacer.

—Pero yo…

—¿Te estás tomando la medicina que te di? —preguntó, sin dejarla terminar.

—Sí, por supuesto —No era del todo cierto. Algunos días, Robert acudía más temprano a su alcoba y se olvidaba completamente de ello. Además, empezaba a sospechar que el continuo cansancio era a causa de ese brebaje.

—El médico recomendó que la tomaras cada noche —insistió la mujer—. No te quedarás en cinta si…

—¿El médico? —preguntó, con extrañeza. Livia recordaba muy bien como lady Marianne le había dicho que no podía decirle a nadie que estaba tomando ese remedio, los hombres no tenían que saber de estas cosas.

Sin embargo, Lady Mariane, asintió.

—Sí —dijo, severa—. Tómatelo sin falta.

—Pero es que creo… que me sienta muy mal —intentó explicarle—, me quita las fuerzas, y la concentración para las tareas más insignificantes.

Otro paso hacia ella y la expresión de su suegra hizo que tragara saliva.

—¡No más excusas! —la agarró con fuerza del brazo y la zarandeó— ¿me has entendido?

Livia apretó los labios.

Sí que debía de afectarle esa medicina si no era capaz de decirle sin pelos en la lengua todo lo que pensaba de que se estuviera metiendo en su matrimonio. No obstante… pensó en Robert. Las cosas entre ellos empezaban a ir tan bien… Quizás no la amara, quizás siempre preferiría a Belinda, pero… Había empezado a tratarla con respeto, valoraba su opinión, y, había momentos en que soñaba que la quería. No podía echarlo todo a perder discutiendo con su suegra. A Robert no le gustaría.

—¿Me estás escuchando?

—Por supuesto —mintió, Livia.

Se bebería ese tónico, quizás si se quedaba embarazada pronto podría dejar de tomarlo y volver un poco a la normalidad. Toda la normalidad que te da un embarazo.

Sí, ya debía faltar poco. Si Robert seguía durmiendo en su cama, la concepción del pequeño heredero no tardaría en llegar.

Se le dibujó una sonrisa tonta en la cara al imaginar un pequeño Robert correteando por la casa.

—¿De qué te ríes? —Cuanto más feliz era Livia, más furiosa se sentía lady Marianne, y eso empezaba a ser notorio para todos los de la casa.

—De nada —respondió—. Me tomaré el tónico.

Su suegra no respondió, la miró una última vez y se marchó para acudir al inesperado anuncio de David Chambers.

Capítulo 56

Ajena a lo que estaba a punto de acontecer, Amanda se sorprendió disfrutando del baile con lord Chambers. Edward, lejos de lo que habría imaginado, resultó ser un diestro bailarín. Su sonrisa era auténtica y la guiaba por la pista con destreza. Amanda se ruborizó cuando, en uno de los pasos de baile, ella tropezó y él la sostuvo por la cintura. Por fortuna, nadie se percató del percance, pero ella sintió la calidez de su cuerpo durante unos escasos segundos.

—Yo… —Amanda lo miró a los ojos, era como si quisiera decirle algo pero no se atreviera.

—¿Sí?

En ese momento cesó la música.

Era el momento de quitarse las máscaras. Entre aplausos todo el mundo lo hizo entre risas. A Amanda le pareció mentira haberse divertido tanto. Casi se sintió decepcionada de tener que separarse de Edward. Cuando él hizo una reverencia, la tomó de la mano y la besó, ella sonrió.

Cuando Edward miró a su hermano David, ella estiró el cuello y se dio cuenta de que el hombre mayor que estaba a su espalda, alzó la copa en señal de saludo. Amanda parpadeó cuando su atención cayó sobre la belleza rubia que miraba con tanto sentimiento a David. Su, David.

—Yo… —dijo Edward volviendo a mirar a Amanda—, lo siento mucho.

Ella lo miró con extrañeza y pensó en seguirlo cuando se escabulló hacia donde estaba David, pero fue entonces que su hermano llamó la atención de todos los presentes, subiendo varios peldaños de las escaleras centrales.

—¿Qué está pasando? —pregunto Edith.

—No lo sé —Amanda tenía un nudo en la garganta, sin saber muy bien porqué.

De pronto Livia apareció a su lado y la tomó del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes son esos, Livia?

—El general Swanson y su hija Georgina —dijo apenas sin voz.

—¿Y por qué se dirigen a la escalera junto a Robert?

Livia apretó su mano con más fuerza.

—Buenas noches —empezó a decir Robert—, espero que estéis disfrutando de la velada. —Hizo una pausa durante la cual las damas agitaron sus abanicos. Algunas mujeres más mayores empezaron a cuchichear en los corrillos, y todos estaban expectantes porque tres caballeros y una hermosa dama se habían quedado junto a él en la escalera—. El general Swanson a quien muchos conocéis —algunos oficiales aplaudieron—, me ha pedido poder hacer un anuncio, y el vizconde de Glastonbury no ha querido quedarse atrás.

Al ver que Edward se adelantaba Amanda ni siquiera parpadeó.

—Es un honor tener como hermano a alguien tan valiente y que por méritos propios, esta noche se le ha concedido el título de capitán.

—Oh —Amanda miró a Livia y le sonrió maravillada—. Capitán, Livia. ¿No es fantástico?

Pero no vio que su cuñada se alegrara en absoluto. Así que intentó comprender por qué, se volvió hacia David que una vez más miraba a esa muchacha rubia y el corazón empezó a desbocarse.

—¿Qué está pasando? —se preguntó a sí misma.

Después de ese anuncio y las felicitaciones, el general Swanson se llevó una mano al pecho,

mientras con la otra alzaba la copa de champán. Casi todos los presentes iban tomando una de las bandejas que el servicio paseaba por el salón. Amanda ni siquiera fue consciente de ello hasta que se hizo el anuncio.

—Las buenas noticias no se terminan aquí —dijo el hombre con voz ronca y tono elevado—. Esta noche, tengo el placer de anunciar el compromiso de mi hija, Gerogina Swanson, con el capitán David Chambers, cuyo nombre y honor aportaran un valor incalculable a nuestra familia. Así pues, un brindis por los novios.

—¡Por los novios!

En ese momento, Amanda sintió como las rodillas le flaqueaban. Se estaba mareando. Todo a su alrededor daba vueltas, como si estuviera en un carrusel. Se sintió sola, desamparada ante esa sensación, hasta que…

Un caballero se puso a su lado, y con disimulo, la asió por la cintura para que no cayera redonda al suelo.

—Saquémosla de aquí.

—Sí —era la voz de Livia, y la de…

Amanda alzó la mirada y se encontró con los ojos azules de Edward. Como un tronco en mitad de una cruel tormenta, en un océano agitado por la decepción, lord Chambers le dio el suficiente aliento y fuerza como para no ahogarse.

—Aguanta, Amanda —le dijo Edward sintiendo su dolor—. Que nadie te vea llorar.

Amanda aguantó. Aguantó cuando David se adelantó junto a Robert, y mostró el anillo de compromiso que esa joven lucía en el dedo corazón, para que todo el mundo lo viera. Más aplausos, más vítores.

Amanda se resistió a moverse, mientras su mirada caía fija sobre el que había sido su mejor amigo toda la vida, su alma gemela. Aguantó y aguantó, y siguió aguantando cuando el que había pensado que sería su esposo, besó en la mejilla a la ruborizada prometida.

Y hasta juntó las manos para aplaudir a los novios.

—David es un cobarde —gimió, enfadada.

Livia y Edward se miraron.

—Quería decírtelo —dijo el vizconde.

—Ya veo… —se burló con una sonrisa que la desgarraba por dentro, sin querer mirarle siquiera—. Debes haber disfrutado viendo como tus planes salían bien.

—Amanda —dijo Livia, a lo que él le hizo un gesto como que no importaba.

Esta vez, Amanda sí lo miró. Y en sus ojos él pudo ver el dolor y la rabia de saberse traicionada.

—Lo tenías planeado —acusó—. Siempre has hecho lo imposible para que no estemos juntos. No te perdonaré.

—No he hecho nada semejante —se ofendió él.

Pero no había nada que pudiera decirle para aplacar su dolor.

Amanda, dio media vuelta y sin dejar de mirarle a los ojos, la ira, el dolor y todo el rencor que sentía se materializaron en una sonora bofetada, que hizo que todo el mundo se volviera hacia ellos.

Un silencio sepulcral reinó unos segundos hasta que la copa de lady Marianne cayó al suelo.

—¡Amanda!

Los murmullos se iniciaron, al ver que la debutante, quien iba a ser una joya reluciente entre las otras damas, se había convertido en una paria.

Nadie abofeteaba a un hombre en público sin que las lenguas se desataran con malicia, especulando sobre el motivo oculto, casi siempre escandaloso.

—No has debido hacer esto —Edward cerró los ojos. Sería la comidilla de todo Londres antes de que amaneciera.

Lamentablemente, ese no sería el único escándalo de la noche.

Capítulo 57

Livia se quedó junto a su esposo, ordenó a los músicos que siguieran tocando y dejó de aguar el vino. Tener a un par de lores borrachos, no garantizaba que estos fueran más benévolos con el escándalo sufrido. Solo cuando los ánimos parecieron volver a calmarse, Robert se permitió desaparecer.

Entró en la biblioteca sin golpear la puerta. Allí, una Amanda lloraba a moco tendido mientras su madre resoplaba, incapaz de consolarla.

—Señorita Spencer —saludó Robert, viendo como Edith abrazaba a Amanda que apenas podía tomar aliento.

—Sé que es un asunto familiar, pero por favor, deje que me quede.

Robert la miró comprensivo.

—Dudo que a su madre le agrade que se vea envuelta en un escándalo.

Amanda alzó la cabeza y miró a su hermano, evaluando las palabras, luego miró de nuevo a Edith y estalló en llanto.

—Me quedaré sin amigos —hipó para arrancar de nuevo—. David se va a casar, y… y… ¡Odio a Edward Chambers!

—¡Amanda! —Robert se dijo que su hermana no estaba siendo racional.

Edward Chambers había velado por su hermano, como haría él, aunque a Amanda le pareciera que la estaba condenando.

—¡Es la verdad! Él ha tramado ese absurdo compromiso. David y yo íbamos a casarnos.

—Pero ¿qué estás diciendo? —lady Marianne se llevó una mano al pecho.

—No la escuches mamá —la tranquilizó Robert—, no había tal compromiso.

—¡Pero lo habría habido! Estaba a punto de aceptar.

Lady Marianne se tambaleó.

—¿Te ofreciste en matrimonio? —Lady Marianne miró alrededor—. Necesito mis sales. Voy a desmayarme.

—Por favor, no lo hagas. Vamos a tranquilizarnos. —Robert miró a Amanda—, recomponte y te espero en la fiesta.

—¿Qué? —la miró horrorizada— ¡No!

—Sí.

—No puedo, he hecho el ridículo por su culpa.

La mirada severa de su hermano cayó sobre ella.

—No, Amanda, él ha hecho el ridículo por tu culpa. Vas a disculparte.

De pronto Amanda se levantó del sofá, dejó a Edith sentada, mirándola con sorpresa. Vio verdadera determinación en su mirada cuando apretó el puño y lo alzó en alto.

—¡Las ranas criarán pelo antes de que eso ocurra!

—Pues tendremos unos sapos, preciosos en Thornfield —dijo Robert con toda la calma del mundo—, porque te aseguro que te vas a disculpar con el vizconde de Glastonbury.

***

Si Livia pensó que lo que acababa de suceder era lo peor que podría haber ocurrido aquella noche, se equivocó.

Respiró hondo, paseándose por el salón del brazo de Maranta.

Sentía auténtica lástima por Amanda, pero aquella bofetada… santo cielo, ¡y el día de su debut!

—No puedo creer lo que ha ocurrido —dijo Maranta, entre dientes, interrumpiendo sus pensamientos.

—Yo tampoco —Livia estaba verdaderamente preocupada por su cuñada—. Sé que es joven y se le pasará, pero…

—Estos buitres siempre quieren carnaza. Y se la han puesto en bandeja de plata.

Cuando Livia la escuchó hablar así, la miró a la cara, sorprendida porque su semblante no mostrara absolutamente nada. Era como si todas las emociones de Maranta estuvieran bien escondidas y solo ella pudiera hacerlas aparecer. ¿Siempre había sido tan comedida? ¿Habría fingido alguna vez estar de buen humor, divertirse, sin que ella se diera cuenta?

Livia lo dejó pasar. Sintió que era un pensamiento irrespetuoso para con su amiga Maranta. Ella había sido tan amable con ella. Era su mejor amiga.

—No sé qué haría sin ti.

Maranta alzó una ceja y le sonrió apretando los dientes, como si quisiera contener la sonrisa y no hubiera podido lograrlo del todo.

De pronto el mismo silencio que había imperado en el salón cuando estalló la bofetada en el centro de la pista de baile, se hizo sentir en ese inesperado momento.

La gente la miraba.

Livia paseó sus ojos por los invitados, que carraspeaban incómodos mientras la música seguía tocando.

—¿Qué está pasando?

No fue hasta que se giró hacia la entrada, que se dio cuenta de que alguien que no había sido invitada a la fiesta, había aparecido del brazo de su marido.

—¡Belinda!

Maranta tuvo que sujetarla.

—¿Es real? —preguntó Livia en un susurro de pánico.

—Muy real —dijo Maranta sin inmutarse.

Buscó a Robert con la mirada, pero no estaba allí.

Livia se quedó pálida al ver a su hermana entre la multitud. No lo podía creer. Pero allí estaba, con un vestido de vivo color verde turquesa, un peinado que realzaba su bello busto y una radiante sonrisa en los labios que habría eclipsado al mismísimo Apolo. Del brazo de un apuesto caballero, orgullosa y altiva, actuaba como si nada de lo que hubiera hecho le afectara lo más mínimo.

—Dios mío… —A Livia le empezaba a faltar el aire.

—Sonríe, querida —le susurró Maranta—. Lo que quieren es otro escándalo, no se lo permitas. —Como si hubiera entendido lo que quería decir, la tomó del brazo y dio un paso hacia Belinda que lucía una espléndida sonrisa—. Saluda a tu hermana.

No pudo hacer otra cosa que asentir.

—¡Livia! ¡Querida!

De pronto, recordó la sonrisa de Belinda, su voz, sus miradas escrutadoras, esa risa tan angelical… ¿Quién hubiera dicho que tras la apariencia de un ángel, se encontraba una mujer

capaz de abandonar a sus seres queridos a su suerte, para volver triunfante medio año después?

La música parecía estallar en sus oídos, se obligó a dar un paso tras otro.

—Belinda.

Los miró de arriba abajo. Había cambiado, parecía más… madura. Quizás más segura de sí misma, más ella. Al parecer no tenía por qué mostrarse tímida y dulce después de haber conseguido un marido.

Se fijó en los diamantes que lucía en el cuello, las muñecas, manos y orejas… Sí, ahí estaba el motivo por el cual había declinado la oferta de ser la esposa de un conde.

Era asquerosamente rica.

Y, aun así, había dejado a su padre en la cárcel y a su hermana en una situación tan desesperada que por poco acaba por ahogarla.

Fue muy consciente cuando los ojos azules de su hermana la observaron como si ella también viera a alguien en parte desconocido. ¿Habría cambiado a los ojos de Belinda después de contraer matrimonio con Robert? ¿Se la vería tan segura de sí misma como a ella? Lo dudaba, casarse con Robert solo parecía haberla ablandado, resignándola a los malos modos de su suegra, aunque Robert… él había resultado ser tan distinto…

Maldición. Belinda estaba dispuesta a ofrecerles el espectáculo que querían los presentes.

La vio apartarse de su esposo con unas palabras susurradas a su oído y se dirigió hacia ella.

—Livia… —se echó a sus brazos y lloró sin lágrimas, esperando que todo el mundo aplaudiera su reencuentro—. Te he echado tanto de menos.

—¿De veras?

—¡Por supuesto! —exclamó.

Livia no la apartó, simplemente la tomó de la muñeca para sacarla de allí.

Hablarían en el saloncito privado, lejos de oídos indiscretos, pero… por supuesto, Belinda iba a regresar a la sociedad londinense, y para ello, debía hacerse perdonar.

—Hermana —comenzó Belinda clavando los talones en el suelo para que Livia no pudiera sacarla de allí—. Estoy tan feliz de que todo saliera bien.

¿De qué demonios estaba hablando?

—Cuando supe que estabas enamorada de Robert y que él te correspondía… ¿Quién era yo para entrometerme entre dos corazones que se amaban?

¡¿Qué?! ¡Oh! ¡Por Dios!

—Belinda…

La abrazó de nuevo y la besó en la mejilla.

—¿No creen que fue necesario sacrificarme? Mirad qué pareja tan hermosa hacen los condes de Belford.

Algunos invitados aplaudieron y hasta Maranta parecía perpleja.

Si aquello era un espectáculo, Belinda lo había ensayado de manera magistral.

—¡Di que me perdonas, hermanita!

Todos y cada uno de los presentes estaba esperando la respuesta, había un silencio sepulcral, hasta la orquesta había dejado de tocar. No podía creerse que algunos invitados sonreirán conmovidos por la escena.

—Por Dios, Belinda.

Esta la abrazó con más fuerza.

—Te doy una salida, hermana —le dijo al oído—, no querrás que crean que me robaste el marido y que ahora no quieres reconciliarte conmigo.

Livia estuvo a punto de clavarle las uñas en sus hombros parcialmente desnudos y ese cuello largo y pálido cubierto de diamantes.

Sonrió.

Sonrió de tal forma que Maranta estuvo orgullosa de ella. La fingida sonrisa conmovió a los espectadores.

—Bienvenida, hermanita —dijo Livia—, te aseguro que Inglaterra no ha sido lo mismo sin ti.

Un nuevo abrazo y la gente aplaudió hasta que le dolieron las manos.

Pero a Belinda le dolió la muñeca cuando su hermana la llevó al salón para que ambas pudieran tener privacidad.

Livia miró por encima del hombro y encontró la mirada de Maranta, que asintió de inmediato.

Iba a buscar a Robert.

De inmediato.

Capítulo 58

Después del bochornoso espectáculo, Livia tomó el brazo de Belinda y la arrastró hacia un saloncito privado.

—Me haces daño —dijo Belinda con los dientes apretados cuando su hermana la hizo entrar.

Cerró la puerta, una vez que las dos estuvieron dentro. La beldad rubia se frotó la muñeca dolorida sin dejar de mirar los ojos pardos de su hermana, había un nuevo brillo en aquella mirada.

—Estás molesta —se mofó—, por eso quieres hacerme daño.

—¿Daño? —preguntó Livia, incrédula—. Daño el que tú nos hiciste.

Belinda se llevó una mano al pecho, fingiéndose ofendida.

—No era mi intención, te lo prometo.

Livia la ignoró.

—¿Cómo pudiste hacernos esto, Belinda?

—¡Livia! —se sintió ofendida—. ¿Por qué esa actitud? —Belinda hizo un puchero y ella solo pudo poner los ojos en blanco.

—No me vengas con esas.

—¿Por qué me tratas así? —Se acercó a Livia intentando abrazarla. Esta se dejó hacer, pero no reaccionó con entusiasmo—. No me trates así ¿sabes lo preocupada que he estado por todos vosotros? ¡Os he echado de menos! ¿Y papá? Oh, Hermanita… ¿Cómo has estado? Mi querida hermana, te he echado tanto de menos. —Se apartó un poco de Livia, sujetándola con los brazos, y mirándola como si fuera una pieza de exposición.

Livia cerró los ojos para calmarse y después la miró directamente, exigiendo una explicación.

—¿Qué haces aquí? —inquirió, con dureza.

Belinda la miró, como si no comprendiese la actitud de su hermana. Y tal vez en su cabeza así fuera.

—Tu suegra me ha invitado, por supuesto.

—¿Qué? —¿Qué demonios estaba pasando? —. Eso no es posible, te odia.

—Oh, no, creo que te equivocas. Me escribió a Nueva York cuando te casaste con Edward. Esa mujer siempre me adoró —se encogió de hombros como si le sorprendiera que su hermana no estuviera al corriente—. Me dijo si habría alguna posibilidad de volver.

—¿Volver?

—Para casarme con Edward.

—¡Pero si está casado conmigo!

No entendía nada.

—Ya, por lo visto quería tenerme cerca por si te ocurría algo —hizo un gesto con la mano desechando la idea—. Pero yo le dije que estaba felizmente casada, es tan guapo… y tan rico. No me separaría de él por nada del mundo.

Livia supuso que una mala inversión podría obrar el milagro, pero se calló.

—En su última cara dijo que me esperaba para que pudiera ver a Amanda en su primera temporada. Peor ya que he llegado antes a Bristol, que menos que acercarme a saludar.

Livia meneó la cabeza. No sabía qué la horrorizaba más, la maldad de su suegra o la absoluta

despreocupación de Belinda.

—Vamos, has dicho que me perdonas —hizo de nuevo un puchero— ¿Este es el recibimiento que me merezco después de tantos meses?

Livia apretó los labios y dejó claro que estaba enfadada.

—Sí, es lo mínimo que te mereces.

—¡Y yo echándote de menos! —se quejó Belinda—. Bueno, al menos todo lo que me ha dejado mi vida de mujer casada. He estado tan ocupada. Nueva York es… preciosa, allí mi esposo tiene varias compañías, pero se está lucrando con el ferrocarril. Sin duda nos va muy bien, como puedes comprobar.

Se señaló los diamantes y rio coqueta.

Livia cerró los ojos, que se le habían inundado de lágrimas.

¿Cómo era eso posible? Había sufrido tanto, ¿era al menos consciente de eso su hermana? La hermana egoísta que se reía y parloteaba sin cesar de su nueva vida.

—¿Y dónde está papá? Ya me han dicho que tu marido lo sacó de la cárcel —juntó las manos con entusiasmo—. Qué bien que pudieras convencer a Robert. La prisión debe de ser un lugar horrible. Me hubiera gustado verlo.

—Está en Irlanda. Y no, no te hubiera gustado verlo.

—Oh, Irlanda, país de pobretones —hizo un mohín encantador, ignorando el comentario sobre la cárcel—. Hay muchos en Nueva York. Basura blanca, así los llaman.

—¡Belinda! —No iba a hablar mal de los irlandeses, ni de la época en que su padre estuvo encerrado en un cuarto mohoso.

—¿Qué? —parpadeó sin comprender su mal humor—. ¿Por qué estás tan furiosa? Ya me han dicho que mi desaparición te consiguió un marido —se rio con descaro tal, que Livia tuvo que retroceder un paso.

—¿No te importa lo mucho que hemos sufrido?

—¿Sufrir? —parpadeó, sin comprender—. Pero, Livia, estás casada con lord Belford, es rico, guapo…

—¡No quería casarme con él!

En ese instante fue que Robert aprovechó para entreabrir la puerta del salón.

La acalorada declaración de su mujer lo dejó clavado en el sitio. Un mal momento, se dijo. Le hubiera gustado ahorrarse el instante en que su esposa le decía a su hermana que había odiado el hecho de convertirse en su esposa.

—Oh, hermanita. Pero seguro que sabes manejarlo. Ahora tienes dinero e influencia ¿no compensa?

—¿Eso es lo primero que dices después de lo que hiciste, que ahora tengo poder e influencia?

Belinda se llevó una mano al corazón y parpadeó ofendida. Sus ojos se anegaron de lágrimas, tan falsas que Livia se resistió a poner los ojos en blanco.

—Siento que anteponer mi felicidad haya supuesto un quebradero de cabeza para ti.

—No es eso.

—Sí lo es —Belinda se acercó de nuevo a Livia e intentó abrazarla, pero su hermana se zafó —, porque si no fuera así, te alegrarías por mí.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida— ¿Cómo podría alegrarme por ti después de lo que nos hiciste?

Belinda parpadeó, incrédula.

—Pero… me fui por ti, tú me animaste a desobedecer a papá.

Livia dio un paso atrás.

—¿Qué? —se llevó una mano al pecho—. Pero, ¿qué estás diciendo?

Belinda asintió con rapidez.

—Me dijiste que, si no quería casarme con Robert, no lo hiciera.

—Pero yo no…

—Y que encontraríamos una solución, que no tenía por qué entregarme a Lord insufrible.

Cuando Robert escuchó ese apodo, estuvo convencido de que Belinda decía la verdad. Solo Livia se había atrevido a llamarle lord insufrible.

—Hice lo que me empujaste a hacer —continuó Belinda—. Y no me malinterpretes, porque me alegro mucho de haber comprendido que había otra solución para mí. Me casé con el hombre que amo, que además es rico. Por supuesto papá quería un título, pero nada compensaba tener que casarme con Robert Belford y vivir con un dragón semejante.

—Robert no es…

—Hablo de su madre. Oh, esa bruja.

—¡Belinda!

—En sus cartas me habló como si quisiera deshacerse de ti, así que yo me iría con ojo.

—¡Belinda! ¡Es suficiente!

Livia se sacudió las manos de su hermana y la miró con severidad.

Robert pensó que ya había escuchado bastante. Abrió la puerta sin hacer el más mínimo ruido y Belida se sobresaltó al verle.

—¡Oh! Lo siento —Belinda miró por encima del hombro de Livia y ella lo supo.

Su marido, estaba tras ella.

La sangre abandonó su rostro. ¿Cuánto habría escuchado?

—Buenas noches, Belinda.

Livia miró a su esposo. Empezaron a sudarle las manos y era muy probable que su tez estuviera blanca como la cal, pero Robert no pudo darse cuenta, pues no la miraba a ella. Tenía su mirada estaba clavada en Belinda, y su hermana parecía más que feliz de verle.

—Robert.

La sonrisa vaciló cuando lord Belford se quedó mirándola muy fijamente, sin reaccionar. La incomodidad de Belinda hizo que carraspeara y desviara la mirada a cualquier otro sitio, posándola finalmente en su hermana.

—Estaba felicitando a Livia por vuestra boda —dijo antes de que se le escapara una risa nerviosa, como si realmente fuera una noticia maravillosa. Como si esa boda no fuera consecuencia de las acciones que ella inició—. Lamento habérmela perdido, seguro que fue muy bonita.

—Fue algo más íntima de lo que debía ser la nuestra.

—Oh —Belinda rio totalmente, algo escandalizada de que su ahora cuñado, sacara a relucir que habían estado comprometidos—. Bueno, Livia siempre ha sido más… ahorrativa.

Sí, se mordió la lengua, Livia. Estaba claro que habría sido diferente con Belinda.

—De todas formas, enhorabuena por la boda.

—Gracias.

Los gélidos ojos de Robert se desplazaron hacia los de su esposa.

—Si habéis terminado de hablar, creo que nuestros invitados están deseosos de vuestra compañía —tendió una mano a su esposa y Livia la tomó, sin estar muy segura de cuáles eran los sentimientos de Robert al ver de nuevo a Belinda—. ¿Vamos, querida?

—Oh, pero… hay tanto que hablar.

—Habrá tiempo de sobra —dijo Robert con sequedad.

Livia se dejó arrastrar hacia fuera del saloncito.

—La gente murmura —dijo Robert—. Lo de Amanda ha sido un desastre y ahora esto.

—Lo lamento —dijo Livia en un hilo de voz.

Y era verdad. Lamentaba haber hecho lo que se prometió que jamás haría, promover un escándalo que salpicara el apellido Belford.

—Te juro que no invité a Belinda, ni siquiera sabía que estaba…

—Ahora eso no importa —dijo en un tono tan neutro que no pudo averiguar su verdadero humor—. Acabemos la velada como podamos.

Sí, pensó Livia. Debían acabarla sin más escándalos. Pero no estaba muy convencida de que pudiera ser así.

***

Como era de esperar, la gente habló más de la cuenta. Y bebió aún más.

A altas horas de la madrugada, Livia pensó que se desmayaría. Amanda había vuelto a aparecer, Robert la había obligado a bailar con él, delante de todo el mundo y con la cabeza bien alta. Por el semblante de su cuñada, podía ver que tenía el corazón roto, pero en el fondo era una Belford, y cuando su hermano la obligó a bailar con Edward Chambers, para dejar claro que no había sucedido nada malo entre ambos, ella aguantó con estoicismo.

A lo que sí se negó Amanda fue a felicitar a David.

Ni siquiera lo miró. Ni le dirigió palabra alguna. Podía perdonar al hostigador de todo aquel asunto que, para Amanda, era sin duda Edward. Pero jamás perdonaría al traidor, a David.

El dolor más profundo, la traición más amarga, siempre llegaba de las personas que uno más amaba.

—Qué frialdad —dijo Belinda acercándose a su hermana mientras Robert estaba al otro lado del salón mirando como Amanda y Edward bailaban una pieza delante de todos los invitados—. Obligar a esa pobre niña a bailar con el vizconde, después del ridículo que ha hecho. Se nota que es un hombre mezquino y cruel.

—Basta —le chistó Livia— ¿Cómo te atreves a hablar así de mi marido, en mi casa?

Belinda le sonrió.

—No te enfades, solo te estaba compadeciendo. —Livia pudo ver su sonrisa tras el abanico que acababa de abrir frente a su rostro—. No te envidio nada en absoluto.

—Belinda, por favor.

—¿Qué? Es cierto. Lamento tu sacrificio. Debe ser verdaderamente horrible estar con un hombre como él.

—No lo es —dijo más furiosa de lo que pretendía. Estaba empezando a llamar la atención de los invitados, y la de su esposo.

Robert la miró desde el otro lado del salón y ella sintió que le faltaba el aire.

—¿No? —parpadeó Belinda, curiosa.

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué debería ser un sacrificio casarse con un hombre de honor?

Eso pareció desconcertar a Belinda.

—Pero si le odias.

Livia sintió como las lágrimas le escocían, deseosas de salir.

—Sí, puede que antes le odiara… pero ahora, es mi esposo. —Cerró los ojos y se mordió la lengua como si fuera a confesar algo que se había jurado no confesar jamás.

¡Maldita sea! ¡Se había enamorado de él!

Le había odiado mientras lo desconocía, pero ahora que sabía como era, que clase de persona se escondía tras la máscara… estaba enamorada.

—Siempre fuiste muy extraña. ¿No puedes odiar a alguien porque es tu esposo?

Livia la miró con dureza.

—No le odio porque él nos salvó. Porque es un hombre honorable. A pesar de que nunca fuimos amigos y ciertamente nos llevábamos mal, él sacó a papá de la cárcel, y le ha dado una nueva oportunidad de ser un hombre de provecho.

—¿En Irlanda?

—¡Dónde sea! —se ofendió Livia—. Y por si fuera poco me dio su apellido, techo y comida. Todo lo que he deseado.

—Bueno, yo ya sabía que os iría bien.

Livia la miró con incredulidad.

—¿Y cómo podías saberlo? —dijo enfadada—, si tu misma te sorprendes de que se haya casado conmigo.

Belinda chasqueó la lengua.

—Es que él también te odiaba, ¿o eso ha cambiado? —hizo un mohín con la boca—. Debiste darle mucha pena si decidió casarse contigo, después de haber estado comprometida conmigo.

Livia apartó la mirada y respiró profundamente, dispuesta a que las palabras de su hermana no la afectaran.

—¿Siempre fuiste tan egoísta?

—¿Cómo dices? —dijo Belinda parpadeando confusa por la pregunta.

—Sí, me has oído bien. ¿Siempre fuiste tan egoísta, o es que simplemente eres tonta y no te das cuenta del desastre que causaste con tu conducta?

No esperó respuesta, se dio media vuelta y esperó junto al amparo de Maranta, que la noche llegara a su fin.

Capítulo 59

Cuando se fue el último invitado, Livia pudo ver en el servicio, el cansancio que seguramente también reflejaba su rostro. Por fortuna su suegra había desaparecido hacía muchas horas. Apenas había podido sobrevivir al escándalo desencadenado por Amanda, como para quedarse y sentir el bochorno de que la mujer que había abandonado a su marido, estuviera bajo su techo. Aunque si lo que decía Belinda era cierto… quizás la visita de su hermana no fue tan inesperada para lady Marianne.

Robert se aflojó el nudo de la corbata.

—Id a descansar —ordenó al mayordomo—, mañana lo recogeréis todo. No esperamos visitas, y dudo que mi madre salga de la cama en días —su tono era severo, como si esas circunstancias no le permitieran estar de mejor humor—. Vamos.

Livia parpadeó, pero tomó la mano que Robert le ofrecía.

La casa se había quedado silenciosa, con el amanecer a las puertas, todos los invitados habían abandonado la casa. Amanda había escapado del baile ya bien entrada la madrugada, y por sus ojos llorosos, también dudaba que se levantara a la mañana siguiente.

Livia subió la gran escalinata central. No tuvo que fingir tener una terrible jaqueca, porque se sentía enferma. Aunque de no haber sido así, sí que la habría fingido. Estaba siendo muy consciente de todo lo que había pasado en la fiesta. De las palabras que había dicho, de lo que había escuchado su esposo.

Pero, al contrario de lo que podía pensar Livia, Robert no estaba enojado por las palabras de Belinda, sino furioso consigo mismo. Ahora era muy consciente de lo mucho que debió desagradarle a Livia haber tenido que casarse con él.

Sí, no había duda, él siempre había sabido la poca simpatía que despertaba en Livia Withman. Escuchárselo decir a Belinda, en voz alta, solo le hacía sentir mezquino. La había obligado a casarse con él. Pero antes, la había humillado haciendo que se arrodillara a sus pies.

Al llegar al pasillo Robert abrió la puerta del dormitorio de su esposa y le cedió el paso. Entró tras ella y cerró la puerta con cuidado.

Livia se acercó al tocador, y nerviosa se quitó las joyas, evitando mirarle.

—Lo siento —dijo él, sin esperar un segundo más.

Confusa, Livia se volvió hacia Robert y parpadeó esperando que dijera el porqué de sus palabras. Algo que la convenciera de que aquella disculpa no era producto de su imaginación.

Robert se acercó a ella, como si no hubiera dicho nada. Le ayudó a quitarse el collar de perlas y le desató con cuidado los botones de la espalda, consciente de que había ordenado a su doncella irse a descansar.

Livia miró a su esposo a través del espejo.

—¿Has dicho que…? —enmudeció al encontrarse su glacial mirada, pero que… no tenía nada de fría.

—Que lo siento.

Livia se volvió entre sus brazos cuando el último botón fue desabrochado. Apoyó las manos en el pecho y le habló, vacilante.

—¿Por qué? Soy yo quien debería sentir todo lo que ha pasado. Quien debería pedirte perdón.

Robert no la dejó continuar y la abrazó con fuerza contra su pecho.

—Basta, no sigas atormentándote. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Pero… sí que le dije a Belinda que si no quería casarse contigo… —Empezó a llorar y Robert la dejó hacer, hasta que finalmente le tomó la barbilla entre dos dedos y alzó el mentón.

La besó con ternura.

—¿Quién no querría la felicidad para su hermana pequeña?

—Yo… No quise que sucediera así —dijo Livia, esta vez con firmeza—. Si no quería casarse, creo que debió decirlo y poner fin al compromiso. Huir sin decir nada, fue cruel y…

—No quiero hablar de Belinda. —Pero aquellas palabras, lejos de tranquilizarla, fueron como apuñalarle el corazón.

¿No quería hablar de Belinda? ¿Por qué? ¿Sentía algo por ella? ¿La perdonaría por haber forzado esa ruptura que dejaría una huella en su nombre?

—¿Te ha puesto furioso verla? —dijo, apenas sin darse la vuelta.

—¿Eso te ha parecido? —preguntó él con una dulzura que ella no creía merecer.

—Sí.

Livia suponía que Robert merecía una explicación sobre la conversación que había escuchado entre ella y su hermana.

—¿Estabas enamorado de…? —Al ver como los fríos ojos de Robert la miraban con fijeza, esperando que terminara la pregunta, se le atascaron las palabras—. Lo siento, no debí preguntar eso.

Era una cobarde por no exigirle una respuesta. Pero ¿tenía derecho? Supuso que sí, al fin y al cabo, era su esposa.

—Pensé que podía llegar a quererla con el tiempo —dijo él inesperadamente.

Livia alzó la mirada y esperó a que él continuara hablando.

La mano de Robert acarició su mejilla y después cayó al lado de su cuerpo, como si no tuviera fuerzas para seguir luchando.

—Hubo días en que pensé que podría enamorarme, ¿por qué no hacerlo? Era hermosa, comedida, le agradaba a mi madre…

—Al parecer mucho, tanto como para seguir en contacto con ella.

Robert se cubrió la cara con las manos.

—Eso es mezquino incluso para mi madre. Y en el fondo no dudo que sea cierto —sacudió la cabeza—. Mi madre es… un enigma para mí. Un humor cambiante, cruel y enérgica, y pocas veces benévola con quien la rodea.

—Basta, no te atormentes.

Livia respiró aceleradamente, y apenas pudo contener el llanto.

—Livia, nunca estuve enamorado de Belinda, debes saberlo.

—¿De verdad?

—No era para mí —dijo él tomando su cintura entre las manos. La acercó un poco más a su pecho y la miró con intensidad—. No era ella quien me quitaba el sueño, quien hacía palpitar mi corazón…

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

Una trémula sonrisa y Livia lo supo. A ella también se le había quitado el sueño, se le había acelerado el corazón en más de una ocasión, y sabía quién era el culpable, aunque nunca quiso admitirlo delante de nadie, ni siquiera ante el espejo.

—Estoy diciendo que no amaba a Belinda y que jamás la hubiera amado, tardé en darme cuenta de eso. —Ella guardó silencio, esperando que él continuara con su revelación—. Me doy cuenta de que no hubiéramos sido felices. Yo necesitaba otra cosa. Otro tipo de mujer.

Livia lo miró con ojos vidriosos.

—Yo… lamento que tuvieras que conformarte conmigo —él hizo un ruido parecido a un gemido—, ojalá las cosas hubieran sido distintas.

Robert apretó su cintura y la aplastó contra él, dejándola sin aliento.

Iba a besarla. O eso le pareció, pero al final simplemente tomó sus manos enguantadas y se las besó, con devoción, dejándola totalmente descolocada.

—Robert…

Tiró de la suave seda y le sacó los guantes, uno a uno, hasta notar la calidez de sus manos entre las suyas. Nerviosa, se humedeció los labios.

Robert dejó caer los guantes al suelo para después acariciar la sensible piel de sus antebrazos y fue subiendo hasta encerrar su rostro entre las manos.

—Livia… —su voz fue apenas un susurro, y en los ojos del antiguo oficial, ella vio algo que le tocó el corazón—. La mujer perfecta para mí, eres tú.

—Oh…

No pudo responder, y de haber podido, no sabría qué podría haberle dicho a su esposo. ¿Qué quería decir eso? ¿Que la amaba? ¿Que quizás podrían ser felices?

Cuando la besó, ella le correspondió con creces. Sus lenguas se enredaron y los suspiros y jadeos llenaron la habitación. Cuando Robert le subió la falda, y acarició su sexo con los dedos, supo que estaba preparada para él.

Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Livia.

Ella gemía, contra la boca de su esposo. Él abandonó sus suaves labios, y alzó las manos a su busto. Le deslizó el vestido, que cayó al suelo en un suave murmullo.

Le dio la vuelta suavemente, pues aún llevaba puesto el corsé. Se lo desató con cuidado, mientras besaba su cuello. Livia echó la cabeza hacia atrás y gimió. El corsé cayó al suelo, liberándola. Entonces, las manos de Robert capturaron sus pechos. Rozó sus pezones erectos, sobre la fina camisola. Después fue bajando, poco a poco, y sus manos tocaron su piel.

—Oh, Robert…

Le dio la vuelta de nuevo, y la alzó en volandas. Ella se colgó de su cuello, y dejó que su esposo la llevase al lecho. La colocó con suavidad sobre el mullido edredón, y se desvistió frente a ella. No hubo prisas esta vez.

Livia se mordió el labio cuando su esposo quedó desnudo frente a ella. Sus ojos la miraban con adoración y deseo. Todo su cuerpo temblaba de excitación.

—No podría vivir sin ti, Livia —dijo, reptando sobre la cama hasta cubrirla con todo su cuerpo.

Ella gimió, y se retorció bajo el peso.

Las manos de Robert la acariciaban con anhelo, mientras repartía besos por su rostro. Le subió la camisola y la desnudó por completo, para contemplarla a placer. Después, su boca recorrió su piel, blanca y tibia como la luna al ser besada por el sol.

Livia se retorcía bajo el toque de su esposo. Su piel, su cuerpo duro, era una tentación. No tenía manos suficientes para recorrerlo todo. Saboreó su boca, danzó con su lengua, y…

—Ábrete para mí —de súbito, sintió como él la llenaba, completamente.

Livia subió las rodillas y se arqueó, disfrutando de cada envite.

Robert se adentró en su interior de una sola estocada, y saboreó sus jadeos de placer contra su propia boca. Cuando la agarró de la nuca para sujetarla, lo hizo para que lo mirara a los ojos.

—Mírame, Livia —siguió marcando el ritmo mientras observaba sus reacciones al entrar dentro de ella—. Quiero que te quede claro que sé perfectamente a quien le estoy haciendo el amor.

—Ro… Robert —jadeó agarrándose a sus hombros.

Él seguía moviéndose, lentamente, pero con dureza. Livia tenía la boca abierta y ahogaba un gemido con cada acometida. Sus ojos azules daban fe de lo mucho que la necesitaba. Y así se lo hizo saber

—No pienso en nadie más que en ti cuando te tengo entre mis brazos. Y cuando no estás frente a mí, no puedo imaginarme estando con ninguna otra mujer —aumentó el ritmó y enterró la nariz en su cuello para oler su aroma—. Eres mía. Y yo tuyo. Es así de sencillo.

—Oh… ¡Robert!

Lágrimas de felicidad recorrieron sus mejillas mientras su esposo la amaba con pasión. Se abrazó a él, besó sus labios, acompasó sus movimientos con las caderas y en el momento crucial, lo abrazó con las piernas, atrayéndolo. Lo quería más adentro, únicamente así se sentía completa.

El placer la embargó, implosionó en su vientre, y los jadeos se enmudecieron. Sólo en ese momento, Robert se dejó ir, muriendo de placer con ella.

Tiempo después de haber alcanzado el clímax, Livia seguía abrazada a su esposo. Como si no quisiera que aquella noche se terminara nunca.

***

Una hora después, entrelazados los cuerpos con las sábanas, Robert besó con dulzura los párpados de su mujer. Habían dejado las velas encendidas mientras se desnudaban y se metían en la cama.

Por supuesto que necesitaba más de ella esa noche. No estaba satisfecho, y sabía que ella tampoco. Jamás se saciaría de su esposa.

Se colocó sobre ella y le hizo abrir las piernas.

Ella obedeció gustosa a sus demandas, y lo abrazó, dejando que él enterrara la cabeza en su cuello.

Entre beso y beso, Livia le habló.

—Robert…

—¿Qué? —soltó un gemido gutural.

—¿Me crees?

Robert se detuvo y la miró con los parpados entrecerrados.

Ella lo miró a su vez, esperando que no le molestara su pregunta.

—¿Me crees cuando te digo que no intenté separar a mi hermana de ti, adrede?

—¿Sigues con eso? —Aún sobre ella, dejó que la calidez de su abrazo los envolviera a pesar de todo.

—Sí —asintió, rozando involuntariamente su nariz con la de él—. Yo sé que antes me creías mezquina y manipuladora.

Él alzó una ceja.

—¿Antes?

A pesar de la sonrisa, Robert no se libró de un pellizco en las costillas.

—Sí, porque ahora no lo crees.

—No —negó con la cabeza—. No lo creo.

—Bien —Eso le valió un cálido beso en los labios—. Aun así…

—Oh, Señor… vas a matarme —se quejó Robert, rodando de espaldas e intentando que su erección le permitirá seguir el hilo de esa absurda conversación—. Livia, dijimos que no discutiríamos en la cama.

Ella evitó su mirada.

—Sí, pero… ¿me crees cuando digo que no manipulé a Belinda para quedarme contigo?

—¡Me odiabas! ¿Cómo ibas a querer quedarte conmigo?

Ella pateó la cama.

—¿Tienes que decirlo así? —dijo enfurruñada.

—¿Hay una manera más suave de decirlo? —resopló—. ¿Te olvidas de nuestras discusiones?

Se mordió el labio y alzó un hombro desnudo para después dejarlo caer.

—Sí, me acuerdo.

—Entonces, entenderás por qué pienso y pensaré siempre, que casarte conmigo era lo último que querrías hacer en esta vida.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de su esposa y él frunció el ceño.

—¿Te hace gracia?

Ella se rio.

—Un poco.

—¡Livia!

—Nada de discusiones en la cama, lo prometimos —dijo como si la culpa de empezar esa conversación hubiera sido de él.

—Exacto.

Rodo sobre la cama, hasta colocarse de nuevo sobre ella. Se inclinó para besarla, mientras se acomodaba, recibiendo el calor de su piel desnuda. Pero los labios de su esposa no le devolvieron el beso con la devoción de siempre.

—Y ahora, ¿qué ocurre?

—No me has dicho que te alegras de estar casado conmigo.

—¡Oh, Señor! Dame paciencia.

—Pero, ¿es cierto? ¿no? —Lo miró como si su vida dependiera de esa respuesta.

La madre de Robert no paraba de decirle lo mala esposa que era, necesitaba saber que, aunque él no la amara, al menos… estaba satisfecho con ese matrimonio.

—Me sacas de quicio —le besó el puente de la nariz.

—Sí, eso lo sé.

—Y… me alegro de que seas mi esposa.

Ella respiró hondo y sonrió ampliamente.

—De acuerdo —dijo, satisfecha—, porque una vez dijiste que sería la última mujer…

Robert apoyó todo su peso sobre los codos y chasqueó la lengua, mirándola incrédulo.

—Estaba enfadado.

—Dices muchas tonterías cuando estás enfadado —le amonestó.

—Pues puede que ahora mismo suelte alguna.

—¿Estás enfadado?

—Puede que lo esté si no dejas este asunto.

Ella sonrió de nuevo.

—Pues dejémoslo. —Las manos de Livia se deslizaron por el pecho de su marido y dobló una rodilla para poder alzar las caderas y acomodarlo mejor entre sus piernas.

—Veo que no estás enfadada en absoluto.

—Nada enfadada —respondió, besándolo con devoción.

—Me alegra haberlo aclarado —le besó los parpados y después repartió un reguero de besos por el cuello y más abajo—. Y ahora, silencio.

Ella rio.

—Pobrecito, sigues intentando acallar a tu mujer.

Le mordió suavemente un pecho y ella gritó.

Fue uno de los muchos gritos de esa noche.

Capítulo 60

La tarde siguiente en casa de los Belford, transcurrió entre penumbras. Lady Marianne tenía una jaqueca como jamás antes. Había ordenado tener echadas las cortinas y se había saltado la comida. A la hora de la cena, el ambiente no era menos lúgubre.

—Una humillación flagrante y absoluta —gemía, desconsolada, durante la cena—. ¿Cómo vamos a sobrevivir a esto?

—Madre —interpeló Robert—. La gente lo olvidará, como olvida todo lo malo cuando tienen un chisme mejor.

—¡Nosotros somos el chisme mejor! —exclamó ella mirando al resto de comensales, como si fueran los únicos culpables de todo lo sucedido y ella una pobre víctima.

Livia guardaba silencio al lado de su marido, apenas había probado bocado. Amanda se encontraba frente a ella, y la joven seguro que no había comido nada. Estaba pálida, con los ojos vidriosos y el espíritu rebelde parecía haberse aletargado después del mazazo recibido la noche anterior. David iba a casarse, y ella… ya no tenía un futuro con el que soñar.

—¡Amanda! —la voz estridente de su madre la obligó a dar un respingo—. Te prohíbo volver a visitar a los Chambers.

—Como si me quedaran ganas —susurró, con la mirada clavada en la cucharilla del postre que ni se dignaría a probar.

Robert la miró con severidad, pero Amanda se esforzó en ignorarle, permaneciendo cabizbaja y sumergida en su tristeza.

—Somos el hazmerreír de la buena sociedad —murmuró lady Marianne para sí.

Después miró a Livia, que intentaba pasar desapercibida y estalló:

—¡Te casaste con esta mujer!

Livia saltó ante el tono despectivo, sintiéndose señalada. No pudo hacer más que mirar a Robert en busca de ayuda, pero este tenía los ojos fijos en su madre que continuó soltando improperios.

—Tu esposa estaba en boca de todos antes de que te casaras con ella. Fue el principio de nuestro fin.

—Madre…

La suplica de Robert no la detuvo.

—Un padre en la cárcel y ella tirada en el suelo frente a nuestra casa, como basura.

—¡Madre! —Robert tiró la servilleta de hilo sobre la mesa—, vamos a comer en silencio ya que no hay nada agradable que decir.

Lady Marianne se envaró, no estaba dispuesta a callar ante semejante atropello.

—¿Me mandas callar? ¿A mí? ¡Soy tu madre! —dijo, reclinándose en la silla como si le costara respirar.

Amanda y Livia la miraron de reojo, sabiendo que fingía. Y lo hacía tan bien que normalmente Robert la creía, pero no ese día. Estaba demasiado cansado de lidiar con los escándalos, como para soportar ahora las quejas de lady Marianne.

—Madre, ya es suficiente.

—¡Suficiente he tenido yo! Te has casado con una mujer inútil que ni siquiera puede darte un

heredero.

—¡Basta! —Robert se levantó de la silla, mirando a su madre con incredulidad, sin entender a qué venía ensañarse con su esposa.

—No hace tanto que nos casamos —se defendió Livia.

—¿Vas a consentir que me replique?

Livia los miró a ambos y sus ojos se humedecieron. No iba a llorar frente a su suegra. No le daría esa satisfacción.

—Disculpadme —lo miró con suplica—. No me encuentro bien, ¿puedo…?

—¡No! —replicó lady Marianne, antes de que ella terminara la frase—. Aún tengo un par de cosas que decirte.

Pero Robert no estaba de acuerdo con la actitud de su madre.

—Ya es suficiente —luego miró a Livia y asintió—. Puedes retirarte.

—Gracias.

—Yo también me retiro —dijo Amanda, que había dejado su plato intacto.

Antes de que su hermano, o su madre pudieran detenerla, Amanda se apresuró a salir del comedor.

Cuando Livia cerró con cuidado la puerta, empezó a correr hacia sus habitaciones. Amanda había desaparecido de su vista, pero entendía perfectamente que quisiera estar sola. Al igual que ella, era lo que más deseaba.

En el comedor, Robert miraba con cierta tristeza a su madre, que seguía colérica.

—¿No puedes ser más comprensiva?

—¿Comprensiva? —Lady Marianne alzó el mentón y miró hacia uno de los cuadros de paisaje lúgubre—. Estoy siendo muy comprensiva con ella, y contigo.

Robert se sirvió un vaso de vino, dispuesto a que su madre se tranquilizara después de echarle toda la culpa a él de sus desgracias.

—¿Qué he hecho yo?

—¡Emparentarnos con un jugador! Casarse con una mujer que es indigna de nuestra posición —lo miró con incredulidad, como si su hijo hubiera olvidado todas las enseñanzas que ella se había esforzado en inculcarle—. Recé tanto para que fueras distinto a tu padre, y a tu hermanastro…

—Madre…

—Rezos inútiles, está claro que, como ellos, me has decepcionado.

Robert se dio cuenta de que por mucho que quisiera hay cosas que no podía cambiar, pero otras… otras sí cambiarían, aunque eso le provocara una profunda pena.

Bebió un largo trago de vino.

—Lamento escuchar eso.

—Es la realidad —Lo miró con cierta rabia, y Robert sintió que era la primera vez que lo veía de esa forma—. Desde que te casaste con esa mujer, has dejado que te manipulara. La consientes, le regalas cosas cuando debería ser castigada al incumplir sus deberes…

—Madre, no está incumpliendo nada.

—No se ha hecho cargo de la casa.

—¡Porque usted se lo impide!

—Cómo voy a consentirlo si no sabe hacer nada. ¡Nada!

Robert se llevó una mano a la sien, consciente de que la convivencia pacífica, jamás se daría.

—¿No podrías ser un poco menos estricta con ella?

Su madre no daba crédito a las palabras de Robert.

—¿Menos estricta? ¿Cómo va a aprender?

Robert guardó silencio. No, su madre no iba a cambiar.

—He pensado que cuando vayamos Londres para la próxima temporada, usted se quede aquí.

Su madre lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Robert… ¿qué?

—No veo que haya otra solución —dijo poniéndose en pie—. Livia aprenderá a llevar la casa de Londres, desde cero, sin las viejas costumbres…

—Sin mí, sin mis directrices.

—Ahora ella es la nueva condesa, a partir de hoy las cosas se harán a su modo. —Y antes de que su madre lo convenciera con lágrimas, se despidió—. Buenos días.

Esa zorra lo había conseguido, se dijo lady Marianne. Algo que creía del todo imposible había sucedido, le habían quitado su poder, le habían quitado el afecto de su hijo.

Maldita seas, dijo para sí pensando en su nuera. Pero aquello no podía quedar así.

Iba a hacer lo imposible para que nada cambiara. Se desharía de Livia.

Y ella, ya sabía como. No sería la primera vez.

***

Si Robert había pensado que una visita a los Knigth les iría bien, se equivocaba. Su esposa cayó enferma, nada más regresar a Thornfield.

—Fiebre, no tanto como para alarmarnos, pero desde luego tiene calentura —dijo el médico, tomando la muñeca de su esposa que permanecía en cama con los ojos entrecerrados.

La habitación estaba en penumbras, tal y como había ordenado lady Marianne. La casa se había quedado como sin vida, y no solo por la súbita enfermedad de su esposa.

Amanda no correteaba arriba y abajo, se encerraba en su habitación o en la biblioteca a llorar en silencio. Ni siquiera salía a pasear, y Robert entendía que el motivo eran los dolorosos recuerdos que compartía con David. Seguramente cualquier cosa le recordaba a él. El arroyo, los caminos por los que solían deambular, los prados por los que solían correr. No había parado de pensar en el corazón roto de su hermana, cuando a Livia pareció rompérsele el suyo.

—¿Cómo ha pasado esto? —le preguntó Robert, sentándose en la cama junto a Livia.

No era lógico, su esposa siempre había lucido un aspecto saludable, era enérgica, gozaba de buena salud.

—¿No crees que exageras un poco? —le dijo Livia, al ver que su esposo había vuelto a traer al doctor.

Pero no, no exageraba, se dijo Robert, apartándose para que pudieran examinarla.

De un tiempo a esta parte lucía siempre pálida y ojerosa, había perdido mucho peso y lo peor de todo, el doctor no encontraba solución alguna, ni tan siquiera pudo realizar un diagnóstico convincente.

—No exagero en absoluto —le espetó él, sintiéndose impotente—. Llegaste indispuesta y

llevas dos días en cama, ¿cómo puede ser eso exageración?

Livia suspiró.

—Me siento muy débil, en eso te doy la razón —dijo Livia al doctor—. Sigo sin retener nada en el estómago, y… me duele mucho la cabeza.

El doctor asentía, como si intentara recordar donde había visto esos síntomas antes.

El rostro del médico pareció mudar, y apretó un poco más fuerte la mano de Livia. Por supuesto, Robert se dio cuenta de inmediato de que algo estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa?

Se puso en pie y se plantó junto al médico.

—Nada, nada… acabo de recordar un caso parecido…

—¿Muy grave? —se asustó Livia.

—Por supuesto que no, niña —el anciano doctor le palmeó la mano—. Quien lo tuvo sigue vivito y coleando.

Aunque Livia se esforzó en creerle, a Robert le costó más. La preocupación por su esposa había aumentado día tras día, habían dejado de hacer el amor porque él la veía tan frágil que la había obligado a hacer reposo absoluto. Dormía en la habitación contigua para no despertarla sin querer y pudiera descansar mejor.

Vio como el médico recogía sus cosas en silencio y recetaba a la paciente, reposo.

Carraspeó acercándose a la mesilla de noche, y a Robert no le pasó desapercibido que su mirada perspicaz hacía un barrido por la habitación, sobre el tocador o en la otra mesilla.

—¿Ocurre algo?

—Me preguntaba… si está tomando algo —dijo el médico—. Algunas gotas, ¿un tónico, quizás?

—Yo… —Livia parpadeó y respondió en un susurro—. Solo tomo el tónico que me recetó.

—¿Le receté un tónico? —preguntó, parpadeando.

—Bueno. —Livia miró a Robert, y este a su vez le devolvió una mirada interrogante.

—¿Qué estás tomando Livia?

Tragó saliva, algo avergonzada.

—Es evidente que no he podido quedar en cinta, y por eso lady Mariane me instó a tomar un tónico que usted le dio para ese fin.

—Mmmm… entiendo. —Y de verdad que el doctor entendía, puesto que no le había recetado ningún tónico— ¿Y dónde está ese preparado?

Livia parpadeó y miró encima de la mesilla.

—Estaba aquí, pero…

—¿Sí? —le animó Robert.

—Creo que Amanda me lo tira. Dice que si mata a las flores es porque es demasiado potente, y que seguro que eso me tiene en cama.

—¿Entonces ya no lo toma?

—Lady Marianne me lo da por la mañana, aunque al principio sé que usted le dijo que lo tomara por la noche.

—Entiendo —el semblante del doctor era serio. Miró a Robert y después se despidió de la paciente—. Repose, lady Belford. Ya verá como pronto puede dar paseos por el jardín y volver a montar a caballo.

Robert sintió que algo en su interior se quebraba.

La vio tan frágil. Con suma docilidad cerró los ojos cuando la arropó.

No hizo falta que el doctor le dijera nada para que le siguiera. Robert fue tras él, muy consciente de que algo quería decirle. Algo grave, sobre Livia y su estado.

Pero jamás esperó ese horror.

Capítulo 61

Robert entró en el dormitorio de su madre como una exhalación. Ella no estaba, pero no era su madre lo que buscaba.

Se acercó a la mesilla de noche y después al tocador.

Desde el interior de la habitación se escuchó el sonido del vidrio roto. Los frascos iban cayendo al suelo, uno a uno. Robert los miraba un instante para descartarlos. Buscaba algo. Su furia, hizo que todo el servicio y los miembros de la casa se pusieran en alerta.

—¿Qué ocurre aquí?

Lady Marianne entró en su propio dormitorio y quedó perpleja cuando junto a la puerta de su propia alcoba, el médico de la familia miraba como su hijo había perdido la cabeza.

—¿Doctor? ¿Qué hace en mi habitación?

El médico la miró como si no la conociera en absoluto.

—Robert… —miró a su hijo fuera de sí y se acercó a él— ¿Le ha pasado algo a Livia?

Robert la fulminó con la mirada, pero no paró de buscar algo que encontró en uno de los cajones del tocador.

—¿Qué estás haciendo? —se puso nerviosa y corrió hacia él— ¿Cómo te atreves a tocar mis cosas?

Intentó arrebatarle el frasco, pero Robert no se lo permitió. Se acercó al doctor para que lo examinara mientras él retenía a su madre.

—¡Es mi tónico para dormir! —exclamó, pálida.

Al olerlo, el viejo doctor recordó ese aroma, y por supuesto sus efectos.

—No es un tónico para dormir.

—¿Qué sabrá usted?

Las manos de Robert apretaron los brazos de su madre, cada vez con más fuerza, hasta que ella gimió. Pero lo peor estaba por llegar.

—Recuerdo el aroma de este tónico —empezó a decir el doctor, con severidad.

—Está viejo —le espetó lady Marianne—, deberíamos haber prescindido de sus servicios hace ya mucho tiempo.

El médico la ignoró y siguió hablando con lord Belford.

—Soy viejo, pero mi memoria sigue intacta. Recuerdo este tónico, muy bien. ¿Y sabe por qué, lady Marianne? —Ella apretó los labios en una mueca de rabia apenas contenida—. Es porque yo mismo se lo prohibí a su hijo cuando creí que se estaba envenenando.

—¡Cállese!

Los ojos de Robert se agrandaron, mirando a su madre como si no la conociera, como si en lugar de la mujer que le dio a luz, viera a un monstruo.

—Mamá… —gimió, sin querer comprender la verdad.

—¡Miente! —los ojos de lady Marianne parecían inyectados en sangre—. ¡El idiota de tu hermanastro se lo tomaba para dormir!

—¿Cómo tú?

—Él me dijo que usted se lo administraba para sus nervios.

—¡Mentira! —se llevó una mano al corazón y empezó a llorar para que Robert se apiadara de ella.

—Ahora veo que usted lo estaba envenenando —acusó el doctor, dejando a los dos sin habla —, y que pretende hacer lo mismo con su nuera.

—No es cierto. Mi hijastro murió cuando cayó de un caballo.

—Apenas se tenía en pie, no es de extrañar que ocurriera una desgracia. Investigué sus efectos, pero descubrí demasiado tarde que era lo que probablemente minaba su salud.

—¿Y no dijo nada? —Robert estaba como petrificado.

—¿Sin pruebas? Jamás me atrevería, pero aquí están ahora.

—¡Robert! ¡No le creas!

Robert zarandeó a su madre y después la soltó a su madre como si quemara, retrocedió varios pasos hasta que su espalda chocó contra el poste de madera de la cama.

—Déjenos, doctor. Yo me encargo.

El anciano asintió.

Sabía que el joven marido no dejaría morir a su esposa, por mucho que quisiera ocultar el horror que había cometido su madre.

—Está bien, lo dejo en sus manos, pero me llevaré esto —dijo, antes de retirarse con el frasco de veneno.

Robert se dejó caer a los pies de la cama. Miró fijamente la alfombra de la habitación, mientras su mente hervía con mil y una explicaciones, pero… en el fondo sabía la verdad.

—Hijo… —se acercó lady Mariane, gimoteando, como si la víctima fuera ella.

—No es cierto… —le rogó Robert—. ¡Dime que no es cierto!

La mirada de su madre cambió, dejándole claro que sí lo era. Alzó el mentón y lo enfrentó.

—No hagas tanto drama —le dijo, dejándolo boquiabierto.

—¿Drama? ¡Es veneno, mamá!

Lady Mariane se retorció las manos, nerviosa.

—Olvidemos este malentendido.

—¿Malentendido? —Robert no daba crédito. No podía entenderlo, su madre no tenía un comportamiento anormal. No podía saber si se trataba de maldad, o simplemente de locura. Tal vez las dos cosas—. ¿Cómo has podido?

Se hizo el silencio entre ellos, Lady Marianne se negó a enfrentarlo y paseó por la habitación, con las manos entrelazadas y la mirada desquiciada, como una fiera que lleva demasiado tiempo encerrada y es incapaz de ver la realidad.

—Eres un monstruo como tu padre —decía, como un autómata—, siempre detrás de mujerzuelas.

Una risa amarga salió del interior de Robert.

—Da igual lo que digas, esto me ha abierto los ojos. Ha sido suficiente como para que me dé cuenta de la clase de persona que eres.

Ante las punzantes palabras de Robert, lady Marianne perdió la fingida calma. ¿Cómo se atrevía? Después de todo lo que se había visto obligada a hacer por él.

—¡Eres un desagradecido! Tu hermano era un borracho, estaba arrastrando nuestro nombre por el fango con sus putas. Debía proteger a Amanda y a Charles. ¡Tú no estabas! ¡Nos habías abandonado!

—¡Madre! —gritó, sintiendo el aguijonazo de la culpa.

—¡Es así! —se acercó a él y le tomó el mentón entre sus dedos, lo apretó con fuerza, como si

sus dedos fueran garras—. Debía hacerte volver.

—¿Y lo mataste? —preguntó incrédulo, pero ya sabía la respuesta.

—Fue un accidente. Un accidente que te dio todo lo que tienes. Y todo lo que tienes es gracias a mí. El dinero y el título. Tu hermano lo hubiera lapidado. Eres honorable, por eso te has casado con esa furcia, pero no consentiré que después de deshacerme de tu hermano, ella sea la que haga caer a los Belford. ¡No lo consentiré!

Soltó la cara de Robert y se alisó el vestido.

—Llorarás, pero te recompondrás. Eres un Belford, al fin y al cabo —le dijo su madre, como si no estuviera envenenando a su esposa, sino acabando con las malas hierbas.

Robert se levantó del lecho y se acercó a su madre muy lentamente. Solo cuando estuvo frente a ella, lady Marianne vio que su hijo no tenía ninguna intención de cumplir con sus deseos.

—Hijo…

—Dejarás de llamarme hijo en este instante —la voz salió con extremada calma, como si aquella mujer que le había dado la vida, se hubiera convertido en un monstruo ante sus ojos—. El único motivo por el que no te entrego a las autoridades es porque sé que mi hermano no murió a causa del veneno, sino en un accidente.

—Yo…

Apretó el brazo con más fuerza para hacerla callar.

—Pero te marcharás de esta casa y jamás… ¡jamás! Volveremos a saber de ti.

—Pero hijo… —empezó a llorar—. No puedes hacerme eso.

—Intentaste matar a mi hermano y ahora a mi mujer.

—¡Él no se merecía el título! ¡Tú, sí! ¡Lo hice por ti!

—No vuelvas a decir eso —la soltó con asco—. Yo no te pedí nada. Y de alguna forma pagarás. Te marcharás y…

—¿Adónde voy a ir? —lo interrumpió entre sollozos.

—Al norte, a la finca de Yorkshire.

—¡No! —se apartó de él, con los ojos bien abiertos y una mirada aterrada— ¿Qué haré allí? La casa deshabitada de mis padres. Piensa en tu hermana, no querrá…

—Es que Amanda no irá contigo ¡Amanda se queda! —dijo sin dejarla replicar—. Te irás sola, te mantendré siempre que te quedes allí y no volvamos a saber de ti. Te retirarás de la sociedad y pasarás el resto de tu vida dejándonos en paz, meditando sobre las atrocidades que has cometido.

Lady Marianne negó con la cabeza, una y otra vez.

—Me niego. ¡No!

—Tú verás, madre —le dijo, sin atisbo de compasión—. Es esto, o… Beldam.

Al oír eso de labios de su hijo, su rostro se contrajo de puro terror.

—¡No iré a un manicomio!

—Lo harás si no haces lo que te digo.

—¡Eres un monstruo, como tu padre! —Lloró amargamente.

—No quiero serlo madre, pero eso deseo, que te marches de esta casa. Lo que has hecho no tiene perdón. Recuérdalo, a partir de ahora, no vuelvas a llamarme hijo.

El grito de lady Marianne fue ensordecedor. Pero no conmovió a Robert, no volvería a conmoverlo jamás.

Capítulo 62

Unas semanas después, las cosas en Thornfield no eran ni de lejos como habían sido antes. Las cortinas estaban siempre abiertas, dejando entrar la luz del sol. Incluso el servicio parecía menos tenso y sonreía.

Amanda había quedado tan impresionada como su hermano al enterarse de lo ocurrido con su madre.

—Siempre había sabido que mamá… no era como las otras madres —dijo con pesar—. Pero jamás habría imaginado algo así.

Los dos hermanos habían tenido una larga charla en la biblioteca.

—Sus cambios de humor hacen pensar al doctor Powell que sufre un trastorno severo.

—Y aun así… —empezó a decir su hermana. Pero dejó la frase inacabada, no quería verbalizar que pensaba que su madre no sólo estaba loca, sino que era malvada.

—No quiero internarla en Beldam —dijo Robert—. Apartarla de la sociedad ya será suficiente castigo para ella. Tampoco le diremos nada a Charles, es demasiado pequeño.

Amanda convino con él. Lloró con amargura, pero por primera vez en mucho tiempo, pudo compartir la pena con su hermano.

Se abrazaron con fuerza y se consolaron mutuamente.

—Todo saldrá bien —le dijo Robert mientras la acunaba.

Amanda asintió.

—Me alegro de que Livia esté viva.

—Yo también —dijo, cerrando los ojos y volviendo a abrazar a su hermana—. Te prometo que en esta casa habrá risas, podrás trepar a los árboles si quieres, correr descalza y no habrá nada imposible para ti, Amanda.

Ella lo miró con una sonrisa, aunque sus mejillas seguían surcadas de lágrimas.

—¿Puedo saltarme la temporada? —gimió, suplicante.

Robert puso los ojos en blanco.

—Creo que esta temporada nos la saltaremos todos. El bebé de Rose está a punto de nacer, y dudo que Livia se sienta lo suficientemente recuperada como para regresar a Londres. Lo que me lleva a decirte que tendrás una dama de compañía.

Amanda frunció el ceño.

—Alguien viejo y aburrido.

—Nada de eso.

Y en ese caso no mentía. Su nueva acompañante, no era vieja, no era aburrida, y para su desgracia, tenía una lengua tan afilada como la de Livia y su mismo gusto por la lectura.

—Nuestra prima Violet se quedará con nosotros una temporada.

Amanda agrandó los ojos y su entusiasmo se vio reflejado en su comportamiento cuando empezó a aplaudir.

—¿Lo dices en serio? ¿Prima Violet vendrá a Thornfield?

Robert asintió.

—Así es. Pero ha prometido quedarse aquí y no prepararte para la temporada hasta el año que viene.

Amanda no podía más de felicidad.

—Una lástima perderme esos pomposos bailes llenos de pisotones…

—Amanda…

Ella se rio como si en verdad pudieran volver a tener una vida normal, lejos de su madre que tan secretamente les había hecho tanto daño.

***

—¡Ya está aquí!

Amanda gritó desde lo alto de la escalera y los hombres salieron corriendo del salón, donde habían estado aguardando la buena nueva.

—¡Un niño! —gritó Amanda—. No me han dejado entrar, pero me lo ha dicho Livia.

Amanda se había quedado pegada a la puerta del dormitorio de Rose, donde el doctor Powell estaba ayudando a Rose a dar a luz. El coronel Knigth había tenido que marcharse de la planta superior, los gritos de su mujer lo habían puesto en tal estado de ansiedad que Anthony tuvo que ayudarle a vaciar una botella de su mejor whisky.

—¿Están bien? —preguntó el coronel, que se lanzó contra las escaleras.

—Muy bien —aseguró Amanda, apartándose para que pasara.

Anthony y Robert lo miraron desde el recibidor.

—Un hijo —dijo Anthony con orgullo—. Esto nos cambiará la vida.

Robert lo miró entrecerrando los ojos.

—¿A nosotros?

—Oh, sé que pronto te llegará el turno —dijo Anthony—, con lo mucho que prácticas, estoy seguro de que el heredero Belford está al caer.

—Cállate.

—¿Qué practicas? —preguntó Amanda— ¿Esgrima?

Anthony rio y revolvió el pelo de Amanda.

—No puedes hacer eso, ya no soy una niña —se quejó, pateando el suelo—. El año que viene cumpliré dieciocho y mi hermano me venderá como a una yegua.

—¡Amanda!

—Dijo que me encontrará a un marido para que yo también pueda tener bebés.

Anthony estalló en carcajadas.

—Desde luego, sois incorregibles.

Amanda le dio un codazo a Anthony y este le guiñó un ojo.

—Puedes entrenar esgrima conmigo —dijo Anthony, que sabía que ahora no tenía a David con quien practicar—, pero prométeme no matar a Edward Chambers.

El brillo en los ojos de la muchacha se apagó. La herida era demasiado reciente y sangraba copiosamente. No quería hablar de los Chambers, ni de Edward, ni muchísimo menos del traidor de David. Al final había entendido que no quisiera casarse con ella, pero ocultarle que estaba comprometido, que iba a casarse… No, para David ella no había significado absolutamente nada, solo una amiga molesta con la que se entretenía mientras esperaba ser soldado.

—No voy a prometer nada —dijo ella, enfurruñada. Pero acto seguido volvió a darle otro codazo a Anthony.

—Mi hermano llegará pronto a mi finca, también podrás practicar con él.

—No te ofendas, Anthony —le dijo Amanda, que conocía a los Hilton desde que nació—, pero tu hermano no me llega a la suela de los zapatos.

—Eso es… totalmente cierto.

Ambos rieron mientras Robert observaba como, poco a poco, su hermana había recuperado la sonrisa que jamás debió perder.

***

Los dos meses que sucedieron al feliz acontecimiento, pusieron en su sitio a todo el mundo. La ausencia de lady Marianne no hizo más que aportar tranquilidad a la vida cotidiana que se desarrollaba en Thormfield. En cuanto a los Knigth, Rose pidió ayuda a Maranta y a Livia con el bebé, aunque su tía no se despegaba de ella, también debían ocuparse de Frederick. A pesar de que era un buen paciente, seguía pasando largas temporadas en cama.

Así pasó el tiempo y el otoño hizo caer las hojas de los árboles y llegó el bautizo del pequeño Roger. Un precioso niño de rubios cabellos y mejillas regordetas, se había convertido en el eje de todo su mundo.

El coronel Knigth, para que su esposa se sintiera más acompañada, pidió a Robert que se trasladaran una temporada a la casa grande. Les prometió privacidad y ayudarle con la administración de la finca, a cambio solo pedía la compañía de Livia para su esposa.

Robert, junto con Amanda y Livia se trasladaron unas semanas a Rosewood House. Necesitaban alejarse de aquella casa, de los agrios recuerdos de su madre deambulando por aquellas cuatro paredes mientras planeaba el asesinato de su esposa.

Cuando volvieran, se juró que remodelaría cada una de las habitaciones, todo sería nuevo, con un nuevo brillo, el mismo que veía en los ojos de su esposa cuando lo miraba sin saber que él se daba cuenta.

Una noche, en el invernadero de los Knigth, Livia había preparado una sorpresa a su esposo.

Robert caminaba con los ojos vendados, guiado por ella, a la que asía del brazo.

—¿No vas a decirme adónde me llevas? —preguntó él, serio, aunque en realidad estaba ocultando su sonrisa.

—Cállese, lord insufrible —Livia sí que reía, y notó la tensión en su brazo tras llamarlo de semejante forma.

—¿Cómo osas…?

—Ya hemos llegado —lo interrumpió, deteniéndose de súbito.

Él intentó quitarse el pañuelo de seda que le cubría los ojos, pero ella chistó cuando él se llevó las manos a la cara.

—Aguarda hasta que yo te lo diga.

Él frunció el ceño. El olor del lugar era embriagador. Con seguridad, se encontraban en el invernadero de Rose, pero no quiso aguarle la sorpresa a su esposa, que estaba radiante de felicidad.

—Sus deseos son órdenes, lady Belford.

Notó como ella se desasía de su brazo y oyó como avanzaba varios pasos, alejándose de él.

Livia sonrió cuando abrió una cesta. Soltó una risa nerviosa y luego regresó corriendo hacia su esposo. Se colocó tras él y le desató el pañuelo.

—¡Ya puedes abrirlos!

Cuando Robert abrió los ojos, quedó boquiabierto. Miles de luciérnagas flotaban a su alrededor, en mitad del invernadero de Rose.

—Pero… ¿qué…?

Algunas se posaban sobre las flores, otras subían hacia el cielo, que podía verse a través de los cristales, hasta que los insectos se confundieron con las estrellas.

—Esto es… No tengo palabras.

Livia disfrutó al verle sonreír con la ilusión de un niño. Había estado preparándolo todo con la ayuda de Amanda y la de Rose. Sólo Dios sabía cuanto les había costado a las tres capturar a esos bichos escurridizos. Pero había valido la pena.

—¿No es hermoso?

Robert bajó la mirada y vio también una bonita manta de pic-nic sobre el suelo, y encima de ella, todo lujo de manjares en sus respectivos platillos. Había bocadillos, embutidos, fruta y pastelillos de toda índole. También una botella de vino y dos finas copas de cristal. Alzó de nuevo la vista y vio que, pendiendo de algunas vigas cercanas, flotaban farolillos de papel, otorgando al lugar un ambiente íntimo y acogedor.

—Yo, no sé cómo calificar esto.

—¿A que es una maravilla? —preguntó su esposa, con la ilusión impregnando su rostro. Pero de pronto esta se apagó—. Hace mucho que quería darte una sorpresa en el invernadero, pero… sabiendo que era donde tu madre preparaba su tónico, en verdad se me quitaron las ganas.

Robert la besó, sin más. Un beso rápido destinado a espantar los fantasmas.

—Haré destruir ese invernadero, haremos uno nuevo, a tu gusto, con todo lo que tú quieras.

Ella le acarició las mejillas y le besó los labios con ternura.

—Lo único que quiero es a ti.

Él la abrazó con fuerza hasta que sus pies se elevaron del suelo y la hizo girar.

Los ojos azules de Robert la miraron con adoración. La asió por la cintura, atrayéndola hacia él.

Acercó los labios y la besó con infinita ternura. Ella gimió contra su boca, y él apretó más su cuerpo contra el suyo. Pero cuando el beso se volvió urgente, ella se separó. Los ojos de Robert la miraron con una mezcla de súplica y protesta, pero Livia se mantuvo firme.

—Tengo algo que decirte, Robert.

Él asintió.

—También tengo algo que decirte a ti, Livia.

—Pero primero lo haré yo.

Él soltó una carcajada, y alzó ambas manos en señal de rendición.

—No pienso discutir con mi esposa, ni dentro, ni fuera del dormitorio. Nunca más. Así que, adelante.

Pero Livia no sonrió, al contrario, se puso muy seria.

Miles de frases ensayadas hasta la saciedad, se le pasaron por la cabeza. Abrió varias veces la boca intentando verbalizarlas, para después volver a juntar los labios y permanecer en silencio.

Maldita sea, ¿por qué no salía ni un solo sonido de su garganta?

Cuando Robert, perdiendo la paciencia, fue a decir algo, ella lo interrumpió con una escueta confesión.

—¡Te amo! —juntó las manos como una institutriz que espera que el niño haya aprendido la lección.

Robert parpadeó.

Abrió la boca para responder, y volvió a cerrarla.

Oh, él también la amaba, pero siempre pensó que ella no le correspondía y que no lo haría jamás. Sí, en el lecho congeniaban, pero… Había temido tanto no ser amado de la misma forma que lo hacia él, que nunca se atrevió a confesarlo.

Pero ella lo había dicho. Al fin podía oír esas palabras de sus labios, como tantas veces había soñado.

—Livia, yo…

—No he terminado —Su esposa volvió a interrumpirle. Robert asintió y la dejó continuar—. Verás. Si bien es cierto que al principio nuestra relación empezó siendo algo…

—¿Intensa?

—Si quieres llamarlo así —asintió—. Cuando me obligaste a pedirte que te casaras conmigo, en ese momento no lo sabía, pero ahora estoy convencida de te deseaba. —carraspeó y asintió enérgicamente, mientras el rostro de Robert se volvía cada vez más pálido por la confesión—. Estaba demasiado enfadada como para darme cuenta y dolida por lo sucedido con Belinda, además… —hizo una breve pausa para tomar aliento—. Además, en esos momentos me sentía muy desdichada, pues pensé que había perdido por completo mi libertad.

Robert tragó saliva y carraspeó.

—Entiendo.

—Pero ahora sé que, en el fondo de mi corazón, algo hermoso empezó a florecer. A medida que iba conociéndote y comprendiéndote, me di cuenta de que... No hay nada mejor que tu compañía, Robert. La felicidad que me da el estar a tu lado es algo que no puedo explicar. Te ruego me perdones pues…

—No —esta vez fue Robert quien la interrumpió.

—¿No?

Se acercó y posó el dedo índice sobre sus labios.

—No te atrevas a pedirme perdón. No, Livia, pues jamás has sido culpable de nada. Al contrario, fui yo quien no actuó bien. No te merecías semejante trato. Y jamás debí obligarte a ser mi esposa.

—Pero me alegra que lo hayas hecho —le dijo ella, muy sinceramente.

—Yo también me alegro —confesó Robert—, pero no me vuelvas a pedir perdón. Te lo ruego.

Ella asintió, dejando que su esposo la abrazara de nuevo.

—Te amo —confesó, estrechándola contra su pecho—. No sabes cuanto.

Lo abrazó con todas sus fuerzas.

—No creo que puedas imaginarte lo feliz que soy.

—Sí que puedo, y si eres la mitad de feliz que yo… Oh, Livia, echando la vista atrás, me doy cuenta de que tú has sido la mejor decisión que he tomado en la vida. Gracias a ti, me siento el hombre más afortunado de toda Inglaterra.

Las lágrimas corrían por el rostro de ella mientras sonreía.

El camino había sido espinoso, pero al fin habían alcanzado juntos la tan ansiada felicidad. Notó como Robert le alzaba el mentón, instándola a mirarle a los ojos. Livia pudo ver que él también tenía la mirada empañada.

No se dijeron nada más. No hicieron falta más palabras. Sus ojos, sus caricias y sus besos, hablaron y dijeron el resto.

EPÍLOGO

Querida Rose,

Siento muchísimo ausentarme de Rosewood House, pero mi deber me reclama en otra parte. Vuelvo a Londres y no sé cuándo pueda regresar para ver a mi adorado sobrino Roger. Sé que os llenará de felicidad hasta que pueda volver a visitaros.

Siento mucho decir que quizás esté algo incomunicada, debo partir al norte, mi sobrino está enfermo y temo que mi hermana necesite mi ayuda.

Saluda a Livia y a su esposo de mi parte. Nutre la biblioteca de Amanda de buenas lecturas para que pueda distraerse. Sé que no lo dice, pero su rencor hacia los Chambers va en aumento, y aunque sonríe e interactúa con los demás, aparentemente como siembre, no puedo dejar de observar que no es del todo sincera. Está sufriendo y necesita nuestro amor.

Sobre Violet, será una gran adquisición para nuestro grupo de tertulias. Estoy deseando volver a coincidir con ella.

Mi querida Rose, os deseo toda la felicidad del mundo hasta que vuelva a veros, espero que pronto.

Con todo mi cariño,

Maranta.

Cuando cerró la carta y puso su sello personal sobre la cera caliente, Maranta se ciñó la capa. Anduvo por su casa a oscuras, sigilosa como siempre, para que los criados no se dieran cuenta de su marcha. Al abrir la puerta trasera de la cocina, subió los peldaños hasta la calle y allí el frío le atravesó los suaves pantalones negros hasta hacerla temblar. Sintió que se le entumecían los pies a pesar de llevar sus cálidas botas de caña alta.

Al otro lado de la calle, el carruaje sin escudo, aparentemente de alquiler, la esperaba. Se abrió la puerta del vehículo, en aquella calle oscura, solo iluminada por un farol envuelto por la niebla. Trepó ignorando la mano masculina que se le tendía y una vez en el interior, se dejó caer sobre el asiendo desocupado.

El brazo de su acompañante se estiró para cerrar la puerta y dejarlos, aún más a oscuras.

El hombre, completamente vestido de negro, golpeó el techo del coche con la empuñadura de plata de su bastón.

Con un zarandeo el carruaje se desplazó por la respetable calle de Londres, para muchos minutos después, adentrarse en un barrio con habitantes de una calaña que ninguna dama debiera conocer.

—Mi querida lady Farrell, está muy callada.

Maranta apretó los dientes al escuchar el tono sensual de ese hombre.

—Cállate, Anthony —le espetó con un siseo—. No estoy de humor.

—Yo tampoco —pero no dejó de sonreír al decirlo.

Su mirada la ancló en el asiento, frente a él. Anthony era divertido y mordaz, pero no cuando

se trataba de hacer justicia, y eso mismo era lo que Maranta Farrel y el capitán Anthony Hilton, iban a hacer esa noche.

A Maranta no le había gustado nada que su superior le hubiera ordenado colaborar en la misión de Anthony, pero, para bien o para mal, servía a la corona, y por ella debían hacerse muchos sacrificios. Y si esa noche el sacrificio era aliarse con su enemigo, que así fuera.

Ser una espía entramaba sus riesgos, pero también tenía sus recompensas, y estas eran acabar con depravados y malnacidos que no merecían mejor destino que la muerte.

—Acabemos con esto de una vez y…

—Y ambos podremos volver a odiarnos con el ardor de mil soles —se mofó Anthony.

La sonrisa de Anthony mostró unos dientes blancos y parejos.

Maranta no se la devolvió, pero asintió.

Primero el deber y después… podría alejarse para siempre de ese hombre.

Recomendación



Rose Stratford, lleva enamorada de su vecino Lyonel Knigth, desde que era una niña. Un hecho curioso, pues todo el mundo piensa que su corazón le pertenece al hermano, Frederick Knigth. Pero nada más lejos de la realidad. Lyonel es apuesto, valiente, un coronel del ejército de su majestad al que ha amado en silencio desde siempre. Pero su carácter serio y el cierto hieratismo que demuestra cuando está con ella, le hace pensar que le es totalmente indiferente, hasta que ocurre una tragedia.

Lyonel Knigth, regresa a casa, después de dos largos años en España, luchando contra Napoleón. Es hora de asumir las responsabilidades que conlleva su título como conde St Vincen. El destino quiere que, al llegar a Inglaterra, se encuentre a su viejo mentor, lord Stratford, en su lecho de muerte. Quizás por eso consigue arrancarle la promesa de que va a cuidar de Rose, su única hija. ¿Será el coronel capaz de pedirle en matrimonio, aun sospechando que Rose está enamorada de su hermano Frederick?

Una novela de la época de la regencia, llena de romance, malos entendidos y una pasión desbordante. Una rosa para el coronel, es la primera novela de Kate Bristol en el mundo de la regencia.